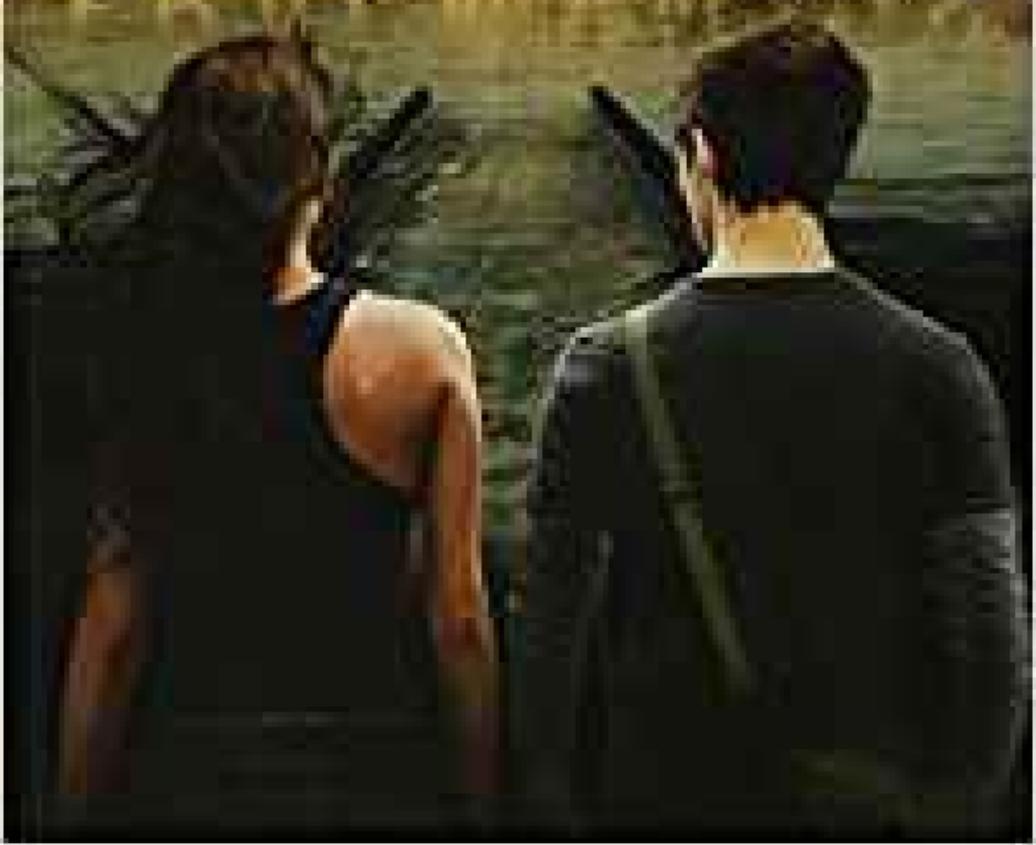


SU MUNDO SE ACABÓ. SU GUERRA, NO...

SEGUNDO LIBRO DE LA SAGA PARTIALS

FRAGMENTOS

DE J. R. WELLS



La extinción te obliga a elegir... Algunas verdades terribles salen a la luz, pero surgen otros misterios. Los aliados y los enemigos cambian de un instante a otro. La guerra estalla. El tiempo se agota, como la esperanza. Pero ella sigue luchando para salvar a ambos bandos por igual... Kira Walker ha encontrado la cura para el RM, pero la batalla por la supervivencia entre los humanos y los Parciales recién comienza. Kira dejó East Meadow buscando desesperadamente pistas acerca de su identidad. El hecho de que los Parciales lleven en su propia sangre la cura para el RM no puede ser coincidencia: tiene que ser parte de un plan, un plan que la involucra a ella y que podría salvar a ambas razas. La acompañan Afa Demoux un vagabundo desquiciado que trabajó tiempo atrás en ParaGen Samm y Heron, los Parciales que la traicionaron pero salvaron

su vida, los únicos que conocen su secreto. Pero ¿puede confiar en ellos? Entretanto, en Long Island, lo que quedó de la humanidad se prepara para otra guerra contra los Parciales. Marcus sabe que su única esperanza es postergar la batalla hasta que Kira regrese. Pero el recorrido de Kira la llevará hasta el interior del territorio de los Estados Unidos, ahora convertido en un páramo postapocalíptico, y tanto ella como Marcus descubrirán que su peor enemigo podría ser alguien cuya existencia ni siquiera conocen.

Lectulandia

Dan Wells

Fragmentos **Partials - 2**

ePub r1.0

Titivillus 06.05.16

Título original: *Fragments*

Dan Wells, 2014

Traducción: Nora Escoms

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a todos aquellos que alguna vez admitieron que se equivocaron. No es señal de debilidad ni de falta de dedicación; es una de las fortalezas más grandes que puede tener una persona, sea humana o Parcial.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

—Brindemos —propuso Héctor— por el mejor oficial de la Nueva América.

El salón cobró vida con el tintineo de los vasos y el rugido de cien voces.

—¡Cornwell! ¡Cornwell!

Los hombres entrechocaron sus copas y sus botellas, y las vaciaron al unísono con un gorgoteo. Al acabarse la bebida que contenían, las depositaron estrepitosamente sobre la mesa o incluso las arrojaron al suelo. Samm los observó en silencio y reguló su telescopio casi imperceptiblemente. La ventana estaba sucia, pero aun así vio a los soldados sonreír y hacer muecas mientras se daban palmadas en la espalda, reían de chistes groseros y trataban de

no mirar al coronel. De todos modos, el enlace les informaría sobre Cornwell.

Samm, escondido entre los árboles en el otro extremo del valle, bien fuera del alcance del enlace, no disfrutaba de semejante lujo.

Giró la perilla del trípode para mover el micrófono apenas una fracción de milímetro a la izquierda. A esa distancia, hasta el más mínimo cambio de ángulo captaba el sonido de una vasta parte del salón. Las voces se hicieron difusas en los auriculares; percibió fragmentos de palabras y conversaciones, y luego oyó otra voz, tan familiar como la de Héctor: era la de Adrián, el antiguo sargento de Samm.

—... nunca se dieron cuenta de lo que les pasó —decía Adrián—. La línea enemiga quedó destruida, tal como se había planeado, pero por unos minutos eso mismo lo hizo mucho más peligroso. El enemigo se desorientó y empezó a disparar en todas las direcciones a la vez, y bajo tanto fuego no podíamos apoyar a Cornwell. Él defendió la esquina hasta el fin, sin dejarse amedrentar, y todo el tiempo el Perro Guardián

aullaba y aullaba; casi nos dejó sordos. No hubo Perro Guardián más leal que el suyo. Adoraba a Cornwell. Esa fue la última batalla importante que vimos en Wuhan, y un par de días después, la ciudad era nuestra.

Samm recordaba esa batalla. Hacía casi exactamente dieciséis años que habían tomado Wuhan, en marzo de 2061; había sido una de las últimas ciudades en caer durante la Guerra de Aislamiento. Pero había sido uno de los primeros combates de Samm; aún tenía presentes los sonidos, los olores, el sabor de la pólvora que llenaba el aire. El recuerdo zumbaba en su mente y algunos datos fantasmas del enlace surcaron su cerebro, apenas lo suficiente como para despertar la adrenalina. Casi de inmediato afloraron los instintos y el entrenamiento, que agudizaron su conciencia mientras permanecía agazapado en la ladera oscura, preparándolo para una batalla que solo existía en su mente. A eso le siguió la reacción opuesta: una oleada de familiaridad que tuvo un efecto sedante. Hacía días que él no se enlazaba con nadie, y aquella

súbita sensación, real o no, le provocó una comodidad casi dolorosa. Cerró los ojos y se aferró a ella, concentrándose en los recuerdos, deseando volver a sentirlos con más intensidad, pero al cabo de unos instantes fugaces, se desvanecieron. Estaba solo. Abrió los ojos y volvió a mirar por el telescopio.

Ahora los hombres habían dispuesto la comida: unas bandejas de metal anchas, repletas de carne de cerdo caliente. Era bastante común encontrar piaras de cerdos salvajes en Connecticut, pero se hallaban principalmente en lo profundo del bosque, alejados de los asentamientos Parciales. Para darse semejante festín debían de haberlos cazado bastante lejos. A Samm le gruñó el estómago al ver eso, pero no se movió.

A lo lejos, los soldados se pusieron tensos, ligeramente pero todos a la vez, advertidos por el enlace de algo que Samm solamente pudo adivinar. *El coronel*, pensó, y enfocó el telescopio hacia Cornwell. Lucía tan mal como siempre, cadavérico y semidescompuesto, pero

su pecho aún subía y bajaba y no parecía haber nada fatídicamente malo. Una punzada de dolor, tal vez. Los hombres del salón no le prestaban atención, y Samm optó por hacer lo mismo. Todavía no había llegado la hora, pues la fiesta continuó. Se puso a escuchar otra conversación: más recuerdos de los viejos tiempos de la Guerra de Aislamiento, y aquí y allá alguna anécdota de la revolución, pero nada que encendiera su memoria tan profundamente como el relato del sargento. A la larga, fue demasiado estar viendo aquellas costillas de cerdo y oír masticar a los hombres, así que, con cuidado, Samm sacó de su mochila una bolsita plástica con trozos de cecina seca. Era una pálida imitación de las jugosas costillas que estaban disfrutando sus antiguos camaradas, pero era algo. Volvió a mirar por el telescopio y vio al mayor Wallace justo en el instante en que se ponía de pie para hablar.

—El teniente coronel Richard Cornwell no puede hablarles hoy, pero tengo el honor de decir algunas palabras en su nombre.

Wallace se movía con lentitud, no solo al caminar sino también en sus gestos y al hablar; cada movimiento era medido y deliberado. Parecía tener tan poca edad como Samm, como un humano de dieciocho años, pero en tiempo real se acercaba a los veinte... la fecha de vencimiento. En unos meses más, o tal vez unas semanas, empezaría a descomponerse igual que Cornwell. Samm sintió frío y se puso su chaqueta sobre los hombros.

El grupo guardó silencio, y la voz de Wallace resonó con intensidad en el salón, provocando un eco metálico en los auriculares de Samm.

—He tenido el honor de servir al mando del coronel durante toda mi vida. Él mismo me sacó del tanque de crecimiento y me entrenó. Es mejor hombre que la mayoría de los que conozco, y un buen líder. No tenemos padres, pero me gustaría pensar que, si los tuviéramos, el mío sería alguien como Richard Cornwell.

Hizo una pausa, y Samm meneó la cabeza. Cornwell *era* el padre de ellos, en todos los sentidos menos en el estrictamente biológico.

Los había educado, los había conducido y protegido: todo lo que hace un padre. Todo lo que Samm nunca podría hacer. Reguló el *zoom* del telescopio para acercar el rostro del mayor. No había lágrimas, pero estaba ojeroso y se veía cansado.

—Fuimos hechos para morir —prosiguió—. Para matar y luego morir. Nuestras vidas no tienen más que dos propósitos, y cumplimos con el primero hace quince años. A veces pienso que lo más cruel no fue la fecha de vencimiento, sino los quince años que tuvimos que esperar para enterarnos de ella. Los más jóvenes entre ustedes se llevarán la peor parte, pues serán los últimos en marcharse. Nacimos en guerra y nos ganamos la gloria, y ahora nos sentamos en una sala en penumbra para vernos morir.

Todos los Parciales que estaban en el salón volvieron a tensarse, esta vez en forma más perceptible, y algunos se levantaron de un salto. Samm movió el telescopio a toda prisa, en busca del coronel, pero con tanto *zoom* se desorientó; siguió buscando durante algunos segundos

frenéticos, entre gritos de «¡El coronel!» y «¡Llegó la hora!». Por fin, se echó hacia atrás, alejó el *zoom* y luego volvió a acercarlo desde una distancia de más de un kilómetro. Encontró la cama del coronel, en un sitio de honor al frente del salón, y observó al anciano que se estremecía y tosía; en las comisuras de su boca había salpicaduras de sangre negra. Ya parecía un cadáver; sus células iban degenerándose y todo su cuerpo se descomponía en forma casi perceptible, a la vista de todos. Intentó toser, hizo una mueca, tosió más fuerte y quedó inmóvil. El salón permaneció en silencio.

Samm observó, impasible, mientras los soldados preparaban el rito fúnebre: sin decir palabra, abrieron las ventanas, corrieron las cortinas y encendieron los ventiladores. Los humanos enfrentaban la muerte con llanto, con discursos, con lamentos y dientes apretados. Los Parciales la enfrentaban como solo ellos podían hacerlo: por medio del enlace. Sus cuerpos estaban diseñados para el campo de batalla. Cuando morían, emitían una serie de datos que

alertaban a sus camaradas del peligro, y estos, al recibirla, emitían a su vez más datos para que se corriera la voz. Los ventiladores empujaban el aire hacia el mundo para que todos se enlazaran y supieran que acababa de morir un gran hombre.

Samm esperó, tenso, sintiendo la brisa a ambos lados de su rostro. Deseaba sentirla, y a la vez, no; era conexión y dolor, comunidad y tristeza. Era deprimente ver cómo ambas cosas se juntaban en los últimos días. Observó las hojas que se agitaban en los árboles allá abajo, en el valle; las ramas que se mecían suavemente con el viento. Los datos nunca llegaron.

Estaba demasiado lejos.

Empacó el telescopio y el micrófono direccional y los guardó en la mochila, junto con la pequeña batería solar. Revisó el lugar dos veces, para cerciorarse de que no olvidaba nada: la bolsita plástica de la comida estaba guardada; los auriculares, también, y tenía el fusil al hombro. Hasta borró con las botas las marcas del trípode en la tierra. No quedaban indicios de

que él había estado allí.

Echó un último vistazo al funeral de su coronel, se ajustó la máscara antigás y se escabulló al exilio. En aquel salón no había lugar para desertores.

CAPÍTULO DOS

El sol brillaba intensamente entre las brechas que dejaban los edificios, dibujando una trama de triángulos amarillos irregulares sobre las calles rotas. Kira Walker observó el lugar con cuidado, agachada junto a un taxi oxidado que estaba al pie de un profundo cañón urbano. Pasto, maleza y arbustos permanecían inmóviles en el asfalto agrietado. La ciudad estaba en perfecta quietud.

Sin embargo, algo se había movido.

Kira se puso el fusil de asalto al hombro, con la esperanza de ver mejor por la mira telescópica, pero luego recordó, por enésima vez, que la mira se le había roto en el derrumbe de la semana anterior. Maldijo y bajó el arma. *Apenas termine con esto, voy a buscar otra*

armería y cambiar esta basura. Escudriñó la calle, tratando de separar formas y sombras; levantó nuevamente el fusil y volvió a maldecir por lo bajo. *Es difícil quitarse las viejas costumbres.* Agachó la cabeza y corrió hasta la parte trasera del taxi. A treinta metros había un camión de reparto a medio bajar de la acera; seguramente allí podría esconderse de lo que fuera (o de quien fuera) que anduviera por allí. Espió y, tras casi un minuto con la mirada fija en la calle inmóvil, apretó los dientes y echó a correr. No hubo balas, estrépitos ni rugidos. El camión cumplió su cometido. Kira se ocultó tras él, apoyó una rodilla en el suelo y echó un vistazo más allá del parachoques.

Un antílope avanzó entre el matorral. Sus largos cuernos se curvaban hacia el cielo, mientras su lengua buscaba los brotes y plantas que crecían entre los escombros. Ella permaneció inmóvil, observando muy concentrada, demasiado paranoica para suponer que aquel antílope era lo que había visto moverse un momento antes. Arriba chilló un

cardenal, y segundos después lo siguió otro: con sus copetes de un rojo encendido, giraban, se lanzaban en picada y se perseguían entre los cables de electricidad y los semáforos. El antílope mordisqueaba las hojitas verdes de un retoño de arce, en paz y sin prestar atención a lo que ocurría. Kira continuó observando hasta estar segura de que no había nada más, y luego miró otro poco, por las dudas. No estaba de más tener cuidado en Manhattan; la última vez que había estado allí la habían atacado los Parciales, y en este viaje, hasta el momento, la habían perseguido un oso y una pantera. El recuerdo la hizo detenerse, dar media vuelta y mirar hacia atrás. Nada. Cerró los ojos y se concentró, tratando de «sentir» si había algún Parcial cerca, pero no pudo. Nunca había logrado hacerlo de un modo reconocible, ni siquiera habiendo pasado una semana en contacto directo con Samm. Ella también era Parcial, pero era distinta: aparentemente, le faltaban el enlace y algunas otras características; además, envejecía y crecía como un ser humano normal. No sabía

bien qué era, y no tenía a quién acudir en busca de respuestas. Tampoco tenía con quién hablar de ello: solo Samm y la demente científica Parcial, la doctora Morgan, sabían que ella era Parcial. Ni siquiera se lo había contado a su novio —y mejor amigo—: Marcus.

Kira se estremeció, inquieta, e hizo una mueca al sentir la incómoda confusión que siempre la invadía cuando se preguntaba sobre sí misma. *Eso es lo que vine a buscar*, pensó. *Respuestas a mis preguntas.*

Se volvió y se sentó en el asfalto roto. Se recostó contra el neumático desinflado del camión y volvió a sacar su libreta, aunque a esa altura ya había memorizado la dirección: Calle 54 y Lexington. Le había llevado semanas averiguar esa dirección, y varios días más llegar hasta allí entre las ruinas. Quizá estaba actuando con demasiada cautela...

Sacudió la cabeza. Era imposible tener *demasiada cautela*. Las áreas no colonizadas eran muy peligrosas para arriesgarse, y Manhattan lo era más que casi todas. Había

optado por lo seguro y gracias a eso seguía con vida; no iba a descartar una estrategia que le había dado tan buen resultado.

Volvió a mirar la dirección y luego levantó la vista hacia los carteles deteriorados de las calles. Sin duda, estaba en el lugar indicado. Volvió a guardar la libreta en el bolsillo y levantó el fusil. Es hora de entrar.

Hora de visitar ParaGen.

El edificio de oficinas había tenido puertas de vidrio y ventanales del piso al techo, pero el vidrio no duró mucho desde el Brote, y ahora toda la planta baja estaba expuesta al viento y la lluvia. No era la sede central de ParaGen —esa estaba en el oeste, del otro lado del país— pero era algo. Se trataba de una sucursal financiera, ubicada en Manhattan solo para interactuar con las oficinas similares de otras corporaciones. Kira había tardado semanas en averiguar que existía esa oficina.

Avanzó con cuidado entre fragmentos de vidrio blindado y pequeños montículos de material de revestimiento exterior que se habían

desprendido de los pisos superiores. Tras once años de abandono, el suelo estaba lleno de tierra, una capa suficientemente gruesa como para que empezaran a crecer la maleza y el pasto. Los asientos bajos, otrora tapizados con lustroso vinilo, estaban debilitados por el sol y la lluvia, y rasgados por lo que parecían garras de gatos. Un amplio escritorio que probablemente había servido de recepción, ahora estaba deteriorado y combado, aunque seguía siendo el epicentro de un montón de credenciales identificadoras de plástico amarillo desparramadas. En la pared, una placa exhibía los nombres de las docenas de compañías que había en el edificio, y Kira recorrió la lista con la mirada hasta encontrar a ParaGen: en el piso veintiuno. Había tres ascensores en la pared que estaba detrás del escritorio; uno de ellos asomaba torcido dentro de su caja. Ella los ignoró y se dirigió a la puerta que daba a la escalera, en el rincón de atrás. Junto a la puerta había un sensor para cerradura magnética, pero sin electricidad no tenía sentido; el mayor problema serían las bisagras. Se apoyó

contra la puerta y empujó, primero con suavidad para probarla, y luego con más fuerza al ver que las bisagras resistían. Por fin cedieron y pudo llegar a la altísima escalera.

—Piso veintiuno —suspiró—. No podía ser de otra manera.

Muchos de los edificios más viejos del mundo eran demasiado peligrosos como para intentar subir, devastados durante el primer invierno que siguió al Brote: se rompieron las ventanas, las cañerías estallaron y, al llegar la primavera, las habitaciones, los pisos y las paredes se llenaron de humedad. Tras diez ciclos de congelamiento y descongelamiento, las paredes estaban combadas; los techos, débiles y los pisos se desintegraban. Había moho en la madera y las alfombras, los insectos se metían en las grietas, y lo que había sido una estructura sólida era ahora una precaria torre de jirones y fragmentos; escombros que aún no habían caído, que esperaban un puntapié, un paso o que alguien alzara la voz para desmoronarse en el suelo. Sin embargo, los edificios más grandes, y

especialmente los nuevos, como ese, eran mucho más duraderos: tenían un esqueleto de vigas de acero y en su interior, cemento sellado y fibra de carbono. La piel, por así llamarla, era débil: de vidrio, yeso y alfombras, pero el edificio en sí era robusto. La escalera donde se encontraba Kira estaba particularmente bien conservada, polvorienta pero no sucia; y el aire rancio le hizo preguntarse si habría quedado más o menos sellada desde el Brote. Eso le daba un ambiente espeluznante, como el de una tumba, aunque no se veía a nadie sepultado allí. Empezó a preguntarse si más arriba encontraría el cuerpo de alguien que hubiera quedado encerrado en la escalera al ser vencido por el RM, pero llegó al piso veintiuno sin haber visto nada. Pensó en salir a buscar alguno, para satisfacer tanta curiosidad contenida, pero no. Ya había suficientes cadáveres en una ciudad de ese tamaño; en la calle, la mitad de los autos tenían esqueletos dentro, y en las casas y en las oficinas había millones más. Uno más o uno menos en esa escalera olvidada no cambiaría

nada. Con esfuerzo y un chirrido de bisagras, Kira abrió la puerta y salió a la oficina de ParaGen.

No era la sede principal, claro; de esa había visto una foto algunas semanas antes: ahí estaban ella de niña, con su padre y su tutora, Nandita, de pie frente a un enorme edificio de vidrio contra unas montañas nevadas. Kira no sabía dónde quedaba. No recordaba que le hubieran tomado esa foto, y menos aún recordaba a Nandita antes del Brote, pero allí estaba. Kira tenía solo cinco años cuando se acabó el mundo, quizá apenas cuatro en la foto. ¿Qué significaba? ¿Quién era Nandita en realidad? Y ¿qué conexión tenía con ParaGen? ¿Acaso había trabajado allí? ¿Y su padre? Sabía que él había trabajado en una oficina, pero en esa época era demasiado pequeña como para recordar más. Si realmente era una Parcial, ¿acaso había sido un experimento de laboratorio? ¿Un accidente? ¿Un prototipo? ¿Por qué Nandita nunca le había dicho nada?

En cierto modo, esa era la pregunta más

importante. Kira había vivido con ella casi doce años. Si la mujer sabía quién era ella, si lo había sabido todo el tiempo y jamás le había contado una palabra... A Kira no le agradaba nada la idea.

Sus pensamientos le provocaron desasosiego, tal como le había ocurrido en la calle. *Soy una falsificación, pensó. Un producto artificial que se cree una persona. Soy tan falsa como el acabado de imitación mármol de este escritorio.* Entró en la recepción y tocó el mueble descascarado: vinilo pintado sobre plástico prensado. Ni siquiera era natural, mucho menos real. Levantando la vista, se obligó a olvidar su inquietud y a concentrarse en la tarea que le esperaba. La recepción era espaciosa para Manhattan: una sala amplia con sillones desvencijados tapizados en cuero y una estructura rocosa que probablemente había sido una cascada o fuente. La pared que estaba detrás del escritorio ostentaba un enorme logo metálico de ParaGen, el mismo que se veía en el edificio de la foto. Kira abrió su bolso, sacó la

fotografía cuidadosamente doblada y comparó ambas imágenes. *Idénticos*. Guardó la foto y rodeó el escritorio para examinar los papeles que había allí esparcidos. Igual que la escalera, esta habitación carecía de ventanas al exterior y por eso había quedado resguardada de los elementos; los papeles estaban viejos y amarillentos, pero intactos y ordenados. La mayoría eran cosas sin importancia: guías telefónicas, folletos de la compañía y una novela que habría estado leyendo la recepcionista; se llamaba *Te mataré por amor*, y en la cubierta tenía una imagen de una daga ensangrentada. Quizá no fuera la lectura más adecuada mientras se terminaba el mundo, pero por otro lado la recepcionista tal vez ni siquiera había estado allí durante el Brote. Seguramente había dejado su puesto cuando el RM empeoró, o cuando se liberó por primera vez, o incluso a comienzos de la Guerra Parcial. Kira dio unos golpecitos en el libro con el dedo y notó que el señalador estaba como a las tres cuartas partes. *Nunca llegó a enterarse de quién mataba a*

quién por amor.

Echó otro vistazo a la guía telefónica y advirtió que algunas de las extensiones internas de cuatro dígitos empezaban con 1, y otras, con 2. ¿Tal vez la oficina ocupaba dos pisos? Hojeó la guía y en la última página encontró una sección de números más largos, de diez dígitos cada uno: varios comenzaban con 1303, y otros, con 1312. Sabía, por haber hablado con adultos que recordaban el viejo mundo, que aquellos eran códigos de área para distintas partes del país, pero no tenía idea de qué partes eran, y la guía tampoco lo decía.

Los folletos estaban apilados ordenadamente en una esquina del escritorio; sus portadas estaban adornadas con una doble hélice estilizada y una imagen del edificio que aparecía en la fotografía de Kira, aunque tomado desde otro ángulo. Levantó uno para examinarlo mejor y vio que en el fondo había otros edificios similares, entre los cuales se destacaba una torre alta y maciza que parecía hecha de enormes cubos de vidrio. Al pie de la imagen, en

letra cursiva, se leía la frase: «Mejorándonos continuamente». Adentro había página tras página de fotos de sujetos sonrientes y textos que ponderaban las virtudes de las modificaciones genéticas: alteraciones cosméticas para cambiar el color del cabello o de los ojos; modificaciones médicas para eliminar una enfermedad congénita o reforzar la resistencia a otras; e incluso cambios estéticos para aplanar el abdomen o aumentar el busto, mejorar la fuerza o la velocidad, los sentidos o el tiempo de reacción de una persona. Las modificaciones genéticas habían sido tan comunes antes del Brote, que casi todos los sobrevivientes que vivían en Long Island las tenían. Hasta los hijos de la peste, los niños que habían sido demasiado pequeños para recordar cómo había sido la vida antes del Brote, habían recibido algunas mejoras genéticas al nacer. Era el procedimiento estándar en todo el mundo, y muchas de esas mejoras las había desarrollado ParaGen. Kira siempre creyó tener las modificaciones básicas que recibían todos los

bebés, y ocasionalmente se había preguntado si tendría algo más. ¿Era buena corredora por el ADN de sus padres, o porque una modificación genética la había hecho así? Ahora sabía que se debía a que era una Parcial. Había sido fabricada en un laboratorio como un ideal de ser humano.

La segunda mitad del folleto hablaba directamente de los Parciales, aunque se refería a ellos como BioSintes, y había más «modelos» de los que Kira había esperado encontrar. Primero se presentaban los Parciales militares, más como un caso de éxito que como un producto disponible: un millón de pruebas de campo exitosas de aquella biotecnología especial. No se podía «comprar» un modelo de soldado, por supuesto, pero el folleto incluía otras versiones menos humanoides con la misma tecnología: Perros Guardianes hiperinteligentes, leones de melena espesa amansados —lo suficiente como para tenerlos de mascotas—, y hasta algo llamado «Mi Dragón», que parecía una lagartija alada del tamaño de un gato

doméstico. En la última página se promocionaban nuevas clases de Parciales: un guardia de seguridad basado en el modelo del soldado, y otros que se podían buscar en línea. *¿Eso es lo que soy? ¿Guardia de seguridad, esclava de amor o quién sabe qué tipo de basura asquerosa que vendía esta gente?* Releyó el folleto en busca de alguna pista que le revelara algo sobre sí misma, pero no había nada más. Lo arrojó a un lado y tomó el siguiente, pero resultó ser lo mismo con una portada distinta. Maldijo por lo bajo y arrojó ese también.

Yo soy más que un producto en un catálogo, se dijo. Alguien me hizo por una razón. Nandita se quedó conmigo para cuidarme por algún motivo. ¿Seré una agente en espera de ser activada? ¿Un dispositivo de escucha? ¿Una asesina? La científica Parcial que me capturó, la doctora Morgan... cuando descubrió lo que era, estuvo a punto de estallar; se puso muy nerviosa. Es la persona más temible que he conocido, y el solo hecho de pensar en lo

que yo podría ser la aterró.

Me hicieron por una razón, pero ¿esa razón es buena o mala?

Fuera cual fuera la respuesta, no la encontraría en un folleto. Tomó otro de la pila y lo guardó en la mochila, por si alguna vez le servía; luego sujetó el fusil y se dirigió a la puerta más cercana. No era probable que encontrara nada peligroso a esas alturas, pero... aquel dragón del folleto la había puesto nerviosa. Jamás había visto uno vivo, ni un dragón ni un león ni nada de eso, pero no estaba de más tener cuidado. Aquello era la guarida misma del enemigo. *Son especies artificiales, se dijo, diseñadas para ser mascotas dóciles y dependientes. Nunca las vi porque están todas muertas, cazadas hasta la extinción por animales de verdad que saben sobrevivir en tierra salvaje.* Ese pensamiento la deprimió, y no contribuyó a aplacar sus temores. Aun así era probable que encontrara la habitación llena de cadáveres; había muerto tanta gente allí que la ciudad era prácticamente una tumba. Apoyó

una mano en la puerta, se armó de valor y empujó.

Del otro lado la recibió un ambiente más fresco y oxigenado que el aire muerto del vestíbulo y las escaleras. Era un pasillo corto que daba a otras oficinas, y al final Kira vio largas hileras de ventanas rotas. Espió por la puerta de la primera oficina, que estaba abierta, trabada por una silla negra con rueditas, y contuvo el aliento, sorprendida, cuando un trío de golondrinas pardo-amarillentas levantó el vuelo súbitamente desde su nido, en un estante. Una brisa cálida que entraba por la ventana sin vidrios le rozó la cara y agitó los mechones de cabello que se habían soltado de la cola de caballo. Alguna vez esa habitación había tenido ventanas del piso al techo, de modo que ahora parecía una cueva en la pared de un acantilado, y Kira contempló con recelo las ruinas cubiertas de vegetación de la ciudad, allá abajo.

El nombre que figuraba en la puerta era David Harmon, alguien que no tenía muchas cosas en su espacio de trabajo: un escritorio de

plástico claro, una biblioteca cuyos libros estaban cubiertos por una costra de excremento de ave y una pizarra desvaída en la pared. Kira se cargó el fusil al hombro y entró, buscando alguna especie de registro que pudiera examinar, pero no había nada, ni siquiera una computadora, aunque de todos modos no le serviría sin electricidad para encenderla. Se acercó a los libros y trató de leer sus títulos sin tocarlos, y halló una hilera tras otra de guías financieras. Seguramente David Harmon había sido contador. Echó un último vistazo, con la esperanza de hallar una revelación a último momento, pero el lugar estaba vacío. Volvió a salir al pasillo y probó en la siguiente oficina.

Diez oficinas más tarde, aún no había encontrado nada que arrojara luz sobre sus interrogantes: un puñado de libros contables y algún que otro archivo, pero hasta esos estaban vacíos, o bien llenos de declaraciones de ganancias. ParaGen había acumulado una riqueza obscena; ahora Kira lo sabía con certeza, pero no sabía casi nada más.

La verdadera información estaría en las computadoras, aunque las oficinas parecían no tenerlas. Kira frunció el ceño, confundida, porque todo lo que había oído acerca del viejo mundo le decía que usaban computadoras para todo. ¿Por qué allí no estaban aquellos monitores planos o las torres metálicas que había visto por todas partes? Suspiró con frustración, sabiendo que, aun si las hallaba, no sabría qué hacer con ellas. Había usado algunas en el hospital: medicomps, escáners y ese tipo de aparatos cuando un tratamiento o un diagnóstico lo exigía, pero principalmente máquinas destinadas a un solo propósito. En el viejo mundo las computadoras habían sido parte de una inmensa red capaz de comunicarse al instante con cualquier parte del planeta. Había de todo en las computadoras: desde libros y música hasta, aparentemente, los vastos planes que tramaba ParaGen. Pero en esas oficinas no había computadoras...

Pero sí hay una impresora. Se detuvo, con la mirada fija en una mesita que estaba en la

última oficina del piso. Era una sala más grande que las demás, y en la puerta figuraba el nombre Guinevere Creech, probablemente la vicepresidenta local o como fuera que se llamara en la escala jerárquica de la compañía. Había hojas en blanco desparramadas en el suelo, arrugadas y descoloridas por las lluvias que habían entrado por la ventana rota, y una pequeña caja de plástico sobre una mesita junto al escritorio. Kira la reconoció como una impresora; en el hospital había decenas de ellas, que ya no servían porque no tenían tinta, y una vez le habían encargado trasladarlas de un armario a otro. En el viejo mundo las habían usado para escribir documentos directamente desde una computadora, de modo que si en esa oficina había una impresora, tenía que haber habido también una computadora, al menos en otro tiempo. Levantó el aparato para examinarlo más de cerca: no tenía cable ni lugar dónde enchufarlo, lo cual significaba que era inalámbrico. Volvió a dejarlo en su sitio y se arrodilló para mirar debajo de la mesita; nada

por allí. ¿Por qué alguien se había tomado el trabajo de retirar todas las máquinas? ¿Sería para esconder información cuando el mundo se destruyó? Sin duda, Kira no podía ser la primera persona a la que se le había ocurrido ir allí; ParaGen había fabricado a los Parciales, nada menos, y era el experto mundial en biotecnología. Aun cuando no lo culparan por la Guerra Parcial, seguramente el gobierno lo habría contactado para buscar la cura del RM. *Suponiendo, claro está, que el gobierno no supiera que la cura estaba en los Parciales.* Kira apartó el pensamiento de su mente. No estaba allí para entretenerse con teorías conspiratorias, sino para descubrir información. ¿Acaso alguien se había llevado las computadoras?

Levantó la vista y examinó la habitación desde su posición en cuatro patas, y desde ese lugar vio algo que antes no había notado: un círculo negro brillante en el armazón metálico del escritorio. Movi6 la cabeza y el círculo pareció encenderse y apagarse seg6n le diera la

luz. Sorprendida, se puso de pie y sacudió la cabeza al comprender lo simple que era todo aquello.

Los escritorios *eran* las computadoras.

Ahora que lo entendía, le resultaba obvio. Los escritorios de plástico claro eran réplicas casi exactas, a mayor escala, de la pantalla del medicomp que ella usaba en el hospital. El cerebro —la CPU, el disco rígido y la computadora en sí— estaban empotrados en el armazón de metal negro, y al encenderlo, todo el escritorio se encendería con pantallas táctiles, teclados y otros dispositivos.

Kira volvió a arrodillarse para examinar la base de las patas del armazón metálico, y lanzó una exclamación de triunfo cuando encontró un cable negro y corto enchufado en un tomacorriente que había en el suelo. Al oírla, otra bandada de golondrinas levantó vuelo y se alejó. Ella sonrió, pero no era realmente un triunfo: si no podía encenderlas, de nada le servían. Necesitaría un cargador, y no había empacado uno al marcharse de East Meadow

con tanta prisa; se sintió una tonta por haberlo olvidado, pero ya nada podía hacer. Tendría que tratar de conseguir uno en Manhattan, quizá en una ferretería o en alguna tienda de artículos electrónicos. Desde el Brote, la isla se consideraba demasiado peligrosa como para recorrerla y, por eso, la mayor parte todavía no había sido saqueada. Aun así, tampoco le agradaba la idea de subir cargando un generador de más de veinte kilos por la escalera hasta el piso veintiuno.

Dio un suspiro largo y lento, tratando de ordenar sus pensamientos. *Necesito averiguar lo que soy. Necesito saber cuál es la conexión de mi padre y de Nandita con esto. Debo encontrar al Consorcio.* Una vez más, sacó la foto, la de ellos tres de pie frente al complejo de ParaGen. Alguien había escrito un mensaje en la foto: *Busca al Consorcio.* Kira ni siquiera sabía con exactitud qué era el Consorcio, y menos aún cómo encontrarlo. Para el caso, tampoco sabía quién le había dejado la foto con ese mensaje, aunque por la letra supuso

que había sido Nandita. Las cosas que desconocía parecían pender sobre ella como un enorme bulto pesado. Cerró los ojos, tratando de respirar profundamente. Había puesto todas sus esperanzas en esta oficina, la única parte de ParaGen adonde podía llegar, y era agobiante estar allí y no encontrar nada que le sirviera, ni siquiera otra pista.

Se puso de pie y se acercó rápidamente a la ventana para tomar aire. Abajo se extendía Manhattan, mitad ciudad y mitad selva, una enorme masa verde de árboles ávidos y edificios en ruinas, cubiertos de enredaderas. Era todo tan *grande*, de un tamaño abrumador... Y eso era apenas la ciudad; más allá había otras ciudades, otros estados y otras naciones, continentes enteros que ella no había visto jamás. Se sintió perdida, exhausta por la imposibilidad de encontrar siquiera un pequeño secreto en un mundo tan inmenso. Observó pasar una bandada de aves, ajenas a ella y sus preocupaciones; el mundo se había acabado y estas ni se habían dado cuenta. Si desapareciera

la última de las especies pensantes, el sol seguiría saliendo y las aves seguirían volando.

¿Qué significaba realmente su éxito o su fracaso?

Entonces Kira irguió la cabeza, apretó la mandíbula y dijo en voz alta:

—No voy a darme por vencida. No importa qué tan grande sea el mundo. Simplemente tengo más lugares donde buscar.

Se volvió hacia la oficina, se acercó al archivo y abrió el primer cajón. Si el Consorcio tenía algo que ver con ParaGen, quizá algún proyecto especial relacionado con el liderazgo Parcial, como había sugerido Samm, esa sede financiera debía haber tenido que procesar dinero para ello tarde o temprano, y tal vez hubiera allí algún registro de eso.

Limpió el polvo de la pantalla del escritorio y comenzó a sacar carpetas del archivo y a revisarlas línea por línea, concepto por concepto, pago por pago. Cuando terminaba con una carpeta, la dejaba en el suelo en un rincón y empezaba con una nueva; así pasó hora tras

hora, y se detuvo solamente cuando oscureció demasiado como para seguir leyendo. El aire nocturno estaba frío y Kira pensó en encender una pequeña fogata —sobre uno de los escritorios, donde pudiera contenerla—, pero decidió no hacerlo. En la calle las fogatas eran fáciles de esconder de quien pudiera estar vigilando, pero una luz a esa altura sería visible desde varios kilómetros a la redonda. Optó por retirarse a la recepción, cerrar todas las puertas y colocar su bolsa de dormir al abrigo del escritorio. Abrió una lata de atún y la comió en silencio y a oscuras, tomando el contenido con los dedos y simulando que era *sushi*. Durmió con un sueño ligero, y al despertar por la mañana se puso inmediatamente a trabajar y siguió revisando los archivos. A media mañana por fin encontró algo.

«Nandita Merchant», leyó, con un sobresalto después de tanto buscar. «Cincuenta y un mil ciento doce dólares pagados el 5 de diciembre de 2064. Depósito directo. Arvada, Colorado». Era una nómina enorme, que parecía abarcar a

todos los empleados de la multinacional.

Kira frunció el ceño y releyó la línea. No decía cuál era su puesto, sino solo que le habían pagado, y no tenía idea de lo que eso representaba: ¿sería el sueldo de un mes o de un año? ¿Honorarios por un trabajo específico? Regresó a los libros contables, buscó uno del mes anterior y lo revisó rápidamente hasta encontrar el nombre de Nandita. «Cincuenta y un mil ciento doce dólares el 21 de noviembre», leyó, y vio lo mismo el 7 de noviembre. *Entonces es un sueldo quincenal, o sea que por año ganaba... como un millón doscientos mil dólares. Eso parece mucho.* No tenía ningún marco de referencia para juzgar los sueldos del viejo mundo, pero al examinar la lista vio que la de Nandita era una de las cifras más altas.

—Conque era uno de los peces gordos de la compañía —pensó en voz alta—. Ganaba más que la mayoría, pero ¿qué hacía?

Quería buscar a su padre, pero ni siquiera sabía su apellido. Su propio apellido, Walker, era

un apodo que le habían puesto los soldados que la habían encontrado después del Brote, pues había caminado varios kilómetros por una ciudad vacía, en busca de comida. «Kira, la Caminante^[1]». Entonces era tan pequeña que no recordaba su apellido ni dónde trabajaba su padre, ni siquiera en qué ciudad vivían...

—¡Denver! —exclamó, al recordar súbitamente el nombre—. Vivíamos en Denver. Eso estaba en Colorado, ¿no?

Volvió a mirar el registro de Nandita: *Arvada, Colorado*. ¿Eso estaría cerca de Denver? Dobló la hoja con cuidado y la guardó en su mochila, al tiempo que se prometía buscar luego alguna librería antigua que tuviera un atlas. Miró una vez más la nómina en busca del nombre de pila de su padre, Armin, pero los pagos estaban registrados por apellido, así que no valía la pena buscar entre las decenas de miles de personas que figuraban allí. A lo sumo, si encontrara su nombre confirmaría lo que la foto ya sugería: que Nandita y su padre habían

trabajado en la misma sede de esa empresa. Pero no le diría a qué se dedicaban ni por qué.

Pasó otro día de investigación sin hallar nada que le sirviera, y en un arranque de irritación gruñó y arrojó la última carpeta por la ventana rota. Apenas lo hizo, se reprendió por hacer algo que pudiera llamar la atención de cualquiera que estuviera merodeando. Claro que eso no era muy probable, pero no era sensato tentar al destino. Se apartó de la ventana con la esperanza de que si alguien hubiera visto caer los papeles, lo atribuyera al viento o a la actividad de algún animal, y emprendió su siguiente proyecto: el segundo piso.

En realidad, era el piso veintidós, se recordó, mientras subía la escalera con pasos cansados hasta la siguiente puerta. Esta, extrañamente, estaba apenas cerrada, y al empujarla, Kira salió a un mar de cubículos. Allí no había recepción, solo un puñado de oficinas; el resto era espacio compartido y tabiques bajos. Observó que muchos de los cubículos tenían computadoras, o bien bases donde obviamente se podía conectar

una máquina portátil. En este piso no había pantallas de avanzada en los escritorios, pero lo que más le interesó fueron los cubículos que tenían cables sueltos. Lugares donde debía haber computadoras, pero no las había.

Kira se detuvo y observó con cuidado el salón. Allí circulaba más viento que en el piso inferior, debido a una larga hilera de ventanas rotas y a la falta de paredes entre oficinas que frenaran la corriente de aire. De tanto en tanto, volaba algún papel o algún remolino de polvo entre las divisiones de los cubículos, pero Kira no les prestaba atención; en cambio, se concentró en los primeros seis escritorios. Cuatro eran normales —con monitores, teclados, organizadores y fotos familiares—, pero en dos de ellos faltaban las computadoras. No solo faltaban: los habían saqueado. El organizador y las fotos habían sido empujados a un lado o tirados al suelo, como si quien se había llevado las máquinas tuviera demasiada prisa para molestarse en preservar algo más.

Se agachó para examinar el escritorio más

cercano, donde había un portarretrato derribado boca abajo. Se había formado una capa de polvo encima y alrededor de él, y con el tiempo y la humedad, habían surgido hongos en el polvo. No era nada sorprendente; después de once años de estar abiertos a la intemperie, la mitad de los edificios de Manhattan tenían una capa de tierra en su interior. Pero lo que le llamó la atención fue un pequeño tallo amarillo, como una brizna de pasto, que salía por debajo de la foto. Kira miró las ventanas, calculó el ángulo y supuso que si durante algunas horas del día ese lugar recibía mucho sol, sería más que suficiente para nutrir una planta. Había otras briznas de pasto alrededor, pero esa no era la cuestión. Era la forma en que el pasto crecía debajo de la foto.

Levantó la fotografía y la apartó, con lo cual quedó al descubierto una pequeña masa de escarabajos, hongos y pasto corto y seco. Se sentó, boquiabierta, estupefacta por lo que aquello implicaba.

La foto había sido derribada *después* de que el pasto había empezado a crecer.

El hecho no había sido reciente. Había suficiente suciedad sobre el portarretrato y en sus bordes, lo que demostraba que llevaba varios años así. Pero no once. El Brote se había iniciado y acabado, el edificio había sido abandonado, se habían acumulado tierra, hierbas, y *después* habían saqueado el cubículo. ¿Quién podría haber sido? ¿Humano o Parcial? Kira examinó el espacio debajo del escritorio y encontró otro puñado de cables, pero ningún indicio de quién se había llevado las máquinas. Se dirigió al siguiente cubículo que había sido saqueado y halló restos similares. Alguien había subido al piso veintidós, había robado dos computadoras y las había cargado escaleras abajo.

¿Por qué alguien haría eso? Se sentó, perpleja por las posibilidades. Si alguien quería información, seguramente era más fácil bajar la escalera con las computadoras que subirla con un generador. Pero ¿por qué esas dos y ninguna otra? ¿Qué tenían de especial? Volvió a mirar a su alrededor y notó con asombro que esos dos

cubículos eran los más cercanos al ascensor. Eso tenía menos sentido aún que todo lo demás: después del Brote, no había electricidad para que funcionaran los ascensores. Esa no podía ser la razón. Ni siquiera había nombres en las paredes de los escritorios; si alguien había apuntado específicamente a esas dos máquinas, debía conocer la compañía desde adentro.

Kira se puso de pie y recorrió el piso entero, lentamente, en busca de cualquier cosa que pareciera fuera de lugar o saqueada. Descubrió que faltaba una impresora, pero no logró discernir si se la habían llevado antes o después del Brote. Cuando terminó con el área central, recorrió las pocas oficinas que había contra la pared del fondo, y ahogó una exclamación de sorpresa al descubrir que una de ellas había sido completamente desvalijada: faltaba la computadora, los estantes estaban vacíos, todo. Había suficientes restos corporativos para ver que había sido una oficina en pleno funcionamiento, con teléfono, cestos de basura y varias pilas de papeles, pero nada más. Además,

tenía más estantes que las demás oficinas, todos desocupados. Se preguntó cuánto, con exactitud, habrían robado de allí.

Se detuvo con la mirada fija en el escritorio vacío. Había algo más que era diferente en esta oficina, algo que no lograba identificar. Vio un pequeño organizador de escritorio en el suelo, igual que en los cubículos, lo que implicaba que había sido saqueada con la misma rapidez y ansiedad. Quienquiera que lo hubiera hecho habría tenido muchísima prisa. Los cables sueltos colgaban del mismo modo, aunque aquí había mayor cantidad.

Kira se devanó los sesos tratando de descubrir qué era lo que le molestaba, y por fin se dio cuenta: no había fotos. La mayoría de los escritorios que había revisado en los últimos dos días tenían por lo menos un retrato familiar, y muchos tenían más de uno: parejas sonrientes, grupos de niños con atuendos similares, imágenes preservadas de personas que habían muerto hacía tiempo. Sin embargo, en esta oficina no había ninguna foto. Eso podía

significar dos cosas: que el hombre o la mujer que trabajaba allí no tenía familia —o no le importaba tanto como para exhibirla—, o lo que era más intrigante, que quien se había llevado los equipos se había llevado también las fotos. Y la razón más probable era que la persona que se había llevado las fotos fuera la misma que había trabajado en esa oficina.

Miró la puerta, donde se leía Afa Demoux, y debajo del nombre, en gruesas letras de imprenta, TI. ¿Acaso TI era un apodo? No le pareció un apodo muy agradable, pero su comprensión de la cultura del viejo mundo era bastante fragmentaria. Revisó las otras puertas y descubrió que cada una seguía el mismo esquema: un nombre y una palabra, aunque la mayoría de estas eran más largas, como Operaciones, Ventas, *Marketing*. ¿Serían títulos? ¿Departamentos? «TI» era el único que estaba escrito todo con mayúsculas, de modo que probablemente fuera una sigla, pero Kira no sabía qué significaba. *Testeo de... Inventos*. Negó con la cabeza. Esto no era un laboratorio,

o sea que Afa Demoux no era científico. ¿Cuál era su trabajo? ¿Había vuelto a buscar sus propios equipos? ¿Acaso su trabajo era tan vital, o tan peligroso, que alguien más había regresado a llevárselos? Aquello no era un saqueo al azar; nadie subía tantos pisos por la escalera para buscar un par de computadoras, habiendo tantas en la planta baja. Quien se las había llevado lo había hecho por algún motivo... por algo importante que estaba almacenado en ellas. Pero ¿quién había sido? ¿Afa Demoux? ¿Alguien de East Meadow? ¿Uno de los Parciales?

¿Quién más podría haber sido?

CAPÍTULO TRES

—Se abre la sesión.

Marcus estaba de pie en el fondo del salón, estirando el cuello para ver por encima de la multitud. Alcanzaba a ver bien a los senadores —Hobb, Kessler y Tovar, y uno nuevo a quien no conocía; todos sentados en el escenario, tras una mesa larga—, pero los dos acusados estaban fuera de su vista. El edificio del ayuntamiento, que solían usar para esas sesiones, había sido arrasado dos meses antes en un ataque de la Voz, antes de que Kira encontrara la cura para el RM y la Voz se reintegrara al resto de la sociedad. Luego de que se perdiera ese salón, habían pasado a usar el auditorio de la vieja Escuela Secundaria de

East Meadow. Esta había cerrado algunos meses atrás, así que ¿por qué no? *Por supuesto*, pensó Marcus, *el edificio es la menor de las cosas que han cambiado desde entonces*. El antiguo líder de la Voz ahora era uno de los senadores, y dos de los exsenadores ahora se sentaban en el banquillo de los acusados. Marcus se paró en puntas de pie, pero el auditorio estaba abarrotado y ya no quedaban asientos libres. Parecía que todos los habitantes de East Meadow habían ido a ver el fallo final para Weist y Delarosa.

—Voy a vomitar —dijo Isolde, aferrada al brazo de Marcus. Este dejó de estirarse y sonrió; luego hizo una mueca de dolor cuando la mano de ella lo apretó con más fuerza y le clavó las uñas.

—Deja de reírte de mí —gruñó.

—No estaba riéndome en voz alta.

—Estoy embarazada —le recordó Isolde—; mis sentidos son como superpoderes. Puedo oler tus pensamientos.

—¿Olerlos?

—Es un superpoder muy limitado —respondió—. Pero, en serio: llévame a tomar aire fresco o voy a dejar este salón más asqueroso de lo que ya está.

—¿Quieres volver a salir?

Isolde negó con la cabeza, cerró los ojos y respiró lentamente. Aún no se le notaba el embarazo, pero había tenido unas náuseas terribles; de hecho, había bajado de peso en lugar de aumentar, pues no lograba retener lo que comía, y la enfermera Hardy la había amenazado con internarla si no mejoraba pronto. Se había tomado la semana libre en el trabajo para descansar, y eso le había hecho bien, pero era demasiado aficionada a la política para no ir a una audiencia como aquella.

Marcus miró alrededor, vio un asiento cerca de una puerta abierta y la llevó hacia allá.

—Disculpe, señor —dijo en voz baja—, ¿puede cederle el lugar a mi amiga?

El hombre ni siquiera estaba sentado, sino de pie delante de la silla, pero miró a Marcus con fastidio.

—El que llega primero, se sienta —respondió—. Ahora cálese, que quiero oír esto.

—Está embarazada —insistió Marcus, y asintió con aire complacido al ver que el semblante del hombre cambiaba en cuestión de segundos.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —exclamó. Se apartó de inmediato, ofreció el asiento a Isolde y se alejó en busca de un lugar donde estar de pie.

Siempre da resultado, pensó Marcus. Incluso después de la abolición de la Ley de Esperanza, que hacía obligatorio el embarazo, a las embarazadas aún se las trataba como algo sagrado. Ahora que Kira había descubierto la cura del RM y había esperanza de que los bebés sobrevivieran más que unos días, esa actitud estaba muy difundida. Isolde se sentó, se abanicó el rostro, y Marcus se acomodó detrás del asiento, donde podía impedir que la gente le obstruyera el paso del aire. Volvió a mirar hacia el frente del salón.

—... que es justamente lo que estamos

tratando de evitar —decía el senador Tovar.

—No puede hablar en serio —dijo el nuevo senador, y Marcus se concentró para oírlo mejor —. Usted fue el líder de la Voz —le dijo a Tovar —. Amenazó con iniciar una guerra civil, y según algunas interpretaciones, de hecho la inició.

—Que la violencia a veces sea necesaria no quiere decir que sea buena —replicó Tovar—. Nosotros peleábamos para evitar una atrocidad, no para castigarla una vez cometida...

—La pena capital es, en sí misma, una medida preventiva —insistió el senador.

Marcus parpadeó. No tenía idea de que estuvieran pensando siquiera en la posibilidad de ejecutar a Weist y Delarosa. Cuando quedan apenas treinta y seis mil seres humanos, no se ejecuta a nadie, sean o no delincuentes.

El nuevo senador señaló a los prisioneros:

—Cuando estos dos paguen por sus delitos, en una comunidad tan pequeña donde *todos* se enteran de todo, será difícil que esos delitos se repitan.

—Esos delitos fueron cometidos por aplicación directa del poder senatorial —le recordó Tovar—. ¿A quiénes exactamente pretende enviarles un mensaje?

—A cualquiera que trate la vida humana como una ficha en un juego de póker —respondió el hombre, y Marcus sintió que aumentaba la tensión en el ambiente. El nuevo senador miraba a Tovar con frialdad, e incluso desde el fondo Marcus captó la amenaza velada: si pudiera, ese hombre también ejecutaría a Tovar.

—Hicieron lo que les pareció mejor —intervino la senadora Kessler, una de los integrantes del Senado que había logrado sortear el escándalo y conservar su puesto.

A juzgar por todo lo que Marcus había visto, y por los detalles internos que Kira le había contado, Kessler y los demás habían sido tan culpables como Delarosa y Weist: se habían adueñado del poder y habían declarado la ley marcial, con lo cual la diminuta democracia de Long Island se había convertido en un estado

totalitario. Lo habían hecho para proteger a la gente, o al menos eso afirmaban, y al comienzo Marcus había estado de acuerdo con ellos; al fin y al cabo, la humanidad se enfrentaba a la extinción, y en un caso así es difícil insistir en que la libertad es más importante que la supervivencia. Pero Tovar y el resto de la Voz se habían rebelado, el Senado había reaccionado y la Voz, a su vez, había reaccionado a eso, y así sucesivamente hasta que de pronto empezaron a mentirle a su propia gente, volaron su propio hospital y, en secreto, mataron a uno de sus propios soldados para desatar el miedo a una invasión Parcial ficticia, todo con tal de volver a unir la isla. El fallo oficial fue que Delarosa y Weist habían sido los cerebros, y que los demás simplemente habían obedecido órdenes; no se podía castigar a Kessler por seguir a su líder, como tampoco a un soldado de la Red por seguir a Kessler. Marcus aún no tenía una opinión firme sobre el fallo, pero le pareció bastante evidente que a este sujeto nuevo no le agradaba en absoluto.

Marcus se agachó y puso una mano en el hombro de Isolde.

—Recuérdame quién es el nuevo.

—Asher Woolf —susurró Isolde—. Reemplazó a Weist como representante de la Red de Defensa.

—Eso lo explica —dijo Marcus, al tiempo que volvía a levantarse. *No se mata a un soldado sin que todos los demás soldados del ejército pasen a ser enemigos de por vida.*

—Lo que les pareció mejor... —repitió Woolf. Miró a la multitud y, luego, nuevamente a Kessler—. Lo que les pareció mejor, en este caso, fue asesinar a un soldado que ya estaba sacrificando su propia salud y seguridad para proteger sus secretos. Si les hacemos pagar el mismo precio que pagó ese muchacho, tal vez a la próxima camada de senadores una decisión como esa no les parecerá «lo mejor».

Marcus miró al senador Hobb y se preguntó por qué aún no había hablado, pues era quien mejor debatía en el Senado. Pero Marcus también sabía que era el más superficial,

manipulador y oportunista de todos. Además, era quien había embarazado a Isolde, y él no creía poder volver a respetarlo. No había demostrado el menor interés en su hijo por nacer. Ahora estaba mostrando la misma actitud de desapego con respecto al fallo. ¿Por qué aún no asumía una posición?

—Creo que eso ya se aclaró —dijo Kessler—. Weist y Delarosa han sido juzgados y condenados; tienen esposas en las muñecas, van camino a un campo de prisioneros, a pagar por...

—Los están enviando a una finca idílica, a comer y a fungir como sementales para un grupo de campesinas solitarias —protestó Woolf.

—¡Cuidado con lo que dice! —lo reprendió Kessler, y Marcus se sorprendió por la furia que reflejaba su voz. Era amigo de la hija adoptiva de Kessler, Xochi; había oído esa furia muchas veces, y no le habría gustado estar en el lugar de Woolf—. Sea cual sea su opinión misógina de nuestras comunidades rurales —prosiguió la

senadora—, los acusados no van de vacaciones. Son prisioneros, y serán enviados a un campo de prisioneros, donde van a trabajar más que usted en toda su vida.

—¿Y no van a darles de comer? —preguntó Woolf.

—Por supuesto que sí —respondió enojada. Woolf frunció el ceño simulando confusión.

—¿Y no van a dejarlos tomar aire fresco o estar al sol?

—¿Cómo van a trabajar en una granja prisión, si no es en el campo?

—Entonces estoy confundido —dijo Woolf—. Hasta ahora, no me parece mucho castigo. El senador Weist ordenó matar a uno de sus soldados, un adolescente bajo su mando, y como castigo le dan una cama mullida, tres comidas al día, alimentos más frescos que los que tenemos en East Meadow, y todas las chicas que pueda pedir...

—Basta de hablar de «chicas» —lo interrumpió Tovar—. ¿Qué es exactamente lo que está imaginando?

Woolf hizo una pausa, y miró fijamente a Tovar; luego tomó un papel y lo examinó mientras decía:

—Tal vez entendí mal la naturaleza de nuestra prohibición de la pena capital. No podemos matar a nadie porque, en sus propias palabras, «solo quedan treinta y seis mil personas en el planeta, y no podemos darnos el lujo de perder más» —levantó la vista—. ¿Correcto?

—Ahora tenemos la cura del RM —respondió Kessler—. Eso significa que tenemos futuro. No podemos perder una sola persona.

—Porque necesitamos propagar la especie —dijo Woolf, asintiendo—. Multiplicarnos y volver a poblar la Tierra. Por supuesto. ¿Quieren que les explique de dónde vienen los bebés, o traemos una pizarra y les dibujo un diagrama?

—Esto no se trata de sexo —repuso Tovar.

—Por supuesto que no.

Kessler alzó las manos en un gesto de frustración.

—¿Y si no los dejamos procrear? — preguntó—. ¿Se conformará con eso?

—Si no pueden procrear, no tenemos motivos para dejarlos vivir —replicó Woolf—. Según su propia lógica, deberíamos matarlos y ya.

—Pueden trabajar —insistió la senadora—, pueden arar campos, moler trigo para toda la isla, pueden...

—No los estamos manteniendo con vida para procrear —dijo Tovar con voz suave—, tampoco los estamos manteniendo con vida para que sean esclavos. Lo hacemos, porque matarlos estaría mal.

Woolf sacudió la cabeza.

—Castigar a los delincuentes es...

—El senador Tovar tiene razón —intervino Hobb, poniéndose de pie—. Esto no tiene que ver con el sexo, la reproducción, el trabajo manual ni con ninguno de los temas que hemos estado discutiendo. Ni siquiera con la supervivencia. La raza humana tiene futuro, como hemos dicho, y los alimentos, los niños y

todas esas cosas son importantes para ese futuro, pero no son lo más importante. Son los medios de nuestra existencia, pero no pueden convertirse en su razón de ser. No podemos dejar que nos reduzcan, y jamás debemos reducirnos, a un nivel de subsistencia puramente física —explicó, y caminó hacia el senador Woolf—. Nuestros hijos heredarán más que nuestros genes, más que nuestra infraestructura. Heredarán nuestra moral. El futuro que hemos obtenido al curar el RM es un don precioso que debemos ganarnos, día tras día y hora tras hora, siendo la clase de personas que merecen tener futuro. ¿Queremos que nuestros hijos se maten entre sí? Claro que no. Entonces enseñémosles, con el ejemplo, que toda vida es preciosa. Si matamos a un asesino, podemos darles un mensaje ambiguo.

—Si cuidamos a un asesino, también resulta confuso —dijo Woolf.

—No vamos a cuidar a un asesino —respondió Hobb—; vamos a cuidar a todos: viejos y jóvenes, presos y libres, hombres y

mujeres. Y si alguno de ellos resulta ser un asesino, si dos o tres o cien resultan serlo, aun así los cuidaremos —esbozó una sonrisa sin alegría—. Obviamente, no los dejaremos matar a nadie más; no somos estúpidos. Pero tampoco los mataremos, porque estamos tratando de ser mejores. Estamos intentando superar nuestros conflictos. Ahora tenemos futuro; no lo empecemos matando.

Hubo aplausos en el salón, aunque a Marcus le pareció que algunos aplaudían por obligación. Un puñado de personas gritaron en desacuerdo, pero el ambiente había cambiado y Marcus sintió que la discusión había terminado. Woolf no estaba conforme, pero después de las palabras de Hobb, tampoco parecía ansioso por exigir la ejecución. Marcus trató de ver la reacción de los prisioneros, pero seguía sin poder verlos. Isolde estaba mascullando algo, y él se inclinó para oírla.

—¿Qué dijiste?

—Que es un canalla estúpido que se quiere congregar con todo el mundo —respondió

enojada, y Marcus se apartó con una mueca. No era una situación en la que quisiera participar. Isolde insistía en que su encuentro con Hobb había sido voluntario; llevaba meses trabajando como su asistente, y él era muy atractivo y encantador, pero desde entonces la actitud de ella se había agriado mucho.

—Parece que la deliberación ha llegado a su fin —dijo Tovar—. Propongo que votemos: Marisol Delarosa y Cameron Weist serán condenados a trabajos forzados de por vida en la Granja Stillwell. Todos los que estén a favor.

Tovar, Hobb y Kessler levantaron la mano. Un momento después, Woolf hizo lo mismo. Fue un voto unánime. Tovar se inclinó para firmar el papel que tenía delante, y cuatro soldados de la Red de Defensa se acercaron para retirar a los prisioneros. El salón se llenó de bullicio, cientos de pequeñas conversaciones sobre el veredicto, el fallo y toda la escena dramática que se había suscitado. Isolde se puso de pie y Marcus la ayudó a salir al pasillo.

—Salgamos. Necesito aire —dijo Isolde. Se

adelantaron y llegaron a la salida antes que el grueso de la multitud. Marcus encontró un banco, y ella se sentó con una mueca—. Quiero papas fritas —le pidió—. Grasosas, saladas y a montones... quiero comer todas las papas fritas del mundo.

—Pareces a punto de vomitar, ¿cómo puedes pensar en comida?

—No digas *comida* —dijo ella, y cerró los ojos—. No quiero comida, quiero papas fritas.

—Sí que es raro el embarazo.

—Cállate.

La gente empezó a dispersarse antes de llegar al césped del frente, y Marcus observó a los grupos de hombres y mujeres que se alejaban o se quedaban conversando en voz baja sobre los senadores y su decisión. Aunque la palabra «césped» puede dar una idea equivocada: antiguamente había habido césped en el frente de la escuela, pero hacía años que nadie lo cuidaba y se había convertido en una pradera salpicada de árboles y entrecruzada por senderos en ruinas. Marcus se preguntó si él

habría sido el último en cortarlo, dos años atrás, cuando lo habían castigado por hacer bromas en clase. ¿Lo habría cortado alguien desde entonces? Era un mérito dudoso para la fama: el último ser humano en cortar el pasto. *¿Cuántas cosas más seré el último en hacer?*

Frunció el ceño y miró hacia el otro lado de la calle, donde estaba el hospital con su estacionamiento lleno. Gran parte de la ciudad había estado vacía mientras se acababa el mundo —no había gente en los restaurantes, ni en los cines— pero el hospital había estado a pleno. El estacionamiento rebosaba de autos viejos, oxidados y desvencijados, con las ventanillas rotas y la pintura cascada; cientos y cientos de personas, parejas y familias esperaban en vano que los médicos pudieran salvarlos del RM. Llegaban al hospital y morían allí, y con ellos también los médicos. Tiempo después los sobrevivientes, tan pronto como se instalaron en East Meadow, despejaron el edificio —era un hospital excelente, una de las razones principales por las que habían elegido

vivir allí—, pero el estacionamiento nunca había sido un tema prioritario. La última esperanza de la humanidad estaba rodeada en tres de sus costados por un laberinto de metal oxidado, mitad depósito de chatarra y mitad cementerio.

Marcus oyó voces que se alzaban y, al volverse, vio a Weist y Delarosa que salían del edificio escoltados por soldados de la Red y por un grupo de personas, muchas de las cuales protestaban por el fallo. No logró distinguir si querían un castigo más severo o más indulgente, pero supuso que probablemente eran distintas facciones que apoyaban una u otra cosa. A la cabeza iba Asher Woolf, que se abría paso entre la gente. Los esperaba una carreta para trasladarlos: un carro blindado con ejes libres y enganchado a cuatro caballos robustos. Estos movían las patas mientras esperaban, y resoplaron inquietos cuando el bullicio de la multitud comenzó a acercarse.

—Parecen a punto de iniciar una revuelta—observó Isolde, y Marcus asintió. Algunos de los manifestantes bloqueaban las puertas del

vehículo, y otros trataban de apartarlos mientras la Red se esforzaba, sin mucho éxito, por mantener el orden.

No, pensó Marcus, inclinándose hacia adelante. *No están intentando mantener el orden, están tratando de... ¿de qué? No están impidiendo la pelea, la están impulsando. Los he visto sofocar revueltas, y eran mucho más eficientes. Más concentrados. ¿Qué están...?*

El senador Weist cayó al suelo con una mancha roja oscura en el pecho, seguido casi de inmediato por un *crac* ensordecedor. El mundo pareció detenerse por un instante; la multitud, la Red y el prado quedaron congelados en el tiempo. ¿Qué había pasado? ¿Qué era esa mancha roja? ¿Qué había sido ese ruido? ¿Por qué Weist había caído? El rompecabezas se fue armando pieza por pieza en la mente de Marcus, lentamente, en desorden y confusión: el sonido había sido un bala y la mancha roja en el pecho de Weist era sangre. Le habían disparado.

Los caballos relincharon, al tiempo que se

erguían en dos patas, llenos de terror, y pugnaban por liberarse de la pesada carreta. Los relinchos parecieron hacer trizas el momento; todo se llenó de gritos y caos mientras la gente echaba a correr: algunos en busca de refugio, otros en pos del atacante, y todos parecían tratar de alejarse lo más posible del cuerpo. Marcus hizo que Isolde se protegiera detrás del banco, contra el suelo.

—¡No te muevas! —le dijo, y salió a toda carrera hacia el prisionero caído.

—¡Busquen al atacante! —gritó el senador Woolf.

Marcus vio que el senador extraía una pistola de su chaqueta, una semiautomática negra y reluciente. Los civiles corrían a refugiarse, igual que algunos de la Red, pero Woolf y un par de soldados se habían quedado junto a los prisioneros. Desde la pared de ladrillos que estaba detrás de ellos saltó una lluvia de esquirlas, y se oyó otro fuerte chasquido del otro lado del estacionamiento. Marcus tenía la mirada fija en Weist; se dejó

caer junto a él y empezó a tomarle el pulso. No percibió mucho, pero una oleada de sangre que salió de la herida en el pecho del hombre le indicó que el corazón aún latía. Hizo fuerza con las manos sobre la herida y aplicó toda la presión que pudo, hasta que súbitamente alguien lo jaló hacia atrás.

—¡Voy a salvarlo! —gritó.

—Está muerto —le dijo un soldado desde atrás—. ¡Tienes que resguardarte!

Él no le hizo caso y volvió a acercarse al cuerpo. Woolf volvió a gritar, señalando hacia el hospital, pero Marcus lo ignoró y nuevamente hizo presión. Tenía las manos mojadas y los brazos cubiertos de salpicaduras de sangre.

—¡Que alguien me dé una camisa o una chaqueta! —gritó—. ¡Está sangrando por delante y por detrás, y no puedo detener el sangrado solo con las manos!

—No seas estúpido —le dijo el soldado que estaba detrás—. Debes resguardarte.

Cuando Marcus se volvió hacia él, vio a la senadora Delarosa, aún esposada. Estaba

agazapada entre ambos.

—¡Sálvala a ella primero! —exclamó.

—¡Está por allá! —gritó Woolf, señalando una vez más hacia los edificios detrás del hospital—. ¡Quien disparó está allá!, ¡que alguien rodee la zona y lo encuentre!

La sangre salía a borbotones entre los dedos de Marcus, manchándole las manos y cubriendo el pecho del prisionero. Manaba sin cesar por el orificio de salida en la espalda del hombre, y formaba un charco que empapaba las rodillas y los pantalones de Marcus. Había demasiada sangre, demasiada para que Weist pudiera sobrevivir, pero él siguió presionando. El prisionero no respiraba, y Marcus volvió a pedir ayuda.

—¡Lo estoy perdiendo!

—¡Déjalo! —le gritó el soldado, más enojado esta vez.

El mundo parecía empapado en sangre y adrenalina, y Marcus luchó por conservar el control. Cuando por fin unas manos se acercaron para ayudar con la herida, se

sorprendió al ver que no eran las del soldado, sino las de Delarosa.

—¡Que alguien vaya allá! —gritaba Woolf—. ¡Hay un asesino entre aquellas ruinas!

—Es demasiado peligroso —dijo otro soldado, agazapado entre los arbustos—. No podemos ir hasta allá mientras estemos en la mira de un francotirador.

—No los tiene en la mira, apunta a los prisioneros.

—Es demasiado peligroso —insistió el soldado.

—Pidan refuerzos, entonces —repuso Woolf—. Rodéenlo. ¡Hagan algo en vez de quedarse ahí!

Marcus ya no podía sentir el pulso. La sangre en el pecho de la víctima se había estancado, y el cuerpo estaba inerte. Siguió presionando; sabía que era inútil, pero estaba demasiado atónito para pensar en otra cosa.

—¿Por qué le preocupa tanto? —preguntó el soldado. Marcus levantó la vista y vio que le hablaba al senador Woolf—. Hace cinco

minutos estaba pidiendo su ejecución, ¿y ahora que está muerto quiere capturar a su asesino?

Woolf dio media vuelta y se acercó hasta quedar a pocos centímetros del rostro del soldado.

—¿Cómo se llama, soldado?

El muchacho vaciló.

—Cantona, señor. Lucas.

—Soldado Cantona, ¿qué cosa juró proteger?

—Pero está...

—¿Qué cosa juró proteger?!

—A la gente, señor —Cantona tragó en seco—. Y la ley.

—En ese caso, soldado, será mejor que piense mucho la próxima vez antes de decirme que abandone ambas cosas.

Delarosa miró a Marcus. La mujer tenía las manos y los brazos bañados en la sangre de su colega prisionero.

—Así termina, ¿sabes?

Eran las primeras palabras que Marcus la oía decir en varios meses, y lo sacudieron al

punto de hacerlo volver en sí. Se dio cuenta de que aún estaba presionando el cuerpo sin vida de Weist. Se apartó y se quedó mirándolo, jadeante.

—Así termina ¿qué?

—Todo.

CAPÍTULO CUATRO

—Yo creo que fue la Red —opinó Xochi.

Haru bufó.

—¿Tú crees que la Red de Defensa mató al hombre que la representaba en el Senado?

—Es la única explicación —respondió Xochi.

Estaban sentados en la sala, terminando los últimos bocados de la cena: bacalao a la parrilla y brócoli fresco de la huerta de Nandita cocido al vapor. Marcus se detuvo en ese pensamiento, pues notó que aún la consideraba la huerta de Nandita, a pesar de que la mujer había desaparecido hacía meses; ni siquiera había sido ella quien había sembrado el brócoli, sino Xochi. Isolde y Xochi eran las únicas que quedaban en

la casa y, sin embargo, en su mente seguía siendo «la huerta de Nandita».

Claro que para él, esa seguía siendo «la casa de Kira», y hacía ya dos meses que ella no estaba. Marcus pasaba ahora más tiempo allí que antes de que Kira se marchara, siempre con la esperanza de verla aparecer en la puerta algún día. Pero nunca aparecía.

—Piénsalo —prosiguió Xochi—. La Red no encontró nada, ¿cierto? En dos días de búsqueda no hallaron un solo rastro que los llevara al francotirador: ni un casquillo ni una huella, ni siquiera un rastro en el suelo. No me encanta la Red, pero tampoco son unos ineptos. Si realmente estuvieran buscando, encontrarían algo. Más bien lo están encubriendo.

—O el francotirador es sumamente competente —sugirió Haru—. ¿Te parece posible, o tenemos que caer directamente en la teoría de la conspiración?

—Bueno, pues claro que es competente —respondió Xochi—. Lo entrenó la Red.

—Esto parece un círculo vicioso —observó

Isolde.

—Weist era parte de la Red —dijo Haru—. Era su propio representante en el consejo. Si piensas que un soldado es capaz de matar a otro soldado, no sabes mucho de los militares. Son ferozmente vengativos cuando alguien ataca a uno de los suyos. No lo estarían encubriendo: lo estarían linchando.

—Exactamente a eso me refiero —comentó Xochi—. No importa lo que haya hecho Weist antes, pero mató a un soldado a sangre fría; quizá no personalmente, pero él dio la orden. Dispuso el asesinato de un soldado que estaba bajo su mando. La Red jamás dejaría pasar algo así, lo acabas de decir tú mismo. Lo perseguirían y lo lincharían. Isolde dijo que el nuevo senador de la Red, Woolf o como se llame, prácticamente pedía a gritos la pena de muerte, pero como no la consiguieron, pasaron al plan B.

—O, lo que es más probable —dijo Haru—, esto es exactamente lo que la Red dice que es: un atentado contra Woolf o Tovar... Alguno de los senadores que siguen en el poder. No hay

motivos para matar a un prisionero condenado.

—¿O sea que erró el tiro? —preguntó Xochi—. ¿Ese supertirador tan competente, capaz de eludir una investigación de la Red, apuntaba a uno de los senadores pero tuvo pésima puntería? Vamos, Haru: es profesional o no lo es.

Marcus quería mantenerse al margen de esas discusiones («esas» significaba «cualquier discusión con Haru»), precisamente por eso. Había visto con sus propios ojos la reacción de los soldados ante el ataque, y aún no tenía idea de si se trataba de una conspiración o no. El soldado había intentado apartar a Marcus de Weist, pero ¿lo había hecho por salvarlo a él o porque quería impedir que salvara a Weist? El senador Woolf parecía muy ofendido por el atentado, como si matar al prisionero hubiera sido un insulto personal, pero ¿su reacción era genuina o era solo una actuación? Haru y Xochi eran apasionados, pero se apresuraban demasiado a llegar a conclusiones extremas, y Marcus sabía por experiencia que podían pasar horas, quizá hasta días, discutiendo. Los dejó en

lo suyo, y se volvió hacia Madison e Isolde, que estaban arrullando con susurros a Arwen, la bebita de Madison.

Arwen era la niña del milagro: el primer bebé humano en sobrevivir a los estragos del RM en casi doce años, gracias a la cura de Kira. Ahora estaba dormida en brazos de Madison, bien envuelta en una gruesa manta, mientras su mamá conversaba en voz baja con Isolde acerca del embarazo y el parto. Sandy, la enfermera personal de Arwen, las observaba desde un rincón; la niña del milagro era demasiado valiosa para arriesgarse a no tener atención médica todo el tiempo, de modo que Sandy seguía a madre e hija a todas partes, pero nunca había encajado socialmente del todo en el grupo. Además, para proteger a la niña, el Senado les había asignado un par de guardaespaldas. Desde que una mujer enloquecida, madre de diez hijos muertos, había intentado secuestrar a Arwen el primer día que Madison la llevó al mercado al aire libre, les habían duplicado la guardia y habían

reincorporado a Haru a la Red de Defensa. Esa noche había dos guardias presentes: uno en el frente de la casa y otro en el fondo. Cada vez que alguno se reportaba, la radio que Haru llevaba sujeta a su cinturón emitía un chirrido suave.

—¿Tuvieron suerte con eso? —preguntó Madison, y Marcus prestó atención al instante.

—¿Con qué?

—Con la cura —respondió Madison—.

¿Tuvieron suerte?

Marcus hizo un gesto con la boca, miró brevemente a Isolde y negó con la cabeza.

—No. Hace un par de días pensamos que habíamos logrado algo, pero resultó ser que el equipo D ya lo había intentado. Era una vía muerta.

Hizo otra mueca al reparar en las palabras que había elegido, aunque esta vez evitó mirar a Isolde; era mejor dejar que sus palabras desaparecieran con vergüenza que llamar más la atención sobre ellas.

Isolde bajó la vista y se acarició el vientre

como solía hacer Madison. Marcus trabajaba con todo su ahínco, igual que los demás integrantes de los equipos médicos, pero aún no conseguían sintetizar la cura del RM. Kira había descubierto esa cura y había logrado obtener una muestra de los Parciales en el continente, pero Marcus y los demás médicos todavía estaban muy lejos de poder elaborarla.

—Este fin de semana murió otro —comentó Isolde en voz baja. Levantó la vista hacia Sandy en busca de confirmación, y la enfermera asintió con tristeza. Isolde hizo una pausa, con la mano sobre su vientre, y luego se volvió hacia Marcus —. Hay más, ya lo sabes; ya no rige la Ley de Esperanza y no es obligatorio el embarazo; sin embargo, hay más que nunca. Todos quieren tener hijos y confían en que, para cuando lleguen a término, ustedes ya habrán hallado la manera de curarlos —volvió a bajar la mirada—. Es curioso: en el Senado, antes de la cura, siempre los llamábamos «infantes», como si tratáramos de escondernos de la palabra «niño». Cuando solo había informes de fallecimientos, no

queríamos pensar en ellos como bebés, niños; sino como sujetos de un experimento fallido. Pero ahora que estoy... aquí, ahora que estoy... embarazada, que otro ser humano está creciendo dentro de mí, es diferente. No puedo verlo como otra cosa más que mi bebé.

—En el hospital hacíamos lo mismo —comentó Sandy—. Aún lo hacemos. Las muertes están demasiado cerca, por eso tratamos de mantener cierta distancia.

—No sé cómo pueden hacerlo —comentó Isolde con voz queda. A Marcus le pareció que se quebraba, pero no pudo mirarla para ver si lloraba.

—Pero tienen que haber avanzado aunque sea un poco —le dijo Madison a Marcus—. Tienen cuatro equipos...

—Cinco —la corrigió él.

—Cinco equipos —prosiguió Madison—, todos tratando de sintetizar la feromona de los Parciales. Tienen las máquinas, las muestras para trabajar, todo. No puede ser que no avancen.

—Estamos haciendo todo lo posible —respondió Marcus—, pero debes darte cuenta de lo complejo que es esto. No es solo que interactúa con el RM; es, en cierto modo, parte del ciclo del RM... aún estamos tratando de comprender cómo funciona. Es decir, ni siquiera entendemos todavía por qué funciona. ¿Por qué los Parciales habrían de tener la cura del RM? ¿Por qué habría de estar en su aliento, en su sangre? Por lo que nos explicó Kira antes de marcharse, los Parciales ni siquiera saben que la tienen; es parte de su constitución genética.

—No tiene sentido —dijo Sandy.

—Realmente no, a menos que haya un plan mayor —respondió Marcus.

—No importa si hay un enorme plan hipotético —opinó Madison—. No importa de dónde vino la feromona ni cómo llegó allí ni por qué el cielo es azul; lo único que tienen que hacer es copiarla.

—Primero debemos averiguar cómo funciona... —insistió Marcus.

—Iremos a buscarla —lo interrumpió Isolde,

con un tono que él nunca le había oído. Alzó las cejas, sorprendido.

—¿Te refieres a obtenerla de los Parciales?

—En el Senado hablan de eso todos los días —respondió ella—. La cura existe, pero no podemos fabricarla por nuestros propios medios; cada semana muere algún bebé, y la gente empieza a agitarse. Mientras tanto, al otro lado del estrecho, hay un millón de Parciales que fabrican la cura diariamente sin siquiera proponérselo. No se trata de si vamos a atacarlos, sino de cuánto tiempo más esperaremos para hacerlo.

—Yo estuve del otro lado del estrecho —comentó Marcus—. He visto lo que pueden hacer los Parciales en una pelea; no podríamos vencerlos.

—No tiene por qué ser una guerra declarada —replicó Isolde—; basta un ataque: entramos, raptamos a uno y ya. Como hicieron Kira y Haru con Samm.

Eso llamó la atención de Haru, que levantó la vista e interrumpió su discusión con Xochi.

—¿Qué dicen de mí y de Samm?

—Están hablando de si la Red va a secuestrar a otro Parcial —explicó Madison.

—Por supuesto que lo hará —dijo Haru—. Es inevitable. Es una tontería seguir esperando.

Genial, pensó Marcus. Ahora estoy en una conversación con Haru, me guste o no.

—No es necesario que secuestremos a uno —opinó Xochi—. Podríamos hablar con ellos, simplemente.

—La última vez, a ustedes los atacaron —le recordó Haru—. Leí los informes. Apenas lograron salir con vida, y eso fue con un Parcial en quien confiaban. No quisiera ver qué pasa con una facción de la que no saben nada.

—No podemos confiar en todos —concordó Xochi—, pero también habrás leído que Samm desobedeció a su comandante para ayudarnos. Puede que haya más Parciales que tengan esa misma actitud.

—Si realmente pudiéramos confiar en ellos —replicó Haru—, no tendríamos que contar con el apoyo de un solo desobediente. Voy a creer

en la paz con los Parciales cuando los vea mover un dedo para ayudarnos.

—Eso dices ahora —comentó Madison—, pero ni siquiera entonces confiarías en un Parcial.

—Si recordaras la Guerra Parcial —repuso Haru—, tú tampoco lo harías.

—O sea que volvemos al punto de partida —concluyó Isolde—. En el gobierno, nadie quiere hacer las paces con ellos, y en el hospital nadie puede fabricar la cura sin ellos, de modo que nuestra única opción es la guerra.

—Un ataque pequeño —explicó Haru—. Entramos y atrapamos a uno, ni siquiera se darán cuenta.

—Y eso provocará la guerra —dijo Marcus, con un suspiro, al ver que no podría mantenerse al margen de la discusión—. Ya están peleando entre sí, y probablemente sea esa la única razón por la que aún no nos han atacado. El grupo con el que nos topamos del otro lado del estrecho estaba estudiando a Kira para resolver su propia peste, la fecha de vencimiento que traen

incorporada, y es evidente que hay entre ellos una facción que piensa que los humanos son la clave y no se detendrán hasta experimentar con nosotros. Apenas terminen su guerra civil, vendrán aquí con sus armas y nos matarán o esclavizarán.

—Pues entonces la guerra es inevitable —concluyó Haru.

—Casi tanto como que tú uses la palabra «inevitable» —respondió Marcus.

Haru no hizo caso al comentario.

—No hay razón para que no los ataquemos. De hecho, es mejor hacerlo ahora, mientras están distraídos. Traemos a unos cuantos, les extraemos una cantidad suficiente de la cura para que nos dure cuanto necesitemos, y luego los matamos y nos vamos de Long Island antes de que puedan venir a buscarnos.

—¿Te refieres a abandonar Long Island? —preguntó Sandy, sorprendida.

—Si los Parciales empiezan a invadirnos de nuevo, sería una estupidez no huir —respondió Haru—. Si no los necesitáramos para la cura, ya

lo habríamos hecho.

—Dennos tiempo —pidió Marcus—. Estamos cerca, lo sé.

Marcus supuso que Haru objetaría algo, pero fue Isolde quien respondió primero.

—Ya tuvieron su oportunidad —dijo, con frialdad—. No me importa si la sintetizan, la roban, firman un tratado o lo que sea, pero no pienso perder a mi bebé. La gente ya no actuará como antes, ahora sabemos que hay una cura. Y no parece que los Parciales vayan a quedarse de brazos cruzados. Tenemos suerte de que aún no nos hayan atacado.

—Es una carrera —acotó Haru—. Producen más cura o la guerra es inevitable.

—Sí —respondió Marcus, al tiempo que se ponía de pie—. Ya lo dijiste. Necesito tomar aire; de pronto me parece demasiado cargar sobre mis hombros el futuro de toda la humanidad.

Salió, y se alegró de que nadie se levantara para seguirlo. No estaba enojado; al menos, no con ellos. Lo cierto era que efectivamente,

llevaba sobre sí el futuro de la raza humana; todos lo llevaban. Con apenas treinta y seis mil personas vivas, no podía depender de nadie más.

Abrió la puerta trasera y sintió el aire fresco de la noche. Doce años atrás, antes del Brote, había habido luces eléctricas en toda la ciudad, tan brillantes que no dejaban ver las estrellas, pero esa noche el cielo estaba lleno de constelaciones que titilaban. Marcus las contempló, respirando hondo, y señaló las pocas que recordaba de la escuela: la más fácil era Orión, con su cinturón y su espada, y también estaba la Osa Mayor. Cerró un ojo y la trazó con el dedo, buscando la Estrella Polar.

—Estás buscando mal —dijo una voz femenina, y Marcus dio un respingo por la sorpresa.

—No me di cuenta de que había alguien aquí —dijo, y esperó no haber pasado por tonto al sobresaltarse así.

Se volvió para ver quién era, preguntándose quién podía estar escondida en el patio de Xochi, y lanzó una exclamación de terror cuando una

mujer salió de entre las sombras con un fusil de asalto. Marcus trastabilló, mientras trataba de recuperar la voz. La mujer se llevó un dedo a los labios, indicándole que guardara silencio. Él retrocedió hasta el costado de la casa y se sostuvo contra la pared. El gesto y el arma de cañón reluciente le hicieron obedecer.

La mujer se adelantó, sonriendo como un gato. Marcus notó que era más joven de lo que había supuesto; alta y delgada, sus movimientos reflejaban gran poder y seguridad, pero no tendría más de diecinueve o veinte años. Tenía rasgos asiáticos y llevaba el cabello oscuro recogido en una trenza apretada. Él le sonrió con nerviosismo, observando no solo el fusil sino el par de cuchillos que llevaba sujetos al cinturón. No un cuchillo, sino dos. *¿Quién necesita dos? ¿Cuántos cortes tiene que hacer de una sola vez?* Marcus no tenía ninguna prisa por averiguarlo.

—Puedes hablar —le dijo la chica—, pero no grites ni pidas ayuda. Preferiría terminar la noche sin tener que correr... ni matar a nadie.

—Qué buena noticia —exclamó él, nervioso, y tragó en seco—. Si hay algo que pueda hacer para que no mates a nadie, solo dímelo.

—Estoy buscando a alguien, Marcus.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Ella ignoró la pregunta y le mostró una foto.

—¿Los conoces?

Marcus observó la foto aguzando la vista; había tres personas de pie delante de un edificio. Luego extendió la mano para tomarla y miró a la muchacha como pidiéndole permiso. Ella asintió y se la acercó. Marcus la tomó y la levantó a la luz de las estrellas.

—Está un poco... —dijo. Y la chica encendió una linterna pequeña e iluminó la foto. Marcus asintió— oscuro, gracias.

Examinó la imagen más de cerca, incómodamente consciente de la cercanía del fusil. En ella se veía a tres personas, un hombre, una mujer y una niña entre ambos, de no más de tres o cuatro años. Detrás había un enorme edificio de vidrio, y se sobresaltó al ver que en el costado tenía un letrero que decía «ParaGen».

Abrió la boca para comentar eso, pero se dio cuenta, asombrado, de que la mujer de la foto era alguien a quien conocía desde hacía años.

—Ella es Nandita.

—Nandita Merchant —asintió la muchacha, y apagó la linterna—. ¿Sabes dónde está?

Marcus se volvió hacia ella, aún intentando descubrir qué estaba pasando.

—Hace meses que nadie la ha visto —respondió—. Esta es su casa, pero... siempre solía ir de excursión a buscar hierbas para su huerta, y la última vez que se fue no regresó —volvió a mirar la foto, y luego nuevamente a la chica—. ¿Estás con Mkele? Bueno, no importa con quién estás: ¿quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre?

—Ya nos conocemos —respondió—, pero no te acuerdas. Es muy difícil verme si no quiero que me vean.

—Ya me di cuenta —dijo Marcus—. Y también me da la impresión de que no eres precisamente de la policía de East Meadow. ¿Por qué estás buscándola?

La chica sonrió con aire ladino y travieso.

—Porque está desaparecida.

—Supongo que te di pie para eso —dijo Marcus; de pronto reparó en lo atractiva que era—. Te lo preguntaré de otra manera: ¿por qué necesitas encontrarla?

La chica volvió a encender la linterna; primero lo cegó y luego la apuntó hacia la foto que él aún tenía en la mano. Marcus volvió a mirar la foto.

—Fíjate bien —le dijo la chica—. ¿La reconoces?

—Es Nandita Merchant. Ya te...

—A ella no —lo interrumpió—: a la niña que está a su lado.

Él acercó más la foto a su cara y examinó con atención a la niña que estaba en medio. Tenía tez morena clara, el cabello negro como el carbón recogido en dos colitas, los ojos brillantes y curiosos. Llevaba puesto un vestido colorido, de los que se pondría una niñita para ir al parque en un día de verano. De los que no había visto en doce años. Se veía feliz e inocente, y tenía la

cara ligeramente fruncida, con un ojo entrecerrado por el brillo del sol.

Algo le resultaba familiar en ese gesto...

Marcus quedó boquiabierto y casi se le cayó la foto por la sorpresa.

—Es Kira —miró a la chica misteriosa, más confundido que nunca—. Es una foto de ella, anterior al Brote —volvió a examinar el rostro de la niña. Era pequeña, de cara redondeada y suave como la de un bebé, pero los rasgos estaban allí: su nariz, su mirada y aquella misma manera de entrecerrar los ojos al sol. Sacudió la cabeza—. ¿Por qué está con Nandita? Ni siquiera se conocieron hasta después del Brote.

—Exacto —respondió la muchacha—. Nandita sabía esto, y nunca se lo dijo a nadie.

Extraña manera de decirlo, pensó Marcus. No «Nandita conocía a Kira», sino «Nandita sabía esto».

—¿Qué cosa sabía?

La chica apagó la linterna, la guardó en un bolsillo y tomó la foto de la mano de Marcus.

—¿Sabes dónde está?

—¿Cuál de las dos? —le preguntó, y se encogió de hombros—. Como sea, la respuesta es no, de modo que no importa. Kira se fue a buscar...

Kira se había ido a buscar a los Parciales, y él había tenido la precaución de no contárselo a nadie, pero supuso que en este caso no importaba.

—Eres Parcial, ¿verdad?

—Si hablas con ella, dile que Heron le dejó saludos.

Marcus asintió.

—Eres la que la atrapó, la que la llevó con la doctora Morgan.

Heron no respondió; guardó la foto y echó un vistazo a las sombras detrás de ella.

—Muy pronto las cosas van a ponerse interesantes en esta isla —dijo—. ¿Sabes sobre la fecha de vencimiento de la que hablaba Samm?

—¿También conoces a Samm?

—Kira Walker y Nandita Merchant son esenciales para resolver la fecha de

vencimiento, y la doctora Morgan está decidida a encontrarlas.

—¿Qué tienen que ver ellas? —preguntó, confundido.

—No te distraigas con los detalles —respondió Heron—. No importa *por qué* la doctora quiere encontrarlas. Lo que importa es que si lo quiere, lo hará, y los Parciales solo tienen dos formas de hacer las cosas: a mi manera o a la de todos los demás.

—No me entusiasma mucho tu manera —comentó él, echando una mirada al fusil—. Y no sé si quiero saber cuál es la de los demás.

—Pues ya la has visto —dijo Heron—. Se llamó Guerra Parcial.

—En ese caso, me gusta más la tuya.

—Entonces, ayúdame —pidió la chica—. Busca a Nandita Merchant. Está en esta isla, en alguna parte. La buscaría yo, pero tengo cosas que hacer en otro lugar.

—Fuera de la isla —adivinó Marcus—. Estás buscando a Kira.

Heron volvió a sonreír.

—¿Qué hago si la encuentro? —preguntó Marcus—. Suponiendo que lo haga... porque no eres mi jefe.

—Solo encuéntrala —respondió Heron, y dio un paso atrás—. Créeme, no querrás hacer las cosas a la manera de los demás.

Dio media vuelta y se alejó entre las sombras. Marcus intentó seguirla, pero ya no estaba.

CAPÍTULO CINCO

Kira se agazapó en un matorral, observando por su nueva mira telescópica la puerta de una tienda de electrónica. Era la cuarta que visitaba, y todas habían sido saqueadas. Normalmente eso no le habría extrañado, pero las oficinas de ParaGen la habían vuelto cauta, y todas sus investigaciones le habían demostrado lo mismo: el saqueador, quienquiera que fuera, había estado allí hacía poco. Aquello era más que los once años de saqueo del fin del mundo; alguien, en la selva de Manhattan, había retirado computadoras y generadores en los últimos meses.

Llevaba casi una hora y media vigilando ese lugar, concentrando su energía, tratando de ser

tan prudente en la búsqueda del saqueador como lo había sido él para cubrir su rastro. Esperó unos minutos más, observando el frente de la tienda, el de los comercios vecinos, los cuatro pisos arriba... nada. Volvió a examinar la calle: vacía en ambas direcciones. No había peligro para ingresar. Revisó su mochila, sujetó con fuerza su fusil y atravesó la calle rota a toda velocidad. La entrada había sido de vidrio, y Kira cruzó la puerta hecha añicos de un salto, sin detenerse. Revisó los rincones, con el arma lista para la acción, y luego cada uno de los pasillos. Era un comercio pequeño, dedicado principalmente a altavoces y sistemas de audio, y casi toda la mercadería había desaparecido mucho tiempo atrás, en el saqueo original. La única persona que halló fue el esqueleto del cajero, escondido detrás del mostrador. Satisfecha, se cargó el fusil al hombro y puso manos a la obra; empezó a examinar el suelo con la mayor minuciosidad posible. No tardó mucho en encontrarlas: huellas en el polvo, marcas muy claras. Eran aún más nítidas que

las anteriores, y las midió con la mano: el mismo tamaño de zapatos grandes que había visto antes, quizá un cuarenta y ocho o incluso cuarenta y nueve. Además, las huellas estaban asombrosamente bien preservadas; el viento y el agua las erosionan con el tiempo, especialmente las del centro de los pasillos, pero estas casi no mostraban deterioro alguno. Se arrodilló y las analizó con sumo cuidado. Las otras habían sido hechas en el lapso del último año; estas podían datar de la semana anterior.

Quienquiera que estuviera robando generadores seguía haciéndolo.

Kira desvió su atención hacia los estantes, tratando de deducir, por su estado y por la ubicación de las huellas, qué cosas se había llevado el saqueador. La mayor concentración de marcas estaba, como era de esperarse, en el rincón donde habían estado los generadores, pero cuanto más miraba, más advertía una desviación de la regla. El saqueador había hecho por lo menos dos viajes al lado opuesto de la

tienda: uno lento, como si buscara algo, y otro firme, con huellas más profundas, como si cargara algo pesado. Echó un vistazo a los estantes y sus ojos recorrieron teléfonos plásticos cubiertos de polvo, computadoras portátiles y reproductores de música diminutos, como los que solía coleccionar Xochi. Con cuidado, siguió el rastro hasta un estante bajo y vacío que había cerca del fondo. Obviamente se habían llevado algo de ahí. Se inclinó, limpió el polvo del rótulo del estante y se esforzó por leer las letras desgastadas: equipos. ¿Equipos? ¿Qué clase de equipos? Miró más de cerca y distinguió las palabras sucias y desvaídas que completaban: para radioaficionados.

Computadoras, generadores, y ahora radios. El saqueador misterioso estaba armando toda una colección de tecnología del viejo mundo, y obviamente era un experto, pues sabía con exactitud lo que había en ese estante sin necesidad de limpiar primero el rótulo, como había hecho ella. Pero, más que eso, se había llevado determinados equipos de las oficinas de

ParaGen, y eso no podía ser casual; no buscaba solo cierto tipo de tecnología, sino aparatos muy específicos. Estaba recogiendo viejas computadoras de ParaGen y generadores para poder usarlas. Y ahora, equipos de radio; pero ¿con quién querría comunicarse?

Manhattan era tierra de nadie, una zona vacía y desmilitarizada que yacía entre los Parciales y los sobrevivientes humanos. Supuestamente allí no había nadie, no porque estuviera prohibido sino porque era peligroso. Si te ocurría algo en esa zona, cualquiera de los dos bandos podía atraparte y ninguno podía protegerte. Ni siquiera era muy buen territorio para un espía, pues no había nada interesante que observar o informar... salvo, supuso, los archivos de ParaGen. Kira estaba buscándolos y el saqueador estaba haciendo lo mismo... y había llegado primero. Ahora, gracias a él, ya no quedaban generadores para llevar a las oficinas de ParaGen, ni tampoco garantía de que las computadoras que quedaban allí contuvieran la información que necesitaba. Había tenido la

esperanza de conseguir uno para poder encender la computadora del ejecutivo más importante, pero era evidente que alguien estaba buscando las mismas cosas y deliberadamente había pasado por alto la oficina del ejecutivo. Lo más probable era que el saqueador ya tuviera todo lo que ella buscaba. Si su objetivo era leer esos archivos, tendría que encontrarlo a él.

Kira tenía que averiguar qué estaba haciendo ParaGen con los Parciales, con el RM, con ella, pero también estaba allí por otra razón. En su última nota, Nandita le había dicho que buscara al Consorcio (los líderes Parciales, el alto mando que daba órdenes a todos los demás), y si bien no iba a hallarlo en ese lugar, al menos podría encontrar alguna pista que le indicara por dónde empezar la búsqueda. Pero... ¿podía confiar en Nandita? Sacudió la cabeza y contempló la tienda. Antes había confiado en su tutora más que en nadie en el mundo, pero ahora que sabía que la mujer conocía a su padre desde antes del Brote, que la conocía a ella misma y jamás se lo había

dicho... Nandita la había engañado y ella no tenía manera de saber cuáles habían sido sus intenciones al indicarle qué debía hacer. Pero era la única pista que tenía. Debía conseguir más información acerca de la compañía, con o sin el saqueador misterioso; allí estarían las respuestas, y tenía que hacerlo donde estuviera él. No importaba si era Parcial, humano o doble agente: debía encontrarlo y averiguar qué sabía.

Entonces se le ocurrió otra idea; a su mente acudió la imagen de una columna de humo. La había visto la última vez que había estado allí, con Jayden, Haru y los demás: una fina columna de humo que se elevaba desde una chimenea o una fogata de campamento. Habían ido a investigarla y en el camino se habían topado con el grupo de Samm y, en la prisa por escapar, olvidaron averiguar de dónde provenía. Kira había supuesto que surgía de un campamento Parcial, pero las experiencias que tuvo con ellos posteriormente hicieron que eso le pareciera casi risible de tan equivocado. Los Parciales eran demasiado listos como para emitir una

señal tan obvia de su presencia, y demasiado resistentes como para necesitar una fogata. Consideró más probable que el humo proviniera de un tercero y que los Parciales hubieran ido a investigarlo al mismo tiempo que los humanos; los dos grupos se habían aniquilado mutuamente antes de poder averiguar lo que pasaba. *Quizá*. No era muy probable, pero no tenía otra cosa en qué basarse. Y era mucho mejor que acechar las tiendas de artículos electrónicos con la esperanza vana de que el saqueador se presentara justo cuando ella estaba vigilando.

Empezaría por el mismo vecindario que habían estado investigando en aquella oportunidad, y si él se había mudado —lo cual era probable, después del intenso enfrentamiento armado que habían tenido a pocas cuadras de allí— buscaría más pistas que sugirieran adónde podría haber ido. Había alguien en esa ciudad, y ella estaba decidida a encontrarlo.

Hallar el origen del humo fue más difícil de lo que Kira había planeado. En primer lugar, ya no se veía, así que tuvo que guiarse por la memoria, y la ciudad era tan grande y confusa que no recordaba con claridad, a menos que ejercitara su memoria visual... Tuvo que regresar a la zona sur, hasta el puente por donde habían cruzado, encontrar el mismo edificio y mirar por la misma ventana. Desde allí, por fin, divisó un paisaje conocido: la larga franja arbolada, los tres edificios de apartamentos, todas las señales que la habían llevado al ataque Parcial meses atrás. En ese lugar había conocido a Samm... en realidad, más que conocerlo, lo había dejado inconsciente y capturado. Era extraño cuánto había cambiado todo desde entonces. Si ahora Samm estuviera con ella... Bueno, las cosas serían mucho más fáciles.

Sin embargo, incluso mientras lo pensaba,

sabía que era más que eso. Mirando por la ventana la ciudad cubierta de verde volvió a preguntarse, por centésima vez, si la conexión que había sentido con él había sido por el enlace o por algo más profundo. ¿Había manera de saberlo? ¿Acaso tenía importancia? Una conexión era una conexión, y últimamente no le quedaban muchas.

Pero no era momento de pensar en Samm. Kira observó el paisaje de la ciudad, tratando de fijar con exactitud en su mente dónde había estado el humo y cómo llegar hasta allí. Sacó su cuaderno y esbozó un mapa, aunque sin una idea clara de cuántas calles había ni cómo se llamaban, no estaba segura de cuánto le serviría. Los edificios eran tan altos y las calles tan angostas, que la ciudad casi parecía un laberinto, una maraña de cañones de ladrillo y metal. La última vez habían tenido guías que iban por delante y les enseñaban el camino, pero ahora que estaba sola, le preocupaba perderse y no encontrar nada.

Terminó el mapa lo mejor que pudo,

señalando puntos claves que podían orientarla; luego bajó las escaleras y comenzó a recorrer la ciudad. Las calles eran difíciles, llenas de autos abandonados y árboles delgados con hojas que se agitaban con la brisa. Pasó por un sitio donde había habido un accidente: una docena de vehículos apilados en un intento desesperado de huir de un lugar acosado por la peste. No recordaba haber visto eso antes, y se puso nerviosa al pensar que había tomado un camino incorrecto, pero pronto dobló una esquina y divisó uno de los puntos que había marcado, de modo que siguió su marcha con más confianza. Era más fácil avanzar por el centro de las calles, pues tenían menos escombros que los bordes y las aceras, pero también era la parte más visible y Kira estaba demasiado paranoica como para ir por lugares abiertos. Entonces, avanzaba pegada a paredes y puertas, sorteando con cuidado los escombros de edificios altísimos. Era una marcha lenta, pero menos peligrosa, o al menos eso creía.

Vio algún orificio de bala aquí y allá, en un

auto o un buzón, y supo que iba por el camino correcto. Por allí habían corrido, perseguidos por un francotirador; incluso le habían dado a Jayden en el brazo. Al pensar en él se puso seria, y se detuvo a escuchar: pájaros. Viento. Dos gatos peleando. Era una tontería pensar que habría un francotirador ahora, pero no pudo evitarlo. Se escondió detrás de una escalera en ruinas, con la respiración agitada, y se dijo que solo eran los nervios, pero no podía dejar de pensar en Jayden, herido en el brazo... y tiempo después en el pecho, en el hospital de East Meadow, desangrándose en el suelo, donde se había sacrificado para salvarla. Él la había obligado a vencer el miedo, le había dicho que se levantara cuando estaba demasiado asustada para moverse. Apretó los dientes, volvió a incorporarse y siguió avanzando. Podía tener todo el miedo que quisiera, pero no dejaría que la paralizara.

Llegó al lugar buscado cuando el sol estaba alto en el cielo: cinco edificios que habían parecido tres desde su punto de observación en

el rascacielos. Aquel era el sitio. Las construcciones estaban rodeadas por una amplia área cubierta de pasto, y ahora también por árboles jóvenes, y Kira la atravesó con cuidado. *Por este pasamos primero, y en este entramos...* Rodeó el edificio y, al levantar la vista, vio el enorme agujero que habían dejado a través de tres pisos. Una enredadera envolvía una viga que colgaba, y había un pájaro posado en un trozo de barra de refuerzo. Ya no había violencia, y la naturaleza volvía a instalarse.

Habían llegado allí en busca del origen del humo y habían elegido ese edificio porque daba a lo que suponían que era la parte trasera de la casa ocupada. Kira avanzó con el fusil preparado; dio vuelta en la primera esquina, luego en la siguiente. Esa tendría que ser la calle y, si su mapa estaba correcto, la casa que buscaba estaría seis puertas más adelante: una, dos, tres, cuatro... Kira quedó boquiabierta, contemplando atónita la sexta casa de la cuadra.

Era un cráter vacío: había volado en pedazos.

CAPÍTULO SEIS

—Esta Asamblea entra en sesión —anunció el senador Tovar—. Damos oficialmente la bienvenida a todos los presentes, y esperamos oír sus informes. Antes de comenzar, me han pedido que anuncie que en el estacionamiento hay un *Ford Sovereign* verde con las luces encendidas, de modo que si el dueño está aquí, por favor... —levantó la vista, impassible, y todos los adultos rieron. Marcus frunció el ceño, confundido, y Tovar rio entre dientes—. Mis disculpas para los hijos de la peste aquí presentes. Fue un chiste del viejo mundo, y ni siquiera muy bueno —se sentó—. Empecemos con el equipo de síntesis. ¿Doctor Skousen?

Skousen se puso de pie y Marcus colocó su

carpeta sobre su regazo, para estar preparado en caso de que el médico le pidiera algún dato. Skousen se adelantó, se aclaró la garganta, se detuvo, lo pensó un poco y volvió a adelantarse.

—Supongo, por su vacilación, que tiene malas noticias —observó Tovar—. Sigamos con quien esté dispuesto a darnos un informe bueno.

—Déjelo hablar —pidió la senadora Kessler—. No necesitamos un chiste en cada pausa de la conversación.

—Bueno —comentó Tovar, levantando una ceja—, podría hacerlos mientras están hablando, pero sería de mala educación.

Kessler lo ignoró y se volvió hacia Skousen.

—¿Doctor?

—Temo que él tiene razón —dijo Skousen—. No tenemos buenas noticias. Tampoco son malas, salvo que no hemos avanzado nada... —hizo una pausa y balbuceó con incertidumbre—. Hemos... no hemos tenido problemas importantes, a eso me refiero.

—Entonces no están más cerca de sintetizar la cura que la última vez —intervino el senador

Woolf.

—Eliminamos ciertas posibilidades que no conducen a nada —respondió Skousen. Tenía el rostro lleno de arrugas, y Marcus lo oyó bajar la voz—; salvamos a un solo bebé, y casi dos meses después no estamos más cerca de poder salvar a más. Solo la semana pasada perdimos a cuatro niños. Esas muertes son tragedias de por sí, y no quiero desvirtuarlas, pero no son lo que más nos preocupa. La gente sabe que tenemos una cura... sabe que *podemos* salvar a los infantes y sabe que *no estamos* haciéndolo. También conocen el porqué, pero eso no tranquiliza a nadie. Tener la cura tan cerca y no poder acceder a ella está empeorando las tensiones en esta isla.

—Entonces, ¿qué propone que hagamos? —preguntó Tovar—. ¿Que atacemos a los Parciales y les robemos más feromonas? No podemos correr ese riesgo.

Es posible que pronto no tengan opción, pensó Marcus. *Si lo que dijo Heron es cierto...* Se retorció en su asiento, tratando de

no imaginar la devastación que causaría una invasión Parcial. No sabía dónde estaban Nandita ni Kira, y tampoco quería entregarlas aunque pudiera, pero por otro lado... una invasión podría significar el fin de la humanidad; no una decadencia lenta por la imposibilidad de reproducirse, sino un genocidio brutal y sangriento. Doce años atrás, los Parciales habían demostrado que no le temían a la guerra, pero ¿y al genocidio? Samm había insistido con ferocidad en que ellos no habían sido responsables del RM. Que se sentían culpables por haber provocado, aun sin proponérselo, los horrores del Brote. ¿Tanto habrían cambiado las cosas? ¿Estarían dispuestos a sacrificar a toda una especie con tal de salvarse?

Me están pidiendo que haga lo mismo, pensó. Que sacrifique a Kira o a Nandita para salvar a la humanidad. Llegado el momento, ¿lo haría? ¿Sería lo correcto?

—Podríamos enviar a un embajador —sugirió el senador Hobb—. Hemos hablado de eso, hemos elegido el equipo... hagámoslo.

—¿A quiénes se lo enviaríamos? —preguntó Kessler—. Tuvimos contacto con un solo grupo de Parciales, que intentó matar a los chicos que lo contactaron. Luego *nosotros* tratamos de matar al Parcial que *nos contactó*. Si hay una resolución pacífica en nuestro futuro, juro que no sé cómo llegar a ella.

Marcus observó que eran argumentos iguales a los que había postulado con sus amigos en la sala de Xochi. Las mismas propuestas, las mismas respuestas obvias, la misma discusión interminable. *¿Será que los adultos están tan perdidos como nosotros? ¿O en verdad este problema no tiene solución?*

—Desde el punto de vista médico —dijo el doctor Skousen—, temo que debo apoyar, aunque no quiera, la... —hizo otra pausa— la obtención de una nueva muestra. Necesitamos un nuevo Parcial, o al menos una cantidad de su feromona. Tenemos algunos restos de la dosis que se usó con Arwen Sato, los escaneos y registros de la estructura y función de la feromona, pero nada puede reemplazar una

muestra nueva. La última vez resolvimos este problema acudiendo a la fuente, los Parciales, y creo que si queremos volver a resolverlo, debemos hacer lo mismo. Que sea por la fuerza o por medio de la diplomacia no tiene tanta importancia como la necesidad esencial de conseguirla.

Hubo murmullos en la sala, como un crujido de hojas. *No fuimos «nosotros» quienes resolvimos este problema, pensó Marcus; fue Kira, y el doctor Skousen fue uno de sus mayores oponentes. ¿Y ahora apoyaba la misma acción sin siquiera reconocerle el mérito?*

—Usted quiere que nos arriesguemos a otra Guerra Parcial —dijo Kessler.

—Ese riesgo ya lo corrimos —repuso Tovar—. El oso, como quien dice, ya recibió un golpe, y aún no nos ha devorado.

—Que hayamos tenido suerte no significa que estemos a salvo —insistió Kessler—. Si hay alguna manera de sintetizar esta cura sin recurrir a la acción militar, tenemos que intentarlo. Si seguimos provocando a los

Parciales...

—¡Ya los provocamos demasiado! — exclamó Woolf—. Ustedes han leído los informes: hay barcos frente a la Costa Norte, barcos Parciales que patrullan nuestras fronteras...

El senador Hobb lo interrumpió, mientras los asistentes murmuraban más aún.

—Este no es el lugar para hablar de esos informes —dijo Hobb.

Marcus se sintió como si le hubieran dado un tiro en las tripas: los Parciales estaban patrullando el estrecho. Hacía once años que se mantenían apartados; alguna misión rápida de reconocimiento aquí y allá, como había hecho Heron, pero siempre en forma encubierta, a tal punto que los humanos nunca se habían enterado. Pero ahora vigilaban la frontera abiertamente. Se dio cuenta de que tenía la boca abierta, y la cerró con fuerza.

—La gente tiene que saberlo —replicó Woolf—. Va a enterarse de todos modos. Si las embarcaciones se acercan mucho más, todos los

granjeros de la Costa Norte las verán. Por lo que sabemos, ya desembarcaron algunos grupos reducidos; nuestra vigilancia en esa costa no es impenetrable.

—O sea que nuestra guerra fría se está calentando —comentó Skousen. Se veía viejo y frágil, como un cadáver al costado del camino. Suspiró y se desplomó en su asiento.

—Si me disculpan —dijo Marcus, y se dio cuenta de que estaba de pie. Miró la carpeta que tenía en las manos, sin saber bien qué hacer con ella; luego la cerró y la sostuvo delante de él, deseando que fuera una armadura. Observó al Senado, preguntándose si Heron tenía razón, si uno de ellos, o uno de sus colaboradores, era un agente Parcial. ¿Se atrevería a hablar? ¿Podía permitirse no hacerlo?—. Disculpen, me llamo Marcus Valencio...

—Sabemos quién es —dijo Tovar.

Marcus asintió, nervioso.

—Creo tener más experiencia en territorio Parcial que cualquiera en esta sala...

—Por eso sabemos quién es —insistió

Tovar, con un gesto circular de la mano—. Deje ya de presentarse y vaya al grano.

Marcus tragó en seco; de pronto no estaba seguro de por qué se había puesto de pie. Sentía que necesitaba decir algo, pero no se sentía en absoluto apto para hacerlo. Ni siquiera sabía bien qué deseaba decir. Miró alrededor, observó los rostros de diversos expertos y políticos allí reunidos y se preguntó cuál de ellos, si lo había, era el traidor. Pensó en Heron y en su búsqueda de Nandita, y se dio cuenta de que fuera lo que fuera que intentaba decir, él era el único que sabía lo suficiente como para contarlo. El único que había oído la advertencia de Heron. *Solo necesito encontrar la manera de expresarlo sin parecer un traidor.*

—Solo quiero decir que los Parciales con quienes nos encontramos estaban llevando a cabo experimentos. Ellos tienen una fecha de vencimiento; todos van a morir, y tienen tanta prisa por resolver eso como nosotros de curar el RM. Más, tal vez, porque a ellos los matará antes.

—Estamos enterados de la fecha de vencimiento —dijo Kessler—. Es la mejor noticia que hemos tenido en doce años.

—Sin contar la cura del RM, claro —se apresuró a aclarar Hobb.

—En realidad no es una buena noticia —agregó Marcus—. Esta situación nos conduce a un escenario mucho peor. Si ellos mueren, nosotros también; necesitamos su feromona para curarnos.

—Por eso estamos tratando de sintetizarla —respondió Woolf.

—Pero no podemos sintetizarla —repuso Marcus, levantando su carpeta—. Podríamos pasar un par de horas contándoles todo lo que hemos probado y las razones por las que no ha dado resultado, y de todos modos ustedes no entenderían la mitad de las explicaciones científicas... sin ánimo de ofender. Pero eso es irrelevante. No importa por qué no dio resultado —dejó la carpeta en la mesa que estaba detrás de él y se volvió hacia los senadores. Al verlos otra vez, mirándolo en silencio, sintió que se le

revolvía el estómago, y sonrió para disimular—. No aplaudan todos a la vez: también tengo malas noticias.

Tovar frunció los labios.

—No sé cómo va a hacer para superar la primera parte, pero me entusiasma oírlo.

Marcus sintió toda la atención de la sala puesta en él y se mordió el labio para no hacer otro chiste. Cuando se ponía nervioso hacía chistes por reflejo, y ahora estaba más nervioso que nunca. *No debería estar haciendo esto, pensó. Soy paramédico, no orador. No sé debatir, no soy líder, no soy... no soy Kira. Ella debería estar aquí.*

—¿Señor Valencio? —dijo el senador Woolf.

Marcus asintió, reforzando su decisión.

—Bueno, ustedes lo pidieron, así que aquí va: quien lideraba la facción de Parciales con la que nos topamos, la que secuestró a Kira, era una especie de médica o científica; la llamaban doctora Morgan. Por esa razón enviaron aquel pelotón a Manhattan hace meses, y

secuestraron a Kira, pues la doctora Morgan piensa que el secreto para su cura tiene algo que ver con el RM, o sea que está relacionado con los humanos. Aparentemente ya habían hecho experimentos con humanos durante la Guerra Parcial, y si piensan que eso les salvará la vida, van a secuestrar a tantos más como necesiten; podrían volver a raptar a Kira, o a todos nosotros, por lo que sabemos. Tal vez en este mismo momento estén reunidos, igual que nosotros, del otro lado del estrecho, planeando cómo secuestrarnos; o si esos informes que mencionaron son ciertos, ya tuvieron su asamblea y bien podrían estar llevando su plan a la práctica.

—Eso es información clasificada —dijo el senador Hobb—. Necesitamos...

—Si me permiten recapitular —lo interrumpió Marcus, levantando la mano—, hay un grupo de supersoldados —bajó el primer dedo— entrenados específicamente en la conquista militar —bajó el segundo dedo—, que nos superan en número como treinta a uno —

tercer dedo—, que están desesperados, a tal punto que están dispuestos a intentar cualquier cosa —cuarto dedo—, y ¿qué creen? que, en este caso, «cualquier cosa» significa «capturar seres humanos para hacer experimentos invasivos» —dobló el último dedo y levantó el puño en el aire en silencio—. Senadores, será información clasificada, pero es muy probable que los Parciales la desclasifiquen mucho antes de lo que ustedes piensan.

El salón quedó en silencio; todas las miradas estaban sobre Marcus. Tras un largo y pesado momento, Tovar habló por fin.

—Entonces usted cree que necesitamos defendernos.

—Creo que estoy muerto de miedo, y necesito aprender a parar de hablar cuando todo el mundo está mirándome.

—Defendernos no es una opción viable —respondió Woolf, y los demás senadores se pusieron tensos, sorprendidos—. La Red de Defensa está entrenada y equipada tanto como puede estarlo un ejército humano. Tenemos

vigías en cada costa, bombas en todos los puentes que quedan y puntos de emboscada ya identificados y dispuestos en cualquier sitio por donde pudieran invadir. Sin embargo, si nos invade una facción Parcial de número considerable lo que hagamos, por muy preparados que estemos, no será más que una demora pasajera. Esta situación no puede ser novedad para nadie en esta sala. Patrullamos la isla porque es lo único que podemos hacer, pero si alguna vez se deciden a invadirnos, nos derrotarán en cuestión de días... o de horas.

—La única noticia remotamente buena —dijo Marcus— es que su sociedad está, si me disculpan la comparación, más fracturada que la nuestra. Cuando estuvimos en el continente, era prácticamente zona de guerra, y quizá sea esa la única razón por la que aún no nos atacan.

—Pues entonces que se maten entre ellos y nuestro problema se resuelve solo —dijo Kessler.

—Salvo por el RM —acotó Hobb.

—Tomando en cuenta todo lo que expuso el

señor Valencio —dijo Woolf—, tenemos un solo plan que realmente nos da alguna esperanza de éxito. Paso uno: nos infiltramos en esa zona de guerra del continente; con suerte nadie nos ve y atrapamos a un par de Parciales para que el doctor Skousen haga sus experimentos. Paso dos: evacuamos toda la isla y nos vamos lo más lejos que sea posible.

Se hizo silencio. Marcus se sentó. Abandonar la isla era una locura: era su hogar, su único refugio seguro; justamente por eso habían ido a vivir allí. Pero eso ya no era verdad, ¿cierto? Tras la Guerra Parcial, la isla había sido como un santuario; habían escapado de los Parciales, encontrado una nueva vida y empezado la reconstrucción. Sin embargo, esa seguridad no tenía nada que ver con la isla, ahora que Marcus lo pensaba. Habían estado a salvo porque los Parciales los habían ignorado, pero ahora que estaban volviendo —que había barcos en el estrecho, que Heron se escondía en las sombras y la perversa doctora Morgan quería experimentar con humanos—, aquella

ilusión de seguridad se había disipado. Nadie tenía que decirlo en voz alta, nadie tenía que tomar una decisión oficial, pero Marcus sabía que así era. Lo veía en los rostros de todos los presentes. La evacuación instantánea se abordó como posibilidad y se convirtió en certeza.

Se abrió la puerta lateral y Marcus alcanzó a divisar a los soldados de la Red que montaban guardia del otro lado. Se hicieron a un costado y entró un hombre corpulento: Duna Mkele, el «oficial de inteligencia». Marcus recordó que no sabía exactamente para quién trabajaba Mkele; parecía tener libre acceso al Senado y cierto grado de autoridad sobre la Red, pero por lo que observaba, en realidad no respondía a ninguno de los dos grupos. Al margen de cómo funcionaran esas relaciones, a Marcus no le agradaba aquel hombre. Su presencia casi siempre era señal de malas noticias.

Mkele se acercó al senador Woolf y le dijo algo al oído. Marcus trató de leerles los labios o, al menos, evaluar la expresión de sus rostros, pero le dieron la espalda a la multitud. Un

momento después, ambos se acercaron a Tovar y le susurraron algo. Este escuchó con aire solemne y luego miró a la gente que lo observaba. Se volvió hacia Woolf y habló con voz potente, con la clara intención de que se oyera en todo el salón.

—Ya saben la primera mitad; ¿por qué no les cuenta el resto?

Marcus vio una expresión severa en la cara de Mkele. Woolf lo miró sin arrepentimiento y luego se volvió hacia la multitud:

—Parece que nuestro cronograma acaba de acelerarse. Los Parciales desembarcaron en Long Island, cerca del Puerto de Mount Sinai, hace aproximadamente cinco minutos.

El salón de asambleas estalló en comentarios agitados, y Marcus sintió que el estómago le daba un vuelco con un miedo súbito y aterrador. ¿Qué significaba eso? ¿Era el fin? ¿Se trataba de una fuerza invasora o de una incursión audaz para secuestrar sujetos humanos para sus experimentos? ¿Sería el grupo de la doctora Morgan?, ¿los enemigos de ella?, ¿u

otra facción totalmente distinta?

¿Estaría Samm con ellos?

¿Acaso significaba que el plan de Heron había fracasado? ¿Que no habían encontrado a Kira ni a Nandita mediante sus sigilosas búsquedas y por eso habían optado por una invasión? Por un instante Marcus sintió una culpa horrible, como si la invasión fuera por causa suya, por no haber hecho caso a la advertencia de Heron. Pero hacía meses que no veía a Kira y más de un año que no sabía de Nandita; ¿qué podría haber hecho? Mientras la multitud rugía con miedo y confusión al comprender cabalmente la situación, él se dio cuenta de que no importaba. No estaba listo para sacrificar a nadie; prefería caer peleando que vender su alma a cambio de la paz.

Y, por segunda vez en ese día, se puso de pie y oyó cómo su propia voz se alzaba:

—Me ofrezco como voluntario para acompañar a la fuerza que vaya a enfrentarlos. Van a necesitar un médico... Yo me ofrezco.

El senador Tovar lo miró, asintió, y luego se

volvió hacia Mkele y Woolf. El salón seguía bullendo de miedo y de hipótesis en debate. Marcus se desplomó en la silla.

Realmente tengo que aprender a cerrar la boca.

CAPÍTULO SIETE

Kira caminó con cuidado entre las ruinas de la casa, abrumada por el caos: las paredes se habían derrumbado, los pisos y techos estaban desplomados y había fragmentos de muebles esparcidos y apilados al azar. El cráter estaba lleno de maderas, libros, papeles, platos y pedazos de metal retorcido que habían llegado hasta la calle, arrojados por la fuerza de la explosión.

No cabía duda de que esa casa había estado habitada, y recientemente. Kira había visto muchos edificios del viejo mundo en ruinas; había crecido rodeada por ellos y los conocía bien: retratos de familias muertas, cajitas negras de reproductores de audio y video y sistemas de

juegos, jarrones rotos llenos de tallos quebradizos. Los detalles variaban de una casa a otra, pero la sensación era la misma: vidas olvidadas de personas olvidadas. Pero los restos de esta vivienda eran diferentes, y claramente modernos: latas de comida, ahora rotas y pudriéndose entre los escombros; ventanas tapiadas y puertas reforzadas; armas, municiones y camuflaje hecho a mano. Alguien había vivido allí, mucho tiempo después de la destrucción del mundo, y cuando alguien (¿los Parciales?) había invadido su intimidad, había volado su propia casa. El patrón de la destrucción era bastante completo y estaba demasiado contenido como para que se tratara de un ataque externo; un enemigo habría usado un explosivo más pequeño para abrir una brecha en la pared, o uno más grande que habría afectado también las casas vecinas. Quienquiera que hubiera destruido esa vivienda había hecho su trabajo con pragmatismo y una minuciosidad arrasadora.

Cuanto más pensaba en ello, más recordaba

una explosión que había visto el año anterior, antes de la cura, de Samm, antes de todo. Había ido en una incursión de rescate con Marcus y Jayden, en alguna parte de la Costa Norte de Long Island, donde habían encontrado un edificio preparado con explosivos. Había sido una trampa, muy similar a lo que parecía ser esta, cuya intención no era matar sino destruir pruebas. *¿Cómo se llamaba aquel pueblito? Asharoken; recuerdo que Jayden se burlaba del nombre. Y ¿por qué estaban investigando ese edificio? Lo había marcado un grupo preliminar y los soldados habían regresado para investigar. Habían llevado especialistas, como un tipo que sabía de computadoras o algo así. ¿Un electricista?* Retuvo el aliento al recordar: era una estación de radio. Alguien la había armado y luego la había volado para guardar el secreto. Igual que allí, en Manhattan. *¿Sería la misma gente?*

Kira retrocedió por reflejo, como si el edificio demolido pudiera contener otra bomba. Se quedó mirando los escombros, después se

armó de coraje y entró, pisando con cuidado entre las ruinas inestables. No tardó mucho en encontrar el primer cuerpo. Un soldado con uniforme gris, un Parcial, atrapado bajo una pared: un cadáver fracturado bajo los restos de su traje blindado. A su lado estaba su fusil, y Kira lo recogió con sorprendente facilidad; el mecanismo estaba un poco tieso, pero se movía, y quedaba una bala en la recámara. Retiró el cargador y lo encontró lleno; el soldado no había disparado un solo tiro antes de morir, y sus compañeros no recuperaron su equipo ni enterraron su cuerpo. *La bomba los tomó por sorpresa, pensó Kira, y los mató a todos. No quedó nadie para recuperar a los caídos.*

Siguió buscando, caminando con cautela entre ladrillos y vigas caídas, y por fin halló algo que reconoció al instante: los fragmentos ennegrecidos de un transceptor de radio, igual que en Asharoken. Las dos situaciones se parecían demasiado como para no asociarlas. Un grupo de avanzada investiga algo sospechoso, encuentra una casa fortificada llena

de equipos de comunicación y muere en una trampa defensiva. Kira y los demás habían dado por sentado que ese sitio en Asharoken pertenecía a la Voz, pero Owen Tovar lo había negado entonces, y continuaba haciéndolo. Los siguientes candidatos probables eran los Parciales, pero aquí había un grupo que había caído en la misma trampa. *Otra facción de Parciales, entonces,* pensó Kira. *Pero ¿cuál grupo sigue a la doctora Morgan: los espías de la radio o los que los atacaron? ¿O ninguno de los dos? Y ¿cómo se relaciona esto con ParaGen?* Quien se había llevado las computadoras de las oficinas también había buscado radios en la tienda, y aquí había restos de ambas cosas. Tenía que haber una conexión. Parecía probable que la facción que estaba coleccionando radios fuera la misma que montaba estaciones de radio en las ruinas. Pero ¿qué estaban haciendo? Y ¿por qué mataban así para esconderlo?

—Lo que necesito es una pista —pensó en voz alta, observando la destrucción.

Últimamente hablaba más y más consigo misma, y se sintió tonta al oír su propia voz resonando en la ciudad vacía. Por otra parte, eran las únicas palabras que había oído en varias semanas, y cada vez que hablaba le resultaba extrañamente reconfortante. Sacudió la cabeza.

—Tengo que hablar con alguien, ¿no? Aunque parezca una pobre imbécil.

Se inclinó para examinar los trozos de papel que estaban esparcidos por el lugar. El responsable de fortificar las casas y colocar las bombas seguía allá afuera, y sería casi imposible encontrarlo ahora que había destruido todas las pruebas. Kira lanzó una risa seca.

—Pero supongo que esa era la idea.

Levantó uno de los papeles que vio a sus pies; era un fragmento de un periódico del viejo mundo, arrugado y amarillento, y apenas se alcanzaba a leer el titular: violencia en la protesta en Detroit. Las letras más pequeñas del cuerpo del artículo apenas se podían comprender, pero Kira descifró las palabras «policía» y «fábrica», y varias referencias a los

Parciales.

—¿Así que la facción que colecciona radios también junta artículos sobre la rebelión Parcial? —miró el papel con el ceño fruncido; luego puso cara de exasperación y volvió a dejarlo caer—. Es eso, o *todos* los periódicos de poco antes del Brote hablaban de los Parciales y esto no significa nada —negó con la cabeza—. Necesito algo concreto. Además de estos pedazos de concreto, claro.

Pateó un trozo de material, que fue a parar al otro lado del cráter y rebotó con sonido metálico contra la antena de radio caída.

Kira se acercó para examinarla. Era grande; erguida habría tenido varios metros, aunque era delgada como un cable. Debía de haber sido bastante robusta para mantenerse derecha, pero la explosión y la caída la habían retorcido con pliegues y rizados apretados. Tiró de la antena, tratando de sacarla de entre el yeso y los ladrillos. Logró desplazarla casi un metro hasta que se enganchó con algo; tiró más fuerte, pero no pudo moverla más. La dejó caer, jadeando

por el esfuerzo, y buscó algo más... cualquier cosa. Encontró más recortes de periódicos, tres cuerpos de Parciales en descomposición y un nido de culebras rayadas acurrucadas bajo un panel solar caído, pero nada que le dijera adónde habían ido los que habían colocado la bomba, ni si podían tener otra estación de radio en la ciudad. Se sentó a descansar junto a otro panel solar, sacó la cantimplora y de pronto se le ocurrió algo:

¿Por qué había dos paneles solares?

Ese tipo de panel solar se llamaba Zoble, y Kira lo conocía bien. Xochi había instalado uno en el techo de su casa para poder usar sus reproductores de música, y había varios en el hospital. Podían almacenar mucha energía y transferirla con gran eficiencia, y eran muy poco comunes. Xochi solo había podido conseguir el suyo gracias a su «madre» y sus conexiones con las granjas y el mercado de alimentos frescos. Hallar uno en Manhattan no era necesariamente para extrañarse; al fin y al cabo, la demanda era menor, pues no había que competir con otros

buscadores, pero encontrar dos, montados en el mismo edificio, revelaba una necesidad de energía anormalmente alta. Volvió a revisar el cráter, esta vez en cuatro patas, en busca del condensador que almacenaba toda esa energía, pero en lugar de eso encontró los restos de un tercer panel.

—Tres Zobles —murmuró—. ¿Para qué necesitan tanta electricidad? ¿Para la radio? ¿Es posible que precisen tanta?

Ella había usado *walkie-talkies* que cabían cómodamente en la palma de su mano y funcionaban con pequeñas baterías recargables. ¿Qué clase de radio necesitaba tres paneles Zoble y una antena de cinco metros? No tenía sentido.

A menos que la energía fuera para algo más que una radio... como, por ejemplo, para una colección de computadoras robadas a ParaGen.

Miró alrededor, no hacia el cráter sino hacia la calle que estaba detrás de ella y los edificios fríos y sin vida más allá. Se sintió expuesta, como si acabaran de apuntarle con un reflector,

y se ocultó a la sombra de una pared caída. *Si realmente quedara algo de valor aquí abajo, pensó, quien estaba protegiendo este lugar ya habría venido a recuperarlo. La energía extra era para hacer funcionar la radio y las computadoras, y las personas a las que encontré recogiendo radios y computadoras, quienesquiera que sean, estuvieron haciéndolo en los últimos meses, mucho después de que este edificio explotara. Siguen allá afuera, y planean algo raro.*

Levantó la vista hacia la línea del techo; más allá, el cielo se estaba oscureciendo. *Lo único que tengo que hacer para hallarlos es buscar lo que necesitan: una antena gigantesca y suficientes paneles solares para hacer funcionar su radio. Si hay otros sitios como este en la ciudad, no podré verlos desde aquí.*

—Hora de subir.

El plan de Kira era sencillo: subir al edificio más alto que pudiera encontrar, buscar una buena vista de la ciudad y vigilar. Si tenía suerte, vería otra columna de humo, aunque suponía que habrían aprendido la lección después de la última vez. Debía examinar el paisaje con la mayor minuciosidad posible, en todas las direcciones y en todos los ángulos en que daba el sol, con la esperanza de divisar una antena gigantesca y un banco (o varios bancos) de paneles solares.

—Entonces solo tengo que tomar notas, buscarlos en mi mapa e ir a revisar —se dijo a sí misma, mientras subía un piso más—. Y espero que no me hagan explotar, como a los demás.

El edificio que eligió estaba relativamente cerca del de ParaGen, quizá a kilómetro y medio hacia el sudoeste. Era un inmenso rascacielos de granito que se proclamaba, orgulloso, el Empire State. Las paredes exteriores estaban cubiertas de enredaderas y musgo, pero la

estructura interna parecía estable, y Kira solo había tenido que volar una cerradura de un tiro para acceder a la escalera principal. Ahora iba por el piso 32, rodeando lentamente el pasamanos hacia el 33; según los carteles del vestíbulo, le faltaban cincuenta y tres.

—Tengo tres litros de agua —se dijo, recitando sus provisiones—, seis latas de atún, dos de frijoles y una última MRE de esa tienda de artículos para el ejército en la Séptima Avenida. Debo conseguir otra de esas —llegó al descanso del piso 34, sacó la lengua y siguió subiendo—. Será mejor que la comida me dure, no quisiera tener que subir este edificio más de lo necesario.

Tras lo que le parecieron horas, se desplomó en el piso 86 con una exclamación, y se detuvo a beber más agua antes de revisar el supuesto «observatorio». Tenía una vista excelente, pero la mayoría de las paredes eran ventanas, y casi todas estaban destrozadas, por lo cual todo el piso estaba frío y ventoso. Volvió, cansada, a la escalera y finalmente llegó al 102, a la base de

una gigantesca aguja que se prolongaba otros sesenta o noventa metros. En la puerta, una placa la felicitaba por haber subido 1.860 escalones. Ella asintió mientras trataba de recuperar el aliento.

—Vaya suerte la mía —jadeó—. Voy a tener los mejores glúteos del planeta, y no hay nadie para verlos.

Mientras que el piso 86 era amplio y cuadrado, con un balcón angosto en torno al perímetro del edificio; este era pequeño y redondo, casi como un faro. La única protección entre los observadores y la calle era un círculo de ventanas, la mayoría intactas, pero Kira no pudo evitar asomarse por una de las rotas y sintió la fuerza del viento y la increíble conmoción de la altura vertiginosa. Era la clase de vista que ella siempre había imaginado que la gente del viejo mundo tenía desde sus aviones, tan arriba que el planeta mismo parecía lejano y pequeño. Lo más importante era que le ofrecía un panorama increíble de la ciudad; había otros edificios más altos, pero eran muy pocos y no

tenían mejor vista que este. Kira dejó caer su mochila y sacó los binoculares. Empezó por el sudeste y recorrió toda la ciudad en busca de antenas de radio. Había muchas más de las que había esperado. Suspiró profundamente y se preguntó cómo podría hallar el edificio que necesitaba entre los miles que llenaban la isla. Cerró los ojos.

—La única manera de hacerlo —dijo, con voz queda— es hacerlo.

Sacó su cuaderno de la parte trasera de la mochila, buscó la antena más cercana hacia el sur y empezó a tomar notas.

CAPÍTULO OCHO

La antena más lejana que Kira divisó estaba tan al norte que sospechó que se encontraría más allá de los límites de la isla de Manhattan, en la región llamada Bronx. Esperaba no tener que ir tan lejos, pues la proximidad de los Parciales la ponía nerviosa, pero si era necesario, juró que lo haría. Las respuestas que podría obtener hacían que cualquier riesgo valiera la pena.

La antena más cercana estaba en la aguja gigantesca que coronaba el mismo edificio donde estaba ella, pero no había nadie más allí. Al menos, no creía que hubiera nadie usándola, aunque era un edificio inmenso.

—Tal vez me estoy poniendo paranoica — se dijo, mientras subía a ver la antena. Se detuvo

y se corrigió—: Tal vez me estoy poniendo *demasiado* paranoica. Un poquito es bastante saludable.

El dispositivo resultó carecer de toda energía, y Kira se sorprendió por el alivio que sintió. Examinó la ciudad, tomando notas sobre cada antena que encontraba, y observó mientras el sol poniente le iba revelando nuevos paneles solares uno por uno, que resplandecían fugazmente cuando la luz los alumbraba en el ángulo correcto para luego volver a quedar a oscuras. Por la noche bajó algunos pisos en busca de una habitación cerrada y se acomodó, abrigada, en su bolsa de dormir. A semejante altura, los edificios estaban llamativamente limpios: no había tierra que el viento hubiera traído, ni retoños ni huellas de animales en el polvo. Le recordó a su casa, a los edificios que ella y otros se habían esforzado tanto en mantener limpios: su casa, el hospital, la escuela. Se preguntó, y no por primera vez, si en alguna oportunidad volvería a verlos.

Al cuarto día se le terminó el agua y bajó la

larga escalera hasta la calle para buscar más. Le llamó la atención un parque que había al final de una manzana larga, y encontró lo que buscaba: no un estanque ni un charco, sino una entrada al metro, donde el agua oscura lamía los escalones. En el viejo mundo, el metro había sido un medio de transporte, pero por algún motivo se había inundado; ahora los túneles eran como un río subterráneo, lento pero no estancado. Kira sacó su purificador y bombeó tres litros más hasta llenar sus botellas plásticas, sin dejar de vigilar la ciudad que la rodeaba. Descubrió una tienda y se aprovisionó de varias latas de vegetales, pero se detuvo con una mueca al ver una que estaba hinchada y había estallado. Estos envases ya tenían más de once años, que era casi el fin de la vida útil de la mayoría de los alimentos enlatados. Si algunos estaban echándose a perder, era mejor no arriesgarse. Suspiró y los devolvió a los estantes, preguntándose si tendría tiempo de cazar alguna presa.

—Al menos puedo colocar trampas —

decidió, y montó algunas cerca de la parte superior de la entrada del metro. Había huellas alrededor, y supuso que antílopes y conejos estaban usándolo como abrevadero. Volvió a subir hasta su observatorio, colocó algunas trampas más para aves, y se puso a trabajar otra vez. Una noche más tarde cenó ganso asado sobre una cocina de campaña sin humo, haciéndolo girar en un espetón hecho con viejas perchas de alambre. Fue lo mejor que había comido en varias semanas.

Luego de cinco días y tres viajes a buscar agua, Kira hizo su primer descubrimiento importante: un destello de luz en una ventana, una manchita roja que se movió apenas un segundo y desapareció. ¿Sería una señal? Se enderezó y observó el lugar con sus binoculares. Pasó un minuto, cinco... Justo cuando estaba a punto de darse por vencida, lo vio otra vez: un movimiento, un fuego y una puerta que se

cerraba. Alguien estaba dejando salir el humo; quizá se le había descontrolado el fuego. Trató de identificar el edificio antes de que anocheciera por completo, y en la siguiente media hora vio la llama danzante tres veces más. Cuando salió la luna, buscó el humo, pero no había nada: lo habían dispersado, o lo había disipado el viento, y ya no se veía.

Se puso de pie, sin dejar de observar el edificio que ahora estaba invisible en la oscuridad. Era uno de los muchos que había identificado como posible blanco: tenía el techo cubierto de paneles solares y una antena tan grande que pensó que debió haber sido una estación de radio de verdad. Si alguien había puesto en funcionamiento esos equipos viejos, tendría una radio más potente que las dos que había visto destruidas.

—¿Voy ahora o espero hasta la mañana?

Con la mirada fija en la oscuridad, se dio cuenta de que aún no tenía un plan; de nada le serviría saber dónde se escondían los chicos malos si hacían detonar una bomba en cuanto

ella pusiera un pie en el edificio. Podía intentar atrapar a uno, quizá con una versión más grande de sus trampas para conejos, e interrogarlo; o bien, podría tratar de entrar sin ser vista cuando la bomba no estuviera activada, lo cual sería, supuso, cuando ellos estuvieran dentro. Esto no le pareció muy seguro.

—Lo mejor que puedo hacer —murmuró, agazapándose junto a la ventana— es precisamente lo que estoy haciendo ahora: vigilar y esperar, y mantener la esperanza de averiguar algo útil —suspiró—. Así llegué hasta aquí.

Pero la duda seguía en pie: ¿le convenía ir esa misma noche o esperar la mañana? Sería más peligroso atravesar la ciudad en la oscuridad, pero sus objetivos habían resultado ser increíblemente cautos; de saber que un destello de luz y una columna de humo habían delatado su ubicación, podrían trasladarse a otro lugar y dejar atrás otra trampa explosiva, y Kira los perdería. ¿El fuego habría sido un accidente? ¿Los habría puesto suficientemente nerviosos

como para huir? Ella no tenía manera de saberlo, y la incertidumbre la inquietaba. Era una situación en la cual el enfoque lento y cauteloso era demasiado arriesgado. Ya había perdido cinco días; mejor ir ahora, decidió, que arriesgarse a perder su única pista buena. Empacó sus cosas, revisó el fusil y emprendió el largo descenso por los intestinos negríssimos de la escalera.

En los niveles más bajos había gatos salvajes en busca de comida, con sus brillantes ojos nocturnos. Kira los oyó moverse en las sombras, esperando, acechando y atacando: el siseo de los depredadores y el forcejeo de las presas.

Observó la calle con atención antes de salir del edificio; luego avanzó lentamente, moviéndose de un automóvil a otro, resguardándose lo más posible. El edificio de la fogata estaba unos cinco kilómetros al norte, inquietantemente cerca del gigantesco bosque del Central Park. En toda la ciudad vivían animales salvajes, pero el bosque albergaba a los más grandes. Avanzó con tanta rapidez como se

atrevió, manteniendo la linterna apagada y guiándose por la luz de la luna. Aquella luz pálida hacía que las sombras parecieran más profundas y ominosas. Además, hacía que el suelo se percibiera más llano de lo que en verdad era, y cada vez que Kira intentaba apretar el paso, tropezaba con el terreno escabroso. Bordeó el lado oeste del parque, atenta a la presencia de animales, pero no había ninguno en los lugares abiertos. Esa era una mala noticia: si hubiera venados por allí, al menos los depredadores tendrían algo mejor que ella para cazar. Los gatos domésticos que se habían vuelto salvajes no eran los depredadores más peligrosos del lugar.

Una sombra se movió en su visión periférica y ella dio media vuelta para mirar. Nada. Se detuvo a escuchar... sí... allí estaba. Un rumor profundo, casi imperceptible. Algo muy grande respiraba cerca; no solo respiraba, sino que además emitía un ronroneo, casi un gruñido. Algo que sabía esconderse muy bien.

Estaba acechando a Kira.

Frente a ella había una plaza amplia, con el cemento agrietado y combado, salpicada de penachos de malezas altas y oscuras; en el centro, una estatua se erguía solemne e inmóvil. Había autos alrededor de la plaza, con sus neumáticos desinflados. Kira retrocedió lentamente contra una pared para cortar las líneas de ataque del depredador, y contuvo el aliento para escuchar. La respiración profunda seguía allí: un rumor grave de pulmones gigantes que se llenaban y exhalaban. Kira no lograba identificar de dónde provenía.

Hay panteras en la ciudad, pensó. Las he visto de día: panteras, leones, y juro que una vez vi un tigre. Refugiados de un zoológico o un circo, bien alimentados por las manadas de venados y caballos salvajes que deambulan por el Central Park. Hasta hay elefantes; los oí el año pasado. ¿A ellos también los comerán?

Concéntrate, se ordenó. Si no encuentras una manera de salir de aquí, van a comerte a ti. Leones, panteras o algo peor.

Panteras. Se le ocurrió una idea aterradora. *Se supone que cazan de noche, pero las he visto solo de día. ¿Será que ahora cazan a cualquier hora? ¿O lo que anda cerca es algo peor... algo tan peligroso que las panteras tuvieron que cambiar sus hábitos para evitarlo? ¿Me estará acechando una pantera nocturna, o acaso estas están escondidas, asustadas en sus guaridas, para no toparse con la criatura que me persigue?* De pronto, recordó el folleto de ParaGen: dragones y perros inteligentes, leones domésticos y quién sabe qué más habían fabricado. Habían diseñado a los Parciales como soldados supremos... ¿habrían creado también un depredador supremo?

Echó un vistazo a la calle, en la dirección de donde había venido, y sacudió la cabeza al ver la larga hilera de autos y camiones abandonados. La criatura podía estar escondida detrás de cualquiera de ellos, esperando que ella pasara por ahí. Lo mismo ocurría con la plaza que tenía al frente. Su mejor oportunidad era cruzar la

calle y entrar en el vestíbulo de lo que había sido un centro comercial: maniqués caídos, carteles descoloridos de cuerpos y rostros, estanterías llenas de ropa raída. También era posible que la bestia estuviera allí adentro; que Kira supiera, los pasillos repletos de despojos podían ser su madriguera. Pero también había puertas, cerradas y de tamaño adecuado para seres humanos, y si lograba entrar por una y cerrarla otra vez, estaría a salvo... al menos hasta que el depredador se marchara, o hasta la mañana siguiente, si demoraba en irse. Oyó el mismo gruñido grave, ahora más cerca que nunca, y apretó la mandíbula con ferocidad.

—Es ahora o nunca.

Se levantó de un salto y comenzó a cruzar la calle rota a toda velocidad, y mientras rodeaba un auto se agachó al sentir una ráfaga de aire detrás. Imaginó unas garras gigantescas a centímetros de su espalda, y se esforzó por no perder el equilibrio cuando atravesaba la fachada de vidrios hechos añicos. Hubo ruido de escombros detrás de ella, mucho más de lo que

podía provocar con su paso, pero no se atrevió a mirar. Levantó el fusil al hombro y disparó con frenesí; luego volvió a girar al llegar a una columna quebrada.

El interior del centro comercial era más grande de lo que había esperado: escaleras de metal bruñido que subían y bajaban en pares, y un patio inmenso en el centro del piso inferior. Estaba demasiado oscuro para ver el fondo o el último piso; demasiado oscuro para ver casi nada. La puerta que quería alcanzar estaba del otro lado. Dobló a la derecha, rodeando el hueco, volvió a levantar el fusil y encendió la luz. La cosa parecía estar resbalando en el piso pulido. Kira localizó la primera puerta que pudo y se lanzó directamente hacia allí.

El haz de luz se sacudía con violencia mientras ella corría: arriba y abajo, a la izquierda y a la derecha, reflejándose en el piso de mosaicos, en las escaleras metálicas y en las placas relucientes de las paredes. En un destello de luz Kira vio su propia imagen reflejada en una pared y detrás, un enorme bulto negro.

Luego la luz volvió a sacudirse y la escena desapareció; era una pesadilla de luces, sombras y miedo. Kira fijó los ojos en la puerta y corrió como nunca hacia ella; un instante antes de llegar bajó el fusil, apuntó y disparó una ráfaga en semiautomático. La cerradura voló, la puerta se abrió y la atravesó sin detenerse; golpeó la mano contra la pared izquierda para impulsarse hacia la derecha y hacia otra puerta abierta. Al pasarla, extendió la mano y la cerró con fuerza. Se recostó contra ella, justo en el momento en que algo golpeaba violentamente del otro lado; pero la puerta resistió. Kira presionó con más fuerza, mientras la criatura volvía a lanzarse.

Miró alrededor con frenesí; con una mano apuntó torpemente el fusil para iluminar la habitación y vio un escritorio grande de madera. Del otro lado había garras que arañaban, ya no con golpes fuertes, y Kira decidió arriesgarse: saltó por encima del escritorio y lo empujó hasta la puerta para bloquearla. Los arañazos se convirtieron en golpes; la puerta tembló y se oyó un rugido ensordecedor. Ella perdió el equilibrio,

dejó caer el fusil y volvió a arrojarse contra el escritorio, que golpeó contra la puerta justo en el momento en que la bestia hacía lo mismo del otro lado. La habitación tembló, pero el escritorio resistió. Kira retrocedió, buscó la luz del fusil y lo levantó para iluminar la mitad superior de la puerta, surcada por grietas y astillada en los bordes. Algo se movió más allá, algo casi tan alto como el techo. La luz dio contra un enorme ojo de color ámbar que, cegado, se cerró hasta convertirse apenas en una rendija. Kira se tambaleó al ver su tamaño, y se apartó casi involuntariamente. Una inmensa pata arañó la brecha en la puerta y sus garras gigantesas brillaron como plata bajo el haz de luz halógena. Ella disparó una ráfaga con el fusil y le dio en un dedo. La criatura volvió a rugir, pero esta vez Kira también rugió, acorralada y furiosa. Se subió al escritorio, apuntó justo a través de la brecha y le disparó a la bestia de piel y músculos. La cosa aulló de rabia y dolor, y siguió atacando con fuerza la puerta. Kira quitó el cargador gastado, colocó otro y volvió a

disparar. La criatura dio media vuelta y huyó, hasta perderse en la oscuridad.

Kira se quedó paralizada, con los nudillos blancos como huesos, aferrando el fusil. Un segundo se convirtió en un minuto; un minuto fueron dos. El monstruo no regresó. La descarga de adrenalina pasó y su cuerpo empezó a temblar, levemente al principio y luego más y más hasta sacudirse sin control. Bajó del escritorio; casi se cae al suelo al hacerlo, y después se desplomó en un rincón, sollozando.

La luz del amanecer no llegaba a atravesar el laberinto de paredes y puertas, pero Kira oyó sus sonidos: pájaros que cantaban saludando al sol, abejas que zumbaban entre las flores que crecían en el asfalto, y sí: hasta el barritar lejano de un elefante.

Se levantó despacio y espió por la puerta agrietada. El haz de luz seguía encendido, aunque las baterías ya empezaban a fallar. Del

otro lado, el lugar estaba lleno de salpicaduras y manchas de sangre, pero la criatura se había ido. Retiró el escritorio y abrió la puerta con mucho cuidado; afuera estaba más claro, y vio un rayo de sol que caía sobre el piso desordenado del centro comercial. Había huellas marrones rojizas que salían a la calle y se dirigían a la plaza, pero no se molestó en seguir las. Bebió un sorbo de su cantimplora y se mojó la cara con el agua fría. Había sido una tontería salir de noche, lo sabía, y se prometió no hacerlo nunca más.

Giró la cabeza varias veces para aflojar los nudos que sentía en la espalda, los brazos y los dedos. Probablemente los hombres a quienes perseguía estaban demasiado lejos para haber oído los disparos de la noche anterior, pero si no había tenido suerte con los ecos, ¿quién sabe lo que pudo haber pasado? Eso no la hizo cambiar de plan; si antes tenía prisa por encontrar el edificio, ahora era más urgente. Sacó el mapa de la mochila, ubicó su posición y la de su objetivo y planeó la mejor ruta para llegar. Con

un suspiro y otro sorbo de agua, se puso en marcha por la ciudad.

Kira avanzaba con cautela, ya no solamente por las patrullas Parciales, sino también por los monstruos gigantes con garras peludas. Veía movimientos en cada sombra, y tuvo que obligarse a mantener la calma y no perder la sensatez. Cuando llegó al lugar indicado, tardó varias horas en identificar con seguridad el edificio de la antena, aunque más que nada se demoró por miedo a que la vieran. Finalmente subió por la escalera de otro edificio para poder mirar desde arriba, y desde ahí divisó la antena con facilidad. En esa zona las construcciones eran más bajas, casi todas de tres o cuatro pisos. Sabiendo lo que buscaba, era fácil hallar algunas de las pistas más sutiles que indicaban que el edificio estaba habitado: muchas de las ventanas estaban tapiadas, especialmente en el tercer piso, y en la escalinata de entrada había huellas leves en el polvo acumulado, lo que sugería que alguien había pasado por allí hacía poco tiempo.

Esa era la parte difícil. No se atrevía a ingresar hasta saber quién vivía allí, dónde estaba y si había bombas preparadas para explotar. La hipótesis más probable, al menos para ella, era que se trataba de una especie de puesto de avanzada de alguna facción de Parciales... y no una que estuviera del lado de la doctora Morgan, ya que su último encuentro en el otro puesto había terminado con una gran destrucción. Eso no significaba automáticamente que estos Parciales fueran amigables con los humanos, y Kira no quería caer en una trampa. Decidió vigilar, esperar, y ver qué pasaba.

No pasaba nada.

Vigiló el edificio todo el día y toda la noche, escondida en el apartamento de enfrente. Comió un poco de su alimento enlatado y se acurrucó bajo una manta agujereada por las polillas para no hacer una fogata. Nadie entraba ni salía, y al caer la noche no vio ningún fuego por la ventana ni humo que se elevara por alguna rendija entre las tablas. El segundo día tampoco pasó nada y Kira empezó a ponerse nerviosa; seguramente

habían salido antes de que ella llegara, o se habían ido por una puerta trasera. Bajó a la calle con sigilo y revisó rápidamente el perímetro en busca de otras entradas y salidas, pero nada parecía haber sido usado. Si habían salido, lo habían hecho por la puerta principal. Regresó a su puesto de vigilancia.

Aquella noche, salió alguien.

Kira se inclinó hacia adelante, con cuidado de que no le diera la luz de la luna por la ventana. El hombre era corpulento y tendría fácilmente dos metros de estatura. Probablemente pesaba unos noventa kilos más que Kira. Era de piel oscura, pero quizá no más que la suya; era difícil determinarlo a la luz de la luna. El hombre abrió la puerta del frente con cautela, salió con un carrito y cerró la puerta con llave. El carrito estaba lleno de jarras, y Kira adivinó que salía a buscar agua. Llevaba una mochila pesada, llena de algo que ella no

pudo identificar, y no vio que estuviera armado. *Es mejor suponer lo peor*, pensó, pues bien podría llevar una pistola de alto calibre o una metralleta escondida entre los pliegues de su impermeable.

Kira recogió sus cosas en silencio, empacó en la oscuridad y bajó con sigilo para seguirlo. Cuando llegó a la calle, el hombre ya estaba en la esquina. Ella esperó a que él doblara, y luego avanzó lo más rápido posible entre los escombros de la calle. Espió a la vuelta de la esquina y lo vio caminando despacio, tirando del carrito. Tenía un modo extraño de moverse, casi como un pato, y Kira se preguntó si se debería a su tamaño o a otro factor. Cuando llegó al final de la cuadra, el hombre bajó a la calle sin detenerse, como si no le preocupara en lo más mínimo que lo vieran o, peor aún, que lo comieran. ¿Cómo había sobrevivido tanto tiempo sin toparse con aquel monstruo nocturno? Desapareció tras una pared baja, y Kira lo siguió.

El tipo se detuvo en la entrada de un túnel

del metro y llenó sus jarras plásticas con una bomba de tubo largo parecida a la suya. Resoplaba al trabajar, como si el esfuerzo fuera demasiado para él, pero el resto de sus movimientos delataban una gran familiaridad y pericia. Había hecho eso suficientes veces para llegar a hacerlo muy bien.

¿Sería un Parcial? Kira se quedó inmóvil en las sombras, observándolo, tratando de... no escucharlo ni olerlo, sino de *sentirlo*, de la misma forma en que lo había hecho con Samm. Por el enlace. Era algo más emocional que informativo; si lograba enlazarse con ese hombre, sería más por sentir las cosas que él sentía. Analizó minuciosamente sus emociones. Tenía curiosidad; estaba cansada; estaba segura de su propósito. ¿Algo de eso provendría de él? ¿Qué estaría sintiendo? El hombre murmuraba para sí, no enojado, sino simplemente hablando, del mismo modo en que ella había empezado a hablar sola. Kira no oía las palabras.

Cuanto más lo observaba llenar sus jarras metódicamente, más se daba cuenta de que el

tamaño del hombre sugería que era humano. Los Parciales habían sido diseñados como soldados específicos: los de la infantería eran todos hombres jóvenes; los generales eran hombres mayores, y Samm había dicho que los médicos eran mujeres y que los pilotos eran chicas menudas que cabían fácilmente en vehículos pequeños y cabinas reducidas. Los contratistas militares habían ahorrado millones de dólares al construir *jets* de menor tamaño. Obviamente había excepciones (Kira no tenía idea del rol que le correspondía a Heron, la supermodelo alta y de piernas largas que la había capturado para la doctora Morgan), pero ¿alguno de los modelos incluiría a este hombre? Era enorme, especialmente ahora que lo veía al nivel del suelo. ¿Alguna especie de supersoldado entre supersoldados? ¿Un especialista en armas pesadas, tal vez, o un experto en lucha cuerpo a cuerpo? Samm no había mencionado a nadie así, pero había muchas cosas que no había mencionado. Kira se concentró tanto como pudo, intentando descifrar a aquel gigante por

medio de la versión del enlace que ella poseía, fuera cual fuera, pero no sintió nada.

Aparte de su tamaño, estaba el simple hecho de que estaba agitado. Había caminado apenas un par de cuadras y, sin embargo, resoplaba como si acabara de correr un maratón. Eso no tenía sentido en un supersoldado físicamente perfecto, pero encajaba a la perfección en un humano excedido de peso.

Estaba bien iluminado, gracias a la luna grande y a que no había nubes, y Kira sacó sus binoculares en silencio para mirarlo mejor. Estaba apenas a unos treinta metros de él, agazapada detrás de un auto oxidado, y quería al menos confirmar si estaba armado. No tenía nada en la cadera ni en las piernas, ni cartucheras ni cuchillos, y en el carrito no parecía haber nada más que jarras. El hombre terminó de llenar una, la levantó para colocarla en el carrito y, al hacerlo, se volvió hacia donde estaba Kira; por un momento, su impermeable se abrió y ella pudo verle el pecho y los costados. Allí tampoco llevaba armas, pistolera,

bandolera ni nada. Kira frunció el ceño. Nadie viajaría desarmado por la zona salvaje, de modo que tenía que tener un arma escondida, pero ¿por qué esconderla si creía estar solo?

En un segundo, Kira comprendió que había caído en una trampa. Aquel hombre grande, torpe y desarmado había salido como carnada, mientras los demás rodeaban el lugar para cortarle las vías de escape. Se dejó caer al suelo para bajar su perfil por si alguien trataba de dispararle allí mismo, y miró alrededor buscando frenéticamente a los atacantes. La ciudad estaba demasiado oscura; podía haber francotiradores en cien ventanas, puertas y sombras que la rodeaban, pero no lograba ver bien en ninguna de ellas. Su única esperanza era correr, tal como había hecho con el monstruo de la plaza. El edificio de atrás tenía una especie de comercio en el frente, quizá una antigua pizzería; seguramente tendría por lo menos una trastienda, tal vez un sótano y, si tenía suerte, una escalera que le permitiera acceder al resto del edificio. Podía entrar con sigilo, buscar otra

salida y escabullirse antes de que pudieran atraparla.

El hombre que estaba junto a la escalera del metro estaba desperezándose; su mochila estaba en el suelo, a su lado. ¿Estaría preparándose para atacar? Kira tenía que huir ahora mismo. Se puso de pie y se lanzó hacia la entrada del comercio, esperando el impacto de las balas en la espalda. Oyó un quejido a sus espaldas, como un grito de miedo, pero no se volvió. En el fondo de la pizzería había una puerta de madera delgada, y más allá, una oficina. Entró a toda carrera, cerró la puerta de golpe y encendió la luz para buscar otra salida. No la había.

Estaba atrapada.

CAPÍTULO NUEVE

Kira barrió con el brazo el escritorio de metal que estaba en el centro de la oficina, para despejar el polvo acumulado y las gruesas pilas de papeles que había encima. Lo último fue un monitor de computadora, que derribó con el impulso, antes de volcar el escritorio de lado y ubicarse detrás para tener una capa más de protección. Se agazapó tras la barrera, con el rifle preparado a un costado de la cara y el cañón apuntando directamente a la puerta. Al menor movimiento del picaporte, podía vaciar todo un cargador en quien estuviera detrás. Esperó, casi sin atreverse a respirar.

Esperó.

Pasó un minuto. Cinco. Diez. Imaginó a un

hombre armado detrás de la puerta, aguardando con el mismo cuidado que ella. ¿Cuál de los dos cedería primero? Ellos eran más, y tenían ventaja: más espacio para maniobrar y más gente para hacerlo. Pero ella no iba a rendirse tan fácilmente. Si querían atraparla, tendrían que ingresar.

Pasaron diez minutos más, y Kira trasladó el peso de su cuerpo de una pierna dolorida a la otra. Parpadeó para quitarse el sudor de los ojos, pues los sentía enrojecidos y le ardían, pero aun así evitó moverse. Diez minutos más. Sentía la garganta seca y le dolía, y tenía los dedos entumecidos de sujetar el fusil. Nada se movía. Ningún sonido perturbaba la noche.

La luz de su linterna vaciló, pálida y amarilla. Hacía días que las baterías estaban débiles, y aún no había encontrado otras para cambiarlas. Diez minutos más tarde, la luz se apagó del todo, y Kira cerró los ojos con impotencia ante la oscuridad total. Escuchó con absoluta concentración por si se movía el picaporte de la puerta, había algún crujido en las tablas del piso,

un rechinar de zapatos o el clic de un arma preparándose para disparar. Diez minutos más. Veinte. Una hora. ¿Realmente tenían tanta paciencia?

¿O era que no había nadie afuera?

Se frotó los ojos, recordando la escena. Había dado por sentado que existía una trampa; era la explicación más lógica, pero no había visto a nadie. ¿Realmente era posible que ese hombre, desarmado y solo, en una ciudad muerta y llena de monstruos fuera el único? Era muy poco probable, pero sí, era posible. ¿Estaría dispuesta a apostar su vida a esa posibilidad?

Bajó el arma y gimió en silencio al sentir los hombros doloridos. Se movió, haciendo el menor ruido posible, hacia un costado de la habitación, fuera de la línea de fuego que entraría por la puerta, y volvió a escuchar. Todo estaba en silencio. Extendió una mano, apretándose contra la pared, y tocó el picaporte. Nadie le disparó. Respiró hondo, sujetó el picaporte con fuerza y abrió la puerta con la mayor rapidez posible; de inmediato retiró la mano y se apartó de la

abertura. No hubo disparos ni gritos ni ningún ruido, salvo el rechinar de la puerta. Se quedó mirando la abertura negra, armándose de valor para atravesarla, y decidió hacer una prueba más: levantó el monitor que había derribado, buscó una buena ubicación y lo arrojó por la puerta, con la esperanza de atraer los disparos de quien pudiera estar del otro lado. El monitor cayó con estrépito, la pantalla se partió y regresó el silencio.

—No disparen —dijo, por las dudas, y lentamente cruzó el marco de la puerta.

La pizzería estaba vacía como siempre, y en la calle los autos desvencijados reflejaban la luz de la luna. Kira salió con cautela, con el rifle preparado, y revisó las esquinas esperando una emboscada, pero no había nadie. En el otro extremo de la manzana estaba la entrada del metro, y junto a esta, el carro del hombre, inmóvil y abandonado. Había una jarra en el suelo, volcada de costado, ya vacía. Y a pocos centímetros estaba su mochila.

Kira rodeó la bocacalle, corriendo de auto

en auto para mantenerse a resguardo, hasta acercarse a la mochila. Era enorme, casi tanto como ella, y no pudo sino pensar en los cráteres de las dos casas destruidas donde había estado antes. ¿Realmente quería abrir una mochila que podía contener explosivos? Quizá el hombre la había dejado allí como una trampa, específicamente para matarla... pero, francamente, si ese era su objetivo, ya había tenido oportunidades más fáciles. ¿O acaso los explosivos eran la única arma que conocía? Tal vez ni siquiera tenía una.

Caminó en torno a la mochila con recelo, frotándose la cara con la palma de la mano, tratando de tomar una decisión. ¿Valía la pena? Aún la asustaba el recuerdo del monstruo nocturno; la única vez que había decidido correr un riesgo importante, casi había muerto. Pero la cautela le estaba costando tiempo, y este no era un recurso que pudiera darse el lujo de perder así. Las respuestas que estaba buscando: *¿qué es el Consorcio?*, *¿qué relación tienen los Parciales con el RM?*, *¿quién soy, y de qué*

plan formo parte?, podían salvar a la humanidad o destruirla. Por peligrosas que fueran sus decisiones, tenía que concretarlas. Se colgó el fusil al hombro y extendió la mano para tomar la mochila...

... y entonces oyó una voz.

Kira retrocedió a toda prisa y se escondió detrás del muro de la entrada del metro. La voz era suave, pero se oía bien en el silencio de la medianoche: un murmullo leve que llegaba desde una calle lateral, quizá a media cuadra, e iba acercándose. Ella aferró el fusil y buscó un lugar adonde correr, pero estaba atrapada en terreno abierto. Se deslizó lentamente hacia el costado, manteniendo la entrada del metro entre ella y el dueño de la voz. Al acercarse, los murmullos se hicieron más y más claros, hasta que por fin Kira pudo entender las palabras.

—Nunca dejes la mochila... nunca dejes la mochila... —repetía una y otra vez—. Nunca dejes la mochila.

Kira espío y vio al mismo hombre de antes, que venía por la calle con el mismo andar

semejante al de un pato.

—Nunca dejes la mochila... —las manos del hombre se crisparon, y sus ojos miraban a un lado y otro de la calle—. Nunca dejes la mochila.

Kira no supo bien qué fue lo que la decidió, si algo en su manera de caminar o de hablar, o el modo en que se frotaba las manos; probablemente una combinación de todo eso y más. Ya había perdido demasiado tiempo. Tenía que actuar. Volvió a colgarse el fusil al hombro, abrió las manos para mostrar que estaban vacías y salió de su escondite, entre el hombre y la mochila.

—Hola.

El hombre se detuvo en seco con los ojos dilatados de terror, luego dio media vuelta y echó a correr por donde había venido. Ella se adelantó para seguirlo, no muy segura de si eso era lo mejor, cuando de pronto el hombre se detuvo, se dobló en dos como si lo hubieran herido y sacudió la cabeza con fuerza.

—Nunca dejes la mochila —dijo,

volviéndose hacia ella—, nunca dejes la mochila.

Vio de nuevo a Kira y corrió algunos pasos más, como si fuera una reacción involuntaria, pero luego se detuvo, dio media vuelta y miró la mochila con expresión dolida y aterrorizada.

—Nunca dejes la mochila.

—No tengas miedo —le dijo ella, preguntándose qué estaba pasando. Aquello no era en absoluto lo que había esperado—. No te haré daño —agregó, tratando de parecer lo más inofensiva posible.

—Necesito la mochila —respondió él, con voz prácticamente saturada de desesperación—. No debo dejarla jamás. Siempre la llevo conmigo, es todo lo que tengo.

—¿Son tus provisiones? —le preguntó Kira, al tiempo que se hacía a un lado. Ese movimiento permitió al hombre ver mejor la mochila, y avanzó algunos pasos más con la mano extendida, como para arrebatársela... a quince metros de distancia—. No estoy aquí para robarte —le explicó lentamente—. Solo quiero hablar contigo. ¿Cuántos más hay?

—Es la única —rogó el hombre—. La necesito, no puedo perderla, es todo lo que tengo...

—No me refería a la mochila, sino a otras personas. ¿Cuántos más hay contigo en la casa?

—Por favor, dámela —insistió el hombre, avanzando a pasitos. Llegó hasta la zona iluminada, y Kira notó que tenía lágrimas en los ojos. Su voz sonaba ronca y desesperada—. La necesito, la necesito... necesito la mochila. Por favor, devuélvemela.

—¿Son medicamentos? ¿Necesitas ayuda?

—Por favor, devuélvemela —murmuraba, una y otra vez—. Nunca dejes la mochila.

Kira pensó un momento y luego se alejó, a unos seis metros del otro lado del carrito. Era suficiente distancia como para que él pudiera tomar sus pertenencias sin acercarse demasiado a ella. El hombre se abalanzó y se desplomó sobre la mochila, abrazándola y llorando, y Kira volvió a mirar alrededor en busca de una emboscada, de francotiradores en las ventanas u otros hombres que vinieran por la calle. Parecía

estar completamente solo. *¿Qué está pasando aquí? ¿Es posible que este sea el hombre que tan difícil resulta rastrear, el que puso trampas tan astutas que ni los Parciales pudieron descubrirlas?*

Pero el hombre no parecía deseoso de hablar más que de la mochila, de modo que ella se concentró en eso.

—¿Qué llevas ahí?

—Todo —respondió, sin levantar la vista.

—¿Tu comida? ¿Tus armas?

—No tengo armas —dijo, con firmeza, al tiempo que negaba con la cabeza—. No tengo armas. No soy combatiente, no puedes dispararme, no tengo armas.

—¿Comida, entonces? —preguntó Kira, mientras daba un pasito hacia adelante.

—¿Tienes hambre? —dijo él, levantando la cabeza; pareció animarse al oír la pregunta.

—Un poco —asintió. Hizo una pausa y luego señaló su propia mochila—. Tengo frijoles, si quieres, y una lata de piñas que encontré en una farmacia.

—Tengo mucha piña —respondió el hombre, mientras se ponía de pie lentamente. Se limpió las manos y se cargó la mochila al hombro—. Lo que más me gusta es la ensalada de frutas: con piñas, peras y fresas. Ven a mi casa y te mostraré.

—A tu casa —repitió Kira, recordando los cráteres. Ahora, más que nunca, estaba segura de que ese hombre no era un Parcial; más bien, parecía un niño gigante—. ¿Quién más está allá?

—Nadie, nadie más. No soy combatiente, no puedes dispararme. Comeremos ensalada de frutas en mi casa.

Ella lo pensó un momento más y, finalmente, aceptó. Si aquello era una trampa, era la más extraña que hubiera visto. Extendió la mano como para estrechar la de él.

—Me llamo Kira Walker.

—Yo me llamo Afa Demoux —dijo. Y puso la jarra caída en el carro, recogió su bomba de agua y empezó a empujar todo de regreso a la casa—. Tú eres Parcial y yo soy el último ser

humano sobre la Tierra.

La casa de Afa resultó ser un viejo estudio de televisión, suficientemente antiguo como para contener equipos anteriores a los computarizados. Kira había hecho excursiones de rescate en varios estudios de noticieros en Long Island, y sus sistemas eran extraños pero pequeños: cámaras, cables y algunos equipos computarizados que enviaban todo a la nube. Este edificio también tenía todo eso (seguramente todos los estudios de televisión tenían lo mismo, dada la obsesión del viejo mundo con la Internet), pero además había aparatos más antiguos: amplias consolas mezcladoras manuales, una sala con transmisores misteriosos que enviaban todo al cielo, donde lo captaban antenas remotas, en lugar de viajar directamente por los enlaces satelitales. Por eso el edificio aún conservaba aquella antena enorme, y por eso Afa vivía allí. Kira se enteró de eso porque él se lo contó, una y otra vez, durante casi una hora.

—La nube se cayó —dijo nuevamente—,

pero las radios no la necesitan; es un sistema de comunicación de punto a punto. Lo único que se necesita es una radio, una antena y suficiente electricidad para hacerlas funcionar. Puedo transmitir a quien quiera, y ellos a mí, y no precisamos de una red ni de una nube ni de nada. Con una antena grande como esta, puedo transmitir al mundo entero.

—Qué bueno —comentó Kira—, pero ¿con quién hablas? ¿Quién está allá afuera?

Tenía que haber más sobrevivientes, no solo los de Long Island. Ella siempre había tenido esa esperanza, pero nunca se había atrevido a creerlo.

Afa negó con su cabeza ancha y de tez oscura, con una espesa barba negra salpicada de canas. Kira supuso que sería polinesio, pero no conocía las islas individuales tan bien como para adivinar de cuál provenía.

—No hay nadie más —respondió—. Soy el último ser humano sobre la Tierra.

Sí vivía solo; eso, al menos, era verdad. Había convertido el estudio de televisión en una

intrincada madriguera de equipos: generadores, radios portátiles, reservas de comida, explosivos y pilas y pilas de papeles. Tenía cientos de legajos y carpetas, atados de recortes de periódicos sujetos con cordeles, cajas de papeles impresos amarillentos, junto a más cajas de recortes, recibos y documentos certificados. Había gruesas carpetas atiborradas de fotos, algunas brillantes, otras impresas en papeles de oficina ajados; más fotos sobresalían de las cajas o de otras habitaciones; había oficinas enteras llenas del piso al techo con archivos y gabinetes, y siempre, por todas partes, más fotos de las que Kira había imaginado jamás. Las pocas paredes que no estaban llenas de gabinetes, estanterías con libros y cajas apiladas estaban empapeladas con mapas: del estado de Nueva York y otros estados, de Estados Unidos, de la alianza NADI, de China, Brasil y del mundo entero. Los mapas estaban cubiertos por una densa red de tachuelas, cuerdas y banderitas metálicas torcidas. Kira se mareó de solo mirar eso; y todo el tiempo sobre cada

superficie, y hasta crujiendo bajo los pies, había papeles y más papeles que definían y delimitaban la vida de Afa.

Kira apoyó su lata de ensalada de frutas y volvió a indagarlo.

—¿Qué haces aquí?

—Soy el último ser humano sobre la Tierra.

—Hay más en Long Island. ¿Qué dices de ellos?

—Son Parciales —respondió enseguida, con un gesto de la mano como descartando la idea—. Todos Parciales. Está todo aquí, en los archivos.

Hizo un gesto ampuloso, como si esos papeles desordenados fueran la prueba irrefutable de una verdad universal. Ella asintió, irracionalmente agradecida por aquel rasgo de enajenación; la primera vez que la había llamado Parcial, la había asustado y perturbado mucho. Afa había sido el primer humano en decirle esas palabras y la acusación, el conocimiento de que alguien lo supiera y llegara a decirlo, la había sacudido hasta lo más profundo. Pero saber que

el hombre deliraba al creer que todos los que quedaban en el mundo eran Parciales lo hacía más fácil de sobrellevar.

Volvió a presionarlo, con la esperanza de que, al hacerle preguntas más específicas, sus respuestas también lo fueran.

—Trabajabas en ParaGen, ¿no?

Afa se detuvo, la miró fijamente y su cuerpo se puso tenso; luego siguió comiendo con despreocupación forzada. No respondió.

—Vi tu nombre en una puerta en la oficina de ParaGen. De allí trajiste algunos de estos equipos —insistió, y señaló las hileras de computadoras y monitores—. ¿Para qué son?

Él no respondió, y Kira hizo otra pausa para observarlo. Algo no andaba bien en el cerebro de aquel hombre, de eso estaba segura: había algo en su forma de moverse, de hablar y hasta de sentarse. No pensaba con la misma rapidez, o al menos no de la misma manera, que nadie que ella hubiera conocido. ¿Cómo había logrado sobrevivir? Era cauto, sin duda, pero solo para ciertas cosas; su hogar estaba milagrosamente

bien defendido, lleno de trampas ingeniosas y medidas de seguridad para mantenerse oculto y a su equipo a salvo, pero por otro lado, había salido a la calle desarmado. *La mejor explicación, se dijo Kira, es que haya alguien más con él. Por lo que he visto no es capaz de defenderse, y de ninguna manera podría montar todos esos equipos. Es como una criatura. Tal vez quien está a cargo en esta casa lo usa como asistente.* Pero por más que lo intentara, no pudo ver ni oír a nadie más en el edificio. Quienquiera que fuera, sabía esconderse muy bien.

Es obvio que no quiere hablar de ParaGen, de modo que necesito probar otra táctica. Vio que él estaba mirando su lata de ensalada de frutas a medio comer y se la ofreció.

—¿Quieres el resto?

El hombre la tomó con avidez.

—Tiene cerezas.

—Sí, así es. ¿Te gustan las cerezas?

—Claro que me gustan. Soy humano.

Kira estuvo a punto de reír, pero logró contenerse. Conocía a muchos humanos que detestaban las cerezas. El hecho de compartir la fruta pareció apaciguar el nerviosismo que había causado al mencionar a ParaGen, así que probó suerte con otro tema.

—Eres muy valiente al salir de noche —dijo—. Hace algunas noches, me atacó una cosa inmensa; apenas pude salvarme.

—Solía ser un oso —respondió Afa, con la boca llena de ensalada de frutas—. Hay que esperar hasta que cace algo.

—¿Qué pasa cuando caza algo?

—Se lo come.

—Bueno, sí, pero ¿por qué hay que esperar eso? ¿A qué te refieres?

—Si está comiendo algo, no tiene hambre —respondió, con la mirada clavada en el suelo—. Espera hasta que coma, y luego sal a buscar agua mientras está ocupado. Así no te comerá. Pero nunca olvides llevar la mochila —agregó, señalando hacia adelante con la cuchara—. Jamás dejes la mochila.

Kira se maravilló por la simplicidad del plan, pero aun así, la respuesta le suscitó varias preguntas más. ¿Cómo sabía cuándo el monstruo había comido? ¿Qué significaba que «solía ser» un oso? ¿Por qué era tan importante la mochila? ¿Y quién le había indicado esas estrategias? Decidió plantear esta última pregunta, pues le pareció la mejor oportunidad para volver a abordar el tema.

—¿Quién te recomendó que no dejaras la mochila?

—Nadie me lo dijo —respondió—. Soy humano. Nadie está a mi cargo, porque soy el único que queda.

—Es obvio que nadie está a tu cargo —dijo Kira, frustrada porque la conversación seguía en círculos—, pero ¿y tu amigo? ¿El que te advirtió que nunca perdieras la mochila?

—No tengo amigos —respondió Afa, meneando la cabeza de un modo extraño que le sacudió también todo el torso—. No tengo amigos. Soy el último.

—¿Hubo otros antes? ¿Otras personas

contigo, aquí en la casa?

—Solo tú.

La voz de Afa cambió al decirlo, y a Kira se le ocurrió que era muy probable que hubiera estado completamente solo, y que ella fuese la primera persona con quien hablaba en años. Quienquiera que lo hubiese salvado y le hubiese enseñado a sobrevivir, quien hubiera montado esta estación radial y las demás, y las había protegido con explosivos, probablemente había muerto hacía mucho tiempo, por causa de los Parciales, de algún animal salvaje, por enfermedad o accidente y había dejado a aquel niño de cincuenta años solo en las ruinas. *Por eso dice que es el último*, pensó. *Vio morir a los demás.*

—¿Los echas de menos? —le preguntó con voz suave y tierna.

—¿A los humanos? —se encogió de hombros y su cabeza rebotó sobre sus hombros—. Ahora hay más silencio. Me gusta el silencio.

Kira se recostó en su asiento, dubitativa.

Todo lo que decía Afa la confundía más, y se sentía más lejos que antes de comprender su situación. Lo más confuso de todo era el nombre en la puerta de ParaGen: Afa Demoux había tenido una oficina, una con su nombre, y ParaGen no le parecía la clase de lugar que daría una oficina a una persona mentalmente discapacitada solo para entretenerla. Para haber trabajado allí tenía que haber hecho algo o haber sido alguien importante.

¿Qué decía el cartel? Se esforzó por recordar, y asintió cuando la palabra acudió a su mente: TI. *¿Sería una broma? «Esta oficina es para TI».* Tal vez eso explicaría por qué no quería hablar de ParaGen. Pero no, no tenía sentido. Nada de lo que sabía Kira sobre el viejo mundo sugería esa clase de conducta, al menos no de manera tan oficial en una gran corporación. Las letras de la puerta tenían que significar otra cosa.

Observó el rostro de Afa mientras terminaba de comer, tratando de adivinar su estado emocional. ¿Podría tocar el tema de

ParaGen otra vez, o acaso él se quedaría callado como antes? Quizá si no mencionara a la compañía y solo le preguntara por las letras...

—Parece que sabes mucho sobre... T-I —observó Kira, e hizo una mueca con la esperanza de que no fuera una pregunta tonta, o peor, insultante. Los ojos de Afa se iluminaron, y ella sintió la emoción del éxito.

—Yo era director de TI —respondió—. Hacía de todo; no podían hacer nada sin mí —dijo, y esbozó una amplia sonrisa, al tiempo que señalaba todas las computadoras que había en la habitación—. ¿Ves? Sé todo sobre computadoras. Todo.

—Es fantástico —exclamó ella, conteniendo apenas una gran sonrisa. Por fin estaba llegando a algo. Decidió avanzar—. Cuéntame más sobre... T-I.

—Hay que saber cómo funciona todo —dijo—. Hay que saber dónde está todo; algunas cosas están en la nube y otras, en los discos, pero no todos funcionan sin electricidad. Por eso tengo los Zobles en el techo.

—Los paneles solares —dijo Kira, y él asintió.

—Zobles y Hufongs, aunque estos son más difíciles de encontrar, y se rompen mucho. Convertí los generadores de la sala C en condensadores para almacenar más electricidad de los Hufongs, y resisten por un tiempo, pero hay que mantenerlos andando para que no se queden sin energía. Ahora bien —dijo, inclinándose hacia adelante y haciendo ademanes con las manos—, con la clase correcta de electricidad se puede acceder a cualquier disco que se necesite. La mayoría de los que tengo aquí son de estado sólido, pero los grandes, los de aquel rincón, son servidores basados en discos; usan mucha más electricidad, pero se puede almacenar mucho más, y allí está la mayoría de las secuencias.

Siguió hablando, con más rapidez y entusiasmo que antes. El caudal de información tomó por sorpresa a Kira, que entendía casi todas las palabras pero solo la mitad de los conceptos. Era obvio que estaba hablando de los

registros digitales y de las distintas maneras en que se almacenaban y se accedía a ellos, pero hablaba tan rápido, y Kira tenía tan pocos conocimientos sobre el tema, que la mayor parte se le escapaba.

Lo que más le llamó la atención fue el súbito, casi asombroso dominio que tenía del tema. Ella había dado por sentado que era lento, demasiado infantil para hacer otra cosa más que ir a buscar agua a pedido de otra persona, pero ahora veía que su primera impresión había sido totalmente errónea. Afa tenía sus peculiaridades, sí, y Kira no dudaba de que había algo que no le funcionaba bien, pero al menos en un tema el hombre era brillante.

—Un momento —pidió, levantando las manos—, espera, vas demasiado rápido. Empieza por el principio. ¿Qué significa T-I?

—Tecnología Informática —respondió Afa—. Yo era director de TI. Le daba mantenimiento a las computadoras de todos, instalaba los servidores, mantenía la seguridad en la nube y veía todo lo que pasaba en la red

—se inclinó hacia adelante y la miró fijamente, al tiempo que clavaba un dedo en el piso—. Yo vi *todo*. Vi cómo pasó todo —se recostó hacia atrás y abrió los brazos, como para abarcar en un gesto toda la habitación, quizá todo el edificio—. Lo tengo todo aquí, casi todo, y voy a demostrárselo a todos, y van a conocer la historia. Van a saber exactamente cómo ocurrió.

—¿Cómo ocurrió qué?

—El fin del mundo —respondió Afa. Tragó saliva y su rostro enrojeció, mientras seguía hablando a toda velocidad, sin detenerse a tomar aliento—. Los Parciales, la guerra, la rebelión, el virus. Todo.

Kira asintió, tan entusiasmada que empezó a sentir un cosquilleo en los dedos.

—Y ¿a quién vas a contárselo?

Afa se puso serio y dejó caer los brazos a los costados.

—A nadie —respondió—. Soy el último ser humano vivo.

—No, no es así —dijo ella con tono firme—. Hay toda una comunidad en Long Island;

quedan casi treinta y seis mil humanos y quién sabe cuántos más en otros continentes. *Tiene* que haber más. ¿Y yo?

—Eres Parcial.

La acusación volvió a hacerla sentir incómoda, especialmente porque no podía refutarla con una negación absoluta. Probó dar un rodeo.

—¿Cómo sabes que soy Parcial?

—Los humanos no vienen a Manhattan.

—Tú estás aquí.

—Ya estaba aquí antes; es diferente.

Kira apretó los dientes, atrapada en los argumentos circulares y autorreferenciales de Afa.

—Entonces, ¿por qué me dejaste entrar a tu casa? —le preguntó—. Si los Parciales son tan malos, ¿por qué confías en mí?

—Los Parciales no son malos.

—Pero... —frunció el ceño, exasperada por sus respuestas simples y desapasionadas, que no parecían tener sentido—. Estás aquí solo. Te escondes, te proteges como loco, vuelas tus

estaciones de radio cada vez que alguien se acerca demasiado. Tienes una comunidad enorme al este y otra al norte, y no te acercas a ninguna de las dos. Si los Parciales no son malos, ¿por qué te mantienes aislado?

A Kira se le ocurrió, mientras lo decía, que la pregunta se aplicaba también a ella. Llevaba meses allí sola, evitando a Parciales y humanos por igual.

Evitándolos, no, se dijo: salvándolos. Salvando a ambos. Pero aun así la idea le molestó.

Afa raspó la lata para sacar los últimos trocitos de fruta que quedaban.

—Me quedo aquí porque me agrada el silencio.

—Te agrada el silencio —repitió ella y rio, más por impotencia que por diversión. Se puso de pie, se desperezó y se frotó los ojos—. No lo entiendo, Afa. Recolectas información que quieres pero no la muestras; vives en una radio enorme, pero no te gusta hablar con la gente. A propósito, ¿para qué tienes radios? ¿Es parte de

tu colección de información? ¿Solo tratas de saberlo todo?

—Sí.

—Y ¿no se te ocurrió que quizá alguien podría beneficiarse con toda esa información que estás acumulando?

—Ahora tengo que irme a dormir —dijo él, al tiempo que se levantaba.

—Espera —pidió Kira, avergonzada por haberlo incomodado. Había estado discutiendo con el brillante director de TI, casi gritándole de frustración, pero ahora volvía a estar frente al niño, torpe y lento, una mente diminuta en un cuerpo de gigante. Suspiró y se dio cuenta de lo cansada que se sentía ella también—. Perdóname, Afa. Lamento haberme alterado.

Extendió la mano hacia la de él, vacilante, mientras lo miraba a los ojos. Nunca se habían tocado; Afa siempre mantenía cierta distancia con timidez, y Kira reparó en que hacía semanas que no tocaba a nadie, ni un solo contacto humano. Y, si entendía la situación correctamente, él no había tocado a nadie en

muchos años. La mano de Kira se detuvo sobre la de él, y vio en sus ojos la misma mezcla de temor y anhelo que ella misma sentía. Bajó la mano y la apoyó sobre los nudillos de Afa, que dio un ligero respingo pero no se apartó. Kira sintió la presión de sus huesos, la carne blanda, la textura apergaminada de su piel, el ritmo tibio de su pulso.

Kira sintió una lágrima en el rabillo del ojo y parpadeó para quitarla. Afa se puso a llorar como un niño perdido, y ella lo abrazó. Él también la abrazó con fuerza, sollozando como una criatura, casi aplastándola con sus enormes brazos, y Kira dio rienda suelta a sus propias lágrimas. Lo palmeó suavemente en la espalda para calmarlo, deleitándose con la mera presencia de otra persona, real, cálida y viva.

CAPÍTULO DIEZ

Marcus corrió a más no poder por el bosque, tratando de no caer y de no partirse la cabeza con las ramas bajas o los postes cubiertos de enredaderas. El soldado que iba a su lado se desplomó de pronto, y se le tiñó la espalda de rojo por la bala que lo había derribado. Marcus vaciló y se volvió instintivamente para ayudarlo, pero Haru lo sujetó y lo arrastró hacia adelante, atravesando la espesura.

—Lo perdimos —gritó Haru—. ¡Sigue corriendo!

Pasaron más disparos a su lado, silbando entre las hojas y estallando contra troncos y tablas viejas. Esa parte de Long Island había sido muy boscosa incluso antes del Brote, y en

los doce años que habían pasado desde entonces, la naturaleza se había apoderado del vecindario, derribando cercas podridas, techos y paredes; y llenando los jardines y parques con nuevos retoños. Hasta las aceras y las calles estaban agrietadas y partidas por tantos meses de heladas y deshielos, y habían brotado árboles en cada brecha, rendija y resquicio.

Marcus saltó por encima de un muro de contención semiderrumbado y siguió a Haru a través de una sala tan llena de enredaderas y maleza que casi no se distinguía del mundo exterior. Esquivó un árbol joven que había brotado entre las tablas del piso, e hizo una mueca cuando otra bala Parcial pasó silbando junto a su oreja e hizo añicos el vidrio de un portarretrato que estaba unos tres metros delante de él. Haru dobló por un corredor combado y dejó caer una granada justo en la esquina; los ojos de Marcus se dilataron de terror al saltar por encima de ella, y apretó el paso con un impulso extra que no sabía que le quedaba. Salió tambaleándose por el otro lado

de la casa en el preciso instante en que la granada estallaba. Haru lo ayudó a ponerse de pie con un gruñido imperativo.

—Si están tan cerca como creo, al menos uno acaba de volar —dijo Haru, resoplando al correr—. Como sea, los que nos hayan seguido a la casa van a ir más despacio, y lo pensarán dos veces antes de seguirnos a otra.

—Sato, ¿estás bien? —se oyó con claridad una voz de mujer entre los árboles, y Marcus la reconoció como la voz de Grant, la sargento de aquel escuadrón de soldados de la Red. Haru aceleró el paso un poco más para alcanzarla, y Marcus rezongó, exhausto, mientras se esforzaba por seguirle el ritmo.

—Acabo de soltar una granada en aquella última casa —le informó Haru—. El paramédico y yo estamos bien.

—Las granadas serán divertidas, pero las vas a echar de menos cuando se terminen —le advirtió Grant.

—No fue un desperdicio —insistió Haru.

Otro soldado que iba junto a ellos se retorció

y cayó a mitad de un paso, derribado por otra bala, y Marcus se agachó involuntariamente antes de echar a correr otra vez. Llevaban casi una hora corriendo así; el bosque se había convertido en una pesadilla mortal, ajena a las reglas conocidas de causa y efecto. Los proyectiles llegaban desde cualquier parte; la gente estaba viva en un instante y muerta al siguiente, y no podían hacer otra cosa que correr.

—Tenemos que hacerles frente —dijo Haru. Estaba en mejores condiciones que Marcus, pero la fatiga era más que evidente en su voz.

Grant sacudió la cabeza en forma casi imperceptible, intentando conservar la energía mientras avanzaba.

—Ya lo intentamos, ¿te acuerdas? Perdimos a la mitad del escuadrón.

—Es que no teníamos un buen lugar para emboscarlos —insistió Haru—. Si encontramos un buen sitio, o si logramos reagruparnos con más soldados, quizá podamos terminar con ellos. Lo que sí pudimos hacer fue echar un vistazo a

sus fuerzas, y no son muchas. Somos más y conocemos mejor el terreno; tiene que haber una manera de ganarles.

Otra bala pasó cerca y Marcus ahogó un grito.

—Tienes un nivel de optimismo absolutamente reconfortante.

—Cerca de aquí hay una granja de trabajo —dijo Grant—, en un antiguo campo de golf. Allí podemos enfrentarlos.

Redoblaron sus esfuerzos, arrojando granadas aquí y allá mientras avanzaban, con la esperanza de que las explosiones erráticas disuadieran a sus perseguidores lo suficiente como para darles algunos segundos extras. Marcus vio el cartel de un campo de golf y se maravilló por la presencia de ánimo de Grant; él estaba demasiado asustado y frenético para reparar siquiera en los alrededores, mucho menos reconocerlos. Desde los árboles les llegó una voz que les ordenó detenerse, pero siguieron a toda carrera mientras Grant respondía:

—¡Nos persiguen los Parciales! ¡Mantengan

su posición y disparen!

Marcus siguió a los soldados más allá de la hilera de autos que señalaba el borde del estacionamiento, y se arrojó al suelo detrás de la camioneta más grande que encontró. Un hombre con ropa de granjero se agazapó junto a ellos, con una escopeta en la mano.

—Oímos las noticias por la radio. ¿Es verdad? —preguntó, con los ojos desorbitados por el miedo—. ¿Nos invaden?

Grant preparó su fusil de asalto, revisó el cargador y volvió a colocarlo de un golpe; al tiempo que le respondía:

—Con todo. Perdimos la base de la Red en Queens, y los puestos de guardia de la Costa Norte informan que los Parciales están desembarcando desde allí hasta Wildwood.

—¡Por Dios! —murmuró el granjero.

—¡Ya vienen! —gritó otro soldado. Grant, Haru y los demás se incorporaron, se apostaron detrás de los autos y empezaron a disparar con todo hacia los árboles. Unos diez granjeros o más, ya alertados por los informes radiales, se

les unieron con rostros serios. Marcus se puso las manos sobre la cabeza y se agachó aún más; sabía que debía ayudar, pero estaba demasiado aterrado como para moverse. Los Parciales respondieron el fuego, mientras los vehículos se sacudían con el ritmo entrecortado de los impactos de bala. Grant gritó más instrucciones, pero se interrumpió a la mitad de una palabra con un gorgoteo espantoso y cayó al suelo salpicando sangre. Marcus se acercó para ayudarla, pero estaba muerta incluso antes de tocar el suelo.

—Atrás —le ordenó Haru.

—Está muerta —dijo Marcus.

—Ya sé que está muerta, ¡atrás! —respondió, y vació su cargador contra el bosque; luego se puso a resguardo para recargar. Miró a Marcus con aire feroz—. La granja está por allá atrás, y quienes vivan ahí no son guerreros; si lo fueran, estarían con nosotros. Búscalos y aléjalos de aquí.

—Y ¿adónde los llevo? —preguntó Marcus—. Grant dijo que los Parciales están por todas

partes.

—Vayan al sur —le indicó—. Trataremos de alcanzarlos, pero llévate ya a los civiles. Vas a necesitar todo el tiempo posible.

—No bastará con ir «al sur» —protestó—. Esto no es una incursión, sino una invasión. Aunque llegemos a East Meadow, vendrán pisándonos los talones.

—¿Prefieres quedarte aquí? —preguntó Haru—. No sé si vienen a capturarnos o a matarnos, pero no me agrada ninguna de las dos opciones.

—Lo sé, lo sé —respondió Marcus. Luego echó un vistazo hacia la casa, tratando de armarse de valor para llegar hasta ella.

Haru se levantó, giró y volvió a disparar hacia los árboles.

—Esto me pasa por ofrecerme —dijo Marcus, y echó a correr hacia la granja.

CAPÍTULO ONCE

Afa durmió en una cama extra grande ubicada en el séptimo piso del edificio, en lo que parecía haber sido un vestidor. Kira lo arropó como a una criatura y luego buscó una habitación para ella; por fin encontró un estudio enorme y oscuro que tenía gradas a un lado y una pequeña sala de estar al otro. El decorado de un programa de entrevistas, supuso, aunque el logo que había en la pared del fondo no le evocó ningún recuerdo. Sabía que habían existido ese tipo de programas porque alguien había mirado uno en su casa (una niñera, quizá), pero dudaba de poder reconocer incluso el logo de ese *show*. Afa había cubierto las sillas con cajas, cada una meticulosamente rotulada, pero el sofá estaba

despejado, de modo que lo revisó por si había arañas, después extendió su bolsa de dormir y se durmió. Soñó con Marcus, y luego con Samm, y se preguntó si volvería a ver a alguno de los dos.

En el edificio no había luz natural, gracias a la insistencia lógica de Afa en usar cortinas de oscurecimiento, y en el estudio había menos luz aún, pero Kira llevaba ya demasiado tiempo arreglándoselas sola y despertó a la hora de siempre. Llegó a tientas hasta una ventana, espío el exterior y vio la misma imagen de todas las mañanas: edificios en ruinas cubiertos de verde y teñidos de luz azul, mientras el cielo oscuro comenzaba a aclararse con el amanecer.

No oyó que Afa se hubiera levantado aún, y aprovechó para revisar algunos de los archivos, empezando por las cajas que había en el estudio. Estaban numeradas del 138 al 427, una caja por silla, y había más contra las paredes, una encima de la otra ocupaban todo el perímetro del salón. Empezó por la que estaba más cerca, la número 221, y extrajo la página de arriba, impresa con membrete militar descolorido.

«A quien corresponda», leyó. «Soy el Sargento Primero Corey Church y formé parte del Decimoséptimo Regimiento de Caballería Blindada en la Segunda Invasión Nipona». La Primera Invasión Nipona había sido una de las primeras derrotas importantes de las fuerzas de NADI en la Guerra de Aislamiento, el intento fallido del mundo de recuperar Japón de manos de una China súbitamente hostil. Kira recordaba haber estudiado sobre eso en la escuela, pero no se acordaba demasiado de los pormenores del conflicto. La Segunda Invasión Nipona era la que había dado resultado: regresaron con doscientos mil soldados Parciales y expulsaron a los Aislacionistas de vuelta al continente, con lo cual dieron el puntapié inicial a la larga campaña que finalmente puso fin a la guerra. Para eso habían fabricado al resto de los Parciales.

Siguió leyendo. Era una especie de informe de batalla, que relataba las experiencias del hombre peleando junto a los Parciales; los llamaba «nuevas armas» y decía que eran «precisos y estaban bien entrenados». Ella había

conocido a los Parciales solo como personajes temibles, los monstruos que habían destruido el mundo, e incluso habiendo conocido a Samm (y hasta sabiendo que ella misma era una especie de Parcial) le resultaba extraño que los mencionaran en forma tan positiva. Y a la vez tan clínica, como si fueran un nuevo tipo de Jeep del furriel. El sargento primero decía que parecían «insulares», que no eran muy sociables e ignoraban a los soldados humanos, pero eso no parecía un aspecto negativo; un poco ominoso, considerando su rebelión posterior, pero no amenazador ni temible en lo inmediato.

—Así empezó todo —dijo Kira en voz alta, al tiempo que dejaba el papel y tomaba otro de la misma caja. Era otro informe de combate, esta vez del sargento mayor Seamus Ogden. Hablaba de los Parciales del mismo modo, no como monstruos sino como herramientas. Leyó otro documento, y otro más, y en cada uno la actitud era la misma; no era que los consideraran inofensivos, sino que apenas les prestaban atención. Eran armas, como balas en

un cargador, que estaban allí para gastarlas, usarlas y olvidarlas.

Se acercó a otra caja, la número 302, y sacó un recorte de algo llamado *Los Angeles Times*: protesta de grupos defensores de los derechos Parciales en la escalinata del Capitolio. Debajo de ese, en la misma caja, había un recorte similar del *Seattle Times*, y debajo, otro del *Chicago Sun*. Todas las fechas eran de fines de 2064, apenas unos meses antes de la Guerra Parcial. Kira acabaría de cumplir cinco años. Obviamente los Parciales protagonizaban gran parte de las noticias de la época, pero ella no recordaba que su padre hablara de ellos; ahora que sabía que él había trabajado para ParaGen, eso era más comprensible. Si había trabajado con ellos, o incluso ayudado a crearlos, era natural que tuviera una posición distinta de la del resto del mundo; probablemente una que muy pocos compartían. *Al menos espero que haya tenido una actitud diferente*, pensó. *Si no, ¿por qué había criado a uno de ellos como su hija?* Kira también se acordaba vagamente

de su niñera y de un ama de llaves, pero ellas tampoco mencionaban nunca a los Parciales. ¿Acaso su padre les había pedido que no lo hicieran?

¿Sabrían ellas lo que Kira era en realidad?

Se volvió hacia las cajas de números más bajos, encontró la 138 y sacó el papel que estaba arriba. Era otro recorte de periódico, esta vez de la sección financiera de algo llamado *Wall Street Journal*, que describía vagamente el otorgamiento de un enorme contrato militar. En marzo de 2051, el gobierno estadounidense había contratado a ParaGen, una nueva compañía de biotecnología, para que produjera un ejército de «soldados biosintéticos». El artículo giraba en torno al costo del proyecto, las consecuencias para los accionistas y el impacto que tendría dentro de la industria biotecnológica. No mencionaba nada sobre derechos civiles, enfermedades, ni otro de los temas dominantes que habían llegado a definir el mundo previo al Brote. Solo hablaba de dinero.

Kira revisó el resto de la caja y encontró

más de lo mismo: la transcripción de una entrevista con el director financiero de ParaGen; un memorándum interno de la misma compañía acerca del nuevo contrato que la beneficiaba; una revista llamada *Forbes* con el logo de ParaGen en la portada, delante de la silueta de un Parcial armado. Hojeó la revista y vio un artículo tras otro sobre dinero, sobre las tecnologías que se usaban para hacer más dinero, sobre todas las maneras en que la Guerra de Aislamiento, a pesar de ser «una terrible tragedia», ayudaría a la economía estadounidense. Dinero, dinero, dinero.

En la sociedad de East Meadow el dinero tenía su lugar, pero era muy pequeño. Casi todo lo que necesitaban era gratis: si uno quería una lata de comida, un par de pantalones, un libro, una casa, lo que fuera, solo costaba el esfuerzo de salir a buscarlo. El dinero se usaba casi exclusivamente para comprar alimentos frescos, como el trigo de las granjas y el pescado de los pueblos costeros, es decir, cosas para las cuales había que trabajar, y aun así, casi todas esas

cosas se intercambiaban por otras en el mercado mediante un sistema de trueque. Nandita y Xochi habían desarrollado un negocio lucrativo intercambiando hierbas aromáticas por alimentos frescos, y gracias a ello Kira siempre había comido bien. El dinero en sí consistía, por lo general, solo en créditos de trabajo: vales del gobierno por el tiempo trabajado en el hospital, la recompensa por brindar un servicio esencial que no producía ningún artículo intercambiable. Le alcanzaba para tener pescado fresco y vegetales para el almuerzo, pero no mucho más. Era un aspecto secundario, casi insignificante de su vida. Los documentos de la caja 138 describían un mundo en el cual el dinero lo era todo, no solo un medio para sostener la vida, sino su propósito mismo. Trató de imaginarse feliz por la guerra con los Parciales o con la Voz, alegrándose porque de alguna manera le brindarían créditos extras, pero la idea le resultó tan ajena que rio en voz alta. Si así había funcionado el viejo mundo, si eso era lo único que les importaba, quizá fuera mejor que se hubiera acabado. Tal

vez había sido inevitable.

—Eres real —dijo Afa.

Kira dio media vuelta, sobresaltada, y escondió la revista a su espalda, sintiéndose culpable. ¿Se enojaría con ella por revisar sus archivos?

—¿Dijiste que soy...? —hizo una pausa—, ¿real?

—Pensé que te había soñado —respondió Afa, al tiempo que entraba arrastrando los pies. Se detuvo junto a una de las cajas y la revisó al pasar, casi como si acariciara a un animal—. Hacía tanto tiempo que no hablaba con nadie, y anoche había una persona en mi casa, y pensé que lo había soñado, pero sigues aquí —asintió—. Eres real.

—Sí, soy real —le aseguró, y devolvió la revista a la caja 138—. Estaba admirando tu colección.

—Tiene todo... casi todo. Hasta videos, pero no en esta sala. Tengo toda la historia.

Ella avanzó hacia él, preguntándose durante cuánto tiempo estaría dispuesto a hablar esta

vez.

—La historia de la Guerra Parcial —dijo—, y del Brote.

—Eso es solo una parte —dijo Afa, mientras levantaba dos pilas de papeles engrapados, examinaba sus propias anotaciones en las esquinas superiores y volvía a acomodarlas en la caja—. Esta es la historia del fin del mundo, del apogeo y la caída de la civilización humana, de la creación de los Parciales y la muerte de todo lo demás.

—¿Y lo leíste todo?

Afa volvió a asentir, con los hombros caídos, mientras iba de una caja a otra.

—Todo. Soy el único ser humano del planeta.

—Supongo que es comprensible, entonces —dijo Kira. Se detuvo junto a una caja, la 341, y sacó una especie de informe del gobierno; algo que parecía un mandato judicial, con un sello redondo en la esquina. Quería respuestas, pero sin presionarlo ni asustarlo al mencionar algo que él no quisiera recordar. *Por ahora lo haré*

genérico—. ¿Cómo encontraste todo esto?

—Yo trabajaba en las nubes —respondió, y de inmediato se corrigió—, en la nube. Vivía allá arriba. Podía ir a cualquier lugar y encontrar cualquier cosa —señaló una caja con recortes polvorientos—. Era como un pájaro.

Vi tu nombre en ParaGen, quería volver a decirle. *Sé que tienes información sobre el Consorcio, sobre el RM, la fecha de vencimiento, lo que soy*. Hacía mucho tiempo que buscaba esas respuestas, y ahora las tenía delante, divididas en cajas y atrapadas en un cerebro endeble. *¿Será solo por la soledad? Tal vez su mente funciona bien, pero hace tanto tiempo que no habla con nadie que olvidó cómo interactuar con la gente*. Quería sentarlo y hacerle mil preguntas, pero ya había esperado tanto que podía esperar un poco más. *Gánatelo, no lo asustes, ponlo de tu lado*.

Leyó un poco del escrito judicial que tenía en la mano, algo acerca de que las palabras «Nación Parcial» se declaraban señal de apoyo al terrorismo. Los estudiantes no podían decir las

ni escribirlas en las escuelas, y quien se arriesgara a usarlas en graffittis era susceptible de enjuiciamiento por ser una amenaza para la seguridad nacional.

—Tienes mucho sobre los últimos días antes de la guerra —observó—. Veo que trabajaste bastante para reunir todo esto. ¿Tienes algo...? —hizo una pausa, casi demasiado cauta para preguntar. Quería saber sobre el Consorcio, que Samm le había dado a entender que era parte de la dirigencia Parcial, pero le preocupaba la posibilidad de que, si se lo preguntaba directamente, como había hecho con ParaGen, Afa volviera a cerrarse—. ¿Tienes algo sobre los Parciales en sí? ¿Sobre cómo están organizados?

—Son un ejército. Están organizados como un ejército —respondió desde el suelo, estaba mirando dos de las cajas y sus papeles; cada tres o cuatro cajas, fruncía el ceño y pasaba a la siguiente.

—Sí —dijo Kira—, pero me refiero a sus líderes... los generales. ¿Sabes dónde están

ahora?

—Este murió —dijo, levantando un papel y sin apartar la vista de las cajas. Kira se acercó a él y lo tomó con cuidado: era un artículo del *New York Times*, como algunos de los que había visto antes, pero impreso de un sitio web en lugar de recortado de un periódico de verdad. El título decía: hunden flota del atlántico norte en lower bay.

Kira levantó la vista, sorprendida.

—¿Hundieron una flota Parcial?

—Los Parciales no tenían armada —respondió Afa, sin dejar de ordenar sus papeles—. Era una flota humana y la hundió la Fuerza Aérea Parcial frente a la costa de Brooklyn. Fue el ataque militar más grande de la guerra, en represalia por la muerte del general Craig. Tengo uno sobre él, también.

Levantó otra página, y ella se la arrebató para leer la información: «El general Scott Craig, líder de la revuelta Parcial y portavoz del movimiento por los derechos de los Parciales, fue asesinado anoche en un golpe audaz de

comandos humanos...».

—¿Lo matamos?

—Era una guerra.

—Y luego ellos destruyeron toda una flota —contó los barcos que mencionaba el artículo, un conjunto inmenso que se dirigía al norte para atacar la concentración de fuerzas Parciales en el estado de Nueva York. Los barcos llevaban pocos hombres, pues sus tripulaciones ya habían sido devastadas por la peste—. Veinte barcos, y simplemente... mataron a todos los que iban en ellos.

—Era una guerra —repitió Afa, al tiempo que le quitaba los papeles de las manos y volvía a guardarlos en la caja.

—Pero no tenía por qué serlo —dijo Kira, siguiéndolo por la sala—. Los Parciales no querían matar a todos; tú mismo dijiste que no eran malos. Querían la igualdad, querían hacer una vida normal, y podrían haberla hecho sin matar a esos miles de tripulantes.

—Mataron a miles de millones —repuso Afa.

—¿Estás seguro? —le preguntó Kira, en tono apremiante—. Tienes todos estos documentos y artículos y todo lo demás... ¿tienes algo sobre el RM? ¿Algo que diga de dónde vino?

—Soy el último ser humano del planeta —respondió en voz alta, apurando el paso para que ella no lo alcanzara, y Kira se dio cuenta de que prácticamente le había gritado. Se apartó y se obligó a tranquilizarse; Afa debía tener algo sobre el virus, pero ella jamás podría encontrarlo sin su ayuda. Tenía que mantenerlo en calma, y a sí misma también.

—Perdóname —le dijo—. Lamento haberte gritado. Estoy muy... —respiró hondo para serenarse—, estoy buscando algunas respuestas muy importantes, y tú las encontraste, y me entusiasmé demasiado.

—Sigues siendo real —dijo Afa, retirándose a un rincón—. Sigues aquí.

—Estoy aquí y soy tu amiga —le dijo, suavemente—. Tú has hecho algo increíble; encontraste toda la información que necesito.

Pero no conozco tu sistema, no sé cómo está organizado. ¿Podrías, por favor, ayudarme a encontrar lo que busco?

—Tengo todo —dijo, con voz suave; subiendo y bajando la cabeza—. Tengo casi todo.

—¿Puedes decirme quién creó el RM? —preguntó; apretando los puños, obligándose a no levantar la voz ni parecer agresiva.

—Eso es fácil —respondió Afa—. Fue el Consorcio.

—Sí —dijo Kira, asintiendo con avidez—, el Consorcio. Continúa. El Consorcio es la dirigencia de los Parciales, los generales, los almirantes y las personas que tomaban las decisiones, ¿no es así? ¿Dices que ellos lo crearon?

Eso era todo lo contrario de lo que le había dicho Samm: él había insistido en que los Parciales no habían tenido nada que ver, pero Kira había sospechado que era mentira; no una mentira de él, sino de sus superiores. Si llevaban en el aliento la cura del RM, fabricada en sus

propios cuerpos, entonces era innegable que había una conexión entre los Parciales y el virus. Era fácil llegar a la conclusión de que ellos lo habían creado y liberado.

Sin embargo, Afa negó con la cabeza.

—No, el Consorcio no es la dirigencia Parcial; ni siquiera está formado por ellos. Son los científicos que crearon a los Parciales.

Kira quedó boquiabierta por el asombro.

—¿Los científicos? ¿ParaGen? ¿Humanos?

Afa asintió.

—Los generales Parciales aún siguen al Consorcio, no sé por qué. De ellos reciben todas sus órdenes.

—El Consorcio —dijo Kira, con dificultad—. El Consorcio creó el RM.

Afa asintió una vez más; no dejaba de hacerlo, y todo su cuerpo se mecía lentamente hacia adelante y hacia atrás.

—Entonces quienes destruyeron a la humanidad eran... humanos —concluyó Kira, y buscó a tientas una silla; al darse cuenta de que estaban todas llenas de cajas, se sentó

pesadamente en el suelo—. Pero... ¿por qué?

—Lo sé todo —dijo Afa, sin dejar de mecerse—. Lo sé *casi* todo.

CAPÍTULO DOCE

Kira se quedó mirando a Afa.

—¿Cómo que lo sabes *casi* todo?

—Nadie lo sabe todo.

—Lo sé —dijo, esforzándose por evitar que su temperamento se inflamara—. Ya sé que no lo sabes *todo*, pero es que aquí hay tanto... —levantó un puñado de hojas impresas de la caja más cercana y las sacudió, sujetándolas con fuerza—. Tienes cientos de cajas solo en esta sala, y más en todo el edificio. Hay archivos en todas las habitaciones, en los armarios de los pasillos y unas veinte computadoras rescatadas en la sala donde cenamos anoche. ¿Cómo puede ser que tengas tanto, toda la historia de los Parciales, y nada sobre la gente que los creó?

—Tengo algunas cosas —dijo Afa, levantando la mano. Se apartó del rincón y se dirigió a la puerta más cercana con un trotecito torpe—. Tengo algunas cosas en mi mochila... Nunca debo dejar mi mochila —salió corriendo al pasillo y gritó por encima del hombro, mientras ella lo seguía de cerca—, nunca debo dejar mi mochila. Allí está todo.

Kira lo alcanzó en la cafetería, el laboratorio de informática improvisado donde habían cenado la noche anterior. Afa se agachó frente a su enorme mochila y abrió la cremallera; al hacerlo, dejó al descubierto gruesos fajos de papeles.

—¿Eso tienes en la mochila? ¿Más papeles?

—Los más importantes —respondió él, asintiendo—. Todas las claves de la historia, los pasos más grandes, los personajes más importantes —sus dedos examinaron las hojas con la velocidad del rayo, guiados por una evidente familiaridad—. Y los personajes más importantes de todos eran los del Consorcio —extrajo una carpeta color café y la levantó en el aire con un ademán aparatoso—. El Consorcio.

Kira tomó el legajo con el mismo cuidado con que habría tocado a un bebé en la vieja sala de maternidad. Era fino, tendría unas veinte o treinta hojas; patéticamente fino en comparación con la enorme cantidad de papeles que hinchaban la mochila. Al abrirlo, vio que la primera hoja era una impresión de correo electrónico, enmarcada por capas de símbolos sin sentido. En el encabezado estaba el nombre que no se había atrevido a esperar:

Armin Dhurvasula.

Armin.

Su padre.

El mensaje estaba fechado el 28 de noviembre de 2051, y la lista de destinatarios era ilegible: otra serie de símbolos al azar. Lo leyó, sin aliento:

—«Bien, es oficial. El gobierno ha enviado una orden de compra por 250.000 BioSintes 3. Vamos a construir el ejército que acabará con el mundo» —miró a Afa—. ¿Él lo sabía?

—Sigue leyendo —le dijo. Ahora estaba más lúcido que antes, como si el tema que tanto

conocía le hubiera rejuvenecido la mente.

—«Un cuarto de millón de soldados» — prosiguió Kira—. «¿Tienen idea de lo ridículo que es eso? Toda una ciudad pequeña de seres completamente nuevos, no humanos técnicamente, pero aun así inteligentes, conscientes de sí mismos, capaces de tener sentimientos humanos. Una cosa era cuando hicimos algunos miles de Perros Guardianes, pero esta es una nueva especie humanoide» — aquellas eran las palabras de su propio padre. Tuvo que esforzarse por no llorar mientras las leía—. «El gobierno, y hasta nuestra propia junta directiva, habla de ellos como de productos, pero no es así como los verá la sociedad, y tampoco ellos se verán así. En el mejor de los casos estamos regresando a los peores excesos de la gente Parcial y la esclavitud humana. En el peor, estamos haciendo que los seres humanos queden completamente obsoletos».

Kira negó con la cabeza, con la mirada clavada en el papel.

—¿Cómo podía él saber todo esto? ¿Cómo

pudo saberlo y no hacer nada para evitarlo?

—Sigue leyendo —insistió Afa, y ella se tragó las lágrimas.

—«No sé dónde va a terminar todo esto, pero sé que no hay nada que podamos hacer para impedir que comience. El mecanismo ya está en marcha, las tecnologías ya se han probado, Michaels y el resto de la junta podrían hacerlo con o sin nosotros. No podemos evitarlo, pero sí podemos hacer algo para darle un giro. No quiero decir nada más, ni siquiera en un servidor encriptado. Nos reuniremos esta noche a las nueve en el Edificio C. En mi oficina. Lo primero que haremos será averiguar con exactitud en quién podemos confiar».

Kira se quedó callada; leyó y releyó el mensaje hasta que las palabras parecieron desdibujarse y perder el sentido. Sacudió la cabeza.

—No entiendo.

—Es la primera vez que aparece la palabra —dijo Afa, al tiempo que se ponía de pie y señalaba la última oración—. Dijo que tenían

que averiguar en quién confiar. Por lo que pude deducir, esa noche, en esa reunión secreta, formaron el grupo y empezaron a usar la palabra *Confianza* como clave de *Consortio*.

—Dice que trataban de darle un giro —observó Kira—. ¿Qué significa eso? ¿Estaban intentando modificar los planes para los Parciales? ¿O a los Parciales mismos?

—No lo sé —respondió Afa, quitándole el legajo de la mano. Se sentó y comenzó a acomodar los papeles en el suelo—. Todo lo que hacían estaba encriptado, por eso usaron esa jerga aquí arriba, y aquí abajo. Descifré lo que pude, pero eran muy cuidadosos —acomodó otra impresión con esmero en el suelo frente a él—. Esta es la siguiente, aunque no dice mucho. Supongo que está en código, pero no en uno informático; si no, habría podido descifrarlo. Se enviaban palabras y frases en clave para poder hablar sin que sus jefes los entendieran.

Kira se sentó frente a él y tomó el documento. Era otro correo electrónico, también de su padre, pero esta vez hablaba sobre los

espacios en el estacionamiento de la compañía. Afa había marcado varias palabras con círculos: *Confianza. Paralelo. Seguro.*

—¿Qué significan estas palabras?

—Estoy bastante seguro de que «Paralelo» era el nombre de su plan —respondió Afa—. Lo que empezaron a elaborar aquella noche. O quizá un segundo plan, pensado para ser desarrollado en forma paralela al primero. No sé muy bien lo del «Seguro», porque hablan de eso de distintas maneras: a veces tratan de crear algo llamado «Seguro», y otras veces parece que intentan evitarlo, y no logro descubrir qué es.

—Entonces, ¿qué dice este mensaje?

Afa se lo quitó de las manos y tocó algunas de las palabras marcadas.

—Si lo he descifrado bien, están diciendo que el plan está en marcha y han empezado a trabajar en el Seguro, y que necesitan mantener un perfil bajo y esperar antes de volver a reunirse —se encogió de hombros—. No puedo leer más que eso. Soy el último ser humano

vivo.

Ella asintió, al percibir por esa frase que el momento de lucidez de Afa estaba pasando; en pocos minutos volvería a mascullar como antes. Kira lo presionó, tratando de averiguar algo más antes de que eso pasara.

—¿Dónde encontraste esto?

—Lo bajé de la nube. Estaba encriptado, pero yo conocía la mayoría de las claves.

—Porque trabajabas en ParaGen —agregó Kira, y contuvo el aliento, rogando que Afa no se cerrara al oír eso. Él se detuvo, inmóvil, y Kira apretó el puño con desesperación.

—Yo era director de TI en la oficina de Manhattan —respondió, y ella suspiró, aliviada—. Hacía años que venía observando crecer esto, de una pieza a la siguiente. No sabía adónde llegaría todo. No sabía hasta dónde.

—Conseguiste esto en las computadoras de la oficina —dijo Kira, mirando las hileras de máquinas que llenaban la cafetería—. ¿Hay algún modo de conseguir el resto?

—No está en estas computadoras —

respondió Afa, meneando la cabeza—. Está en las nubes —se corrigió, y Kira vio que otra brecha en su comprensión empezaba a agrandarse—; en la nube. En la red. ¿Sabes cómo funciona la nube?

—Cuéntame.

—No es que todo esté en el cielo —dijo—. Cada dato está almacenado en una computadora, en alguna parte... una pequeña como estas, o una grande llamada *servidor*. Es como... como un terrario de hormigas. ¿Alguna vez tuviste una colonia de hormigas cuando eras pequeña?

—No —respondió ella, y le indicó con la mano que siguiera hablando—. Háblame de eso.

—Es como un montón de habitaciones, y muchos caminos que las conectan entre sí. Podías hacer algo en un equipo y verlo en los demás, porque la información viajaba por esos caminitos. Cada equipo tenía un camino. Pero la nube no funciona.

Afa miró el suelo y vio los papeles, como si reparara en ellos por primera vez, y empezó a

recogerlos. Estuvo callado un tiempo, y Kira volvió a hablar, tratando de ponerlo nuevamente en tema.

—Si todas estas cosas estaban en la nube, ¿cómo podemos hacerla funcionar?

—No se puede —respondió, aún con voz firme, aún «presente»—. Se acabó para siempre con la red eléctrica. La nube solo funciona si funciona cada una de sus piezas, todas las computadoras desde aquí hasta aquella con la que quieras hablar, como eslabones en una cadena. Al terminarse la electricidad, la nube se acabó con ella. Todos los caminos del terrario se llenaron, y las habitaciones ya no pueden comunicarse entre sí.

—Pero las habitaciones aún están —dijo Kira—. Los datos aún están, en una computadora en alguna parte, esperando que la encendamos. Si podemos hallarla y conectarla a un generador, tú podrías leerla, ¿verdad? ¿Conoces el sistema de archivo y el de encriptación?

—Conozco todo —respondió Afa—. Casi

todo.

—Y ¿dónde está el servidor de ParaGen? —insistió ella—. ¿Está por aquí? ¿Está en la torre de oficinas? Vayamos a buscarlo... puedo ir ahora mismo. Solo dime cómo encontrarlo.

Afa negó con la cabeza.

—La oficina de Manhattan era solo financiera. El servidor que necesitamos está demasiado lejos.

—¿En la zona salvaje? —preguntó—. Escucha, Afa, puedo ir a la zona salvaje si es necesario. Tenemos que encontrar el resto de estos registros.

—No puedo —dijo él, abrazando el legajo y con la mirada clavada en el suelo—. Soy el último ser humano vivo. Necesito mantener los archivos a salvo.

—Primero tenemos que encontrarlos —insistió Kira—. Dime dónde están.

—Soy el último humano...

—Yo estoy aquí, Afa —le dijo, tratando de regresarlo a la coherencia—. Podemos hacer esto juntos. No estás solo. Solo dime dónde está

el servidor.

—Está en Denver —respondió—. Del otro lado del continente —volvió a mirar el suelo—. Es como si estuviera del otro lado del mundo.

—... *avanzando por el LZ...*

La voz surgió de entre la estática como una ballena que sale a la superficie, en un momento de claridad antes de sumergirse nuevamente en las profundidades. La sala volvió a llenarse de ruido blanco, una docena de señales diferentes que llegaban en oleadas y se entrecortaban mutuamente en los oídos de Kira. Afa se había cerrado por completo, demasiado asustado por la conversación o por los pensamientos que esta le había evocado. Kira lo había llevado a los comercios de comida y le había dado ensalada de frutas, con la esperanza de que eso lo calmara, y lo había dejado solo para que se recuperara. Luego había revisado los archivos durante un rato, desesperada por hallar lo que

buscaba pero, sin Afa como guía, el sistema de archivo era impenetrable. Mientras exploraba, el sonido de la estática la había atraído hasta la sala de radio, y allí escuchó, con impotencia, el susurro de voces incorpóreas. En la consola brillaban luces, como tenues estrellas verdes; cientos de botones, diales e interruptores desplegados frente a ella. No los tocó.

Escuchó.

—... *en la Compañía B. No... hasta que ellos...*

—... *órdenes de Trimble. Eso no es para...*

—... *¡por todas partes! Dígale que no me importa...*

La última voz había sido humana. Kira había aprendido a reconocer la diferencia entre el tráfico radial humano y el de los Parciales, aunque no era muy difícil hacerlo: los Parciales eran más profesionales, formales y fríos en su modo de hablar. No era que carecieran de emociones, sino que no estaban acostumbrados a expresarlas verbalmente. El enlace transmitía

en forma química toda su información emocional, y sus comunicaciones radiales eran demasiado disciplinadas para necesitar emociones. Eran pragmáticos, aun en medio del combate. Y había muchos combates.

Los Parciales habían invadido Long Island.

Las voces humanas tenían un tono desesperado y asustado que al principio la había confundido. Aparecían entrecortadas en fragmentos diminutos sin sentido ni contexto. La gente de Long Island estaba tensa y aterrada, pero Kira no lograba entender por qué. Pronto comenzó a oír disparos en el fondo, los sonidos ya familiares de las balas que pasaban silbando hacia todos lados, detrás de los altavoces. ¿Era la Voz otra vez? ¿Otra guerra civil? Cuanto más escuchaba, más obvio se volvía: eran los Parciales. Habían empezado a mencionar lugares que ella conocía, ciudades que había visitado en Long Island, y el orden en el cual los mencionaban sugería un avance implacable desde la Costa Norte hacia East Meadow.

Y ella no podía hacer nada más que

escuchar.

Volvió a pensar en Afa y en lo que podría hacer para traerlo nuevamente a la normalidad. En retrospectiva, el modo en que a veces él se evadía de la realidad era comprensible: estaba solo desde hacía doce años ininterrumpidos, desde el Brote, y quizá fingir que estaba solo era la única manera de calmarse. Kira rio al ver la ironía del caso: un hombre que sabía exactamente lo que ella necesitaba saber, pero tan perdido, tan loco que ni siquiera podía hablar de eso. Las voces seguían llegando en oleadas a su alrededor.

—... *más lugar, vuelvan al...*

—... *la granja anoche, no hemos contado...*

—... *refuerzos. Consíganme a Sato...*

Kira abrió los ojos instantáneamente, pues el nombre la había arrancado de sus cavilaciones. ¿Sato? ¿Están hablando de Haru? Cuando ella se había marchado de East Meadow, él aún estaba de licencia, dado de baja de la Red con deshonor por su participación en el secuestro de

Samm. ¿Acaso lo habían reincorporado? ¿O hablaban de otro Sato? *Por favor, pensó, que no sea Madison. Que no sea Arwen. Si están en problemas...* No quería siquiera pensar en ello.

Miró la consola de control, que en realidad no era una sola pieza sino una mezcla de transceptores rescatados, sujetos todos juntos con alambre, cable y cinta de embalar. Aquí había una vieja estación de radio, debajo de todo, pero aparentemente Afa la había reconstruido casi de cero. Estaba demasiado oscuro para ver con claridad; Kira probó con su linterna de bolsillo, hasta que se frustró y se dirigió a las ventanas. Afa las había tapado a todas con cartón y madera terciada. Ella arrancó uno de los paneles y la sala se inundó de luz. Regresó corriendo a la consola y la examinó con atención, tratando de descubrir por cuál de los altavoces había salido el mensaje. *¿Quién dijo «Sato»?*

No había modo de saberlo con exactitud, pero redujo las posibilidades a dos. Los controles

parecían estar más o menos agrupados en torno del altavoz al cual pertenecían, y examinó las perillas en busca de algo que le resultara conocido. Ella había usado radios anteriormente, por supuesto, pequeños *walkie-talkies* durante las incursiones de rescate, pero eran aparatos muy sencillos: un volumen y un sintonizador. Por más que estos fueran más complejos, también debían de tener eso, ¿no? Encontró lo que le pareció un sintonizador en uno de los altavoces que había seleccionado, y lo giró con sumo cuidado. Siguió saliendo ruido blanco, interrumpido aquí y allá por fragmentos de las otras radios. Ella se acercó más al aparato, concentrada en su sonido e ignorando todo lo demás.

—... *cruzado aún, repito, la tercera...*

Parciales. Kira soltó el dial y se acercó al siguiente altavoz en busca de la señal. Una señal de radio era algo delicado, una voz invisible y muda en el cielo. Para oírla con claridad tenía que sintonizar su radio en la frecuencia exacta, con suficiente potencia, en perfectas

condiciones atmosféricas y con la esperanza de que la radio que enviaba la señal también tuviera suficiente potencia. Hasta el tamaño y la forma de la antena eran importantes. Encontrar esa única señal, débil, en medio de todo aquel bullicio era...

—... *sargento, vaya inmediatamente a la cima de aquella colina; necesitamos fuego de cobertura en el flanco derecho. Cambio.*

—*Sí, señor, en marcha. Cambio* — respondió la voz de Haru.

—¡Sí! —exclamó Kira, levantando el puño en el aire. La señal era débil; probablemente estaban usando radiotransmisores portátiles, como los pequeños con los que ella había aprendido, y no tenían suficiente potencia para enviar una señal clara a tanta distancia de la isla. *Deben de estar cerca, pensó, en alguna parte del oeste de Long Island. ¿La base de la Red en Brooklyn? ¿Acaso los Parciales habían atacado primero allí?* Intentó recordar lo que había aprendido en sus clases de Historia acerca de las tácticas Parciales, y se preguntó

qué significaría un ataque así. Una cosa era que estuvieran atacando la Costa Norte, pero si estaban destruyendo los cuarteles de la Red, seguramente planeaban una ofensiva a mayor escala. Anulaban las defensas para apoderarse de la isla sin problemas.

Kira escuchó atentamente todo lo que decía el equipo de Haru, y luego siguió escudriñando las ondas aéreas, oyendo fragmentos de transmisiones, hasta que una le llamó la atención:

—... *hasta la cima de la colina.*
Francotiradores preparados.

Kira maldijo. Era una comunicación Parcial que llegaba por otro altavoz. Todos los mensajes Parciales habían entrado por distintos altavoces, incluso los de la misma voz y la misma batalla. Iban cambiando de frecuencia sobre la marcha para que nadie los oyera, pero no habían contado con el taller sobreproducido y paranoico de Afa; Kira podía oír todo. Sabían adónde iba la unidad de Haru y que los Parciales tenían preparada una emboscada. Y ella era la única

que lo sabía.

Buscó un micrófono, pero no había: ni radiotransmisores de mano ni micrófonos de techo, nada. Revisó debajo de la consola y luego la rodeó a toda prisa para buscar detrás. *Nada*. Era como si Afa los hubiera retirado todos a propósito, lo cual, reflexionó con furia, era muy probable. Él no quería comunicarse con nadie, solo escuchar. Recolectar información.

—... *cerca de la cima, no hay moros en la costa*... —dijo la voz de Haru.

Kira lanzó otra palabrota, entre grito y gruñido de frustración; cayó de rodillas junto a unas cajas que había en el rincón y comenzó a abrirlas con frenesí en busca de un micrófono. La primera estaba vacía y la arrojó a un lado. La segunda estaba llena de cables y empezó a arrancarlos; parecía un nido gigante de gruesos cables de goma, y en cuanto llegó a la conclusión de que allí tampoco había micrófonos, la arrojó detrás de ella, aún enredada en la maraña de cables. *Tengo que prevenirlo*. En la tercera caja había altavoces, enchufes y

manuales; en la cuarta y quinta, transceptores viejos, medio vacíos y con partes faltantes.

Detrás de Kira, en los altavoces hubo una erupción de disparos, gritos y estallidos de estática ensordecedora; y ella gritó mientras hurgaba en la última caja que solo tenía más cables.

—... *¡disparándonos!* —gritó Haru—. *¡Están disparándonos desde la cima! Perdí a Murray y...*

La señal se cortó con un chasquido y un rugido de estática. Kira se desplomó en el suelo.

—*¡Sato! ¡Sargento Sato! ¿Me copia?*

La voz del comandante humano resonó en toda la sala, desdibujada por la señal que se desvanecía.

Kira sacudió la cabeza e imaginó a Madison y Arwen, que acababan de perder un esposo y un padre. No era nada nuevo, en realidad; casi todo el mundo en East Meadow era huérfano, y desde hacía más de una década... pero ese era exactamente el problema. Los Sato habían sido únicos, los primeros de una generación: una

familia de verdad, después de once largos años. Habían creado una esperanza. Haber perdido eso, haber oído cómo sucedía, le dio una enorme tristeza. Sollozó en el suelo, aferrada a los rollos de cables descartados como si pudieran consolarla, protegerla o algo. Gimoteó y luego se enjugó la nariz.

No tengo tiempo para esto. Siguió tratando de dilucidar qué hacer con la información que había encontrado hasta ahora. Una cosa tenía clara: antes de formular su próximo movimiento, tendría que reunir más información de los archivos de Afa. Pero ahora había una nueva amenaza para todo lo que ella intentaba salvar. Si los Parciales y los humanos se destruían mutuamente antes de que ella pudiera hallar sus respuestas...

Se puso de pie con desgano y, con un movimiento de los hombros, se quitó de encima los cables. La consola de la radio era un caos, pero no indescifrable. Se daba cuenta de qué perillas iban dónde, y qué controles se conectaban con qué altavoces. En alguna parte

del techo había un banco de antenas, cargadas y listas, y abajo, las docenas de transeptores, cada uno sintonizado con una frecuencia diferente. Con este equipo podría oír cualquier radio en un área de mil quinientos kilómetros, o más, si tenía tanta potencia como Afa había dicho. Y una vez que encontrara un micrófono (no si lo encontraba, sino cuando lo encontrara), también podría comunicarse. Algo habría en ese edificio, algo que hubiera quedado de los viejos tiempos, y si Afa los había destruido todos, entonces lo hallaría en la ciudad, en los comercios de artículos electrónicos y de estéreos. En alguna parte habría un micrófono.

Kira lo encontraría. Y lo usaría.

—Necesito un micrófono.

Afa no estaba listo para otra confrontación, pero Kira no tenía tiempo; había personas muriendo y ella necesitaba ayudarlas. El hombretón revisó sus provisiones de comida,

espiondo con ojos miopes las estanterías de latas.

—Yo no hablo con la gente —dijo—. Solo escucho.

—Ya lo sé —exclamó Kira—, pero yo sí. Los Parciales invadieron Long Island, y tengo amigos allá. Necesito ayudarlos.

—Yo no ayudo a los Parciales...

—Trato de ayudar a los humanos —insistió. Se pasó la mano por el cabello, ya cansada. Se sentía dividida por impulsos contrarios, incluso en esa cuestión aparentemente sencilla: no quería que los humanos murieran, pero tampoco quería que murieran los Parciales. Quería salvar a ambos, pero ahora que estaban abiertamente en guerra, ¿qué podía hacer?—. Con un micrófono y esta estación de radio puedo darles información, despistarlos para que no se encuentren. Al menos hasta que se me ocurra algo mejor.

Afa seleccionó una lata y se dirigió a la puerta con su andar de pato.

—No puedes ayudar a los humanos. Soy el

único que queda...

—No, no es cierto —replicó Kira levantando la voz, al tiempo que le bloqueaba el paso. Afa le llevaba más de una cabeza de estatura, y pesaba más del triple que ella, pero se apartó, asustado, como un globo que se desinfla: la mirada hacia abajo, el mentón hacia adentro, los hombros encorvados y listo para recibir un golpe. Ella suavizó la voz, pero no se movió—. Afa, en Long Island hay treinta y cinco mil personas, humanos. Necesitan nuestra ayuda... necesitan el conocimiento que tienes aquí. Todo lo que está aquí les sirve. Tratan de curar el RM, y no saben nada sobre él, pero tú sí. Que yo sepa, tienes por aquí, en alguna parte, la clave para producir la cura, para resolver el misterio de la fecha de vencimiento de los Parciales, para evitar otra guerra. Queda toda una sociedad humana, Afa, y necesita tus conocimientos —lo miró con firmeza—. Te necesitan.

Él arrastró un poco los pies, luego dio media vuelta bruscamente y regresó a la alacena; allí

reunió más latas y volvió por el siguiente pasillo. Kira suspiró y se acercó para bloquearle la salida por ahí también.

Afa se detuvo otra vez y miró al suelo con nerviosismo; luego se apartó una vez más. Kira se quedó junto a la puerta; sabía que a la larga tendría que pasar por ahí.

—No puedes esconderte para siempre —le dijo—, y no me refiero solo a esta habitación, sino a todo el mundo. Tienes que seguir adelante, o regresar, o hacer *algo*. Has reunido toda esta información para poder mostrársela a alguien; ¡pues entonces vayamos a mostrársela a alguien!

—No hay nadie a quien mostrársela —protestó el hombre, y giró, inseguro, en el laberinto de latas y cajas apiladas—. Soy el último humano que queda con vida.

—¿Sabes lo que creo? —dijo Kira, suavizando aún más la voz—. Que la razón por la cual insistes en que eres el último que queda es que tienes miedo de encontrarte con alguien. Si todos los humanos están muertos, entonces no

hay nadie con quien hablar, nadie a quien ayudar, y no corres el riesgo de decepcionar a nadie.

Ahora Afa estaba en el fondo de la habitación, en la penumbra.

—Soy el último que queda.

—Eres el último director de TI —dijo Kira—. Al menos, que yo sepa. Con todo lo que sabes de computadoras, redes, radios y paneles solares... en serio, Afa, eres una especie de genio. *Eres* un genio. Hace mucho tiempo que estás solo, pero no tienes por qué estarlo. A mí me estás ayudando, ¿no? Estás hablando conmigo, y yo no te doy miedo.

—Sí me lo das.

—Lo siento. No es mi intención. Pero es necesario que enfrentes esto. ¿De qué te escondes, Afa? ¿A qué le temes?

Él se quedó mirándola en silencio antes de responderle en un susurro, con la voz marcada por años de dolor y miedo.

—Al fin del mundo.

—El mundo ya se terminó —dijo Kira—. Ese monstruo ya vino y se fue —se acercó a él

muy lentamente—. En East Meadow lo celebramos: no el fin, sino el comienzo. La reconstrucción. El viejo mundo desapareció, y sé que eso es mucho más doloroso para ti que para mí. Yo apenas lo conocí —dio otro paso más—. Pero este mundo está aquí. Tiene mucho que ofrecernos, y necesita mucha ayuda de nosotros. Deja atrás el viejo mundo y ayúdanos a construir uno nuevo.

El rostro de Afa estaba en sombras.

—Eso decían ellos en sus mensajes de correo electrónico.

—¿Quiénes?

—El Consorcio —esta vez habló con voz diferente; no era aquel tono inseguro y lleno de confusión ni el breve lapso de inteligencia, sino un susurro lejano, casi en trance, como si el viejo mundo mismo estuviera hablando a través de él—. Dhurvasula, Ryssdal, Trimble y todos esos. Sabían que estaban construyendo un nuevo mundo, y que para hacerlo tendrían que destruir el viejo. Lo hicieron a propósito.

—Pero ¿por qué? —preguntó Kira, en tono

apremiante—. ¿Por qué matar a todos? ¿Por qué poner la única cura en los Parciales? ¿Por qué conectar siquiera a humanos y Parciales? ¿Por qué dejarnos con tantas incógnitas?

—No lo sé —respondió Afa con voz queda—. Traté de saberlo, pero no lo sé.

—Pues entonces averigüémoslo —le pidió—, juntos. Pero primero tenemos que ayudar —hizo una pausa, recordando las palabras de Mkele, palabras que le habían parecido desmesuradas al oírlo decir las. Kira se las repitió ahora a Afa, desconcertada por cómo había cambiado su situación—; la humanidad necesita un futuro, y debemos luchar por él, pero no podemos hacerlo a menos que lo salvemos en el presente —apoyó una mano en el brazo de Afa—. Ayúdame a encontrar un micrófono, para asegurarnos de que quede alguien a quien darle todas estas respuestas.

Él la observó, angustiada; en la penumbra parecía pequeño e infantil.

—¿Eres humana? —le preguntó.

Kira sintió que se le atoraba la voz en la

garganta y el corazón le dio un vuelco en el pecho. ¿Qué necesitaba oír? ¿La ayudaría si le decía que era humana? ¿Acaso otra cosa lo aterraría y haría que volviera a encerrarse en sí mismo?

No. Lo que él necesitaba oír era la verdad. Ella hizo una pausa, respiró hondo y apretó el puño para armarse de valor. Nunca lo había dicho en voz alta, ni siquiera a sí misma. Se obligó a hablar.

—Soy Parcial —las palabras le parecieron correctas y equivocadas, verdaderas y prohibidas, terribles y maravillosas a la vez. Decir una verdad, quitársela del pecho, le produjo un estremecimiento de liberación, pero la naturaleza de la verdad le dio un escalofrío incómodo. Sintió que hacía mal en decirlo, y de inmediato se sintió culpable por sentirse mal por su propia naturaleza. No era así—. Pero he dedicado toda mi vida, he dado todo para salvar a la humanidad —sus labios se abrieron en una leve sonrisa, y casi echó a reír—. *Tú y yo somos la mejor esperanza que tienen ahora.*

Afa dejó su lata, la levantó y volvió a dejarla. Dio un paso, se detuvo, y asintió.

—De acuerdo. Sígueme.

CAPÍTULO TRECE

Marcus se agazapó al abrigo de una pared de bloques de cemento prefabricados que estaba a medio caer; una antigua cochera, supuso. Adentro había un auto, visible por un agujero en la pared, con el esqueleto del conductor aún sentado al volante. Trató de imaginar por qué el hombre había muerto allí, sentado, incluso en una cochera cerrada, pero ya no importaba mucho. Si los Parciales encontraban a su patrulla, Marcus estaría tan muerto como ese conductor.

—No podemos darnos el lujo de proteger las granjas —dijo el soldado Cantona. Su voz era un susurro apremiante, y no apartaba los ojos del bosque. Marcus había llegado a odiarlo, pero no

podía negar que como soldado era eficiente—. Ni a los granjeros.

—No vamos a abandonarlos —replicó Haru con voz sibilante. Estaba al mando de la patrulla desde la muerte de Grant. Echó un vistazo a los cuatro granjeros escondidos junto a los soldados: dos hombres y dos mujeres, con los ojos dilatados de terror—. Por lo que veo, los Parciales están capturando a todos los humanos que pueden. Nuestro trabajo es proteger a la gente, así que cuidaremos de estas personas desde aquí hasta East Meadow.

—Nuestro trabajo es proteger a los civiles —repuso Cantona—. Eso era una granja de trabajo; así que estos cuatro podrían ser convictos.

—Si los Parciales los quieren —dijo Haru—, prefiero morir antes que entregárselos.

Marcus miró a los granjeros, armados mínimamente con tres pistolas entre los cuatro. Le parecía extraño que unos prisioneros tuvieran acceso a las armas, pero con la amenaza de un ejército Parcial, ¿quién sabía? *Yo les daría*

armas a todos, pensó, y esperaría lo mejor. Cuando los enemigos son Parciales, todo humano es un aliado.

—Van a hacer que nos maten —dijo Cantona. Su unidad, que antes constaba de veinte soldados, se había reducido a siete más los granjeros; la mitad había caído en la emboscada y el resto durante la retirada, mientras corrían por el bosque a toda velocidad para que no los alcanzaran los invasores—. Pueden seguirnos el paso muy bien —prosiguió—. Ese no es el problema; es que son muy ruidosos. No saben mantenerse escondidos.

Los granjeros tenían los rostros curtidos y quemados por el sol, pero Marcus los vio palidecer al oír a los soldados debatir su destino. Sacudió la cabeza y se metió en la conversación.

—No son peores que yo.

—No pienso dejar a nuestro médico.

—Pero tiene razón —opinó Haru—. Con Marcus en el grupo, hacemos suficiente ruido como para que nos encuentren, al margen de

cuántos civiles llevemos.

—Bueno, tampoco soy tan malo —protestó Marcus.

—Como sea, no importa —dijo Haru—. Si no nos oyeron hablar, por ahora estamos fuera de peligro. Está oscureciendo y no tienen razones para perseguir a un grupo de soldados armados que podrían estar tendiéndoles una emboscada. Lo más probable es que se hayan retirado, reagrupado, y pueden apostar que van camino a otra granja.

—Entonces ya no necesitan que los protejamos —insistió Cantona, señalando nuevamente a los granjeros con un gesto—. Como sea, los dejamos libres, les decimos que vayan hacia East Meadow, y luego tratamos de reunirnos con nuestra unidad.

—No puedo captarlos en la radio —dijo Haru—. No nos queda una unidad con la cual reunirnos.

Uno de los soldados, un hombre corpulento llamado Hartley, levantó la mano, y el grupo hizo silencio al instante. Era una señal que conocían

demasiado bien, y Marcus aguzó el oído, sujetando su fusil. Los Parciales tenían sentidos más fuertes: mejor oído, mejor vista, de modo que podían detectar al grupo de Marcus desde lejos, pero en un bosque tan denso como aquel, aun así tenían que acercarse para enfrentarlos, y a esa distancia a veces los humanos podían oírlos acercarse. Sin embargo, ellos no eran rival para una unidad de Parciales, con advertencia o sin ella; el único enemigo al que habían logrado matar se había distraído por fuerzas mayores. Marcus y su grupo habían estado en fuga, lisa y llanamente, y aun así quedaba apenas una fracción de la cantidad original.

Se quedaron sentados, sin hacer ruido, con los oídos alertas y los fusiles preparados. El bosque que los rodeaba les devolvía la mirada, silencioso como un sepulcro.

Marcus oyó que de pronto uno de los vigías maldecía. Gritaba las primeras sílabas de una advertencia, cuando un pequeño disco negro chocó contra sus pies con un sonido metálico. Bajó la vista justo a tiempo para verlo estallar

con un destello de luz cegadora y, en segundos, la patrulla entera estaba gritando. Marcus se tapó los ojos con un gemido de dolor; no veía más que imágenes remanentes de un blanco brillante. Hubo disparos; Haru gritó, la gente también. Marcus sintió una salpicadura de líquido caliente en las manos y se acurrucó contra la pared. Un cuerpo cayó a su lado, y él retrocedió, aterrado y con el aliento entrecortado. Cuando se le aclaró la vista, la pelea había terminado.

La senadora Delarosa estaba de pie a su lado, con un fusil en una mano y una gruesa capa con capucha.

—¿Qué? —exclamó Marcus, confundido.

—Tienen suerte de que solo fueran dos —dijo Delarosa—. Y de que logramos ganarles la mano —agregó, muy seria—. Y de que tuvimos tan buena carnada.

—¿Dos qué?

—Dos Parciales —dijo Haru, golpeándose la oreja con la palma de la mano, como si le zumbara—. Y no nos llame *carnada*.

—No sé de qué otro modo llamarlos —
repuso Delarosa, al tiempo que daba vuelta y
empujaba un cadáver con el pie. Marcus vio que
había varios: soldados, una figura encapuchada
como Delarosa y dos Parciales inertes con sus
inconfundibles uniformes grises blindados. El
que estaba junto al pie de Delarosa gimió, y ella
volvió a dispararle—. Estaban haciendo
suficiente ruido como para atraer a todas las
patrullas Parciales en varios kilómetros a la
redonda.

—¡Nos usaron de carnada! —repitió Haru,
mientras se ponía de pie con dificultad. Lo que
lo había incapacitado, fuera lo que fuera, lo
había dejado inestable—. ¿Sabía que estaban
allí? ¿Cuánto tiempo estuvieron observando?

—El suficiente como para estar listos
cuando llegaron —respondió Delarosa—.
Sabíamos que, a la larga, ustedes atraerían a un
grupo, por eso nos escondimos —se arrodilló
junto al cadáver y le quitó rápidamente todo el
equipamiento que pudiera ser de utilidad: el
blindaje corporal, los cargadores y varias

cartucheras que tenía sujetas al pecho y a los hombros. Mientras trabajaba, se volvió y señaló hacia el disco negro que había en el suelo, junto a los pies de Marcus—. Esa es la granada aturdidora que arrojaron. Pensaron que ustedes estaban incapacitados y por eso bajaron la guardia.

Marcus intentó ponerse de pie, pero descubrió que estaba tan mareado como Haru. Se apoyó en la pared para sujetarse. Al moverse, un soldado se deslizó al suelo y Marcus se dio cuenta de que tenía en el rostro un orificio de bala.

—Deberían habernos prevenido.

Delarosa dejó el equipamiento del primer Parcial en un montoncito ordenado y empezó a quitarle el blindaje corporal.

—Los habrían encontrado de todos modos; de esta manera no nos descubrieron a nosotros hasta que fue demasiado tarde.

—Podríamos haberlos emboscado —repuso Haru. Miró alrededor, evaluando la situación. Marcus hizo lo mismo: tres soldados humanos

muerdos, más uno del equipo de Delarosa. Había por lo menos dos más entre los árboles, montando guardia en el perímetro—. Podríamos haber estado preparados y no habríamos perdido a tanta gente.

—*Estábamos* preparados —replicó Delarosa, acercándose al segundo cadáver—. Y *fue* una emboscada. Teníamos la situación perfecta, con una distracción perfecta, y aun así perdimos a cuatro y hay dos civiles heridos —señaló a los granjeros—. Teníamos las condiciones ideales y aun así mataron al doble que nosotros. ¿Realmente querría intentar eso de nuevo sin la distracción?

—¡Su distracción eran mis hombres!

—¿De veras va a discutir conmigo por esto? —le preguntó ella, poniéndose de pie para enfrentarlo—. Le salvé la vida.

—Dejó que mataran a tres de los nuestros.

—Si no hubiera hecho lo que hice, los habrían matado a todos —replicó, tensa—, o peor aún, los habrían capturado. Nos enfrentamos a un enemigo mejor equipado,

mejor entrenado y con mejores reflejos. Si quiere arriesgarse a tener una pelea de igual a igual, está tan ciego como el Senado.

—El Senado la envió a la cárcel —intervino Marcus, que al fin logró ponerse de pie—. Estaba en una granja de trabajo... —se detuvo, pensativo—. ¿Estaba en esta granja?

Delarosa se volvió hacia el segundo Parcial y colocó todas sus pertenencias junto a las del primero.

—Cuando era una granja de trabajo, sí. Ahora es solo... la escena de un crimen. Si quedaba alguien vivo, escapó.

—¿Usted escapó durante el ataque o huyó antes? —le preguntó Haru.

—No estoy aquí para matar humanos —respondió Delarosa; luego se puso de pie y lo enfrentó directamente—. Me condenaron a trabajar en una granja, tiene razón. ¿Recuerda por qué?

—Por matar a un humano —respondió Marcus—. En cierto modo, eso le resta credibilidad.

—Por hacer lo necesario —repuso ella. Hizo una señal a uno de sus acompañantes, que también vestía con capa y capucha. Este se acercó a recoger los equipos—. Nos enfrentamos a la extinción de nuestra especie —dijo, en tono severo—. Eso está antes que todo lo demás: antes que la bondad, la moralidad, la ley. Cosas que uno jamás habría hecho hace doce años, ahora no solo son aceptables, sino necesarias. Son un imperativo moral. Estoy dispuesta a matar a cien o a mil Shaylon Brown, antes que dejar que nos ganen los Parciales.

—Eso mismo digo yo —acotó Cantona—. Es la única manera de sobrevivir a esto.

—Si mata a mil de los suyos, los Parciales ni siquiera van a tener que pelear —dijo Marcus—. Estará aliviándoles el trabajo.

Se oyó el canto de un pájaro en el bosque, y Delarosa levantó la vista.

—Es nuestra señal para marcharnos. Parece que estos dos tenían refuerzos.

Corrió hacia el borde del claro, pero Haru negó con la cabeza.

—No iremos con usted.

—Yo sí —dijo Cantona. Tomó un segundo fusil de un soldado caído—. Vamos, Haru, sabes que tiene razón.

—¡No pienso abandonar a estos civiles!

—En realidad —dijo uno de los granjeros—, creo que yo también iré con ella.

Era un hombre mayor, enflaquecido y curtido por el trabajo duro. Levantó su rifle de caza y le quitó una pistola a otro soldado caído.

Cantona miró a Delarosa, que asintió y volvió a mirar a Haru.

—No volveremos a usarlos de carnada.

Dio media vuelta y se perdió en el bosque. Su gente la siguió, luego el granjero y, por último, Cantona. Este se detuvo, saludó y la siguió a la espesura.

Marcus miró a Haru, luego a Hartley y a los tres granjeros que quedaban. Se habían armado con fusiles y municiones de los soldados caídos.

—¿Dos de ustedes están heridos?

—Podemos caminar —respondió una de las mujeres, con expresión feroz.

—Genial —dijo Haru—, pero ¿pueden correr?

Se detuvieron en el patio de una escuela, jadeando por el esfuerzo. Los Parciales que los perseguían se habían cobrado la vida de dos más, así que solo quedaban Marcus, Haru y dos granjeros. Uno de ellos estaba herido; era una mujer de cabello castaño llamada Izzy; estaba reclinada pesadamente contra la pared, con los ojos cerrados y la respiración entrecortada. A Haru se le habían acabado las municiones, y Marcus le entregó su último cargador.

—Puedes aprovechar esto mejor que yo — hizo una pausa para tomar aliento y luego señaló a Izzy con la cabeza—. No puede seguir mucho más.

—Bájala de la pared —ordenó Haru, al tiempo que se escondía entre la maleza—. Nos verán.

—No podrá volver a levantarse —dijo

Marcus.

—Entonces la cargaré.

Marcus y el último granjero, llamado Bryan, acomodaron a la mujer suavemente en el suelo y la apoyaron contra la pared, con la cabeza entre las rodillas. Marcus le examinó los vendajes. Le habían dado en el hombro; milagrosamente, la bala no había tocado huesos ni arterias vitales, pero aun así era una herida grande y la mujer había perdido mucha sangre. Él ya le había colocado el vendaje dos veces, en paradas breves como esa, y le había dado todos los analgésicos posibles, sin llegar a dejarla inconsciente. Las vendas estaban empapadas en sangre, y a él se le nublaba la vista por el cansancio mientras empezaba a cambiarlas una vez más.

—Empiezo a desear que tuviéramos a una banda de guerrilleros usándonos como carnada —dijo Haru.

Marcus frunció el ceño.

—No es gracioso.

—No era mi intención que lo sea.

—Podrían hacerla bien —dijo Bryan—. Me refiero a la emboscada. Con suficientes armas en los bosques y un buen tirador, no tendrían necesidad de arriesgar una carnada.

—Es verdad —respondió Haru, aún jadeando—, es verdad —sacó su radio y volvió a intentar comunicarse, con voz ronca por la desesperación—. Aquí Haru Sato; tengo a un paramédico y dos civiles atrapados en la... —levantó la vista— escuela primaria Huntsman. No sé en qué ciudad. Si alguien me escucha, quien sea, por favor responde. No sabemos el alcance de este ataque, tampoco hacia dónde retirarnos. Ni siquiera sabemos dónde estamos.

Izzy tosió: una tos áspera que le sacudió el cuerpo hasta hacerla vomitar en el suelo. Marcus se apartó y luego terminó de vendarle el brazo.

—Creo que a tu radio le pasa algo —opinó Bryan—. ¿Cuándo fue la última vez que recibiste una llamada o te pudiste comunicar?

—Desde los francotiradores —respondió Haru, examinando el aparato con apatía. No

tenía agujeros de bala, pero estaba bastante maltrecho. A Marcus no le habría sorprendido que estuviera roto.

—Déjeme ver —pidió Bryan, y se levantó para tomar la radio. Su cabeza sobresalió entre la maleza que los rodeaba; el hombre se sacudió súbitamente, y del costado de su oreja salió una ráfaga de bruma roja.

Al instante, Marcus y Haru se echaron al suelo, boca abajo. Sin el sostén del brazo de Marcus, Izzy cayó a un lado, inconsciente.

—Parece que hasta aquí llegamos —dijo Marcus—. O tu asesino acude a rescatarnos, o vamos a encontrarnos con la doctora Morgan.

—Perdóname si espero que sea el asesino.

—Te va a encantar la doctora —dijo Marcus—. Odia a los humanos casi tanto como tú a los Parciales.

Haru miró hacia el patio de juegos.

—Tenemos casi un metro de maleza entre el asfalto, que puede convertirse en dos metros si logramos llegar a lo que parece haber sido un campo de fútbol —miró a Izzy—. No creo que

podamos llevarla.

—Yo la cargaré y correré —dijo Marcus—. Tú cúbreme. Esos brotes más altos son solo...

—No —respondió Haru—, pero eso es exactamente lo que vamos a hacerles creer —señaló hacia atrás, a poca distancia de ellos, junto a la base de la pared de la escuela. Marcus vio el rectángulo negro de la ventana rota de un sótano—. Arrástrala hasta allí adentro —dijo, mientras recogía varios trozos de asfalto roto—. Haré lo posible por simular que estamos avanzando por la cancha.

Marcus asintió.

—¿Cuánto tiempo nos dará eso?

—Suficiente —respondió Haru—, si da resultado. Buscaremos otra puerta y saldremos por el otro lado del edificio.

Marcus suspiró, mirando el ominoso agujero negro de la ventana del sótano.

—Si me comen los tejones o lo que sea que haya ahí abajo, voy a fingir que esta no era nuestra única opción viable.

—Ve.

Marcus hizo girar a Izzy sobre su espalda, le levantó los brazos y sujetó ambas muñecas con la mano izquierda; apoyado en el codo derecho, boca abajo, empezó a arrastrarse por el asfalto hacia la ventana. La superficie áspera le rasgaba la ropa, y una bala rebotó en la pared, encima de su cabeza. Se mantuvo abajo, tratando de no agitar la maleza. Mientras Haru arrojaba rocas hacia la cancha, siempre en un arco bajo para que los Parciales no las vieran; cuando estas caían, agitaban la maleza. A Marcus le pareció que debía de estar dando resultado, porque el siguiente disparo dio entre los arbustos, a unos seis metros de la pared.

Llegó a la ventana y espió hacia adentro; el aire estaba húmedo y desagradable, como en una cueva. Pudo percibir olor a perro mojado. A menos que lo hubieran abandonado recientemente, el sótano se había convertido en una guarida de animales; aunque era probable que estos no usaran esa entrada, pues el suelo alrededor de la ventana estaba flojo, y no aplastado como lo estaría si fuera un lugar de

paso constante. No vio mucho, y decidió que lo mejor sería entrar él primero y luego meter a la mujer herida.

Estaba apenas a medio entrar cuando Haru se agazapó junto a la ventana, agitado.

—Estoy casi seguro de que nos descubrieron —dijo. Una bala dio contra la pared de ladrillos por encima de él—. Sí. Muévete.

Marcus terminó de arrastrarse al interior, cayó al suelo e inmediatamente se hundió en varios centímetros de lodo. Se puso de pie y jaló a la mujer, mientras más balas explotaban contra la pared. Apenas la ventana quedó despejada, Haru se lanzó hacia adentro y aterrizó en el lodo con un gemido entrecortado.

—Aquí huele a perros muertos.

Marcus buscó en sus bolsillos una linterna, mientras sostenía a Izzy con una mano.

—Y me parece que esto no es simplemente lodo.

—Nada de luz —dijo Haru—. Sígueme.

Se adelantó con un chapoteo. Era una tenue

silueta en la oscuridad, a la que Marcus siguió con el mayor sigilo posible. Además de unos diez o doce centímetros de lodo líquido, el sótano estaba lleno de escritorios de metal, libros carcomidos y una hilera tras otra de viejas computadoras portátiles, sujetas con cables oxidados a unos armarios metálicos. Haru los condujo con cuidado por el laberinto. A medida que los ojos de Marcus se fueron acostumbrando a la oscuridad vio aparecer una puerta delante de ellos. Haru la probó, esta se abrió pero, de pronto, todo el lugar se oscureció aún más. La fuente de luz detrás de ellos había sido obstruida repentinamente, y Marcus se echó al suelo.

Las balas surcaron el aire y los destellos de los disparos iluminaron la habitación en ráfagas entrecortadas. La delgada puerta de madera quedó hecha jirones ante el ataque, y Marcus apenas alcanzó a ver a su compañero lanzarse detrás del armario más cercano para resguardarse.

—Sí que están decididos —exclamó Haru

—. No es la primera vez que quiero matarte, pero nunca lo deseé tanto.

Luego respondió al fuego por la ventana abierta, y el tirador se hizo a un lado. Marcus aprovechó la oportunidad para seguir avanzando y cruzó la puerta con Izzy a rastras. Haru avanzó sin disparar, tratando de conservar sus pocas municiones; pero el tirador regresó a la ventana y lanzó otra intensa ráfaga de fuego. Haru disparó sus últimas balas, lo que obligó al Parcial a alejarse, y rápidamente se desplazó por el barro a través de la puerta.

—En realidad, no estoy de acuerdo con lo que voy a decir —comentó Marcus—, pero estamos a salvo. Al menos, por ahora.

Haru asintió, mientras se enjugaba el lodo de la cara.

—Mientras tengamos balas, y mientras sepan que las tenemos, no van a atravesar esa ventana. Pero puedes estar seguro de que entrarán por otro lado —levantó la vista y Marcus pudo sentir su mirada penetrante, aun en la oscuridad—. Es hora de decidirse,

Valencio: ¿quieres morir escondiéndote o presionando un gatillo?

—¿Y la opción «empapado en mi propia orina»?

Haru rio.

—Me parece que esa viene incluida en las otras dos —olfateó—; además, ya estamos empapados en la orina de algo. Nadie notará la diferencia.

—Prueba la radio —sugirió Marcus—. Nunca se sabe.

Haru la sacó de su cinturón y la levantó en la oscuridad.

—Con esta cosa es más probable que nos comuniquemos con Dios que con alguien que quede con vida en la Tierra.

—En ese caso, voy a rezar —Marcus tomó la radio y pulsó el botón—. Habla Marcus Valencio, suponiendo que alguien pueda oírme. Estoy... escondido en un túnel fangoso que huele a orina y con Haru Sato, aunque no sé bien qué es peor. Tengo a una civil herida y a una brigada entera de Parciales vengativos que

nos viene persiguiendo desde hace varios kilómetros, y nos ha reducido de veinte soldados a dos. No sé si buscan conquistar la isla, atacarla, o nos matan por pura diversión. Ni siquiera sé si alguien está escuchando... que yo sepa, podríamos ser los últimos humanos vivos.

Soltó el botón y al instante la radio cobró vida con un crujido.

—Ojalá hubiera cobrado una moneda por cada vez que oí eso —dijo la radio. La voz llegaba entrecortada, y fue tan repentina que Marcus casi suelta el aparato. Haru se puso de pie, con los ojos dilatados.

—¿Quién habla? —preguntó Marcus, mirando a Haru con asombro. Sacudió la cabeza, apretó el botón y volvió a preguntar—. ¿Quién habla? Repito, ¿quién habla? Necesitamos asistencia inmediata, refuerzos y... salvar nuestra vida —soltó el botón y se encogió de hombros con impotencia—. Será mejor que no me digan que no, solo porque no cumplí con el protocolo radial.

—El tráfico radial de los Parciales dice que

te están buscando específicamente a ti, Marcus. La doctora Morgan te quiere para algo —se oyó.

Marcus se quedó helado al comprender por qué esa voz le resultaba tan familiar.

—¿Kira?

—Hola, amor —dijo Kira—. ¿Me extrañaste?

—¿Qué? —Marcus no hallaba las palabras—. ¿Dónde estás? ¿Qué pasa? ¿Por qué me busca la doctora Morgan?

—Probablemente porque quiere encontrarme a mí —respondió ella—. La buena noticia es que no tiene idea de dónde estoy.

—Qué alivio —dijo Haru, con sarcasmo—. Me alegro de que Kira esté a salvo.

Marcus apretó el botón de la radio.

—Haru te envía saludos.

—No te preocupes —dijo Kira—. Para él también tengo buenas noticias: hay un ejército de la Red avanzando hacia tu posición.

—¿En serio?

—Salgan de la escuela y vayan al sur —les

indicó—. Se encontrarán con un batallón de la Red que va por allí, a dos minutos como mucho.

—Maldición. Salgamos de este basurero — exclamó Haru. Cargó a Izzy sobre sus hombros y se puso en marcha por el corredor.

—Espera —dijo Marcus, apresurándose para alcanzarlo—. ¿Dónde estás? ¿Qué está pasando?

La radio había quedado en absoluto silencio, y Marcus regresó sobre sus pasos. Aparentemente allí había buena señal, pues el aparato cobró vida con un crujido.

—... ahora. Repito, tienen que irse ahora mismo. El batallón cuenta con un pequeño arsenal de lanzagranadas, y piensan derribar todo el edificio.

—¡Espera! —gritó Marcus—. ¡Aún no salimos!

—¡Pues salgan ya!

Dio media vuelta y echó a correr; alcanzó a Haru al pie de la escalera. Llegaron hasta una puerta, y la probaron con sigilo antes de abrirla; daba a un amplio corredor. No se veían

Parciales, y Haru señaló un par de puertas que pendían, sueltas.

—Allá.

Salieron corriendo por el lado sur del edificio, y cruzaron una calle espaciosa y se resguardaron en otra más residencial. No hubo gritos detrás de ellos ni volaron balas por encima de sus cabezas.

Marcus viró en una esquina, seguido de cerca por Haru, que llevaba a Izzy sobre los hombros. Se acercó la radio a la boca y gritó mientras corrían:

—¿Kira? Kira, ¿me oyes? ¿Qué está pasando?

—¿Cuántos años tenía yo cuando me conociste? —preguntó la voz de ella—. Sube esa misma cantidad de canales.

Cinco, pensó Marcus, nos conocimos en la escuela, en nuestro primer año aquí. Subió cinco canales, y se detuvo a pensar. *No organizaron la escuela el primer año que estuvimos aquí. La conocí a los seis.* Hizo girar el dial una ranura más.

—¿Qué está pasando?

—Este es un truco que solo dará resultado una vez —dijo Kira—. Están escuchando las frecuencias de ustedes, pero yo estoy escuchando las de ellos. Te dije que hay un batallón de la Red cerca de ustedes, y tengo aquí a un amigo que les dio un informe falso con la misma información. Los dos Parciales que los perseguían se replegaron, pero no estarán lejos por mucho tiempo, y el batallón que viene del sur está como a diez kilómetros. Tienen que llegar rápido allá, porque están buscándote específicamente y van a ir por ti apenas se den cuenta de que fue un engaño.

—Entonces... —Marcus aminoró el paso para recobrar el aliento—. ¿Qué hago ahora?

—Te ayudaré lo más que pueda —respondió Kira—, pero no tenemos muchas opciones. Estuvimos escuchando las comunicaciones de Morgan, y aquí viene la mala noticia: no solo están invadiendo la isla, sino que están conquistándola. En cuestión de dos días, todos los humanos que estén en Long Island serán

prisioneros de los Parciales.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO CATORCE

La primera alarma sonó a las cuatro de la mañana. Afa había colocado pequeñas alarmas eléctricas en las puertas y ventanas de la planta baja, que sonaban en su dormitorio y en algunas de las principales salas de investigación, y la campanilla despertó a Kira casi al instante. Seguía estando en el sofá del estudio de filmación, desde hacía poco más de una semana: el alojamiento más permanente que había tenido en mucho tiempo. Las alarmas eran persistentes, pero sonaban bajo para alertar a los ocupantes sin que los intrusos se dieran cuenta. En cuestión de segundos Kira se levantó, se puso los zapatos y tomó su fusil. Si tenía que huir, eso era lo esencial.

Claro que, con Afa dispuesto a volar todo el edificio, la idea de escapar descalza y desarmada no era el peor de los escenarios.

Se encontró con él en el pasillo, y ambos permanecieron callados; Afa apagó la alarma y aguzó el oído. Si era falsa alarma, por el viento o algún gato que había tocado el vidrio, el edificio quedaría en silencio. Kira escuchó con los ojos cerrados, rogando que nada...

Bip. Bip.

Afa volvió a apagarla, esta vez en forma permanente, y corrió pesadamente por el pasillo hasta otro panel de interruptores. Los paneles solares del techo almacenaban una inmensa cantidad de electricidad, más que suficiente para alimentar por la noche los sistemas de seguridad improvisados. Afa despertó un monitor en hibernación y la imagen cobró vida como una presentación de diapositivas, justo a tiempo para mostrar a una silueta vestida de negro y con blindaje corporal ingresando por la ventana. Tenía un casco redondo con visor, la carta de presentación bien conocida del ejército Parcial,

aunque este blindaje estaba marcado por las batallas y dañado, a tal punto que Kira se preguntó si lo habrían recogido en alguna incursión. La imagen breve del intruso en la calle iluminada por la luna reveló que era mujer, aunque la segunda figura que entró tras ella parecía un hombre. Kira echó un vistazo a Afa, que tenía el rostro lleno de preocupación e indecisión; cuando sus otras casas se habían visto amenazadas, las había volado y ya, pero esta era su sede central, su biblioteca principal de documentos, el trabajo de su vida. No quería hacerla explotar.

Aunque, por otro lado, solía pensar con muy poca claridad en situaciones de estrés.

Ellos estaban en el séptimo piso y había dos pisos enteros con medidas de seguridad para evitar que cualquiera pudiera acceder a donde estaba lo importante. En el primer piso estaban los explosivos, suficientes para demoler todo el edificio, y Kira se ubicó entre Afa y el detonador manual que los activaba, por si acaso. Siguieron observando por el circuito cerrado de

cámaras cómo los intrusos, solo dos, avanzaban con cautela entre las habitaciones y los pasillos. De una cámara a la otra, los distintos ángulos y monitores le daban a su avance una trayectoria loca, desarticulada. De izquierda a derecha en el tercer monitor; de derecha a izquierda en el primero. De arriba abajo en el segundo y el cuarto simultáneamente, uno adelante y otro atrás. Se desplazaban lentamente, con sus fusiles preparados, como dos formas incoloras en la oscuridad. Sus cascos parecían proporcionarles visión nocturna, y ambos se movían en forma impecablemente coordinada. Señal segura de que el enlace estaba en funcionamiento. No había duda de que eran Parciales.

Kira revisó sus municiones con cuidado, sin apartar la vista de los monitores. Podría eliminar a uno de los Parciales si lograba sorprenderlo, pero la probabilidad de matar a los dos era minúscula. Si no huía ahora, probablemente despertaría en el laboratorio de la doctora Morgan, desnuda, tendida sobre una mesa de

operaciones, mientras la científica demente la abría para averiguar sus secretos.

Dio un paso para echar a correr, pero se obligó a detenerse. *Respira, se dijo. Respira hondo. Conserva la calma. Nadie en el mundo es más paranoico que Afa; él sabe proteger su casa. Dale tiempo. Todavía hay un piso más entre nosotros.*

La última cámara los mostraba en la escalera, probando la puerta y luego subiendo lentamente. En el primer piso no había trampas, porque Afa no quería que algún animal detonara las bombas por accidente, pero Kira esperaba que los Parciales lo interpretaran como una falta total de seguridad. ¿Serían menos cautelosos en el segundo piso? Kira contuvo el aliento, y los pies de los Parciales desaparecieron en la oscuridad al terminar la escalera. En el segundo piso no había cámaras, solo sensores y trampas cazabobos automáticas.

En el panel de la pared se encendió una luz roja, y Kira oyó un violento estrépito que sacudió el edificio.

—Mina antipersonal —explicó Afa—. Se llama Betty Saltarina; cuando pasa alguien, la mina salta por el aire un poco más de un metro, como una pelota, y luego explota así, en forma de anillo —hizo un movimiento con las manos para demostrar un halo expansivo de destrucción en un mismo plano—. Clavos, esquirlas y perdigones, justo a la altura del vientre. Tienen blindaje corporal, pero aun así pueden salir bastante lastimados sin afectar la estructura del edificio.

Ella asintió, con el estómago revuelto, y observó la siguiente luz en la hilera. Si la Betty Saltarina los había detenido, no se encenderían más luces. La amenaza se habría terminado y solo habría que limpiar la escena. Kira rogó...

Se encendió la segunda luz.

—Están avanzando por el pasillo este —dijo Afa, con las manos unidas por delante como las de un bebé, de aspecto débil y fetal. Tenía el rostro perlado de sudor.

—¿Cómo salimos? —preguntó Kira. Había una salida para incendios, lo sabía, pero también

estaba llena de trampas, y esperaba que hubiera una manera más rápida de bajar. Afa tragó en seco, con la mirada clavada en las luces, y ella insistió—. ¿Cómo salimos?

—Están en el pasillo este —dijo—, cerca de las escopetas. Tienen sensores de movimiento, no como las minas; no van a saber lo que les espera hasta que sea demasiado tarde.

Se encendió la tercera luz, y Kira oyó un chasquido lejano. Esperó, apretando los dientes con desesperación, y el mundo se detuvo un momento.

La cuarta luz cobró vida.

—No —murmuró Kira, meneando la cabeza.

Afa miraba a un lado y otro del pasillo, mientras abría y cerraba las manos sobre alguna herramienta imaginaria. No tenía armas de fuego y, a duras penas, toleraba la de Kira; él lo hacía todo con trampas, distantes e impersonales. Si lograban llegar allí arriba, estaba indefenso.

—Afa —le dijo Kira, tomándolo por el codo

—. Mírame —él no dejaba de buscar algo, moviendo la cabeza, y Kira se plantó con firmeza en su campo visual—. Mírame: van a subir hasta aquí y van a matarnos.

—No.

—Van a matarte, Afa, ¿me entiendes? Van a secuestrarme y a matarte, y quemarán todo este edificio hasta que no quede nada...

—¡No!

—... de todos tus archivos. ¿Entiendes? Vas a perderlo todo. Debemos salir de aquí.

—Tengo mi mochila —dijo el hombre, apartándose de ella y arrebatando la enorme mochila del suelo, pues nunca la dejaba lejos de él—. Nunca pierdo la mochila.

—Necesitamos salir de aquí y llevárnosla —le dijo, mientras lo guiaba hacia el estudio. Tenía unos segundos para tomar sus cosas y luego tendrían que correr, lo más rápido y lejos posible. Pensó en la estación de radio de arriba, en Marcus y en cómo lo había ayudado. La doctora Morgan había tomado el control de East Meadow y de los demás centros poblados de la

isla, y lo único que Kira podía hacer era usar los radios y mantener a Marcus un paso adelante de sus perseguidores. Estaba a punto de perderlo todo. Afa se resistió y volvió hacia el panel de sensores, mientras Kira corrió al estudio a recoger sus cosas.

—Pasaron por la sala de conferencias —dijo—. Se mueven despacio. Ya pasaron la segunda Betty Saltarina en el pasillo este, y van hacia... ¡ahora hay más!

Kira se levantó, con el bolso a medio empacar con lo que quedaba de su equipo de supervivencia.

—¿Qué?

—Uno en el pasillo este y otro en el oeste. Hay otro grupo —balbuceó, con voz más agitada y aguda—. ¡No vi entrar a nadie más! Estuve mirando los monitores... ¡los habría visto entrar!

Kira cerró su mochila, dejó la bolsa de dormir y echó a correr nuevamente por el pasillo.

—No son más. Se separaron —señaló la

séptima luz—. Aquí hay un corredor central, ¿verdad? Es igual en todos los pisos. Es un equipo de dos, igual que tantos otros que estuve siguiendo por la radio; no necesitan un segundo equipo, solo se separa el primero... —se detuvo a mitad de la frase—. Se separaron —repitió, como si esta vez significara algo totalmente diferente—. ¡Están solos! Afa, ¿por dónde llegan los pasillos separados al tercer piso?

—Por la escalera —murmuró.

—Sí —dijo Kira, al tiempo que volvía a ubicarse en la línea de visión de Afa—, ya sé que por la escalera, pero necesito algo más específico. Tú construiste todo este sistema, sabes por dónde van a ir. Este —dijo, señalando un punto rojo—. ¿Por dónde va a llegar al tercer piso este punto rojo?

—Por la escalera trasera —respondió Afa, prácticamente tartamudo por el miedo. Buscó el detonador manual de las bombas; ella lo detuvo y le apartó la mano—. La escalera de servicio. Sube desde la sala de recepción, en el fondo.

—Perfecto —dijo Kira. Le envolvió la mano

con las tiras de la mochila y lo empujó suavemente para apartarlo del panel de control —. Tienes que salvar esta mochila, ¿me oyes? No vuelas el edificio; si lo haces, perderás la mochila.

—Nunca debo perder la mochila.

—Exacto. Busca cualquier vía de escape que tengas planeada y sal, huye lejos y no vuelvas en una semana. Si los Parciales se van, estaré aquí esperando. ¡Ahora vete!

Afa dio media vuelta y se alejó corriendo por el pasillo. Kira se cargó su mochila al hombro y corrió en la dirección opuesta, cruzó la última puerta y prácticamente se arrojó por la escalera. Sexto piso. Quinto. Si pudiera llegar al tercero antes que ellos, si pudiera llegar mientras los Parciales estaban separados, justo adonde ella sabía que se dirigían, podría emboscar al primero y retirarse antes de que apareciera el segundo. Tenía la oportunidad de matar a los dos, pero era solo una oportunidad. Cuarto piso.

Tercero.

Aminoró la marcha, dando cada paso con

cuidado, y se detuvo en la esquina para escuchar antes de doblar. La escalera estaba vacía. Se acomodó sobre una rodilla, levantó el fusil hasta la mejilla y espió por la esquina hacia el segundo piso. Una alfombra mohosa se extendía en la oscuridad. La puerta de metal había sido retirada por completo y ahora estaba arriba, como blindaje de uno de los pequeños búnkers de Afa; hacia allí escaparía ella, decidió. Mataría al primero, se refugiaría en un búnker y esperaría que el segundo cometiera un error. Si acaso los Parciales alguna vez los cometían.

El segundo piso estaba vacío, pero había señales evidentes de caos. Los agujeros en las paredes y en las cortinas de oscurecimiento demostraban que la última ronda de Betties Saltarinas había estallado según lo planeado, pero no se veía ningún cuerpo. El piso estaba tenuemente iluminado por los agujeros en las cortinas, y en la pared cercana al fondo ardía una pequeña llama. Kira esperó, tratando de recordar cuál había sido la última trampa en el

piso; algo incendiario, pensó, y obviamente no había dado resultado. El Parcial seguía adentro.

Esperó en la salida de la escalera, con el fusil preparado y apuntando. Apenas apareciera un Parcial por la puerta, estaría muerto.

Esperó.

Tal vez hice demasiado ruido, pensó. Me habrá oído venir y se fue por otro lado... o peor, está esperándome. Podría volver a subir la escalera, pero perdería mi ventaja. No puedo matar a los dos a la vez. Si hay alguna posibilidad de emboscar a este, tengo que aprovecharla.

¿Hasta dónde habrá llegado el otro? Esta es la escalera de servicio, pero el otro pasillo conduce a la escalera principal. ¿Habrá llegado hasta allí? ¿Habrá subido? ¿Afa habrá podido escapar? Deseó que su amigo hubiera sido lo bastante listo como para huir, que no se hubiera quedado sentado en el pasillo con el dedo en el detonador, dispuesto en su paranoia a destruir el trabajo de toda su vida (y junto con él, a Kira y a sí mismo) solo para

protegerlo de los Parciales. *Necesito volver arriba, pensó, y necesito quedarme aquí, y necesito escapar. No sé qué...*

Y entonces supo, con la misma certeza que si lo hubiera visto con sus propios ojos, que había un Parcial en el tercer piso acercándose a ella.

La puerta de ese piso, igual que la del segundo, había sido utilizada para el búnker de Afa. El acceso estaba abierto, y el Parcial tendría vía libre para dispararle apenas doblara la esquina. *Es por el enlace, pensó, es la única manera de saberlo con tanta claridad. Transmite todo lo que hacemos. No tengo todo el complemento de sensores que describió Samm, pero aparentemente sí lo suficiente para percibir dónde están... y quizá también para delatarme.* Se tocó la chaqueta, deseando tener algo para arrojar, una granada o siquiera una piedra para distraerlos, pero lo único que llevaba era el fusil, y para cuando pudiera apuntar con él, sería demasiado tarde. Tenía que moverse. Giró, lista para correr escaleras abajo hasta el primer piso, pero tuvo

una segunda impresión, tan clara como la primera, de que había otro Parcial abajo, en la escalera. No habían esperado junto a la puerta, sino que se habían adelantado y la habían rodeado por completo. No tenía dónde ir sino al segundo piso, donde aún quedaba una trampa. Se levantó de un salto y echó a correr.

Los agentes Parciales no se gritaron, pues el enlace los alertaba del peligro en un silencio mucho más efectivo, pero aun así Kira lo sintió en su cabeza como un grito químico: está corriendo. Oyó un estrépito de pasos en la escalera detrás de ella, y disparó una ráfaga con su fusil hacia el piso de abajo, para que el segundo Parcial no pudiera dispararle cuando pasara hacia la trampa mortal del segundo piso. Cruzó por la puerta abierta y se puso de pie rápidamente; miró alrededor en busca de la última trampa, pero Afa la había escondido demasiado bien. Un Parcial cruzó la puerta tras ella; Kira dio media vuelta y disparó contra la pared en una línea mortal apuntada directamente al pecho del atacante. Pero este, que era

claramente la mujer —aunque llevaba el rostro oculto tras el casco con visor—, se detuvo al ver a Kira, y luego convirtió su acometida: en un giro acrobático recogió el fusil contra su pecho, se encogió formando una bola con su cuerpo y dio una voltereta por debajo de la ráfaga de balas de Kira antes de que esta alcanzara a corregir la puntería. La Parcial llegó apenas a centímetros de ella y disparó casi de inmediato. Para esquivar las balas Kira tuvo que lanzarse a un lado. La Parcial la siguió con increíble velocidad y reanudó el ataque con una patada demoledora que le arrancó el fusil de las manos. Kira entró trastabillando en una sala de conferencias, recuperó el equilibrio y corrió más allá de la mesa de madera podrida hasta la segunda puerta, del otro lado de la sala, apenas tres pasos por delante de su contrincante. Volvió a salir al pasillo y corrió hacia la puerta, pero cayó con estrépito cuando la Parcial le bloqueó las piernas desde atrás, y la caída le sacó el aire de los pulmones. Se esforzó por respirar mientras forcejeaba frenéticamente con la

mujer, y logró darle un fuerte codazo en el costado del casco, lo cual la hizo retroceder. Kira giró sobre sí misma para apartarse y se arrastró algunos centímetros hasta que la Parcial, ya de pie, le pateó el muslo. Kira lanzó un gruñido de dolor y giró hacia un lado; cuando levantó la vista, la Parcial estaba a pocos pasos de ella, con la bota levantada sobre un finísimo alambre de disparo. Con la mano señalaba un punto por encima de la cabeza de Kira. Esta levantó la mirada y vio la boca de la trampa incendiaria de Afa, un lanzallamas que apuntaba directo a su cabeza. Si la Parcial bajaba el pie, una llamarada asaría viva a Kira. Al darse cuenta se encogió de temor, con la mirada fija en el visor sin rostro de la Parcial; en ese instante oyó el grito de una voz masculina.

—¡Kira!

Se quedó helada. Habría reconocido esa voz en cualquier parte. Quedó boquiabierta al verlo salir del hueco de la escalera, con el casco en las manos.

—¿Samm?

CAPÍTULO QUINCE

—No iba a matarla —dijo la Parcial. Se apartó del alambre y se quitó el casco. Kira la reconoció: cabello negro azabache, bellísimos rasgos chinos y ojos oscuros que brillaban con genialidad aterradora. Era Heron, la Parcial que la había capturado antes y la había llevado con Morgan. La muchacha esbozó una sonrisa burlona como restándole importancia, y miró a Kira de la misma manera en que alguien miraría a un gatito perdido... alguien a quien no le agradaran los gatitos—. Solo quería asustarla.

Samm se inclinó y ayudó a Kira a ponerse de pie; la muchacha se levantó dubitativa, tratando aún de procesar lo que estaba ocurriendo.

—¿Samm?

—Me alegro de verte.

—¿Qué...? ¿Por qué estás aquí?

—Porque al fin te encontramos —respondió Heron, y señaló al techo—. Todo el mundo sabe que estás en la radio, pero somos los únicos que se dieron cuenta de que estabas en Manhattan —hizo una reverencia simulando respeto—. Preferimos guardarnos esa información.

—Desde hace días sabemos que había alguien en este edificio —Samm recogió el fusil de Kira del suelo— pero además reconocimos las señales de la misma persona que casi nos hizo estallar dos veces, por eso nos tomamos un tiempo para entrar. No tuvimos la certeza de que estabas aquí hasta... —hizo una pausa e inclinó la cabeza, como haciendo cálculos— hace treinta segundos. Cuando te vi la cara.

Entregó el fusil a Kira, que lo aceptó, confundida.

—¿No me...? —se interrumpió al darse cuenta de que casi había revelado delante de Heron que era una Parcial. Iba a preguntar por

qué no la habían captado en el enlace, dado que ella los había percibido con tanta claridad, pero no sabía si Samm se lo había dicho o no. Se lo preguntaría más tarde, en privado.

Hizo a un lado esos pensamientos y volvió a mirar a Samm.

—Podrían haber llamado a la puerta y ya...

Suspiró y sacudió la cabeza. No podían llamar y ya, porque si se equivocaban y adentro había alguien más en vez de Kira, se estarían exponiendo a un peligro mucho mayor: a una facción Parcial opositora o a la trampa explosiva de Afa. *¿Hasta dónde habrá llegado Afa?*

—Una mejor respuesta a tu pregunta —dijo Samm— es que estamos aquí porque necesitábamos encontrarte. Estás en peligro.

—La doctora Morgan está buscándote —explicó Heron, e hizo una pausa lo suficientemente larga como para que Kira se sintiera incómoda, antes de añadir—: estamos aquí para asegurarnos de que no te encuentre.

—¿Ya no estás con ella? —preguntó Kira, con desconfianza.

—Yo estoy conmigo —respondió Heron—. Siempre.

—Pero ¿por qué?

Heron echó un vistazo casi imperceptible a Samm, pero no respondió.

—Está ayudándome —dijo Samm—. Morgan está dedicando todos sus recursos a buscarte.

Kira eligió con cuidado las palabras de su siguiente pregunta.

—¿Cuánto sabe?

—Sé que eres una Parcial —respondió Heron—, si eso es lo que estás preguntando. Una especie rara que ninguno de los médicos pudo identificar —sonrió ligeramente, levantando una ceja—. Supongo que aún guardas el secreto, ¿verdad? ¿No se lo dijiste a tus amigos humanos antes de marcharte?

—No es tan fácil —replicó Kira.

—Es lo más fácil del mundo —dijo Heron—, a menos que... Todavía intentas estar de los dos lados, ¿no es así? Con Parciales y humanos a la vez. ¿Tratas de salvar a ambos? No podrás

hacerlo.

—¿Y de pronto tú eres experta en mi vida?

—exclamó, enojada.

Heron levantó las manos, simulando ponerse a la defensiva.

—Alto ahí, tigresa, ¿de dónde salió tanta hostilidad?

Kira casi le gruñó.

—La última vez que te vi estabas amarrándome a una mesa de operaciones. Trabajabas para la doctora Morgan. No veo por qué ahora debería confiar en ti.

—Porque aún no te he matado.

—Creo que no entiendes mucho lo que es confiar —dijo Kira.

—Puedes confiar en ella porque yo confío en ella —intervino Samm, e hizo una pausa—. Es decir, si todavía crees en mí.

Kira lo observó, recordando cómo la había traicionado... y cómo la había salvado. ¿Confiaba en él? Un poco, sí, pero ¿cuánto? Exhaló largamente e hizo un gesto de impotencia.

—Dame una razón para hacerlo.

—Deserté de la facción de la doctora Morgan cuando te liberé del laboratorio —dijo Samm—. Heron nos siguió, esperó hasta que ustedes se fueron y, después de que hablamos sobre lo que habíamos visto, me propuso un plan: buscar nosotros mismos la cura para la fecha de vencimiento. Por eso habíamos ingresado en la facción de Morgan, en primer lugar, pero sus métodos se habían vuelto... de mal gusto.

—Eso es un eufemismo —repuso Kira.

—La fecha de vencimiento nos matará en menos de dos años —dijo Heron, y Kira notó un dejo de frialdad e ira en su voz—. Hasta el último Parcial del mundo acabará muerto. Frente a la certeza del genocidio, los métodos de Morgan no me parecen tan extremos.

Kira miró brevemente a Heron, y luego otra vez a Samm.

—Y aun así la abandonaron.

—Lo hicimos por ti —explicó Samm. Kira sintió que una oleada reconfortante le recorría el cuerpo, pero siguió escuchándolo en silencio—.

El descubrimiento de que eras Parcial lo cambió todo, Kira; en este momento eres, literalmente, justo lo que esperamos ser desde hace veinte años.

—¿Alguien que está perdido?

—Humana —Samm dio un golpecito en la foto de ella cuando era niña—. Lo eres. Creces. No estás esclavizada a un sistema químico de castas. Los exámenes preliminares de tu cuerpo que hizo la doctora Morgan sugieren que ni siquiera eres estéril.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó, confundida.

—La hemos estado espiando desde que te fuiste —respondió Samm—, tratando de estar un paso adelante. Está buscándote por todas partes; la invasión de Long Island es su último recurso para hallarte y terminar sus experimentos.

—Pero ¿cómo es posible que no sepa lo que soy?

—Ella está convencida de que el secreto de nuestro vencimiento tiene que ver contigo —

respondió Samm—. Sigue experimentando con humanos, pero se concentra principalmente en dos cosas: encontrarte a ti y al Consorcio.

—Querrás decir al resto del Consorcio —dijo Kira. Samm frunció el ceño, confundido, y Kira explicó—: la doctora Morgan es parte del Consorcio. McKenna Morgan, especialista en bionanotecnología y mejoramiento humano. Trabajó en ParaGen durante años; tengo todo su currículum arriba.

—¿Cómo puede ser que haya trabajado en ParaGen si es parte del Consorcio? —preguntó Samm, que seguía confundido. No son científicos humanos; son generales y médicos Parciales que asumieron nuestro liderazgo después del Brote.

—Será mejor que subamos —Kira frunció los labios.

Afa se había ido sin dejar más rastro que un agujero humeante en la pared del octavo piso.

Había utilizado un pequeño explosivo para abrir una brecha entre ese edificio y el contiguo, y había escapado mientras Kira peleaba con los Parciales. Se había llevado su mochila, pero no había hecho volar el edificio, y Kira sabía que pronto regresaría; no soportaba estar lejos de su biblioteca por mucho tiempo. Mientras tanto, llevó a Samm y a Heron a una de las salas de archivo, una antigua cabina de sonido con una mesa ancha y una serie de armarios acomodados en círculo. Allí guardaba Afa sus registros más extensos y valiosos sobre el funcionamiento interno de ParaGen, y Kira había estado revisándolos meticulosamente durante sus descansos de la radio. A medida que los Parciales se volvían más sagaces y que los humanos se retiraban fuera del alcance efectivo de la radio, esos descansos se fueron haciendo más largos y rendidores.

—Primero esto —indicó Kira, mientras colgaba su farol de aceite en un gancho de la pared y sacaba una hoja donde estaba impreso un viejo correo electrónico de la compañía—. Es

la convocatoria a una reunión que el gerente financiero les envió a los directivos más altos de los laboratorios de ParaGen. Esta parte de arriba es una lista de direcciones de correo electrónico... una especie de nombres en clave que usaba el sistema de computadoras para enviar mensajes a la gente.

—Conocemos el correo electrónico — aclaró Heron.

—Oye —dijo Kira—: toda esta tecnología es nueva para mí... Tenía apenas cinco años cuando ustedes destruyeron todo, ¿te acuerdas?

—Continúa —pidió Samm.

Kira miró a los dos Parciales y por primera vez reparó en lo distintos que eran. Samm, como siempre, era directo; no decía ni la mitad de lo que sentía, pero cuando hablaba era simple y utilitario. Había explicado su naturaleza taciturna como un efecto secundario del enlace: como este transmitía la mayor parte de su estado emocional, no necesitaba hacerlo con palabras. Los Parciales usaban su voz para comunicar ideas y sus feromonas para transmitir el

contexto social de esas ideas: qué sentían al respecto, si estaban nerviosos, relajados o entusiasmados. Para un observador humano no conectado al enlace, los Parciales eran fríos y robóticos. Heron, en cambio, era llamativamente humana en su forma de comunicarse: usaba gestos faciales, modulaba la voz, empleaba modismos y hasta lenguaje corporal de un modo que Kira no había visto en ningún otro Parcial. *Bueno, pensó, cualquier otro excepto yo. Aunque apenas puedo detectar el enlace y crecí sin acceso a él. Hablo como humana porque llevo toda la vida comunicándome con ellos.*

¿Cuál será la explicación de Heron?

Samm la miraba con expectación, y Kira volvió a poner su atención en la hoja impresa.

—Comparé este mensaje con algunos de los otros archivos que Afa tiene aquí, y creo que estas seis personas son el Consorcio; quizá falte alguien, pero estoy casi segura de que los cabecillas más importantes estaban en este grupo —señaló cada dirección mientras los

nombraba—: Graeme Chamberlain, Kioni Trimble, Jerry Ryssdal, McKenna Morgan, Nandita Merchant y... —hizo una pausa— Armin Dhurvasula. Quizá reconozcan algún nombre.

—La general Trimble dirige la Compañía B —dijo Samm—. Sabemos desde hace un tiempo que era parte del Consorcio, pero como dije antes, el Consorcio está formado por Parciales, no por humanos. Y esa Morgan... es probable que haya más de una doctora Morgan en el mundo; no hay garantía de que sea la misma.

—Fíjate en su página informativa —insistió Kira, al tiempo que le entregaba varias hojas—; esta es una impresión del sitio de la compañía en Internet. Hay una foto.

Heron tomó los papeles y Samm leyó por encima de su hombro, mientras ella los hojeaba. Se detuvieron en la foto y la examinaron con atención; no era de la mejor calidad, pero la imagen era inconfundible. Kira había pasado solo unos minutos con la doctora, pero llevaba su rostro grabado en la memoria, como una

cicatriz. Era la misma mujer.

—La doctora Morgan es Parcial —dijo Heron, mientras dejaba los papeles—. Está en el enlace, todos la hemos percibido. Está con nosotros desde antes del Brote. Es inmune al RM. Diablos, sobrevivió a una balacera con Samm a corta distancia cuando escapaste... eso es señal segura de que tiene reflejos Parciales. Es imposible que sea humana.

Kira asintió y hurgó en otro armario.

—Uno de estos registros es un informe de un investigador corporativo. Parece que algunos integrantes del Consorcio se habían hecho modificaciones genéticas Parciales. Los líderes de la compañía se pusieron furiosos cuando se enteraron.

—¿Modificaciones genéticas Parciales? —repitió Samm—. ¿Y eso qué significa?

—Antes de dedicarse al área de los organismos biosintéticos —explicó Kira—, ParaGen se había iniciado en biotecnología; hacían modificaciones genéticas para humanos: corregían defectos congénitos, mejoraban la

fuerza y los reflejos de la gente y hasta realizaban modificaciones cosméticas, como el aumento mamario. Cuando ocurrió el Brote, casi todas las personas nacidas en hospitales de Estados Unidos tenían algún tipo de modificación genética desarrollada específicamente por ParaGen o por alguna otra compañía de biotecnología. Este informe no entra en detalles, pero habla específicamente de «modificaciones genéticas Parciales». Creo que algunos miembros del Consorcio estaban usando en sí mismos la tecnología que habían desarrollado para ustedes... nosotros.

—Se dieron el enlace y luego lo utilizaron para controlarnos —dedujo Heron, en un tono cargado de rencor.

—O sea que se convirtieron en... *semiParciales* —dijo Samm. No lo manifestaba en forma evidente, pero Kira se dio cuenta de que estaba tan perturbado como Heron, aunque quizá menos furioso. Hizo una pausa y luego miró a Kira—. ¿Crees que eso pueda ser lo que eres tú?

—Yo pensé lo mismo —respondió—, pero no hay manera de saberlo a ciencia cierta sin examinar mejor el bioescaneo que me hizo Morgan. Sin embargo, todos los médicos que estaban allá parecían bastante seguros de que yo era Parcial, no un simple híbrido. Hablaban de códigos Parciales específicos grabados en mi ADN. Pero no descarto nada.

Heron volvió a mirar la lista.

—Así que Morgan es parte del Consorcio. Igual que tu amiga Nandita —levantó la vista y la fijó en Kira.

Ella tuvo la súbita sensación de estar siendo analizada... no por un científico, sino por un depredador. Casi esperaba que Heron se lanzara sobre ella y le mordiera el cuello. Bajó la vista, demasiado incómoda.

—Nandita me dejó un mensaje —les dijo. Sacó la foto del bolsillo de su mochila y se la entregó a Samm—. Hace tres meses encontré esto en mi casa; por eso me marché. Esa es Nandita; ese es mi padre, Armin Dhurvasula, y la del centro soy yo. Kira... Dhurvasula.

Aún le resultaba extraño decirlo. Quizá ni siquiera fuera ese su apellido. Nunca la habían adoptado oficialmente, que ella supiera, porque todos los papeles que había leído de aquella época implicaban que a los Parciales no se los reconocía legalmente como personas. Ella no podía llevar el apellido de su padre, como tampoco lo llevaría un perro o un televisor.

Samm observó la foto con atención; sus ojos oscuros recorrían la imagen hacia uno y otro lado. Heron parecía más interesada en los diversos documentos que estaban esparcidos sobre la mesa.

—Entonces tu padre te creó en ParaGen —dijo Samm—. Él sabía que eras Parcial. Y también lo sabía tu tutora en Long Island.

—Pero ella nunca me dijo nada —respondió Kira—. Me crio como humana... y creo que mi padre también. Al menos, no recuerdo ninguna razón para pensar que no fue así. Pero ¿por qué?

—Quería una hija —sugirió Samm.

—Eras parte de su plan —corrigió Heron—.

Todos lo somos. Solo que no sabemos cuál es — levantó otro correo electrónico, uno que Kira había estado estudiando la noche anterior—. Aquí dice que la doctora Morgan estaba asignada a «desempeño y especificaciones».

—Creo que eso significa que ella programó los atributos de supersoldados que tienen ustedes —dijo Kira—. Cada integrante del Consocio desempeñó un papel en la creación de los Parciales; ella se ocupó de todos esos accesorios que los hacen lo que son: mayores reflejos, mejor vista, curación acelerada, músculos más fuertes, etcétera. El resto del equipo intentó hacerlos lo más humanos posible, pero fue la doctora Morgan la que los hizo... más.

—Y sigue haciéndolo —dijo Samm. Dejó la fotografía y miró a Kira con aire sombrío—. He oído algunos informes de que Morgan está modificando el genoma Parcial, y Heron dice que la vio personalmente.

Heron levantó una ceja, sin dejar de revisar las hojas sobre la mesa.

—Parece que la doctora no puede dejar de meter mano.

—¿Estará intentando resolver la fecha de expiración? —preguntó Kira—. Tal vez no encuentra los genes que los matan a los veinte años, así que está incorporando modificaciones para tratar de suprimirlos.

—Puede ser —respondió Samm—; si es que algo así, es posible. Pero básicamente está haciendo más... bueno, como tú dijiste: está mejorándonos. Está creando ciertos Parciales más fuertes o más rápidos. Dicen que tiene todo un escuadrón que puede respirar bajo el agua. Se está apartando del modelo humano.

—Parece que le ha dado la espalda a la humanidad —observó Kira—. O quizá simplemente le perdió la fe.

—En ParaGen tuvo ayuda —comentó Heron, mientras levantaba otro papel—. Miren: Jerry Ryssdal estaba asignado al mismo proyecto, o a otra parte de él.

Kira asintió, maravillada por la capacidad de Heron de organizar la información esparcida

sobre la mesa. A ella le había llevado varios días hallar esas conexiones, pero Heron estaba armando el rompecabezas en cuestión de minutos.

—No sé con exactitud cuál fue el aporte de Ryssdal —dijo Kira—, pero creo que tienes razón: algunos trabajaban en pareja.

—¿Pero no todos? —preguntó Samm.

—Francamente, no tengo idea —dijo Kira, encogiéndose de hombros—. Estamos hablando de los mayores secretos de una compañía increíblemente reservada, y de un círculo más hermético aún que aparentemente trabajaba para y contra ella a la vez. Hasta los datos más básicos están sepultados bajo varias capas de seguridad y correo electrónico codificado, y ni siquiera puedo estar segura de que las pistas que encontré sean reales o solo datos erróneos destinados a despistar. Afa lleva años trabajando en esto, incluso desde antes del Brote, pero está... incompleto. No tenemos las respuestas. Por otra parte, él está... —Kira hizo una pausa, sin saber bien cómo describir el estado del

hombre—. Digamos que está solo desde hace años y eso le afectó el cerebro, pero aun así es un genio. Estaba recolectando información sobre el fin del mundo incluso antes de que este se terminara. Tiene cosas sobre la Guerra de Aislamiento, la industria biotecnológica, los Parciales y... todo. Trabajaba en ParaGen; estaba a cargo del sistema informático, que es de donde viene casi todo esto —hizo un gesto para señalar toda la habitación, y Samm asintió al corroborarlo.

Heron recibió la información con actitud más pasiva; pareció asimilarla mientras estudiaba una serie de documentos a la vez. Sus ojos iban de un lado a otro, mientras leía los papeles que tenía delante, y de pronto frunció el ceño.

—Esto no es bueno —dijo.

—¿Qué cosa? —preguntó Samm, levantando la vista.

—Morgan es parte del Consorcio... tenemos dos ideas distintas de lo que es el Consorcio, pero ambas dicen que ella lo

integraba. Y aparentemente el Consorcio creó a los Parciales.

—Eso ya lo sabemos —dijo Kira—. No son noticias fantásticas, pero tampoco son tan terribles.

—Creo que no estás prestando atención —repuso Heron—. Empieza a conectar las piezas: Morgan construyó a los Parciales, pero no supo sobre la fecha de vencimiento hasta hace tres años, cuando la primera generación empezó a morir. ¿Por qué no lo sabía? La cura del RM está incorporada al sistema Parcial de feromonas, pero ella tampoco lo sabía. Tú eres una especie de modelo nuevo de Parcial, y ella ni siquiera tenía idea de tu existencia.

Las implicaciones golpearon a Kira como un puñetazo en el vientre, y se desplomó en una silla.

—Eso no es bueno.

—No entiendo —dijo Samm—. Las tres cosas que acabas de mencionar no tienen nada que ver con el paquete de mejoras físicas en el que Morgan trabajó, por eso me parece

comprensible que no supiera sobre ellas. ¿Por qué es tan importante?

—Porque significa que ellos no son quienes creíamos —dijo Kira—. No son *lo que* creíamos que eran. Hace dos meses salí a buscar al Consorcio porque pensaba que tenían todas las respuestas, que eran un grupo de genios con un plan detallado sobre cómo debía funcionar todo. La cura del RM, los detalles sobre la fecha de vencimiento, las respuestas sobre cómo encaja en todo esto; todo. Pero ahora que por fin estamos averiguando sobre ellos, no son más que... —suspiró al comprenderlo, por fin—. Si todo lo que dice Heron sobre Morgan es cierto, están tan fragmentados como los demás. Se guardaban secretos entre sí; interferían el uno con el trabajo del otro. Esperaba encontrar en ellos las respuestas que busco, pero empiezo a creer que quizás ellos tampoco las tienen.

—Y si ellos no las tienen —concluyó Heron—, nadie puede tenerlas.

Samm se quedó callado un momento, sumido

en sus pensamientos. Kira analizó el problema desde distintos ángulos, repasando todo lo que sabía sobre el Consorcio. Como fuera, cada integrante debería tener alguna respuesta, ¿verdad? Aun así podía buscarlos, como le había indicado Nandita, y averiguar algo. Si no había ningún plan, ella podía hacer uno. Estaban todas las piezas. Y quizá hubiera algún integrante del Consorcio que sí lo supiera todo, que supervisara el proyecto, que pudiera decirle cómo armar el rompecabezas. Cómo encajaba ella en todo eso.

Tenía que creerlo.

Samm rompió el silencio.

—¿Y los científicos que trabajaron directamente contigo? Tu padre y Nandita. ¿Qué aportaron ellos?

—Mi padre hizo el sistema de feromonas —respondió Kira—, lo cual, supongo, es lógico: no tengo todo el enlace, pero sí una versión de él. Tal vez lo diseñó a medida.

—¿Qué partes tienes? —le preguntó Heron.

—No tengo idea —dijo Kira—. Sabía que ustedes me esperaban en la escalera, y ustedes

sabían que yo los esperaba, pero en este momento no los percibo.

Heron levantó una ceja, entre burlona y curiosa.

—Nos dimos cuenta de que estabas en la escalera porque eres casi tan sigilosa como un alce. No percibimos nada de ti en el enlace... ni ahora.

—Pero yo los sentí —insistió Kira—. Sabía con exactitud dónde estaba cada uno de ustedes.

—Interesante —observó Heron.

—¿Y tú? —se dirigió a Samm. Recordó la conexión que había sentido con él en el laboratorio y de pronto se preocupó—. ¿Percibes algo? —se sintió tonta por preguntárselo, como una niña, y no pudo formular una segunda pregunta: *¿Sentiste algo?*

—Nada... en este momento —respondió, negando con la cabeza.

—¿Y antes? —preguntó Heron.

—No... no estoy seguro.

¿Qué significa esa expresión en sus

ojos?, pensó Kira. *¿Por qué estos estúpidos Parciales son tan difíciles de interpretar?*

—Tal vez ella puede recibir, pero no transmitir —supuso Heron.

—O quizá su transmisor se desactivó de alguna manera —dijo Samm—. Aunque no sé por qué.

—Para esconderme o protegerme de los demás Parciales —sugirió Kira—. Tampoco recibí esas «órdenes» de las que ustedes hablaban. Cuando la doctora Morgan quiso obligarte a obedecerla, no sentí nada.

—Pues considérate afortunada —dijo Samm, con expresión sombría.

—¿Será un modelo espía? —murmuró Heron—. Fuerza y reflejos ligeramente mejorados, físicamente atractiva, inteligencia aumentada, habilidades humanas de comunicación y aparentemente orientada a la independencia. Todo concuerda.

—¿Tienen modelos espías? —preguntó Kira.

Heron rio, y Samm inclinó la cabeza con la

expresión de confusión más humana que le había visto.

—¿Qué crees que es Heron?

—Pero si yo fuera espía, ¿cuál es mi misión? —preguntó Kira—. ¿Acaso voy a despertarme un día y una descarga de datos me ordenará asesinar a un senador? ¿Cómo es posible que hayan planeado siquiera algo así cinco años antes del Brote?

—No tengo idea —respondió Heron—. Solo digo que es una posibilidad.

—Prosigamos —dijo Samm—: Dhurvasula desarrolló el sistema de feromonas, pero ¿y Nandita?

—Esa es otra de las grandes incógnitas que tenemos —respondió Kira—. Nandita y otro sujeto, Graeme Chamberlain, estaban trabajando en algo llamado «el Seguro». Evidentemente, de todas las cosas que tenían que ver con el desarrollo de los Parciales, esa es la más secreta. No tengo ni un solo archivo que explique lo que era el Seguro ni lo que hacía; ni siquiera quién lo ordenó.

—¿Qué sabes de ese Chamberlain? — preguntó Samm—. Jamás lo había oído nombrar.

—Eso sí puedo decírtelo —respondió Kira—, pero es espeluznante... —abrió una carpeta y sacó un único papel: un acta de defunción—. Apenas terminó de desarrollar el Seguro, se mató.

Los tres quedaron en silencio. Kira había revisado los archivos de Afa con la mayor minuciosidad posible, y simplemente no tenían la información que ella necesitaba; sí suscitaban una gran cantidad de interrogantes, como el tema de Chamberlain, pero nunca llegaban a responderlos. Todos los secretos importantes seguían encerrados en alguna parte: ¿quiénes conformaban el Consorcio?, ¿por qué habían creado el RM?, ¿qué era el Seguro?

¿Qué soy?, pensó Kira. *¿Cuál es mi propósito en todo esto?* Sin más información, no había manera de saberlo.

Fue Samm, siempre pragmático, siempre directo, quien volvió a romper el silencio.

—Tenemos que ir.

—¿A dónde? —preguntó Kira.

—A ParaGen —respondió Samm—.

Adonde sea que estuvieran ellos cuando planearon todo esto, cuando tomaron las decisiones. Si la información no está aquí, solo puede estar allá.

—Eso no va a ser fácil —le advirtió Heron.

Kira asintió.

—La sede central estaba en Denver. No recuerdo mucho lo que estudié de geografía del viejo mundo, pero estoy bastante segura de que no queda cerca.

—Así es —dijo Heron—, y la ruta para llegar allá será, sin dudas, un infierno.

—¿Qué tan horrible puede ser? —preguntó Kira, señalando alrededor con un gesto—. Llegamos hasta aquí, ¿no? ¿Acaso será peor?

—Francamente, no sabemos sobre Denver —respondió Samm, echando un vistazo a Heron—, pero es prácticamente imposible cruzar la mayor parte del Medio Oeste debido a Houston. Era la mayor refinería de petróleo y gas del mundo en el momento del Brote, y sin nadie que

la mantuviera en funcionamiento, empezó a decaer. A la larga se incendió, quizá por un rayo, no lo sabemos; y diez años más tarde sigue ardiendo y creando una nube tóxica de mil quinientos kilómetros de ancho. El Medio Oeste es un páramo tóxico, toda la zona adonde esos gases han llegado empujados por el viento del Golfo.

—¿Y ese es tu plan? —preguntó Kira.

El rostro de Samm no se inmutó.

—No era mi intención disfrutarlo, pero si es la única manera, es la única manera.

—No lo es —dijo Heron—. Podríamos llamar a la doctora Morgan ahora mismo y terminar con todo esto: la búsqueda, la guerra, todo. Ahora estamos seguros de que, aunque no sepa todo sobre el RM y la fecha de vencimiento, sabe más de lo que dejó entrever, y la información que tenemos podría ser suficiente para que desarrolle un plan para curarnos. Y no tendríamos que cruzar ese páramo infernal.

—Matará a Afa —dijo Kira.

—Es probable.

—Matará a todos —insistió, percibiendo un tono acerado en su voz—. Ella quiere resolver la fecha de vencimiento...

—A eso voy —dijo Heron.

—... pero yo quiero resolver las dos cosas —repuso Kira—: la fecha de vencimiento y el RM. Están conectados por medio de los Parciales y de ParaGen, y si encontramos los archivos de ParaGen, podemos conseguir las respuestas que necesitamos. Si nos rendimos y nos ponemos del lado de Morgan, los humanos morirán.

—Los humanos van a vivir —la contradijo Heron—, Morgan dejará de matarlos cuando te tenga a ti.

—Bueno, morirán en unas décadas —insistió—, pero morirán. No se curará el RM, no podrán reproducirse y la raza humana se extinguirá.

—¿Nunca se te ocurrió que tal vez haya llegado la hora de que se extingan? —preguntó Heron. Kira sintió como si le hubiera dado un puñetazo en la cara—. Tal vez se acabó el

tiempo de los humanos y es hora de que los Parciales hereden la Tierra.

—No puedo creer que digas eso —respondió Kira con un siseo.

—Eso es porque todavía te crees una de ellos —replicó Heron.

—¡Es porque me importa la gente y no quiero que muera!

—Todos los días mueren Parciales, ¿acaso te importan?

—Ya te lo dije: intento salvar a todos...

—¿Y si no puedes? Un viaje a través del continente es increíblemente peligroso. ¿Y si no llegamos? ¿Y si llegamos y no hallamos respuestas? ¿Y si tardamos tanto que todos los Parciales mueren antes de que regresemos? ¡No quiero arriesgar su vida solo porque tú no pudiste tomar partido! —los ojos de Heron estaban prácticamente dilatados de furia, pero Kira le sostuvo la mirada sin miedo.

—Ya tomé partido —replicó, en tono sombrío—. Y eso incluye a todos. Y pienso salvar a todos.

Heron la miró, furiosa, casi como un perro amenazante. Samm intervino desde su típica postura imperturbable.

—Si vamos a ir, debemos ir ahora; cuanto antes nos marchemos, antes vamos a regresar —miró a Heron—. Te necesitamos, o nunca lo lograremos.

Kira miró a ambos y se armó de valor.

—Si vamos a hacer esto, debemos hacerlo bien. Cualquier registro que encontremos estará almacenado en computadoras, sumamente encriptado. ¿Alguno de ustedes sabe cómo superar esa clase de seguridad?

Samm negó con la cabeza; Heron se limitó a seguir mirándola con furia.

Kira dio un largo suspiro.

—Entonces tenemos que buscar a Afa.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Heron encontró a Afa en una farmacia cercana, escondido en el fondo de un pequeño refugio, que obviamente había preparado años antes. Se negaba a salir e insistía, de diversas maneras, en que era el último ser humano del planeta y en que no podía dejar su mochila. Heron regresó a buscar a Kira, tal vez porque, en caso de desmayarlo de un golpe, habría tenido que llevárselo a rastras y no quería hacer el esfuerzo, y esta trató de convencerlo con calma. Lo último que querían era otra explosión.

—Necesitamos tu ayuda —le dijo. Era una farmacia ubicada en un edificio más grande; en las estanterías no quedaba nada comestible. El piso estaba cubierto de suciedad y huellas de

animales. Afa estaba en la trastienda, con la puerta cerrada, y parecía que la había bloqueado con algo pesado. Kira no vio ningún explosivo, pero eso no significaba que no los hubiera—. Ellos son amigos míos, y necesitan tu ayuda. Tienes que decirnos cómo llegar a Denver.

—Denver ya no existe —respondió, y Kira reconoció el tono distante de su voz, esos sonidos arrastrados y como ausentes que indicaban que Afa se había retirado a la protección de su estupor, quizá más profundamente de lo que ella había visto. La invasión de su edificio lo había afectado hasta lo más hondo—. Soy el último ser humano del planeta.

—La gente ya no existe —admitió Kira—, pero la ciudad sigue allí. Los archivos están allí. Queremos ayudarte a completar tu trabajo... a encontrar todas las piezas que te faltan sobre el Consorcio, los Parciales y el Seguro. ¿No quieres averiguar todo eso?

Afa lo pensó un momento.

—Tengo todo en mi mochila —respondió,

por fin—. Jamás dejo mi mochila.

—Tienes *casi* todo —lo corrigió—. No tienes datos sobre el Consorcio: ni sus planes ni sus fórmulas ni sus secretos, sus motivos; nada. Necesitamos esa información, Afa; podría ser la única manera de salvarnos, a humanos y a Parciales.

—Demasiado peligroso —murmuró—. Van a quemarse. Van a envenenarse.

Kira echó un vistazo a Samm y luego se volvió nuevamente hacia la puerta de Afa.

—Nos cuidaremos lo más posible —dijo—. Mis amigos son los mejores exploradores que conozco, y yo también me desenvuelvo bastante bien. Podemos cubrirnos, llevar nuestra agua, defendernos de los animales salvajes... podemos hacerlo. Créeme, Afa, podemos recuperar los archivos que faltan.

—Me parece que estás exagerando un poco nuestras cualidades —susurró Heron—. El páramo va a ser un infierno, por mucho que nos preparemos.

—Él no tiene por qué saberlo —respondió

Kira, también en un susurro.

La farmacia estaba en silencio; todos esperaban mientras Afa pensaba. Los pájaros volaban afuera, entre los edificios en ruinas, observados atentamente por un gato salvaje apostado en el alféizar de una ventana alta. El sol matutino convertía los autos oxidados en sombras desdibujadas en la calle.

—Podrían ir a Chicago —dijo Afa.

—¿Qué? —Preguntó Kira volviéndose inmediatamente hacia la puerta de Afa.

—ParaGen estaba en Denver, pero su centro de datos quedaba en Chicago —explicó. Ahora su voz se oía más clara, lúcida y segura —. ¿Recuerdas lo que te conté de la nube? Toda la información de la nube estaba almacenada en alguna parte, en una computadora física, y la mayor parte de ese almacenamiento físico se centralizaba en unos lugares enormes llamados centros de datos. El de ParaGen estaba en Chicago.

—¿Por qué no tenían sus datos en sus propias oficinas?

—Porque con la nube las distancias no significaban nada —respondió Afa. Kira oyó deslizarse un cerrojo, luego otro, y dos más. La puerta se entreabrió, pero él siguió escondido detrás—. Almacenar información digital en Chicago era lo mismo que hacerlo en Denver, Manhattan o donde fuera, porque se podía acceder a ella desde cualquier lugar. Como director de TI, yo trabajaba todo el tiempo con el centro de Chicago, estableciendo permisos y seguridad, y tomando medidas para que nadie más que nosotros pudiera acceder a los datos. A menos que estén en papel, te garantizo que están en el centro de datos.

—Si es así de fácil —preguntó Samm—, ¿por qué nunca fuiste a buscar esa información?

—Son más de mil kilómetros —respondió Afa—; más si no se puede volar. No puedo ir tan lejos... tengo que quedarme aquí con mis archivos.

Kira echó otro vistazo a Samm.

—Pero te necesitamos, Afa. No podemos hacerlo sin ti.

—No puedo ir —repitió el hombre.

—No lo necesitamos —dijo Heron, levantando la voz lo suficiente para que Afa la oyera; Kira notó que lo hacía a propósito—. Los centros de datos funcionan con electricidad, obviamente, así que tendremos que reactivar el generador auxiliar, que no durará mucho. Eso ya será difícil. Luego tendremos que descubrir qué servidores guardan los archivos de ParaGen, entre esos cuál tiene los archivos del Consorcio y luego hallar los archivos con la información que buscamos; y todo esto tratando de superar los más potentes protocolos de seguridad que había en el viejo mundo.

—Yo ya sé todo eso —dijo Afa—. Podría encontrarlo fácilmente.

Heron sonrió.

—Pues ven a ayudarnos —pidió Kira.

—No puedo dejar mis archivos.

—Puedo arreglármelas muy bien sola —prosiguió Heron, con una sonrisa maliciosa, buscando poner a prueba los conocimientos de Afa—. No lo necesitamos.

—Nunca lo lograrán —dijo Afa.

—Una vez que encontremos los archivos correctos —dijo Heron—, tendremos que decodificar los datos y descargarlos a una computadora portátil antes de que se agote el generador, así que probablemente tengamos un solo intento. Será una proeza asombrosa, extraer un archivo de computadora de un edificio en ruinas de una civilización perdida. Será como *hackear* las pirámides de Giza.

La puerta se abrió un poco más, y Heron asintió con aire triunfante.

—Ustedes saben sobre las zonas salvajes —señaló Afa—. Kira dijo que son exploradores. No saben sobre computadoras.

—Sé lo suficiente.

La puerta se abrió más aún.

—¿Saben cómo traspasar un cortafuego Nostromo-7? —preguntó Afa, y Kira advirtió la diferencia en su voz: estaba despertando mentalmente, estimulado por la idea. Había pensado que Heron lo provocaba como un intento de hacerlo salir, desafiándolo a

declararse mejor, pero en realidad estaba atrayéndolo con inteligencia. Le presentaba un reto tan interesante y tan dentro de su área de experiencia, que él no podía sino entusiasmarse. Kira había hecho lo mismo con Marcus, más de una vez, en sus investigaciones médicas.

Samm meneó la cabeza y dijo, con voz queda:

—Esto no me gusta. Es peligroso llevarlo.

—También lo es dejarlo —repuso Kira—.

La doctora Morgan también me busca a mí, ¿no? ¿Crees que no va a encontrar esta estación de radio tarde o temprano? Y no será muy indulgente con el hombre mentalmente dañado que encuentre aquí.

—No es solo que está mentalmente dañado —dijo Samm—; además es un paranoico que vuela edificios y no podemos controlarlo ni prever sus actos. Si lo llevamos a la zona salvaje, es tan probable que nos mate como que algo lo mate a él.

—¿Cuáles son nuestras otras opciones? —preguntó Kira—. No podemos preguntarle a

Morgan: A, porque es perversa; B, porque no sabe nada sobre mí, la fecha de vencimiento ni el Seguro. Sería genial si encontráramos a Nandita, pero toda la población de Long Island la busca desde hace meses y no aparece.

—Podríamos hablar con Trimble —propuso Samm—, suponiendo que los de la Compañía B no nos maten al vernos.

—Y suponiendo que todavía queda algo de la Compañía B —acotó Heron—. Morgan los ha estado reclutando por montones. Pero Trimble no tiene que ver con las feromonas, el Seguro ni el vencimiento, según los archivos que nos mostraste. No sabrá más que Morgan.

Los ojos de Kira se dilataron.

—¿Saben dónde está Trimble?

—Está a cargo de la Compañía B —respondió Samm—. Ella y Morgan son el rostro principal del Consorcio desde hace años; ahora sabemos que no es solo una mensajera, sino una de ellos.

—La Compañía B detesta a la Compañía D —agregó Heron—. La mayor parte de la guerra

civil que viste aquí, en el continente, es una lucha entre ambas.

Kira hizo una mueca.

—Sería mucho más fácil salvar el mundo si aquellos a quienes intentamos salvar dejaran de matarse entre sí.

La puerta de Afa se entreabrió un poquito más, y él espío con un ojo.

—No dijeron nada sobre los Nostromo-7, así que supongo que no saben traspasar uno. Yo sí.

—No deberíamos estar haciendo esto —susurró Samm.

—Es un buen hombre —dijo Kira.

—Está demente.

—Ya lo sé —insistió Kira—. A mí no me gusta esto más que a ti, pero ¿qué otra opción tenemos? —miró a Heron—. ¿Realmente puedes hacer algo de todo eso que decías? ¿Conoces siquiera a alguien que pueda? Afa es imprevisible, lo admito, pero cuando su mente funciona bien, es absolutamente brillante.

—Cuando su mente funciona bien —repitió Samm.

—Pues vigilémoslo —propuso Kira—. Mantengámoslo lejos de las armas y explosivos; hagamos lo que haga falta para que permanezca contento, lúcido y amigable —hizo una pausa—. Es la única manera de conseguir la información que buscamos.

Los Parciales la observaron. Samm se volvió hacia la calle.

—Vamos a necesitar caballos.

—Podemos ir más rápido a pie —dijo Heron.

—Tú y yo, sí —respondió Samm—; Kira no, y sin duda Afa tampoco. Por el modo en que respira, debe de pesar unos ciento treinta kilos.

Kira arqueó una ceja.

—¿Puedes deducir su peso por su respiración?

—Es trabajosa e irregular —respondió Samm—. Le va a dar un infarto antes de que lleguemos a la mitad del camino.

—Hay un campamento al noreste de aquí, no muy lejos —dijo Heron—, un puesto de vigilancia de la Compañía A en el Bronx. No son

precisamente amigables con la D, pero tampoco buscan pelea. Samm y yo podemos infiltrarnos, robarles los caballos y reunirnos con ustedes allá —dijo, señalando—, en el puente George Washington.

—¿Van a tomar por sorpresa un puesto de vigilancia?

—Hay muy poca gente tan al sur —explicó Heron—. Solo están para vigilar la base militar de los humanos del otro lado de la bahía. Nosotros llegaremos desde un ángulo distinto y no van a sospechar nada.

—Aun así, me parece que será más difícil de lo que ustedes lo pintan —comentó Kira—. Digo, son Parciales, pero ellos también.

—Pero ninguno es como yo —dijo Heron. Se volvió y salió a la calle, cargándose el fusil al hombro—. Si quieren hacer esto, hagámoslo. Nos vemos mañana al mediodía en ese puente. Estén listos —agregó, y empezó a alejarse.

Kira miró a Samm.

—Tú... —no sabía qué decir—. Cuídate... Regresa.

—Mañana al mediodía —dijo Samm. Vaciló, con la mano en el aire junto al brazo de Kira; luego dio media vuelta y siguió a Heron.

Kira se volvió hacia Afa, que seguía escondido tras la puerta.

—¿Oíste eso? —le preguntó—. Tenemos un día y medio para prepararnos. Vamos a hacerlo.

—¿Crees que estoy mentalmente dañado?

Kira sintió una oleada de calor en la cara.

—Lo siento —le dijo, en tono suave—. No sabía que nos oías.

—Oigo todo.

—Creo... —se detuvo, sin saber bien cómo explicar lo que sentía—. Quiero que seamos realistas, Afa. Eres un hombre brillante, y eso también lo dije.

—Te oí.

—Pero también eres... incoherente. Incoherentemente capaz, supongo. Sé que eso suena terrible, pero...

—Sé lo que soy. Hago lo que puedo. Pero sé lo que soy.

—Eres mi amigo —dijo ella con firmeza—.

Haré todo lo que esté en mi poder para ayudarte.

Salió de detrás de la puerta; la lucidez brillante había desaparecido y parecía un niño gigante.

—Esta es mi mochila —dijo, al tiempo que se la cargaba a los hombros—. Nunca dejo mi mochila.

Kira lo tomó del brazo.

—Volvamos a tu casa y empaquemos la mía.

CAPÍTULO DIECISIETE

Marcus corrió de un árbol a otro por la calle donde antes vivía Kira. Sus sentidos buscaban constantemente cualquier cosa que pareciera fuera de lo común: un crujir de hojas, una cara o un cuerpo, una puerta o ventana rotas. El ejército Parcial estaba apenas a media hora de allí, peleando con lo que quedaba de la última resistencia desesperada de la Red. Necesitaba salir de East Meadow, pero antes tenía que hacer algo.

La casa de Xochi tenía las ventanas y los postigos cerrados, como las demás casas de la ciudad. Marcus llamó a la puerta, vigilando los árboles con suspicacia; al fin y al cabo, en esa casa lo había abordado Heron.

Oyó que se corría un cerrojo y Xochi abrió la puerta.

—Pasa —le dijo rápidamente, y volvió a trabar la puerta al cerrarla tras él.

La casa olía a albahaca, nuez moscada y cilantro, una cacofonía de aromas que competían entre sí. Xochi dejó el arma que tenía en la mano y siguió empacando con frenesí; Marcus se quedó de pie, incómodo, en el medio de la sala.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó ella, levantando la vista desde su mochila a medio empacar—. Pensé que ya estarías en camino a nuestro refugio —Xochi e Isolde habían elegido un punto central de la isla adonde podía huir su grupo de amigos y reunirse en caso de que la defensa de la Red fracasara. Marcus no respondió de inmediato; aún no sabía cómo empezar. Tenía muchas preguntas, pero ¿querría Xochi hablar siquiera de ese tema? Ella frunció el ceño al percibir su indecisión, y con un gesto señaló hacia la cocina—. ¿Necesitas algo? ¿Agua? Tengo unos limones que no voy a

llevarme; puedo prepararte limonada.

—Deja, no te preocupes.

—No me lleva más que treinta segundos, si quieres...

—No, gracias —respondió. Movi6 el ment6n y los labios, como preparando la boca para la conversaci6n, pero era solo una t6ctica para demorarla. A6n no sab6a bien c6mo empezar. Se sent6, volvi6 a ponerse de pie, nervioso, y se6al6 el sof6— Si6ntate.

Ella se sent6 con aire solemne.

—¿Qu6 pasa, Marcus? Nunca te hab6a visto as6.

—Habl6 con Kira —dijo. Los ojos de Xochi se dilataron, y Marcus asinti6—. La primera vez fue hace tres semanas, cuando Haru y yo est6bamos en el frente. Desde entonces, unas seis, quiz6 ocho veces. No s6 d6nde est6, pero estuvo escuchando nuestras radios y las de los Parciales, y pas6ndonos informaci6n; nada que nos ayude a ganar la guerra, obviamente, pero s6 suficiente para evitar que nos mataran a Haru y a m6.

—¿Está bien?

—Está muy bien —respondió Marcus—.

Mejor que nosotros, al menos, aunque eso no va a durar mucho si la encuentran. La doctora Morgan está dedicando todos sus recursos a esto.

—Sí. Eso me dijo Isolde. Aparentemente, el motivo de la invasión es encontrarla. ¿Sabes por qué?

—No —respondió Marcus—. Kira no quiso contármelo. Está rara desde que estuvo en el laboratorio de Morgan, como si le hubieran hecho algo de lo que no quiere hablar.

—Fue una experiencia bastante traumática —recordó Xochi.

—Lo sé —respondió Marcus enseguida—, lo sé, pero... Déjame hacerte una pregunta: ¿cuál es tu primer recuerdo de Kira?

Xochi se puso a jugar con las correas de su mochila, enrollándolas en pequeños cilindros mientras hablaba.

—Yo estaba en la escuela, en la vieja, al lado del hospital. Llevaba un par de años en las

granjas con Kessler, pero peleábamos como tigres, ya por entonces, y por eso cuando cumplí ocho años me envió a la escuela en East Meadow.

Marcus casi sonrió al recordar.

—Le pegaste a Benji Haul en tu primer día.

Xochi se encogió de hombros.

—Él se lo buscó. Pasé la tarde castigada, y Kira estaba también allí por... no recuerdo; creo que había encendido fuego con el fósforo de las lamparillas o algo así, una de esas cosas locas que siempre estaban tramando ustedes dos.

—¿Y Nandita? —preguntó Marcus.

Xochi frunció el ceño.

—¿Qué me estás preguntando?

—¿Cuándo la conociste? ¿Poco después de eso?

—No, fue por lo menos un año más tarde —respondió Xochi—. Yo nunca venía aquí porque estaba confinada a la escuela por orden de Kessler, y tampoco la veía a Nandita allá, porque siempre que había presentaciones, ferias o algo así, yo corría a esconderme. Ya tenía

suficientes problemas con mi mamá de mentira; no necesitaba estar con nadie más. ¿Por qué me preguntas por Nandita?

—No te he contado todo —dijo Marcus, y se acercó más—. ¿Te acuerdas de aquella Parcial que siguió a Samm cuando salimos del laboratorio de Morgan? Una asesina o algo así; él nos dijo que estaba observándonos cuando subimos al bote para volver a casa.

—Sí, me acuerdo —respondió Xochi—. ¿Por qué?

—Porque estuvo aquí. Hace cuatro o cinco semanas, en el patio de esta casa.

—¿Aquí?

—Buscaba a Kira —prosiguió—, pero también a Nandita. Tenía una foto de ambas, antes del Brote; estaban de pie delante del edificio de ParaGen.

Xochi se quedó helada.

—Nandita no conocía a Kira antes del Brote.

—Eso creía yo también —dijo Marcus—. ¿Alguna de ellas mencionó algo alguna vez?

—Nandita hablaba de cómo había conocido a las chicas —farfulló Xochi—. Contaba unas anécdotas de cómo las había encontrado, una por una...

—¿Y qué contaba de Kira?

Xochi empujó su labio inferior hacia afuera, pensativa.

—La encontró en el continente —respondió—, en un campamento de refugiados. Un día llegó un gran grupo de soldados, estadounidenses o de NADI o lo que fueran, con muchos sobrevivientes que habían recogido, y Nandita vio a Kira insultando a uno de los guardias porque no tenían flan.

—¿Insultándolo? —repitió Marcus, arqueando una ceja.

—Conoces a Kira —rio Xochi—. Es apasionada ahora, y ya lo era en aquel entonces. Nandita la llamaba «Pequeña Explosión». Además, tenía cinco años y acababa de pasar quién sabe cuánto tiempo sin nadie con quien hablar más que los soldados; probablemente tenía un vocabulario monstruoso. El soldado no

dejaba de pedirle disculpas por lo del flan, y aquella niñita seguía poniendo seriamente en duda la moral de su madre; entonces intervino Nandita para enseñarle modales —Xochi sonrió, con expresión distante—. Creo que la situación le pareció demasiado adorable para dejarla pasar, pero siempre insistió en que lo hizo para enseñarle.

—¿Para enseñarle?

—Solo hablaba de eso —prosiguió—, desde que la conocí. Decía que tenía que enseñar a sus niñas. No sé qué cosa; a mí me enseñó herbolaria.

—Si Nandita conocía a Kira desde antes —dijo Marcus—, ¿por qué habrá fingido lo contrario?

—Dijiste que en la foto estaban delante de un edificio de ParaGen, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues, si ella tuvo algo que ver con ParaGen, no es tan sorprendente que haya guardado el secreto. A algunos de sus empleados los lincharon en los primeros días

después del Brote, hasta que el Senado se organizó y empezó a imponer el orden. Si yo hubiera trabajado para la compañía que creó a los Parciales, aunque hubiera sido empleada de limpieza, no se lo habría contado a nadie.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con Kira? —preguntó Marcus.

—Estoy tratando de dilucidarlo —respondió, y frunció la boca—. A ver qué te parece esto: al llegar a esta isla nadie conocía a los demás. La población de Estados Unidos cayó de cuatrocientos cincuenta millones a cuarenta mil. Es más o menos una de cada mil doscientas personas. La probabilidad de que alguna de ellas conociera a otra era ridícula, y en los pocos casos en que dos sobrevivientes sí se conocían, como Jayden y Madison, el doctor Skousen los interrogaba como a nadie, tratando de hallar algún factor correlativo de supervivencia. Si Nandita declaraba que conocía a Kira desde antes, no la habrían dejado en paz hasta averiguar hasta el último dato. Y si alguno de esos datos decía que Nandita trabajaba en

ParaGen, es probable que haya tenido mucha razón en tener miedo de que la apresaran e interrogaran, o peor, que la mataran, si la gente estaba lo bastante furiosa.

—Hasta el último dato —repitió Marcus, casi para sí mismo—. Casi deseo que lo hubieran hecho.

—¿Que la hubieran matado?

—Que la hubieran interrogado —aclaró Marcus. Apoyó un dedo en una mesita y se puso a trazar con él las vetas de la madera—. Hasta el último dato sobre las dos personas que los Parciales buscan a tal punto que están dispuestos a dar vuelta esta isla —asintió—; sí, casi deseo que lo hubieran hecho.

—Tienes que informar al Senado sobre Heron —dijo Xochi.

—Se lo dije a Mkele —respondió—. No soy estúpido. Mkele está buscando a Nandita, pero no estoy muy ansioso de contarle al Senado que estuve en contacto con el enemigo —movió el dedo lentamente en torno a las volutas de un nudo—. Creo que aún tenemos miedo de que

nos linchen. Miedo de que nos atrapen. ¿Sabes lo que me dijeron las demás?

Xochi lo miró con recelo.

—¿Cuáles demás?

—Tus otras hermanas —dijo Marcus—, Madison e Isolde. Fueron evacuadas en el primer grupo para proteger a los niños; por eso hablé con ellas brevemente antes de que se fueran. Dijeron que Kira no fue la primera niña que Nandita adoptó.

—¿En serio? Digo, nunca supuse que lo fuera hasta que empezamos a hablar de esa foto, pero ahora me parece raro que no lo fuera.

—Cuando llegó Kira, ya tenía a Ariel.

Xochi asintió, como si ese dato fuera especialmente profundo.

—Ariel se mudó hace un par de años —dijo—, antes de que yo viniera a vivir aquí. No la conocí bien, pero nunca se llevó bien con las otras chicas, y le tenía un odio increíble a Nandita.

Marcus las contó con los dedos.

—Ariel, en Filadelfia; Kira, en un

campamento de refugiados; Isolde, aquí, en la isla, y Madison, un año más tarde, cuando Jayden tuvo varicela: él se quedó en cuarentena, Madison se alojó aquí, y la situación resultó tan bien que nunca se fue. Madison me dijo que Nandita peleó como una leona para que la dejaran mudarse aquí y no a otra parte.

—¿Por qué?

—Nadie lo sabe —respondió Marcus—. Pero Madison sí recuerda lo primero que le dijo Nandita cuando la trajo a la casa: «Ahora puedes enseñarme a mí».

—Y eso ¿qué significa? —preguntó, sorprendida.

—No lo sé —dijo Marcus, poniéndose de pie—, pero solo queda una persona a quien preguntarle —se dirigió a la puerta y quitó el cerrojo—. Tú ve al punto de reunión. Iré a buscar a Ariel.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Kira y Afa estaban esperando en el puente George Washington con varios equipos cuando Samm y Heron aparecieron por fin con los caballos, no justo al mediodía pero sí poco después. Afa, desde luego, traía su mochila, cargada a reventar con originales y copias de todos los documentos más importantes. Si ocurría lo peor y su colección de archivos resultaba atacada o destruida, en su mochila tenía suficiente para... Kira no estaba segura para qué. Para escribir un muy buen libro de historia sobre el fin del mundo. Lo que necesitaban ahora eran las respuestas que le dieran sentido a todo: ¿Qué era el Seguro? ¿Por qué el Consorcio había acabado con el mundo?

Y ¿cómo podían aprovechar ese conocimiento para salvar lo que quedaba?

—Es demasiado —dijo Heron, al tiempo que detenía a su caballo. El animal relinchó, agitado—. Tendremos que dejar la mayor parte.

—Ya pensé en eso —respondió Kira, señalando algunas de las cajas con un gesto—. Afa insistió en traer algunos de sus archivos más grandes, pero le dije que quizá no hubiera lugar. Si quitamos todo eso, no está tan mal.

—Necesitamos otro caballo —dijo Afa, aunque estaba rehuyendo a los cuatro que tenía delante—. Necesitamos uno de carga, como... un transporte. Un portaequipaje para todas mis cajas.

—Tendremos que dejarlas —dijo Samm, mientras se apeaba del caballo. Revisó las demás provisiones y asintió con aprobación—; comida, agua, municiones... y esto, ¿qué es?

—Es una radio —respondió Kira—. Quiero estar segura de que, llegado el caso, tendremos una manera de comunicarnos.

—Es demasiado pequeña —observó Heron

—. Con eso no podremos hablar con nadie.

—Afa montó repetidoras por toda la zona —dijo Kira—. Eso era el edificio de Asharoken, y el contiguo adonde conocimos a Samm.

—Donde *capturaron* a Samm —la corrigió Heron, con una levísima insinuación de sonrisa en los labios.

—Un momento —dijo Samm—. Todos esos edificios preparados, todas las explosiones, ¿eran repetidoras de radio?

—Yo las monté —dijo Afa, mientras reorganizaba las montañas de equipos—. No quería que nadie las encontrara.

—¿Mataste gente por unas repetidoras de radio? —preguntó Samm.

—Y depósitos de archivos —añadió Kira—. La mayoría también eran refugios temporales.

—Eso no lo hace mejor —replicó Samm.

—Ayer sabías que era un lunático paranoico —le dijo Heron—. ¿Por qué ahora es distinto?

—Porque está mal —respondió.

—¿Y ayer no lo estaba?

—Lo siento —dijo Kira—. Yo también perdí

amigos por esas bombas.

—*Esas* bombas, no: *sus* bombas.

—Y a mí tampoco me agrada eso —insistió Kira—. Exageró los cuidados y mató a personas inocentes, pero ¿sabes qué? ¿Qué bando no ha hecho eso en esta estúpida guerra?

—Él no es un bando —repuso Samm—, es un comodín.

—Un comodín que necesitamos —dijo Heron—. Ayer lo aceptamos, y hoy vamos a seguir con el plan. Está desarmado; no lo dejes colocar ninguna bomba y estarás a salvo.

Samm la miró, enojado, pero no puso más objeciones y, junto a Kira, comenzó a cargar el equipo en los caballos.

—Vamos a tener que montar otra repetidora en los Apalaches —dijo Afa, mientras colocaba cuidadosamente la radio en su alforja—. No tenemos nada que pueda enviar una señal confiable por encima de una montaña.

—¿Esa también la vas a preparar con explosivos? —preguntó Samm.

—¿Cómo sabes que traje explosivos? —le

preguntó Afa, con el ceño fruncido—. Kira dijo que no podía traerlos.

—No puedes —respondió Samm; se puso a revisar todo con ferocidad, y por fin sacó un ladrillo de C4 de un paquete lleno de comida. Se lo mostró a Heron—. ¿Ves? En esto nos estamos metiendo.

—Pues revisa el resto y cerciérate de que no haya más —dijo la chica, que tomó el ladrillo y lo arrojó por el costado del puente. Aún estaban sobre la ciudad, no sobre el agua, de manera que voló por el aire hasta que se estrelló en el pavimento.

Samm inspeccionó todo lo que habían traído, incluso la mochila de Afa, y cuando al fin quedó satisfecho, montaron y se dirigieron al oeste, cruzaron el puente y salieron a la zona salvaje: lo que antes había sido Nueva Jersey. Kira miró atrás, hacia las cajas de archivos que habían quedado abandonadas a un costado del camino.

—Viejos correos de ParaGen —dijo—. Quien los encuentre se llevará una extraña sorpresa.

—Si alguien los encuentra —dijo Heron—, es que no hemos disimulado bien nuestra partida.

Hacia años que Kira montaba a caballo, especialmente en las incursiones de rescate por East Meadow y sus alrededores, así que los primeros días del viaje se le hicieron fáciles. Heron y Samm también resultaron ser buenos jinetes, pero Afa, para sorpresa de nadie, no lo era, y eso hizo que al principio la marcha fuera lenta. Además, mientras cabalgaba, conversaba de manera extraña y desarticulada: en un momento hablaba de gatos y luego, de subrutinas de antivirus para Internet. Kira lo escuchaba sin poner mucha atención, pues en las últimas tres semanas había aprendido que, en realidad, lo único que Afa quería hacer era decir cosas en voz alta; llevaba demasiado tiempo solo para esperar una respuesta, y ella había empezado a sospechar que, aunque no hubiera

nadie que lo escuchara, hablaría solo de todos modos. Samm y Heron escudriñaban el horizonte, observando el camino que los aguardaba y los edificios a los costados en busca de señales de una emboscada. No era probable que la hubiera allí afuera; que ellos supieran, nadie vivía de ese lado de la ciudad ni en ninguna otra parte del continente, pero era mejor prevenir que curar. El camino se curvaba hacia el norte, luego al sur y nuevamente al norte, serpenteando con indolencia por los densos suburbios de Nueva Jersey. Al caer la noche, aún estaban en zona urbana, con edificios de oficinas, tiendas y apartamentos por todos lados. Pasaron la noche en un comercio de autopartes, con los caballos amarrados a unas estanterías altas para neumáticos. Heron tomó el primer turno para montar guardia, y Kira notó que los vigilaba a Afa y a ella tanto como a cualquier cosa que pudiera estar acercándose desde afuera.

Kira despertó en mitad de la noche, momentáneamente desorientada, pero al

acostumbrarse los ojos y recordar dónde se encontraba, vio que ahora Samm estaba montando guardia, sentado sobre un escritorio en el rincón. Kira se incorporó y abrazó sus rodillas con frío.

—Hola —susurró.

—Hola —respondió Samm.

Kira se quedó sentada, mirándolo, sin saber bien qué decir ni cómo decirlo.

—Gracias por regresar.

—Tú me pediste que lo hiciera.

—Digo, gracias por volver a buscarme. No tenías por qué hacerlo.

—También me pediste que hiciera eso —respondió Samm—. Dijimos que averiguaríamos lo que pudiéramos, y luego volveríamos a reunirnos para comparar notas.

—Es cierto —dijo ella, y se recostó contra la pared—. Y bien, ¿qué sabes?

—Que estamos muriendo.

—Sí... por la fecha de vencimiento.

—Tú dices eso, pero ¿de verdad entiendes lo que significa?

—Que los Parciales mueren a los veinte años.

—La primera serie de Parciales llegó a la Guerra de Aislamiento hace veintiún años —dijo—. Fueron creados el año anterior. Todos nuestros líderes, nuestros veteranos de guerra ya están muertos. Son lo más cercano que tenemos a nuestros ancestros —hizo otra pausa—. Yo fui parte del último grupo que se creó, y cumplo diecinueve en unos meses. Heron ya tiene diecinueve. ¿Sabes cuántos quedamos?

—Siempre hablamos de «un millón de Parciales» —dijo Kira—. «Hay un millón de Parciales del otro lado del estrecho». Supongo que eso ya no es así, ¿verdad?

—Perdimos a más de la mitad.

Kira acercó más las rodillas al pecho; de pronto sentía más frío. La habitación le parecía pequeña y frágil, como una casa de cartón a punto de derrumbarse por el viento.

Quinientos mil muertos, pensó. *Más de quinientos mil*. La sola dimensión del número, casi veinte veces la población humana, la aterró.

Su siguiente reflexión se presentó sin quererlo:
No falta mucho para que estemos a mano.

Inmediatamente, se sintió terrible, por pensarlo siquiera. No quería que muriera nadie más, fuera humano o Parcial, y por supuesto tampoco quería «estar a mano». Antes había estado enojada con ellos, antes de empezar a entenderlos, pero eso ya había quedado atrás. ¿O no? Al fin y al cabo, era una Parcial. Se le ocurrió que quizá también tendría que enfrentarse a una fecha de vencimiento... y un momento después se dio cuenta de que era tan diferente de los demás Parciales que tal vez no tenía vencimiento. La primera idea la estremeció, pero la segunda la llenó de una tristeza profunda y vacía. *La última de los Parciales. La última de mi gente.*

¿De qué lado estoy?

Miró a Samm, que tenía la espalda contra la pared, una pierna colgando del escritorio y el fusil tranquilamente apoyado a su lado. Era un protector, un guardián que velaba por ellos mientras estaban indefensos. Si alguien

intentaba atacarlos, no solo él lo vería primero, sino que además lo verían primero a él. Se había colocado en posición de riesgo para proteger a una chica a quien apenas conocía y a un hombre que no le agradaba y en quien no confiaba. Era un Parcial, pero a la vez era un amigo.

Ese es el problema, pensó. Seguimos pensando que hay dos bandos. No puede haberlos, ya no.

De pronto sintió deseos de acercarse a él, de acompañarlo a montar guardia, de compartir un poco de calor corporal en el frío intenso de la noche. Pero no lo hizo. Se cubrió con la manta hasta el mentón y habló.

—Lo resolveremos —dijo—. Vamos a encontrar al Consorcio y sus archivos, vamos a averiguar no solo por qué hicieron esto sino cómo... cómo podemos revocar la fecha de vencimiento, cómo podemos sintetizar la cura del RM. Sea yo lo que sea, y sea cual sea el papel que me toca cumplir en esto. Ellos ya sabían lo que sucedería, de una u otra manera, y cuando lo averigüemos podremos salvar a todos.

—Por eso regresé —dijo Samm.

—¿Para salvar al mundo?

—Yo ni siquiera sabría por dónde empezar —respondió. Su rostro era una máscara en sombras—. Vine para ayudarte. Eres la única que puede hacerlo.

Kira se envolvió más en la manta, tapándose el cuello y los hombros. *A veces un voto de confianza puede ser lo más exasperante del mundo.*

Con la primera luz del alba, empacaron y se pusieron en marcha, no sin antes alimentar y dar de beber a los caballos para el viaje. Al mediodía la ciudad casi había desaparecido, y pasaron la tarde en una zona rural, con densos bosques que, lenta pero implacablemente, iban dominando los pueblos anidados en las colinas. El parloteo constante de Afa también se fue apagando, como si la extensión de terrenos agrestes lo hiciera sentir incómodo. De vez en

cuando, Kira lo oía murmurar para sí, pero no captaba lo que decía.

Kira no sabía cómo se llamaba su caballo, pues los habían robado, y pasó el resto del día tratando de hallar un nombre apropiado. El de Samm era porfiado y terco, de modo que quiso llamarlo Haru, pero sabía que ninguno de sus acompañantes apreciaría el chiste. Reflexionó que, para el caso, bien podría llamarse Xochi o Kira. Finalmente se decidió por Buddy, un chico a quien había conocido en la escuela y que peleaba con los maestros casi por principio, porque eran la autoridad. El caballo de Samm tenía la misma actitud. El de Heron, en cambio, parecía casi decidido a obedecerla, o quizá era simplemente que ella sabía controlarlo mejor. Buscando siempre entre sus conocidos, Kira lo llamó Dug, por un alumno muy estudioso de su curso de medicina. A su propio caballo, un poco tonto y tramposo, lo llamó Bobo y a la pobre cabalgadura de Afa, Odd u Oddjob, o cualquier variante de ese nombre, según le diera la gana. Si Heron era la mejor jinete, Afa era el peor, y a

veces el pobre animal parecía tan confundido como él: alzaba y bajaba la cabeza, caminaba de costado y hacía que Afa mascullara con frustración. Era casi gracioso, pero los retrasaba, y Kira trataba de darle consejos de equitación cada vez que podía, pero no parecían servirle.

Ya casi estaba cayendo la noche cuando oyeron un grito de ayuda.

—Alto —indicó Samm, al tiempo que tiraba de las riendas para detener a Buddy. Los demás pararon con él y aguzaron el oído al viento. Odd daba pisotones y resoplaba, y Heron miró a Afa con irritación. Kira intentó concentrarse, y volvió a oír la voz.

—¡Socorro!

—Viene de allá —dijo Samm, señalando un barranco que había al costado del camino. En todas esas colinas había lagos, y durante siglos, riachuelos y arroyos habían ido trazando senderos entre ellos. El barranco en cuestión estaba cubierto por una espesura de árboles y matorrales.

—No importa —dijo Heron—. No tenemos tiempo de detenernos.

—Alguien está en problemas —respondió Kira—. No podemos dejarlo.

—Sí podemos —replicó ella.

—Es un Parcial —dijo Afa—. Soy el último ser humano del planeta.

—No —lo contradijo Samm—. No estoy enlazándome con nadie.

—Tal vez esté demasiado lejos —sugirió Kira.

—O con el viento en contra —agregó Heron—. Como sea, no me gusta; a cualquier humano le gustaría tender una emboscada a un grupo de Parciales, y sabemos que nuestra facción no está tan al oeste.

—¿No dijiste que ya no tenías facción? —le preguntó Kira. Heron se limitó a mirarla con enojo.

—Heron tiene razón —dijo Samm—. No podemos perder tiempo ni correr el riesgo.

—¡Socorro!

El grito era lejano y no se oía bien, pero

parecía la voz de una mujer joven. Kira apretó los dientes. Sabía que tenían razón, pero...

—Podría estar muriéndose —dijo—. No quiero dormir esta noche acosada por el grito de auxilio de una moribunda.

—¿Quieres poder dormir? —le preguntó Heron, y esta vez fue Kira quien la miró con enojo.

—Sigamos adelante —dijo Samm, y acicateó a Buddy con las rodillas. El animal arrancó, y Bobo lo siguió sin esperar la orden. Y entonces...

—¡Socorro!

—Yo voy —dijo Kira; tomó las riendas e hizo girar a Bobo hacia el costado del camino—. Ustedes pueden venir si quieren.

—¿Por qué solo dice «socorro»? —preguntó Afa.

—Porque necesita ayuda —respondió Kira, mientras desmontaba al costado del camino. La pendiente era empinada y estaba cubierta de arbustos, no creía que el caballo pudiera bajar con la escasa luz que quedaba. Ató las riendas a

una señal del camino y tomó su fusil.

—Creo que debería gritar «Ayúdenme» — comentó Afa—, o «¿Hay alguien allí?».

—Oyeron nuestros caballos —dijo Samm, que de pronto sacudió la cabeza y maldijo por lo bajo—. Kira, voy contigo.

—¿Puedo quedarme con sus cosas cuando estén muertos? —preguntó Heron, inmóvil sobre su caballo.

—Tú eres la espía —respondió Samm, señalando las colinas más abajo—. Rodéalos y... no sé, ayúdanos.

—Está oscureciendo —dijo Heron—, ya saben que estamos aquí, y nosotros no sabemos dónde están, cuántos son, qué armas tienen ni qué están haciendo. Quieres que los rodee, no sé, ¿por arte de magia?

—Entonces quédate y vigila a los caballos —dijo Kira—. Volveremos pronto.

Saltó el cerco al costado del camino, seguida de cerca por Samm, y bajaron la pendiente con cuidado. La maleza era densa y le trababa las botas, y el camino era tan empinado que Kira

tuvo que aferrarse a los arbustos para no caerse, y acabó por bajar casi en cuatro patas. El fondo no estaba mejor: la maleza llegaba hasta la orilla.

Volvieron a oír el grito, cerca de una quebrada angosta. Kira decidió que, de todos modos, no estarían ocultos mucho tiempo más y gritó:

—¡Resiste, ya vamos!

—No sé cómo pudieron llegar hasta allí —dijo Samm, luchando con la maleza detrás de ella. Casi al instante, Kira tropezó con un sendero angosto, y Samm chocó con ella al hacer lo mismo—. Un sendero de animales —observó—. ¿Ciervos?

—Perros salvajes —respondió Kira, observando la tierra gastada—. He visto antes esta clase de sendero.

—Debe ser un cazador herido o algo así, pero ¿quién sigue un sendero de perros?

Volvieron a oír el grito, esta vez más cerca, y Kira notó algo raro en la voz; parecía distorsionada. Apretó el paso. La quebrada se

convirtió en un barranco empinado; a la derecha apareció un muro gigante de piedra y, al rodearlo, encontraron un pequeño claro, de unos dos metros de ancho. En el centro había un enorme perro marrón. Kira se detuvo, sorprendida, mientras el animal la miraba con calma.

Samm llegó detrás de ella, vio al animal y lanzó una palabrota.

—¿Qué? —susurró Kira.

—¡Socorro! —dijo el perro, y esbozó una sonrisa atterradoramente humana—. ¡Socorro!

—Atrás —dijo Samm, pero en ese momento los arbustos que los rodeaban parecieron estallar con más perros, monstruos pesados y musculosos que les saltaron al pecho y la espalda para voltearlos. Samm cayó bajo dos de ellos, y Kira apenas alcanzó a sostenerse justo a tiempo, pero recibió una mordida profunda en el brazo. Otro perro jaló sus piernas y logró desestabilizarla. Ella disparó con frenesí mientras caía. El perro más cercano retrocedió con un grito de dolor, herido en el hombro, pero

otro se abalanzó en su lugar y le lanzó un tarascón hambriento a la garganta.

—¡Samm, ayúdame! —gritó. Sintió unos dientes filosos en la pierna, y más en la clavícula; su gruesa chaqueta de viaje apenas impedía que los colmillos de la bestia le perforaran la carne. A su lado, los perros que habían atacado a Samm estaban forcejeando y gruñendo, lanzando tarascones a granel, y Kira se preguntó por qué aún no lo habían inmovilizado como a ella. Trató de levantar su fusil, pero vio que los perros también lo habían sujetado: un enorme animal lo sostenía contra el suelo con su propio peso. Ella disparó de todos modos, con la esperanza de que se asustara y huyera. El disparo levantó polvareda en el suelo, y un perro que estaba del otro lado del claro saltó a un lado con un aullido, pero la bestia enorme que retenía el fusil solo gruñó a Kira, exhibiendo sus colmillos como guadañas.

El perro café a cuyo llamado habían acudido saltó sobre el pecho de Kira y la dejó sin aire, luego se abalanzó hacia su garganta para

terminar con ella. Pero cuando le faltaban pocos centímetros cayó a un lado, y Kira sintió un chorro de sangre caliente sobre su pecho. Al levantar la vista, vio a Samm de pie a su lado, sin su fusil y con un cuchillo de caza empapado en sangre en las manos. Le dio una estocada al perro que estaba junto al hombro de Kira, pero el enorme animal saltó hacia él y volvió a derribarlo. Ella recogió su fusil y otro perro se acercó de un salto para arrebatárselo, sujetando el cañón con la mandíbula y presionándolo con las patas contra el pecho de Kira para apartarlo de los animales que amenazaban a Samm. Estaban atrapados.

Kira oyó un disparo detrás y vio que el perro caía sin vida a sus pies; otro proyectil atravesó limpiamente la espalda del que sostenía el fusil, y el animal se desplomó sobre ella como una roca peluda. La miraba a los ojos, mientras la vida lo abandonaba, y susurró dos palabras con una voz horrible e inhumana:

—Por favor.

El animal murió con los ojos abiertos a unos

diez centímetros de los de Kira. Ella lo miró aterrada, sin poder articular palabra alguna, aferrada al fusil como si se tratara de un salvavidas. Oyó otro disparo y de pronto los perros estaban ladrando más que gruñendo; eran sonidos cortos de comunicación. La manada dio media vuelta y huyó, y el más grande se demoró solo para gruñir «Maldito» antes de perderse entre los árboles.

Apareció Heron, con su arma en el hombro. Saludó a Kira con un movimiento de la cabeza y de una patada le quitó de encima al animal muerto.

Incluso estando libre, Kira no pudo moverse.

—¿Ese perro acaba de decirme «maldito»? —preguntó Samm.

—Debemos irnos antes de que se reagrupen —dijo Heron—. Vamos.

—¿Qué...? —por fin, Kira pudo hablar.

—Tenemos que irnos ahora —repitió Samm, y le extendió una mano cubierta de barro y sangre—. Si logran aventajarnos, estamos muertos.

Ella tomó su mano y se puso de pie con dificultad.

—¿Qué diablos está pasando?

—Perros Guardianes —dijo Heron, mientras los conducía a la salida, rodeando el muro de roca—. Los usábamos en la guerra.

—Son perros hiperinteligentes criados para prestar asistencia en el campo de batalla —explicó Samm. Recuperó su fusil y se añadió a la fila detrás de Kira, caminando hacia atrás para mantener el fusil apuntado al sendero por donde se había retirado la manada—. Son más grandes, más aguerridos y tienen una capacidad básica de habla. Allá los usábamos para todo. Debí reconocerlo apenas oí su voz, pero ha pasado demasiado tiempo.

—¿Tenían perros monstruosos que hablaban?

—Los hizo ParaGen —respondió Samm—. Aparentemente, se volvieron salvajes.

Kira recordó el folleto que había visto en la oficina: mencionaba tanto un Perro Guardián como un dragón. Miró al cielo, pero no vio

acercarse nada dispuesto a destrozarla con sus garras feroces.

Además, había visto esas palabras, «Perro Guardián», en otra parte: en algunos informes de batalla que había leído en la biblioteca de Afa. Sacudió la cabeza, aturdida todavía, y siguió caminando con dificultad por el sendero. No era solo la palabra; ahora recordaba otra cosa, una escena en su mente, uno de los pocos recuerdos que tenía de su padre. La había atacado un perro gigantesco, y él se había interpuesto para salvarla. ¿Habría sido uno de estos, u otra cosa?

Lo peor era darse cuenta de que aquella bestia antinatural e inhumana provenía del mismo lugar que ella. Aunque se viera *más humana*, su origen estaba más relacionado con el de esos Perros Guardianes que con el de cualquier humano que hubiera conocido.

—Llevas doce años en Long Island —le recordó Samm—. Es un entorno cerrado. El resto del mundo ha cambiado.

—Tratan de rodearnos —dijo Heron—. ¡Vámonos!

Por favor, le había dicho el animal agonizante, y su cara se había quedado grabada en la memoria de Kira. Aún conmovida, empezó a trepar.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Ariel McAdams había huido de la casa de Nandita años atrás y se había ido a vivir sola en el lado sur de East Meadow, pero tras la muerte de su bebé (casi todas las mujeres de Long Island tenían uno o dos bebés muertos, debido a la Ley de Esperanza) se había marchado de la ciudad. Marcus había encontrado una vaga dirección en los archivos del hospital, y el hecho de haberse quedado para buscar ese dato casi le había costado la libertad. Llevaba una radio portátil para escuchar los partes militares y hablar con Kira si alguna vez volvía a llamarlo, y las noticias que oyó al abandonar East Meadow eran desalentadoras. El ejército Parcial había tomado la isla apenas una hora después de su

partida. No podía sino alejarse de allí. Volvió a mirar la dirección que había anotado en un papelito: «Una isla en Islip». No era mucha información, pero era mejor que nada.

Por la radio también se enteró de que los Parciales habían establecido un cerco en torno de East Meadow, de modo que gran parte de la población había quedado atrapada allí antes de poder salir, y que estaban enviando equipos de búsqueda para que revisaran toda la isla y los llevaran a todos a ese lugar. Aun así, la isla era muy grande y cien mil Parciales no podían buscar en todas partes a la vez. Marcus mantuvo un perfil bajo: jamás encendía fuego ni caminaba por espacios abiertos, y logró eludirlos los primeros días. *Esto no va a durar mucho, pensó, pero si puedo encontrar a Ariel y esconderme en lugar de viajar, podré resistir mucho más.*

La noche del segundo día, su radio cobró vida. Se le aceleró el corazón, pero pronto se dio cuenta de que no era Kira ni otro informe de la guerrilla de la Red. Era la doctora Morgan.

—Este es un mensaje general para los residentes de Long Island —dijo Morgan—. No queríamos invadirlos, pero las circunstancias nos han obligado. Buscamos a una muchacha llamada Kira Walker, dieciséis años, aproximadamente un metro setenta de estatura y pesa unos sesenta kilos. De ascendencia india, tez clara y cabello negro, aunque es posible que se lo haya cortado o teñido para disimular su identidad. Entréguennos a esa chica y la ocupación terminará; si siguen escondiéndola, ejecutaremos a uno de ustedes cada día. Les pedimos que no nos obliguen a hacer esto por más tiempo que el necesario. Este mensaje se reproducirá en todas las frecuencias y se repetirá hasta que hayan cumplido con nuestras instrucciones. Gracias.

El mensaje terminó, y él se quedó escuchando, atónito, la estática que permanecía en el aire.

Al cabo de un rato se silenció, Marcus giró el botón del sintonizador en busca de la siguiente frecuencia. Se estaba repitiendo el mensaje, tal

como la mujer había anunciado, y él volvió a escucharlo, sin dar crédito a sus oídos. Lo siguió en cuatro canales más, como si estuviera seguro de que todo era un sueño, de que no era cierto, pero siempre oía lo mismo: querían a Kira. Y matarían a personas inocentes hasta encontrarla. Nada los detendría.

Esa noche, se puso a caminar de un lado a otro en su refugio improvisado, pensando en el mensaje. De eso se había tratado esa invasión desde el comienzo; querían a Kira y estaban dispuestos a todo por tenerla. ¿Por qué era tan importante? ¿Para qué la necesitaban tanto?

¿Por qué Kira no se había comunicado con él?

No tenía paneles solares para su radio, pues el Senado y la Red se los habían incautado en los primeros días posteriores al Brote, pero tenía una manivela y la hizo girar a más no poder para mantener la radio en funcionamiento. Sus días empezaron a confundirse entre sí: caminaba todo el día en busca de Ariel y giraba la manivela toda la noche, con la esperanza de que

Kira lo contactara. Cuando llegó a Islip, buscó una casa poco llamativa donde esconderse y conectó la radio a una bicicleta fija; mientras pedaleaba, escuchaba el siseo tenue de la estática radial, que recorría la casa. En sus momentos de mayor nerviosismo pensó en ir él mismo a Manhattan a buscarla, pues imaginaba toda clase de situaciones horribles: que la habían capturado los Parciales o la habían devorado los leones, o simplemente había quedado atrapada al derrumbarse un edificio. Era una tontería que viajara sola, y él había sido un tonto al permitirselo. Pero impedir que Kira hiciera una cosa era algo que él nunca había podido lograr.

La radio zumbaba, las ruedas chirriaban. Cuando el sol empezó a ponerse, descansó un rato para beber agua y comer una manzana que había arrancado de un árbol grande en el patio, y enseguida volvió a pedalear. Sabía que por la noche era más probable que hubiera una llamada, pues a esa hora se hacía peligroso viajar y Kira se detenía a descansar en alguna parte. Siguió pedaleando hasta pasada la

medianoche. Las piernas le ardían, le palpitaban los pies y tenía las manos ampolladas por el manubrio. Se acostó, con la estática de la radio aún crujendo en sus oídos, y se durmió.

Por la mañana pedaleó un poco más, y cuando se cansó de estar encerrado, salió a tomar aire. Se frotó las pantorrillas doloridas y echó a andar, nuevamente en busca de Ariel. *Una isla en Islip*, pensó. El pueblo era enorme, pero solo tenía un sector de costa. Lo recorrió todo el día, con la radio en la mochila, buscando alguna señal de vida humana. Al segundo día halló una isla, y al tercero, una casa ocupada: el pasto cortado, una huerta cultivada, un porche con signos de alguna vez haber estado cubierto de enredaderas, pero ahora bien limpio. Marcus subió los escalones de madera combados y llamó a la puerta.

No era una sorpresa oír que alguien cortaba cartucho con una escopeta, así que Marcus ni se inmutó.

—¿Quién es?

—Me llamo Marcus Valencio —respondió

—. Nos hemos visto antes, pero hace algunos años. Soy amigo de Kira.

Una pausa, y luego:

—Vete.

—Necesito hablar contigo —dijo Marcus.

—Dije que te fueras.

—Nandita desapareció...

—Qué buena noticia.

—Ariel, mira: no sé qué clase de desavenencia tuviste con ellas; no sé por qué las odias tanto. Puedo asegurarte que ellas no te odian. Pero no vine por eso; tampoco me enviaron, no voy a darles información ni a decirles que te visiten ni nada de eso. Y por supuesto que no estoy tratando de encontrar a Kira para entregarla. Solo trato de entender algo.

Ariel no respondió. Marcus esperó y esperó. Al cabo de un minuto, pensó que era probable que ella estuviera ignorándolo y dio media vuelta para marcharse, pero al hacerlo descubrió un pequeño banco en el porche; no era una hamaca, sino un asiento de madera donde

sentarse a ver pasar el mundo. Le quitó un poco de polvo, se sentó y empezó a hablar.

—Lo primero que quiero preguntarte, suponiendo que me estás escuchando, es cómo conociste a Nandita. Hablé con las otras chicas a quienes adoptó, y todas me dicen que cuando la conocieron, ya vivías con ella. Isolde mencionó algo de Filadelfia, que allí estabas cuando Nandita te encontró. De hecho, es el mismo lugar de donde procede Xochi, pero no sé si eso significa algo. Lo que quiero saber es... ¿de dónde viniste? ¿Cómo conociste a Nandita? ¿Fue la historia de siempre: «la niñita perdida vagando por las calles»? Tenemos muchas de esas en la isla, una reconfortante cantidad, en cierto modo extraño. Tu familia está muerta, tus vecinos también, tienes hambre o miedo o lo que sea y sales a buscar algo. En mi caso, fue leche. En casa había mucho cereal, y era lo único que sabía preparar a mis cinco años, así que comía eso todos los días, pero pronto se me terminó la leche. Probé algunos otros bocados, como revueltos con mantequilla y jalea, esa clase de

cosas. Ni siquiera sabía usar el abrelatas —rio, y se enjugó una lágrima del rabillo del ojo—. El caso es que salí a buscar leche. No sé en dónde esperaba conseguirla, y el mundo entero estaba a mi alcance, ¿no? Había cosas ardiendo, como un auto y una farmacia, pero estaba en Albuquerque y no había mucho follaje para que las llamas se extendieran. Vi un par de mangueras echando agua y agua y más agua; habían formado un arroyito en la alcantarilla. Pero no había nadie. Caminé hasta el comercio más cercano que conocía (era de mi tío, un almacén pequeño que estaba a unas cuadras de casa), pero estaba cerrado y no pude entrar, así que seguí caminando y caminando, y toda la ciudad estaba vacía. No había una sola persona. A la larga encontré un Walmart (si caminas lo suficiente en una ciudad como esa, tarde o temprano encuentras uno) y entré a buscar la leche, y me crucé con un tipo al que jamás había visto en mi vida. Estaba llenando una carretilla con botellas de agua. Me miró y lo miré, y me subió a la carretilla y me dio un paquete de

embutidos. Hasta halló un poco de leche en el fondo del supermercado; era de larga vida, por eso aún no se había echado a perder, y comí un tazón de cereales mientras él conseguía todo lo que necesitaba. Se llamaba Tray, no sé su apellido. Él me llevó hasta la ciudad de Oklahoma, donde al fin nos reunimos con la Guardia Nacional. Le perdí el rastro y, francamente, no sé siquiera si llegó aquí; me avergüenza decir que en los últimos años no pensé mucho en él. Supongo que, si está aquí, vive en el campo, en alguna parte, pescando o en una granja. Si viviera en la ciudad, lo habría visto. Y no sé por qué te conté toda esta historia, salvo para decir que esa es la clase de gente que necesitamos, esa es la clase de gente que somos. Nadie sobrevivió a menos que haya trabajado con los demás, ayudándose unos a otros, y eso es lo que hizo del RM y del Brote el proceso de selección natural más excepcional de la historia. No sé cómo te encontró Nandita, pero lo hizo, te salvó y te trajo aquí, ahora desapareció y solo estoy tratando de entender lo

que pasa. ¿Qué sabía ella, qué hacía, por qué estaba aquí? ¿Por qué la buscan los Parciales?

—Nandita no me encontró en un Walmart —dijo Ariel por la ventana. Marcus se había serenado con el sonido de su propia voz, y esas palabras lo sacaron de su ensimismamiento con un sobresalto. Las cortinas estaban cerradas y su voz se oía apagada, pero clara—. Vino a mi casa. Hacía unas veinticuatro horas que mis padres habían muerto. Vino y me llevó.

Marcus frunció el ceño, tratando de armar el rompecabezas.

—¿Crees que ella sabía que estabas allí? ¿Que fue específicamente a buscarte?

—Creo que nunca me dejó despedirme.

Marcus se volvió hacia ella, pero las cortinas seguían bien cerradas.

—Lo siento —dijo. Y agregó, porque no había más que decir—: qué mal.

Ariel no respondió.

—Los Parciales la buscan —dijo Marcus—. A Kira creo que la buscan por lo que hizo hace unos meses, pero a Nandita, porque creen que

sabe algo. Y sí *sabe* algo... Ariel, vi una foto donde ella y un tipo tenían a Kira entre los dos, frente a un complejo de ParaGen. Lo que sea que ella sabe tiene que ver con Kira, y los Parciales nos han invadido para averiguar qué es. Si tienes más información sobre esto... por favor, dímela.

No hubo respuesta por un rato. Marcus oía la respiración superficial de Ariel detrás de la cortina, y esperó. De todos modos, no tenía otra cosa que hacer.

—Nandita era científica —dijo Ariel por fin—. Hacía experimentos.

—¿Con Kira?

—Con todas nosotras.

El interior de la casa de Ariel estaba lleno de macetas, observó Marcus.

—No sabía que fueras jardinera —le dijo, mientras sus ojos se acostumbraban poco a poco a la oscuridad. Con tantas patrullas Parciales

revisando la isla, la chica había cubierto todas las ventanas lo mejor posible.

—Me crié con Nandita —respondió—. La jardinería es una de las pocas cosas que conozco.

—¿Por eso la odias?

—Ya te dije por qué la odio —dijo, bajando el tono de voz.

—Por los experimentos —dijo Marcus. La miró—. ¿Estás lista para hablar de eso?

—No —respondió, mirando hacia la calle—. Pero eso no significa que no haya llegado la hora de hacerlo. —Cerró la puerta y la habitación quedó sumida en la negrura.

Marcus dejó que sus ojos se adaptaran, y se concentró en la silueta de Ariel.

—¿Qué clase de experimentos? ¿Por qué las otras chicas no dijeron nada de eso?

La voz de Ariel se aclaró.

—¿Sabes cuánto hice para dejar atrás todo eso? ¿Fingir que tengo una vida normal? Acepté un trabajo que no necesitaba para mantenerme ocupada; me embaracé dos años antes de que la

Ley de Esperanza lo hiciera obligatorio. Hasta estoy acabando con la maleza de este estúpido jardín porque... porque eso hacía la gente antes del Brote. Hice todo lo que pude, hasta evité a mis propias hermanas...

—¿Qué pasó? —preguntó Marcus, en tono apremiante—. ¿Qué fue tan malo?

—Todo empezaba en el desayuno —dijo Ariel, mirando el suelo—. Nandita se levantaba temprano y nos preparaba té, de manzanilla, menta y esas cosas. Era herbolaria, obviamente, entonces tenía todo tipo de plantas en la casa y en el invernadero del fondo. Algunas cosas podíamos tocarlas, como la manzanilla, pero otras estaban en unos goteros de vidrio con números en los costados, como frascos de muestras, y esos no podíamos tocarlos. Por entonces no me parecía extraño; nos regañaba solo cuando jugábamos en el invernadero. Pero una mañana me levanté temprano y bajé a ayudarla con el desayuno, y vi que estaba poniéndole al té lo que había en los goteros. No me habría llamado la atención; sin embargo,

cuando le pregunté qué estaba haciendo puso cara de culpable. Le restó importancia; dijo que era un nuevo saborizante o algo así, pero no pude olvidar esa expresión en su rostro. Al día siguiente volví a espiarla, y estaba haciendo lo mismo, esta vez con otros goteros, mientras tomaba notas en un cuaderno.

—¿Alguna vez viste el cuaderno?

—Sí. Una vez que entré al invernadero sin ser vista, pero creo que ella se dio cuenta, porque nunca más volví a encontrar el cuaderno. No eran solamente notas sobre el té; hablaba de nosotras, sobre la rapidez con que crecíamos, nuestro estado de salud, nuestra capacidad visual y cosas por el estilo. Siempre nos hacía jugar a algo, como juegos de coordinación y de memoria, y después de ver ese cuaderno ya no pude jugar más a eso. No estaba divirtiéndose con sus hijas: estaba poniéndonos a prueba.

—Tal vez lo hacía para... llevar la cuenta —dijo Marcus—. En realidad, no sé cómo debe comportarse un padre que se preocupa por sus hijos; a lo mejor es normal.

—No lo era —insistió Ariel—. Todo era una prueba, un estudio u observación. No jugábamos a la pelota: nos la arrojaba para comprobar nuestros reflejos. No jugábamos a la mancha: hacíamos carreras entre nosotras por la calle. Cuando alguna se cortaba un dedo o se raspaba la rodilla, ella se lo vendaba, pero no sin antes observarla bien de cerca para ver hasta el menor detalle.

—¿Por qué las otras chicas no dijeron nada de esto? Les pregunté todo lo que pude sobre Nandita... todo lo que recordaran, lo que hacían juntas. No mencionaron nada de esto.

—Intenté hablar con ellas varias veces, pero no me creyeron. Nunca vieron los goteros ni el cuaderno, y las carreras les parecían divertidas.

—Es que tú habías visto lo que pasaba entre bastidores —respondió Marcus—, por eso veías todo con otra luz.

—Exacto.

—Pero... —hizo una pausa para elegir con cuidado sus palabras—. ¿Es posible...? No digo que seas mentirosa ni nada de eso, pero ¿es

posible que aquello que viste de pequeña haya sido algo completamente inocente, y que simplemente te hayas puesto... paranoica... y luego empezaste a ver algo insidioso donde no lo había?

—¿Crees que no me lo pregunté cien veces por día? —repuso Ariel—. Miles de veces me dije que estaba loca, que era una ingrata, que estaba inventándolo todo, pero cada vez que lo hacía, sucedía algo que me hacía pensar otra vez. Todo lo que Nandita hacía era una manera loca y retorcida de controlarnos, de hacer que actuáramos de cierta forma o pensáramos de cierta manera; no sé qué.

—¿Cómo puedes estar segura de que ese era su propósito?

—Porque lo decía en el cuaderno —respondió Ariel—. Era sobre Madison y era un estudio de control.

—¿Qué decía?

—Decía: «Madison: control». ¿Por qué te cuesta tanto entenderlo?

—Supongo que porque es... tan

incongruente con lo que vi. ¿Se lo contaste a alguien?

Ariel bufó.

—¿Alguna vez viste a una niña de ocho años decirle a un adulto que su mamá trata de controlarla?

—Pero al menos lo intentaste...

—Claro que sí —respondió Ariel—. Probé todo lo que pude, y de haber sabido entonces lo que era el abuso sexual, también la habría acusado de eso... cualquier cosa, con tal de salir de esa casa. Pero ella no nos lastimaba, mis hermanas eran felices, y yo era Ariel, la pequeña cascarrabias. Nadie me creía, y al ver que ni siquiera mis hermanas me creían, supuse que quizás el control ya estaba dando resultado y Nandita les había anulado la mente o algo peor. Hice lo único que se me ocurrió: destruí el invernadero.

Marcus frunció el ceño, pensando en el complejo invernadero del patio de Xochi.

—¿Ella misma reconstruyó eso?

—Estás pensando en el nuevo —explicó

Ariel—. Esto fue en la casa anterior. Lo hice añicos con una barreta: cada vidrio, cada maceta, cada cantero, cada gotero que encontré, aunque no estaban todos. Nandita prácticamente explotó cuando llegó a casa, lo cual me habría encantado ver. Yo me escapé a una casa vacía al otro lado de la ciudad, y pasó casi un mes hasta que me encontraron. Supuse que Nandita... bueno, no sé qué supuse que haría, pero no pensé que me llevaría de vuelta. Había tenido tiempo para calmarse, supongo. Todavía estaba furiosa, pero me llevó de vuelta.

—Porque te amaba —dijo Marcus, esperanzado.

—Porque me necesitaba para lo que fuera aquel experimento loco que estaba haciendo —lo corrigió Ariel—. No podía empezar de cero con otra persona —suspiró y dio unos golpecitos con los nudillos en los escalones de madera—. Era invierno, y en primavera nos mudamos. Ella dijo que el agua había dañado la casa, pero por supuesto, necesitaba un nuevo invernadero donde cultivar sus hierbas. Me escapé algunas

veces más pero, como «los niños son nuestro recurso máspreciado» y todo eso, siempre me llevaban de vuelta. Apenas tuve edad legal para vivir sola, me fui y nunca regresé.

—Tal vez los experimentos tenían que ver con el RM —dijo Marcus—. Viviste allí hasta ¿qué edad? ¿Los dieciséis años?

—Sí.

—Entonces ella llevó cuenta de todo, de los cambios físicos, hasta la pubertad inclusive.

—Seguramente.

—Se me ocurre algo —dijo él—. Madison tiene el único bebé vivo de la isla. Obviamente, gracias a que Kira halló la cura, pero ¿y si fuera más que eso? Es una coincidencia, por lo menos. ¿Crees que pueda haber sido por algo que hizo Nandita? Un sistema inmunitario mejorado, o un mayor... No sé, estoy adivinando. Pero quizá tenga que ver con la reproducción.

—No lo sé —respondió—. Hace años que trato de no pensar en eso.

—Y ahora Nandita no está —prosiguió

Marcus—. Desapareció por completo, se esfumó de la faz del planeta. Y sabes lo que eso significa.

—¿Qué?

—Que no está cuidando su casa —respondió Marcus—. Y quizá haya dejado algunas de esas notas.

Ariel lo miró con suspicacia.

—Eso está en East Meadow... ahora controlado por los Parciales.

Marcus asintió, y en su cara hubo un asomo de aquella vieja sonrisa intrigante.

—Allá están llevando a todos a los que atrapan. Por eso nos va a resultar sumamente fácil llegar.

CAPÍTULO VEINTE

—No puedo perder esta mochila —dijo Afa—. Soy el último ser humano del planeta.

—Se está poniendo peor —observó Samm.

Buddy estaba más dócil y resoplaba, mientras Samm le palmeaba el pescuezo. Kira estaba convencida de que Buddy y Bobo eran hermanos, quizá porque eran del mismo color.

Llevaban una semana de viaje y se encontraban en medio de los Montes Apalaches. Afa había revisado una gran cantidad de mapas, marcando círculos y subrayando caminos, localidades y cumbres, y finalmente había insistido en que se desviarán hasta la altura del Monte Camelback, un gigante imponente que prometía un ascenso de trescientos metros. Allá

había una repetidora de radio, afirmó, y con uno de sus minipaneles solares Zoble podía volver a ponerla en condiciones para mantener el contacto con las radios de Long Island. Por una vez, Heron no puso objeciones, y subieron por un camino sinuoso que atravesaba lo que parecía un antiguo centro de esquí. Sin embargo, la cumbre fue una decepción: resultó que no era una montaña, sino la avanzada de una inmensa meseta que se extendía hacia el oeste, hasta donde los Parciales alcanzaban a ver. Heron recorrió el lugar en busca de equipos que pudieran ser de utilidad, mientras Afa se desplomaba con varios mapas y cálculos erróneos e insistía en que aquello estaba mal, que la montaña se encontraba allí y ellos estaban en el lugar equivocado. Tardaron casi dos horas en calmarlo, y solo lo lograron cuando accedieron a pasar la noche allí y montar el Zoble de todos modos. Fuera una montaña o una meseta, el hecho era que había una repetidora, y Kira se maravilló al ver el enorme enrejado de la vieja torre de metal. Afa les aseguró que había

armado todo correctamente, pero anocheció antes de que terminara y no había manera de estar seguros hasta la mañana. La espera y la imposibilidad de hacer algo productivo puso inquieta a Kira. Decidió cepillar a Bobo, y Samm la acompañó.

—Sé que lo necesitamos —dijo Samm en voz baja—. Solo que a estas alturas no sé si va a servirnos de algo.

—¿Así lo ves? —le preguntó Kira—. ¿Como una especie de herramienta?

—Sabes que no me refiero a eso —respondió—. Digo que estoy preocupado. Hace apenas una semana que salimos, y faltan por lo menos tres para llegar a Chicago, quizá más. Para entonces, será una piltrafa.

—Necesitamos mantenerlo tranquilo —repuso Kira y, como si hubiera estado esperando una orden, Afa se puso de pie y se acercó a los caballos con la mochila en los brazos.

—Tenemos que regresar —dijo, al tiempo que intentaba tomar la silla de montar de Oddjob

con una sola mano—. Todos mis archivos, todo lo que estamos buscando. Ya lo encontré, no es necesario que vayamos a un centro de datos; tenemos que volver. Está todo allá, a salvo...

—Tranquilízate, Afa —le dijo Kira, mientras le quitaba la silla con la mayor suavidad posible. El hombre estaba contagiando su agitación a los caballos, y Samm hizo lo posible para mantenerlos en calma—. Ven aquí —le indicó. Ella lo tomó de la mano y lo llevó de regreso a la fogata—. Cuéntame sobre tu colección.

—Tú la viste —respondió Afa—, pero no la viste toda. No conociste la sala de sonido.

—Me encantó la sala de sonido —respondió ella, con voz calma—. Allí tenías todos esos correos electrónicos de ParaGen.

Siguió haciéndolo hablar, con la esperanza de que el tema le levantara el ánimo, y al cabo de casi media hora Afa pareció serenarse. Kira le extendió la bolsa de dormir y él se durmió abrazado a su mochila, como si esta fuera un osito de peluche.

—Está empeorando —volvió a decir Samm.

—Lo cual es impresionante —acotó Heron—, tomando en cuenta lo mal que ya estaba.

—Yo lo estoy cuidando —dijo Kira—. Va a llegar a Chicago.

—Hablas como si lo peor que pudiera pasar es que se desmorone y no nos sirva —dijo Heron—. Creo que puede entrar en crisis y matarnos. Ayer pensó que Samm quería robarle la mochila; anteayer, que tú tratabas de leerle la mente. Hoy me acusó dos veces de ser una Parcial.

—Eres una Parcial —le recordó Samm.

—Con más razón, no quiero que se ponga violento —repuso Heron—. En esta repetidora hay tres productos químicos distintos que se podrían usar para fabricar una bomba, y les garantizo que este *idiot savant* sabe usar los tres. Es tan brillante como tú dijiste, pero está completamente quebrado, y no es una combinación que me resulte cómoda en un viaje.

Kira observó a Heron a la luz del fuego, salpicada de lucecitas anaranjada y motas marrones de oscuridad que bailaban sobre ella.

Se veía cansada, y eso en sí mismo asustó a Kira. Hasta entonces, la chica había sido invulnerable, más capaz de lo que Kira habría esperado, pero si nunca dormía por temor a la traición de un demente...

—¿Qué quieres hacer? —le susurró Kira.

—¿Yo? —preguntó—. Quiero ir a casa y salvar a los Parciales. Pensé que lo había dejado en claro.

—Tiene una pantalla en la mochila —dijo Samm— y una Tokamin para hacerla funcionar; eso también podría explicar sus problemas mentales, si lo afectó la radiación. En fin, quizá pueda enseñarnos lo que tenemos que hacer en Chicago, por si no llega.

—Mañana hablaré con él —dijo Kira—. Soy en la que más confía.

—Pero deja de querer leerle la mente —le advirtió Heron—. Parece que eso le molesta.

Kira observó a los dos Parciales (a los *otros* dos, se recordó) y se quedó pensando. ¿Qué pasaría cuando llegaran a Chicago? ¿Estaría infestada de Perros Guardianes, dragones o algo

peor? ¿Acaso Afa los traicionaría, o lo haría Heron? Por más que charlaran como amigos y bromearan, ella siempre se mantenía al margen, más como observadora que como participante. ¿Qué cosa estaba observando? ¿Para quién estaba haciéndolo?

Kira durmió recostada contra un árbol, de espaldas al fuego, con las manos sobre el fusil. Por la mañana probaron los paneles solares y la repetidora arrancó al instante. Afa lo había armado todo a la perfección. Samm asintió y, aunque no lo dijo, a Kira le pareció que estaba visiblemente impresionado; sorprendido, casi con certeza, pero también impresionado.

—Buen trabajo —le dijo Kira a Afa, mientras lo palmeaba en la espalda.

—Los Zoble son muy duraderos —dijo él, aunque su voz parecía distinta—. Usan una matriz de vaca loca con cristales de silicio para aumentar la eficiencia.

Kira asintió, aunque no sabía muy bien cuánto de esa respuesta había sido verdadera ciencia y cuánto pura incoherencia. La

personalidad inteligente de Afa estaba mezclándose con la infantil, lo cual, a la larga, podía ser bueno o malo. A ella le preocupaba que el andamiaje mental que le permitía funcionar estuviera empezando a desmoronarse.

—Probemos la radio —le propuso.

Afa la encendió y giró el dial con cuidado, con los movimientos fáciles de una tarea técnica que había hecho incontables veces. Giró y escuchó, giró y escuchó, hasta que por fin dio con una señal. Kira se acercó mientras Afa le daba sintonía fina a la conexión.

—... retirado. Nuestras fuentes en la isla informan que solo...

—Parciales —dijo Heron.

—¿Puedes distinguir cuáles? —preguntó Kira.

Afa las hizo callar, con la cabeza inclinada hacia los altavoces.

—... matando a uno nuevo cada día.

—Del norte —dijo Heron—. Gente de Trimble, de la Compañía B.

—¿De qué están hablando? —preguntó

Kira.

Heron entornó los ojos.

—Probablemente de la fecha de vencimiento.

—Tenemos que encontrar a Marcus —dijo Kira, y apartó suavemente a Afa del dial.

Durante la invasión, ella y Marcus habían establecido una rutina rotativa de frecuencias para comunicarse, con la esperanza de que así fuera más difícil que los escucharan. Sumó los días mentalmente, calculando qué frecuencia estarían usando ese día, y esperó que él siguiera escuchando. Giró el dial y encendió el micrófono.

—Cabeza Plana, aquí Phillips, ¿estás ahí? Cambio.

Apagó el micrófono y esperó una respuesta.

—¿Cabeza Plana y Phillips? —preguntó Heron, sonriendo con aire burlón.

—Ese era su apodo en la escuela —explicó Kira—. ¿Qué quieres que te diga? Tenía la cabeza un poco plana. Empecé a llamarlo así hace un par de semanas, porque sabía que solo

Marcus se daría cuenta de que el mensaje era para él —se encogió de hombros—. Una capa más de seguridad paranoica. Y Phillips me pareció la opción natural para el otro apodo.

—Cabeza Plana y Phillips son dos tipos de destornilladores —explicó Afa—. También Frearson, hexagonal, Torx, y...

—Sí —lo interrumpió Samm, y le tocó el hombro para tranquilizarlo—, lo sabemos.

—¡No me toques! —chilló Afa, levantándose de un salto. Samm retrocedió—. ¡Nunca dije que podías tocarme! —volvió a chillar, con la cara roja de furia.

—Está bien, Afa —le dijo Kira, tratando de calmarlo—. No pasa nada, tranquilo... Voy a llamar de nuevo, así que necesitamos silencio —el razonamiento de la necesidad técnica surtió efecto y Afa volvió a sentarse. Ella encendió el micrófono—. Cabeza Plana, aquí Phillips, ¿me escuchas? Adelante, Cabeza Plana. Por favor responde. Cambio.

Apagó el micrófono y se quedaron escuchando la estática.

—Y Torx —dijo Afa en voz baja—, y de punta cuadrada, y Pozi, y Mortorq...

—Phillips, aquí Cabeza Plana —la voz de Marcus salía deformada y con estática, y la mano de Afa se extendió al instante para mejorar la sintonía. La voz aparecía y desaparecía—: muy débil, dónde... en más de una semana. Cambio.

La voz de Marcus dio lugar a una señal clara, y Kira esperó a que terminara; luego sonrió y encendió el micrófono.

—Perdón por el silencio, Cabeza Plana, estuvimos ocupados. Tuvimos que... —hizo una pausa para pensar la mejor manera de decirle dónde estaban sin delatarse ante quien pudiera estar escuchando—, movernos. Mudar nuestro campamento base; estaban muy cerca de encontrarnos. En adelante, nuestra comunicación será intermitente. Cambio.

—Es bueno saberlo —dijo Marcus—, estaba preocupado —hubo una larga pausa, pero él no había dicho «cambio» y Kira no estaba segura de si debía hablar de nuevo o no.

Justo cuando iba a encender el micrófono, Marcus volvió a hablar—. ¿Sigues monitoreando el tráfico radial? Cambio.

—Hemos tenido acceso intermitente, como dije —respondió—. ¿Qué pasa? Cambio.

Hubo otra pausa, y cuando Marcus habló, lo hizo con voz dolida.

—La doctora Morgan se apoderó de la isla. La conquistó por completo; no la controla, como hizo Delarosa cuando tomó el poder; es más bien... un zoológico. Como un rancho. Están arreando a todos los que encuentran, los mantienen cautivos aquí, en East Meadow, y luego los matan. Uno cada día —la voz de Marcus se había ido apagando hasta ser apenas un susurro desgarrado—. Cambio.

Kira ahogó una exclamación.

—De eso hablaba la otra persona que oímos —dijo Afa, y Kira lo hizo callar con un gesto rápido de la mano. Pulsó el botón para hablar; sabía de antemano la respuesta a su pregunta, pero sentía la necesidad de formularla de todos modos.

—¿Por qué están matando gente? —vaciló unos segundos—. Cambio.

—Están buscando a Kira Walker —respondió Marcus. Aún se negaba a develar su identidad, pero ella percibió el dolor en su voz y deseó que nadie más estuviera escuchando esa frecuencia.

—Te advertí que las cosas se pondrían peor —dijo Heron. Señaló la radio—. A él también se lo advertí.

—Cállate —dijo Kira.

—Tienes que entregarte —insistió Heron.

—¡Dije que te calles! —rugió Kira—.

Dame un minuto para pensar.

—No le he dicho a nadie dónde está —prosiguió Marcus, siguiendo con el engaño—. No es que sepa dónde pueda estar, pero no le he dicho a nadie lo que sí sé. Si se entrega... es por su cuenta. Yo no tomaré esa decisión por ella. Cambio.

Kira se quedó mirando el aparato, como si pudiera abrirse por la mitad y revelar alguna respuesta milagrosa en su interior. *Está*

matando a una persona por día, pensó. Todos los días. Le pareció aterrador, horrible, desmesurado, pero... ¿acaso era realmente peor que lo que ya les estaba sucediendo a los Parciales? Claro que a ellos no los estaban ejecutando, pero aun así estaban muriendo. Ella le había insistido a Heron en que esa misión era más importante que evitar aquellas muertes; que era más importante encontrar ParaGen, encontrar el Seguro. Ver qué respuestas tenía para ellos y resolver ese problema para siempre, para ambos bandos; no solo una mejoría temporal sino una cura de verdad, permanente. Si estaba dispuesta a dejar atrás a los Parciales moribundos, también tenía que estar dispuesta a dejar morir a los humanos, o todo sería una falsedad. Solo mentiras.

Se estremeció, débil y asqueada por la idea de tanta muerte.

—No quiero estar en esta posición —dijo, con voz queda—. No quiero ser la que todos buscan, la que tiene que elegir quién vive y quién muere.

—Puedes rezongar o puedes solucionarlo — dijo Heron—. Regresa ahora; podrías salvar a ambos: tendremos una oportunidad de curar el vencimiento de los Parciales y Morgan deja de matar a los humanos.

—Los salvaría por ahora —respondió Kira—. Yo quiero hacerlo para siempre —hizo una pausa, aún con la mirada fija en la radio, y se volvió hacia Heron—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque eres demasiado terca para dar la vuelta.

—Pero no tenías por qué venir con nosotros —insistió Kira—. Desde el comienzo estuviste en contra de esta misión, pero viniste de todos modos. ¿Por qué?

Heron miró a Samm.

—Por la misma razón que tú —volvió a mirar a Kira—. Por la misma razón por la que tú confiaste en mí: porque Samm confiaba en mí, y eso te bastó. Pues bien, Samm confía en ti, y eso me basta.

—¿Y si seguimos adelante?

—Pensaré que eres una idiota —respondió

Heron—, pero si aun así Samm confía en ti...

—Estoy perdiendo tu señal —dijo Marcus. Su voz también empezaba a deformarse—. ¿Dónde estás? Cambio.

—No podemos decírtelo —respondió Kira. *Ni siquiera puedo decirte con quiénes estoy* —. Estamos buscando algo, y ojalá pudiera contarte más, pero... —se detuvo, sin saber bien qué decir, y por fin respondió—. Cambio.

Esperaron, pero no hubo respuesta.

—Son condiciones atmosféricas pasajeras —explicó Afa—. Quizá nuestra recepción se vio temporalmente mejorada o interrumpida por nubes o tormentas.

—Aún confío en ti —dijo Samm—. Si crees que estamos haciendo lo correcto, te seguiré.

Kira lo miró detenidamente, preguntándose qué veía Samm en ella que ella no veía. A la larga se dio por vencida y sacudió la cabeza.

—¿Y el Seguro?

—¿Qué hay con eso? —preguntó Samm.

—No sabemos lo que es, pero la palabra significa algo que no puede salir mal... o algo

destinado a intervenir para arreglar las cosas. ¿Y si el Seguro puede resolver todos nuestros problemas, y lo único que tenemos que hacer es encontrarlo y activarlo? —pensó en Graeme Chamberlain, el integrante del Consorcio que había estado trabajado en eso y se había suicidado inmediatamente después de terminarlo. Kira se estremeció a pesar del calor —. ¿Y si es algo horrible y, justo cuando pensamos que hemos resuelto todo, aparece el Seguro y lo vuelve a arruinar? No sabemos lo que es. Podría ser cualquier cosa.

—¿Cómo sabes siquiera que es importante? —le preguntó Heron.

—Tiene que serlo —respondió—. El Consorcio tenía algún tipo de plan. La cura de la enfermedad humana está en la feromona Parcial, y además estoy yo, una especie de Parcial que vive en un asentamiento humano. Nada de esto es casual, y tenemos que descubrir qué significa —hizo una pausa—. Debemos hacerlo. Es la misma discusión que yo tenía con Mkele: el presente o el futuro. A veces

hay que someter el presente a un infierno para conseguir el futuro que queremos —se acercó la radio a la boca—. Seguiremos adelante —dijo, simplemente—. Cambio.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Otra manada de Perros Guardianes los siguió desde el Monte Camelback hasta el río Susquehanna, pero nunca llegaron a atacarlos. Todas las noches Samm colgaba la comida y el equipo en las ramas de los árboles, y Heron y Kira hacían lo posible por proteger a los caballos. Afa dejó de dirigirle la palabra a Samm, y apenas hablaba con Heron; ambas chicas empezaban a sospechar que las pocas veces que lo hacía, la confundía con Kira. Estaba mejor por las mañanas, cuando tenía la mente descansada, pero cada día que pasaba se volvía más receloso y furtivo. Kira comenzó a ver emerger en él una tercera personalidad, una cruz peligrosa entre el niño confundido y el

genio paranoico. Fue esa versión de Afa la que le robó un cuchillo a Kira e intentó apuñalar a Samm la siguiente vez que este se acercó demasiado a su mochila. Le quitaron el cuchillo, pero a Kira le preocupaba que a la larga el forcejeo fuera más perjudicial y alimentara su desconfianza y su paranoia.

Mientras viajaban, Kira pensaba en su experiencia con el enlace: en las veces que podía percibir algo y en las que no. No lograba descifrarlo, pero eso no significaba que no tuviera sentido, sino solo que ella no tenía todas las herramientas que necesitaba para encontrárselo. Trataba de concentrarse, de percibir las emociones de Samm o de transmitirle algo, pero no podía, salvo cuando estaban en alguna situación de mucho estrés, como en un combate. Al cabo de algunos días de intentarlo sin resultados, directamente abordó el tema con Samm.

—Quiero que me enseñes a usar el enlace.

Él la miró con actitud pasiva, aunque ella sabía que debía estar transmitiéndole por el

enlace algún dato que reflejaba su estado emocional. ¿Estaba confundido? ¿Escéptico? Kira apretó los dientes y trató de percibirlo, pero no pudo. O bien no logró distinguir la diferencia entre eso y lo que ella creía estar percibiendo intuitivamente.

—No se puede aprender a enlazarse —respondió Samm—. Es como... aprender a ver. O te funcionan los ojos o no te funcionan.

—Entonces quizá ya estoy haciéndolo y no puedo reconocerlo. Enséñame cómo funciona, para poder darme cuenta cuando suceda.

Samm siguió cabalgando en silencio, y luego negó con la cabeza; fue un gesto sorprendentemente humano que habría asimilado de Kira o de Heron.

—No sé cómo describirlo, porque no imagino cómo sería no tenerlo —respondió—. Es como no tener ojos. Tú los usas para todo; la vista es tan importante para la vida de los humanos y los Parciales que colorea todos los demás aspectos de nuestra existencia. Incluso eso: la palabra «colorea» como sinónimo de

«afecta». Es una metáfora visual que describe algo no visual. Cuando imaginas a alguien tratando de desenvolverse sin la vista, así es como yo imagino a alguien tratando de manejarse sin el enlace.

—Pero la vista falla todo el tiempo —dijo Kira—. Los ciegos pueden desenvolverse igualmente en la sociedad, y te aseguro que entienden las metáforas como esta de los colores.

—Pero aun así la ceguera se considera una discapacidad —repuso Samm—, al menos entre los Parciales.

—Entre los humanos también.

—Pues ahí tienes —dijo—. Y nadie diría que es una diferencia estilística; es literalmente una disminución de la capacidad.

—Mira esto —dijo Kira. Abrió los ojos, exagerando una expresión de sorpresa, y él no reaccionó—. ¿Viste?

—¿Qué cosa?

—Acabo de abrir los ojos muy grandes.

—Haces eso todo el tiempo —respondió

Samm—. Mientras hablas, distintas partes de tu cara y de tu cuerpo se mueven constantemente. Heron también lo hace. Yo pensaba que ella tenía temblores faciales.

Kira rio.

—Eso se llama lenguaje corporal. La mayoría de las señales sociales que ustedes comunican por medio de las feromonas, nosotros las transmitimos con pequeños movimientos faciales y gestos de las manos. Esto significa que estoy sorprendida —volvió a dilatar los ojos—. Así estoy escéptica —levantó una ceja—. Esto significa que no sé alguna cosa —se encogió de hombros, con las manos a los costados y las palmas hacia arriba.

—¿Cómo hacen...? —Samm se interrumpió, en el lapso en que un humano frunciría el ceño o torcería la boca para debitar confusión, y Kira supuso que estaría transmitiendo «estoy confundido» por el enlace—. ¿Cómo enseñan eso? ¿Cuánto tarda un nuevo integrante de su cultura o un niño en aprender todas esas señas raras?

Quiso imitar el encogimiento de hombros, pero le salió algo tieso y mecánico.

—Eso es como preguntarle a alguien que habla alemán para qué se toma el trabajo de aprender todas esas palabras raras, si sería mucho más fácil hablar en español —respondió Kira—. ¿Ustedes tienen que enseñarles los datos del enlace a los nuevos Parciales?

—Hace años que no tenemos nuevos Parciales —dijo Samm—; pero no, claro que no, y creo que entiendo a dónde quieres llegar. ¿De veras este «lenguaje corporal» es tan inherente a los seres humanos como lo es el enlace para los Parciales?

—Exactamente.

—Pero entonces, ¿cómo...? —se interrumpió, y Kira imaginó qué tipo de datos estaba expresando por el enlace—. Iba a preguntarte: «¿Cómo pueden entenderse por la radio cuando la mitad de su comunicación es visual?», aunque supongo que el enlace tampoco se transmite por la radio, de modo que en eso estamos parejos. Pero, por otro lado, los

Parciales pueden entenderse aun en la oscuridad.

—Es cierto —respondió Kira—. Pero también tenemos muchos indicios verbales que ustedes no. Escucha estas dos oraciones: «¿Vas a *comerte* eso?» y «¿Vas a comerte *eso*?».

Samm se quedó mirándola, y Kira casi rio al verlo tan, supuso, confundido.

—Seguro que vas a decirme que la diferencia de volumen cambia el significado de la oración. Para ese tipo de énfasis, nosotros usamos el enlace.

—Pues parece que eso nos da una ventaja en la comunicación radial —dijo Kira, agitando las cejas—. Quizá sea esa la clave para ganar la guerra.

Samm rio, y Kira se dio cuenta de que la risa, al menos, parecía ser bastante común entre los Parciales. Probablemente no la necesitaban, ya que podían expresar diversión o humor por medio del enlace, pero aun así reían. ¿Tal vez la risa estaba incorporada a algún segmento humano de su genoma modificado? ¿O sería una

reacción vestigial?

—Basta de lenguaje corporal —dijo ella—. Quiero practicar el enlace, así que dispara.

—Disparar no hará que te resulte más fácil detectar el enlace.

—Es una expresión —explicó Kira—. Envíame algo por el enlace, algún dato. Necesito ejercitar.

Pasaron los días siguientes practicando: Samm le enviaba mensajes feromonales sencillos y Kira se esforzaba por sentirlos y reconocer qué emociones representaban. Un par de veces le pareció que podía percibirlos, pero la mayoría del tiempo estaba completamente perdida.

Atravesaron los Apalaches por una carretera ancha marcada con el número 80, desgastada y medio desmoronada en algunas partes, pero en general intacta. Pudieron avanzar más rápido del otro lado del río, pues dejaron atrás a la manada de perros y,

esperaban, también a cualquier otro posible observador. Con menos temor a un ataque, podían viajar más abiertamente, pero los tramos de campo abierto solo lograban acentuar en Afa lo que Kira entendió como una creciente agorafobia; él intentaba detenerse en casi todas las ciudades, y se escondía dentro de librerías o bibliotecas para revisar obsesivamente los libros. Gran parte de la zona estaba cubierta por colinas bajas y largas, y Afa se sentía mejor cuando podían viajar entre ellas, actuando cómodo al abrigo de esas moles que, si bien no eran edificios, al menos limitaban su horizonte visual. Kira esperaba que tuvieran esa clase de terreno hasta llegar a Chicago, pero a medida que avanzaban hacia el oeste se hacía más y más llano. Cuando cruzaron el río Allegheny y vieron ante ellos las llanuras del Medio Oeste, los murmullos de Afa se hicieron más esporádicos y desorganizados. Al cruzar la frontera entre Pensilvania y Ohio, Kira se dio cuenta de que en realidad no hablaba sino que discutía, mascullando furiosamente contra el

coro de voces en su cabeza.

Lo único que salvó a Afa en el Medio Oeste fueron las ciudades, que allí eran más grandes y frecuentes. Heron, en cambio, se volvía más cautelosa, siempre alerta ante un posible ataque de alguna fuerza que no hubieran visto. Se mantuvieron lo más que pudieron sobre la Interestatal 80; pasaron por Youngstown y continuaron hacia el norte hasta un sitio llamado Cleveland. Ambas eran ciudades fantasmales, vacías, sin el kudzu que le daba aspecto de jungla al vecindario de Kira. Nueva York permanecía inmóvil y silenciosa, pero al menos la vegetación le proporcionaba una sensación de vida. Aquí las ciudades estaban muertas, desnudas y medio desmoronadas, erosionadas por el viento y las inclemencias del tiempo: monumentos que iban desdibujándose en una llanura vasta y despojada. Kira se sentía sola nada más de mirarlas, y se alegró tanto como Heron cuando las dejaron atrás. La carretera los llevó por la costa sur de un mar gris y ondeante, que Samm insistía en que era solo un lago; aun

viéndolo en el mapa, a Kira le costaba creer que no fuera otra parte del océano que había conocido. Y, aunque nunca le había agradado — pues en sus costas se sentía pequeña y expuesta —, ahora sentía nostalgia por verlo. Echaba de menos a sus amigos, a Marcus. Bobo relinchó y sacudió sus crines, y ella lo palmeó en el pescuezo con gratitud. Jamás podría entender cómo el viejo mundo había podido manejarse sin caballos; no se podía acariciar a un auto.

En una ciudad llamada Toledo, el lago se encontraba con un río ancho que subía, serpenteante, desde el sur, y detuvieron los caballos en la orilla de un barranco, más allá del cual había una caída de quince metros hasta el río caudaloso. Ya no había más camino por delante; abajo, en el río, yacían los escombros del puente de la I-80.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Kira. El precipicio la mareaba y el viento le agitaba el cabello—. Este puente parece demasiado nuevo para haberse desmoronado así.

—Mira las vigas —dijo Samm, señalando la

infraestructura de metal que sobresalía, retorcida, del cemento de su lado de la costa—. Lo volaron.

—Eso te pondrá contento —dijo Heron a Afa, que estaba girando en círculos sobre Oddjob, sin prestarles atención y murmurando amenazas que Kira supuso que se dirigían solo a medias al caballo.

—Tendremos que buscar otro camino —dijo Samm, al tiempo que jalaba la rienda de Buddy hacia la izquierda para dar la vuelta.

Kira se quedó cerca del borde, escudriñando la orilla opuesta. El puente caído había formado una especie de barrera en el río, no lo suficientemente grande o alta como para bloquear la corriente, pero sí bastante como para obligarla a agitarse y burbujear en su paso sobre los escombros, hasta que volvía a calmarse del otro lado.

—¿Quién lo habrá volado? —preguntó.

—Hubo una guerra —le respondió Heron—. Probablemente no la recuerdes, eras bastante pequeña.

—Ya sé que hubo una guerra —dijo, esforzándose por no mirarla con enojo—. Solo que no entiendo cuál de los dos bandos tenía una buena razón para volar un puente. Me dijiste que los Parciales se concentraban en los objetivos militares, así que no creo que hayan sido ellos, y los humanos no habrían destruido sus propias estructuras.

—Esa es la actitud que provocó la guerra —dijo Heron, y a Kira le sorprendió el matiz de furia que había en su voz.

—No entiendo —dijo Kira.

Heron la miró, con una expresión entre calculadora y desdeñosa; luego se volvió y miró hacia el río.

—Tu declaración tácita de soberanía. Este puente pertenecía tanto a los Parciales como a los humanos.

—A los Parciales les otorgaron derechos de propiedad en 2064 —acotó Afa, con la mirada fija en el camino, mientras Oddjob giraba una y otra vez—. Los tribunales de los estados nunca reconocieron esos derechos, y los Parciales no

podían conseguir préstamos para comprar nada. *New York Times*, edición dominical, 24 de septiembre.

—Ahí está tu respuesta —dijo Samm, señalando la línea del agua donde el río pasaba agitado sobre el puente caído—. Allá; sobresale del agua a unos veinte metros de la costa.

Kira siguió con la vista la línea del dedo de Samm, al tiempo que se protegía los ojos del reflejo del sol en el río. Allí, divisó una pieza de metal que sobresalía del agua. Buscó sus binoculares y volvió a mirar, concentrándose en el metal, y vio que era el cañón de un tanque. Se veía el bulto de la carrocería justo bajo la superficie, encajado entre dos pedazos de cemento y acero. Las marcas en sus costados decían: «328».

—Había un tanque sobre el puente cuando cayó.

—Probablemente había docenas —respondió Samm—. El 328 era un pelotón blindado de Parciales. Supongo que la milicia local colocó los explosivos y voló el puente

cuando los Parciales estaban cruzando, para matar a la mayor cantidad posible.

—No habrían hecho eso —protestó Kira.

—Hicieron eso y cosas peores —replicó Heron.

Samm habló con voz más apacible.

—Al final de la guerra estaban suficientemente desesperados como para hacer cualquier cosa —dijo—. La victoria Parcial era casi un hecho, y la liberación del RM lo empeoró todo. Los humanos morían por millones. Algunos estaban dispuestos a volar lo que sea, sus puentes, sus ciudades, incluso a sí mismos, con tal de matar siquiera a uno de nosotros.

—Excelente ética —comentó Heron.

—Y ¿qué me dices de la flota frente a la bahía de Nueva York? —replicó Kira, enojada, mientras daba media vuelta para enfrentarla—. Lo vi en los archivos de Afa: veinte barcos humanos hundidos, ningún sobreviviente; fue el ataque más destructivo de la guerra.

—Veintitrés —corrigió Afa.

—Fue en defensa propia —respondió

Heron.

—¿Hablas en serio? —preguntó Kira—. ¿De qué podían estar defendiéndose los Parciales?

—¿Por qué sigues hablando así?

—¿Así cómo?

—Hablas de «ellos» en vez de «nosotros». Eres Parcial; un poco diferente, pero eres una de nosotros. Siempre lo olvidas, pero tus amigos humanos no lo harán. Y se van a enterar.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Kira.

—Dímelo tú —dijo Heron—. ¿Qué crees que va a hacer tu noviecito, Marcus, cuando se entere de lo que eres?

—Tranquilas —intervino Samm—. Cálmense. Esta discusión no nos llevará a ninguna parte.

—Igual que el puente —gruñó Kira, y tiró de la rienda de Bobo para regresar a la carretera. Quería gritar, gritarles a los dos, incluso a Afa, que ellos tenían la culpa por haber librado esa guerra y destruido el mundo antes de

que ella tuviera edad suficiente para defenderlo. Pero no podía culparlos por ese acto de destrucción masiva. Eso era lo peor de todo—. Busquemos otro camino.

Chicago estaba inundada.

Habían tardado casi un mes en llegar, y cada día estaban más ansiosos. Ya no tenían más paneles solares; los habían ido dejando por el camino como alimentación de varias repetidoras. Si encontraban archivos con información sobre cómo extender la fecha de vencimiento o de sintetizar la cura del RM, podrían avisarle a su gente por radio en cuestión de segundos; en lugar de demorarse otro mes de regreso por un territorio peligroso. Afa se entusiasmó mucho cuando la vio aparecer ante ellos: una metrópolis gigantesca que parecía más grande aún (si eso era posible) que la ciudad de Nueva York. Se hallaba en las costas de otro lago gigante, formaba una curva en sus lados este y sur y se

extendía sobre la llanura hasta donde Kira alcanzaba a ver: rascacielos altísimos, trenes monorriel y elevados, inmensas fábricas y depósitos, y filas interminables de casas, oficinas y apartamentos.

Todo estaba semiderruido. Todo cubierto de agua oleosa y cenagosa.

—¿Debería estar así? —preguntó Kira.

—En absoluto —respondió Samm. Estaban en la terraza de un complejo de oficinas en el límite de la ciudad, contemplando la escena con los binoculares de él—. No está toda inundada, pero sí la mayor parte. Parece que el terreno tiene zonas altas y bajas, aunque nada muy grande. Apostaría a que no hay más que unos centímetros de agua, quizá hasta un metro en los peores lugares. Parece que el lago se extendió más allá de sus límites.

—Chicago tenía docenas de canales que atravesaban la ciudad —dijo Heron—. Algunas de las calles menos inundadas van a ser, en realidad, ríos profundos, pero al menos deberían ser fáciles de reconocer.

—Esos canales eran las vías fluviales con mayor trabajo de ingeniería del mundo —dijo Afa con orgullo, como si los hubiera diseñado él mismo—. Fíjense que los ingenieros del viejo mundo invirtieron el curso de uno de los ríos. Esas eran las glorias que teníamos, cuando la humanidad mantenía a la naturaleza bajo estricto control —le brillaban los ojos, y Kira solo pudo imaginar cómo se debía sentir al pensar en eso; tras pasar cuatro semanas en la zona salvaje, una ciudad tan ferozmente tecnológica habrá sido para él como una respuesta a sus plegarias.

—Pues la naturaleza se defendió —respondió Heron—. Esperemos que no haya inundado tu centro de datos.

—Aquí está la dirección —dijo Afa, entusiasmado, al tiempo que sacaba de su mochila un papel doblado; otro correo electrónico impreso, con una dirección marcada con un círculo rojo cerca del pie—. Nunca estuve ahí, así que no sé dónde queda.

Samm miró el papel y luego la ciudad descomunal que se extendía frente a ellos.

—Calle Cermak. Ni siquiera sé por dónde empezar a buscar —echó otro vistazo al papel, y luego a las calles allá abajo—. Vamos a necesitar un mapa.

—Aquella torre parece ser un aeropuerto —dijo Kira, señalando una columna alta de cemento que estaba cerca de la costa del lago—. Seguramente habrá un local de alquiler de autos, allí suelen tener mapas de las rutas regionales.

Los demás estuvieron de acuerdo y volvieron a montar sus caballos. La mayoría de los caminos al aeropuerto estaban secos, pero las pocas áreas inundadas les resultaron problemáticas. Algunas de las calles tenían agua estancada poco profunda; otras simplemente estaban embarradas, pero aquí y allá alguna calle se había convertido en un arroyo o hasta en un río de corriente rápida. Las tapas de las alcantarillas burbujearon; el pavimento estaba combado por las pérdidas en las principales tuberías de agua, y a veces había calles enteras que se habían hundido debido a la sobrecarga de

los desagües subterráneos. El olor era apabullante, pero olía a lago, no a cloaca. Hacía tanto tiempo que la humanidad había desaparecido que ya ni siquiera olía mal.

Tardaron todo el día en llegar al aeropuerto, y acamparon para pasar la noche en una oficina de la planta baja. Amarraron a los caballos a una máquina de rayos X oxidada. Tal como Kira había sospechado, en el local de alquiler de autos había una gran cantidad de mapas, y a la luz de la linterna de Heron los estudiaron y planearon su ruta para el día siguiente.

—El centro de datos está aquí—dijo Samm, señalando un punto cercano a la costa, justo en medio de la zona más céntrica—. Con el lago tan cerca y canales por todos lados, creo que tendremos suerte si no acabamos nadando. Y esperemos que el agua no sea venenosa, ya que no queda tan lejos del páramo tóxico.

—Los caballos no podrán llegar—observó Kira.

Heron miró la escala junto al margen de la página, tratando de calcular la distancia.

—Es muy lejos para caminar sin ellos. Parece que podemos tomar la carretera 90 casi hasta allá; si está elevada, como algunas hasta ahora, no deberíamos tener problemas de inundación hasta las últimas cuadras.

—Y luego ¿qué? —preguntó Kira—. ¿Dejamos los caballos atados a la autopista? Si Chicago es como Manhattan, se los van a comer los leones en las primeras horas. O esos horribles perros parlantes.

Samm casi sonrió.

—Quedaste impresionada, ¿no?

—No entiendo cómo es que ustedes no —dijo Kira.

—Si los dejamos sueltos para que puedan escapar de los depredadores, no los encontraremos cuando regresemos —dijo Heron—. Si queremos caballos, debemos correr el riesgo.

—¿A qué distancia está? —preguntó Kira, examinando el mapa más de cerca—. Podríamos dejarlos aquí, o en el piso de arriba, tal vez; si les hacemos un corral, no correrán

tanto peligro.

—Yo no quiero caminar —dijo Afa desde el otro lado de la habitación, ocupado con su pantalla portátil. Kira ni siquiera sabía que había estado prestándoles atención.

—Estarás bien —le dijo, pero Samm sacudió la cabeza.

—No sé si va a estar bien. Luce más débil que cuando iniciamos el viaje.

—Si no soporta caminar hasta allá, menos aún podrá regresar a casa —dijo Kira—. Dejemos los caballos en un lugar seguro y podremos recogerlos a la vuelta.

Heron revisó el mapa, trazando la ruta con el dedo.

—Salimos por aquí y tomamos directamente la 90; es una autopista con peaje, pero tengo algunas monedas. Aquí arriba se une con la 94 y va derecho al corazón de la zona céntrica. Salimos por este nodo vial grande, y de allí derecho hasta ParaGen; será apenas un kilómetro y medio por las calles.

Era difícil ver en el mapa qué tipo de

edificios había a lo largo de la ruta, dado que había sido pensado para turistas y viajeros de negocios. Había algunos hoteles y centros de convenciones marcados, así como un puñado de restaurantes famosos, pero nada que pareciera servirles a ellos. Por fin Heron se concentró en un edificio que tenía forma de círculo ladeado, cerca de la autopista.

—Aquí dice: «Wrigley Field». Es un estadio de béisbol. Seguramente habrá una bajada de la autopista y muchos lugares donde guardar los caballos; tendrán comida y estarán contenidos y protegidos.

Kira lo examinó y luego asintió.

—Supongo que es nuestra mejor opción, y si las cosas no salen como lo planeamos, nos iremos adaptando sobre la marcha. Durmamos un poco y salgamos al amanecer.

El aeropuerto tenía varios restaurantes, y pudieron rescatar muchas latas de comida de las cocinas; la mayoría eran latas de frutas, pero en un local hallaron un estante con algunas de pollo y en un restaurante mexicano, a medio hundirse,

encontraron otras de frijoles refritos y salsa de queso. La mayor parte de la fruta se había echado a perder; los frijoles tenían un olor sospechoso y decidieron no arriesgarse, pero el pollo y el queso les sirvieron para tener una cena sabrosa, aunque un poco difícil de comer sin ensuciarse. Encendieron una fogata en un basurero metálico y calentaron la comida lo mejor que pudieron; la sirvieron en bandejas descartables (tan bien conservadas que parecían nuevas) y comieron con tenedores de plástico que sacaron de una bolsa en la trastienda de una antigua cafetería. Afa los ignoraba, con los ojos clavados en la pantalla, y solo comía cuando Kira le ponía un bocado directamente frente a la cara. Mascullaba algo sobre códigos de seguridad, así que lo dejaron trabajar tranquilo.

Kira se hizo cargo del primer turno de guardia, y mientras lo hacía, hablaba suavemente con Bobo, que mordisqueaba hojas de una maceta desbordada. Afa seguía trabajando cuando Heron la relevó a las dos de la mañana. Sin embargo, cuando Kira despertó a

las siete, lo vio dormido en su silla, desplomado sobre la pantalla oscura. Y no pudo evitar preguntarse si se habría dormido naturalmente, o si Heron lo había dejado inconsciente de un golpe.

Empacaron y se pusieron en marcha. Siguieron el mapa y descubrieron que Heron tenía razón: la carretera era elevada. Atravesaron Chicago kilómetro tras kilómetro, como si fueran por un puente sobre un pantano, contemplando las casas, los parques y los patios de las escuelas, todos inundados; el sol matutino arrancaba destellos brillantes de la superficie oleosa del agua. Aquí y allá, un río atravesaba la ciudad, revelando la presencia de una capa freática extremadamente alta, y Kira se maravilló de que alguna vez aquella ciudad hubiera estado seca. Al viejo mundo le habría costado mucho trabajo mantener a raya el lago, los ríos y hasta el agua subterránea. Por un lado, se sintió orgullosa —como Afa el día anterior— y sonrió al pensar que ella era parte de semejante patrimonio cultural: una especie tan

inteligente, tan capaz y decidida, que podía controlar los límites del océano e invertir el curso de los ríos. Haber tomado aquella costa cenagosa y haberla convertido en una megaciudad era una verdadera hazaña.

Por otro lado, pensó solo en el orgullo desmedido. ¿Hasta qué punto sería fácil para una civilización tan asombrosa ir tal vez demasiado lejos? ¿Hacer algo indebido? ¿Hacer un sacrificio, una concesión o una justificación de más? Si habían sido capaces de construir una ciudad como esa, ¿por qué no habrían de construir una persona? Si podían controlar un lago, ¿por qué no una población? Si se puede subyugar a la naturaleza misma, ¿por qué habría de escapárseles de las manos una enfermedad?

Kira pensó en el Consorcio, en todos sus planes secretos y sus intenciones ocultas. En el Seguro. ¿Qué era? ¿Querían salvar el mundo o destruirlo? Las respuestas estaban en el centro de datos, y este se encontraba muy cerca.

Siguieron la Interestatal 90 con rumbo directo hacia el noroeste, hasta que por fin se

curvó hacia el oeste para unirse a la 94. Descubrieron con desazón que allí empezaba a bajar; no solo perdía elevación, sino que literalmente corría por debajo del nivel del resto de la ciudad, no al nivel del suelo, sino por debajo. Lo que alguna vez había sido una carretera, ahora era un indolente río, y solo la parte superior de los camiones más altos sobresalía del agua.

—Tendremos que retroceder —dijo Samm.

—Y luego ¿qué? —le preguntó Heron—, ¿viajar por las calles? Ya viste los huecos que había camino al aeropuerto; con tanta agua cubriéndolo todo, nunca sabremos si vamos a pisar suelo sólido o a caer en un pozo.

Kira miró hacia atrás, recorrió con la vista el paisaje urbano y luego volvió a mirar el río.

—Es demasiado lejos para que los caballos naden.

—Son varios kilómetros —concordó Heron.

—Busquemos un bote —propuso Afa.

Kira lo miró.

—¿Hablas en serio?

—Dijeron que este camino lleva directamente al centro de datos, ¿no? Sabemos que tiene suficiente profundidad para un bote; entonces, dejemos los caballos y usemos un bote.

—Tengo que admitir que es una idea bastante buena —asintió Samm—. Busquemos algo que flote y pueda llevarnos.

Kira condujo a Bobo al borde de la carretera y miró la ciudad que los rodeaba. Allí, en el punto de unión, la carretera era ridículamente ancha; había docenas de carriles, y casi al ras del suelo. Del lado norte había una especie de estación de ferrocarril, pero al sur vieron lo que parecía un barrio residencial, probablemente el mejor lugar donde buscar un bote pequeño. Desmontó, estiró las piernas y tomó su fusil.

—Uno de ustedes, venga conmigo. A ver qué encontramos por allá.

—Yo iré —dijo Samm. Desmontó de un salto y siguió a Kira; la alcanzó rápidamente con pasos largos y ágiles. Pasaron por encima de una barrera de cemento, luego otra y otra más,

entre incontables carriles, caminos y direcciones que se entrecruzaban—. Es un buen plan.

Kira tomó impulso para pasar por encima de otra barrera.

—¿Lo del bote? Afa no es idiota.

—Creo que he sido injusto con él.

—No te ablandes mucho por una sola idea buena —le dijo, sonriendo.

—No es solamente eso —admitió Samm—, es todo. Ha sido más fuerte de lo que yo esperaba. O al menos, tiene más capacidad de recuperación.

Cruzó la barrera tras ella. Kira asintió, distraída, observando los árboles al borde del camino.

—Ha pasado por muchas cosas.

—Once años de soledad —dijo Samm—, huyendo y escondiéndose, sin nadie que lo ayudara ni con quien compartir. Con razón perdió la cabeza —se encogió de hombros—. Apenas es humano.

Kira se quedó helada.

—Un momento —dijo, mientras daba media

vuelta—. ¿Estás diciendo que es comprensible que esté loco porque es humano?

—Digo que se desenvolvió mucho mejor que la mayoría de los humanos.

—Pero piensas que serlo es una desventaja —dijo Kira—. Que, en cierto modo, el hecho de ser humano explica las deficiencias de Afa porque, vamos, al menos no se ensucia en los pantalones todo el tiempo.

—Yo no dije eso.

—Pero fue lo que quisiste decir —insistió Kira—. ¿Eso pensaste de mí? ¿Es bastante lista *para ser humana*?

—Tú eres Parcial.

—Pero no lo sabías.

—Nos diseñaron para ser perfectos —explicó Samm—. Somos más fuertes, inteligentes y capaces porque nos hicieron así... No veo por qué está mal reconocerlo en voz alta.

Kira se apartó y superó de un salto la última barrera, y al hacerlo aterrizó con un chapoteo en el barro que había del otro lado.

—Y después no entienden por qué los humanos los odian.

—Espera —dijo él, siguiéndola de cerca—. ¿Por qué estás así? Normalmente no te enojas tanto.

—Y tú normalmente no haces comentarios tan racistas sobre lo estúpidos que son los seres humanos.

—Heron sí. Y nunca le saltas a la yugular.

—Entonces, ustedes también deben poder odiarnos —Kira se volvió hacia él—. ¿Es ese el problema? ¿Sientes que soy injusta contigo?

—Eso no... —Samm se interrumpió—. Ah.

—¿Ah? ¿Ah, qué?

—Ya entiendo de qué se trata esto, y te pido disculpas por haberlo mencionado.

—Ya te dije de qué se trata esto. No trates de echarle la culpa a otra cosa más que a tus hombros perfectamente diseñados.

—Sigues hablando de los humanos como «nosotros» —explicó Samm en tono suave—. Aún te identificas con ellos.

—Pues claro que sí. Se llama empatía

humana. Es lo que hacemos los humanos; nos identificamos entre nosotros, nos importamos mutuamente. Es obvio que Heron no tiene corazón, pero tú... pensé que eras diferente. Tú...

Dejó la frase inconclusa. ¿Cómo podía explicarle que se sentía traicionada cuando él hablaba así de las personas a quienes amaba? ¿Cuando seguía sin entender lo horrible que resultaba esa actitud? Se apartó y empezó a caminar.

—Lo siento —dijo Samm detrás de ella—. Pero Heron tiene razón: tendrás que dilucidar quién eres.

Kira levantó las manos en el aire con frustración, y le gritó sin darse vuelta:

—¿Para que pueda elegir de qué lado estoy? —ahora estaba llorando, y las lágrimas le ardían en las mejillas.

—Para que puedas ser feliz —respondió Samm—. Te estás partiendo en dos.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Tardaron una hora en encontrar un bote, y no volvieron a hablarse más que con simples monosílabos. Aquí. Allá. No. Era una lancha pequeña, de unos tres metros y medio de proa a popa, montada en un remolque y encerrada en un patio que prácticamente desbordaba de camionetas y vehículos todoterreno. Kira la rodeó, chapoteando en el agua poco profunda, para averiguar cómo estaba sujeta, cómo desengancharla, dónde podrían empujar una camioneta o romper una cerca para sacarla del patio. Aparentemente no había manera. Aún estaba furiosa con Samm, pero por fin habló sin mirarlo.

—No creo que podamos sacarla de aquí.

—Estoy de acuerdo —dijo con voz llana y sin emoción, pero él siempre era así. ¿Estaba tan enojado con ella como ella lo estaba con él? La idea de que quizá no lo estuviera puso a Kira más furiosa que antes—. Es obvio que aquí vivía un hombre que disfrutaba del aire libre —observó, contemplando las motos de competencia y las casas rodantes que había cerca de la lancha—. Quizá tenga algo más pequeño en la cochera.

—O quizá era una mujer —replicó Kira, y de inmediato lamentó el tono petulante de su voz. *Puedes estar enojada con él sin volverte una idiota.* Se concentró en el problema que debían resolver y volvió a mirar los neumáticos de la camioneta, pensando hasta dónde podría llegar si intentaba ponerla en marcha. Tenía los neumáticos desinflados y la gasolina que había en el tanque tenía doce años, así que, aunque arrancara, no llegaría muy lejos. ¿Hasta el final de la calle? ¿Hasta salir de la casa? Estaban a solo una cuadra de la bifurcación sur del río de la carretera; si lograban llegar hasta allí, podían

botarla al agua y seguir a remo. Probó la puerta de la casa, suponiendo que si los dueños murieron allí, las llaves de la camioneta estarían dentro. La puerta estaba con llave, y Kira sacó su pistola para volar la cerradura, pero de repente Samm emergió, dando un fuerte golpe contra la puerta con una pequeña canoa metálica.

—Adentro hay remos —dijo, señalando hacia la cochera.

—Es un poco pequeña.

—Es lo mejor que encontré —respondió Samm—. Solo soy un Parcial.

Lo dijo sin sarcasmo alguno, porque nunca lo había en su voz, pero Kira sintió una ligera oleada de enojo que quizá provenía del enlace... o bien de su propia mente enfurecida. Lo sintiera ella o no, era evidente que Samm aún seguía pensando en la discusión que habían tenido, y esa revelación la hizo sentir furiosa y triunfante a la vez. Se obligó a no demostrarlo y entró a buscar los remos.

Cuando volvieron a la unión de las dos

carreteras, primero remando y luego cargando la canoa por la pequeña pendiente, encontraron a Heron y Afa solos.

—Até a los caballos en el patio ferroviario —les informó Heron.

—Ella me hizo bajar del caballo —dijo Afa—. Odio a ese caballo.

—En ese caso, deberías alegrarte de haberte librado de él —dijo Kira. Miró a Heron con desconfianza—. ¿Están a salvo?

—Al tuyo le di una pistola, por las dudas.

—Perfecto —dijo Kira—. ¿Listos?

Heron echó un vistazo a Samm y luego a Kira, pensativa.

—¿Qué pasó entre ustedes dos?

—Nada —respondió Samm. Heron levantó una ceja.

Volvieron a colocar la canoa en el agua, ayudaron a Afa a subir y lo acomodaron con cuidado en el centro. La embarcación se hundió bastante con su peso, pero lo soportó, y Afa sujetó su mochila con fuerza contra su pecho.

—Necesitamos un bote más grande. Traje

toda nuestra salsa para nachos.

—Qué rico —dijo Kira. Quería mirar a Samm, para ver si estaba poniendo cara de exasperación o haciendo algún otro gesto de desdén por la conducta infantil de Afa, pero no se atrevió; y sabía que, de todos modos, él no estaría haciendo nada de eso.

—Se va a mojar —agregó Afa.

—No dejaremos que eso pase —le aseguró Samm.

Empujaron la canoa más lejos de la costa inclinada y poco profunda, y Heron y Kira subieron a su vez. Tomaron los remos, y Samm los empujó un trecho más antes de subir él también. Estaba mojado hasta la cintura, y al subir chorreó y salpicó todo el fondo del bote. Sin alterarse, Afa extendió una mano para empujarlo fuera de la borda, pero Kira lo contuvo. Se acomodaron para mantener el peso lo más equilibrado posible, y empezaron a remar.

El río fue haciéndose más y más profundo a medida que se adentraban en él. Las filas de autos, detenidos o chocados en los últimos

momentos de vida de sus conductores, semejaban líneas de animales pardos agazapados en un abrevadero. Aquí había uno que tenía apenas los neumáticos delanteros mojados; allí había otro con el motor sumergido; más allá, uno del cual solo el techo y la antena sobresalían del agua. Siguieron remando sin hablar; el agua lamía los costados de la canoa, y pronto los remolques a diésel y los grandes camiones de transporte quedaron sumergidos: solo sus techos resplandecían a través del agua como esporádicos bancos de arena metálicos.

A los costados de la carretera fluvial había árboles, altos y ya no limitados por la supervisión humana; se habían adueñado de patios traseros, parques e incluso algunos tramos del camino. Cada uno o dos kilómetros pasaban por debajo de un puente, las antiguas calzadas entre un lado y otro de la carretera, y de estos a menudo pendían musgo y enredaderas; no kudzu, sino algo con hojas más pequeñas que Kira no reconoció. Arrancó una al pasar por debajo, y vio que era cerosa al tacto. La frotó suavemente

entre los dedos, preguntándose cómo se llamaría, y la dejó caer al agua.

El mayor peligro debajo de los puentes eran las bandadas de aves acuáticas que se habían instalado allí y habían manchado las columnas de cemento con sus excrementos blanco-amarillentos. Debajo del tercer puente, una bandada que dormitaba se alborotó cuando pasaron y levantó el vuelo. Afa intentó golpearlas, sobresaltado por la imagen y el sonido de cien aves que revoloteaban, y casi volcó el bote, pero Kira logró calmarlo. Le entregó su remo a Samm y se concentró en mantener tranquilo a Afa. El río era largo, más aún de lo que habían esperado, y ella empezó a preguntarse qué tan preciso era el mapa que tenían. Justo cuando iba a proponer que dieran la vuelta, segura de que se les había pasado alguna curva, pasaron por el estadio que Heron había visto en el mapa. Kira anunció que estaban cerca, y asintió con actitud tranquilizadora mientras Afa le hablaba de las especificaciones técnicas del centro de datos.

El camino ascendía por encima del agua una sola vez, en la última intersección antes de salir de la autopista y entrar en la ciudad. Cargaron la canoa para cruzar, recorriendo la ciudad con la vista mientras lo hacían, y Kira señaló el edificio que suponía que era el centro de datos: una construcción grande, de ladrillos, con dos torres cuadradas. Bajaron a pie al otro lado del cruce y volvieron a subir al bote, aunque apenas pudieron remar unas cuerdas más, pues la profundidad se hizo demasiado escasa para molestarse. Vadearon el último kilómetro, tanteando el suelo delante de ellos con palos para no caer en un pozo inesperado. Encontraron dos, y tuvieron que desviarse toda una cuerda para evitar el segundo. Cuando llegaron al centro de datos, Kira sonrió con orgullo: era el mismo edificio que había divisado desde la colina. El agua les llegaba casi a las rodillas, y Samm levantó la vista para observar la construcción de varios pisos.

—Espero que la computadora que buscas no esté en la planta baja —dijo—. Ni en el

subsuelo.

—No lo sabré hasta que las encendamos — dijo Afa, al tiempo que se dirigía hacia la esquina —. El generador de emergencia debería estar afuera, en alguna parte. Busquen solvente para pintura.

Kira miró a Samm e inmediatamente apartó la vista, y dirigió la pregunta a Heron.

—¿Solvente?

—Tal vez piensa redecorar la casa —dijo, burlonamente.

No alcanzaron a oír la respuesta de Afa, que dobló la esquina del edificio, y Kira y los Parciales se apuraron a alcanzarlo.

—... disuelve la resina —iba diciendo—. No es una solución efectiva a largo plazo, porque emite gases que son tóxicos, pero hará que ese motor funcione mejor que nunca en doce años.

El hombre estaba otra vez en su modalidad lúcida, quizá más consciente y entusiasmado de lo que nunca lo había visto; aquí, en su elemento, era todo genio, sin rastros del niño que lo

rezagaran. En comparación, Kira se sentía la más lenta de los dos.

—¿De qué hablas? —le preguntó, dando golpecitos nerviosos con la vara en el suelo delante de ella mientras trataba de alcanzarlo.

—De eso —respondió Afa, al tiempo que doblaba la esquina trasera del edificio. Allí había una serie de postes de electricidad, cables y bloques metálicos gigantescos que alguna vez habían estado pintados de gris, pero ahora estaban moteados de óxido. Afa llegó al portón y forcejeó con las cerraduras—. Necesitamos hacer funcionar estos, por lo menos uno, y para eso lo mejor es el solvente para pintura.

—Permíteme —dijo Heron, y sacó de su cinturón un par de ganzúas de metal. Las insertó en la cerradura, las giró ligeramente y la cerradura se abrió.

Afa entró a toda prisa, y al hacerlo casi perdió el equilibrio en el agua. Los bloques metálicos estaban marcados con diversos símbolos, rótulos y advertencias. Incluso mirándolos, Kira no estaba segura de para qué

eran.

—Este lugar fue uno de los centros de datos más grandes del mundo —indicó—. Si se quedaba sin electricidad, la mitad del planeta perdía sus datos. Obtenía la energía de la red de energía eléctrica, como todo el mundo, pero además tenía todos estos como respaldo; si le pasaba algo a la red, o incluso a uno de estos generadores, había diez generadores más para cubrir la demanda. Funcionan con diésel, por eso solo necesitamos encontrar el... No entiendo — se alejó chapoteando en otra dirección, y Kira leyó los rótulos del bloque metálico más cercano.

—No son generadores de electricidad — observó—. Son de... ¿frío?

—Es un sistema de refrigeración para el centro de datos —gritó Afa. Regresó y otra vez casi volvió a caerse mientras caminaba—. Nunca había visto uno tan grande. Pero ¿dónde están los generadores?

—Veamos adentro —propuso Heron, y la siguieron hacia el interior.

El edificio era más ornamentado de lo que Kira había esperado: un estilo arquitectónico más antiguo de ladrillos, yeso y paneles de madera. Hasta los techos eran abovedados. La planta baja estaba tan inundada como el exterior, gracias a los vidrios rotos y a las puertas vencidas; el agua les llegaba más arriba de las rodillas, y en la superficie, como una corteza, flotaba una capa de polvo y basura. Había algunas oficinas, pero la mayor parte del piso consistía en una sola sala inmensa, llena de pared a pared con hilera tras hilera de torres de computación: no solo pantallas, como la computadora portátil que Afa llevaba consigo, sino bloques gigantescos de memoria y poder de procesamiento, cada uno más alto y ancho que Kira. Había cientos, alineados como obeliscos, y a su alrededor flotaban trozos de cables y de material aislante.

—Esto no es bueno —dijo Samm—. Será imposible hacerlos funcionar.

—Pues entonces esperemos que lo que buscamos esté en otro piso —repuso Afa, y se

encaminó junto a una fila de servidores hasta un tanque grande de metal—. Y ojalá haya más de estos allá arriba.

—Es un tanque de gasolina —observó Kira, y Afa asintió con entusiasmo.

—Y el generador está justo al lado. Aquí necesitamos el solvente.

—Todavía no entiendo eso —dijo Kira.

—La gasolina se degrada con el tiempo —explicó Samm, asintiendo como si lo entendiera todo—. El petróleo que está dentro se convierte en resina, como una goma densa. Por eso tampoco funcionan los automóviles.

—Eso lo sabe todo el mundo —comentó Kira.

—Por eso él está buscando solvente —prosiguió Samm—. Disuelve la resina y vuelve a convertirla en gasolina. Los gases residuales serían tóxicos, como dijo él antes, pero el generador funcionaría.

—Al menos, el tiempo suficiente para que consigamos nuestros datos —concluyó Afa. Se encaramó en una escalera de metal y empezó a

forcejear con la válvula del tanque.

—Yo la abriré —dijo Samm, y lo empujó suavemente a un lado—. Ustedes dos busquen un poco de solvente.

—Sí, señor —respondió Kira en tono ceremonioso, y logró contener una reverencia antes de apartarse.

Heron la siguió y le habló en voz baja cuando salieron del edificio.

—Me alegra ver que ustedes dos se llevan tan bien. ¿Hay algo que quieras contarme antes de apuñalar a Samm en la cara?

Kira no respondió; iba observando las fachadas de los comercios, en busca de algo que se pareciera a una ferretería. Respiró hondo, tratando de serenarse.

—¿Piensas que los seres humanos son inferiores?

—Pienso que todos son inferiores.

Kira se detuvo y miró con enojo a Heron, que venía detrás; luego se volvió y siguió caminando.

—¿Te parece que esa es la respuesta que

busco?

—Es un hecho —respondió Heron—. Los hechos están demasiado ocupados siendo ciertos como para preocuparse por lo que tú pienses de ellos.

—Pero eres una persona, no un hecho. ¿Qué piensas tú?

—Los Parciales viven en un sistema de castas —respondió—. Los soldados son los mejores guerreros; los generales son los mejores para liderar y resolver problemas; los médicos tienen más conocimientos y destreza manual. Así nos diseñaron. No es una vergüenza saber que un general es más inteligente que uno, porque fueron diseñados genéticamente para serlo —hizo una ligera reverencia y una sonrisa descarada se dibujó en su rostro—. Pero yo soy un modelo de espionaje, y estamos diseñados para superar a todos en todo. Operamos independientemente y funcionamos fuera de la estructura normal de mandos; enfrentamos problemas en todas las categorías y los resolvemos sin asistencia externa. ¿Cómo podría

no sentirme superior si está demostrado que lo soy? —hizo una pausa, y se puso más seria—. Cuando sugerí que quizá tú también fueras un modelo de espionaje, creo que fue el mejor cumplido que habría podido hacerte.

—No me entiendes —insistió Kira—. Ni tú ni Samm ni ninguno de los demás Parciales... —una vez más se detuvo y levantó las manos con frustración—. ¿Cómo crees que va a terminar todo esto? ¿Ustedes nos matan, y nosotros a ustedes, hasta que no quede nadie?

—Estoy bastante segura de que ganaremos nosotros —respondió Heron.

—Y después, ¿qué? En dos años más, ustedes habrán superado su límite de veinte años y estarán muertos. Y si algunos de nosotros sobrevivimos a la guerra, moriremos con ustedes, porque necesitamos su feromona para vivir. ¿Y si evitamos la guerra? ¿Y si encontramos algo en este centro de datos, curamos el RM y el vencimiento y seguimos con nuestra vida? Todos seguiremos viviendo, y también odiándonos, y tarde o temprano habrá

otra guerra, y nunca vamos a escapar de eso si no cambiamos nuestra manera de pensar. Así que no, Heron: no me gustan tus hechos ni tu actitud, ni tu explicación pretenciosa de por qué está bien ser un imbécil racista y fascista. Maldición, ¿dónde hay una ferretería?

Doblaron otra esquina, y Kira vio un cartel que parecía prometedor, así que se dirigió hacia allá con toda su furia, con las botas empapadas. No se molestó en fijarse si Heron la seguía.

El local era una extraña combinación de tienda de mascotas y ferretería básica, pero tenía solvente, y Kira tomó dos latas de cuatro litros en cada mano. Cuando se dio vuelta, Heron estaba justo detrás de ella, y tomó otras cuatro. Regresaron por el agua hasta los generadores, con cuidado de seguir la misma ruta por si había algún pozo que se les hubiera escapado a la ida.

Cuando regresaron, Samm y Afa habían logrado abrir la válvula de la gasolina, y Afa estaba tanteando el tanque con una vara larga.

—Está casi sólida —dijo—. Puede llevarnos

un tiempo.

—Hay más en la tienda, si las necesitamos —dijo Kira, al tiempo que colocaba las latas pesadamente sobre la rejilla metálica cerca del tanque—. Traje un embudo.

—Primero debemos cerciorarnos de que es el tanque correcto —dijo Afa—. Samm estuvo explorando y hay varios más en este piso, y a juzgar por estos cables, también hay más arriba.

—Eso quiere decir que tenemos que descubrir en qué servidor están los datos de ParaGen —acotó Samm.

—Exacto —dijo Afa—. Los archivos que digan qué servidores son de ParaGen estarán en la oficina de administración, tal vez arriba.

Buscaron la escalera más cercana y subieron con pesadez. Kira se alegró de estar por encima del nivel del agua. En el primer piso no había más que servidores, igual que en el segundo, pero en el tercero había algunas oficinas pequeñas a lo largo de una hilera de ventanas rotas. Afa dejó su mochila en el suelo, la abrió y sacó una Tokamin, una batería con

forma de teléfono que brindaba energía casi perpetua pero solo en cantidades pequeñas, y hacía ya tiempo que los beneficios del dispositivo habían sido tradicionalmente anulados por la radiación ambiental que emitía. El viejo mundo nunca había llegado a producir las más allá de la prueba de concepto, y aunque los sobrevivientes de Long Island habían evaluado la idea, la habían considerado demasiado peligrosa para resultar práctica. Cuando no queda más que un puñado de seres humanos, no tiene sentido producirles cáncer. Aparentemente, Afa se había fabricado la suya. Kira dio un paso atrás, y notó que Samm y Heron hacían lo mismo. Cuando Afa presionó el botón para encenderla, Kira apartó la cara, como esperando un estallido de energía gaseosa verde, pero lo único que ocurrió fue que se iluminó el ícono en forma de nuez que tenía en el centro. Luego enchufó la batería a una computadora del escritorio, como esas de vidrio y marco negro que Kira había visto en la oficina de ParaGen en Manhattan.

El escritorio parpadeó: un panel de vidrio

claro de un metro y medio que se encendía, se apagaba, una y otra vez. Por fin, con un estallido de luz azul, quedó encendido, y en él se vio esencialmente una versión más grande de la pantalla portátil de Afa. Era como si se hubiera abierto una ventana a otro mundo que hubiera reemplazado la placa de vidrio por la vista de una selva verde, tan clara y vívida que Kira extendió la mano para tocarla. Era el mismo vidrio, cubierto de polvo y suciedad, y aquí y allá aparecían defectos pixelados en la imagen. En el centro, con un resplandor suave, había un recuadro pequeño que solicitaba una contraseña: Afa probó algunas palabras sencillas, y luego se volvió hacia su mochila y se puso a buscar algo.

—Busquen anotaciones —les dijo, señalando el resto de la habitación—. El setenta y ocho por ciento de los oficinistas dejaban sus contraseñas anotadas cerca de sus computadoras.

Kira y Samm recorrieron la oficina en busca de papelitos, aunque doce años de ventanas rotas y exposición a la intemperie la habían

dejado tan desordenada que Kira pensó que no encontrarían nada que sirviera. Heron, en cambio, se puso a revisar las fotos que quedaban, por si tenían algún nombre escrito en el dorso. Mientras, Afa sacó de su mochila un dispositivo de memoria y lo insertó en un puerto del escritorio, y antes de que alguno hallara una contraseña, él lanzó una breve carcajada.

—Ya está.

—¿La contraseña? —preguntó Kira.

—No, pero estos escritorios tienen una modalidad de mantenimiento, y pude iniciarla. No podré ver los datos ni modificar nada, pero me permitirá ver la configuración y, lo que es más importante, la estructura de los archivos — la imagen de la pantalla ya no era siquiera una imagen; en lugar de la jungla y los iconos había texto que iba pasando, dividido en ramas y anexos como un sistema de raíz basado en palabras. Los dedos de Afa volaban sobre la imagen, expandiéndola por aquí, comprimiéndola por allá, pasando fila tras fila de nombres y archivos—. Esto es perfecto.

—¿Quiere decir que podrás encontrar los servidores de ParaGen? —le preguntó Samm. Afa asintió, con los ojos clavados en la pantalla. Samm esperó un momento, y luego preguntó—: ¿Cuánto tiempo te va a llevar?

—A menos que tengamos mucha suerte, la mayor parte de la noche —respondió Afa—. ¿Pueden traerme un poco más de esa salsa para nachos?

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Samm revolvió el tanque de gasolina, y Kira se alegró al oír el sonido del líquido que golpeaba las paredes de metal.

—Parece que estamos listos.

—Esto debería darnos suficiente energía para todo el piso la mayor parte del día —dijo Afa.

Samm apretó bien la válvula del tanque; todos se apartaron y Afa pulsó el interruptor para activarlo. Al cuarto intento crepitó con dificultad por tanto tiempo en desuso; y al séptimo, se encendió con un rugido feroz. Casi de inmediato se encendieron las luces de emergencia (aquellas lamparillas que no estaban quemadas ni rotas), y momentos después

empezaron a sonar las bocinas del techo; dos de ellas emitían una advertencia urgente de que el suministro de electricidad del edificio se encontraba afectado, y la tercera simplemente soltaba aire y soplaba una nube de polvo.

Heron las miró con los ojos entrecerrados.

—Esto va a ser un fastidio.

—Vamos —dijo Afa—. No tenemos mucho tiempo.

—¿No dijiste que teníamos electricidad para la mayor parte del día? —le preguntó Kira.

—Electricidad, sí, pero no refrigeración. Todas esas instalaciones de aquí al lado están solo para mantener la temperatura de esta sala, y no hay manera de hacerla funcionar de nuevo; y aunque pudiéramos encenderla, utiliza algunos productos químicos raros que no vamos a encontrar en la ferretería de la esquina. Sin un sistema de refrigeración, estos servidores podrían derretir sus circuitos, y unos a otros, con bastante rapidez.

El servidor de ParaGen estaba dos filas más allá, casi en medio de la sala, y cerca del

generador que lo alimentaba y de unas ochenta máquinas más. Aun con el generador encendido, los servidores no parecían tener suficiente energía para funcionar, así que Afa envió a Kira y a Samm a desenchufar las demás computadoras que estuvieran en el mismo circuito. Ella tardó un momento en dilucidar cuáles de los muchos cables correspondían al suministro eléctrico, pero una vez que encontró el primero, los demás fueron más fáciles. Había desenchufado unos veinte, aún sin hablar con Samm, cuando Afa lanzó una exclamación de triunfo.

—¡Encendió!

Samm se puso de pie para regresar, pero Kira siguió trabajando. Si había funcionado al desenchufar la mitad, funcionaría aún mejor cuando desconectara todos los demás. Por otra parte, seguía enojada con Samm y Heron y no quería estar cerca de ellos. ¿Cómo podían ser tan cerrados? El racismo prácticamente había desaparecido desde el Brote, dado que había personas de todas las formas y colores

trabajando juntas, porque literalmente no había nadie más con quien hacerlo. Kira recordaba a un renegado en un pueblo pesquero, un hombre al que había conocido en una incursión de rescate, que la había llamado «cabeza con toalla» en alusión a su evidente ascendencia india, pero era una persona muy resentida y solitaria, y ella había vivido tanto tiempo sin ningún tipo de odio racial que tomó el insulto casi con humor. Era un chiste, algo de lo cual podía reírse más tarde con sus amigos: *¿Pueden creer lo que me dijo ese tipo?* En Long Island todos trabajaban juntos y sin importar el aspecto que tuviera cada uno; lo importante era ser humano.

... a menos que seas Parcial.

Se detuvo, con un cable en la mano, y de pronto analizó la situación desde el otro lado. Así como Samm y Heron se consideraban innatamente superiores, los humanos veían a todos los Parciales como innatamente malos, tan diferentes e inferiores que ni siquiera los consideraban personas. Hasta hacía unos meses

ella pensaba así, pero todo había cambiado al conocer a Samm.

Samm.

Él la había convencido, con sus palabras y sus actos, de que los Parciales también eran inteligentes, empáticos, que estaban furiosos y divididos, en fin: que eran igualmente... humanos. Tenían otra biología, pero sus ideas y sus sentimientos eran casi idénticos. Ella misma era la mejor prueba de eso: se había sentido humana durante años; aún lo hacía. Pero ¿quién diablos era?

De pronto, sintió como en una oleada todo el peso de cada kilómetro que había recorrido desde East Meadow hasta allí, cada río que la separaba de sus amigos, cada montaña que se elevaba para mantenerlos distanciados. Sintió que las lágrimas le inundaban los ojos y se preguntó qué estaba haciendo, por qué estaba ahí, qué trataba de cambiar. Sus amigos, sus hermanas, Marcus, todos juntos habían sido muy felices y todo era muy sencillo. No tenían una vida perfecta, pero era su vida. Eran felices.

Kira se sentó en el suelo, sollozando, sola.

El generador dejó de zumbar y la habitación quedó súbitamente a oscuras. Oyó fuertes pisadas de botas y el grito de alarma de Afa: «¡Lo perdí!». Al levantar la vista, vio el suave resplandor de la pantalla de Afa espiando entre las torres, y abrió la boca para preguntar qué había ocurrido. Pero antes de que pudiera hacerlo, una ráfaga de disparos surcó el aire y apagó la luz con un tintineo de vidrios rotos. Kira se arrojó al suelo y se agazapó detrás de una torre.

Las salas de computación del centro de datos estaban selladas contra toda interferencia exterior; no había ventanas, lo cual significaba que, sin las luces, la oscuridad era casi total. De repente, Kira empezó a percibir fragmentos de información del enlace, siempre más fácil de detectar en situaciones de mucho estrés: la sorpresa de verse emboscados, la confusión de no saber de dónde provenía el ataque, la alarma de un compañero herido. Intentó organizar lo que percibía. De alguna manera habían sido

atacados por alguien increíblemente capaz, pero ¿quién? No habían visto ningún indicio de que Chicago estuviera ocupada. ¿Acaso había algún grupo escondido allí? ¿O los habían seguido? ¿Serían humanos o Parciales?

Kira era apenas una aficionada en cuanto a procesar los datos del enlace, pero trató de recordar en lo que había sentido cuando Samm y Heron habían entrado en el edificio de Afa, y se esforzó por interpretar realmente la emoción que percibía. Todo parecía venir de Samm y Heron, no de los atacantes. Eso quería decir que estos eran humanos, o bien Parciales con máscaras antigás, una táctica común cuando peleaban entre sí.

Se quedó inmóvil, escuchando, intentando distinguir dónde estaba cada uno. Habían apagado el generador, o incluso hasta lo habían destruido, por lo tanto el atacante estaba allí. La pantalla de Afa también se había hecho añicos, lo que significaba que el enemigo había estado en una posición desde la cual había podido disparar sin obstáculos. Probablemente estaba

dos filas a su derecha, aunque no sabía si adelante o atrás. ¿Le habrían disparado también a Afa? El enlace sugería algo sobre un compañero herido, pero ella no sabía quién ni dónde se encontraba.

Alguien se movió a su izquierda: ¿amigo o enemigo? No podía saberlo. Escuchó pisadas, tratando de discernir en qué dirección iban, y oyó el inconfundible sonido de pasos sobre el agua. Botas mojadas, pero ¿de quién? A menos que hubieran entrado por el techo, los zapatos de los invasores estarían tan mojados como los de Samm y Heron. Posiblemente más aún, porque hacía menos tiempo que habían salido del agua. Eso en sí mismo podía ser una pista, pero sin más información, Kira no tenía manera de saberlo. Extendió las manos hacia sus propias botas y se las quitó lentamente, sin hacer ruido. Luego se quitó los calcetines mojados, y quedó descalza. Sería la única en toda la habitación que no hiciera ruido al caminar.

Otra catarata de datos del enlace pasó por su mente: me encontraron; seguida, segundos

después, por otra ráfaga de disparos. Después hubo otro sonido, como un disparo pero diferente. Kira no distinguió qué era, pero el fuego cesó y un cuerpo cayó pesadamente al suelo; calculó que estaría a poco menos de diez metros, atrás y a su izquierda. De pronto tuvo la sensación confusa de estar adormilada y despierta a la vez, y la interpretó como otro mensaje del enlace: uno de sus compañeros había sido drogado o sedado. Ese último disparo había sido un dardo tranquilizante.

Eso significa que no quieren matarnos, pensó. ¿Quién quiere capturarnos? ¿La doctora Morgan? Pero ¿cómo nos encontró?

Kira se puso de pie, con la espalda apretada contra la torre. Miró a ambos lados de la fila donde se encontraba, no vio nada y se escabulló hasta la de adelante con la mayor ligereza posible. Sus pies descalzos no hicieron ningún sonido sobre el piso de cemento, pero sintió unas gotas frías en las piernas y bajó la vista con frustración. Había dejado las botas, pero sus pantalones seguían empapados, y estaba dejando

un rastro de agua que delataría su posición con exactitud.

Oyó otro paso mojado, atrás y a su derecha. Alguien se acercaba. Se agachó y estrujó los pantalones tanto como pudo, para quitarles el exceso de agua. Era casi imposible teniéndolos puestos. Los pasos se acercaban más; calculó que estaban a tres filas de distancia. Apretó los dientes, estrujó la segunda pierna del pantalón. Otro paso mojado. Volvió a levantarse; sentía los pantalones fríos contra las piernas, pero ya no goteaban. Se escabulló en silencio hasta la siguiente fila, esta vez sin dejar rastros. Avanzó a otra fila, y a otra, deslizándose de costado, tratando de interponer tanta distancia como fuera posible entre ella y el atacante, en la dirección en que aquel menos lo esperaba.

La habitación volvió a estallar en ruido, gritos y armas automáticas, y el sonido metálico de las balas al perforar las torres de computación. Esta vez cayeron dos cuerpos y Kira volvió a sentir la leve aura de antelación del enlace: sueño, dolor y victoria. Su último

compañero había caído, pero había eliminado a por lo menos uno de los atacantes. Ahora estaba sola, y no tenía idea de cuántos enemigos quedaban.

Oyó un paso, pero no logró distinguir de dónde provenía. Luego una voz, demasiado baja para entenderla. Tuvo una sensación repentina de pragmatismo decidido: encontrar al último objetivo y completar la misión. ¿Eso provenía de ella o del enemigo? Se sentía frustrada al no ser aún lo suficientemente hábil para discernirlo. Respiró hondo, agazapada en la oscuridad, y repasó la información limitada que tenía. Si esa última impresión eran datos del enlace, entonces sin duda los enemigos eran Parciales, y al menos uno de ellos se había quitado la máscara antigás. Los Parciales trabajaban en equipos de dos integrantes (los había oído constantemente por la radio en la invasión a Long Island), pero también empleaban equipos más grandes, según la misión. Podría estar enfrentándose a un solo combatiente o a una docena. El silencio que reinaba en el centro de datos sugería que se

había infiltrado un equipo pequeño; si había más, estaban esperando afuera.

Siguió pensando, tratando de hallar algo que pudiera servirle. Su fusil había quedado del otro lado de la sala, pero aún tenía consigo su pistola. ¿Le serviría para algo? Los Parciales tenían mejoras visuales, y especialmente mejor visión nocturna. Además era evidente, dado que habían iniciado el ataque suprimiendo las luces, que tenían alguna manera adicional de ver en la oscuridad, quizá lentes amplificadoras. De ser así, ella estaba en clara desventaja, pero si podía invertir la situación y cegarlo con el haz de su linterna, quizá podría dispararle antes de que su objetivo se recobrara. Tomó la pistola con la mano derecha y la linterna con la izquierda, y la sostuvo contra su cuerpo, apuntándola hacia adelante con el dedo en el interruptor.

Una bota aplastó algo, que resonó en el silencio. Uno de los atacantes había pisado algo, tal vez los vidrios de la pantalla rota de Afa. ¿Estaría bien su amigo? Sacudió la cabeza. *Concéntrate, Kira.* Si alguien había pisado los

vidrios de Afa, entonces ella sabía dónde estaba y podía encontrarlo. Se escabulló de una torre a la siguiente, agachada por debajo de la línea de visión. Un momento después, sintió una reacción demorada del enlace: por allá. No cabía duda de que era un Parcial, y probablemente dos, que usaban el enlace para coordinarse en silencio. Dos contra una, y ambos Parciales. La rodearían y la atraparían, la llenarían de tranquilizante y la llevarían con la doctora Morgan.

A menos que...

Kira recordó lo que le habían dicho Samm y Heron después de invadir el edificio de Afa: ella podía sentirlos en el enlace, pero ellos no. Apenas estaba aprendiendo a usar su enlace, pero era posible que solo tuviera receptores y no transmisores. Esa debilidad era ahora su mayor ventaja. Podía percibirlo todo, sin que la percibieran.

Salvo por el movimiento, pensó, y maldijo su falta de entrenamiento en sigilo. Heron no se enlazaba conmigo, pero sí oía mis

movimientos. Decidió que el mejor curso de acción era no moverse. En cambio, buscó un cargador de repuesto que llevaba sujeto al cinturón y, lentamente y con sumo cuidado, haciendo el menor ruido posible, extrajo una bala. Las balas siguientes se cargaban mediante un resorte, de manera que se colocaban en posición cada vez que se disparaba una; Kira las trabó con el dedo para que el resorte subiera lentamente y sin sonido. Guardó la bala en un bolsillo y repitió la operación, con cautela, atenta a cualquier indicio de los intrusos. Una tercera bala. Y una cuarta. Guardó cada una en un bolsillo distinto para que no se entrechocaran. Lentamente, levantó la primera con la mano, tomó impulso y luego la arrojó formando un arco por encima de las torres, hacia la pared opuesta. Dio contra el yeso con un fuerte ruido, rebotó y pegó contra una de las torres antes de rodar por el suelo y detenerse. Por el enlace, sintió que los atacantes se ponían alertas, y un segundo después llegó una advertencia táctica: es un truco. Kira se maldijo, enojada por pensar que

podía dar resultado, pero se le ocurrió otra idea. Sacó la segunda bala del bolsillo y la arrojó suavemente hacia la torre más cercana; la oyó golpearla de costado y rebotar contra el piso de cemento. El enlace volvió a encenderse y enviar el mismo mensaje coordinador: oí un sonido. es un truco.

Las pisadas que oyó a continuación se alejaban de ella. La doble simulación había funcionado.

Se torció hacia un costado y espío más allá de la torre tras la cual se estaba refugiando. Una de las torres, quizá diez filas más allá, se veía deformada en la oscuridad, abultada y redonda. Uno de los Parciales, adivinó; probablemente su rodilla o su codo alteraban la silueta. Se agachó y volvió a preparar la linterna, observando la torre deformada. Esta se movió, se expandió y se separó hasta tomar una forma vagamente humana cuando el Parcial salió de atrás. Estaba alejándose, con una pistola fina levantada por delante: el arma tranquilizadora. Ella se puso de pie y lo siguió, lenta y

silenciosamente. El Parcial avanzó dos filas y ella avanzó dos filas; si podía mantener ese ritmo, llegaría a un punto en que pudiera dispararle. Pero aún quedaba otro, y no sabía dónde estaba. Cada vez que cruzaba un pasillo abierto, corría el riesgo de quedar al descubierto.

Al dar el siguiente paso, su pie descalzo tocó algo y Kira se detuvo en seco, sin querer apoyar su peso en ello. Bajó la vista y vio unas líneas tenues en la oscuridad, que se curvaban y retorcían como serpientes diminutas, y maldijo por lo bajo. *Esta es una de las filas que desenchufamos*, pensó. *El piso está cubierto de cables*. Movi6 el pie a un lado y encontró un punto seguro donde pisar. La superficie era un laberinto de cables enroscados, y a cada paso trataba de colocar el pie estratégicamente para evitar pisarlos: aquí, girado de esta manera y orientado hacia aquel lado. Cada paso parecía demorar una hora.

El Parcial al que iba siguiendo estaba alejándose bastante. Ella sacó su tercera bala y la arrojó a la pared que él tenía delante. El

Parcial se detuvo en seco, y Kira avanzó con sigilo mientras percibía en su mente una cascada de conversación: oí algo. es un truco. ¿es un truco? El Parcial se dio cuenta demasiado tarde: se volvió para dispararle justo en el instante en que ella se le acercó por detrás, le puso la pistola semiautomática en el espacio que quedaba entre el casco y el blindaje del torso, y disparó. Él cayó al suelo, y al instante Kira percibió un mensaje (¡muerte!) y oyó unos pasos que corrían hacia ella. Se lanzó a un costado, dejó caer la linterna y arrancó el cargador de su cinturón; luego le quitó las balas a toda prisa, sin preocuparse por el ruido. Arrojó al aire el puñado entero de balas, con la espalda contra una torre de computación, y cuando las balas cayeron con estrépito, corrió a toda velocidad aprovechando para enmascarar sus movimientos con una lluvia de cacofonía metálica. Percibió en el enlace fragmentos de frustración de su último perseguidor: soldado caído. objetivo perdido. ira.

Kira se dio cuenta de que había perdido la

linterna, y sin más balas que arrojar, se le habían acabado los trucos. Revisó sus bolsillos en busca de algo que pudiera servirle, cualquier cosa...

la encontré. muerte.

Kira apretó los dientes. ¿Cómo era posible que la hubiera encontrado? Ella no estaba en el enlace; ¡el primero había estado a un metro de ella sin darse cuenta!

muerte.

Volvió a percibir aquella abrumadora sensación de muerte, y maldijo en silencio. *Soy yo, pensó. Los datos del enlace son todos feromonas, partículas diminutas, y yo estaba justo a su lado cuando liberó toda una nube de ellas. Las partículas de muerte están sobre mí, me siguen como un sendero, y él puede seguir las hasta mí.* Miró su pistola, demasiado pequeña para atacar directamente a un Parcial en alerta. No tenía nada más. *Ojalá tuviera mi linterna.*

La bota del Parcial resonó en el suelo, más cerca que antes. Estaba casi sobre ella. *Tengo una sola oportunidad.* Cerró los ojos, tratando

de recordar la disposición de la sala, con la esperanza de no haber perdido la orientación. Abrió los ojos y corrió.

Oyó un leve silbido de algo que cortaba el aire junto a ella y erraba por apenas unos centímetros. Se hizo a un lado para esquivarlo, corrió por otra fila y volvió a agacharse. Otro silbido, y otro dardo tranquilizador se estrelló contra una torre justo cuando ella pasaba por ahí, tan cerca que dio un respingo involuntario. Saltó por encima de un cuerpo y presintió, más que verlo, que era Samm. Escuchó pasos detrás, que golpeaban el piso pesadamente, corriendo hacia ella a toda velocidad. *Casi llegó.* El Parcial sabía que la tenía atrapada, que no tenía a dónde ir. Una enorme forma redondeada apareció en la oscuridad y Kira se escabulló, buscando frenéticamente a ciegas la gruesa palanca del generador. La encontró, la bajó con fuerza y volvió al pasillo.

Las luces se encendieron y el Parcial trastabilló apenas a dos metros de ella, cegado por la súbita explosión de luz que sobrecargó su

máscara de visión nocturna. Kira levantó la pistola y le disparó tres veces en el casco: lo agrietó, lo partió y le atravesó la cabeza. El Parcial cayó como una bolsa de arena.

muerte.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Afa había recibido un disparo en el muslo, con la única bala de verdad. El resto de los disparos resultaron ser dardos tranquilizantes, posiblemente destinados a incapacitar a sus víctimas. La misma bala también había destrozado la pantalla de Afa, y Kira se preguntó cuál había sido el verdadero objetivo, si el hombre o los datos. ¿Acaso los habían seguido hasta allí para capturarlos o para impedir que averiguaran lo que estaba en la computadora? ¿O para ambas cosas?

Kira no pudo evitar preguntarse si tal vez no era ninguna de las dos. Echó un vistazo a Heron, quien lentamente iba recobrando la conciencia en el suelo. ¿Le habría disparado ella a Afa? ¿O

Samm? ¿Qué motivos tendrían para hacerlo, y por qué ahora? Si estaban confabulados con los atacantes, ¿por qué armar todo ese embuste de caer bajo los dardos tranquilizantes? Eso sería comprensible solo si iban a perder, y si sabían que iban a perder, ¿para qué molestarse en atacar? No tenía sentido, y Kira lo sabía. La explicación más probable era que los Parciales hubieran venido a matar a Afa y capturar a los demás. Aun así, ella no lograba alejar las dudas. ¿Cómo era posible que los hubieran encontrado, a menos que alguien les hubiera informado su ubicación? Se maldijo por no haber dejado a uno con vida para interrogarlo, aunque tuvo que admitir que apenas había logrado salir ilesa.

Kira terminó de vendarle la herida a Afa, mientras este aún estaba inconsciente; luego revisó a los atacantes y les quitó las armas para contar las balas. Uno de ellos, de hecho, tenía una pistola con una bala menos. Kira no podía saber cuánto hacía que se había disparado, pero no creyó que un soldado entrenado emprendiera un combate sin el cargador lleno; por eso era

probable que hubiera sido ese el que había disparado a Afa. Pero «probable» no era lo mismo que «seguro», y ella lo sabía.

—¿Rescatando municiones? —le preguntó Heron.

Kira se volvió y encontró a la espía Parcial de pie detrás de ella, con aspecto desaliñado pero bien despierta. Volvió a colocar el cargador en el arma y la dejó sobre el pecho del Parcial caído.

—Este le disparó a Afa —dijo, incorporándose. Trató de mantener un tono de curiosidad sin demostrar demasiado interés—. ¿Por qué le habrán disparado a él y a nosotros solo intentaron sedarnos?

—Probablemente dispararon a la pantalla para apagar la luz —dijo Heron—. Estaban preparados para la oscuridad, y nosotros, no. Es un procedimiento normal en las emboscadas. Esos dardos tranquilizantes no tienen potencia como para romper un vidrio como ese.

—Eso es comprensible —dijo Kira. Y lo era. Tal vez. Sacudió la cabeza—. Al disparar a

la pantalla, era casi seguro que le darían también a Afa. Si querían capturarnos con vida, ¿por qué arriesgarse a herirlo de muerte?

Heron esbozó una sonrisa burlona y le quitó el casco al Parcial. Era una chica de rasgos chinos, como Heron, y de una belleza asombrosa.

—Es espía. No hubo riesgo.

—¿Cuántos? —preguntó Samm. Apareció doblando la esquina de una torre de computación, aún con los efectos de la droga; estaba como atontado y arrastraba las palabras. Kira agregó «recuperarse de los sedantes» a la larga lista de cosas en las que Heron parecía superar al resto de los Parciales. *No bromeaba cuando dijo que estaba diseñada para ser superior.*

—Tres —respondió Kira, observando el cadáver de la muchacha—. Una espía y dos soldados, creo, aunque obviamente no estoy tan familiarizada con los modelos como... ¡Epa! —se arrodilló al notar algo extraño bajo los cabellos de la Parcial. Al apartarle el pelo, vio

tres hileras de hendiduras en el cuello—. Heron, ¿tú tienes branquias?

Heron se agachó y ladeó la cabeza de la Parcial caída para inspeccionarle el cuello.

—Estos son de Morgan —dijo—. Agentes especiales con las últimas «adaptaciones» de la doctora. Revisa a los demás —les quitaron el casco a los dos hombres y encontraron las mismas agallas. Lanzó un silbido—. No eran exactamente soldados, entonces —miró a Kira—. ¿Y tú mataste a dos?

—Por un pelito —respondió—. Parece que tienen trajes de neopreno debajo del blindaje. ¿Creen que hayan venido nadando? Estamos en la costa del lago Michigan y, a menos que haya tiburones parlantes de agua dulce de los que no me haya enterado, sería mucho más seguro viajar por agua que por tierra.

—Parte del viaje, puede ser —dijo Samm—. Aun así, tendrían que cruzar Michigan a pie; es demasiado ancho para dar toda la vuelta.

—Parecen perfectamente capaces de respirar en tierra —observó Kira—. Podrían

haber hecho ambas cosas.

—No tiene sentido —dijo Heron—. Si nos venían siguiendo desde Manhattan, no se habrían molestado en enviar agentes con branquias, pues desconocían nuestro destino; podríamos haber ido camino a las llanuras o al oeste, hacia el páramo tóxico. Pero si Morgan ya tenía agentes apostados aquí, una especie de puesto de avanzada en Chicago, ¿qué mejores agentes para custodiar la ciudad que estos?

Kira asintió.

—Es cierto. O... —se interrumpió; no quiso proponer la otra explicación tan abiertamente: *O uno de ustedes es un espía y usó nuestra radio para decirles exactamente dónde estábamos y hacia dónde íbamos.*

—¿O qué? —preguntó Heron.

—Nada —respondió. Volvió a mirar las agallas, eludiendo la mirada de Heron, aunque la leve percepción del enlace le insinuó sus sentimientos: desconfianza. ponerse en guardia.

confusión. Kira estaba casi segura de que esto último provenía de Samm, y sintió una

oleada de alivio. Si estaba confundido, significaba que no había sabido del ataque. Tendría que buscar la manera de hablar con él en privado antes de que lo hiciera Heron.

—Quítenles los equipos —dijo Samm—. Dejaré los cadáveres arriba, en un armario.

Él y Heron se pusieron a limpiar los restos de la batalla, y Kira volvió a atender a Afa. Ahora respiraba mejor, gracias a los analgésicos que le había dado, pero seguía inconsciente. Estaba rodeado por los fragmentos de su pantalla, y el asa lateral gris seguía conectada al servidor por medio de un cable. La pantalla era como una versión más pequeña del escritorio de vidrio que habían visto arriba; el vidrio era solo el monitor, y toda la capacidad de procesamiento y memoria estaba almacenada en el armazón; en este caso, en el asa lateral. El servidor en sí parecía intacto, y la transferencia de datos bien podría seguir activa, transmitiendo todos los secretos de ParaGen al asa. Pero sin pantalla, no podrían leerlos.

Estoy en un centro de datos, pensó. Está

llo de computadoras comerciales y, dado que todos los que trabajaban aquí probablemente estaban locos por la tecnología como Afa, habrá también otros dispositivos. Debe haber otra pantalla en alguna parte. Volvió a revisar a Afa, se aseguró de que estuviera bien y barrió los pedazos de vidrio para alejarlos de él lo más posible; luego volvió a subir a las oficinas. Empezó por las de las esquinas, las más grandes, con la esperanza de que su mayor prestigio significara una o dos computadoras extras, pero no encontró nada: varias bases, pero ninguna pantalla para acoplar. *La idea era que fueran portátiles, pensó. Quien haya tenido una seguramente se la llevó a su casa.* Siguió buscando, revisó las oficinas una por una y luego continuó con algunos de los cubículos. Le recordaron a las oficinas que había investigado en Manhattan, y eso le dio una idea. Siguiendo una corazonada, dejó los cubículos y fue a revisar las habitaciones y los salones del fondo, en busca de cualquier cosa que estuviera

rotulada con las iniciales que había en la puerta de Afa: TI. Tecnología Informática. Por fin halló la oficina de TI en la planta baja; el agua le llegaba hasta las rodillas. Su director seguía allí, muerto en su escritorio, con la parte superior del cuerpo cubierta de limo y la inferior, sin nada más que huesos. Kira contuvo la respiración mientras revisaba los estantes, y en el cajón del escritorio encontró una pantalla ligeramente más pequeña que la de Afa. Volvió a salir y cerró la puerta, haciendo arcadas; se enjuagó con el agua más limpia que había afuera y luego regresó arriba, donde descubrió que Afa había vuelto en sí.

—Le dispararon a mi pantalla —dijo, con voz suave e insulsa; había hecho una vez más la regresión al «niño confundido». Kira suspiró, sabiendo que eso era inevitable con un ataque como aquel, y se sentó a su lado para consolarlo. Afa la miró con ojos preocupados—. ¿Y mi mochila?

—Está allá —le respondió, mientras le tomaba el pulso. Elevado pero normal—. ¿Cómo

te sientes?

—Le dispararon a mi pantalla —repitió, tratando de levantarse. Apenas apoyó peso en su pierna herida, gritó y volvió a desplomarse en el suelo.

—Olvídate de la pantalla —dijo Kira—. Conseguí una nueva, pero a ti también te hirieron. Tienes que descansar.

—Necesito mi mochila.

—Te dispararon, Afa, en la pierna...

—¡Necesito mi mochila! —parpadeó, al borde del llanto, y Kira se puso de pie para alcanzársela, preguntándose si no tendría allí adentro otra pantalla y si no habría sido innecesario que pasara todo ese tiempo con el cadáver del director de TI. Le dio la mochila y Afa la sujetó contra su pecho, al tiempo que se mecía hacia adelante y hacia atrás—. Nunca debo dejar mi mochila —dijo—. Soy el último ser humano del planeta.

—Se ve mal —dijo Samm.

Kira asintió, demasiado exhausta para que le importara ya lo que Samm pensara de Afa;

además, era verdad.

—Se refugió dentro de su cabeza —dijo—. Pasaré un rato hasta que logremos hacerlo salir.

Samm estiró la cabeza hacia el servidor, y el asa de la pantalla, que seguía conectada.

—¿Tenemos todo?

Kira levantó el asa. En la punta aún había una lucecita verde encendida.

—No lo sé. No me atrevo a desconectarla por si todavía está transfiriendo datos.

—¿Cuánto tardará?

Kira se encogió de hombros y señaló a Afa con un gesto.

—El único que lo sabe está cantándole el arrorró a su mochila. Está perdiendo sangre y no tengo antibióticos para ayudarlo, mis pantalones están manchados con sangre de un tipo muerto, y realmente empiezo a desear que muchas cosas hubieran sido diferentes.

Respiró hondo, sorprendida por su propia respuesta.

—Estás bajo mucho estrés —observó Samm.

Kira sintió que afloraban las lágrimas, y se enjugó una del rabillo del ojo.

—Sí, ¿alguna otra novedad?

Él se quedó callado un momento, y tomó la pantalla que ella había conseguido.

—¿Crees que podemos conectar esta a la otra?

—Tiene un solo puerto —respondió Kira. Volvió a enjugarse los ojos y se enderezó—. No podemos conectar la nueva pantalla hasta que desconectemos el servidor, y no quiero estropearlo todo si todavía está descargando datos.

—En ese caso, pondremos un perímetro y pasaremos la noche aquí —dijo Samm. Miró alrededor; las torres de computación obstruían la visibilidad en todas las direcciones—. Pero no podemos quedarnos en este lugar; no hay manera de proteger bien esta sala, y además el generador se dañó. Y también el tubo de escape. Está llenando el lugar de humo de solvente quemado.

—Genial —dijo Kira—. Era lo que nos

faltaba.

Samm se puso de pie y le tendió la mano. Ella la tomó y quedó de pie frente a él. No se apartaron. Lo miró a los ojos y sintió... *algo*. A veces todavía le costaba interpretar el enlace.

Él fue el primero en apartar la mirada.

—Lo tomaré por los brazos —dijo, al tiempo que se ubicaba detrás de Afa—. Llémoslo a un lugar seguro.

Kira despertó sobresaltada a las dos de la madrugada, segura de que algo estaba mal. Miró alrededor frenéticamente y buscó su fusil.

—¿Quién está ahí? ¿Nos atacan?

—Tranquila —le dijo Heron—. Acaba de apagarse el generador. Te habrá despertado el cambio en el ruido de fondo.

—Iré a revisarlo.

—Probablemente se le terminó la gasolina, y no volveremos a encenderlo pronto.

—En ese caso, traeré el asa de la pantalla —insistió—. Si ya tenemos todo lo que vamos a conseguir, prefiero que esté aquí con nosotros y no allá abajo, solo.

—Lleva tu arma —dijo Heron. Su expresión era indescifrable en la oscuridad, y el enlace, por lo que Kira podía sentir, estaba mudo—. Podría haber más peces monstruosos.

—Gracias —respondió.

Revisó el pulso y la respiración de Afa casi por reflejo, y bajó la escalera. El gas venenoso, según habían descubierto, era más pesado que el aire, de modo que el lugar más seguro era el último piso. Kira encendió la linterna en el extremo de su arma; la reconfortaba tener el fusil por delante en caso de que realmente hubiera alguien allá abajo. Las salas estaban oscuras; las escaleras, vacías, y el edificio, en silencio, salvo por el sonido suave del goteo y el vaivén del agua. En el centro de datos aparecieron las torres de computación a su alrededor; proyectaban sombras largas bajo el haz danzante de la linterna. Las manchas de sangre de la batalla hacían que la escena, de por sí escalofriante, se volviera amenazadora, y Kira caminó lentamente, conteniendo la respiración mientras pasaba entre los monolitos. Los gases

del escape se arremolinaban en torno a sus tobillos y pantorrillas, y el aire tenía un sabor amargo. Encontró el asa, la desenchufó del servidor y regresó arriba rápidamente. Cuando llegó de vuelta al campamento, se sentó en su bolsa de dormir, tomó la segunda pantalla y enchufó el cable.

—¿Vas a leerlo ahora? —le preguntó Heron.

—¿Qué estamos esperando?

—Cierto —dijo Heron; se sentó detrás de ella y espió por encima de su hombro.

Kira parpadeó cuando la pantalla se encendió, y redujo el brillo a un nivel tolerable. Un ícono pequeño en el centro de la pantalla le informó que aún estaba intentando conectarse con la otra asa, y Kira contuvo la respiración mientras el hexágono diminuto giraba y giraba. Se detuvo, y volvió a girar.

—Vamos, vamos —susurró. Un minuto más tarde se detuvo. conexión completa. Abrió la carpeta de descargas y examinó la lista interminable; a la larga se dio por vencida y

abrió la pestaña de búsqueda—. ¿Qué busco?

—¿El Consorcio? —sugirió Heron—. ¿RM?
¿Vencimiento? ¿Tu nombre?

Kira escribió K-I-R-A y pulsó *Buscar*. El hexagonito giró pero no ofreció ningún resultado.

—¿Qué?

—Tal vez apareces con otro nombre.

—Probaré con el de mi padre —escribió:
D-H-U-R-V-A-S-U-L-A. El hexágono volvió a girar mientras la máquina buscaba con rapidez, y pronto empezó a presentar resultados, archivo tras archivo; pasaban tan rápidamente que ni siquiera alcanzaba a leer los títulos. La detuvo en 3,748 resultados y borró la búsqueda—. Supongo que tendremos que redefinir la búsqueda. A ver... —pensó, mordisqueándose el labio, y luego ingresó una nueva palabra:

S-E-G-U-R-O.

El hexágono giró. Doce resultados. Abrió el primer archivo de la lista y descubrió que era un correo electrónico de Bethany Michaels, directora financiera de ParaGen, para su padre. Kira lo leyó en voz alta.

—«La dirección conjunta tiene un último pedido para el ejército de BioSintes: una especie de Seguro. Sé que ustedes insisten en la irreprochable lealtad de los BioSintes (sé que está integrada en sus cerebros y todo eso), pero me parece una petición muy razonable, dadas las capacidades de los BioSintes, y algo que no podríamos optar por desatender. Conjuntamente con el ejército, necesitamos que diseñen un virus. Si el ejército funciona mal, se rebela o por cualquier motivo se nos va de las manos, necesitamos poder apretar un botón y, esencialmente, desactivarlos. Necesitamos un virus que destruya a los BioSintes sin hacerle daño a nadie ni nada más. Confío en que su equipo no tendrá problemas con el diseño ni la implementación».

Kira se quedó mirando la pantalla.

—El Seguro es el RM —dijo Heron—. Lo ordenó su propio gobierno.

Kira respondió en un susurro.

—Y luego mató a quienes no debía.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Había sido fácil hacerse atrapar por los Parciales. Marcus y Ariel empacaron sus cosas, se pusieron a caminar por la carretera más ancha que encontraron, y al cabo de dos horas los recogió una patrulla. El equipo de dos hombres los cacheó, les confiscó las armas y los encaminó hacia East Meadow; pocos kilómetros más adelante se toparon con un camión, lleno ya hasta la mitad de prisioneros humanos, que los llevó el resto del camino. Los humanos iban sentados en silencio, aterrados, y Marcus no necesitó fingir su propio miedo ante la perspectiva de la ocupación Parcial. Se habían dejado atrapar a propósito, pero no tenían idea de lo que los Parciales pensaban hacer con

ellos. Cuando llegaron a East Meadow, los hicieron bajar, volvieron a cachearlos y los interrogaron. Aparentemente, no reconocieron a Marcus, o si lo hicieron, no les importó. Cerca de la medianoche, los liberaron en la ciudad, sin nada más que la ropa que llevaban puesta. Buscaron una casa vacía y se escondieron hasta la mañana.

No se arriesgaron a ir a casa de Nandita hasta la noche siguiente, pues temían que los siguieran. Al llegar, descubrieron que los Parciales ya la habían allanado y revisado minuciosamente hasta el último rincón.

—Si queda algo, me sorprenderé mucho — dijo Marcus, pero se pusieron a trabajar de todos modos, con la esperanza de encontrar algún indicio de los planes de Nandita que a los Parciales se les hubiera escapado, si acaso sabían lo que buscaban. Pasaron los días en la casa vacía, revisándola con mucho cuidado y sigilo, y cuando oscurecía se escondían en casas vecinas, una diferente cada noche, esforzándose por mantenerse invisibles.

Las personas que atraían demasiado la atención siempre terminaban muertas en la ejecución nocturna.

Empezaron por buscar en el cuarto de Nandita: revisaron todos sus cajones y armarios, las cajas debajo de la cama, los espacios detrás de la cómoda y del gran espejo del tocador; incluso entre los colchones y en los bolsillos de su ropa. Buscaron también en el invernadero, aunque en los meses de la ausencia de Nandita, Xochi había ocupado gran parte de él y quedaban muy pocos lugares que no estuvieran llenos con su colección de hierbas y brotes. Al no encontrar nada, se pusieron a hurgar el resto de la casa: primero en las gavetas y alacenas, y por último levantaron las tablas del piso, cortaron las tapicerías y hasta cavaron en el jardín. Y nada.

—Creo que tenemos que aceptarlo —dijo Marcus días después, al apoyarse con cansancio sobre la barra de la cocina—: o estos registros de experimentos no existen, o ya no están aquí.

—Existen —le aseguró Ariel—. Los vi.

—Tal vez se los llevó —sugirió Marcus. Se quedó mirando el agujero abierto que acababan de dejar en la pared de la cocina. Más o menos un año atrás, Nandita había reparado allí una parte del panel de yeso, algo que los Parciales aparentemente no sabían, pero cuando lo abrieron no encontraron nada más que unos clavos caídos—. Tal vez por eso se fue, para continuar sus estudios o analizar los resultados, o algo así.

—O para esconderlos —dijo Ariel—. O quizá directamente para destruirlos. Aunque no sé por qué habrá tomado esa decisión.

Marcus negó con la cabeza.

—Estás dando por sentado que se fue por su propia voluntad. ¿Y si la raptaron? ¿A ella y sus registros? Eso parece... —Marcus se interrumpió, y luego lanzó una risita seca—. Iba a decir que eso parece paranoico, pero dadas las circunstancias, podría ser cierto. Creo que a estas alturas, nada me sorprendería.

—Si la raptaron, no estarían aquí buscándola, ¿no crees?

—Hay muchas facciones Parciales —razonó Marcus—. Podría haber sido alguno de los enemigos de Morgan.

—Tanto Nandita como la doctora Morgan hicieron experimentos con Kira —dijo Ariel, asintiendo—. Hasta podrían haber estado trabajando juntas.

—Me dio esa impresión cuando Heron me enfrentó —dijo Marcus—; aunque supongo que Heron no es precisamente la fuente más confiable. Pero piensa en esto: por lo que sabemos, los experimentos recientes de Morgan con Kira fueron pura casualidad. Ella solo quería una chica humana; nunca se esforzó mucho por conseguir a una específica.

—Que tú sepas —acotó Ariel.

—Que nosotros sepamos —aceptó Marcus—, pero yo estuve allí. Observé a Kira pasar por todo esto, tomando todas las decisiones tan a su manera. Si Morgan quería a una chica específica, lo único que tenía que hacer era atacar la isla como lo está haciendo ahora, en lugar de montar una trampa ridículamente

complicada para que Kira fuera a verla por su propia voluntad.

—Pero ¿y esa foto de la que me hablaste? —preguntó Ariel—. Tú viste a Kira y Nandita juntas antes del Brote, lo cual ya resulta bastante extraño, pero ¿en el edificio de ParaGen? ¿Eso no te sugiere que aquí pasa algo muy raro? Tiene que haber algo más en esa relación.

—¿Como qué? —preguntó Marcus—. Por supuesto que me llama la atención, pero ¿qué podría ser? Hace semanas que intento descifrarlo; por eso acabamos de destruir toda la casa, pero ¿qué significa? ¿Acaso el hecho de verlas en el edificio de ParaGen significa que Kira es diferente? Casi todos tenemos algún tipo de modificación genética de cuando éramos niños; ¿será que Kira tiene alguna especial? ¿Que es importante por alguna razón? Coincido contigo en esto, Ariel, pero honestamente no sé lo que significa.

Oyeron un rumor y de inmediato reconocieron el sonido de un motor, parecía

bastante grande. Los Parciales habían traído vehículos motorizados nuevamente a East Meadow, gracias a la abundancia de recursos y energía de la que disponían, y los humanos habían aprendido a estar alertas al sonido que indicaba que se acercaba la «policía». Parcial. Se agacharon, tratando de simular que no había nadie en la casa. Dio resultado.

—Esta vez estuvieron más cerca que nunca —dijo Ariel—. Creo que saben que estamos aquí... es decir, que usamos esta casa.

—Los papeles que viste en el invernadero de Nandita... ¿qué más recuerdas de ellos?

—Ya te lo dije. Decían: «Madison: Control». Tenían mucha información física: estatura, peso, presión sanguínea y todo eso, no solo lecturas aisladas, sino datos que reflejaban cambios con el tiempo. Madison y yo tendríamos diez años, quizá cerca de once, justo estábamos entrando en la pubertad, así que había muchos cambios que verificar. Por lo menos la mitad eran productos químicos... hierbas, supongo, pero ella había hecho algunas anotaciones sobre las

distintas propiedades de cada hierba, y sobre alteraciones en las mezclas de los goteros de una vez a la siguiente. Trataba de hallar la combinación correcta para... algo. No lo sé. «Control», sea lo que sea.

—Ah, maldición... —dijo Marcus, con la mirada clavada en el suelo. Cerró los ojos y sacudió la cabeza lentamente al tomar conciencia—. Maldición, maldición...

—Cuidado con ese lenguaje, señor Valencio —exclamó ella, sonriendo.

—No se trata de control —dijo Marcus, mirando a Ariel—. ¿Cuánto sabes del método científico?

—Yo vi lo que vi —insistió.

—Por supuesto que sí —dijo él—, pero tenías diez años y no supiste interpretarlo. Cuando un científico hace un experimento, siempre tiene por lo menos dos sujetos: el experimento, en quien prueban las cosas, y el control, en quien no lo hacen. Es un punto de referencia, un sujeto de pruebas que no se modifica, cuyo único objeto es la observación,

para tener con qué comparar lo que pase con el sujeto experimental. Es posible que Nandita estuviera usando a Madison como sujeto de control para comprender mejor sus observaciones en Kira.

—Ella nunca había criado hijos —comentó Ariel, viendo a dónde quería llegar Marcus con aquel razonamiento—. Cuando Kira hacía algo raro, Nandita no tenía manera de saber si era raro porque todos los niños lo son, o porque... por lo que sea que todavía ignoramos de Kira. O sea que todas éramos sujetos de control —dijo, comprendiendo poco a poco—. Tres controles contra un experimento —frunció el ceño—. Es lógico, supongo, pero no explica nada. No sabemos qué cosa estaba probando en Kira ni por qué ni qué tiene que ver con ParaGen.

Marcus se encogió de hombros.

—Hay solo tres personas que lo saben —dijo—: Kira, Nandita y la doctora Morgan. Te apuesto lo que quieras a que Morgan sabe por lo menos algo de eso; si no, no estaría destrozando esta isla para encontrar a las otras dos.

—Bueno, pues no pienso ir a preguntárselo —repuso Ariel.

—Y Kira no quiere decirme nada —dijo Marcus—. Tengo noticias de ella más o menos una vez por semana, y nunca más que unos segundos. Donde sea que esté, la señal es increíblemente débil.

Ariel contempló la casa saqueada; ahora parecía un depósito de chatarra, más que un hogar.

—Si había aquí algún rastro de Nandita, los Parciales lo encontraron antes que nosotros. Y aunque hallemos algún indicio de dónde podría estar, nos llevan semanas de ventaja y nos superan ampliamente en número. No hay manera de que podamos encontrar a Nandita antes que ellos.

—No te rindas todavía —le dijo Marcus, y le mostró su radio—. La mayoría de los informes que me llegan por aquí son de batallas Parciales; una de las otras facciones sigue atacando a los que han ocupado la isla.

—¿O sea que quedaremos aplastados entre

dos ejércitos Parciales? —preguntó Ariel—. Pensé que tratabas de levantarme el ánimo.

—Lo que quiero decir es que están distraídos —explicó Marcus—. No pueden concentrar toda su energía en buscarla, porque se pasan la mitad del tiempo peleando entre ellos.

—Y nosotros pasamos casi todo el tiempo escondiéndonos de los Parciales —replicó Ariel—. Y aun así nos ganan.

Marcus soltó una bocanada de aire; pareció desinflarse y se quedó mirando el suelo.

—Solo trataba de encontrar un lado positivo, pero creo que ya no nos queda ninguno —jugó un poco con el yeso roto, moviendo los pedazos con el pie. Empezó a ocurrírsele algo—. O quizá sí.

—¿Tenemos un lado positivo?

—Tenemos un segundo ejército Parcial.

—Ese es el peor lado positivo del que me hayan hablado.

—No —insistió Marcus, entusiasmándose—. Piénsalo: la doctora Morgan ha levantado un

ejército inmenso de Parciales con el propósito expreso de atacar nuestra isla y mantenernos como rehenes, y otro ejército de Parciales está atacándola por eso. Los Parciales no pelean sin motivo; son soldados, no... bárbaros. Su única motivación para cruzar el estrecho y atacar a las fuerzas de Morgan es que están tratando de detenerla, y la única razón para hacerlo es que estén en desacuerdo con ella.

Ariel frunció el ceño, visiblemente escéptica.

—¿Dices que el segundo grupo de Parciales está de nuestro lado?

—Si A odia a B y C odia a B, entonces A y C son aliados —dijo Marcus—. Es el... carácter transitivo de la ética de batalla, que acabo de inventar. Pero es cierto.

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo —resumió Ariel.

—Yo sabía que había una frase así.

—Entonces, ¿cómo nos ayuda eso? —preguntó Ariel—. Seguramente uno de nosotros podría salir de East Meadow y escapar sin que las patrullas Parciales lo vean, por ejemplo, si el

otro provoca una distracción lo suficientemente grande, pero luego ¿qué? ¿Ir al norte atravesando el territorio más ocupado de la isla, por una zona de batalla entre Parciales, con la esperanza de poder distinguir cuál grupo es cuál? Terminarías aquí en menos de veinticuatro horas, suponiendo que siguieras vivo.

—Salimos de la isla —dijo Marcus, meneando la cabeza—. Dejamos pelear a los soldados, y nosotros vamos a hablar directamente con los líderes.

—Quieres ir hasta el continente, solo, a buscar un grupo de Parciales.

Marcus rio.

—¿Quién crees que soy? ¿Kira? No pienso hacer esto solo: voy a recurrir al Senado.

—El Senado huyó de East Meadow en la invasión —le recordó Ariel—. ¿Qué te hace pensar que puedes encontrarlos?

—Que el senador Tovar era el jefe de la Voz —respondió Marcus—, y sé dónde están algunos de sus viejos escondites. Tú, ayúdame a escapar; necesito llegar al aeropuerto JFK.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Kira miró a sus tres compañeros y asintió como para convencerse de que lo que decía era verdad.

—El Seguro era el RM. Lo creó ParaGen, por directivas del gobierno, como una manera de controlar al ejército Parcial.

El rostro de Samm tenía una expresión solemne.

—¿Lo diseñaron para matar a los Parciales?

—Era un interruptor de corte —explicó Heron—. Si los Parciales se rebelaban, ¡bum!, activaban el Seguro y problema resuelto.

—Es una idea muy buena —dijo Afa, muy dopado por los analgésicos, pero relativamente lúcido. Parecía pensar con claridad, aunque

arrastraba las palabras, y sus inhibiciones, si las tenía, habían desaparecido—. Al margen del genocidio, claro. Sin ánimo de ofender.

—Qué dulce eres —le dijo Heron, aunque su rostro decía algo totalmente diferente.

—Entonces el Seguro estaba incorporado en nosotros —dijo Samm—. Era un botón biológico de autodestrucción.

—Que mató a quienes no debía —acotó Afa.

—No lo creo —repuso Kira. Levantó la pantalla y recorrió la estructura de archivos en busca de uno en particular. Cuando lo encontró, lo seleccionó para que todos lo vieran—. Aquí, almacenado en la memoria caché, hay un correo electrónico de comienzos de la epidemia de RM, adjunto a un artículo sobre una enfermedad misteriosa que parecía haber salido de la nada. Los registros no dicen con exactitud cuándo se activó el Seguro ni quién lo hizo, pero me parece que fue unos tres días antes. Este correo en particular es de Nandita a mi padre —giró la pantalla hacia ella y leyó en voz alta—: «Nueva

superenfermedad cobra siete vidas humanas en San Diego. Decenas de casos más pueden estar relacionados» —levantó la vista—. El cuerpo del mensaje dice solamente: «Más rápido de lo que pensábamos». Y no: «¡Qué horror! Está atacando a quienes no debía».

—O sea que tal vez apuntaron a los seres humanos a propósito —dijo Samm—. Lo cual... no tiene ningún sentido.

—No, no lo tiene —concordó Kira—, y por eso todavía no me convence la idea; simplemente señalo que es una posibilidad.

—¿Piensas hacer suposiciones locas sobre el resto de la información? —preguntó Heron—. ¿O solo sobre esta parte? Quiero saber cuándo debo prestar atención otra vez.

Kira se exasperó por dentro, pero se cuidó de manifestarlo.

—Justamente —dijo—. El resto de la información está bastante claro. No hay ninguna fórmula viral ni nada de eso, pero aquí hay registros que detallan casi todo lo demás. Sabemos cómo lo hicieron: diseñaron las

glándulas feromonales que hacen funcionar el enlace para que pudieran empezar a emitir esporas virales ante un estímulo químico específico. Sabemos por qué lo hicieron: porque les preocupaba la posibilidad de que el ejército Parcial se rebelara, o algo peor, y querían disponer de una manera fácil de desactivarlos. No fue la decisión más ética que hayan tomado, pero ahí está —apoyó la mano en la pantalla encendida—. Aquí hay registros donde lo debaten, donde lo planean; donde hablan de los detalles específicos del contagio, tratando de prever con qué rapidez se diseminaría. Pero todo el tiempo se referían a los Parciales, y luego el virus atacó a los humanos, y literalmente no hay ningún mensaje que hable de lo extraño que fue eso. Al menos, nada del Consorcio. Hay un solo mensaje de Noah Freeman, CEO de ParaGen, a la junta directiva, que parece apoyar esta teoría —buscó el mensaje y lo leyó—: «No podemos confirmar que el equipo Parcial esté trabajando para obstaculizar el proyecto Seguro, pero por las

dudas, hemos contratado a nuevos ingenieros para que incorporen el Seguro a los nuevos modelos. Si el equipo nos traiciona, aun así el Seguro va a funcionar».

—Eso parece confirmar lo que decías — observó Samm.

—Correcto —respondió Kira—. El Consorcio incorporó el RM al genoma Parcial, y este correo electrónico nos dice que la junta directiva conocía esa parte. Pero también sabemos que el Consorcio incorporó la cura en ellos, aunque lo hizo en secreto. Nunca se menciona en ninguno de los mensajes entre el Consorcio y sus jefes, y este mensaje del CEO implica que sabían que el Consorcio trataba de obstaculizar el Seguro, pero no sabían cómo. Ese «obstáculo» debe de ser la cura. Solo se menciona un par de veces entre los integrantes del Consorcio, y en mensajes extremadamente encriptados. Sin Afa para descifrarlos, nunca habríamos podido leerlos.

Afa se reanimó.

—Usaron una araña de nivel seis según

Paolo-Scalini, con...

—En realidad, no nos interesa —lo interrumpió Heron—. Lo importante es que era secreto, lo cual es raro. No querían que sus jefes se enteraran de que estaban desarrollando un segundo Seguro para el gran Seguro que ellos querían.

—Lo que aparentemente demuestra que el primer Seguro estaba destinado a atacar a los humanos a propósito —dijo Samm—. Si fue una mutación, la cura desarrollada previamente no podría pararlo.

—Exactamente —dijo Kira, asintiendo—. Todo encaja demasiado bien como para que haya sido un accidente.

—¿Y la fecha de vencimiento? —preguntó Heron—. Si mal no recuerdo, es la otra razón por la que estamos aquí, ¿no? ¿Dice cómo anularla?

—Esa es otra cosa que parece haber sido secreta —respondió Kira—. Mensajes encriptados y todo eso. Algunos integrantes del Consorcio estaban al tanto; otros, como Morgan,

no. Sin leer los mensajes de varias semanas entre los miembros del Consorcio, no puedo saber por qué.

—Probablemente porque algunos pusieron objeciones —supuso Samm—. Dijiste que había discusiones sobre el Seguro, ¿no? Debía haber gente que no estaba de acuerdo.

—Así es —dijo Kira—. A mi padre, por ejemplo, le parecía inmoral crear nuevas formas de vida con mecanismos de autodestrucción.

No pudo sino sonreír ante aquella demostración de la bondad de su padre, al saber que se oponía a algo que ella tanto detestaba. Aun sabiendo que no tenía ninguna conexión biológica con él, o quizá porque lo sabía, esas otras conexiones tenían mucho más significado.

Afa asintió, casi en forma compulsiva, y se puso a dibujar en el suelo con el dedo mientras hablaba.

—Entonces el Consorcio tenía un plan que no reveló a ParaGen, pero incluso entre ellos había desacuerdos, o bien cada uno tenía su propio plan y no se lo decía a los demás. Tal vez

fueron ambas cosas, o algo así.

—Correcto —dijo Kira—. Había un plan; por lo menos uno.

—Pero ¿y la fecha de vencimiento? —volvió a insistir Heron—. Dijiste que allí había algo, ¿qué era?

—Solo teorías y proyecciones —respondió Kira. Le acercó la pantalla—. Puedes leerlos tú misma, si quieres: largas conversaciones sobre la necesidad de una fecha de vencimiento para los Parciales, y sobre qué tan larga debía ser su vida útil, cómo debería funcionar eso y quién iba a desarrollarla. Y así sucesivamente. Pero nada de fórmulas, códigos genéticos ni detalles médicos de ningún tipo.

—Igual que el virus —observó Samm—. Pensé que este centro tenía todos los archivos de ParaGen.

—Yo también —acotó Afa, mientras seguía dibujando garabatos con el dedo.

—Entonces, ¿dónde está el resto? —preguntó Kira—. ¿En otra torre? No sé si vamos a poder encender otra vez el generador.

—Busqué en todo el directorio —respondió Afa—. Todo lo de ParaGen estaba en esa torre.

—Pero resulta claro que no está —repuso Heron—, entonces ¿dónde está el resto?

—No lo sé —respondió Afa.

—Tal vez hay que volver a revisar el directorio —dijo Samm, pero Kira negó con la cabeza.

—Es obvio que no querían que las partes más importantes de su plan estuvieran en la nube, como la llama Afa. Los demás archivos están exactamente donde pensábamos que estaban —respiró hondo, sin atreverse a decir lo siguiente—, y allá iremos.

—No hablarás de ir a Denver —exclamó Heron.

—Claro que sí.

—No iremos —dijo Heron—. Hicimos este intento y no resultó; ahora seamos razonables y regresemos a casa.

—En casa no hay nada para nosotros —repuso Kira.

—¡Hay vida! Hay salvación, hay

pensamiento racional. Ya hablamos de esto...

—Y decidimos ir a Denver —le recordó Kira—. Ese fue nuestro plan desde el comienzo. Creímos que aquí podíamos conseguir lo que necesitábamos, pero no... lo intentamos y no resultó. Ahora tenemos que seguir.

—Tengo la pierna rota —dijo Afa.

—Lo sé.

—La bala tocó el hueso...

—Lo sé —repitió Kira—. Lo sé, y lo siento. ¿Qué más podemos hacer? ¿Dar la vuelta y rendirnos porque la gran aventura no resultó?

—La gran aventura era Denver —dijo Heron—. Chicago era la única parte sensata del plan.

—Vinimos a buscar información sobre al Consorcio —insistió Kira—. Sobre ParaGen, sus planes, sus fórmulas, todo eso, para poder curar estas enfermedades...

—Podemos curarlas si regresamos —insistió Heron.

—No, no podemos —replicó Kira—. Podemos demorarlas, evitarlas por un tiempo.

Tal vez si la doctora Morgan tiene mucha suerte estudiándome, haya algo que pueda hacer para evitar la fecha de vencimiento. Pero aun así estará el RM, y los bebés seguirán muriendo y no hay nada que podamos hacer para evitarlo.

Heron habló con voz helada.

—Así que, como no puedes salvar a ambos, dejarás morir a los dos.

—Puedo salvarlos —insistió Kira—. Podemos salvarlos, juntos, si vamos a Denver a buscar esos archivos.

Heron sacudió la cabeza.

—¿Y si no están allá?

—Están allá.

—Y después, ¿a dónde? ¿Seguimos hasta la otra costa? ¿Cruzamos el océano?

—Están allá —repitió Kira.

—Pero ¿y si no?

—¡Pues seguimos buscando! Porque están en alguna parte, lo sé.

—¡No sabes nada! Es solo lo que quiere creer tu psique confundida y desesperada.

—Es la única explicación que conecta todo

lo que hemos encontrado hasta ahora. No voy a darme por vencida y no voy a dar la vuelta.

Se hizo silencio. Kira y Heron quedaron mirándose, feroces como leonas.

—Yo no quiero ir al infierno —dijo Afa.

—Harás que nos maten —dijo Heron.

—Nadie te obliga a venir.

—Aun así vas a hacer que te maten, y si tú eres la clave para corregir la fecha de vencimiento, es lo mismo.

—Entonces ven con nosotros —pidió Kira—. Podemos hacer esto, Heron, te lo juro. Todo lo que hizo el Consorcio, cada fórmula que usaron, cada genoma que crearon, todo está allá, esperándonos. Vamos a buscarlo y llevémoslo a casa, y salvaremos a todos. A ambos bandos.

—A ambos —repitió Heron. Respiró hondo—. Nosotros y los humanos. Pues entonces será mejor que hagas todo lo que puedas, porque si la cuestión se reduce a unos o a los otros, te aseguro que quedaremos nosotros —se volvió y salió de la habitación con grandes zancadas—. Si vamos a ir, pues que sea rápido; cada minuto

que perdemos es una muerte más en casa.

Kira también respiró hondo, llena aún de adrenalina. Afa observó a Heron y luego dijo, con voz demasiado alta:

—Ella no me agrada mucho.

—Ese es el menor de sus problemas —dijo Kira. Miró a Samm—. Estuviste muy callado todo este tiempo.

—Tú sabes cuál es mi posición —respondió Samm—. Confío en ti.

Kira sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, y se los enjugó con la manga.

—¿Por qué? —preguntó, sollozando—. Muchas veces me equivoco.

—Pero si hay en el mundo alguna manera de que lo consigas, vas a mover montañas con tal de hacerlo.

—Así como lo dices, parece muy sencillo.

—Que sea sencillo no implica que sea fácil —dijo Samm.

—Primero deberíamos llamar a casa —propuso Afa—. Ese tipo con quien hablas siempre... tenemos que avisarle que vamos a

demorarnos.

—No —dijo Samm, poniéndose de pie—. Acaban de atacarnos. No sé si eran de un puesto de avanzada o si nos siguieron, pero como sea, corremos más peligro del que creíamos. Nadie debe saber siquiera si estamos vivos, mucho menos a dónde vamos.

—No hace falta que digamos a dónde —dijo Afa—; podríamos usar un nombre en clave. Como Mortorq... es un destornillador.

—No —respondió Kira—. Cualquier cosa que digamos es una pista demasiado grande. Iremos, pero en secreto —miró la pantalla que tenía en la mano y la guardó en la mochila—. Y nos vamos ahora.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Las ruinas del aeropuerto JFK estaban rodeadas por un enorme aro de pistas llanas y vacías, que obligaban a cualquier intruso a acercarse por terreno abierto. Un asalto bien coordinado, con vehículos blindados, podría tomarlo fácilmente, pero quedaban pocos de esos en el mundo, y el ejército rebelde de la doctora Morgan no tenía ninguno. La Voz lo había defendido contra la Red con apenas un puñado de vigías y francotiradores, pero ahora ambos bandos estaban preparados para defenderlo conjuntamente contra los Parciales. Marcus cruzó las pistas con inquietud, rogando que los guardias lo reconocieran como humano. Y que se tomaran el trabajo de intentar reconocerlo.

Habían volado la autopista JFK, que llegaba al aeropuerto, junto con la mayor parte de la Terminal 8, para que cualquier fuerza que avanzara tuviera menos lugares donde esconderse. Marcus se dirigió entonces a la Terminal 7, y a medida que se acercaba vio a los francotiradores en las sombras, siguiéndolo lentamente con sus fusiles.

—Alto ahí —ordenó una voz. Marcus se detuvo—. Suelte sus armas.

—No tengo armas.

—Entonces suelte todo lo demás.

No llevaba mucho; solo una mochila llena de caramelos duros y un par de litros de agua. La dejó en el suelo y se apartó, con los brazos extendidos para demostrar que no tenía nada.

—Dese vuelta —le ordenó la voz, y Marcus obedeció.

—Soy solo un chico mexicano delgadito —dijo Marcus—. ¡Ah, esperen! Lo olvidé.

Metió la mano en el bolsillo de sus *jeans* y sacó un papel doblado y un lápiz gastado. Los levantó para que los vieran y luego los depositó

cuidadosamente en el suelo.

—¿Se está burlando? —preguntó la voz.

—Sí.

Hubo un largo silencio, hasta que al fin divisó a un hombre en la puerta, que le hacía señas de que se acercara. Marcus corrió hasta la puerta abierta, donde encontró a soldados de la Red, que esperaban con ametralladoras. Los miró con nerviosismo.

—Ustedes son humanos, ¿no?

—Hasta la última célula de mi cuerpo odia a los Parciales —respondió el soldado—. ¿Estás con Delarosa?

—¿Qué?

—La senadora Delarosa —repitió el soldado—. ¿Trabajas con ella? ¿Tienes algún mensaje?

Marcus frunció el ceño.

—Un momento, ¿ella todavía...? —recordó su encuentro con Delarosa en el bosque, cuando él y Haru iban en retirada tras el primer ataque Parcial. Ella había estado escondida en el bosque, atacando patrullas—. ¿Sigue peleando con los Parciales?

—Con todo el apoyo de la Red —respondió el soldado—. Y lo hace muy bien.

Eso lo hizo pensar; la recordaba más como terrorista que como luchadora por la libertad. *Supongo que llega un momento en que todos se mezclan. Cuando la situación se vuelve desesperada, todo vale...*

No, no es cierto, pensó con firmeza. *Al final de la guerra tenemos que ser los mismos que cuando empezamos.*

—Soy solo un tipo —respondió Marcus—. No traigo ningún mensaje, ninguna entrega especial ni nada.

—El área de refugiados está abajo —le informó el primer soldado—. Trata de no comer demasiado; no nos queda mucho.

—No se preocupen —respondió Marcus—. No me quedará mucho tiempo. ¿Podría hablar con el senador Tovar?

Los soldados se miraron, y luego el primero volvió a mirar a Marcus.

—El señor Mkele prefiere interrogar a todos los que llegan. Puedes hablar con él primero.

Llevaron a Marcus por el aeropuerto y casi de inmediato descendieron hacia la vasta red de túneles subterráneos que cruzaba todo el complejo. Le sorprendió encontrar todo un campamento de refugiados en el subsuelo; aparentemente él no había sido el primero a quien se le había ocurrido refugiarse allí.

—¿Los Parciales no saben que están aquí? —preguntó Marcus—. Matarían con tal de tomar este lugar.

—Han enviado un par de patrullas —respondió el soldado—. Hasta ahora hemos podido causarles más problemas de los que desearían enfrentar.

—No será por mucho tiempo —comentó Marcus.

—Delarosa los está atacando por los flancos, y también otra facción Parcial. Entre ellos mantienen al ejército principal demasiado ocupado como para molestarse con nosotros.

—Justamente por eso vine.

El soldado lo condujo a una oficina pequeña y llamó a la puerta. Marcus reconoció la voz de

Mkele cuando les indicó que entraran. El soldado empujó la puerta.

—Un nuevo refugiado. Dice que quiere hablar con el Senado.

Mkele levantó la vista, y Marcus sintió cierto orgullo travieso al ver la sorpresa en los ojos del experto en seguridad.

—¿Marcus Valencio?

Sorprender a un hombre que se jactaba de saberlo todo era una proeza impresionante.

El orgullo fue seguido casi instantáneamente por una oleada de desesperación. De alguna manera, ver que Mkele no lo tenía todo bajo control era el indicio más perturbador de cuánto se estaban desintegrando las cosas.

—Hola —lo saludó Marcus al entrar—. Tengo una... petición. Una propuesta, supongo.

Mkele echó un vistazo al soldado, con ojos inseguros; luego volvió a mirar a Marcus y le señaló una silla.

—Toma asiento.

El soldado salió y cerró la puerta; Marcus respiró hondo para calmar sus nervios.

—Necesitamos ir al continente —le dijo.

Los ojos de Mkele se dilataron y Marcus tuvo la misma sensación de triunfo incómodo al ver que había vuelto a sorprender al hombre. Al cabo de un breve instante, Mkele asintió, como si comprendiera.

—Quiere buscar a Kira Walker.

—No me molestaría encontrarla —respondió—, pero ella no es el objetivo. Necesitamos enviar un grupo al norte, a una ciudad llamada White Plains, para hablar con los Parciales que están atacando a la doctora Morgan.

Mkele no respondió.

—No sé con certeza qué facción está allá —prosiguió Marcus—, pero sí sé que se oponen a la de la doctora Morgan. Hace unos meses un grupo de ellos atacó el hospital donde Kira estaba atrapada, y fue así como pude sacarla de allí mientras ellos se mataban entre sí. Ahora están atacando otra vez a las fuerzas de Morgan; las siguieron desde el otro lado del estrecho, lo cual es un buen indicio de que

quieren detener esta invasión.

—Y usted piensa que por eso serán amigos nuestros.

—A igual a B igual a... Mire, Ariel tenía una frase mucho mejor para expresar esto, ahora no la recuerdo. Pero sí: tenemos un enemigo común, así que tal vez consigamos ayuda.

Mkele lo observó un momento más, y luego respondió lentamente.

—Admito que hemos pensado en algo así, pero no sabíamos cómo ni dónde contactarlos. ¿Está seguro de que están en White Plains?

—Muy seguro —respondió Marcus—. Samm nos contó todo: tienen un reactor nuclear que abastece a toda la región, por eso se quedan allá para mantenerlo. Si logramos llegar, y admito que no será fácil, podrían estar dispuestos a trabajar con nosotros para poner fin a la ocupación y, quizá, encontrar algunas de las respuestas que buscamos antes de que sea demasiado tarde. Vale la pena intentarlo.

—Siempre que no nos salga el tiro por la

culata —dijo Mkele—. Es una misión a ciegas en territorio hostil, sin garantías de seguridad. Si va, acabará muerto.

—Por eso vine a verlo. Yo no soy Kira, no sirvo para liderar una cosa así; solo se me ocurrió la idea.

—Así, cuando inevitablemente alguien muera, seré yo en lugar de usted.

—Lo ideal es que no muera nadie —repuso Marcus—, pero usted puede planear sus misiones como prefiera. Mi recomendación es que viva por lo menos el tiempo suficiente para lograrlo.

Mkele tamborileó los dedos sobre el escritorio, un gesto sorprendentemente mundano que parecía humanizar al hombre severo a los ojos de Marcus.

—Hace un año te habría reprendido por imprudencia. Hoy, tal como está la situación, estamos dispuestos a intentar casi cualquier cosa. Tenía una unidad de soldados ya preparándose para una misión en el continente, y ahora que nos das un objetivo claro, podemos

lanzarla. Además, da la casualidad de que necesitamos un paramédico, y alguien que tenga experiencia tras las filas Parciales.

—Y supongo que está buscando un voluntario.

—Esto es la Red de Defensa —respondió Mkele—. No esperamos voluntarios. Partirás por la mañana.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Kira y sus compañeros iban camino a Denver. Habían abandonado el centro de datos al amanecer, después de vendarle a Afa la pierna herida lo mejor posible y de ayudarlo a recorrer tres kilómetros de agua sucia. La canoa estaba exactamente donde la habían dejado, y fueron remando en silencio a recoger sus caballos. Samm remaba con movimientos largos y potentes, mientras Heron y Kira observaban las copas de los árboles en busca de algún indicio de ataque. Un perro solitario se detuvo en un puente para mirarlos pasar, pero no habló ni ladró, y Kira no supo distinguir si era un Perro Guardián o simplemente un animal común que se había vuelto salvaje.

Los caballos estaban ilesos pero aterrorizados, y a Samm y Heron les llevó varios minutos calmarlos lo suficiente como para que se dejaran ensillar. Kira le cambió las vendas a Afa, y entre todos lo ayudaron a montar a Oddjob; se bamboleó e hizo una mueca de dolor al sentir el cambio de presión en el músculo herido. Kira se mordió el labio, sentía rabia por tener que llevar a Afa aún más lejos de su hogar; en realidad no estaba enojada con él ni con nadie; sino solo enojada. *Enojada porque la vida es tan difícil*, pensó. *Nandita me crio para comportarme mejor. «Si tienes fuerzas para quejarte, tienes fuerzas para hacer algo al respecto».*

Ya estaban casi a mitad de camino entre Long Island y Denver, y pasarían dos meses enteros antes de que Afa pudiera regresar a su casa, dos meses que no tenían. No podían dejarlo, obviamente, así que debían llevarlo con ellos, aunque el viaje se hiciera arduo. *Además*, pensó Kira, *si en el laboratorio de Denver hay otro sistema informático, vamos a*

necesitar a Afa para acceder a él. Es el único que puede hacerlo.

Solo tenemos que asegurarnos de que sobreviva.

Una vez que todos estuvieron montados y listos, Kira los condujo no hacia la carretera sino a un gran hospital que había del otro lado.

—St. Bernard's —dijo, leyendo el cartel gastado que estaba en la entrada del estacionamiento.

—¿Buscamos antibióticos en la farmacia? —preguntó Heron—. ¿O en barriles colgados del cuello de unos perros gigantes y peludos?

—Siempre y cuando los perros no hablen —respondió Kira—, me da lo mismo.

Aún le duraba el susto por los perros parlantes, y la noche anterior había vuelto a soñar con ellos: consigo misma viviendo con ellos, salvaje, rechazada tanto por la sociedad humana como por la Parcial. Sabía que era injusto odiarlos. Ellos no podían evitar ser lo que eran, como tampoco podía hacerlo ella. Hizo a un lado ese pensamiento y entró en el hospital,

donde le mostró a Samm los medicamentos que necesitaban, mientras Heron cuidaba a Afa y a los caballos. Llenaron todo un morral con antibióticos y analgésicos, y montaron para dirigirse al oeste.

Hacia el páramo tóxico.

La ruta más rápida para salir de la ciudad era por las vías del ferrocarril, que cruzaban la carretera del río en línea recta en dirección sur-sudoeste y estaban elevadas, de modo que los mantenía por encima de las partes más inundadas. Siguieron la vía por varios kilómetros: pasaron por patios ferroviarios de maniobras, patios de escuelas, casas viejas y desvencijadas, iglesias inundadas y edificios derrumbados, y cruzaron un río desbordado. Las vías del ferrocarril eran rectas y la mayor parte del camino estaba seco, pero era pedregoso y los caballos avanzaban muy despacio, por eso cuando oscureció lo suficiente para detener la marcha, ni siquiera habían llegado a la carretera. Se refugiaron en una biblioteca pública semiderruida, dejaron que los caballos se

alimentaran con los pastos altos del terreno exterior cenagoso y luego los condujeron con cuidado por la rampa de acceso hacia el interior, donde el piso estaba seco. Kira revisó las vendas de Afa, le dio una dosis potente de analgésicos y le limpió la herida mientras él dormía. Heron cazó ranas y lagartijas en el pantano y las asó sobre un fuego hecho con revistas y sillas viejas. Los libros de la biblioteca eran viejos y estaban podridos, y ya no quedaba nadie en el mundo para leerlos, pero Kira se aseguró de que ninguno fuera a parar al fuego. Le pareció que no estaría bien.

Por la mañana descubrieron que estaban muy cerca de la Interestatal 80, la misma autopista enorme que habían seguido desde Manhattan, pero unos ciento cincuenta kilómetros más al oeste que donde la habían dejado, en el límite oriental de Chicago. Volvieron a tomarla y vieron que estaba más alta y seca que las vías del ferrocarril, y que a los caballos les resultaba mucho más fácil caminar por allí. Siguieron la autopista todo el día, con la

ciudad extendiéndose sin fin en todas las direcciones: edificio tras edificio, calle tras calle, ruina tras ruina. Las localidades aparecían y quedaban atrás: Mokena, Nueva Lenox, Joliet, Rockdale; sus límites se desdibujaban formando una sola metrópoli continua. Cuando volvió a anoecer, habían llegado al límite de Minooka y el camino se curvaba hacia el sur, rodeando la localidad. Por primera vez Kira vio campos abiertos que se extendían hacia el oeste. El horizonte era chato y sin formas, un océano de tierra, pasto y ciénagas. Durmieron en un depósito inmenso, en lo que Kira supuso que era un antiguo sitio de descanso para camioneros, y escucharon el golpeteo furioso de la lluvia sobre el ancho techo de metal. La herida de Afa no estaba mejor que la noche anterior, pero tampoco estaba peor. Kira se acurrucó en su bolsa de dormir y leyó a la luz de la luna una novela de suspenso que había encontrado en la biblioteca. *A este tipo lo perseguirán los demonios, pensó, pero al menos puede tomar una ducha caliente por la mañana.*

Se durmió con la nariz en el libro, y despertó cómodamente envuelta en una manta. Samm miraba por la ventana mientras el sol salía sobre la ciudad; miró a Kira brevemente y volvió a observar el cielo, que iba aclarándose.

Kira se sentó, estiró la espalda y los hombros y trató de aflojar la articulación tiesa del cuello.

—Buenos días —dijo—. Gracias por la manta.

—Buenos días —respondió él, sin apartar la mirada de la ventana—. No hay de qué.

Kira se levantó, se detuvo para colgar la manta sobre una hilera de sillas cercanas y luego se agachó para abrir su mochila. Heron y Afa seguían durmiendo, así que habló en voz baja.

—A ver qué hay de bueno para desayunar esta mañana. Tengo cecina de vaca, un sabor indistinguiblemente diferente del de la cecina de vaca, y... caramelos. Todo anterior al Brote, de aquel lugar donde nos detuvimos en Pensilvania —volvió a mirar el interior de su mochila—. Se

nos está terminando la comida.

—Deberíamos buscar en la ciudad antes de partir —dijo Samm—. No estamos lejos del páramo tóxico, y no sé si podemos confiar en lo que encontremos allá.

—Anoche pasamos por un almacén —recordó Kira, al tiempo que sacaba de la mochila sus tres opciones de desayuno y las colocaba en la mesa junto a Samm. Se sentó del otro lado y abrió los caramelos—. Podemos regresar allá antes de seguir el viaje, pero por ahora, come.

Él miró la comida, eligió al azar un paquete de cecina y lo abrió. Lo olfateó cuidadosamente y luego sacó una tira de carne negra y retorcida, sólida como el cuero crudo.

—¿Qué hay que hacerle a la carne para que se mantenga bien doce años?

—Depende de lo que consideres «bien» —respondió Kira—. Puedes pasarte el día entero chupando esa cosa hasta que se ablande lo suficiente como para comerla.

Samm arrancó una tira, larga, fina y casi

risible por lo fibrosa.

—Tendremos que hervirla —dijo, y volvió a guardarla en la bolsa—. Pero es lo mismo: esta comida tiene casi nuestra edad. De hecho, tal vez esa vaca tenía nuestra edad, y murió antes de que ese árbol brotara siquiera —señaló un álamo de seis metros que crecía entre las grietas del asfalto del estacionamiento—. Y sin embargo, podemos comerla. Hoy no hay nada en el mundo que pueda preservar así la comida. Y quizá no volvamos a tenerlo jamás.

—No sé si eso sería bueno —dijo Kira—. Prefiero la cecina fresca de Riverhead, sin duda.

—Es solo que... —dijo, e hizo una pausa—. Una cosa tras otra. Autos que no funcionan. Aviones que jamás volverán a volar. Sistemas de computación que apenas sabemos usar, mucho menos recrear. Es como si... el tiempo estuviera pasando al revés. Somos arqueólogos cavernícolas en las ruinas del futuro.

Kira no dijo nada; siguió masticando los caramelos blandos, mientras el sol se asomaba

sobre la ciudad montañosa. Tragó y le respondió.

—Lo siento, Samm.

—Tú no tienes la culpa.

—No me refería a lo de los cavernícolas ni a la cecina ni... Lamento haberme enojado contigo. Haberte dicho cosas que te hicieron enojar.

Samm observó el sol, sin decir nada, y Kira trató de interpretarlo por el enlace, pero no pudo.

—Yo también lo siento —dijo—. No sé cómo resolverlo.

—Estamos en guerra, Samm. Ni siquiera es una guerra que podamos ganar; humanos y Parciales están matándose entre sí, y a sí mismos, y a todo lo que pueden apuntar, porque es la única manera que conocen de resolver los problemas. «Si no peleamos, vamos a morir». Pero tenemos que entender que vamos a morir aunque peleemos, y no queremos entenderlo porque nos asusta demasiado. Es más fácil recaer en los mismos ciclos de odio y represalia,

porque así al menos estamos haciendo algo.

—Yo no te odio, pero lo hice. Cuando me capturaste, cuando volví en mí y te vi y comprendí que todos los integrantes de mi unidad estaban muertos. Tú estabas allí, y por eso te odié más de lo que sabía que podía odiar. También lamento eso.

—Está bien —respondió Kira—. Yo tampoco soy precisamente inocente —sonrió—. Ahora lo único que hay que hacer es enviar a cada humano y cada Parcial juntos de viaje al otro lado del país, para que aprendan a confiar y a entenderse.

—Me alegro de que haya una solución tan sencilla —dijo. No sonrió, pero a Kira le pareció percibir un asomo de sonrisa en el enlace. Ella comió un poco más—. Eso es lo que quieres realmente, ¿no? —le preguntó.

Ella lo miró con curiosidad.

—Un mundo unido —agregó, mientras seguía mirando por la ventana—. Un mundo en el cual humanos y Parciales vivan juntos y en paz —le echó un vistazo de reojo.

Kira asintió, masticando más despacio. Eso era exactamente lo que quería, lo que siempre había querido desde... Desde que se había enterado de lo que era en realidad: una Parcial criada como humana, conectada con ambos grupos sin ser realmente parte de ninguno.

—A veces pienso... —empezó a decir, y se interrumpió. *A veces pienso que es la única manera de que me acepten. No pertenezco a ninguno de los dos grupos, ya no, pero si ambos se unieran, ya no sería ese individuo extraño. Sería una más.* Suspiró; la cohibía demasiado decirlo en voz alta—. A veces pienso que es la única forma de salvar a todos —concluyó, con voz queda—. De reunirlos a todos.

—Eso va a ser mucho más difícil que curar nuestras enfermedades —observó Samm.

—Lo sé. Vamos a encontrar los laboratorios de ParaGen, a descubrir sus planes y sus fórmulas, a curar el RM y la fecha de vencimiento y todo lo demás, y aun así no tendrá importancia porque nuestra gente nunca va a

confiar entre sí.

—Algún día tendrán que hacerlo. Cuando las opciones sean confiar o extinguirse, confiar o quedar en el olvido; ahí se darán cuenta de que no les queda alternativa y lo harán.

—Esa es una de las cosas que me agradan de ti, Samm —dijo Kira—. Eres un optimista irremediable.

Durante los primeros días el camino fue recto y llano, casi al punto de resultar molesto. Había alguna que otra granja a los costados, con el pasto crecido y manadas de vacas y caballos salvajes, pero cada cosa que aparecía les resultaba igual a la anterior, la misma granja que se repetía en una sucesión sin fin, hasta que Kira empezó a sospechar que no estaban avanzando nada. De tanto en tanto, al sur, el río Illinois se acercaba lo suficiente como para que lo vieran desde la autopista, y de esa forma ella pudo registrar el avance. Viajaban lentamente,

deteniéndose cada tanto para dar de comer y beber a los caballos, y proporcionarle a Afa los medicamentos que necesitaba. Su herida no estaba sanando muy bien, y Kira hacía lo que podía para mantenerlo con buen ánimo.

A los tres días de salir de Chicago, llegaron a una ciudad que parecía una isla, ubicada en la confluencia de dos ríos. Cruzando el río Rock entraron en la ciudad llamada Moline, y la encontraron cenagosa pero navegable. Sin embargo, el río que estaba del otro lado hizo que Kira se detuviera en seco. Era el Mississippi, y ya no había puentes.

—Esto no es bueno —dijo ella, recorriendo el ancho río con la mirada. Había oído hablar de que en algunas partes tenía casi dos kilómetros de ancho. Allí era más angosto, aunque sus partes más anchas parecían de unos ochocientos metros, si no más. Era demasiado como para que los caballos cruzaran a nado, especialmente con Afa—. ¿Esto habrá sido por la guerra o por falta de mantenimiento desde entonces?

—Es difícil saberlo —respondió Samm.

—¿Acaso importa? —bufó Heron.

Kira observó correr el río y suspiró.

—Supongo que no. ¿Qué hacemos?

—No podemos cruzar a Afa sin un puente —dijo Samm—. Además, se nos mojaría la radio, y no confío en que sea tan a prueba de agua como dice ser. Propongo que sigamos la costa hasta que encontremos un puente intacto.

—¿Hacia el norte o el sur? —preguntó Heron—. Esta vez sí importa.

—Según nuestro mapa, estamos ligeramente al norte de Denver —respondió Kira—. Iremos al sur.

Hicieron retroceder a los caballos; Kira susurró a Bobo para alentarle y le dio unas palmadas suaves en el pescuezo. La costa del río estaba intransitable, no solo en la orilla misma sino a varios metros de allí, y en algunos lugares tuvieron que desviarse hasta cuatrocientos metros. El terreno era demasiado empinado o demasiado cenagoso o había demasiados árboles, y a menudo las tres cosas a la vez. Siguieron por una carretera angosta mientras

puedieron, aunque más de una vez descubrieron que el río se había acercado demasiado y la había convertido en un pantano, carcomida por la corriente inexorable. Cuando esa carretera se desvió, tomaron otra, aunque allí la historia era la misma, y a veces hasta peor. El primer puente que hallaron daba a la ciudad más grande que habían visto después de Chicago, pero también estaba destruido. Al segundo día se encontraron atrapados en un punto donde el camino se había desmoronado por completo por el agua: de un lado había un río y del otro un lago, y tuvieron que retroceder varios kilómetros. Allí el cenagal se extendía más de un kilómetro y medio de orilla a orilla, quizá hasta tres. Y Kira no pudo sino preguntarse cuánto de su cálculo era exacto y cuánto era el resultado de su frustración e impotencia. Era un sitio hermoso, lleno de aves, flores y luciérnagas que giraban en círculos lentos sobre el pantano, pero a la vez era imposible cruzarlo. Encontraron un nuevo camino y lo siguieron hacia el sur, rogando que los condujera a un puente.

Al cabo de dos días de búsqueda llegaron al pueblo de Gulfport, que estaba más bajo el agua que encima. Unos gruesos pilares de piedra marcaban el lugar donde alguna vez se había extendido un puente hacia una ciudad mucho más grande que quedaba al otro lado del río, pero con excepción de unas vigas que asomaban, desamparadas, entre la corriente, del puente no quedaba nada. Kira lanzó una palabrota y Afa se hundió, dolorido, en su montura. Hasta Oddjob, a quien por lo general le gustaba pasearse durante los descansos en busca de brotes verdes, parecía demasiado deprimido como para moverse.

—El puente tiene que haber caído por la fuerza del agua —dijo Samm—. Estas ciudades eran demasiado pequeñas como para ser un factor importante en la guerra, y ninguna era un objetivo militar. Creo que, simplemente, el río es demasiado... grande para su propio bien.

—Y para el nuestro también —acotó Heron.

—Pero alguien tuvo que cruzarlo primero, ¿no? —preguntó Kira. Acicateó a Bobo y lo

acercó más hacia la orilla, para espiar por la curva entre los árboles tan al sur como alcanzó a ver—. Digo, alguien tuvo que construir los puentes, y para eso alguien tuvo que cruzar.

—Pero no iban con Afa —le recordó Heron, con un tono de voz que parecía sugerir que lo dejaran atrás por el bien de la misión, pero Kira ni siquiera se molestó en mirarla con enojo. Sí le echó un vistazo a él, que dormitaba atado a su montura, cabeceando mientras los analgésicos batallaban con la posición incómoda.

—Podríamos construir una balsa —sugirió Kira—. Hay muchos árboles, y si queremos desafiar a esa ciudad hundida, podríamos encontrar tablas por todos lados. Si construimos una balsa lo suficientemente grande, podríamos cruzar con los caballos, y con Afa.

—La corriente es mucho más fuerte de lo que parece —dijo Samm, pero Kira lo interrumpió.

—Lo sé —replicó, en tono más duro de lo que era su intención—. Por eso no lo cruzamos hasta ahora, pero ¿qué opción tenemos? Ya

vamos con el tiempo contado, incluso antes de ese desvío de dos días en la dirección equivocada. Tenemos que ir al oeste; pues entonces... vayamos al oeste. Es eso o seguir otras dos semanas hacia el sur.

—Tienes razón —dijo Samm—, pero no construiremos la balsa a menos que sea absolutamente necesario, y llegado el caso, sabremos que esencialmente estaremos perdidos. Fíjate en aquella ciudad. Todas usaban el río para el transporte de cargas. Lo único que tenemos que hacer es encontrar una embarcación que flote y usarla.

—Hasta ahora, todas las ciudades grandes estaban del otro lado —recordó Heron—. A menos que quieras retroceder dos días hacia el norte hasta Moline. No recuerdo haber visto ninguna barcaza por allá.

—Entonces sigamos hacia el sur —respondió Samm, e hizo avanzar a Buddy por el camino—. Ya hemos llegado hasta aquí, ¿por qué no seguir?

—¿Esa te parece una buena razón para

seguir? —le preguntó Heron—. ¿Por qué no seguir fracasando, ya que nos están saliendo tan bien los fracasos?

—Sabes que no soy muy bueno para el sarcasmo —dijo Samm.

—Pues entonces —gruñó Heron—, te lo diré más directamente: esto es una estupidez. Kira tiene sus propias razones para venir aquí, pero yo vine por ti. Confiaba en ti, y estoy esforzándome mucho por mantener viva esa confianza, ¡pero míranos! Estamos en un pantano, perdidos en un país muerto, esperando el próximo ataque o la próxima herida o el próximo trecho de camino embarrado para caernos al río y ahogarnos.

—Tú eres la mejor de nosotros —le recordó Samm—. Puedes sobrevivir a cualquier cosa.

—Sobrevivo porque soy lista —replicó Heron—. Porque no me meto en la clase de situaciones que podrían matarme, y francamente, esa es la única clase de situación en que estamos desde hace semanas.

—Podemos hacer esto —dijo Kira—. Solo

necesitamos calmarnos un poco.

—Ya sé que podemos hacerlo —repuso Heron—. Aunque me queje, no soy idiota; sé que podemos cruzar el maldito río. Solo quiero que me asegures que es lo correcto.

Kira empezó a responderle, pero Heron la interrumpió.

—Tú no. Samm. Y por favor, dime que no es por esta... —señaló a Kira con un gesto airado—, lo que diablos sea.

Samm miró a Heron y luego hacia el otro lado del río.

—No basta, ¿verdad? Seguir, simplemente; tener fe en algo más grande, más inteligente y mejor informado. Así nos hicieron, a todos los Parciales: para obedecer órdenes y confiar en nuestros líderes. Pero no basta. Nunca fue suficiente —miró a Heron—. Hemos seguido a nuestros líderes, y a veces ellos ganaron y otras veces perdieron. Hacemos lo que nos dicen y cumplimos con nuestro papel. Pero esta decisión es nuestra. Es nuestra misión. Y cuando terminemos, la victoria, o la derrota, será

nuestra. No quiero fracasar, pero si lo hago, quiero poder mirar atrás y decir: «Yo hice eso. Fracagé. Pero la decisión fue mía».

Kira lo escuchó en silencio, maravillada por la fuerza de sus palabras y de su convicción. Era la primera vez que se expresaba así, más allá de las simples declaraciones de «confío en Kira», y lo que expresaba era lo contrario de «confío en cualquiera». Estaba allí porque quería tomar sus propias decisiones. ¿Acaso eso le importaba tanto? ¿Era realmente algo tan poco común? ¿Y cómo podría convencer a Heron, que ya era tan ferozmente independiente? Kira podía ser tan Parcial como ellos, pero Samm estaba apelando a algo de la experiencia colectiva que tenían él y Heron, y Kira se dio cuenta de que no lo entendía. Los dos Parciales se quedaron mirándose, y ella no podía más que suponer los datos que circulaban entre ellos por el enlace.

—De acuerdo —dijo Heron, e hizo girar a su caballo para seguir a Samm.

Se dirigieron al sur; Oddjob los siguió y Kira

tomó la retaguardia, sumida en sus pensamientos.

El Mississippi los condujo a más pueblos inundados, la mayoría más pequeños que Gulfport: Dallas City, Pontoosuc y Niota. En el último había otro puente derrumbado, que se extendía hacia las primeras colinas importantes que habían visto en varias semanas, un risco escarpado y una ciudad llamada Fort Madison. Niota estaba en mejores condiciones que los tres pueblos anteriores, y fueron vadeando hasta donde se atrevieron, en busca de algo que pudieran usar para cruzar el río. Samm encontró un extremo de una barcaza que asomaba del río en ángulo, pero nada que se mantuviera a flote. En efecto, la corriente era más fuerte de lo que Kira había esperado, y salió de aquel espeluznante pueblo sumergido lo más rápido que pudo.

—Bueno —dijo Heron, al tiempo que se

dejaba caer junto a ella en el pasto—. Seguimos sin avanzar, pero ahora estamos empapados. Explíquenme en qué hemos mejorado.

—No te preocupes —le dijo Kira—. Por más calor y barro que haya aquí, en cualquier momento vas a encontrar algo más de qué quejarte.

—Volvamos con Afa y los caballos —propuso Samm—. Si seguimos adelante, hoy podemos avanzar otros quince kilómetros.

—Espera —dijo Kira, con la mirada fija en el pueblo sumergido. Algo se había movido. Escudriñó el paisaje, protegiéndose los ojos de los reflejos brillantes en la superficie del agua. Se levantó una ola, y aquello volvió a moverse, grande y negro contra el agua resplandeciente—. La barcaza se mueve.

Samm y Heron miraron, y Kira susurró que esperaran, esperaran, esperaran... y luego otra ola dio contra ella y se movió, muy ligeramente.

—Sigue a flote —dijo Samm—. Pensé que estaba hundida.

—Se mueve demasiado libremente para

estar atascada —observó Heron—. Tal vez está amarrada.

—Si la desatamos —dijo Kira—, quizá podamos usarla.

Dejaron sus armas y sus equipos pesados y volvieron a entrar en el pueblo; esta vez nadaron cuando el río se hizo demasiado profundo como para hacer pie. La corriente era fuerte, pero se mantuvieron al abrigo de los edificios, sujetándose de los techos a medida que avanzaban hacia la barcaza. Esta se mecía ligeramente con la corriente, y era casi el objeto que estaba más lejos de la costa. Se treparon al último edificio y la observaron desde el techo.

—Sin duda, se mueve —dijo Kira—. Apenas le cortemos la amarra, va a flotar y alejarse.

—Tendremos que amarrarla a otra cosa con una cuerda más larga —respondió Samm—. De todos modos, vamos a necesitar una línea de seguridad para quien vaya hasta allá.

—No será rápido —dijo Heron—, pero les conseguiré una cuerda. El último edificio por el

que pasamos era una ferretería. Volvió a meterse en el agua y Kira la siguió; no quería dejar que nadie, ni siquiera alguien de quien desconfiara vagamente, entrara solo en un edificio inundado y en ruinas.

Perdieron el contacto con la pared y sintieron que la corriente las arrastraba hacia el sur entre los edificios, incluso mientras intentaban nadar hacia el este para sostenerse del siguiente. Heron se aferró con una mano a un caño de desagüe pluvial oxidado, extendió la otra hacia Kira y la sujetó al pasar. Kira sintió algo sólido bajo los pies —probablemente un auto o la cabina de un camión— y se impulsó para apartarse, mientras Heron la jalaba hacia la ferretería. Se sujetó al alféizar de la ventana y celebró que no hubiera restos de vidrio saliendo de él; luego agachó la cabeza para nadar hacia el interior.

En el edificio había unos treinta centímetros de aire, atrapado entre el cielorraso y la superficie del río, aunque una leve brisa y un rayo de luz revelaron que el aire se mantenía

fresco por uno o más agujeros en el techo. El ambiente húmedo había cubierto de musgo el cielorraso y la parte visible de las paredes. Kira se quitó un poco de musgo del cabello, mientras Heron salía a la superficie a su lado.

—Parece que el río lo limpió bastante —le dijo Kira, pues la mayor parte de los paneles de yeso, así como cualquier cosa que hubiera estado sujeta a ellos, se había desprendido por el agua hacía ya mucho tiempo.

—Tiene que haber algo más abajo —respondió Heron, y se dirigieron a la sección más ancha de la pared sur; allí era menos probable que el río se llevara los objetos que necesitaban, e incluso a las mismas nadadoras. Heron se sumergió primero y se mantuvo bajo el agua tanto tiempo que Kira empezó a preocuparse seriamente; por fin salió a la superficie y se apartó de la cara el cabello negro como el carbón—. No hay cuerdas —le informó—, pero creo que encontré unas cadenas.

—Déjame ver —dijo Kira, y se sumergió contra la pared. Intentó abrir los ojos y

descubrió que el agua estaba demasiado oscura y lodosa como para poder ver algo. Palpó algo pesado y enroscado, más liso que una sogas pero más suave que una cadena, y trató de levantarlo. Saltó hacia arriba, salió a la superficie y se aferró a la pared—. Creo que encontré una manguera.

—¿Eso es suficientemente fuerte?

—Debería serlo, si es lo bastante larga.

Heron desenfundó su cuchillo, lo abrió y lo sostuvo entre los dientes antes de volver a sumergirse. Casi un minuto más tarde, salió con el cuchillo en una mano y un extremo de la manguera en la otra.

—¿Cuánto tiempo puedes contener el aliento? —le preguntó Kira.

—Superioridad biológica —respondió—. Es lo que siempre te digo. Toma esto; el otro extremo sigue sujeto al estante con un precinto.

—Probablemente por eso no se la llevó el río —dijo Kira, pero Heron ya había vuelto a sumergirse. Salió al cabo de un rato y asintió: había tenido éxito. Kira empezó a enrollar la

manguera lo mejor que podía, y después de las primeras veinte vueltas se detuvo—. Esto tiene por lo menos treinta metros.

—Pues hagámoslo, entonces —dijo Heron, y sujetó una parte de la manguera mientras Kira volvía a salir por la ventana abierta.

Kira flotó más al sur de lo que era su intención, y al levantar la vista vio a Samm, que las observaba desde su techo. ¿Estaba sonriendo porque se alegraba de verla? Claro que habría estado preocupado por el tiempo que habían tardado, pero Kira deseó que se hubiera preocupado por ella, específicamente, más que por si habían o no conseguido una cuerda.

Hizo a un lado ese pensamiento y levantó un extremo de la manguera.

—Manguera —anunció, simplemente, casi sin aliento por luchar contra la corriente.

Volvió a encaramarse en el techo donde estaba Samm, quien la ayudó a subir. Heron trepó tras ella; no parecía ni de lejos tan exhausta como Kira.

Samm tiró de la manguera y la enroscó

sobre el tejado cubierto de musgo. Señaló hacia la orilla, donde Dug, el caballo de Heron, los observaba con aire solemne.

—Creo que ese es el mejor lugar donde atracar —dijo—. Está bastante despejado, según la profundidad que tenga, pero parece una barcaza más bien poco profunda. Si volvemos allá y atamos un extremo de esto a... —hizo una pausa, mientras evaluaba los restos de construcciones que asomaban sobre el agua—. Aquel poste de luz. Puedo nadar desde aquí, atar esto, cortar lo que sea que la está reteniendo, y entonces podremos jalarla hasta la orilla.

—Así de fácil, ¿eh? —preguntó Kira.

—A menos que la barcaza esté sujeta con cadenas de metal, sí —respondió Samm—. Lo difícil va a ser hacerla navegar cargada con los caballos sin encallar en aquellos edificios.

—Supongo que somos los primeros en intentar atracar una embarcación al final de la calle principal —dijo Heron—. No creo que hayan diseñado el pueblo tomando en cuenta la

maniobrabilidad de las barcazas.

—Usaremos palos —respondió Kira— para impulsarnos contra el embate de la corriente destructora de puentes del río Mississippi.

—¿Así de fácil? —le preguntó Samm.

Kira levantó la vista y vio que sonreía; una sonrisa tentativa, como si estuviera haciendo una prueba. Ella le sonrió.

—Sí —respondió—. Así de fácil.

No lo fue. Samm apenas pudo llegar a la barcaza con la manguera atada al poste de luz, e incluso luego de cambiarla de lugar, descubrió que la corriente era demasiado fuerte cuando se sumergió en busca de las sogas de amarre... No era una, como había esperado, sino cinco. Ató la manguera y pasó casi media hora bajo el agua, tratando de cortar las cuerdas y subiendo muy brevemente para tomar aire. Kira no podía verlo bien, pero había perdido casi todo el color y temblaba de frío. Cada vez que Samm volvía a sumergirse, ella contenía el aliento como para acompañarlo, para ver cuánto aguantaba, y cada vez él parecía quedarse abajo más tiempo,

durante lapsos imposibles, hasta que Kira dedujo que se había ahogado. Con una sacudida repentina, la barcaza se movió, menos estable al tener las amarras cortadas, pero él seguía sin salir. Kira contó hasta diez. Nada. Entró en el agua, contando otra vez hasta diez, hasta veinte, y de pronto Heron nadaba junto a ella, sosteniéndose de la manguera que ahora se tensaba hacia el punto de ruptura. La barcaza volvió a moverse, giró y chocó contra los edificios corriente abajo, y Samm surgió del río, desesperado por tomar aire. Kira lo sostuvo y le mantuvo la cabeza fuera del agua mientras respiraba.

—Listo —dijo Samm; le castañeteaban los dientes—. Vamos a amarrarla.

—Primero hay que calentarte —respondió Kira—. Podría darte hipotermia.

—Si seguimos esperando, esta manguera se va a cortar —dijo Heron.

—Podría morir —insistió Kira.

—Estaré bien —respondió él, temblando—. Soy Parcial.

—Llévemola a la orilla —dijo Heron—, o todo esto no habrá servido de nada.

Regresaron guiándose por la manguera. Kira observaba a Samm y rogaba que no le diera un ataque de tanto temblar. Cuando llegaron a terreno lo suficientemente poco profundo para ponerse de pie, le frotó la espalda y el pecho con movimientos furiosos que probablemente aliviaron más su propia conciencia que el estado de Samm. Kira se estremeció ligeramente al tocarlo, al sentir el contorno firme de su pecho musculoso; le pareció tan fuera de lugar que bajó las manos casi al instante, extrañada por la incongruencia. Ella era paramédica, no una jovencita romántica; podía tocarle el pecho a un hombre sin derretirse. Samm seguía temblando y los dientes le castañeteaban por el frío. Ella volvió a frotarlo, subiendo y bajando las manos por sus pectorales y su esternón para devolverle un poco de calor a su cuerpo. Un momento después, los tres sujetaron la manguera y empezaron a jalar la barcaza por la calle

inundada. Afa los observaba con apatía desde la costa, casi demasiado dopado por los analgésicos como para ponerse de pie. La embarcación flotó lentamente hacia ellos, y cuando lograron acercarla unos seis metros, Kira desató la manguera, fue hasta el siguiente punto firme, la ató allí y volvió a empezar. La barcaza rozaba las casas, y se trabó con tanta firmeza en una de ellas que Heron tuvo que nadar hasta allá para destrabarla con un trozo de madera que trajo la corriente. Luego de más de dos horas, la habían acercado a la costa lo suficiente como para que los caballos pudieran abordarla. Fueron menos de cien metros.

Volvieron a amarrarla, y al hacerlo se cortó la manguera y estuvieron a punto de perderla. Samm enrolló el extremo libre en su brazo y, con el otro, se aferró a una pared de ladrillos, con el rostro enrojecido de dolor mientras Kira y Heron trataban de asegurar mejor la barcaza. Una pesada puerta de madera arrancada de un marco cercano sirvió de plancha, e hicieron subir a los caballos uno por uno. Kira les

hablaba con voz suave mientras Samm y Heron los guiaban por los costados para mantenerlos en línea. Samm seguía temblando; Buddy pareció asustarse por eso y empezó a moverse y retroceder con tanto nerviosismo que la puerta se rajó. Lograron convencerlo de subir antes de que la puerta se rompiera del todo, y luego tuvieron que buscar otra para hacer subir a Oddjob. El último fue Afa, que subió con el rostro lánguido, aferrado a su mochila con sus brazos enormes, como si fuera un salvavidas.

—No puedo dejar mi mochila —dijo—. No puedo dejar mi mochila.

—No la dejaremos —le aseguró Kira—. Siéntate aquí y no te muevas, estarás bien.

Heron cortó las líneas y se apresuró a tomar su lugar al frente de la embarcación, adonde llegó justo a tiempo para tomar una tabla y empujar contra la hilera de edificios hacia los que los lanzaba la corriente. Samm estaba del mismo lado, sus manos y brazos seguían pálidos por el frío. Kira estaba en el centro, tratando de apaciguar a los caballos. Estos relinchaban,

inquietos por la inestabilidad de la barcaza, que se hundía y se movía de una manera a la que no estaban acostumbrados, y se asustaron más aún cuando la barcaza chocó contra la pequeña ferretería.

—¡Cuidado con los edificios! —gritó Kira, mientras trataba de evitar que Bobo se irguiera en dos patas y se soltara.

—¡Vete al diablo! —replicó Heron, apretando los dientes mientras trataba de impedir que la inestable nave, atrapada por la fuerte corriente del río, volviera a chocar contra el edificio.

El río los empujaba tanto contra los edificios como hacia el centro, no con rapidez pero sí con fuerza. No era de aguas rápidas, pero Kira empezaba a darse cuenta de que hasta un río perezoso, cuando era así de grande, tenía una fuerza inmensa. Samm fue a ayudar a Heron, y entre los dos lograron evitar que el costado de la embarcación golpeará contra el último edificio de la hilera, y de pronto estaban fuera: libres del pueblo sumergido, libres de los escombros

acumulados en las costas, libres de la estabilidad limitada que habían ofrecido los edificios. La barcaza giró lentamente en el agua, y los caballos se agitaron, asustados. Samm corrió a ayudar a Kira a controlarlos, pero Heron caminó por el borde, tratando de mantenerse en la parte de la embarcación que iba al frente.

—Banco de arena —anunció, y se arrodilló para sostenerse del costado.

La barcaza se sacudió con el impacto repentino, y Kira casi perdió el equilibrio. Afa cayó de costado, cerró los ojos y sujetó con fuerza su mochila. Samm y Kira se separaron; cada uno tomó a dos caballos por las riendas y los apartó un poco entre sí. El banco de arena los hizo girar en la dirección contraria al rebotar contra él, y por un momento enderezaron el rumbo. Kira recuperó el equilibrio, volvió a sostener a los caballos, y Heron volvió a avisar, esta vez en tono más apremiante:

—¡Puente caído!

—¿Qué? —gritó Kira.

—Sosténganse de algo —respondió Heron,

y de pronto la embarcación chocó con fuerza contra un montón de vigas de acero retorcidas que apenas se veían en la superficie, pero eran sólidas y mortales por debajo del agua. Los caballos relincharon aterrados, y la barcaza pareció gritar con ellos al rozar metal contra metal. La nave se inclinó peligrosamente, y luego giró hacia el otro lado mientras rodeaba el puente caído. Kira se esforzó por controlar a los animales.

—¡Necesitamos dirigirla! —gritó.

—Sí —respondió Samm—, pero no creo que sea posible en este momento.

—Aquí viene otro —anunció Heron, y Kira se sostuvo con fuerza mientras la embarcación se inclinaba, bajaba con un fuerte chapoteo y se sacudía.

Ahora estaban en medio del río, donde la corriente era más rápida y profunda, y Kira vio con consternación que parecía estar llevándolos directamente entre los escombros del puente. Flotaban como un corcho en la superficie, arrojados de roca en roca, de acero en acero.

Un choque particularmente intenso provocó un crujido muy fuerte, y Kira escudriñó frenéticamente a su alrededor para ver si algo se había roto. Heron se agachó para examinar el piso y levantó la vista, enojada.

—Está entrando agua.

—Fabuloso —respondió Kira—. ¡Vuelve a sacarla!

Heron la miró con furia, pero encontró una tabla y trató de tapar el agujero. Por suerte, era una grieta en el costado, no en el piso; de haber sido así, pensó Kira, se habrían hundido casi inmediatamente. Como la tabla no dio resultado, Heron empezó a usarla de timón. La barcaza no le hizo caso y siguió moviéndose hacia donde la llevara el río. Volvieron a sacudirse con otro impacto, y otro más, y Kira gritó al sentir que el piso se ondulaba bajo sus pies. *Los pisos no hacen eso.*

—El piso está ondulado —anunció.

Samm sostenía con fuerza a sus dos caballos, aunque parecían dispuestos a partirlo en dos.

—¿Ondulado o hundido?

—Creo que solo está... —empezó a responder, pero la barcaza chocó contra otro obstáculo y el piso de metal gimió en protesta por algún movimiento inesperado.

—Hundido —dijo Heron, apoyando la tabla contra el piso para mantener el equilibrio—. Esto no va a terminar bien.

—¿Cuán mal puede terminar —preguntó Kira—, suponiendo que al menos lleguemos al otro lado del río?

—Mal —respondió Heron—. Perderemos parte del equipo, quizá la mayor parte. Un caballo, si no tenemos suerte; y a Afa, si la tenemos.

—No vamos a perder a Afa —repuso Samm—. Si es necesario, lo llevaré yo mismo hasta la orilla.

—Pues vas a tener que hacerlo —le dijo Heron—. Este cubo oxidado se nos está desarmando, y el río está haciendo todo lo posible por acelerarlo.

—Trata de llevarnos más cerca de la costa

—pidió Kira.

Heron la miró con ojos grandes e incrédulos.

—¿Qué diablos crees que intento hacer desde hace cinco minutos?

—Ahora no estás intentando —gruñó Kira.

—Será mejor que puedas nadar —dijo Heron, con una mirada helada, mientras volvía de un salto hasta el borde—, porque Samm va a salvar a Afa y yo no pienso ayudarte.

Volvió a meter la tabla en el agua para corregir el giro, pero no logró guiarlos en ninguna dirección en particular. Estuvieron a punto de chocar contra un promontorio del otro lado, pero la misma corriente que los había alejado de la costa este ahora les impedía acercarse a la costa oeste, y aun cuando por fin lograron salir del área de los escombros, la nave crujea, se hundía y quedaba atrapada en la fuerte corriente. El río hacía una curva hacia el sur, y Kira ya sentía que el agua le lamía los pies. Al mirar río abajo, vio que había un amplio recodo en forma de U, tras el cual volvía a girar hacia el este.

—Mantén firme ese timón —le indicó a Heron—. El río está girando con tanta fuerza que podría lanzarnos contra la orilla por allá.

—Eso no es una orilla, es un muelle —respondió Samm—. Si nos arroja contra él, nos va a doler.

—Solo... salva a Afa —pidió Kira, sin dejar de mirar hacia la costa.

El río se movía con una lentitud sorprendente para semejante fuerza, y les pareció que tardaban una eternidad en doblar la curva. A Kira le preocupó la posibilidad de que no logran tomar suficiente impulso para llegar al otro lado, pero poco a poco la costa oeste fue acercándose, y la agrietada barcaza dio un giro apenas más amplio que la curva del río. *Vamos a encallar*, pensó. *Justo en medio de aquella ciudad*. Ahora podía verla: edificios y muelles que se levantaban en la orilla cubierta de árboles y juncos altos. La ubicación de la ciudad parecía ideal para recoger las cosas que el río traía por la curva, y Kira se preguntó si la habrían construido allí justamente con ese propósito. Sus

pensamientos se hicieron más apremiantes a medida que la costa se acercaba, y la esperanza del desembarco se convirtió en la certeza de que chocarían contra el embarcadero que les salía al encuentro. La ciudad estaba inundada, como casi todas las localidades ribereñas, y Kira calculó que la trayectoria los llevaría justo hacia una maraña de embarcaciones, troncos y escombros atrapados entre un grupo de edificios y comercios viejos.

—¿Podemos resistir otro impacto? —preguntó.

—No, no podemos —respondió Heron; se puso de pie y arrojó la tabla por la borda—. Salven lo que puedan —luego, tomó las riendas de Dug de las manos de Kira y pareció preparar al animal para saltar al agua.

Samm observó el choque inminente, soltó ambas riendas y corrió hacia Afa. Los caballos retrocedieron, ariscos, y el súbito cambio de peso inclinó la nave, con lo cual Kira perdió el equilibrio y Oddjob cayó por la borda. Kira aferró las riendas de Bobo, tratando de ponerse

de pie, cuando la barcaza dio de lleno contra el montón de escombros y se estrujó como si hubiera sido de hojalata. Kira cayó al agua y el río se la tragó.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El agua lamía los costados del barco mientras los soldados lo apartaban del embarcadero. Marcus se aferró a la barandilla de lo que había sido un yate de lujo, acondicionado por los soldados de la Red y cargado con un tanque de la gasolina más limpia que pudieron hacer. Eran doce, incluidos Marcus y el senador Woolf, a quien todos los soldados llamaban comandante Woolf. Marcus observó que el senador se encontraba mucho más en su elemento allí, como militar, que como político. Estaban zarpando del extremo sudoeste de Long Island, desde un muelle industrial identificado como Bahía Gravesend.

El plan era simple. Era posible que hubiera

algunos Parciales hostiles en Manhattan, pero todo lo que habían aprendido de Samm sugería que nunca iban más al sur, pues estaban demasiado ocupados protegiendo sus fragmentados puestos de avanzada en Nueva York y Connecticut. El comandante Woolf había trazado una ruta que atravesaba la bahía baja de Nueva York, a varios kilómetros de cualquier vigía que hubiera en Manhattan, rodeando las costas del sur de Staten Island hasta la boca del canal Arthur Kill. Desde allí, se dirigirían al norte por las ruinas de Nueva Jersey, idealmente manteniéndose ocultos de cualquiera que estuviera vigilando Manhattan, hasta llegar al puente Tappan Zee para cruzar a White Plains. Si los veían los Parciales de Morgan, eran hombres muertos. Si la otra facción Parcial los descubría en mal momento o con desconfianza, o si simplemente estaban de ánimo para matar, eran hombres muertos. Los soldados de la Red iban armados hasta los dientes, pero Marcus sabía que eso no importaría si se topaban con un pelotón de Parciales que no tuvieran ganas de

conversar. Y precisamente por eso darían una vuelta tan grande, para no toparse con ninguno de ellos.

La bahía baja era un laberinto traicionero de objetos hundidos: mástiles, andamios y antenas de radar que asomaban en el agua como una selva de metal cubierta de lapas. El piloto era el mejor que pudieron encontrar en la isla, y los conducía entre todo aquello con una intensidad que le ponía los nudillos blancos. Aquel yate no era lo más maniobrable, y los controles estaban viejos y duros. Marcus cruzó el barco angosto (en un acto más valiente de lo que le gustaba admitir) y se aferró a la barandilla junto a Woolf, que estaba mirando los restos de los barcos hundidos al pasar.

—Por favor, dígame que esos no son restos de sus misiones anteriores —le dijo Marcus.

—Se podría decir que sí —respondió Woolf—, pero esas misiones fracasaron hace doce años. Esa es la gran flota de la NADI, que navegaba hacia el norte para atacar el baluarte

Parcial en Nueva York... posiblemente el mismo al que nos dirigimos ahora en White Plains. La hundieron aviones Parciales antes de que pudiera entrar en el estrecho.

—¿Y siguen aquí? —preguntó Marcus, mirando las ruinas sumergidas—. Algunas naves asoman tanto del agua que no sé si se pueden considerar hundidas; más bien parecen encalladas.

—En esta parte, la bahía tenía apenas doce metros de profundidad —dijo Woolf—; y más en el centro, donde la dragaban para el paso de los barcos, pero probablemente tendrá mucho menos ahora que se ha acumulado el sedimento de años. Los barcos más grandes están por allá —prosiguió, señalando al sudeste—, en una plataforma submarina al sur de Long Island. Todos los que no pudieron entrar hasta aquí.

—¿Por qué los querían entrar hasta aquí? —le preguntó Marcus—. Aunque no estuvieran atacando un río angosto, una flota de ese tamaño parece un ataque excesivo.

—Supongo que eso era precisamente lo que

querían —respondió Woolf, mientras observaba pasar lentamente otra monstruosidad metálica. Subían retorcidos desde el lecho del mar, como gigantescos tentáculos de metal, los últimos restos helados de un kraken oxidado—. Sé que eso es lo que quería mi unidad.

Dejaron atrás lo peor al pasar por el sur de Staten Island, cruzando desde la bahía baja a la bahía Raritan, pero incluso allí había peligros y barcos hundidos. El piloto observaba la costa norte con ojo experimentado, y los llevó a una caleta que se angostaba rápidamente hasta una especie de ciénaga.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó Woolf.

—Llegamos —respondió el piloto—. Este es el Arthur Kill.

—¿Este es el canal? —volvió a preguntar, asombrado. Parecía un arroyo que atravesaba un parque sinuoso, más que el canal profundo de navegación que habían visto en el mapa—. ¿Está seguro?

—Créame —respondió el piloto—, yo vivía

por aquí. Ese que está al oeste es el río Raritan, y este es el Arthur Kill. Es un canal artificial, y antes del Brote tenían que dragarlo todos los años para mantenerlo abierto. Ahora que ya no se draga, supongo que se llenó de sedimento.

—Lo suficiente como para que le crezcan juncos a los costados —dijo Woolf—. ¿Podemos pasar?

—Puedo hacer el intento —dijo el piloto, y puso el motor en baja velocidad.

Avanzaron a un ritmo casi perezoso por el angosto canal. Alrededor, las aves del pantano chillaban, cantaban y ululaban, y Marcus tuvo la sensación de estar en un safari a través de un cañón gigante de metal. A ambos lados los edificios eran opresivamente industriales, no las construcciones otrora resplandecientes de Manhattan, sino las derruidas plantas de procesamiento de la Costa Química. En esa zona, el agua tenía un brillo oleoso, y Marcus se preguntó cómo era posible que las aves sobrevivieran allí. Un pez gigante saltó delante de ellos para morder algo que estaba cerca de la

superficie, y él no pudo evitar imaginar que entre los juncos había cocodrilos mutantes hambrientos.

El piloto los llevó hasta el río Rahway, donde tuvo que desviarse. El Rahway bombeaba suficiente agua al canal para mantenerlo limpio hacia el sur, pero aparentemente los afluentes que estaban más al norte no desaguaban en esta zanja artificial, y el tramo entre ese punto y la Bahía Newark parecía sellado con sedimento y juncos. Remontaron el Rahway hacia el oeste, ahora rodeados a ambos lados por altos silos químicos, y lo siguieron hasta que pasaron bajo una serie de puentes enormes: uno ferroviario y una carretera de varios carriles, tan ancha que se necesitaban cuatro puentes para contenerla.

—Esa es la Autopista de Nueva Jersey —informó el piloto, y los acercó a la costa cerca de la base del ferrocarril—. Yo vivía cerca de la bajada 17E.

Wolf hizo que el piloto los llevara hacia la costa, donde los hombres de la Red recogieron sus equipos y empezaron a vadear hasta la

orilla. Marcus miró con recelo los juncos de la ribera, aún pensando que aparecería algún cocodrilo, y luego saltó tras ellos.

La Autopista de Nueva Jersey recorría la ciudad por la costa: una metrópolis gigantesca separada de Manhattan por otra metrópolis gigantesca.

—O no están vigilando tan al oeste —dijo Woolf—, o nos van a ver hagamos lo que hagamos. Yo digo que mandemos al diablo el sigilo y avancemos lo más rápido que podamos.

CAPÍTULO TREINTA

—Solo unos minutos más —dijo Haru—. Ya van a llegar.

—Y con ellos, los Parciales —replicó el soldado Kabza.

—Estaremos bien —dijo Haru—. ¿Cuántas de estas entregas hemos hecho, y cuántas veces te mataron los Parciales?

—Esa no es una manera muy justa de decirlo —repuso Kabza, pero Haru lo interrumpió.

—Dije que estaremos bien —insistió—. Pregunta otra vez a la retaguardia.

Kabza tomó la radio y envió un mensaje en clave, susurrando al micrófono; luego escuchó atentamente mientras otro hombre respondía

también en un susurro. Cerró la transmisión y se volvió hacia Haru.

—Nuestra ruta de salida sigue despejada. Yo digo que dejemos esto aquí y nos vayamos ahora mismo; la Voz puede encontrarlo sin necesidad de que estemos aquí para entregárselo. Al fin y al cabo, no nos están pagando por esto.

—¿Dijiste «la Voz»? —preguntó Haru.

—Claro que sí —respondió Kabza—. ¿Cómo los llamas tú?

—Delarosa odiaba a la Voz —dijo Haru—. Jamás adoptaría ese nombre.

La radio parpadeó, y Kabza se la acercó al oído. Al cabo de un momento, susurró un rápido: «Confirmado, cambio», y miró a Haru.

—La vanguardia los divisó. Deberían llegar en unos minutos.

—¿Los persiguen los Parciales?

—No me lo informó —respondió Kabza con tono cortante—. Creo que me lo habría dicho si fuera el caso, pero puedo llamarlo para ver si se le olvidó.

—Tranquilo —dijo Haru—, eso es lo que te digo. Estaremos bien.

—Fantástico —exclamó el soldado—. Me alegro de que confíes en esta mujer —hizo una pausa, vigilando el bosque—. Hablando de eso, ¿por qué le tienes tanta confianza? ¿No la detestabas?

—Delarosa y yo... no coincidimos en algunas cosas —respondió Haru—. Cuando escapó, estaba usando a algunos civiles inocentes como carnada; incluso a mí, y creo que por eso se justifica mi enojo. Pero estoy totalmente de acuerdo con los principios que defiende: que es necesario proteger lo nuestro, que hay que destruir a los Parciales y que en tiempos desesperados hacen falta medidas desesperadas. Delarosa está dispuesta a hacer lo que sea necesario, y sabe que mientras no arriesgue innecesariamente a humanos inocentes, voy a apoyarla.

—¿A qué te refieres con «arriesgar innecesariamente»? —le preguntó Kabza—. Pasé los últimos tres días en territorio hostil,

escarbándome la nariz y esperando que nadie decida matarme, todo para entregarle algo que bien podríamos habérselo dejado en algún lugar secreto. ¿Eso no es innecesario?

—Esta vez su pedido fue... poco común — explicó Haru, escudriñando entre los árboles—. Quiero saber qué piensa hacer con esto.

Un momento después, el guardia del perímetro les hizo una señal silenciosa con la mano, y Haru y Kabza vieron emerger de entre los árboles a tres figuras con capas.

Delarosa se quitó la caperuza y se quedó en silencio, esperando. Haru se puso de pie y se acercó a ella.

—Llega tarde.

El rostro de Delarosa estaba impasible.

—Y usted es impaciente. ¿Tiene mis equipos?

Haru hizo una seña, y Kabza y otro soldado les acercaron dos cajones pesados llenos de equipos de buceo: visores, patas de rana, trajes de neopreno y cuatro tanques de aire comprimido.

—Los tanques son casi de primera —dijo Haru—. Los mejores que encontrará en Long Island, fueron sacados con gran riesgo personal de las ruinas de la armería de la Red de Defensa.

Ella le indicó a sus seguidores que avanzaran, pero Haru se interpuso para bloquearles el paso.

—Antes de que se los lleven, quiero saber para qué los van a usar.

—Para respirar debajo del agua —respondió Delarosa. Haru no cedió, y la mujer ladeó la cabeza—. Nunca me había preguntado por mis planes.

—Porque todo lo que había pedido hasta ahora tenía un propósito obvio —explicó Haru—. Balas, explosivos, paneles solares, equipos de radio: las necesidades normales de una banda de guerrilleros. Pero ya conoce mis reglas y las condiciones que pongo para traerle estas cosas, de modo que quiero que me asegure algo: que no van a dañar a ningún civil con lo que van a hacer.

—Cada segundo que demoramos aquí, algún civil sufre un daño —repuso.

—¿Para qué son los equipos de buceo? —insistió Haru, sosteniéndole la mirada.

—Para pertrecharnos —respondió Delarosa, simplemente—. En doce años hemos saqueado la mayor parte de esta isla, pero aún se pueden encontrar muchas cosas fuera de ella. Al darme esto, usted está asegurándose de que no le pida tantos favores en el futuro.

—¿Hay algo bajo el agua que pueda resultarles tan útil? Me parece que las armas o provisiones que estuvieron tantos años sumergidas estarán bastante corroídas.

—Supongo que lo veremos.

Haru se quedó mirándola, tratando de decidir qué pensar. Por fin dio media vuelta para alejarse.

—No me haga lamentar haberla ayudado.

Se reunió con el resto de sus hombres y les indicó con una señal que ya era hora de marcharse. El soldado Kabza lo alcanzó.

—Qué alivio —dijo—. Cuanto más consigan

ellos mismos, menos tendremos que arriesgarnos así.

—Puede ser —respondió Haru, todavía pensando en lo que le había dicho Delarosa, y en cómo lo había dicho.

—¿Qué vas a hacer?

Haru frunció el ceño; ya tenía un plan formándose en su cabeza.

—Vamos a seguirlos.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Kira y sus compañeros perdieron la mayor parte de sus equipos en el río: el fusil de Samm, la radio de Afa y casi toda la comida. Afa logró conservar su mochila, pero los documentos que contenía estaban empapados e inservibles, pues el papel estaba desintegrándose y la tinta se disolvía sin remedio. Su pantalla, por fortuna, sobrevivió al viaje, aunque la Tokamin que le proveía energía se había perdido con la corriente. Kira sabía que esa era posiblemente la pérdida más lamentable, sin embargo no fue la que más la entristeció: el caballo de Heron, Dug, se había quebrado las dos patas delanteras en el choque. Había sobrevivido, pero no podía hacer más que gritar de dolor y de miedo, con la

respiración frenética y la boca llena de espuma. Samm le había puesto fin a su sufrimiento con una bala.

Apenas se recuperaron lo suficiente, prosiguieron la marcha. Samm, Heron y Kira se turnaban para montar a Buddy y a Bobo, mientras que a Afa, que seguía herido y casi delirante, tuvieron que atarlo a la montura de Oddjob para que no se cayera. Kira estaba convencida de que tenía la pierna infectada, y revisaban todas las farmacias por las que pasaban, tratando de reemplazar los medicamentos perdidos. Durante el viaje, Kira se sorprendió por su propia capacidad de seguirles el ritmo a los demás, no solo el paso de los caballos sino también su resistencia. Siempre se había sabido fuerte y lo había adjudicado a una vida de ardua supervivencia (tenía que trabajar para todo, y eso le había dado un buen estado físico), pero ahora se daba cuenta de que era más que eso. Podía igualar a los Parciales paso a paso, kilómetro a kilómetro. Era una ventaja, pero la perturbó advertirlo. Otra prueba

de que, en el fondo, era profundamente inhumana.

La ruta que seguían los llevó algunos kilómetros al norte, para retomar la carretera 34, por donde se dirigieron al oeste. Allí el paisaje era igual al que habían visto del lado este del río: praderas llanas hasta donde alcanzaba la vista, salpicadas aquí y allá por grupos de árboles y líneas oscuras de pastos y matorrales, que señalaban una hondonada, una zanja o alguna antigua granja. A Kira le pareció bonito, especialmente cuando el sol empezó a ponerse y todo el paisaje, tanto la tierra como el cielo, se encendió con tonos feroces de rojo, amarillo y anaranjado. Miró a Samm, pues la escena le parecía demasiado bella para no compartirla con alguien, pero vio que tenía los ojos ensombrecidos y el rostro taciturno. Se acercó a él y le llamó la atención con un movimiento de la cabeza.

—¿Qué pasa?

—¿Qué? Nada.

—Samm.

Él la miró, y luego se volvió hacia el ocaso encendido.

—Es solo... esto.

Kira le siguió la mirada.

—Es bellissimo.

—Sí. Pero también es... Yo estuve apostado aquí, o tal vez solo pasé, durante la guerra. Era... —volvió a interrumpirse, como si el recuerdo le resultara doloroso—. ¿Viste que en casa, en el este, todo está tan roto y derruido, y los edificios están todos en ruinas y cubiertos de kudzu y maleza, y todo se ve... viejo? Estamos rodeados, cada minuto de nuestra vida, por las pruebas de lo que hemos hecho, de lo que hemos destruido. Pero aquí... —hizo otra pausa—. Mira esto. No hay una sola casa en kilómetros; solo un camino llano que está en bastante buenas condiciones. Es como si no hubiera habido una guerra.

—Entonces, ¿echas de menos los recordatorios de la destrucción? —le preguntó Kira.

—No es eso —respondió Samm—, es solo

que... yo pensaba que el mundo estaba peor por lo que hicimos, nuestras dos especies, pero aquí no parece que al mundo le importe siquiera quiénes somos. O fuimos. Llegamos y nos fuimos, y la vida continúa, y la tierra que estuvo aquí antes que nosotros seguirá aquí cuando hayamos muerto. Los pájaros seguirán volando. La lluvia continuará cayendo. El mundo no se terminó; simplemente... se reinició.

Kira quedó en silencio, pensando en esas palabras. Parecían muy puras, en cierto modo; no esperaba oírlas del Samm a quien creía conocer. Era un soldado, un luchador, un muro estoico y, sin embargo, tenía un lado más blando, casi poético, que ella nunca había visto. Lo miró largamente mientras cabalgaban. Aparentaba dieciocho años, igual que todos los soldados de la infantería Parcial, pero hacía diecinueve que estaba vivo. Hacía diecinueve años que tenía dieciocho. Si había llegado a la vida como alguien de dieciocho, entonces en realidad tenía... ¿treinta y siete? La idea hizo que a Kira se le enmarañara el cerebro, tratando de

dilucidar qué edad tenía Samm realmente por dentro. Cómo se veía él, y cómo la veía a ella.

Allí estaba otra vez ese pensamiento, y Kira gruñó, sacudiendo la cabeza, como si pudiera apartarlo de su mente del mismo modo en que se sacudía el cabello mojado para eliminar el agua. *¿Qué piensa de mí? ¿Qué pienso yo de Samm?* Se dijo que no tenía importancia, que tenían cosas más serias de qué preocuparse, pero parecía que a su corazón eso no le importaba. Se dijo que no tenía sentido tratar de descifrar su relación, porque ni siquiera sabía qué tipo de relación quería tener con él y, por lo tanto, no tenía un marco de referencia. Su corazón hizo caso omiso de todos sus razonamientos. Su mente trabajaba a más no poder por sí sola, pensando en quién era Samm, en lo que era, de dónde venía y qué quería, y en cómo Kira, la muchacha que no dejaba de ponerlo en peligro, podía ser parte de todo aquello. Era la misma conversación que había tenido con Marcus cientos de veces, y siempre había ansiado algo más. Con Samm, sin

embargo...

No. No es por eso que estoy aquí. No es eso lo que estoy haciendo. Pensar en un futuro con Samm es un ejercicio absurdo, sabiendo que él va a morir en un año por la fecha de vencimiento. Busca las respuestas. Resuelve el problema. No puedes tener una vida hasta que crees una que valga la pena vivir.

Siguió cabalgando y observando la puesta del sol: cómo el cielo rojo se tornaba rosado, luego azul y, por último, adoptaba el tono púrpura oscuro más profundo que hubiera visto. Miró cómo iban saliendo las estrellas, una por una, hasta que parecían iluminar toda la pradera. Acamparon en un campo abierto, donde asaron conejos que Heron cazó con una trampa. Kira cerró los ojos e imaginó que el mundo nunca se había terminado, que apenas estaba empezando, que cuando despertara por la mañana todo estaría como ese lugar: sano y entero, sin cicatrices de interferencia humana ni de la rebelión Parcial ni rastro alguno de civilización.

Se durmió y soñó con la oscuridad.

Al día siguiente vieron el primer árbol envenenado.

El viento estaba cambiando; las fuertes corrientes que soplaban desde los Grandes Lagos poco a poco eran reemplazadas, más y más con cada kilómetro que recorrían, por vientos del sur que llegaban desde el Golfo de México. Aún no estaba tan mal, pero aquel árbol retorcido, enano y blanquísimo fue la primera señal de que los días tranquilos habían quedado atrás. Estaban entrando en el páramo tóxico.

Al segundo día Kira lo olió, apenas un soplo que llegó hasta su nariz en un vientecillo ligero: el olor acre, casi metálico, del aire envenenado, como una mezcla de azufre y ozono. Fue apenas un asomo, y enseguida desapareció. A la mañana siguiente, el olor la despertó y duró casi todo el día, y aquí y allá vieron más árboles descoloridos, como perturbadores esqueletos

esparcidos por los bosquecillos al costado del camino. El pasto que crecía junto a los postes de las cercas era más pálido, más ralo y desesperado, y cada día era peor que el anterior.

La siguiente ciudad a la que llegaron era un lugar solitario llamado Ottumwa, y allí encontraron las calles, las paredes y los techos manchados de residuos químicos, como si la misma escorrentía de la lluvia fuera mortal. Por el centro de la ciudad pasaba un río, no tan grande como el Mississippi, pero por su extensión tampoco contaba con puentes imponentes. Todos se habían derrumbado, aunque Kira no pudo discernir si a causa de un sabotaje antiguo o por las inclemencias del tiempo. El agua, al menos, parecía fresca y corría desde el norte, donde la tierra estaba más limpia. Se detuvieron allí algunas horas para revisar los comercios y restaurantes ruinosos en busca de medicamentos y latas de comida que aún estuvieran en óptimas condiciones. Heron era buena cazadora, pero ahora que habían entrado al páramo, probablemente ya no sería

seguro comer ninguna presa. Kira volvió a revisar la herida de Afa, que no estaba mejor ni peor desde el naufragio, y le murmuró al oído para tranquilizarlo.

—Ahora vamos a cruzar el río —le dijo suavemente, al tiempo que le echaba un poco del agua dulce que les quedaba sobre el orificio de bala en la pierna—. Vamos a nadar, pero no es en absoluto como el anterior. Este será fácil.

—Se va a arruinar la radio —dijo Afa, con los ojos a medio enfocar por la mezcla de dolor y analgésicos—. No podemos mojarla, se va a arruinar.

—Pero ya perdimos la radio —le recordó—. No te preocupes.

—Podemos buscar una nueva.

—Eso haremos —respondió con calma, mientras le untaba la herida con abundante Neosporina—. Después de cruzar el río.

—No quiero cruzar el río, volveremos a chocar con el bote.

Y así siguieron, hablando en círculos, mientras ella le envolvía la herida con vendas

bien apretadas y luego las cubría con bolsas de plástico y cinta de embalar, para que no se mojaran. Cuando terminó, se acercó a Samm.

—Ni siquiera tiene conciencia de dónde estamos —le dijo—. No tenemos por qué llevarlo más lejos... no tenemos derecho a hacerlo.

—No podemos dejarlo.

—Ya lo sé —lo interrumpió; luego apartó la mirada y prosiguió, en tono más suave—. Sé que estamos haciendo todo lo que podemos por él, pero no me gusta. Cuando «todo lo que podemos hacer para ayudarlo» implica «arrastrarlo por un páramo envenenado», hay algo sumamente mal en las decisiones que nos trajeron hasta aquí.

—¿Qué habrías cambiado?

Kira lo miró brevemente, fastidiada por su implacable practicidad, pero sacudió la cabeza y admitió la derrota.

—Nada, supongo; salvo, quizá, el ataque en el centro de datos. Y eso no fue algo que hayamos podido controlar. No me gusta tener

que hacerlo pasar por esto, como tampoco me gustaba tener que traerlo, pero no podemos hacer esto sin Afa, y él no puede sobrevivir sin nosotros. Es solo que... —miró a Samm, buscando en su rostro algún indicio de compasión—. Me siento mal por él. ¿Y tú?

—También —asintió—. No puedo evitarlo.

Kira esbozó una sonrisa burlona y miró hacia el otro lado del río.

—Cualquiera diría que habrían diseñado a los supersoldados sin sentimientos, para que fueran mejores... asesinos, supongo. En la guerra.

—En realidad, hicieron exactamente lo contrario —respondió Samm. Kira lo miró, intrigada—. ¿No lo sabías? Fue una de las primeras normas de diseño que llevaron a ParaGen a desarrollar los BioSintes de tipo militar. Afa tiene en su mochila una copia de la resolución de la ONU, aunque dudo que a estas alturas esté legible. Habían tenido algunos problemas con los robots y vehículos automatizados, que tomaban algunas decisiones

de moralidad cuestionable en el campo de batalla, y las únicas empresas que podían obtener contratos para desarrollar unidades militares autónomas eran las de biotecnología, que podían crear armas con reacciones emocionales humanas.

—Supongo que es comprensible —asintió Kira—. Es decir, siempre me sentí completamente humana en lo emocional, así que... —se encogió de hombros, sin saber cómo terminar la idea. Hizo una pausa, luego frunció el ceño y miró a Samm—. Si tú... nosotros... fuimos diseñados para diferenciar lo que está bien o mal, me parece que por eso debería ser menos probable que cruzáramos la línea en el campo de batalla.

—Nos enseñaron a distinguir el bien del mal, y luego nos pusieron en una situación increíblemente mala —respondió Samm—. La rebelión fue el más humano de todos nuestros actos, creo. Tienes que entender... piensa en tu propia vida, es el mejor ejemplo. En todo momento sientes el impulso constante de hacer

lo correcto; ves a alguien en problemas y tienes que ayudarlo. Tuviste que ayudarme a mí, aun cuando todos, incluso tú misma, pensaban que era el enemigo irredimible. No solo nos diseñaron con conciencia, Kira; nos dieron una conciencia hiperactiva, un sentido exaltado de la empatía que nos lleva a salvar vidas, a corregir lo que está mal y a ayudar a los oprimidos. Y después los oprimidos fuimos nosotros, entonces ¿de qué otra manera podíamos reaccionar?

Kira asintió nuevamente, pero al comprender las implicaciones, se volvió y lo miró, horrorizada.

—¿Les dieron un sentido agudo de la empatía y después los enviaron a la guerra?

Samm apartó la mirada y la dirigió hacia el otro lado del río.

—En realidad, no es muy diferente de enviar a los humanos a pelear. Esa era la idea, supongo.

Heron llegó y dejó caer un atado de provisiones en el suelo, entre ellos.

—Esto es lo último: pollo y atún en lata,

vegetales deshidratados y un nuevo purificador de agua. Aún estaba sellado y el filtro se ve impecable.

—Perfecto —dijo Samm—. Hora de irnos.

Pusieron sus mochilas en bolsas plásticas para basura que consiguieron en el almacén, de a dos o tres para máxima protección, y usaron más cinta de embalar para sellar todo lo más herméticamente posible. Alzaron a Afa, lo acomodaron en la montura de Oddjob, lo amarraron, y cargaron todo el equipaje en los lomos de Buddy y Bobo. El agua estaba fría, pero la corriente era relativamente lenta y el cruce no presentó mayores dificultades. Del otro lado del río, el pasto estaba verde y sano, nutrido por el río limpio, pero apenas seis metros más allá encontraron más maleza amarillenta y enfermiza. Los edificios estaban tan marcados por los desechos químicos como los que habían dejado atrás. Kira revisó el vendaje de Afa, comprobó que seguía bien sellado y decidió dejarlo así por el momento.

El cielo se estaba nublando y a Kira le preocupó la posibilidad de que lloviera. Hacía un par de horas que habían salido de la ciudad, siempre por la carretera 34, cuando cayó la primera gota.

Siseó contra el pavimento.

Era el turno de Kira de caminar, y se agachó para tocar el calor que liberaba el asfalto. No lo había. Estaba atardeciendo, y el día nublado había mantenido el suelo relativamente fresco. Cayó otra gota y también siseó, como si se evaporara al contacto.

—No está caliente —dijo Kira, enderezándose—. El siseo no es de vapor.

Cayó otra gota, y otra más.

—No es vapor —dijo Heron—. Es ácido.

Una gota cayó sobre Oddjob, y este protestó de dolor. Ahora caían más, y Kira sintió un ardor agudo en el brazo. La gota de lluvia le había dejado una pequeña marca roja, y de solo mirarla empezó a dolerle más. Miró el cielo.

—Esas nubes vinieron del sur, ¿no?

—¡Corran! —gritó Samm, y sujetó las riendas de Oddjob.

Afa gritaba de dolor y terror, y abrazaba su mochila empapada. Kira buscó su chaqueta con la mirada, pero se la había quitado para cruzar el río; estaba, junto con todo lo demás que traían, en las bolsas selladas que cargaban los caballos. Sujetó a Bobo y corrió detrás de Samm, tirando del caballo y tratando de controlarlo mientras la lluvia ácida caía sobre la cabeza y los flancos del animal. Heron pasó corriendo, jalando a Buddy, y ella la siguió lo más rápido que pudo. Ahora la lluvia era más densa, y Kira sentía el ácido en los brazos y la cara, que al cabo de pocos segundos le ardían y le daban comezón. Extendió la mano libre hacia atrás, se soltó la cola de caballo y sacudió el pelo para formar una especie de capa protectora sobre sus orejas y hombros. Se echó también un poco sobre la cara, aterrada por la posibilidad de que la lluvia ardiente le entrara en los ojos, y siguió corriendo a tientas con la visibilidad limitada.

Samm había visto una granja cerca del camino, y estaba intentando cruzar a la fuerza la cerca de alambre de púas que rodeaba el campo, mientras Oddjob tiraba de las riendas, enloquecido, relinchando para escapar del aguacero. Heron los alcanzó y empujó a Samm a un lado, al tiempo que le entregaba las riendas de su propio caballo. Kira vio que ella había hecho lo mismo con su pelo, pero Samm no contaba con ese lujo y tenía la cara surcada por largos verdugones rojos. Sus ojos estaban hinchados e inyectados de sangre. Heron sacó un cuchillo en cada mano y atacó los alambres con movimientos encarnizados; cortó los cuatro y abrió una brecha en la cerca. Kira atravesó la abertura a toda prisa con Bobo, y tomó las riendas de Buddy al pasar. Heron la siguió con Oddjob y Afa.

Samm alcanzó a Kira y trató de tomar las riendas de Buddy.

—¡Déjame ayudarte! —gritó—. ¡No puedes controlar a ambos!

Los caballos retobaban enloquecidos, pero

Kira los contuvo con mano de hierro y apartó a Samm con el pie.

—¡Ponte a cubierto! ¡Te quedarás ciego!

—¡No voy a dejarte aquí!

—¡Ve a abrir la casa para que podamos entrar! —le gritó, y volvió a empujarlo. Al cabo de un instante, él dio media vuelta y echó a correr, tropezando por el campo sin cultivar.

Kira apretó los dientes, preguntándose cómo Samm podía ver siquiera, y tiró de los caballos con todas sus fuerzas, utilizando a uno para mantener a raya al otro, y rogando que sus hombros resistieran aquel esfuerzo. Tras un breve forcejeo, los animales parecieron darse cuenta de que ella quería que corrieran, y en el campo abierto bajaron la cabeza y avanzaron a todo galope hacia la casa; pero eso hizo que Kira perdiera el equilibrio. Las riendas flojas la arrastraron hacia los cascos de Buddy, así que las soltó y cayó sobre el lodo envenenado. Los caballos siguieron corriendo, uno a la par del otro. Ella se puso de pie y los siguió, y mientras corría se dio cuenta de que iba gritando, una

mezcla de dolor y alarido de guerra.

Llegó a la casa justo cuando Samm y Heron atrapaban a los caballos, sintiendo un dolor atroz. En la sala había un sofá y un sillón, y en cada uno había un esqueleto mirando el viejo televisor que estaba en la pared. Kira sentía como si cada centímetro de su cuerpo estuviera quemado por el ácido, y al bajar la vista descubrió que tenía un agujero en la camiseta. Se la quitó rápidamente y vio media docena más de agujeros en la espalda, así que la arrojó al otro lado de la habitación. Samm y Heron ya habían entrado y cerraron la puerta de un golpe para que los caballos no salieran a la lluvia. Los animales estaban aterrorizados; seguían corcovando, relinchando y destruyéndolo todo en la sala: el televisor, los muebles y hasta los esqueletos resultaron pisoteados. Kira trató de alcanzar a Afa, que seguía atado a la montura de Oddjob, pero no lograba acercarse. Heron rodeó con cautela el perímetro de la habitación, seguida por Samm, que tenía el rostro enrojecido y los ojos cerrados con fuerza; avanzaban

cuando los caballos dejaban un espacio y retrocedían cuando se acercaban demasiado. Kira oía el siseo del ácido en la ropa de Samm, entonces le arrancó la camiseta, que se partió como un papel mojado, y la arrojó a un lado. Heron también estaba desvistiéndose, y la pila de ropa quedó humeante en un rincón mientras el ácido la consumía. Tenían la piel salpicada de dolorosas llagas rojas. Samm seguía con los ojos cerrados, y no lograba desprenderse el cinturón. Kira lo ayudó a sacarse los pantalones, y luego se quitó el suyo. Pronto los tres quedaron en ropa interior, agitados, pensando qué hacer mientras los caballos seguían destrozando la sala.

Afa gritaba y sollozaba histéricamente, pero al menos seguía con vida. Kira recorrió la cocina con la mirada, buscando algo que pudiera servirles; toallas para secarlos o comida para calmarlos, y vio que el fregadero tenía dos grifos: uno normal y una extraña bomba industrial de mano. Se quedó mirándola, confundida por la incongruencia, y de pronto

entendió.

—¡Esto es una granja! —exclamó, mientras corría a abrir las alacenas—. ¡Tiene un pozo!

—¿Qué? —preguntó Heron.

—Está demasiado lejos de la ciudad para el sistema normal de suministro de agua, por eso tiene un pozo, con su propio acuífero subterráneo y su propia bomba de extracción —rebuscó en las alacenas hasta encontrar el cubo más grande que pudo, y regresó al fregadero—. En las granjas de Long Island hay un par de estos pozos, y son la única agua corriente en toda la isla. Estas bombas son totalmente autónomas, así que deberían funcionar todavía.

Accionó la manija, pero estaba dura y seca. Abrió el refrigerador, encontró un frasco de encurtidos rancios y vertió el líquido sobre la bomba para aflojarla. Volvió a accionarla, una y otra vez. De pronto cayó un chorro de agua en el cubo. Kira lo llenó mientras Heron fue a buscar otro, y cuando ese estuvo lleno lo levantaron juntas y arrojaron el agua a los caballos para lavarles un poco el ácido.

Siguieron bombeando, repitiendo el proceso y arrojando cubo tras cubo a los animales, hasta que Kira pensó que el pozo iba a secarse. Poco a poco, los caballos se calmaron, y las dos muchachas fueron a soltar a Afa y lo arrastraron, aún sollozante, a la cocina. Sus prendas también estaban comidas por el ácido y su espalda era una masa de verdugones, quemaduras y ampollas. Heron bombeó otro cubo de agua, y Kira fue hasta los caballos para quitarles las monturas y las bolsas y buscar los medicamentos. Afa estaba ya demasiado ronco para gritar, y solo se mecía hacia adelante y hacia atrás en el suelo. Samm parecía inconsciente o en meditación profunda para controlar el dolor, y Kira se preguntó cuánto daño habrían sufrido realmente sus ojos. Se detuvo, exhausta, y observó a Heron. Esta la miró, igualmente agotada.

—¿Todavía piensas que tomamos la decisión correcta?

No, pensó Kira, pero se obligó a decir:

—Sí.

—Más vale que así sea —dijo Heron—. Apenas llevamos treinta kilómetros en este páramo tóxico. Aún nos faltan más de mil.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Marcus y los soldados viajaron hacia el norte, a través de las ruinas de la ciudad de Jersey, Hoboken y el vasto paisaje metropolitano al oeste del río Hudson. Su plan era dar un rodeo amplio para evitar cualquier encuentro con Parciales hostiles que pudieran estar apostados en Manhattan o en el Bronx, y para eso tuvieron que ir mucho más al norte de lo estrictamente necesario, solo para poder cruzar nuevamente el río Hudson. Al norte de Manhattan el río se ensanchaba considerablemente, asemejándose más a una bahía, y el puente que por fin encontraron lo cruzaba casi en su punto más largo: una aguja blanca que atravesaba el cielo, llamado Tappan Zee. Era más nuevo que

cualquier puente que Marcus hubiera visto antes, y supuso que lo habían reconstruido poco antes del Brote. Tenía varios kilómetros de largo, y tardaron casi todo un día en cruzarlo. El solo hecho de que ese puente hubiera sobrevivido era de por sí asombroso, pero que lo hubiera hecho casi en perfecto estado era testimonio de las glorias del viejo mundo. Lo hizo preguntarse si las generaciones futuras, suponiendo que llegara a haberlas, mirarían aquella hazaña arquitectónica con el mismo asombro con que veían las pirámides o la Gran Muralla China. Un sendero a través del cielo. *Probablemente le encontrarán alguna ridícula explicación religiosa, pensó, algo como que construimos un camino al cielo, que cada pilar representa un aspecto de nuestra creencia y que la longitud del puente multiplicada por su altura señala el equinoccio de primavera.* El puente estaba cubierto de autos, muchos chocados, volcados o amontonados en formas extrañas, y tuvieron que avanzar lentamente, deteniéndose para trepar

por encima de las reliquias de metal caliente que se asaban al sol.

La ciudad que estaba del otro lado del río se llamaba Tarrytowny. Mientras salían del puente hacia las calles, escucharon una voz fuerte entre las ruinas.

—¡Alto!

Los soldados levantaron sus fusiles, pero el comandante Woolf les hizo un gesto para que los bajaran.

—¡Venimos en son de paz! —respondió—. ¡Venimos a hablar!

—Son humanos —dijo la voz, y Woolf asintió; tomó su fusil por el cañón y lo levantó en el aire, para demostrar lo más claramente posible que no podía jalar el gatillo.

—Nuestras armas son solo para defensa —explicó—. No buscamos pelea. Queremos hablar con quien esté a cargo.

Hubo un largo silencio, y cuando la voz le respondió, a Marcus le pareció que sonaba... vacilante.

—Diga cuál es su propósito.

—Una Parcial llamada Morgan atacó nuestro asentamiento y tomó a nuestra gente como rehén, y sabemos que es tan enemiga de ustedes como nuestra. Entre los humanos hay un viejo dicho: «El enemigo de mi enemigo es mi amigo». Esperamos que eso nos haga lo suficientemente amigos para conversar un poco.

Hubo otra pausa larga, y luego la voz dijo:

—Dejen sus armas en el suelo y apártense de ellas.

—Hagan lo que dice —ordenó Woolf, y se inclinó para dejar su fusil en el suelo.

Marcus hizo lo mismo, y todos los soldados que lo rodeaban lo imitaron, algunos con más reticencia que otros. Eran diez, además de Woolf y Marcus, pero los tres Parciales que emergieron y subieron al puente hacia ellos parecían seguros de ser un rival más que suficiente para doce humanos. Y Marcus concordó con ellos. El Parcial que los lideraba era un hombre joven, como Samm, y Marcus se dio cuenta de que era lógico: todos los soldados de la infantería Parcial tenían la misma edad,

congelados en los dieciocho años. *Supongo que conoceremos a los generales una vez que entremos en White Plains.*

—Me llamo Vinci —dijo el Parcial, y Marcus reconoció por la voz al hombre que les había gritado unos minutos antes.

—Queremos proponerles un acuerdo —anunció Woolf—. Una alianza entre nuestra gente y la suya.

Si Vinci se sorprendió, no lo demostró, aunque a Marcus siempre le había costado interpretar a los Parciales. El hombre echó un vistazo a su grupo y luego volvió a mirar a Woolf.

—Temo que no podemos ayudarlos.

Marcus dio un respingo, sorprendido.

—¿Eso es todo? —preguntó Woolf—. ¿Nos escucharán, pero ni siquiera van a pensar en lo que decimos?

—No me corresponde a mí pensar en eso —respondió Vinci—. Soy un guardia, no un general ni un diplomático.

—Entonces llévennos con alguno de ellos —

insistió Woolf—. Con alguien que sí pueda escucharnos.

—Temo que tampoco puedo hacer eso.

—¿No les permiten dejarnos entrar a su territorio? —preguntó Woolf—. Pues envíen a un mensajero. Acamparemos aquí, o en el puente, si les parece mejor; pero avísenle a quien esté a cargo que estamos aquí y lo que vinimos a ofrecerles. Hagan eso, por lo menos.

Vinci volvió a pensar un momento, aunque Marcus no podía discernir si estaba considerando las opciones o si solo buscaba otra manera de negarse.

—Lo siento —dijo por fin—, es demasiado peligroso en este momento. La guerra contra las fuerzas de Morgan está... —se interrumpió, como si buscara las palabras más apropiadas— saliéndose de control.

—Estamos dispuestos a arriesgarnos —intervino Marcus.

—Nosotros no —repuso Vinci.

—¿Por qué no nos escuchan, al menos? —exclamó Woolf, dando un paso adelante, y de

pronto los Parciales levantaron sus armas.

Woolf parecía furioso, y Marcus se dio cuenta de que estaba a punto de iniciar una pelea, con la esperanza de que le quedaran suficientes hombres para buscar a alguien con quien dialogar. Marcus se devanó los sesos analizando qué podía hacer para aplacar la situación. Pensó en Samm, en su manera de hablar y en las cosas que daban o no resultado con él. Samm era infaliblemente pragmático y leal a sus líderes, casi al punto de la impotencia, aun cuando no estuviera de acuerdo con ellos. Rememoró todo eso, y de un salto se ubicó delante de Woolf, justo cuando parecía que iba a reaccionar.

—Esperen —pidió Marcus, con nerviosismo, casi esperando un puñetazo, ya fuera de atrás o del frente—. Me llamo Marcus Valencio. Soy algo así como el «consultor en relaciones con los Parciales» en este grupo —lo dijo para ambas partes, con la esperanza de apaciguarlos y de que le dieran la oportunidad de hablar—. Si me permiten hacer una pregunta políticamente

delicada, ¿a qué se refiere cuando dice que no puede ayudarnos?

—Se refiere a que *no quiere ayudarnos* —dijo Woolf.

El guardia no respondió, pero al cabo de un momento asintió.

—Es que no creo que ese sea el problema —dijo Marcus.

Vinci ya lo estaba mirando, pero ahora concentró toda su atención en él como un láser, y Marcus fue muy consciente del cambio de intensidad. Sonrió, nervioso, asegurándose de que aquella expresión depredadora era señal de que estaba en lo cierto: efectivamente, allí había un secreto, y Vinci era demasiado leal como para admitirlo.

—Ustedes están muriendo —prosiguió Marcus—. No ustedes personalmente, o al menos no todavía, pero sí su gente. Sus líderes. Todos los Parciales tienen una fecha de vencimiento a los veinte años, y ustedes no se enteraron de eso hasta que murieron los primeros, y a estas alturas ya perdieron una

segunda o tercera, o quizá incluso una cuarta generación de Parciales, y si no me equivoco, eso incluye a casi todos los generales. A todos los que estaban a cargo.

Vinci no le dio la razón, pero tampoco lo negó. Marcus lo observó en busca de algún cambio de emoción o de expresión, pero los Parciales tenían unos rostros tan impassibles que no podía adivinar lo que estaba pensando. Marcus siguió hablando.

—Creo que lo que está diciendo —concluyó— es que no podemos negociar una alianza porque en su nación no queda nadie que tenga suficiente autoridad para hacerlo.

El grupo quedó en silencio. Marcus no apartó la mirada del rostro de Vinci, pero no se atrevió a mirar hacia atrás para ver la reacción de Woolf. El viejo suspiró y habló en tono suave.

—Santo cielo, hijo; si ese es el problema, permítannos ayudar.

—No necesitamos su ayuda —replicó Vinci.

—Ustedes son una nación sin líder —dijo Woolf—, una nación de jóvenes.

—Jóvenes que los derrotaron a ustedes —repuso Vinci, acaloradamente—, y que volverán a hacerlo si nos dan motivos.

—Yo no me refería a esto —intervino Marcus, interponiéndose nuevamente. Sabía que estaba como encogido, esperando un ataque que seguramente llegaría de uno u otro lado, pero se quedó allí de todos modos, e hizo una mueca con la esperanza de que se calmaran—. Vinci, mi comandante no quiso decir que ustedes fueran incapaces de tomar sus propias decisiones ni que necesiten que un humano viejo intervenga y se haga cargo de ustedes —miró a Woolf con intención—. Él sabe muy bien lo ofensivo que resultaría eso, y jamás lo diría ni lo sugeriría, ¿verdad?

Woolf asintió, un poco avergonzado, y Marcus lo escuchó declarar con los dientes apretados:

—Por supuesto. No fue mi intención ofenderlos.

—Muy bien —dijo Marcus, y echó un vistazo a Vinci antes de volver a mirar a Woolf

—. Ahora bien, comandante Woolf, Vinci no quiso decir que descarta toda posibilidad de ayuda, ni que preferiría iniciar otra guerra genocida antes que formar una alianza con usted.

—No hable por él —le dijo Woolf.

Marcus se volvió hacia Vinci.

—¿Me equivoco? En realidad no quiso decir nada remotamente como eso, ¿verdad? Es decir, sabe que eso también resultaría ofensivo, ¿no es cierto?

Vinci respiró hondo (el primer indicio social que Marcus le veía) y negó con la cabeza.

—No queremos otra guerra con los humanos.

—Excelente —dijo Marcus—. Ahora, ¿creen que puedan tener una conversación sin perder los modales, o voy a tener que mediar todo el tiempo? Porque la verdad es que estoy a punto de orinarme encima.

Vinci miró a Woolf.

—¿Este es su consultor en relaciones con los Parciales?

—Es poco ortodoxo pero eficiente —respondió Woolf. Se frotó el mentón—. Pero dígame, ¿es verdad lo que él dijo? ¿Que todos sus comandantes han muerto?

—No todos —respondió, y por la pausa que hizo, Marcus se dio cuenta de que no quería decir lo que seguía—, pero la mayoría, sí. Nos queda uno. Como ya se habrán enterado por nuestras operaciones en Long Island, estamos trabados en una guerra en pequeña escala con la facción de Morgan. Igual que ella, estamos tratando de curar la fecha de vencimiento, como la llaman ustedes. Pero los métodos de Morgan se han vuelto demasiado extremos.

—Es que el tiempo se acaba —dijo Marcus—. Creemos que podemos ayudarlos. Tenemos algunas de las mejores mentes médicas del mundo, literalmente, trabajando para hallar la cura de nuestra propia enfermedad, que nos lleva a la extinción. Con su ayuda podríamos resolver el problema del RM en cuestión de semanas, o al menos eso creemos, y luego toda esa inteligencia médica se podría concentrar en

su fecha de vencimiento. Podemos salvarnos mutuamente.

—Pero necesitamos hablar con ese líder que mencionó —agregó Woolf—. ¿Puede llevarnos con él o ella?

—Puedo llevarlos con ella, pero no les garantizo que vaya a servir de algo.

Woolf frunció el ceño.

—¿Ella también está muriendo? ¿Le llegó... —trató de encontrar las palabras adecuadas— la hora?

—Es integrante del Consorcio —respondió Vinci—. Son nuestros líderes y, que nosotros sepamos, no tienen vencimiento. Pero la general Trimble está... bueno, ya verán. Sígueme, pero dejen las armas. Y es peligroso, como ya les dije; no se ofendan, pero un grupo de humanos no es más que peso muerto en una batalla entre Parciales. Si ven u oyen algo que se parezca remotamente a una balacera, escóndanse.

Woolf frunció el ceño.

—¿Escondernos? ¿Eso es todo?

Vinci se encogió de hombros.

—Bueno, escóndanse y recen.

White Plains no se parecía a nada que Marcus hubiera visto antes, aunque la forma en que llegaron debería haberlo preparado: no tuvieron que caminar ni subir a una carreta, sino que viajaron en la parte de atrás de un camión. Uno de verdad, con motor. Lo conducía una Parcial llamada Mandy, presumiblemente uno de los pilotos de los que había hablado Samm, que los miró con desconfianza durante todo el viaje, a pesar de que los habían desarmado, registrado y hasta despojado de casi todo lo que llevaban. Marcus ya había visto vehículos motorizados en acción, por supuesto, pero le resultaba asombroso verlos en uso con tanta naturalidad. En East Meadow los utilizaban solo para emergencias, cuando la velocidad era crucial. Aquí, se trasladaban en ellos como si nada.

Luego se cruzaron con otro camión en una encrucijada, y otro más.

Y por fin llegaron a la ciudad misma.

Marcus había pasado tanto tiempo en una ciudad en ruinas que le resultó asombroso, y hasta un poco perturbador, ver una en excelentes condiciones. En lugar de peatones, las calles estaban llenas de autos; en lugar de faroles y velas, las casas estaban iluminadas con luz eléctrica: en los porches, en las calles, en los techos y hasta en los anuncios de los edificios. La ciudad entera parecía resplandecer. Y algo más sutil, pero que lo dejó aún más perplejo: todos los edificios tenían ventanas. Las ventanas habían sido una de las primeras cosas que se habían perdido después del Brote, pues los ciclos de congelamiento y descongelamiento habían afectado los marcos de los edificios sin calefacción, y las aves y otros animales habían hecho el resto. En East Meadow solo las casas habitadas tenían ventanas, así como unos pocos pisos bajos del hospital y se esforzaban para conservarlas, pero en las demás construcciones estaban rotas. Había observado lo mismo en Brooklyn, Manhattan y Nueva Jersey. Pero aquí,

no. Era como ver una ciudad de antes del Brote, adelantada en el tiempo, intacta a pesar del apocalipsis que había destruido al resto del planeta.

Pero ni siquiera eso es del todo cierto, se dijo Marcus. Los Parciales eran un ejército, y esta era una ciudad en guerra, sin un solo civil a la vista. Salvo yo, pensó. Soy el primer no combatiente que este lugar ha visto en doce años.

Y espero poder seguir siendo no combatiente el tiempo suficiente para terminar este trabajo y largarme de aquí.

Mandy los trasladó a un edificio grande en el centro de la ciudad, rodeado por barricadas hechas con bolsas de arena y coronado por reflectores y francotiradores. El ambiente era sombrío, y cada soldado que veían parecía estar buscando algo: un ataque, seguramente, aunque Marcus no pudo evitar preocuparse al pensar qué podía poner tan nerviosos a los Parciales.

Vinci los llevó al interior y explicó a cada nivel de seguridad (y había varios) que traía a

una delegación de humanos para hablar con la general Trimble, y que ya les había confiscado las armas. Curiosamente, con cada nuevo puesto de guardias y protocolo, Marcus se sentía menos seguro, como si estuvieran entrando en una prisión más que en un edificio gubernamental. En las paredes y los cielorrasos había luces de circulación de resplandor tenue, las cuales creaban un ambiente sobrenatural que contribuía a aumentar su inquietud. Vinci los condujo a un salón grande en el último piso, una especie de plaza con bancos y mesas bajas, rodeada de apartamentos y coronada por una amplia claraboya enrejada. Un guardia que los seguía cerró con llave la puerta que daba al salón exterior.

—Aquí se alojarán —anunció Vinci—. No será lo más cómodo pero, ahora que lo pienso, debe ser mejor que lo que tienen habitualmente.

—De eso no cabe duda —dijo Marcus—. ¿Dónde está la fuente de chocolate? Sinceramente, me voy a decepcionar un poco si no viene sujeta al lomo de un oso polar

encantado.

—No vinimos a hospedarnos —dijo Woolf—. Vinimos a reunirnos con Trimble. ¿Está?

Vinci negó con la cabeza.

—Está ocupada —respondió—. Esperen aquí.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Marcus—. ¿Una hora? ¿Dos horas?

Se abrió una de las puertas exteriores, dejando entrever un apartamento pequeño pero ordenado, y de él salió una mujer que parecía ansiosa. Al verlos, la decepción se reflejó en su rostro.

—¿No son los hombres de Trimble?

—¿Y usted no es Trimble? —le preguntó Woolf. Miró a Vinci—. ¿Qué pasa aquí?

—Estoy esperando desde ayer —dijo la mujer, mientras se acercaba a ellos.

Marcus calculó que tendría entre cincuenta y cinco y sesenta años; estaba en forma y era atractiva, como aparentemente lo eran todos los Parciales —pero no era una de las pilotos de aspecto joven, como Mandy, ni de las

supermodelos asesinas, como Heron—. Eso significaba, supuso, que aquella mujer era médica, y le tendió la mano para estrechar la suya.

—Hola, doctora.

La mujer solo se limitó a mirarlos con expresión severa.

—Son humanos.

—¿Está esperando desde ayer? —le preguntó Woolf. Se volvió hacia Vinci—. Morgan está matando a nuestra gente; estamos muriendo, en la guerra y en los hospitales, cada día. Cada hora. Tiene que hacernos entrar antes.

—Pero no antes que a mí —intervino la doctora—. Todos tenemos asuntos que no pueden esperar —miró a Vinci—. ¿Usted es su asistente? ¿Puede darle un mensaje?

—Soy solo un soldado, señora.

—¿No está aquí? —preguntó Marcus—. Digo, ¿está en el frente de batalla o algo así? ¿En otra ciudad? Podemos ir adonde esté, si es más fácil.

—Está aquí —respondió la doctora, señalando unas puertas dobles anchas en la pared norte—. Solo que... no está disponible.

—¿Qué está haciendo que ni siquiera puede vernos? —preguntó Woolf—. ¿Está ocupada? ¿Con quién está hablando si no con las personas que la necesitan?

—Estamos en medio de una guerra —respondió Vinci—. Ella está dirigiendo esa guerra desde un nodo central; no puede dejarlo por cada uno que viene a visitarla.

Uno de los soldados humanos lanzó una risita burlona, era un hombre enorme, lleno de músculos.

—Podríamos entrar por la fuerza —propuso.

—Esa no es la mejor táctica cuando estamos tratando de ser diplomáticos —lo reprendió Woolf.

—¿Hay algo que usted pueda hacer para acelerar las cosas? —preguntó Marcus. Señaló a la doctora—. Es decir, probablemente usted ya lo haya pensado, pero... no sé, ¿podemos

enviarle un mensaje? ¿O avisarle por qué estamos aquí? Somos los primeros humanos en entrar en esta ciudad en doce años, venimos a proponer un tratado de paz y una alianza médica; eso tiene que importarle.

—Sé que es importante —dijo Vinci—. Por eso los traje. Pero les advertí que sería difícil, y tendrán que tener paciencia.

—Eso es muy razonable —respondió Marcus—. Esperaremos.

—Salvo que eso mismo me dijeron a mí ayer —acotó la doctora, levantando una ceja—. Mi informe es igualmente importante, casi con certeza lo es más, pero Trimble recibe a la gente cuando a ella le conviene, cuando ella quiere, y no antes.

—Pues esperamos —dijo Woolf—. El tiempo que sea necesario.

Marcus se preguntó cuánta gente moriría, tanto allí como en Long Island, mientras ellos esperaban.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

La doctora se presentó como Diadem, pero no dijo más que eso. Su hostilidad hacia Marcus y el resto de los humanos era palpable, y aparentemente no se debía solo a que le habían quitado el lugar en la fila para ver a Trimble. Eso, añadido a la vigilancia constante de los guardias armados, y la amenaza cada vez mayor de la inminente guerra Parcial, hacía que el ambiente en el salón empezara a parecerse más y más a una olla a presión. A Marcus le preocupaba la posibilidad de que, si no lograban hablar con Trimble pronto, los soldados explotaran.

Los minutos se convirtieron en horas. Cada vez que el reloj daba la hora, los hombres ponían

cara de exasperación o suspiraban por la lentitud con que pasaba el tiempo. Cada vez que se abría una puerta, todas las cabezas se levantaban para ver si por fin les había llegado el turno. El sol trazó un arco lento a través de la ancha claraboya en el techo, mientras los soldados Parciales entraban y salían, susurrando conversaciones inquietas cuyo contenido Marcus no podía más que suponer. Ninguna de sus suposiciones era optimista. El comandante Woolf estaba hartándose del encierro; caminaba de un lado a otro de la habitación y trataba, sin éxito, de preguntar a los guardias qué estaba pasando. Ni siquiera le permitían acercarse; primero le indicaban que se apartara con un gesto de las manos, y cuando él insistía, levantaban los fusiles. La actividad de fondo aumentó, y Marcus sintió la tensión en el ambiente como un espíritu furioso, enardecido y vociferante. Decidió intentar hablar con Diadem una vez más, preguntarle qué ocurría, pero lo único que hizo ella fue quedarse mirando a los soldados, y Marcus percibió que era una

expresión Parcial de enojo.

—Están preparándose para la batalla —respondió por fin—. La guerra está llegando a White Plains.

—Pero todas las fuerzas de Morgan están en Long Island —dijo Marcus—. ¿Con quién están peleando?

Diadem rehusó responder.

Cuando empezó a oscurecer, Marcus comenzó a perder las esperanzas de llegar a ver a Trimble, y juró no dormirse por temor a perder su oportunidad durante la noche. Se mantuvo ocupado examinando las diversas muestras de tecnología que había en la habitación, objetos tan misteriosos que apenas podía reconocerlos, pero que los Parciales parecían usar a diario. En una mesita encontró una barrita de plástico y la levantó, seguro de saber lo que era pero absolutamente incapaz de recordarlo... Algo de su niñez, lo sabía, pero ¿qué? Estaba cubierta de botones, y apretó un par para ver qué pasaba, pero no sucedió nada. Diadem lo observaba con

los ojos calculadores de un insecto hambriento.

—¿Quiere mirar algo? —le preguntó por fin.

—No, gracias —respondió Marcus—. Solo trataba de descubrir qué es esto.

—Por eso se lo pregunté. Es un control remoto; controla el holovid.

—Recordaba haber visto uno antes. La mayoría de las casas de East Meadow tenían unidades de pared, que se activaban por el habla o los movimientos. No había visto uno manual, como este, desde que era pequeño.

—Yo tengo uno montado en la pared en casa —comentó Diadem, aparentemente dispuesta a conversar un poco. Marcus le dedicó toda su atención—. Pero la sala de espera es tan grande y siempre hay tanta gente que los sensores se confundirían si se accionaran solo con la voz o el movimiento. Es un poco raro usar estas cosas primitivas, pero en fin, utilizamos lo que más nos conviene.

—Lo que usted considera primitivo para mí es futurista —dijo él, sin dejar de observar el control remoto—. Poseen una planta nuclear

que les da más energía de la que pueden usar. Nosotros tenemos un puñado de paneles solares que apenas mantienen en funcionamiento nuestro hospital. Una amiga mía tiene un reproductor de música, pero hace doce años que no veo un holovid en funcionamiento —se puso de pie y buscó con la mirada el proyector—. ¿Dónde está?

—Donde usted está parado.

Diadem se puso de pie, tomó el control remoto y lo apuntó hacia la claraboya. Con un clic, el vidrio se oscureció para que no entrara la luz exterior, y un segundo clic encendió una bruma holográfica en medio del espacio entre sillones, proyectada por cientos de lucecitas ubicadas en el marco enrejado de la claraboya.

Marcus y Diadem estaban parados en medio de la bruma fotónica que iba cambiando paulatinamente: diversos íconos de video se movían lentamente hacia adelante y hacia atrás, como el sedimento en una piscina.

Marcus se apartó para ver mejor y sonrió como un niño al reconocer primero un título y

luego otro. Se dio cuenta, divertido, de que todos los títulos que conocía eran los programas infantiles: *Ventarrón el dragón*, *Escuela de pesadilla*, *Robots a vapor*, las cosas que apenas recordaba de antes del Brote. La mayoría de los títulos eran películas «para adultos», los programas policiales dramáticos, las historias románticas de médicos y las invasiones extraterrestres sangrientas que sus padres nunca le habían permitido ver. Mientras examinaba el menú, los soldados humanos se amontonaron a su alrededor, tan fascinados como él. Marcus se dio cuenta de lo ridículos que parecerían, un puñado de tontos pasmados por una tecnología de lo más común, y se preguntó si Diadem había encendido el holovid solo para divertirse al ver sus reacciones. Con la misma rapidez con que lo pensó, se dio cuenta de que no le importaba. Era una parte de su vida que había perdido, y casi se le partía el corazón al volver a verla.

—¿Qué quiere mirar? —preguntó ella.

El primer impulso de Marcus fue elegir

Ventarrón, su dibujo animado preferido cuando era niño, pero con tantos soldados presentes le dio vergüenza. Examinó la bruma en movimiento en busca de una película de acción, pero antes de que pudiera encontrar una que le gustara, el soldado que estaba a su lado, el mismo gigantón de antes, esbozó una amplia sonrisa y exclamó:

—*¡Ventarrón!* Me encantaba ese programa.

Ahora es un soldado, pensó Marcus, *pero cuando se acabó el mundo, no tenía más de siete u ocho años.*

Diadem hizo un movimiento con el control remoto, dispersó la bruma holográfica y eligió el ícono de *Ventarrón*. Y de pronto allí estaba: un holograma gigante llenó el centro de la sala y el simpático dragón púrpura atravesó volando los títulos iniciales. «*¡Ventarrón!*», empezó el tema musical, y Marcus y los soldados cantaron la frase siguiente al unísono: «*¡Abre tus alas y vuela!*».

Miraron todo el episodio, riendo y festejando, reviviendo por media hora la niñez que habían perdido, sin embargo minuto a minuto la magia

parecía escaparse. Los colores eran demasiado brillantes; la música, muy estridente; las emociones, demasiado amplias y las decisiones, muy obvias. Era hueco y enfermizo, como comer mucha azúcar, y lo único en lo que Marcus podía pensar era: *¿Realmente es esto lo que me perdí? ¿Esto es todo lo que era el viejo mundo?* La vida posterior al Brote era dura, y los problemas que tenían eran dolorosos, pero al menos eran reales. De niño había pasado horas enteras frente al holovid, mirando un programa tras otro, un efecto tras otro, una banalidad tras otra. El episodio terminó, y cuando Diadem lo miró, con el control remoto preparado para elegir otro, Marcus negó con la cabeza. Ella lo apagó.

—Parece estar muy triste, para ser alguien que acaba de ver a un amigable dragón púrpura enviar a un mago a un lago de crema de malvaviscos.

—Sí, supongo que sí—respondió Marcus—. Lo siento.

Diadem dejó el control remoto.

—Parece que le gustó el comienzo, pero no el final.

—En realidad, no —hizo una mueca y se dejó caer en el sofá—. Es solo que... —no sabía cómo explicarlo— no es real.

—Claro que no, es un dibujo animado —Diadem se sentó a su lado—. Un dibujo animado tridimensional con fondos fotorrealistas, pero aun así, es solo un cuento.

—Lo sé —dijo Marcus, y cerró los ojos—. No es la palabra más apropiada, pero es... Me encantaba ver cómo el Mago Perverso salía perdiendo —explicó—. Cada semana tramaba algo distinto, y cada semana Ventarrón se lo impedía: uno, dos y ya. El problema aparecía y se resolvía en veintidós minutos. Me parecía genial, pero... no es real. El bueno siempre es bueno, y el Mago Perverso siempre es... bueno, perverso. Lo dice su nombre.

—No había muchos programas infantiles sobre ambigüedad y dilemas morales sin solución —repuso ella—. No creo que la mayoría de los niños de cinco años estuvieran

preparados para eso.

Marcus suspiró.

—Creo que ninguno de nosotros lo estaba.

Vinci se acercó a hablar con ellos cuando ya era de noche. Les ofreció disculpas porque todavía no podían ver a Trimble y les trajo noticias del mundo exterior: la guerra no iba bien y se aproximaban cada vez más a la ciudad.

—Pero ¿quién está peleando? —preguntó Woolf—. Todas las fuerzas de Morgan están en Long Island.

—Hay otras... cuestiones —respondió Vinci.

—¿Cuestiones? —preguntó Marcus—. Pensé que iba a decir «otras facciones». ¿Cómo que «otras cuestiones»?

Vinci no dijo nada y Marcus no pudo discernir si estaba pensando qué responder o simplemente se negaba a hacerlo. Esperaron, tratando de descifrarlo, y de pronto se oyó una voz al otro lado de la sala.

—Trimble los espera.

Todos levantaron la vista y se pusieron de

pie. Diadem prácticamente corrió hasta el guardia que estaba en la gran puerta doble, pero este la detuvo con una mirada y, presumiblemente, con algún dato en el enlace.

—A usted, no; a los humanos.

—Yo llegué mucho antes.

—Trimble quiere verlos a ellos —replicó el guardia. Miró a Vinci—. Trae a su comandante y a su «consultor en relaciones con los Parciales» y síganme.

El corredor al que salieron por las puertas dobles era amplio y estaba limpio, casi vacío, en lo que Marcus empezaba a reconocer como el estilo típicamente pragmático de los Parciales: no *necesitaban* plantas, cuadros ni mesitas elegantes en el corredor, entonces no los tenían. Al final del pasillo había más puertas, de una de las cuales provenía un bullicio sorprendente. Marcus oyó gritos acalorados y... *sí, disparos*.
¿Por qué hay disparos?

El guardia abrió esa puerta y una oleada de cacofonía los envolvió: gritos, alaridos, susurros y sonidos de batalla, y Marcus lo reconoció

como la mezcla caótica de múltiples radios, todas transmitiendo a la vez, a todo volumen. La habitación tenía pantallas en las paredes, además de pantallas portátiles y altavoces de todos los tamaños y formas, e incluso, en un rincón, otro holovid que mostraba un mapa gigantesco de Nueva York, que incluía Long Island, además de algunas partes de Nueva Jersey, Connecticut, Rhode Island e incluso más hacia el norte. No era una multitud de radios, sino de videos. En el mapa se veían puntos rojos titilantes; en las pantallas, rostros y cuerpos corrían de un lado a otro; *jeeps*, camiones y hasta tanques atravesaban ciudades y bosques. En medio de todo eso, bañada por la luz y el sonido de decenas de pantallas diferentes, había una mujer sentada ante un escritorio circular.

—Es ella —anunció el guardia, mientras se hacía a un lado y cerraba la puerta—. Esperen a que les hable.

Woolf y Vinci se adelantaron; Marcus, más cohibido, se quedó atrás junto al guardia. La mujer estaba mirando hacia otro lado, y Woolf

se aclaró la garganta para llamar su atención. Ella no lo oyó, o bien lo ignoró por completo.

Marcus observó las pantallas que cubrían las paredes. Muchas mostraban la misma escena, a menudo desde la misma perspectiva, aunque supuso que entre las aproximadamente cien pantallas había varias decenas de señales distintas. La mayoría eran imágenes de batallas, y él supuso que se transmitían en vivo. Trimble estaba observando el desarrollo de la guerra desde un punto central, tal como había hecho Kira con sus radios. Una vez más, se preguntó a dónde había ido Kira, y si volvería a verla. Casi todo el mundo en East Meadow la había dado por muerta, y nadie se había presentado para poner fin a la ocupación asesina de la Compañía D, pero él no perdía las esperanzas (probablemente en vano, lo sabía) de que estuviera viva.

Una de las pantallas más grandes repetía una misma escena: un soldado que corría, una explosión de barro y pasto, y luego todo volvía atrás en cámara rápida. El hombre caído volaba

hacia adelante, aterrizaba suavemente y corría hacia atrás mientras el suelo volvía a componerse; luego, de repente, el video cambiaba de dirección, el hombre corría hacia adelante y el suelo explotaba bajo sus pies. Al cabo de cuatro ciclos así, Marcus se dio cuenta de que cada vez variaban la velocidad y los puntos en que se detenía; no era una reproducción circular, sino que alguien estaba manipulando el video, retrocediéndolo y adelantándolo, buscando... algo. Él se adelantó y se movió ligeramente a un costado. Vio que Trimble estaba sentada ante una pantalla de escritorio que emitía un resplandor tenue, y sus dedos se deslizaban a un lado y a otro por una serie de controles móviles y perillas digitales. Acercaba y alejaba la imagen, hacía retroceder y avanzar el video, y siempre el muchacho moría en la explosión.

—Disculpe —dijo Woolf.

—Espere a que ella le hable —dijo el guardia.

—Llevo una semana esperando —repuso

Woolf, y se adelantó.

El guardia avanzó para detenerlo, pero Vinci le hizo una seña para que no lo hiciera.

—General Trimble —dijo Woolf—. Me llamo Asher Woolf, soy comandante de la Red de Defensa de Long Island y senador del gobierno de Long Island. He venido a verla como representante designado de la última población humana en la Tierra, para proponerle un tratado de paz y compartir recursos.

Trimble no respondió; ni siquiera lo registró. Woolf volvió a adelantarse.

—Su gente está muriendo —insistió, señalando con un gesto las paredes—. Mi gente también, y ambos sabemos que no es solo por la guerra. Somos estériles y estamos enfermos, ustedes y nosotros. En pocos años más todos estaremos muertos, hagamos lo que hagamos; no importa cuántas guerras ganemos, cuántas veces atacemos o nos defendamos o depongamos las armas. A su gente le quedan dos años, según entiendo; la mía vivirá más tiempo, pero igualmente morirá al final.

Debemos trabajar juntos para modificar esto — volvió a adelantarse—. ¿Me oye?

El guardia se acercó al notar el cambio de tono de Woolf, pero Vinci corrió hacia el comandante.

—Muchas gracias por recibirnos, general — dijo Vinci—. Entendemos que está muy ocupada, coordinando tantas guerras a la vez...

—No está coordinando nada —replicó Woolf, señalando las pantallas con indiferencia—. Está mirando, nada más.

—Por favor, modere su tono o tendré que pedirle que se retire —le advirtió el guardia.

—¿Quiere que espere en silencio? — preguntó Woolf—. Puedo hacerlo. Esperé un día y una noche allá afuera, pero no tenemos tiempo...

—Silencio —dijo Trimble en voz baja, y Marcus retrocedió, sorprendido, mientras Vinci y el guardia se tambaleaban bajo el peso de la voluntad de la mujer. El guardia recobró el equilibrio y miró fijamente a Woolf, en silencio. Vinci abrió la boca, con su rostro enrojecido por

el esfuerzo, pero no pudo hablar. Marcus había visto lo mismo cuando la doctora Morgan había ordenado a Samm que la obedeciera; el líder ordenaba y, gracias al enlace, los Parciales no tenían otra opción que hacerlo.

—Nosotros no somos Parciales —dijo Woolf—. No puede doblegar nuestra mente con su «enlace».

—Yo tampoco soy Parcial —respondió Trimble.

Esto hizo que Woolf se detuviera en seco, confundido. Marcus lo vio buscando una respuesta y se adelantó con lo primero que se le ocurrió; cualquier cosa con tal de que ella siguiera hablando.

—¿Es humana? —le preguntó.

—Lo era.

—Y ahora, ¿qué es?

—Culpable —respondió ella.

Esta vez fue Marcus quien quedó mudo por la sorpresa. Buscó algo para decir, pero al no encontrarlo, se acercó y se ubicó entre Trimble y la pantalla, para obligarla a mirarlo. Era una

mujer mayor, de sesenta y tantos años, tal vez; la misma edad de Nandita, y de tez similar. *Nandita es el otro motivo por el que estamos aquí,* pensó. *También necesitamos encontrarla, como a Kira.* Se aferró a ese pensamiento, y cuando Trimble al fin lo miró, él le habló suavemente.

—Estoy buscando a una amiga mía —le dijo—. Otra humana, llamada Nandita Merchant. ¿La conoce?

En los ojos de Trimble se encendió una chispa de reconocimiento, y Marcus volvió a reflexionar acerca de su declaración de que una vez había sido humana. Ningún Parcial que él hubiera conocido era tan expresivo visualmente. La mujer se llevó las manos a la cara, medio cubriéndose la boca, y sus ojos se dilataron.

—¿Nandita está viva?

—No lo sé —respondió Marcus, aún sorprendido de que la mujer pareciera conocer a Nandita—. Hace meses que no la vemos. ¿Usted sabe algo de ella? ¿No vio, quizá, en sus pantallas algo que nos ayude a encontrarla? —

hizo una pausa, y vio que los ojos de la mujer se llenaban de lágrimas. Decidió aventurarse un poco más—. Tampoco hemos visto a Kira Walker.

Una expresión extraña pasó por su rostro, como si estuviera observando un recuerdo muy lejano.

—Nandita no tenía nada que ver con Kira —dijo, ladeando la cabeza—. La de ella se llamaba... Aura, creo. Aria. No, Ariel; era Ariel.

Los ojos de Marcus se dilataron, y en su mente se agolparon mil preguntas tan bruscamente que ninguna logró salir. ¿Ariel? ¿Trimble sabía sobre Nandita y Ariel? Eso solo podía significar que Nandita se había comunicado con ella en algún momento; tal vez incluso había ido a verla allí. Y sin embargo, había preguntado si Nandita estaba viva, lo que implicaba que, aunque hubiera estado allí, ya no estaba.

Mientras Marcus pensaba qué responder, sonó una alarma. Trimble giró su silla hacia un

costado, pulsó un botón en su consola que provocó una cascada de cambios en la pared, una nueva multitud de imágenes y videos: disparos de artillería, edificios que se derrumbaban, largas listas de nombres y números que pasaban tan rápido que Marcus no podía siquiera intentar leerlos.

—Un nuevo ataque —dijo el guardia, aparentemente recuperado de su silencio forzado. Se adelantó, dio un golpecito en una consola pequeña y echó un vistazo al mapa en el holovid—. Esta vez dentro de la ciudad.

—¿Un ataque aquí? —preguntó Woolf. Se llevó la mano a la cintura, buscando algo que no estaba, y Marcus, sin quererlo, hizo lo mismo: buscó instintivamente su arma. Si atacaba un ejército de Parciales, su grupo de humanos quedaría atrapado en el medio.

Y todavía no nos han dicho quién está atacando, pensó Marcus. El hecho de saber que les ocultaban algo lo asustaba más que nada.

—Esto no debería pasar —dijo Trimble, con

los ojos enfocados solo a medias en los diagramas y videos que llenaban la pared que tenía delante—. Nada de esto debería pasar.

—¡Tiene que ayudarnos! —exclamó Woolf—. ¡Tenemos que ayudarnos mutuamente!

—Déjenme —ordenó Trimble, y de pronto los Parciales se dirigieron a la puerta y sujetaron a Woolf y a Marcus al pasar. Sus manos parecían de hierro, y los sacaron de la habitación como si fueran niños. Woolf y Marcus se resistieron, gritando todo el camino, pero fue en vano. El guardia cerró la puerta sólidamente al salir.

Marcus vio que Vinci estaba jadeando y abría y cerraba los puños vacíos, con la mirada clavada en el piso. No pudo discernir si era por ira, cansancio u otra cosa. ¿Odio? ¿Vergüenza?

—Lo siento —les dijo—. Tenía la esperanza... Lo siento. Les advertí, pero igualmente... Esperaba algo más.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

—¡Déjenos entrar! —ladró Woolf.

—Estamos en medio de una guerra —explicó Vinci—. Están peleando en la ciudad; si las cosas van mal, habrá un ataque aquí, en este edificio. Ella no tiene tiempo para hablar con ustedes.

—Pero no está haciendo nada —protestó Marcus. Miró a los demás, y los Parciales rehuyeron su mirada—. Todos la vimos: es un caso clásico de estrés traumático. Está desenfocada, sus actos son mecánicos; la mitad del tiempo ni siquiera parecía consciente de su entorno. No pueden tener a esa persona como líder de sus ejércitos.

Los Parciales guardaron silencio.

—Dijo que era humana —recordó Woolf—. Peor: dijo que había sido humana. ¿Qué significa eso? Pensé que era Parcial.

—Salvo que todos los generales Parciales son hombres —señaló Marcus, recordando la explicación de Samm sobre el sistema de castas—. Cada modelo se desarrolló para una tarea específica. Todas las mujeres mayores eran médicas.

—Pero esa mujer es humana —repuso Woolf—. O al menos, lo era —tenía fuego en los ojos—. Díganos qué está pasando.

—Disculpen que los hayamos sacado a rastras —dijo Vinci—. No pudimos hacer otra cosa.

—Podrían haberla desobedecido —dijo Woolf.

—No —respondió Marcus, al comprenderlo todo—. Ella usó el enlace. Les dijo que salieran y ellos se vieron obligados a hacerlo, quisieran o no.

Woolf frunció el ceño.

—¿Qué clase de humano se convierte en

general Parcial y tiene acceso al enlace feromonal? —miró a los dos Parciales—. ¿Qué está pasando?

Cuando Vinci empezó a responder, el otro soldado le puso una mano en el brazo para impedirsele. Pero no le hizo caso y habló de todos modos.

—Ya lleva un tiempo así. Hace años que peleamos con Morgan; en general no han sido más que pequeñas escaramuzas que parten de un desacuerdo fundamental: qué hacer con los humanos de Long Island. Si su existencia es una amenaza o una necesidad. Si teníamos derecho a exterminarlos o debíamos dejarlos vivir o morir como mejor pudieran, o si nos convendría mantener viva una población. Pero cuando se desató esto de la fecha de vencimiento y los Parciales empezaron a morir, todo empeoró. Morgan quiso usar a los humanos como sujetos de experimentos, y a Trimble no le pareció correcto. O al menos, no le pareció que fuera el momento. Pero mientras Morgan se ha ido fortaleciendo, sumando más Parciales a su

causa y adoptando métodos más violentos, Trimble se ha negado a actuar. Cuando habla, dice que no quiere consentir un curso de acción que podría llevar a la erradicación de la especie humana. Pero no ofrece ninguna alternativa, ningún plan, y a medida que mueren más y más Parciales, la cautela de Trimble ha comenzado a verse más como miedo e indecisión. Hemos perdido muchísimos soldados por la facción de Morgan, y aun así ella no hace nada por evitarlo —miró a Marcus—. Queremos ayudarlos; hemos enviado todos los equipos que podemos a atacar la retaguardia de Morgan, para desestabilizarla e impedir la eliminación de los últimos humanos, pero sin un liderazgo verdadero por parte de Trimble...

Dejó la frase inconclusa, y Marcus oyó una explosión a la distancia.

—Pero ¿con quiénes están peleando aquí? —preguntó—. No puede ser con la compañía de Morgan, eso ya está confirmado.

—Están peleando entre ellos —respondió Woolf con voz queda.

Marcus lo miró, sorprendido; luego miró a Vinci y al otro soldado. No respondieron; permanecieron con la vista clavada en el suelo.

—¿Su facción está peleando consigo misma? —preguntó Marcus. Las implicaciones lo asustaron; recordó los disturbios en East Meadow, cuando la lucha entre el Senado y la Voz finalmente llegó a un punto crítico. Recordó lo encarnizada que se había vuelto cuando de pronto los amigos se atacaban unos a otros, embravecidos por diferencias ideológicas—. El frente de batalla que se acerca, ¿es una revolución? ¿Soldados de su compañía que ahora apoyan a Morgan? Esta ciudad se va a destruir a sí misma.

—Aquí deberíamos estar a salvo —respondió Vinci, pero luego vaciló—. Bueno, quizás estemos a salvo. En este edificio, todos son leales a Trimble.

—¿Por qué? —preguntó Woolf, confundido—. Aunque estén en desacuerdo con Morgan, Trimble no sirve.

—Somos leales porque así nos hicieron.

Porque así somos.

El edificio retumbó con otra explosión, y tanto Vinci como el guardia se pusieron en esa posición de alerta que Marcus había llegado a conocer: estaban examinando el enlace en busca de noticias de lo que había pasado. Se oyó el tableteo de los disparos distantes.

—La pelea se está acercando —dijo Vinci—. Vuelvan con sus hombres; necesito hablar con la fuerza defensiva del edificio.

Regresaron a toda prisa por el corredor espartano.

—Podemos ayudarlos —ofreció Woolf—. Allí adentro tengo a diez soldados entrenados...

—Por favor —respondió—, es una batalla Parcial. Solo nos estorbarían.

Vinci los llevó nuevamente por las puertas dobles hasta el área de recepción; allí los dejó y corrió hacia el interior del complejo. El guardia de Trimble cerró las puertas al salir y las trabó con firmeza. En el área de espera quedaba uno solo de los soldados de Woolf, de pie junto a la puerta de los dormitorios. Al verlos, les hizo

señas de que se acercaran y los apremió, gritando:

—¡Rápido, comandante, tiene que ver esto!

Woolf y Marcus corrieron hacia él. Los demás soldados estaban apiñados contra la ventana exterior, como niños, observando la ciudad en un pavoroso silencio.

—Apártense de ahí —les dijo Woolf—, hay una batalla.

Se interrumpió cuando los soldados le hicieron un lugar y vio lo que estaban mirando. Abajo, miles de Parciales, sin línea de batalla aparente, corrían, disparaban y se mataban entre sí, en las calles, en los techos. La ventana donde estaban se encontraba a quince pisos de altura, lo cual les daba un panorama aterrador de la escala de la batalla: literalmente, la lucha se extendía hasta donde podían ver.

Sin embargo, más aterradora que la escala de la batalla era su naturaleza. Hasta el más pequeño, herido y peor equipado de los soldados Parciales llevaba a cabo proezas que harían de cualquier humano el héroe incuestionable de la

Red. Marcus observó, atónito, cómo un soldado de infantería corría con ligereza por el techo de un edificio, al tiempo que disparaba su fusil con una sola mano y acertaba a los francotiradores que estaban apostados en el techo de otro edificio. Al llegar al borde, el soldado saltó hacia otro edificio, salvando una brecha de casi diez metros, y aterrizó en un nido de ametralladoras que estaban disparando hacia otra dirección. Más impresionantes aún eran las personas a quienes les disparaba, que a pesar de su puntería infalible, lograban dar un paso al costado con velocidad inhumana, esquivar las balas apenas por milímetros y responder al fuego casi como si nada. El nido de ametralladoras donde había aterrizado el corredor se convirtió en un torbellino de cuchillos y bayonetas, cada uno blandido con una furia controlada que hizo palidecer a Marcus, y cada golpe se repelía con una facilidad casi desdeñosa. Era una guerra de superhombres, cada uno demasiado preciso para errar y demasiado rápido como para resultar herido.

Marcus señaló las aeronaves que sobrevolaban la ciudad y se lanzaban al ataque, cazas de un solo piloto y artilleros de cinco hombres, como un enjambre de abejas furiosas.

—¿Tienen Rotores?

No había visto un vehículo aéreo desde antes del Brote.

—Esta ciudad es una revelación horrible tras otra —observó Woolf.

Como para demostrar que era verdad, surgió desde atrás de un edificio alto otro Rotor, mucho más grande que los demás.

—Ese es de transporte —dijo, apartándose de la ventana—. Viene hacia aquí, seguramente a buscar a Trimble.

Los soldados salieron del campo de visión de la ventana y retrocedieron. Una bala perdida perforó la ventana y fue a dar contra la pared, por encima de la cabeza de Marcus, que se arrojó instantaneamente al suelo.

—Arriba y afuera —ordenó Woolf—. Tenemos que ir al centro del edificio, a la sala de espera.

Los soldados salieron corriendo en formación entrenada, manteniéndose agachados y buscando refugio con una fluidez que anteriormente le daba a Marcus una sensación de seguridad, pero que ahora solo le parecía una pálida imitación de la precisión superior de los Parciales. Los siguió y se mantuvo cerca de Woolf, deseando tener un arma pero consciente de que de nada le serviría.

Un Rotor pequeño pasó por encima de la claraboya, disparando las ametralladoras, y Marcus oyó una explosión, no tenía idea de si había caído el Rotor o su objetivo, ni siquiera de qué bando era cada uno. Todos los vehículos le parecían del mismo color. Hubo otra explosión en la ciudad, y el sonido de disparos y artillería que fluctuaba en el fondo hizo que Marcus se sintiera ciego e indefenso, agazapado detrás de un banco, porque sabía que algo estaba ocurriendo pero ignoraba quiénes se disparaban, por qué lo hacían y dónde estaban.

Otra aeronave liviana pasó por encima de la claraboya. Momentos después, lo siguió un

artillero, en ruta perpendicular. Una sombra oscura cayó sobre la sala de espera, y desde arriba llegó un tableteo que vibró, potente, en el edificio.

—No nos conviene estar aquí —dijo Woolf.

El enorme Rotor de transporte apareció, ocupando todo el espacio de la claraboya, y Marcus comprendió demasiado tarde que estaba bajando sobre esta. El casco de metal hizo añicos la claraboya en el instante en que se abrieron las puertas y entraron los defensores del edificio. Desde el transporte, una ametralladora montada en un afuste desató una lluvia de fuego sobre los defensores, pero estos ya se habían movido a un lado medio segundo antes. Las portezuelas del costado de la aeronave se abrieron incluso antes de que el casco tocara el piso, y Parciales con trajes blindados salieron de un salto, disparando.

—¡Abajo! —gritó Woolf, y los soldados se arrojaron al piso detrás de sofás y mesas, tratando de llegar a la habitación de la que acababan de salir. Marcus percibió un momento

de confusión en los atacantes, una breve pausa mientras evaluaban la nueva situación. Por algún motivo, identificaron a los humanos que huían como si fueran una amenaza y medio segundo después se volvieron contra ellos, disparando a sangre fría. Los soldados se estremecieron y gritaron al darse cuenta de que el ataque atravesaba sus filas. Marcus cerró los ojos al ver que los cuerpos de sus compañeros caían a su alrededor.

Llegaron más refuerzos del edificio, mientras de la aeronave seguían saliendo Parciales como una oleada interminable. Marcus echó un vistazo a la batalla, se acobardó y volvió a esconder la cabeza, con la esperanza de poder quedarse allí quieto y hacerse el muerto hasta que todo terminara. El ruido era ensordecedor, con decenas de armas automáticas disparando a la vez, y le preocupó la idea de perder el oído en forma permanente. Una mano lo sujetó por una pierna y no pudo contener el grito de terror que escapó de sus labios. Giró sobre sí mismo rápidamente para ver quién era, y reconoció al

comandante Woolf. El hombre le decía algo, pero él no podía oírlo. Muy cerca de Woolf había otros dos soldados humanos, todos agazapados detrás del precario refugio de un sofá. El hombre le dijo algo más, luego le hizo señas para que lo siguiera y empezó a arrastrarse hacia la puerta más cercana. Los soldados lo siguieron y Marcus empezó a hacer lo mismo. Una bala le dio al soldado que iba delante de él, que cayó como una bolsa de carne, y Marcus se apresuró, desafiando el miedo, desesperado por llegar a la puerta abierta. Sintió una punzada aguda en el brazo, pero por fin logró pasar, jadeando. Woolf y el último soldado cerraron la puerta tras ellos.

El comandante dijo algo más, inaudible por el zumbido que había en los oídos de Marcus. Avanzaron siempre agazapados contra el suelo y contra una pared, con la esperanza de poner la mayor cantidad posible de barreras entre ellos y la balacera. Marcus no podía usar el brazo derecho y, al examinarlo, vio un largo surco en su tríceps: una bala le había rozado la superficie

y desgarrado el músculo, pero no había llegado a dañar el hueso. Se puso de pie, aturdido, con la intención de buscar un equipo de primeros auxilios, pero Woolf lo obligó a echarse al suelo y gritó algo que Marcus casi alcanzó a oír. Sacudió la cabeza y se señaló los oídos para indicarle al comandante que no oía nada. Este frunció el ceño, desconcertado; luego gritó algo, visiblemente enojado, metió la mano en el bolsillo del pecho y sacó un par de tapones anaranjados para los oídos, que puso en la mano de Marcus. Woolf y el último soldado que quedaba, de nombre Galen, estaban debatiendo algo, y Marcus se colocó los tapones.

Vamos a morir, pensó Marcus. No hay manera de salir de aquí; no importa quién gane la pelea en la sala de espera, toda la ciudad es zona de guerra. Volvió a analizar a quiénes se enfrentaban: a un ejército de soldados perfectos. Los humanos son menos ágiles, tienen reacciones más lentas, son menos coordinados, no están en el enlace...

—¡No estamos en el enlace! —gritó, al

tiempo que aferraba el brazo de Woolf. Este lo miró, confundido, y Marcus le explicó lo que acababa de ocurrírsele. Su propia voz le parecía lejana y asordada por el zumbido en sus oídos —. El enlace, el sistema feromonal que usan para comunicarse; todos se están leyendo la mente. Cuando un tipo toma el arma para disparar en un campo de batalla, dispara y el otro muere. Pero en estos espacios tan reducidos, el otro está lo suficientemente cerca como para captar los datos del primer tipo en el enlace, entonces sabe que va a disparar y se aparta de la línea de fuego. Por eso nadie puede acertarle a nadie.

Woolf respondió algo, pero Marcus seguía sin poder oírlo. Continuó hablando de todos modos.

—Los Parciales usan el enlace para rastrearse, por eso cuando quieren esconderse usan máscaras antigás. Si uno no puede enlazarse con ellos, puede defenderse de ellos. En la tierra de los Parciales, nosotros somos como... guerreros furtivos.

Los ojos de Woolf se iluminaron al comprender, y se volvió hacia Galen hablando rápidamente. Marcus no lo oía, pero empezó a recuperar al menos un poco de audición; el rugido sordo que antes le había parecido ruido blanco se había convertido en un coro de disparos, ecos de la batalla en la otra habitación. Volvió a agacharse, buscando alguna manera de poder aprovechar su falta de enlace y escapar. Samm había dicho que el enlace era algo tan arraigado en los Parciales que, después de doce años, ya habían olvidado cómo pelear con un enemigo que no lo tuviera. *Tiene que haber una manera...*

Woolf sujetó a Marcus por el brazo sano y señaló los equipos que había del otro lado de la habitación. Marcus se inclinó hacia él, acercándole el oído.

—Tenemos algunas palas en nuestro equipo de supervivencia —le gritó Woolf—. Vamos a intentar atravesar la pared.

—¿Qué hay del otro lado? —preguntó.

Woolf trazó un dibujo en la alfombra con el

dedo, algo que semejaba vagamente la sala de espera y las puertas que había alrededor.

—Si mis cálculos son correctos, estamos apenas a dos habitaciones del pasillo de Trimble. Atravesar las paredes es la manera más rápida de salir del edificio.

Marcus asintió.

—¿Y si las paredes son reforzadas?

—En ese caso, veremos qué se nos ocurre.

Los tres hombres corrieron agazapados hasta sus equipos. Las pequeñas palas de supervivencia eran lo único que les habían permitido conservar; no podrían hacer daño a ningún Parcial con ellas, pero sí a las paredes. La batalla seguía a pleno en la otra habitación, y Woolf aprovechó la cacofonía para disimular los golpes a la pared.

—Aquí vamos, crucen los dedos —dijo, y dio el primer golpe.

Y la atravesó fácilmente.

—Es solo yeso —confirmó Woolf.

Retiró la pala, apuntó otra vez y de un golpe sacó un pedazo de pared. Adentro había una

capa de aislante rosado, y más allá otra pared de yeso. Woolf exclamó algo que Marcus no alcanzó a oír, presumiblemente algo triunfante y vulgar, y entregó sendas palas a Galen y Marcus. Los Parciales estaban demasiado ocupados como para seguirlos, y dado que el enlace no los delataba, pudieron trabajar con impunidad. Pronto entre los tres habían abierto un agujero de tamaño suficiente para atravesarlo.

La nueva habitación estaba vacía, intacta con excepción de una caótica serie de impactos de bala en la pared, provenientes de la batalla Parcial. Corrieron hasta el otro extremo y acometieron ese muro también, hasta abrir una brecha irregular por la que Woolf espió.

—Es el corredor, y está vacío.
¡Apresúrense!

Atacaron la pared con todo; Marcus, con golpes torpes de su mano izquierda, pues el brazo derecho aún le colgaba, inútil (y dolorido) al costado. Quería parar para vendárselo o al menos inyectarse unos analgésicos, pero no

había tiempo. Golpeó la pared como si estuviera fugándose del mismo infierno, perseguido por todos los demonios.

Salieron al pasillo y corrieron a la sala de Trimble, enarbolando las palas como hachas. El ruido de la batalla se oía fuerte a sus espaldas. Al final del corredor estaba Vinci, detrás de un panel blindado, y los llamó al verlos acercarse.

—¿A dónde van?

—Aterrizó una nave en la sala de...

—Lo sé —dijo Vinci. Las puertas dobles que daban a la sala de batalla se abrieron de pronto y el soldado Parcial les hizo señas de que avanzaran; no hizo más preguntas y les entregó unas pistolas—. ¡No hay tiempo! —gritó—. ¡Replieguense a la sala de Trimble y traben la puerta!

Woolf sujetó a Marcus por el brazo herido. El dolor fue atroz, pero no pudo evitar que el comandante lo llevara a rastras hasta el interior de la sala. Vinci entró y se colgó el arma del hombro. Cerraron rápidamente la puerta y la trabaron bien. Casi de inmediato, oyeron golpes

del otro lado.

—Estas puertas resistirán unos minutos, pero necesitamos otra salida.

—¿Hay otra salida de esta habitación? —preguntó Woolf.

—Esperemos que sí—respondió Vinci.

—Genial—dijo Marcus—. El único tipo que nos ayuda tiene el mismo plan que nosotros: esperar un milagro.

—¡General Trimble! —gritó Vinci, corriendo hacia el centro de la habitación. La mujer estaba sentada en la misma posición que antes, observando la revolución proyectada en cientos de pantallas, desde decenas de ángulos diferentes—. ¡Tenemos que sacarla de aquí!

—Tiene que haber una salida—dijo Woolf, que lo seguía de cerca. Marcus corrió tras ellos, tratando de no alejarse para poder oírlos.

—Hay un Rotor en la habitación de arriba—dijo Trimble.

Habló con voz queda, y Marcus casi no entendió lo que dijo. Parecía más desconectada que antes, y hablaba como entre una bruma de

confusión.

—Debe detener esto —le dijo Marcus, adelantándose. Mientras caminaba, intentaba envolverse el brazo con una venda del equipo de primeros auxilios, para restañar el sangrado—. No se escape, haga algo. Envíe órdenes, coordine la guerra, ¡haga algo! —se detuvo frente a ella, y los ojos de la mujer se enfocaron a medias en los suyos. Parecía aturdida, o quizá adormilada—. Esta gente se quedó con usted durante años, esperando que la liderara. Es una dedicación que ni siquiera puedo imaginar; si fueran humanos, ya la habrían sacado de una oreja, pero son Parciales, y ellos son leales a la cadena de mando. Aparentemente, hasta extremos estúpidamente ridículos, para llegar a esto. Están dispuestos a seguirla adonde sea, pero solo si usted los guía.

La mujer movió la cabeza ligeramente, y Marcus se dio cuenta de que ahora le dedicaba toda su atención, intensa y vaga a la vez.

—Destruí el mundo una vez —dijo Trimble—. No voy a consentir un plan que vuelva a

destruirlo.

—No hacer nada es tan criminal como actuar mal —señaló Woolf, pero la segunda parte de la oración se perdió en un súbito estallido cuando explotó la puerta detrás de ellos. Los Parciales entraron por la abertura y ocuparon posiciones con entrenada precisión. Vinci levantó su fusil para disparar, y una docena de fusiles le apuntaron para responder. Marcus se arrojó al suelo, y toda su vida pasó literalmente ante sus ojos. Su trabajo en el hospital. Kira. La escuela. El Brote. Sus padres, más claros en su mente ahora que en todos los años anteriores.

—Lo siento, mamá —dijo—. Creo que pronto voy a verte.

Los Parciales rebeldes gritaron una sentencia de muerte para Trimble. Vinci se movió para cubrirla con su cuerpo. Woolf y Galen levantaron sus pistolas.

La mujer se puso de pie, se volvió hacia los Parciales invasores y dijo una sola palabra:

—Deténganse.

A Marcus le pareció como si los hubiera golpeado una ola invisible, que hubiera recorrido la multitud y la hubiera congelado donde estaba. Antes habían estado quietos, pero ahora estaban rígidos, tan inmóviles como estatuas. Hasta Vinci parecía clavado en el piso, como si la palabra de Trimble lo hubiera convertido en piedra.

El enlace, pensó Marcus. Nunca lo había visto tan potente.

—Tengo un Rotor en la habitación de arriba —dijo Trimble, volviéndose hacia Marcus—. ¿Sabe pilotarlo?

—Yo sí —respondió Woolf.

—Entonces vayan. Es de corto alcance, pero debería poder llegar a Manhattan, por lo menos —escribió un código en la pantalla que tenía más cerca de la mano—. Nadie los seguirá.

—¿Qué va a pasarle a usted? —le preguntó Marcus.

—Van a matarme.

—Ni siquiera pueden moverse.

—Tenía la esperanza de guiarlos —respondió Trimble—, pero lo único que hice fue rezagarlos. Ahora, rezagarlos es lo único que puedo hacer. Váyanse.

—¿Y Vinci? —preguntó Marcus—. ¿Lo matarán a él también?

—No podré impedirlo.

Marcus miró a Woolf, quien asintió y dijo:

—Lo llevaremos con nosotros.

—Rápido —dijo la mujer.

Marcus tomó su equipo de primeros auxilios y se dirigió a la escalera que estaba en un costado. Woolf y Galen levantaron a Vinci, que estaba tieso como una tabla, y lo subieron tras él. Marcus se detuvo al final de la escalera.

—Gracias.

—Si encuentra a Nandita —dijo Trimble, en voz baja—, dígale... que lo intenté.

—Lo haré.

Cruzó la puerta y salió a un pequeño hangar, y cuando Woolf y Galen pasaron con Vinci, cerró la puerta tras ellos. El Rotor era pequeño, pero parecía capaz de llevar a cuatro personas

si se apiñaban. Mientras acomodaban a Vinci, este se aflojó súbitamente, respiró agitadamente y rogó:

—Tenemos que volver —a lo lejos se levantó un coro de voces, señal de que los otros Parciales también estaban libres—. Tenemos que ayudarla, van a... —se oyeron disparos detrás de la puerta, y Vinci bajó la cabeza—. No importa —murmuró—. Abran las ventanillas y difundan los datos. Que todos se enteren de que ha caído un general.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Mientras viajaban, Kira mantenía un ojo atento al cielo, por si venía lluvia, y un ojo en los campos que los rodeaban. En el páramo tóxico nunca podían darse el lujo de estar muy lejos de un lugar donde refugiarse, pero en las grandes llanuras del Medio Oeste a menudo estaban lejos de todo.

Perdieron otro caballo en la primera lluvia ácida. *Pero no*, se recordó Kira, *no perdimos a Buddy en la tormenta; lo perdimos en la casa, en la casa donde yo lo llevé*. El corcoveo enloquecido de los caballos, las coces desesperadas que lanzaban mientras el ácido les quemaba la carne, habían destruido la habitación y todo lo que había en ella, y para cuando por fin

podieron lavarlos y calmarlos, Buddy ya había recibido demasiados golpes en muchas partes del cuerpo. Tenía rotas dos costillas y una pata delantera, y su mandíbula estaba hecha pedazos. Ella misma le puso fin a su sufrimiento. *No había nada más que pudiera hacer*, se dijo, quizá por centésima vez. *O lo llevaba adentro o lo dejaba morir bajo la lluvia ácida, y no podía hacerle eso.* El pensamiento no aplacó su conciencia, pero lo hizo a un lado de todos modos. Lo peor era que ni siquiera era ese el problema que más le preocupaba.

Tanto Kira como Heron habían sufrido quemaduras por el ácido, aunque al cabo de unos días las ampollas se habían reducido a marcas rojas. Samm quedó mucho peor, y pasó tres días casi ciego hasta que su regeneración Parcial acelerada logró combatir los venenos y reconstruir sus córneas. Afa, el único humano del grupo, fue quien más sufrió. Había sobrevivido unos angustiantes quince minutos atado al lomo de los caballos que corcoveaban y coceaban, pero mientras tanto sus brazos y

piernas habían resultado horriblemente afectados por el ácido, y sus ojos, aun peor que los de Samm, no daban señales de haber sanado. Kira se detenía en todas las ciudades por las que pasaban para buscar ungüentos y analgésicos, pero la mayor parte del tiempo lo mantenían dopado y atado al lomo de Oddjob, tratando de que el viaje fuera lo más cómodo posible para todos. No sabían qué encontrarían en el complejo de ParaGen en Denver, pero Kira esperaba que al menos ofreciera refugio adecuado y una clínica donde pudieran aprovisionarse. Afa merecía algo mejor que lo que podían darle en el viaje.

La ruta 34 los llevó a través del estado de Iowa: un vasto y llano tablero de ajedrez de campos de cultivo, ahora marcado solamente por cercas blancas y árboles amarillentos y enfermizos. El viento envenenado soplaba sin cesar desde el sur, interrumpido de tanto en tanto por la lluvia ácida o, lo que era más aterrador aún, por enormes tormentas de polvo negro que barrían la tierra como enjambres de

langostas, oscurecían el sol y arrancaban las últimas hojas desesperadas a los pocos arbustos que llegaban a extraer fuerza de la tierra tóxica. Al principio, Kira había tratado de usar el purificador de agua en los arroyos amarillos oleosos que fluían aquí y allá, pero se dieron por vencidos cuando el purificador mismo empezó a descomponerse por el ataque cáustico. Optaron por revisar todos los almacenes y centros comerciales por los que pasaban en busca de agua embotellada; cargaban tanta como podían sobre sus propias espaldas y usaban a Bobo, el último caballo que quedaba además de Oddjob, como animal de carga para trasladar las pocas provisiones que les quedaban. Más difícil aún era encontrar alimento limpio para los caballos, y a medida que transcurría el viaje, Kira se vio obligada a pasar más y más tiempo en las paradas que hacían, impidiéndoles comer los pastos envenenados que crecían entre el polvo. La ropa buena de viaje que tenían había quedado en una pila humeante en el piso de aquella primera granja, y ahora iban vestidos con

la ropa de la familia del granjero. Les quedaba demasiado grande, pero Kira bromeó diciendo que al menos ahora estaban bien vestidos para el paisaje del Medio Oeste que estaban atravesando. Era la clase de chiste que pensaba que habría hecho Marcus.

Cuando el río Missouri apareció ante ellos, trazando un límite profundo y traicionero entre Iowa y Nebraska, Heron gruñó:

—Si nunca más vuelvo a ver un río, será demasiado pronto.

—Eso no tiene sentido lingüístico —observó Samm, pero Kira lo interrumpió.

—Es una expresión —le dijo, con la mirada fija en el río. Suspiró—. Y en este caso, concuerdo con ella —el Missouri era espeso y pútrido, un río gris-verdoso con vetas amarillas y rosadas. Olía a detergente quemado y el aire alrededor tenía un sabor extrañamente metálico. Kira sacudió la cabeza—. No es tan grande como el anterior, pero no quisiera correr ningún riesgo con este. ¿Dónde está el puente más cercano?

—Estoy buscando —dijo Samm.

Había encontrado un nuevo mapa, para reemplazar el que habían perdido en el cruce del Mississippi, y ahora estaba de pie, desplegándolo con cuidado. Kira palmeó a Bobo en el cuello, para tranquilizarlo, y luego se acercó a Oddjob y Afa. El hombre estaba dormido, balanceándose precariamente en el arnés que habían armado para mantenerlo sujeto a la montura. Aún no se había caído, pero Kira revisó las correas de todos modos, y le habló suavemente mientras lo hacía.

—¿Quieren ir al norte o al sur? —preguntó Samm, examinando el mapa de rutas—. Hay un cruce al norte, en Omaha, y otro al sur, en la ciudad de Nebraska, y estamos más o menos a mitad de camino entre ambas.

—Omaha será más grande —opinó Heron—. Será más probable que los puentes sigan en pie.

—También nos queda más lejos —respondió Kira, mientras revisaba el vendaje en la pierna herida de Afa—. Necesitamos salir pronto de

las llanuras o él va a morir. De todos modos, a la larga tenemos que ir hacia el sur; mejor hagámoslo ya.

—Si no tenemos tiempo para hacer un desvío —dijo Heron—, tampoco lo tendremos para volver al norte cuando encontremos el puente de Nebraska en el fondo del río. Debemos ir a lo seguro.

—Si vamos al norte, hay que cruzar un segundo río —intervino Samm, mirando el mapa—. El Platte confluye con el Missouri pocos kilómetros al norte de aquí, y si vamos a Omaha, tendremos que cruzar ambos.

—Bueno, pues entonces vamos al sur —dijo Heron—. Al diablo con el segundo río.

—Estoy de acuerdo —dijo Samm, al tiempo que volvía a plegar el mapa y levantaba la vista—. La ciudad de Nebraska parece bastante grande, y si los puentes ya no están, podemos ir un poco más al sur hasta la ciudad de Kansas. Allí los puentes eran inmensos; seguro que siguen en pie.

—A menos que los hayan destruido en la

Guerra Parcial —acotó Kira. Se pasó las manos por el cabello: muy engrasado, después de semanas de viaje sin agua limpia para lavárselo. Se encogió de hombros, demasiado exhausta para pensar—. Solo espero que este páramo no se ponga peor cuanto más al sur vayamos.

El puente a la ciudad de Nebraska estaba, en efecto, en pie, y Kira elevó en silencio una plegaria de agradecimiento mientras se acercaban a él. Una especie de dique que había hacia el sur se estaba taponado con basura, y más abajo del puente el río había crecido hasta formar un pequeño lago, que apestaba a productos químicos y estaba cubierto por una capa de espuma estancada, como un batido de helado. El solo hecho de respirar el aire por encima de él era doloroso. Kira se ató otra camisa para cubrirse la boca y puso otra sobre la boca de Afa para tratar de filtrar lo peor. A mitad del puente se encontraron atascados por

un grupo de autos chocados que formaban una maraña que bloqueaba el paso por completo. Kira y Samm se esforzaron por apartarlos del camino mientras Heron se adelantaba a inspeccionar el resto, y cuando lograron despejar una brecha lo suficientemente amplia para que pasaran los caballos, Heron regresó con la noticia de que algunas partes del puente estaban inestables, corroídas por el río al punto de que algunos pedazos habían empezado a desprenderse. Avanzaron con cuidado, conteniendo la respiración. En un momento, Kira pudo ver entre las grietas a sus pies el agua multicolor que corría lentamente debajo de ellos. Mantuvo una mano firme en las riendas de Oddjob, con la esperanza de que no aparecieran más grietas hasta que hubieran terminado de cruzar. Llegaron al otro lado al cabo de media hora, y si el suelo no hubiera estado envenenado, Kira le habría dado un beso.

La tierra al oeste del río era, increíblemente, más llana que la que estaba al este. Siguieron el mapa para retomar la I-80 en una ciudad

llamada Lincoln, y avanzaron a buen ritmo por un tramo tan asombrosamente recto que durante días no se desvió más que unos centímetros. Llegaron al río Platte, pero no tuvieron que cruzarlo, y cuando el camino se curvó hacia el norte para seguir el río, ellos doblaron hacia el sur y más adelante retomaron la carretera 34 a orillas del río Republican. Se mantuvieron entre los dos ríos, viajando en un amplio corredor entre campos descoloridos y ciudades corroídas. Durante el día, el sol calentaba los químicos tóxicos del suelo y en los campos se elevaban volutas de vapor y humo acre como fantasmas. Por la noche reinaba un silencio sobrenatural, sin grillos, aves ni lobos que aullaran, hasta que no quedaba más que el viento, que mecía los pastos pálidos y suspiraba entre los postigos de las ventanas de las casas en las que acampaban. Kira se mantenía atenta a la lluvia, pensando en Buddy y en el rostro ampollado de Afa.

Ahora Afa dormía la mayor parte del día, con los sedantes o sin ellos, y Kira estaba más preocupada que nunca. La pierna fracturada se

negaba a sanar, como si toda la fuerza del cuerpo de Afa estuviera concentrada en otro propósito. En un pueblo llamado Benkelman, Kira usó la mayor parte del agua que tenían para lavarlo, de la cabeza a los pies, limpiarle el cabello, la herida de la pierna y las llagas provocadas por el ácido, y le inyectó antibióticos. No sabía si le serviría de algo, pues al menos las heridas superficiales no parecían infectadas, pero no sabía qué otra cosa hacer. En el hospital de East Meadow habría tenido más opciones, pero en una granja semiderruida en medio de la nada no se podía hacer más que tener esperanza. Lo vendó bien y lo cubrió con mantas, y al día siguiente volvieron a amarrarlo a la montura y continuaron rumbo al oeste, pero salieron de la carretera (que intentaba cruzar el río, pero el puente ya no estaba) y avanzaron a campo traviesa. Pasaron por un pueblo llamado Parks, luego por otro más grande, Wray, y pronto el río fue disminuyendo hasta desaparecer y a los costados no había más que campos, como si el mundo se hubiera quedado

sin rasgos geográficos y no hubiera más que tierra y cielo, el limbo perdido de una nada inmutable.

Afa murió algunos días después, mientras los viajeros seguían perdidos en el páramo amarillo pálido.

Lo enterraron en la tierra que olía a baterías rotas, y se acurrucaron en un cobertizo de fibra de vidrio mientras la lluvia ácida caía a raudales y disolvía su carne y blanqueaba sus huesos.

—¿Qué diablos estamos haciendo? —preguntó Heron. Samm la miró. Kira, demasiado cansada para moverse, se quedó tendida en el rincón con los ojos cerrados.

—Estamos salvando gente —respondió Samm.

—¿A quién? —insistió Heron. Kira levantó la vista, con la cabeza floja sobre el cuello, los movimientos temblorosos y descoordinados tras semanas de malnutrición, agotamiento y miedo —. ¿Acaso hemos salvado a alguien? Matamos a alguien. Matamos a dos caballos. Afa vivió doce años solo, completamente solo, en una de

las partes más peligrosas del mundo, y ahora está muerto —escupió en el suelo y se enjugó la boca con la manga—. Enfrentémoslo: fracasamos.

Samm escudriñó en la oscuridad el mapa desgastado por el uso, que casi se abría en los dobleces. La lluvia venenosa golpeteaba con fuerza en la fibra de vidrio sobre sus cabezas.

—Ya estamos en Colorado —observó—. Desde hace varios días. No estoy cien por ciento seguro de en qué parte, pero basándome en la velocidad con que avanzábamos, creo que estamos... aquí —señaló un punto en el mapa, lejos de cualquier camino o ciudad.

—Sí —dijo Heron, sin siquiera mirar—. Siempre quise estar aquí.

—Heron está cansada —dijo Kira. Ella misma estaba al borde de las lágrimas, prácticamente destruida por la muerte de Afa. Pero ahora no podía rendirse. Se incorporó, tomó el mapa que sostenía Samm y le tembló la mano por el esfuerzo—. Todos estamos cansados. Somos supersoldados genéticamente

perfectos, diseñados para seguir adelante en las peores condiciones, y apenas podemos movernos. Necesitamos conservar nuestras fuerzas si queremos llegar a Denver.

—¿Estás bromeando? —preguntó Heron—. No seguirás planeando completar esta misión estúpida, ¿o sí? —se volvió hacia Samm, incrédula—. Sabes que ya es hora de hacer lo que deberíamos haber hecho hace semanas: dar la vuelta.

—Si estoy en lo cierto —respondió él—, estamos apenas a un día de viaje de Denver. Podríamos llegar mañana.

—¿Y hacer qué? —preguntó Heron—. ¿Encontrar otro edificio en ruinas? ¿Arriesgar la vida para hacer arrancar su generador? ¿Darnos de cabeza contra la computadora porque todo lo que queremos averiguar está atrapado detrás de encriptaciones, contraseñas y quién sabe cuántas otras medidas de seguridad? Afa era el único que podía resolver eso; sin él, ni siquiera sabemos movernos por el sistema de archivo.

—Estamos demasiado cerca como para abandonar todo —insistió Samm.

—No estamos cerca de nada —replicó—. Vamos a ir y no vamos a encontrar nada, y todo este viaje habrá sido una pérdida de tiempo para todos. No curaremos el RM, no resolveremos la fecha de vencimiento; no haremos más que morir en un páramo —se puso de pie, trastabillando—. Ni siquiera voy a decirlo.

—¿Decir qué? —preguntó Kira, en tono apremiante—. «¿Te lo advertí?». «¿Deberíamos haber dado la vuelta después de lo que pasó en Chicago?». «¿Nunca deberíamos haber salido de Nueva York?».

—Elige tú.

Kira se puso de pie con dificultad y acabó jadeando por el esfuerzo.

—Te equivocas. Vinimos con un trabajo por hacer. Si no lo hacemos, Afa habrá muerto para nada. Igual que nosotros. Y nos llevaremos a todo el planeta.

—Vamos —dijo Samm, pero las chicas no le prestaron atención.

Heron llegó hasta Kira antes de que esta se diera cuenta siquiera de que estaba moviéndose, y su puño la golpeó en el mentón con la fuerza de una maza. Kira trastabilló hacia atrás, ya preparándose para devolver el ataque antes de que su mente acabara de procesar el puñetazo, pero Samm se interpuso entre ambas.

—¡Basta!

—Está loca —protestó Heron—.

Habríamos tenido una oportunidad si hubiéramos regresado al este después de lo de Chicago; habríamos podido ir con la doctora Morgan, o incluso con Trimble. Cualquier cosa nos habría dado una mejor oportunidad que esto. ¿Qué estás buscando, Kira? —le preguntó, mirándola por encima del hombro de Samm—. ¿De qué se trata todo esto? ¿Tiene que ver siquiera con salvar a nuestra raza? ¿O a los humanos? ¿O acaso toda esta expedición demente es solo para que puedas averiguar qué diablos eres? Maldita egoísta.

Kira se quedó sin palabras. No había cosa que deseara más que golpearle la cabeza a

Heron contra el suelo, pero Samm se mantuvo sólidamente plantado entre las dos. Enfrentaba a Heron con actitud solemne, y mantenía a Kira atrás con el brazo.

—¿Por qué viniste con nosotros? —preguntó Samm.

—¡Tú dijiste que confiabas en ella! —ladró Heron—. Me dijiste que viniera, por eso vine.

—Desde que te conozco, jamás hiciste lo que se te dijo —recordó Samm—. Haces lo que quieres, cuando quieres, y si alguien te estorba, lo eliminas. Habrías podido detenernos en cualquier momento. Habrías podido incapacitarme a mí y secuestrar a Kira para llevársela a Morgan y hacer exactamente lo que querías, pero no lo hiciste. Dime por qué.

Heron lo miró con ferocidad, y luego miró a Kira con furia.

—Porque, de hecho, le creí. Ella hablaba de investigar todo lo que había hecho ParaGen para buscar algún tipo de cura, y por alguna estúpida razón creí que hablaba en serio.

—Y así era —dijo Kira, aunque su voz había

perdido la belicosidad: se sentía agotada y vacía, hueca, como el cobertizo en el que estaban refugiándose.

—Y tú —escupió Heron—. No puedo creer que sigas poniéndote de su lado. Te creía más listo... pensé que podía confiar en ti. Supongo que esto es lo que me pasa por creer en algo.

Obviamente, sus palabras tenían la intención de lastimar profundamente a Samm, y a Kira le partió el corazón oírlos, sabiendo cómo debían hacerlo sentir. Pero si le afectaron, no lo demostró. En cambio, levantó una mano para silenciar a Heron y se volvió hacia ella, con los ojos oscuros por la fatiga.

—Dijiste que hablabas en serio. ¿Aún es así?

Kira seguía alterada por las acusaciones de Heron, y se sentía más vacía al buscar una respuesta. ¿Realmente estaba haciendo eso, haciéndolos pasar a todos por aquel infierno, haciendo pasar hambre a sus amigos, torturando a los caballos y matando a Afa, solo por sus propias razones egoístas? No sabía qué decir, y

se quedaron en un silencio tenso por lo que les pareció una eternidad.

—Lo único que me quedan son intenciones —dijo, por fin—. Vamos a ir allá, y lo que sea que encontremos será más que lo que tenemos ahora. Al menos hay una posibilidad. Al menos... —dejó la frase inconclusa. Se había quedado sin palabras.

—Estás demente... —volvió a decir Heron, pero se detuvo cuando Kira se apartó y fue a sentarse, y se desplomó doblando las piernas. Se tendió en el suelo y deseó poder llorar.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Haru Sato se movía furtivamente por la maraña de túneles debajo del JFK; se mantenía lejos de los demás soldados cuando podía, y cuando los corredores estrechos hacían imposible mantener la distancia, los saludaba pasivamente con un movimiento de cabeza. Llevaba su gorra gastada echada hacia abajo sobre la cara y evitaba el contacto visual, con la esperanza de que nadie le hablara ni le preguntara a dónde iba. Si descubrían que había huido de su unidad, lo arrestarían... o algo peor. No era buen momento para ser desertor.

La oficina del señor Mkele estaba en medio de un pasillo largo, en lo que parecía haber sido un área de despachos, ahora convertida en el

último bastión de la civilización humana. Las fuerzas de Morgan habían tomado East Meadow y habían capturado a todos los humanos que habían encontrado en la isla. En cuestión de días descubrirían ese escondite y el mundo humano llegaría a su fin. Su tiempo como especie dominante había terminado. Y la poquísima resistencia que podían oponer se manejaba desde aquella oficina improvisada.

Bueno, pensó Haru, esta oficina y el campamento itinerante de Delarosa. Y Delarosa es más peligrosa de lo que jamás supimos.

Había un solo soldado, de uniforme arrugado y sucio, montando guardia en la entrada de la oficina cerrada. Ya no había tiempo para conversaciones educadas. Haru miró a ambos lados del pasillo y lo vio relativamente vacío; la mayoría de los soldados de la Red que quedaban estaban arriba, en la defensa, o afuera, atacando los flancos de Morgan. Por el momento, Haru y el guardia estaban solos. Volvió a mirar alrededor, se decidió y caminó hacia el guardia.

—El señor Mkele se encuentra ocupado —le informó el guardia.

—Déjame hacerte una pregunta —le dijo, al tiempo que se acercaba.

A último momento, giró hacia la derecha y levantó el brazo, como señalando algo, y cuando el guardia volvió la cabeza para ver a dónde apuntaba, Haru le clavó la rodilla en el vientre, al tiempo que llevaba atrás el brazo izquierdo para tomar el fusil que el soldado tenía colgado del hombro. El guardia trató de sujetar el arma, aun doblado en dos y sin aliento, pero Haru lo acomodó rápidamente para otro rodillazo, esta vez en la cara, y el hombre se desplomó. Luego abrió la puerta, empujó al hombre inconsciente hacia adentro y entró tras él. Mkele se levantó de un salto, pero Haru ya había cerrado con llave.

—No llame a nadie —le pidió—. No vine a hacerle daño.

—Solo a mis guardias.

—Anoche me ausenté sin permiso —le informó Haru—. No podía arriesgarme a que él

diera la alarma —acomodó al guardia con cuidado en un rincón—. Solo deme cinco minutos.

La oficina de Mkele estaba llena de papeles; no en desorden, como si acumulara basura, sino llena, y por lo que parecía, organizada con gran eficiencia. Era un hombre que no usaba su oficina para aparentar o almacenar, sino para largas horas de trabajo y estudio.

Mkele estaba sentado detrás de su escritorio con un mapa de Long Island extendido ante él, marcado aquí y allá con los sitios de los ataques de los Parciales, contraataques de la Red y, también (Haru no pudo evitar observarlo), algunas de las actividades supuestamente secretas de Haru con Delarosa y sus guerreros. *Supongo que no soy tan bueno para guardar secretos como pensaba. Tal vez ya está al tanto.*

No, pensó Haru. *Si supiera lo que trama Delarosa, no estaría tan tranquilo.*

—Vino a entregarse —dijo Mkele.

—Si quiere verlo de ese modo —respondió

—. Vine a traerle información, y si algo de esa información me deja mal parado, estoy dispuesto a enfrentar las consecuencias.

—Debe de ser información muy importante.

—¿A qué se dedicaba usted antes del Brote? —preguntó Haru.

Mkele lo miró un momento, como tratando de decidir qué responderle, y luego señaló el mapa que tenía delante.

—A esto.

—¿Inteligencia?

—Cartografía —respondió. Esbozó una leve sonrisa—. Tras el apocalipsis, hay que encontrar nuevas ocupaciones.

Haru asintió.

—¿Conoce el caso de la Última Flota? No sé su verdadero nombre; yo tenía siete años cuando ocurrió. La flota que entró en el puerto de Nueva York y fue destruida en un bombardeo de la fuerza aérea Parcial. La llaman así porque era nuestra última oportunidad para defendernos de los Parciales, y cuando se perdió la flota, terminó la guerra.

—Lo conozco —respondió Mkele. Su rostro estaba en calma, atento pero sin delatar nerviosismo. Haru prosiguió:

—¿Sabe por qué los Parciales la destruyeron?

—Estábamos en guerra.

—Por eso la atacaron —lo corrigió Haru—. Pero ¿sabe por qué lo hicieron con una fuerza tan avasalladora que hundieron todos los barcos y mataron a todos los que iban a bordo? Nunca habían hecho eso en ningún otro ataque ni contraataque en la guerra. He oído las historias cientos de veces, contadas por los soldados mayores de la Red de Defensa: cómo los Parciales, que siempre habían demostrado más interés en la pacificación y la ocupación, de pronto decidieron aniquilar a una flota entera. Dicen que fue un mensaje, una manera de decir: «Dejen ya de pelear o se van a arrepentir». Eso siempre me pareció bastante razonable, así que nunca lo cuestioné. Pero ayer me enteré de la verdad.

—¿Por quién?

—Por Marisol Delarosa —respondió Haru—. Había empezado a solicitar equipos extraños, cosas que no correspondían a ninguno de sus métodos conocidos; por eso la seguí.

—¿Qué clase de equipos?

—De buceo. Sopletes de acetileno. Cosas que no tenían sentido entre un pedido y el otro, pero sumadas, conducían a lo mismo.

—Salvamento subacuático —dijo Mkele, asintiendo—. Supongo que eso significa que está explorando la Última Flota.

—La Última Flota no fue destruida para transmitir un mensaje —dijo Haru—. Llevaba un misil nuclear.

El rostro de Mkele se tensó de inmediato, y Haru prosiguió.

—Era la «solución final» del gobierno de Estados Unidos: lanzar un misil nuclear contra el cuartel general de los Parciales en White Plains y, de una vez por todas, borrar la mayor parte de su operación militar, aun a costa de ser una de las áreas más densamente pobladas en todo el país. Necesitaban entrar por allí para eludir los

sistemas Parciales de defensa antimisiles; era una misión suicida incluso antes de que los Parciales descubrieran lo que estaban haciendo. Uno de los hombres de Delarosa, un sujeto mayor que fue capellán de la marina antes del Brote, se puso a hablar de la misma solución final. Eso le dio la idea a ella. Él sabía todo tipo de cosas, una vez que ella empezó a hacerle las preguntas adecuadas. El misil estaba en un destructor de clase Arleigh Burke llamado *The Sullivan* —se inclinó hacia adelante—. Traté de avisarle a usted por radio, pero mi unidad se puso del lado de Delarosa. No puedo detenerla yo solo, por eso vine lo más rápido que pude. Si todo va bien, esta noche tendrán la ojiva nuclear.

—Que Dios se apiade de nosotros —susurró Mkele.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Primero vieron las montañas: enormes crestas que se elevaban de las llanuras del Medio Oeste como si fueran la pared donde terminaba el mundo. Las cumbres estaban blancas de nieve, incluso en verano. Poco después llegaron a las afueras de la ciudad, a un suburbio llamado Bennett, blanqueado por la lluvia ácida, con calles manchadas de amarillo sulfuroso y plantas marrones y quebradizas. Las planicies muertas lamían el borde de la ciudad como un océano de pastos envenenados, y no había aves que se posaran en los aleros ni en los cables de electricidad. Las ciudades en las que Kira se había criado, incluso las muy grandes, como Chicago y Nueva York, eran como monumentos

en un cementerio descuidado, que señalaban un lugar de muerte pero estaban cubiertos de enredaderas, musgo e indicios de nueva vida. Denver, en cambio, era un mausoleo, sin vida y desnudo.

Los viajeros habían distribuido su equipaje entre los caballos; Kira conducía a Bobo y Samm a Oddjob, que parecía más taciturno sin Afa amarrado a su lomo. Ella se preguntó si hasta la dieta de vegetales enlatados y avena instantánea, los únicos alimentos limpios que encontraron en el páramo tóxico, empezaba a afectar a los animales. Si hubieran perdido a Afa en Chicago o lo hubieran enviado de regreso solo, podrían haber soltado los caballos y haberles ahorrado todos los horrores del viaje, pero soltarlos en medio de las llanuras envenenadas habría sido el colmo de la crueldad y Kira no quiso saber nada de eso. Habían perdido a Afa, pero salvaría a su caballo aunque le costara la vida.

Excepto que sé que eso no es verdad. Llegado el caso, me salvaré yo. Pensar en eso

la hacía sentir culpable y le daba náuseas, e hizo lo posible por despejar su mente.

La ciudad por la que pasaban era incluso más grande que Chicago. El suburbio de Bennett se extendía hacia el oeste, hasta el de Niveen; luego seguían Lawrence, Watkins y Watkins Farm, y así sucesivamente, en un mar infinito de urbanizaciones, centros comerciales y estacionamientos. El viento solitario hacía crujir los montones de hojas quebradizas y vidrios rotos que había amontonados en las alcantarillas y contra las paredes de los edificios en ruinas. Heron iba mucho más adelante, explorando el camino más por costumbre que por necesidad, y regresaba a intervalos regulares para informar que estaban acercándose a un aeropuerto, luego a otro, y luego a un campo de golf. No había nada importante que informar, nada que ver, salvo los huesos blanqueados de los millones de personas y los armazones de metal oxidado de los edificios destruidos en el Brote. Samm encontró otro mapa de rutas en una gasolinera derruida y lo desplegó sobre el capó de un auto

vacío. Los caminos se aglomeraban en el papel como un manojo de nervios.

—Según los archivos de Afa —dijo Kira—, el complejo de ParaGen estaba aquí, contra las montañas —señaló el límite oeste de la ciudad, en una zona llamada Arvada. Leyó el nombre en el mapa—. Reserva Conmemorativa Rocky Flats. ¿Por qué habrán construido una planta industrial en una reserva?

Samm marcó el sitio donde se encontraban y midió la distancia.

—Estamos a sesenta y cinco kilómetros. ¿Cuánto mide esta ciudad?

—Sesenta y cinco kilómetros —respondió Heron—. Estamos cruzándola de cabo a rabo. De norte a sur es por lo menos el doble, así que agradezcan que hayamos venido por aquí.

Kira miró el cielo para calcular la posición del sol.

—Serán... ¿las tres de la tarde? ¿Tres y media? No vamos a recorrer sesenta y cinco kilómetros antes del anochecer.

—Ni siquiera antes del anochecer de

mañana si los caballos no se mueven un poco más —repuso Heron—. Les digo que necesitamos dejarlos y seguir sin ellos.

—No vamos a dejarlos —respondió Kira.

—La culpa no va a revivir a Afa —le recordó Heron.

—Y la insensibilidad no va a acortar las distancias —repuso Samm, mientras volvía a plegar el mapa—. Sigamos caminando.

Kira había abrigado la vana esperanza de que allí el páramo tóxico estuviera mejor, protegido de alguna manera por las montañas, los rascacielos o alguna particularidad del clima, pero la ciudad resultó ser aún más peligrosa que las tierras que ya habían cruzado. La escorrentía ácida se acumulaba en los baches y las depresiones del camino, formando lagos cáusticos ahí donde las alcantarillas estaban demasiado obstruidas por la basura. En los pisos de los camiones abiertos a la intemperie se habían formado salinas en miniatura, de donde las partículas venenosas de la lluvia se evaporaban en un ciclo continuo hasta

acumularse en masas cristalinas que se levantaban con el viento y quemaban los ojos y la garganta de los viajeros. Se envolvieron la cara con ropa extra y espiaban con cautela, entreabriendo apenas los ojos, siempre atentos al peligro. Algunos de los productos químicos que saturaban la ciudad eran inflamables, y había incendios aquí y allá; a veces volvían a arder por el calor, y todo el tiempo emitían sus venenos al aire con un flujo ininterrumpido de humo y cenizas.

Se detuvieron a pasar la noche en lo que parecía haber sido un hotel de lujo. La suntuosa alfombra verde del vestíbulo estaba desteñida en los bordes y cubierta de polvo traído por el viento. Hicieron entrar a los caballos por una ancha puerta doble y acamparon en lo que había sido un restaurante cinco estrellas, luego de sellar la puerta para que pasara la menor cantidad posible de viento tóxico. Samm armó un corral para los caballos con viejas mesas de madera dura, y les dieron de comer de una enorme cantidad de relleno para pastel de

manzana enlatado que encontraron en la cocina. Kira comió atún mezclado con caldo de carne para disfrazar el sabor; si nunca más volvía a ver una lata de atún en su vida, se consideraría afortunada. No se molestaron en montar guardia, y se desplomaron sobre la alfombra sin siquiera desenrollar sus bolsas de dormir.

Al despertar a la mañana siguiente, Kira descubrió que Heron ya había salido, probablemente a explorar por delante, si acaso no los había abandonado. No habían hablado mucho después de la pelea, y aunque Heron parecía resignada a acompañarlos a Denver, no había sido la misma desde entonces.

Samm estaba revisando cajas apiladas contra la pared junto a la cocina en busca de algo que pudieran llevar consigo.

—La mayoría de las latas se echaron a perder —dijo, al tiempo que arrojaba a Kira una lata hinchada de puré de tomate—. En los

hoteles nunca se consigue mucho; usan demasiados alimentos frescos, y la mayor parte de las latas son de tamaño extragrande.

Kira señaló un envase de salsa de tomate de dieciocho litros que había en la mesa junto a Samm.

—No querrás acarrear eso cincuenta kilómetros, ¿verdad?

—Aunque no lo creas —respondió. Hizo una pausa en su trabajo y se volvió hacia ella—. Lamento lo de Afa.

—Yo también.

—Lo que quiero decir —prosiguió Samm— es que lamento haber sido tan... pretencioso. Al principio.

—Nunca lo fuiste.

—Arrogante, entonces —repuso Samm—. La sociedad Parcial es tan sistematizada que siempre sabemos a quién reportamos y quién nos reporta a nosotros, quién está por encima y por debajo. No lo traté como igual porque... supongo que no estoy acostumbrado al concepto.

Kira lanzó una risa hueca y se desplomó en una silla cercana.

—Bueno, eso sí suena un poco pretencioso.

—Me estás haciendo muy difícil ofrecer disculpas.

—Lo sé —respondió Kira, mirando el suelo—. Lo sé y lo siento, no quise hacerlo. Has sido una gran ayuda, y Afa no era precisamente la persona más fácil de tomar en serio.

—Lo hecho, hecho está —dijo, y siguió trabajando con las provisiones. Kira lo observó, no porque le interesara, sino porque le costaba demasiado esfuerzo apartar la vista.

—¿Crees que encontraremos lo que vinimos a buscar? —le preguntó.

Samm siguió buscando latas de comida que pudieran utilizar.

—No me digas que empiezas a prestarle atención a Heron.

—Yo pensaba que tenía que haber un plan —dijo Kira—. Que aunque no supiera de qué manera se conectaba el RM con el vencimiento y lo que yo soy, había una relación entre todo

eso. Pero si hubo un plan, no puedo evitar pensar que todo se echó a perder hace mucho tiempo.

—No digas eso —dijo Samm; dejó las latas y se acercó hasta donde ella seguía sentada—. No lo sabremos hasta que llegemos a ParaGen. No tiene sentido que dudes de ti ahora. Yo nunca lo hice.

Ella sonrió, a pesar de todo. Había empezado a preguntarse si Heron tendría razón, si aquella búsqueda tenía más que ver con su propia frustración por saber que toda su existencia había sido un accidente, un plan maligno o una mentira, que con salvar a ambas razas. Sin embargo, él no lo dudaba. Una vez más, no supo qué decir. Samm extendió una mano hacia la mejilla de ella.

Oyeron un ruido en el vestíbulo, y Samm empuñó su arma aun antes de que Kira se diera cuenta de que la tenía con él. Pero la bajó rápidamente cuando apareció Heron. Esta se detuvo un momento en la puerta al verlos juntos, pero solo un momento.

—Empaquen —dijo—. Salimos ahora mismo.

Samm la miró en silencio, y luego se levantó para terminar de empacar la comida. Kira siguió a Heron desde la cocina hasta el salón principal del restaurante, donde se puso a ensillar a Oddjob.

—¿Viste algo? —le preguntó Kira.

Heron aseguró bien la montura de Oddjob y se dirigió a hacer lo mismo con Bobo.

—Verde.

—¿Cómo que «verde»?

—El color. Lo conoces, supongo.

—¿Viste color verde? ¿Te refieres a pasto verde?

Heron asintió y Kira quedó boquiabierta.

—¿Hasta dónde llegaste?

—Hasta el piso veinte —respondió Heron, mientras terminaba con la silla de Bobo—. ¿Vas a ayudar?

—Claro —dijo Kira. Corrió hasta su bolsa de dormir y empacó sus pocas cosas rápidamente—. Pero sigue explicándote, así no

tengo que parar cada cinco segundos para hacerte otra pregunta.

—Este es uno de los edificios más altos de la zona —explicó Heron—, así que en lugar de adentrarme en la ciudad, subí hasta el último piso para ver qué se veía. Y vi verde... pasto, árboles, todo, en dirección a Rocky Flats. Como un parche verde contra las estribaciones de las montañas.

—¿Justo donde se supone que está el edificio de ParaGen? —preguntó Samm.

—No estoy segura —respondió, al tiempo que se echaba el equipaje a la espalda—. Pero estoy bastante segura de que también vi humo por allá.

—Hay humo por todas partes —recordó Kira—. La mitad de esta ciudad está ardiendo.

—Esos son incendios químicos —dijo Heron—. Aquel se parecía sospechosamente a un fuego de cocina. Por eso quiero llegar allá rápidamente si hay alguien, podría encontrarnos antes de que lo descubramos, y eso sería un problema. Pueden tratar de alcanzarme, pero no

voy a esperarlos.

Salió, fusil en mano, y corrió a través del vestíbulo hacia la ciudad. Kira miró a Samm.

—¿Gente?

—No lo sé.

—Averigüémoslo.

Terminaron de empacar a toda prisa, acomodaron con los músculos doloridos sus últimas cosas sobre los lomos de los caballos y salieron a la ciudad. Durante la noche había llovido, y las calles estaban muy traicioneras: de los techos caían gotas de ácido, y entre las grietas del asfalto habían surgido unas plantas extrañas, como tumores, que absorbían el veneno como esponjas y provocaban quemaduras dolorosas en las piernas de quien pasara demasiado cerca.

Se guiaron por la mejor señal que encontraron: un edificio alto y oscuro que parecía estar más o menos en la dirección indicada. A medida que avanzaba el día, empezaron a sospechar que el rascacielos negro podría ser, efectivamente, el de ParaGen: esa

torre solitaria, ubicada en la base de las montañas, los incitaba a seguir avanzando. Samm y Kira iban lo más rápido que podían, empujando a los caballos al límite de sus fuerzas, pero cuando volvió a caer la noche apenas habían llegado a las afueras de Arvada. Allí la ciudad estaba tan blanqueada por el ácido y desolada como el resto.

—No podemos parar —dijo Kira—. ¡Está tan cerca! —señaló la torre negra y las montañas que estaban más allá, tan próximos ya que se alzaban, imponentes, ante ellos—. No puedo acampar para pasar la noche sabiendo que lo que estuve buscando está allí mismo... Hay que seguir.

—Apenas podemos ver —respondió Samm, echando un vistazo a los miles de faroles callejeros, inútiles en un mundo sin electricidad—. Está oscuro, los caballos están exhaustos y todas esas nubes indican que habrá lluvia.

Kira gruñó de frustración y se volvió con los puños apretados, buscando algo que pudiera resolver su problema. Divisó un almacén y jaló a

Bobo hacia allá.

—Ahí. Dejemos los caballos y sigamos a pie.

Desensillaron en un salón de descanso que había en el fondo del comercio, llenaron una tina de plástico con toda el agua embotellada que consiguieron y cerraron la puerta para que los caballos no se escaparan. Además, Kira sacó casi todo lo que llevaba en su mochila y dejó solo lo imprescindible: agua, una lona gruesa para protección y la pantalla de computadora con toda la información que habían descargado en el centro de datos de Chicago; no quería ir a ninguna parte sin ella. Samm tomó su fusil y varios cargadores de municiones, y Kira se dio cuenta de que debía hacer lo mismo. Una vez listos, salieron con sigilo. El cielo se estaba despejando, y a la luz de las estrellas la ciudad se veía vacía y descolorida.

Arvada era menos industrial que gran parte de la ciudad que acababan de atravesar, aunque esta característica hacía más deprimentes los efectos de la lluvia tóxica: en lugar de edificios

blaqueados, atravesaron parques secos y polvorientos y calles residenciales llenas de casas derruidas y árboles atrofiados y deformes. Samm parecía más nervioso que entusiasmado, pero su estado de ánimo cambió cuando llegaron a un amplio lago: el agua no solo no era salada sino que estaba realmente fresca, completamente limpia de los venenos y químicos que habían plagado toda el agua que habían visto en un mes. Soplaban una brisa suave desde las montañas, y Kira aspiró aire puro por primera vez en varias semanas: hojas verdes, frutas frescas y... Sí, pensó, *un ligero aroma a pan recién horneado*.

¿Qué está pasando aquí? Las tierras que se extendían más allá del lago estaban verdes. No podían verlo, pero lo olían en el aire y lo sentían en el pasto blando y sano que pisaban. De alguna manera, contra toda lógica, había naturaleza viva al pie de la montaña, desde los límites de la Reserva Rocky Flats. Kira frunció el ceño y se aproximó a la cerca con cuidado. Estaba vieja y oxidada, pero más allá, la tierra

estaba sana y con mucha vegetación; se notaba aun en la oscuridad. Un oasis de vida que florecía en medio de la desolación. La torre negra se alzaba como una grieta en el cielo. Entre los árboles se divisaban algunas luces, y Kira levantó su fusil por protección.

Samm señaló con un gesto hacia la derecha, y siguieron la cerca con el mayor sigilo posible, entre los pastos y arbustos saludables que rodeaban el misterioso complejo. Pronto llegaron a un portón ancho, abierto y vacío, y lo observaron desde las sombras durante casi diez minutos hasta decidir que, en efecto, no había ningún guardia. Por las densas malezas que crecían en torno de la base del portón, Kira sospechó que hacía años que no se cerraba.

—¿Alguien vive aquí? —susurró.

—Yo... —Samm parecía no saber qué responder—. No tengo idea.

—¿Hay algún puesto de avanzada? —preguntó Kira—. ¿Algún tipo de... base Parcial o...?

—De haberlo descubierto, habría dicho algo.

—Bueno, ¿quién más puede ser?

Se quedaron mirando el portón, juntando valor para entrar.

—Todavía no hemos encontrado a Heron — dijo Samm—. Podría estar allí adentro, o escondida y esperándonos.

—Hay una sola manera de averiguarlo.

Kira avanzó lentamente, con el fusil preparado. No pensaba andar con rodeos cuando ya estaban tan cerca, ni aunque hubiera un asentamiento Parcial allí. Al cabo de un momento, Samm accedió y la siguió.

Cruzaron la cerca y entraron en el paraíso que estaba más allá. Kira se maravilló por la vibrante vegetación que los rodeaba, y volvieron a ver las luces; era fuego, estaba segura, pero a diferencia de los desastres humeantes de la ciudad, estas parecían fogatas pequeñas y controladas, tal como había dicho Heron. Fogatas de campamento u hogueras. Continuaron avanzando sigilosamente por la oscuridad, y pronto los oyeron.

Voces. Voces felices, que reían y cantaban,

con otro sonido en medio, algo que Kira había pensado que jamás volvería a oír. Echó a correr, olvidando toda precaución, y al verlos cayó de rodillas, demasiado emocionada para correr, hablar o siquiera pensar.

Niños.

El fuego de la hoguera saltaba y crepitaba en medio de un claro, rodeado por edificios bajos y una multitud de personas que bailaban, y bailando en medio de ellos había niños... infantes y preadolescentes, niños de diez años y otros que apenas empezaban a caminar. Decenas de niños de todas las edades y tamaños, riendo, gritando alegremente y aplaudiendo, cantando mientras una pequeña banda tocaba flautas y violines a la luz del fuego.

Kira se dejó caer en el pasto y lloró; sollozaba y trataba de hablar, pero no le salían las palabras. Samm se arrodilló a su lado y ella se aferró a él, abrazándolo, señalando a los niños, y Samm intentaba retenerla pero ella solo quería acercarse más, verlos con sus propios

ojos, tocarlos y abrazarlos. Ya la habían visto, los niños, los adultos y todo el mundo. La música había cesado y habían dejado de cantar, y estaban poniéndose de pie, sorprendidos. Samm volvió a tratar de ayudar a Kira a levantarse, y por fin ella logró hablar a la multitud de extraños que se les iban acercando lentamente.

—Tienen niños.

A su alrededor se congregó un semicírculo de desconocidos, y ella observó que tenían lanzas y arcos, y alguna que otra arma de fuego. Una mujer, que tendría aproximadamente la edad de Kira, se adelantó apuntándole al pecho con un rifle de caza.

—Arrojen sus armas.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Samm.

La chica del rifle seguía apuntando al pecho de Kira.

—Dije que arrojaran sus armas.

Él dejó caer su fusil al suelo. Kira estaba demasiado atónita como para moverse y seguía observando a los niños; Samm le quitó el fusil del hombro y lo arrojó sobre el pasto.

—No venimos a hacerles daño —dijo Samm—. Solo queremos saber quiénes son.

La chica bajó ligeramente el rifle de caza; ya no apuntaba a través de la mira pero sí lo mantuvo dirigido hacia ellos. Tenía cabello rubio recogido en una cola de caballo, y llevaba un chaleco de cuero que parecía rústico y casero.

—Ustedes primero —respondió—. ¿De dónde vienen? Hace doce años que nadie cruza las montañas.

Kira negó con la cabeza y por fin pudo hablar.

—No vinimos por las montañas, sino por el páramo. Somos de Nueva York.

La chica rubia levantó las cejas, y entre la multitud que la rodeaba hubo murmullos de incredulidad. Una mujer mayor se adelantó con un niño pequeño en brazos, y Kira se quedó mirándolo como si fuera un milagro en forma humana: de tres años, regordete y con mejillas sonrosadas, el rostro manchado de tierra y de los restos de lo que había cenado. El niño la miró con total inocencia; como si ella fuera lo más normal del mundo, y le sonrió. Kira no pudo sino sonreírle a su vez.

—¿Y bien? —preguntó la mujer—. ¿Van a responder?

—¿Qué? —preguntó Kira.

—Dije que no es posible que hayan venido de las Tierras Malas —dijo la mujer—, porque lo

único que queda es el páramo.

Samm apoyó una mano en el hombro de Kira.

—Creo que te distrajiste mirando al niño y no la oíste.

—Lo siento —dijo Kira, y se puso de pie. La gente dio un paso atrás, pero mantuvieron las armas preparadas. Samm se quedó a su lado, y ella lo tomó de la mano para sostenerse—. Es solo que... parece que hay muchas cosas que explicar. De los dos lados. Empecemos de nuevo —miró a la chica rubia—. Empecemos por lo básico: ¿son humanos o Parciales?

La mujer mayor la miró con suspicacia y con una ira que no pudo disimular. Kira supo de inmediato que era humana. *Será mejor fingir que nosotros también lo somos*, pensó.

—Me llamo Kira Walker, y él es Samm. Soy paramédica en el asentamiento humano de Long Island, en la Costa Este. Hasta hace cinco minutos creíamos que el nuestro era el último asentamiento humano del mundo, y a juzgar por cómo hablan, apuesto a que ustedes también

pensaban más o menos lo mismo. No teníamos manera de saber que había otros sobrevivientes, pero... aquí están. Y aquí estamos —extendió una mano—. Saludos de... —se interrumpió justo antes de decir «otro ser humano», y tuvo una súbita sensación de nudo en las entrañas. Ya no podía decir eso. Tragó saliva y masculló un final alternativo— otra comunidad humana.

Kira mantuvo la mano extendida, y con la otra se enjugó los ojos. Los colonos armados se quedaron observándola en silencio. Al cabo de un momento, la chica rubia señaló con la cabeza hacia el este.

—¿Cruzaron las Tierras Malas?

—Sí —dijo Kira.

—Deben de estar muertos de hambre —bajó por completo el rifle y tomó la mano de Kira; la tenía tan áspera y encallecida como ella—. Me llamo Calix. Acérquense al fuego y coman algo.

Samm recogió los fusiles y ambos siguieron a Calix hacia la fogata. Algunos de los lugareños los observaban con recelo, pero parecían más

curiosos que asustados. Kira no pudo evitar extender una mano hacia la criatura más cercana, una niña de unos nueve años, pero la retiró antes de tocarle el cabello negro rizado. La niña la vio, sonrió y le tomó la mano.

—Me llamo Bayley —dijo.

Ella rio, tan conmovida y feliz que le costaba reaccionar.

—Me da mucho gusto conocerte, Bayley. Me recuerdas a mi hermana. Se llama Ariel.

—Qué bonito nombre. Yo no tengo hermanas, solo hermanos varones.

Todo parecía mágico en aquel lugar: que Kira estuviera conversando con una niña, y que esta tuviera hermanos.

—¿Cuántos? —le preguntó, casi sin poder contener el entusiasmo.

—Tres —respondió Bayley—. Roland es el mayor, pero mamá dice que yo soy más responsable.

—No lo dudo ni un minuto —dijo Kira, y se sentó en un banco junto al fuego.

Un puñado de niños llegó corriendo para

mirar boquiabiertos a los recién llegados, pero pronto se alejaron, demasiado llenos de energía como para detenerse más de un segundo. Un hombre corpulento que usaba un delantal lleno de grasa le entregó un plato de puré de papas mezclado con abundante ajo y cebolla y cubierto con un poco de queso blanco humeante, y antes de que pudiera agradecerle, le agregó un cucharón de chili con carne. El aroma picante le hizo cosquillas en la nariz y agua la boca, pero Kira estaba demasiado impresionada como para probar un solo bocado. Otra niñita le sirvió un vaso de agua fresca, y ella lo bebió, agradecida. Samm agradecía a todos con voz queda y comía con mesura y amabilidad, pero no dejaba de observar a la gente y la zona, siempre cauteloso.

Calix y la mujer mayor que había hablado antes acercaron un banco y se sentaron frente a ellos. El niño de tres años que esta tenía en su regazo se retorció hasta que pudo llegar al suelo y se fue corriendo a jugar.

—Coman —les dijo la mujer—, pero entre bocado y bocado, hablen. Su llegada es...

bueno, como dijiste: no creíamos que quedarán más humanos. Y el hecho de que les hayamos dado de cenar no implica que confiemos en ustedes. Al menos, no todavía —esbozó una sonrisa tensa—. Me llamo Laura; soy una especie de alcaldesa en este lugar.

Kira apoyó su plato.

—Lamento mucho lo de antes, Laura; no quise ignorarte; es solo que... ¿cómo hacen para tener niños?

Laura rio.

—Como todo el mundo.

—Es que de eso se trata —repuso Kira—. Nosotros no podemos —de pronto se le ocurrió algo que la hizo levantarse de un salto, aterrada por lo que podría haber traído consigo a aquella población—. ¿No tienen RM?

—Claro que sí —respondió Calix—. Todo el mundo lo tiene —hizo una pausa y miró a Kira con el ceño fruncido—. ¿Estás diciendo que ustedes no tienen la cura?

—¿Tienen una cura?

Calix parecía tan sorprendida como Kira.

—¿Cómo pueden sobrevivir sin ella?

—¿Cómo la hicieron? —preguntó Kira—.

¿Es la feromona? ¿Han podido sintetizarla?

—¿Qué feromona?

—La feromona Parcial, era nuestra mejor pista. ¿No la hacen así? Por favor, tienen que decírmelo... tenemos que llevar esto a East Meadow...

—Por supuesto que no es una feromona Parcial —dijo Laura—. Los Parciales también están todos muertos —hizo una pausa y miró, nerviosa, a Samm y a Kira—. A menos que traigan malas noticias, además de las buenas.

—Yo no diría que son necesariamente «malas» —respondió Samm, pero Kira lo interrumpió antes de que pudiera decir más. La gente ya estaba recelosa; no tenía sentido decirles que sus visitantes eran Parciales antes de transmitirles un poco más de confianza.

—Los Parciales siguen vivos —dijo Kira—. No todos; quizá medio millón, más o menos. Algunos son... *más buenos que otros*.

—Medio millón —dijo Calix, visiblemente

asombrada por el número tan alto—. Es... —se recostó en su asiento, como si no supiera qué decir.

—¿Cuántos humanos? —preguntó Laura.

—Antes lo sabía con exactitud —respondió Kira—, pero ahora, calculo que habrá unos treinta y cinco mil.

—Gracias a Dios —dijo Laura, y Kira vio correr lágrimas por las mejillas de la mujer.

Hasta Calix parecía complacida, como si el segundo número fuera equiparable al primero. Kira empezó a sospechar; era como si la muchacha no comprendiera realmente la magnitud de ninguno de los dos números.

Kira se inclinó hacia adelante.

—Y ustedes, ¿cuántos son?

—Casi dos mil —respondió Laura, y sonrió con orgullo agrídulce—. Esperamos superar esa cifra en los próximos meses, pero... treinta y cinco mil. Nunca soñé que hubiera tantos.

—¿Cómo es? —preguntó Calix. Dirigió la pregunta a Kira, pero no dejaba de dirigir breves miradas a Samm—. El mundo fuera de la

Reserva. Hemos explorado algunas de las montañas, y tratamos de explorar las Tierras Malas, pero son demasiado extensas. Pensamos que abarcaban todo el mundo.

—Solo el Medio Oeste —respondió Samm—, y ni siquiera toda la región. Desde aquí hasta el río Mississippi, más o menos.

—Cuéntame sobre la cura —pidió Kira, tratando de llevar la conversación a lo más importante—. Si no la obtuvieron de los Parciales, ¿qué es? ¿Cómo la preparan? ¿Cómo sobrevivieron ustedes al Brote?

—De eso se ocupa el doctor Vale —dijo Laura—. Calix, corre a ver si aún está despierto; querrá conocer a nuestros visitantes —la chica se puso de pie, echó un último vistazo a Samm y corrió hacia la oscuridad. Laura se volvió nuevamente hacia Kira—. Fue él quien nos salvó del RM cuando empezó... bueno, no de inmediato. Fue algunas semanas más tarde, cuando todos empezaron a darse cuenta de que realmente era el fin. Reunió a todos los que pudo, amigos de amigos y a quienes

encontramos con vida. Y nos aplicó la cura, que supongo que habrá sintetizado él mismo, de alguna manera. Luego nos instalamos aquí, en la Reserva.

—¿Tienen la cura desde entonces? — preguntó Kira. Balbuceó un minuto, sin saber muy bien cómo plantear la siguiente pregunta sin que resultara ofensiva; finalmente se rindió y la formuló directamente—. ¿Por qué no se lo dijeron a nadie? ¿Por qué no salvaron a la mayor cantidad de gente posible?

—Lo hicimos —respondió—. Te lo dije: trajimos a todos los que pudimos encontrar, jóvenes y viejos, que no hubieran muerto ya por la guerra o por el virus. Pasamos semanas recorriendo la ciudad, y enviamos autos en todas las direcciones. Trajimos a todos los que encontramos, pero a esa altura ya no quedaban muchos vivos. No te mentí, Kira, cuando dije que sinceramente creíamos ser los últimos humanos del mundo.

—Nosotros fuimos al este —comentó ella—. Lo poco que quedaba del ejército nos

congregó a todos en un solo sitio.

Laura sacudió la cabeza.

—Parece que se les escaparon algunos.

—¿Y por qué pensaban que los Parciales estaban muertos? —preguntó Samm. Su voz sonaba tan neutra como siempre, pero Kira se dio cuenta de que algo le molestaba desde que habían llegado a la Reserva. Se esforzó por captar sus sentimientos por el enlace, pero sin la apertura de conciencia que le daba el combate, sus sentidos eran demasiado débiles.

—¿Por qué no habrían de estar muertos? —preguntó Laura—. El RM los mató igual que a nosotros.

—Espera, ¿qué dijiste? —preguntó Kira. Eso era una novedad; no solo una novedad, sino algo increíble—. El RM no afecta a los Parciales —prosiguió—. Son inmunes a él. De eso se trata... justamente.

Por un momento sintió pánico. Si en esta parte del mundo había una cepa mutante del RM que mataba a los Parciales, estaban en un peligro terrible. Pero en tal caso, ya se habían

expuesto. Era mejor serenarse y averiguar lo que pudieran.

—Es verdad —dijo Laura—, pero luego el virus mutó. Eso ocurrió aquí, en Denver: una cepa nueva apareció de la nada y arrasó con el ejército Parcial.

Kira no pudo evitar echar un vistazo a Samm, para ver si demostraba alguna reacción, pero seguía tan impasible como siempre. Escuchaba con tanta atención que Kira pensó que debía de ser la primera noticia que recibía de aquello, pero no podía estar segura, ni tampoco preguntarle allí, delante de todos. Decidió hablar con él más tarde. Se volvió hacia Laura.

—Si en Denver atacó una nueva cepa, seguramente habrán puesto esas fuerzas en cuarentena para que no se difundiera. En el este nunca se oyó de una cepa del RM que matara a los Parciales.

Calix llegó corriendo, sin aliento, y señaló hacia el interior de la Reserva.

—El doctor Vale está despierto —dijo,

respirando entrecortadamente—. Quiere verlos.

Kira se levantó de un salto. Si ese doctor había curado el RM, tal vez sabía más que ella sobre la fisiología Parcial y humana. Tal vez ya había encontrado los archivos que ellos buscaban y podía contarle más sobre el Consorcio, la fecha de vencimiento, y quizá incluso sobre quién y qué era Kira. Prácticamente corrió por delante de Calix, que la acompañó por el pueblo: un conglomerado de edificios de oficinas convertidos hacía tiempo en apartamentos. Allí había personas que no habían estado junto a la fogata, pero aparentemente ya se había corrido la voz y notó que la observaban cientos de curiosos, desde las puertas, asomados a las ventanas y en grupos en las esquinas. Miraban a Kira y a Samm con el mismo asombro que ella había sentido al verlos por primera vez, y tenían una cura, y vivían en un paraíso. Era la mayor esperanza que había sentido quizás en toda su vida.

A lo lejos, detrás del pueblo de edificios de oficinas, se elevaba una torre inmensa, alta

como las que Kira había visto en Manhattan. Era negra como el carbón, como un agujero en el cielo nocturno, y apenas se distinguía, como un trozo de oscuridad contra el fondo de montañas nevadas. Pensó que Calix los conducía hacia allá, pero se detuvo en un edificio bajo que parecía haber sido una bodega y luego convertido en hospital.

—Aquí está —les informó Calix, y abrió la puerta.

Kira vio que era de vidrio, y con un sobresalto se dio cuenta de que en la Reserva casi todas las ventanas estaban sanas, clásica señal de presencia humana, y un fenómeno que solo había visto en East Meadow. Eso la hizo sentir más a gusto, y el hecho de estar entrando en un hospital aumentó esa sensación. Samm, en cambio, se rezagó, y tras un momento incómodo Kira volvió para hacerlo entrar.

—Vamos —le dijo— ya estamos aquí. Esto es lo que buscábamos.

—Dejamos a los caballos —respondió él, con voz que era apenas más que un susurro—.

No deberíamos dejarlos toda la noche; vayamos a buscarlos y reunámonos mañana con este sujeto.

—¿Eso es lo que tiene inquieto? —le preguntó. Tiró del brazo de Samm—. Vamos, los caballos estarán bien; podemos ir a recogerlos por la mañana.

—Nos dejaron conservar las armas —susurró Samm, y las zarandó para enfatizar sus palabras—. Sé que eso hace parecer que confían en nosotros, pero es espeluznante... no tienen manera de saber si lo que decimos es verdad, y eso significa que más allá de las sonrisas y los agasajos, hay algún nivel superior de seguridad que no vemos, y no me gusta nada. Volvamos por la mañana.

Kira se detuvo y lo observó. Le pareció percibir la preocupación de Samm por el enlace, y si ella podía sentirla, tenía que ser muy intensa.

—Estás muy nervioso, ¿no?

—¿Tú no?

Kira miró alrededor. Aún los observaban, y Calix esperaba, impaciente, junto a la puerta.

Nadie estaba lo suficientemente cerca como para oírlos; al menos, no con sentidos humanos. Se acercó más a Samm y susurró:

—Hay aquí un grupo de humanos que están vivos, que encontraron una cura y están viviendo en torno del edificio que guarda los secretos del RM, el vencimiento y lo que diablos soy yo, Samm. Esto es lo que vinimos a buscar.

—Algo no está bien aquí.

—Nadie nos ha amenazado...

—Pero ¿dónde está Heron? —prosiguió—.

Salió por delante para investigar precisamente este lugar, y sin embargo no está aquí... Eso significa que vio algo que no le gustó y se quedó al margen, o que ellos la vieron primero y la mataron. Digo, no pueden haberle hecho nada bueno, si están simulando que no la han visto. Y no quiero conocer al enemigo que es capaz de ver primero a Heron y matarla.

Tiene razón, pensó Kira. Esto es sospechoso, peligroso, demasiado bueno para ser cierto y, sin embargo...

—Tienen la cura —dijo—. Si están

mintiendo sobre algo, no será sobre eso: hay niños por todas partes. Y si tienen eso, quizá tengan más. Necesito entrar en ese edificio, Samm, *tengo* que entrar. Si quieres esperarme afuera, está bien.

—No voy a dejarte sola —respondió él, y miró hacia el hospital resplandeciente que estaba ante ellos—. Entonces supongo que entraremos.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Calix los llevó por los pasillos, y Kira descubrió que el hospital no era un lugar improvisado, sino un laboratorio reformado, equipado con los aparatos más modernos; eso también debía de haber sido parte del complejo de ParaGen. Los corredores estaban relativamente vacíos, pero a Kira se le subió el corazón a la garganta al oír llantos de bebés; no eran gritos de bebés enfermos, como los que siempre había escuchado en East Meadow, sino llantos de recién nacidos sanos y voces de madres felices que los arrullaban. Quería correr a verlos, pero contuvo las lágrimas y siguió a Calix. Primero necesitaba la cura; después podía obtener algunas respuestas.

De pronto Samm se puso tenso y su cabeza giró como buscando algo. Instintivamente, Kira adoptó una posición de combate, lista para atacar. Él respiró hondo, recorrió el pasillo con la mirada y por fin miró a Kira. Ella empezó a hablarle, pero Samm sacudió la cabeza y señaló con un gesto a Calix. La muchacha rubia se había detenido junto a la puerta de una oficina y estaba mirándolos con expresión extraña.

—¿Todo bien?

Kira notó que la pregunta iba dirigida a Samm. Este empezó a responder, pero ella lo interrumpió.

—¿Esa es la oficina del doctor?

—Sí —respondió Calix, y llamó a la puerta.

Del otro lado, una voz hosca les gritó que entraran, y siguieron a Calix al interior. El doctor Vale era bajo y de aspecto común, de edad avanzada pero saludable. En realidad, Kira no pudo discernir si era mayor que el doctor Skousen o no, y se preguntó si se habría aplicado alguna de las modificaciones genéticas que recibían algunas personas adineradas antes

del Brote. En ese caso, no habría manera de adivinar su edad: podía tener entre sesenta y ciento veinte años. Samm lo miró un momento y Kira no pudo evitar sentir una vaga oleada de suspicacia: a él no le agradaba el médico; ella no necesitaba el enlace para darse cuenta de eso. Se aclaró la mente y se preparó para la conversación, lista para lo que ocurriera.

—Tomen asiento, por favor —les dijo, señalando las sillas que estaban frente a su escritorio. Calix iba a sentarse con ellos, pero el doctor Vale la detuvo con una sonrisa amable y un gesto que señalaba la puerta—. ¿Serías tan amable de esperar afuera, querida? Nuestros invitados tendrán muchas preguntas y no quiero que nos molesten.

Calix no parecía muy contenta, pero suspiró y salió de la habitación, no sin antes dirigirle una breve sonrisa a Samm. Este ni siquiera pareció darse cuenta, pues tenía toda su atención puesta en el doctor, y Kira sintió una inexplicable satisfacción.

La chica cerró la puerta al salir, y Vale miró

a Samm y a Kira.

—Bien —dijo—. Conque ustedes son los aventureros que cruzaron las Tierras Malas.

—Sí, señor —respondió Kira—. Vinimos en busca de... respuestas. Además, necesitamos una cura para el RM, y entendemos que usted ha sintetizado una.

—Así es —respondió el médico—, así es. Díganme, ¿cuántos dijeron que son?

—¿Humanos o Parciales? —preguntó Kira. Vale sonrió.

—Ambos.

—Treinta y cinco mil humanos —respondió Kira—. Más o menos. Y como medio millón de Parciales.

Vale volvió a sonreír, casi radiante.

—Entonces este encuentro es agridulce, ¿verdad? Enterarse en un segundo de que todo lo que uno pensaba del mundo está obsoleto. Admito que no estaba preparado para esta revelación, y eso que me enorgullezco de estar preparado para todo.

—Por favor, doctor —pidió Kira—.

Hábleme de la cura.

—Funciona —respondió Vale, levantando las manos al tiempo que se encogía de hombros con aire satisfecho—. ¿Qué más hay que decir? Inoculamos a todos los niños cuando nacen, y el RM ya no puede afectarlos. No es la mejor solución a largo plazo, es verdad; detestaría pensar que, de aquí a cien años, seguiremos dándoles inyecciones a todos los bebés... pero eso es lo que hacíamos también antes del Brote, ¿no es cierto? Vacunas, antibióticos y toda una ensalada química. Incluso antes del RM, el mundo se había vuelto mucho más hostil con nuestra especie de lo que nos gusta admitir.

Había algo extraño en ese hombre, algo que Kira no llegaba a identificar. Ella había crecido haciendo una residencia médica y había pasado toda su vida entre médicos, y ese doctor Vale era... diferente. No hablaba como tal.

—Lo que necesitamos —prosiguió el doctor, señalando hacia la ventana oscura que estaba detrás de él— es una cura que funcione como nuestra Reserva.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella.

Vale volvió a sonreír.

—Este paraíso donde vivimos fue alguna vez tan mortal que era territorio restringido, vacío no solo de seres humanos sino también de plantas y animales. Un páramo yermo, bastante parecido al que ustedes cruzaron, pero ahora la situación ha cambiado, ¿no? Lo que la tecnología nuclear destruyó, la biotecnología logró resucitarlo.

Kira frunció el ceño.

—¿En este lugar hubo un bombardeo nuclear?

—No, no, no —respondió—; al menos, no del modo en que estás pensando. La Planta Rocky Flats fabricó armas nucleares para la Segunda Guerra Mundial; fue el primer emplazamiento elegido para la producción de bombas de hidrógeno. Por aquí pasó más material radiactivo que por toda la ciudad de Hiroshima, pero la tecnología, como hemos visto, suele escapársenos de las manos. La planta llegó a convertirse en un peligro tan grande para

la salud que fue desmantelada por completo, y al cabo de décadas de trabajo de limpieza, por fin se consideró que era apta para ser habitada. No por humanos, claro está: no era tan segura, pero ¿a quién le gustan los venados, de todos modos? Que les dé cáncer; nosotros no los aseguramos. Así nació, en el año 2000, la Reserva de Vida Silvestre Rocky Flats, y así permaneció durante varias décadas, lo suficientemente limpia como para aplacar nuestra conciencia, sin llegar a estar realmente limpia. Esa es la capacidad humana para el altruismo.

—Usted mencionó la biotecnología —dijo Kira. No estaba segura de adónde quería llegar el médico con todo eso, pero al menos estaba hablando. Lo instó a seguir, tratando de averiguar más—. Supongo que entonces apareció ParaGen.

—Supones bien —dijo Vale—. ParaGen, líder de una nueva industria que se desarrollaba rápidamente. No siempre estuvimos aquí; empezamos del lado sur, en Parker. Pero nuestra primera incursión en el reino de la

biotecnología fue una serie de microbios hambrientos, programados para alimentarse de cosas que nadie más quería...

—¿Usted trabajaba en ParaGen? — preguntó Kira.

—Claro que sí —respondió. Echó un vistazo a Samm, que aún estaba tenso en su silla, y se volvió hacia Kira—. Gracias a mi trabajo anterior en biotecnología, la cura fue posible.

Kira tuvo que obligarse a no levantarse de un salto. ¿Un biotecnólogo de ParaGen? ¿Sería miembro del Consorcio? Hervía de preguntas, pero aún no estaba segura de cómo encararlo. Si le preguntara directamente por los Parciales, la fecha de vencimiento, el Seguro o algo de eso, ¿le respondería? ¿Se callaría? ¿Se pondría furioso? Decidió dejar que siguiera hablando, para comprender mejor su personalidad.

—¿Usted desarrolló microbios?

—Microbios que comían desechos — respondió, feliz de estar hablando de ese tema —. Radiación. Metales pesados. Productos químicos venenosos. Cosas muy diferentes, pero

todas, a su manera, eran una fuente perfecta de energía para un organismo diseñado para usarla. Un par de contratos con el gobierno, unos años para que los microbios llevaran a cabo su magia, y de pronto la pobre zona arruinada de Rocky Flats se convirtió en un Jardín del Edén. Semejante éxito trae más contratos, mayores proyectos, más dinero. Con algunos éxitos más, se puede empezar a pedir cualquier cosa como pago, y uno de ellos resultó ser Rocky Flats, un área perfecta para el desarrollo que nadie más querría nunca. Es nuestra recompensa kármica por haberla salvado, y los microbios todavía siguen alimentándose en la tierra, manteniendo a raya el páramo tóxico y preservando nuestro rincón del paraíso.

Le encanta hablar de todo esto, pensó Kira. ¿Lo presiono un poquito más? Se aclaró la garganta.

—Entonces usted integraba el equipo de investigación que creaba nuevos organismos.

—Así es —respondió, y miró a Samm, que seguía frío y mudo como una estatua. Ella se

preguntó qué estaba pasando, pero Vale volvió a mirarla con una sonrisa amable—. Soy especialista en genética, al punto de que hoy en día es posible hacer cualquier trabajo en genética. La cura que tengo es factible, por ahora, pero necesito algo que funcione como esos microbios: algo que viva bajo la superficie y nos proteja sin nuestra intervención. Algo que pase de madre a hijo.

—Pero aun así, lo que tiene ahora es una cura —dijo Kira—. Funciona. Donde nosotros vivimos, en Nueva York, no hemos tenido un solo bebé que sobreviviera desde el Brote. Encontramos la manera de curar a uno solo, hace unos meses, pero eso fue todo. Tenemos un bebé milagroso, pero ustedes tienen cientos. Hemos intentado reproducir nuestra cura y no pudimos, pero usted podría darnos un futuro. Por favor... soy paramédica, me entrené toda mi vida para este momento. Lléveme a su laboratorio, enséñeme cómo lo hace, y podríamos salvar a decenas de miles de niños. A toda una generación —sintió que empezaba a

llorar—. Podríamos volver a tener futuro.

—La cura no se puede transportar —respondió Vale.

—¿Qué? —preguntó, confundida—. ¿Cómo que no se puede transportar?

—Ya verás.

—Vamos ahora —exclamó Kira, mientras se ponía de pie.

—Ten paciencia —dijo el médico, y le indicó que volviera a sentarse. Ella no se sentó—. Quiero ayudarlos, pero debemos tener cuidado.

—¿Cuidado de qué?

—Aquí, en la Reserva, tenemos un equilibrio muy delicado —dijo—. Los ayudaré, pero necesito hacerlo sin alterar ese equilibrio.

—Entonces déjenos ayudarlo —insistió Kira, con ansiedad—. He estudiado el RM, hemos cruzado el páramo, conocemos el terreno, la política y todo lo demás. ¿Qué necesita saber?

—Esta noche, nada —respondió Vale—. Mañana hablaremos.

Kira apretó los puños con frustración.

—¿Y la fecha de vencimiento?

El médico levantó la vista, con los ojos grandes y curiosos, como si no entendiera.

—La fecha de vencimiento de los Parciales —explicó—, el mecanismo en su genoma que los mata al cabo de veinte años. ¿Sabe algo de eso? ¿Ha descubierto cómo funciona?

—Los otros les darán alojamiento —dijo Vale. Se levantó de su silla y se dirigió a la puerta. Ahora su voz sonaba menos segura, y en lugar de la alegría que le daba hablar de los microbios había incertidumbre—. Esta noche va a llover, y microbios o no, no querrán estar afuera cuando llueva.

—¿Por qué no me responde? —insistió Kira.

—Te responderé mañana —dijo—. Vayan con Calix, y enviaré a alguien a buscarlos por la mañana.

Abrió la puerta y señaló hacia el corredor.

—A primera hora de la mañana —dijo Kira—. Prométalo.

Samm se puso de pie para seguirla.

—Por supuesto —respondió—. A primera

hora.

Calix había estado sentada en el piso del pasillo, y se levantó rápidamente.

—Debemos apurarnos —dijo—. Se acercan las lluvias ácidas; todo el mundo ya está adentro —miró a Samm—. Pueden quedarse en mi casa, los dos, pero tenemos que darnos prisa.

Kira volvió a mirar a Vale, que aún tenía su irritante sonrisa adherida a la cara.

—A primera hora —le dijo, y dio media vuelta para seguir a Calix, que ya corría por el pasillo.

Al llegar a la salida, la chica miró hacia afuera con cautela, y espió los nubarrones negros que cubrían el cielo.

—Todavía no llueve. Vamos.

Salió corriendo y Kira se dispuso a seguirla, pero Samm la tomó del brazo.

—Espera —le dijo, y se inclinó para susurrarle al oído. Habló con voz tan baja que ella apenas pudo oírlo—. ¿Lo sentiste?

—¿Qué cosa?

—Al doctor Vale —respondió Samm—. Lo

sentí en el enlace. Es Parcial.

CAPÍTULO CUARENTA

Calix vivía a pocos edificios de allí, y llegaron justo cuando empezaban a caer las primeras gotas de ácido.

—Lo que ParaGen puso en el suelo ayuda a proteger las plantas —dijo Calix—, pero ustedes no querrán que les caiga el ácido.

En la entrada había un hombre corpulento, que mantenía la puerta abierta para que entraran a toda prisa, y los reprendió por llegar tan tarde.

—¿Tratas de matarte, Callie?

—Hasta ahora, nunca me ha atrapado la lluvia —respondió Calix, y le dio una palmada afectuosa en el brazo al pasar—. Gracias por sostener la puerta.

—No hay de qué. ¿Estos son los viajeros?

Samm recorrió con la mirada el vestíbulo del edificio, que estaba atestado de curiosos. Se volvió hacia el hombre y asintió.

—Así es. Necesitamos una habitación para pasar la noche, si la tienen.

—Quiso decir «por favor» —acotó Kira—. Y muchas gracias por su hospitalidad.

—Tengo lugar de sobra —respondió Calix, y presionó el botón del ascensor.

Kira pasó a su lado en busca de la escalera, y se sobresaltó ligeramente cuando se abrieron las puertas del elevador.

—Diablos.

—¿Estás bien? —le preguntó Calix.

—Es que donde yo vivo... —Kira se estremeció levemente y entró tras ella en el ascensor, con pies de plomo—. Donde yo vivo no tenemos suficiente electricidad para los elevadores. Nunca había estado dentro de uno.

—Yo tampoco —dijo Samm, aunque Kira sabía que era mentira. Probablemente trataba de evitar la pregunta inevitable de por qué sus experiencias pasadas habían sido tan distintas.

La chica pulsó un botón (el del último piso) y las puertas se cerraron.

—Todo este complejo tiene electricidad —observó Kira—. No solo el hospital, sino todo. ¿De dónde la obtienen?

—ParaGen había llegado a autoabastecerse totalmente unos años antes del Brote —explicó Calix—. Tenemos electricidad, agua corriente y, por supuesto, la Reserva misma, que nos protege del páramo. Hasta hay suficientes tierras para criar ganado, si pudiéramos encontrar vacas vivas.

—El chili de la cena tenía carne —recordó Kira.

—En realidad, era de venado —respondió Calix, y miró a Samm con orgullo—. Yo misma lo rastreeé. Hace ya dos años que soy cazadora con todas las de la ley.

Samm asintió, lo cual era en él una gran demostración de emoción.

—Muy impresionante.

Kira trató de no mirarlo mal. Al fin y al cabo, lo que la chica había cazado no era ningún

monstruo, como aquella cosa que la había perseguido en Nueva York.

El ascensor los dejó en el último piso, que Kira reconoció de inmediato como un sector de oficinas, aunque la mayor parte de los cubículos se habían retirado. Los escritorios que quedaban estaban contra las paredes, cubiertos de macetas con plantas, libros y juegos de mesa. En un rincón había varias pelotas de goma.

—Este es nuestro patio —dijo Calix—. Yo vivo aquí: en la Sala de Conferencias Número Dos.

Cada oficina y sala de conferencias por la que pasaban había sido convertida en un pequeño apartamento; muchos estaban ocupados, y Calix saludaba con familiaridad a sus vecinos al pasar. Los vecinos miraban boquiabiertos a los recién llegados, pero no se les acercaban. La Sala de Conferencias Número Dos tenía una decoración más austera que la mayoría, y Kira se preguntó si simplemente a la chica le gustaba menos la decoración o tenía menos experiencia, o si de

alguna manera era más pobre. Aparentemente, aquella sociedad no utilizaba dinero, pero Kira empezaba a notar que allí casi nada era como lo esperaba.

Como el hecho de que el médico fuera Parcial.

Había una sola cama, que Calix tuvo la amabilidad de ofrecer a Kira, pero esta insistió en dormir en el suelo... del otro lado de la habitación, donde pudiera hablar en privado con Samm una vez que su anfitriona se durmiera. Sin embargo, tras la primera hora de preguntas entusiasmadas acerca del mundo fuera de la Reserva, Kira se dio cuenta de que era mucho más probable que Calix se mantuviera despierta más tiempo que ellos, y no al revés. Al cabo de la segunda hora, Kira ya tenía demasiado sueño y sintió que se le cerraban los ojos, mientras Samm seguía respondiendo una pregunta tras otra.

Poco a poco fue quedándose dormida en su enredo de mantas en el suelo, a pocos centímetros de donde Samm estaba sentado.

Pasaron algunos momentos, su respiración se hizo profunda y pareja, y sintió algo que le tocaba el dorso de la mano.

Él había apoyado su mano sobre la suya.

Despertó sobresaltada, se incorporó y extendió la mano para tocar algo, pero no recordaba qué. El sol se asomaba entre las cortinas de la ventana, y la cama de Calix estaba vacía. Samm estaba dormido en el suelo, a su lado, recto como un cadáver. Ella se puso de pie, espió el pasillo, luego cerró la puerta con firmeza y sacudió a Samm para despertarlo.

—¡Samm!

Él despertó como lo haría un depredador y giró hasta adoptar una pose de combate con tanta rapidez que Kira tuvo que esquivarlo para no recibir un golpe. Se quedó quieto, recorrió la habitación con la mirada y luego la miró a ella.

—Lo siento —dijo—. Este lugar me tiene con los nervios de punta.

—A mí también —respondió Kira—. Tenemos que averiguar qué está pasando. Por ahora estamos solos, pero no sé cuánto falta para que Calix regrese.

—El médico no es Parcial —dijo Samm.

—Dijiste que lo era.

—No corresponde a ningún modelo de Parcial que yo conozca —explicó—. Lo he pensado toda la noche. No es general ni médico ni nada, lo cual significa que hay dos posibilidades. Una, que sea un modelo como tú, que aún no hemos visto y no se produjo masivamente. Eso no me parece probable, principalmente porque tú no emites datos por el enlace y él sí; además, tú cambias físicamente con la edad y es obvio que él no podría ser tan viejo si hubiera empezado como niño hace diecisiete años. La segunda y más probable es que sea como Morgan: humano con modificaciones genéticas que le permiten usar el enlace. Lo cual me lleva a una conclusión bastante obvia.

—Que también es integrante del Consorcio

—dijo Kira—. Dado todo lo que dijo sobre su historia con ParaGen, eso tiene mucho sentido. Probablemente era uno de los científicos principales.

—Significa también que puede incapacitarme si lo desea —agregó él, con voz calmada y desapasionada a pesar de la seriedad de sus palabras—. Anoche no me dio ninguna orden, pero si alguna vez lo hace, no sé si podré desobedecerlo.

—Desobedeciste a Morgan.

—Y me llevó varios minutos poder hacerlo, y con extrema concentración —le recordó Samm—. El control que ejercen es casi imposible de quebrar, más aún en el caso del Consorcio que en el de los oficiales comunes. Si realmente se lo propone, a corta distancia, no sé si podré hacer algo. Incluso en el mejor de los escenarios, puede incapacitarme el tiempo suficiente para ir por ti.

—Y en el peor —agregó Kira—, puede incapacitarme a mí también. Suponiendo que sepa lo que soy.

—Morgan no lo sabía —recordó Samm—. Pero eso no significa nada: es obvio que tu padre y Nandita sabían que eras Parcial, pero Morgan, no. Ignoramos qué sabe o no Vale.

—Empiezo a darme cuenta de que el Consorcio no era muy confiado —comentó ella—. Es como si hubiera habido por lo menos dos grupos, cada uno con sus intenciones.

—Sí. Eso explica en parte la existencia de algunas pruebas contradictorias, pero no indica exactamente qué significan esas pruebas. Necesitamos más información.

—Y eso probablemente estará en la torre central —dijo Kira—. El edificio en donde estuvimos ayer parecía ser exclusivamente médico. Si Vale vuelve a andarse con rodeos, esa torre es nuestra siguiente prioridad.

Samm asintió, y luego pensó un momento.

—¿Alguna vez Nandita te controló?

—¿Por el enlace, quieres decir?

—Sí. ¿Alguna vez tuviste la impresión de que te obligaban a algo?

—No, que recuerde —respondió Kira. Lo

miró y sintió una punzada de tristeza por algunas de las cosas que él había tenido que pasar—. ¿Cómo es?

Samm suspiró.

—Puede ser difícil de reconocer —admitió. Hizo una pausa, y en su rostro hubo un levísimo asomo de sonrisa—. Claro que, para alguien tan patológicamente independiente como tú, podría ser un poco más fácil.

Kira le dio una ligera palmada en el brazo.

—No sabía que los Parciales sabían hacer bromas.

—Aprendo rápido.

—Como sea —prosiguió ella—, no creo que Nandita me haya controlado nunca por medio del enlace, y no sé si Vale lo intentará siquiera —pensó un momento, preocupada de pronto—. Pero, sepa o no lo que soy, tiene que saber que tú eres Parcial, ¿no?

—No imagino cómo podría ignorarlo —respondió Samm—, pero tampoco imagino por qué no dijo nada. ¿Qué gana con mantener el secreto? A menos que... ¿Y si nos identificó

como Parciales, pero no sabe si sabemos que lo sabe?

Kira echó otro vistazo a la puerta; seguía cerrada.

—Es muy posible. Creo que tenemos que partir de la base de que esconde algo. Aunque sea por su propio interés. No podría revelar que eres Parcial sin revelar que es uno de los científicos que nos crearon. Esta gente no es tan militante como nosotros, en East Meadow, pero aun así parece que tampoco les agradan los Parciales. Si se enteraran de que su médico colaboró en la producción del ejército rebelde, podría no caerles muy bien la noticia.

—Yo también llegué a esa conclusión —dijo Samm—. Como sea, son malas noticias para nosotros. Él tiene algo bueno aquí, una minisociedad perfecta, y nuestra llegada, nuestra existencia misma, representa una amenaza. Si los Parciales nos siguen hasta aquí, está perdido. Si nos siguen los humanos, está perdido. Si se revela la verdad sobre ti, sobre mí o él, todo el secreto queda al descubierto y él está perdido.

Sus mejores cursos de acción serían matarnos o mantenernos aquí por tiempo indefinido. Y quizá por eso ayer no se ofreció a ayudarnos a entender la cura del RM.

Kira frunció el ceño, bastante inquieta por la aparente contradicción.

—A menos que antes haya dicho la verdad —repuso—. Dijo que no se podía «transportar». Eso podría significar que debe estar refrigerada. Obviamente, no podemos llevar algo así a través de medio continente. Al margen de eso, por lo menos podría darnos la fórmula, o enseñarme el proceso. Pero se negó. No sé qué está pasando, pero tienes razón sobre el peligro.

—Y todavía no sabemos dónde está Heron —recordó Samm.

—Cierto —Kira tamborileó con los dedos en el suelo, tratando de desentrañar la maraña de posibilidades—. Si se acercara demasiado, él la detectaría. Tal vez usó el enlace para capturarla.

—Ella está mucho más alto que la mayoría de nosotros en la jerarquía del enlace: es parte de la independencia incorporada a los modelos

de espionaje —Samm hizo una pausa, pensativo, y luego suspiró, un acto claramente humano que probablemente se le había contagiado por pasar tanto tiempo con Kira. A ella le pareció fascinante—. Aun así —prosiguió—, estaba subordinada a Morgan, y supongo que Vale tendrá una jerarquía similar en el enlace. Podría tenerla prisionera en alguna parte.

—También es posible que ella lo haya detectado primero y se haya quedado atrás. Conociendo a Heron, me parece muy probable. Bien podría estar buscando las respuestas en otra parte del complejo.

—En la torre central. Dado que aparentemente todos los edificios de aquí tienen electricidad, habrá podido acceder a las computadoras con bastante facilidad. Pero eso no significa que haya conseguido la información. Sin Afa para sortear las medidas de seguridad, no sé cómo vamos a hacerlo.

—Entonces empezaría con los archivos físicos —repuso Kira—. Siempre y cuando el doctor Vale no los haya hecho desaparecer; si

está tratando de ocultar su identidad, podría haber destruido muchos datos antiguos.

—Eso suponiendo que sí trata de esconderse —acotó Samm—. También cabe la posibilidad de que estemos malinterpretando por completo este lugar; quizá aquí todos saben quién es él. Podríamos averiguar mucho más si tuviéramos a alguien en quien confiar para obtener respuestas directas.

—No confío en Calix —dijo Kira enseguida, interrumpiéndolo antes de que pudiera sugerirlo—. Obviamente, es leal a Vale.

—Él es el líder aquí —repuso Samm—. ¿Por qué no habría de serle leal?

—Justamente —respondió—. No digo que ella sea espía ni nada de eso, solo que... si le hacemos muchas preguntas, él se va a enterar.

—Y ahora estás suponiendo que hay una conspiración —dijo Samm—. El hecho de que Vale sea sospechoso no convierte a los demás en enemigos. Lo más probable es que aquí todos sean felices e ignoren el resto.

Kira negó con la cabeza.

—Probable, pero no garantizado. No quiero confiar en nadie hasta no saber mejor lo que pasa.

—Eso es lo único para lo que esta sociedad no está preparada —dijo él. Kira levantó la vista, y Samm sonrió, levemente, con la comisura de la boca—. Eres una rebelde, Kira Walker. Incluso cuando no hay nada contra qué rebelarse.

Ella sonrió.

—Tal vez me hicieron así. ¿Hay algún modelo rebelde de Parciales?

—Nosotros iniciamos la guerra Parcial —respondió, simplemente—. La rebelión es lo más humano que tenemos.

El pestillo de la puerta se abrió con un chasquido y Kira levantó la vista de inmediato, momentáneamente aterrada de que los atraparan, pero luego se dio cuenta de que nada de lo que estaban haciendo podía resultar sospechoso. ¿Por qué no habrían de conversar los recién llegados? Solo esperó que nadie los hubiera estado escuchando.

Calix empujó la puerta con la cadera, pues traía un par de platos cargados con huevos y papas fritas, ambos coronados con abundantes chiles rojos y verdes, y al recordar el chili de la noche anterior, Kira tuvo la clara impresión de que al cocinero del lugar le gustaba la comida picante.

—Están despiertos —observó la chica, y colocó los platos en una mesa junto a la pared. Tenía una forma extraña, pues era el resto de una mesa de conferencias mucho más grande que había ocupado la sala. Sacó tenedores de su bolsillo y señaló la comida con un ademán pomposo—. El desayuno está servido. Además, invité a un amigo, si no les molesta; no podía traer todo sola.

Como si esa fuera la señal de entrada, se oyeron unos golpecitos en la puerta. Calix la abrió y entró un joven bajo, de rostro ancho y sonrisa traviesa. Tenía los brazos cargados de gruesas tazas de plástico y una enorme jarra de agua.

—Gracias, Cal. Hola, chicos, soy Phan.

—Hola —respondió Kira. Su estómago gruñó en forma audible, y ella hizo una mueca de vergüenza—. Disculpen. Hace meses que no comemos comida de verdad... Esto parece delicioso.

Phan rio.

—No hay problema, sírvanse —le quitó la tapa a la jarra y empezó a servir el agua. Kira observó que, a pesar de su estatura, tendría su misma edad—. Disculpen que haya irrumpido en su desayuno, pero ustedes son lo más asombrosamente interesante que ha pasado aquí en toda la historia.

Kira rio entre dientes.

—Yo podría decir lo mismo de ustedes. Siempre tuvimos la esperanza de que hubiera más sobrevivientes, pero nunca habíamos podido estar en contacto con ninguno.

—Siéntense y coman —les dijo Calix, y guio a Samm a la mesa con un toque leve en el brazo—. No se preocupen por nosotros, ya comimos.

—Túrnense para comer, así uno de ustedes puede hablar —propuso Phan, al tiempo que

distribuía las tazas de agua—. Empiecen por contarnos cómo diablos pudieron cruzar el páramo; ninguno de nosotros pudo llegar siquiera hasta Kansas. Creímos que, si alguna vez encontráramos un asentamiento, sería al oeste, del otro lado de las montañas.

Kira tragó su bocado de papas (increíblemente picantes, pero nada para lo cual no la hubiera preparado la comida de Nandita) y les hizo a su vez una pregunta.

—¿Alguna vez las cruzaron?

—Si alguien las cruzó, nunca regresó —respondió Calix—. Nosotros recorrimos lo suficiente como para saber que los desechos tóxicos no llegan muy lejos hacia el oeste. Las montañas frenan el viento, con lo cual la mayor parte del veneno se queda aquí, en la llanura, pero aun sin las lluvias ácidas, las montañas son bastante peligrosas. Para llegar al otro lado hay que cruzar unos pasos muy altos, y muchos de los caminos están destruidos por el agua.

—Lo mejor sería una excursión al norte —dijo Phan—, atravesando Wyoming y el extremo

de la cordillera, pero Vale no lo aprueba. Allá arriba está tan vacío como aquí, y no hay buenos lugares donde guarecerse de las tormentas. Él tiene que hacer reglas como esta, porque hay gente como Calix que es lo bastante tonta como para intentarlo.

—Cállate —replicó la chica, y le arrojó un calcetín a la cara.

—¿Siempre tienen que hacer lo que dice Vale? —preguntó Kira—. Pensé que Laura era la alcaldesa.

—No fue por no seguir los buenos consejos que llegué a ser cazador —respondió Phan—. Vale, Laura, los otros adultos, todos quieren mantenernos con vida.

Samm se llevó a la boca un gran bocado, aparentemente sin amilanarse por lo picante.

—¿También eres cazador?

—Yo le enseñé todo lo que sabe —respondió Calix.

—Y yo después lo mejoré —acotó Phan, con una gran sonrisa. Señaló a Samm con un movimiento de la cabeza—. ¿Y tú?

—No tenemos cazadores —respondió Samm—; al menos, no como casta. Yo soy soldado.

Calix frunció el ceño.

—¿Tan mal están las cosas allá? Con los Parciales, digo... ¿Los atacan tan a menudo que necesitan soldados todo el tiempo?

—Tenemos que mantener una fuerza defensiva —intervino Kira—, pero la mayoría se dedica a otras cosas: granjeros, médicos y cosas así. No tenemos la cura, y por eso gran parte de lo que hacemos tiene que ver con buscarla.

—¿Cómo siguen vivos si no tienen la cura? —preguntó Phan.

—Igual que ustedes —respondió Kira—, somos inmunes. Los que la necesitan son los recién nacidos.

—¿Son automáticamente inmunes? —preguntó Calix—. ¿Así como así?

Kira frunció el ceño.

—¿Ustedes no?

—Todos en la Reserva fuimos inoculados hace doce años —respondió Calix—, justo

después del Brote. Nunca oímos hablar de una... inmunidad natural. Yo creía que el RM había matado a todos.

A Kira todavía no le cabía en la cabeza que allí la gente tuviera la cura desde hacía tanto tiempo. Como fuera, ellos no habían tenido manera alguna de obtenerla, pero el solo saber que la tenían, que todos los bebés que ella había visto morir habrían podido salvarse, volvió a desgarrarle el corazón.

—Si hay gente naturalmente inmune, podría haber sobrevivientes en todas partes —dijo Phan—. Podríamos traer gente del continente entero... de todo el planeta.

Kira echó un vistazo a Samm, y luego se volvió nuevamente hacia ellos.

—¿Dejarían entrar más gente? Digo, si pudiéramos traerla hasta aquí.

—¿Estás bromeando? —preguntó Phan—. Es como un sueño hecho realidad. Probablemente haríamos una alfombra roja para poder desplegarla en la entrada.

—Pero nunca nos permiten explorar muy

lejos —comentó Calix. De pronto, su voz y su rostro se ensombrecieron, y miró a Kira al hablar; fue prácticamente la primera vez que se dirigió a ella y no a Samm—. Siempre queremos realizar expediciones en las Tierras Malas, especialmente la generación más joven, pero a los líderes no les agrada la idea. Quieren que nos quedemos cerca, a salvo. Dicen que en la Reserva tenemos todo, pero... —señaló a ambos con un gesto—. Ustedes son la prueba de que no es así. Por eso tienen que contarnos qué hay allá y quiénes están, para poder convencerlos de que nos permitan explorar. Aunque sea un paraíso, no podemos quedarnos aquí para siempre.

—Hablas como alguien que conozco —dijo Samm. Kira no respondió, pues Calix tendría que demostrarle más que una ligera desconfianza en la autoridad para ganar su confianza.

—Cuéntennos sobre los Parciales —pidió Phan—. Cuando éramos niños y estábamos escondidos aquí después del Brote, nos

relataban historias sobre ellos. ¿Es cierto que un Parcial puede arrojar un auto?

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Marcus y los soldados llegaron tan lejos como pudieron a bordo del Rotor robado, pero el ejército Parcial rebelde les pisaba los talones. Un disparo afortunado les dio en el ala izquierda cuando sobrevolaban Nueva Rochelle, y Woolf logró arrancarle algunos kilómetros más a la aeronave, hasta que un puesto antiaéreo ubicado en la costa los obligó a hacer un aterrizaje de emergencia en la bahía Pelham. Vinci quería dirigirse al sudoeste y cruzar el puente Throgs Neck a Long Island, pero Woolf dijo que era demasiado peligroso; los puentes estaban llenos de trampas y explosivos, y no tenían manera de cruzarlos a salvo. En lugar de eso, encontraron una lancha en City Island, le pusieron toda la

gasolina que consiguieron y cruzaron. Los Parciales que los perseguían les dispararon desde la costa, pero no les dieron. Desembarcaron en Queens, junto a las ruinas de la base de la Red de Defensa, que había quedado reducida a una cáscara ennegrecida, arrasada por las bombas y quemada hasta los cimientos.

—Bienvenidos al último refugio humano —dijo Woolf—. Como pueden ver, no estamos muy bien preparados para recibir visitas.

—Genial —exclamó Galen—. Nos salvamos de un ejército Parcial solo para terminar tras las líneas de otro.

—Pero al menos escapamos —dijo Marcus—. ¿Qué hacemos ahora?

—Creo que no me equivoco si digo que la facción pro Morgan ganó la batalla en White Plains —dijo Vinci—. Ahora que Trimble ya no está, Morgan se ha consolidado como el mayor poder en la región, pero hay otras facciones y podrían ser amigables; aunque antes no hayan asumido una postura, es posible que los actos de

Morgan los hayan inclinado a nuestro favor.

—¿Lo suficiente como para organizar una resistencia? —preguntó Woolf.

—Tal vez sí, tal vez no —respondió Vinci—. Depende de lo rápido que podamos unir a las facciones restantes, y de si alguna de ellas ya se sumó a Morgan. Temo que no tengo datos confiables sobre eso.

—Entonces debemos volver allá —opinó Marcus—. Necesitamos encontrarlos a todos y reclutarlos para nuestra causa.

—Si es que siguen oponiéndose a Morgan —dijo Woolf. Miró a Vinci—. Hace doce años, su gente casi exterminó a nuestra raza en una rebelión. ¿Considera realmente que ahora se aliarían con los humanos? ¿En contra de su propia gente?

Vinci pensó un momento antes de responder.

—Últimamente he aprendido a hacer mis alianzas por motivos ideológicos, más que raciales. Esa es una lección que me enseñaron ustedes. No coincido con la doctora Morgan, y no sé si estaré de acuerdo con quien gane la

guerra civil en White Plains, pero sí estoy de acuerdo con ustedes. Dijeron que querían que trabajáramos en conjunto para curarnos... nuestra fecha de vencimiento y su enfermedad. ¿Eso sigue siendo verdad?

Woolf no respondió, pero Marcus asintió con firmeza.

—Absolutamente. Haremos todo lo que podamos.

—En ese caso, estoy con ustedes —dijo Vinci. Miró a Woolf—. Iniciamos una guerra pero nunca tuvimos la intención de acabar con el mundo; el virus no provino de nosotros. Tuvimos que enfrentar el sentimiento de culpa por lo que pasó hace doce años. Quedan muchos Parciales que quizás estén buscando un motivo para volver a confiar en los humanos, o al menos uno para vivir en paz. El infierno del que acabamos de escapar debería ser suficiente prueba de eso —les tendió la mano—. No puedo hablar por todos los Parciales, pero si están dispuestos a confiar en mí, yo estoy dispuesto a confiar en ustedes.

Woolf vaciló, mirando la mano del Parcial. Marcus observó los ojos del viejo soldado, imaginando la batalla de recuerdos, odios y esperanzas que se estaría librando detrás de ellos. Por fin, Woolf extendió la mano y estrechó la de Vinci.

—Jamás pensé que vería este día —miró al Parcial a los ojos—. Como comandante de la Red de Defensa y senador de la última nación humana, considere esto un tratado oficial.

—Tienen mi apoyo —dijo Vinci—, y el de cualquier otro Parcial que podamos reclutar.

—Y me gustaría besarlos a los dos —interrumpió Marcus—, pero este momento conmovedor no significa nada si no conseguimos más gente. ¿A dónde vamos ahora?

Woolf contempló las ruinas devastadas.

—Antes de tratar de armar un ejército Parcial, deberíamos al menos ver la situación de las fuerzas humanas. Hace tiempo que nos fuimos y ni siquiera sabemos qué está pasando aquí. Pero aunque encontráramos una radio, no sé cuánto podemos decir. Las fuerzas de

Morgan monitorean todas las frecuencias, y lo último que queremos es que ella se entere de que estamos organizando un ejército combinado.

—¿A dónde, entonces? —preguntó Vinci—. ¿Les queda alguna base de operaciones que Morgan no haya conquistado?

—Sinceramente, no lo sé —respondió Woolf—. El Senado huyó a un viejo escondite guerrillero, pero si tuviera que adivinar, diría que ya fue tomado. Nuestra mejor opción es una guerrillera llamada Delarosa.

—¿Está seguro? —preguntó Marcus—. Quizá no le agrade la idea de tener a un Parcial en las filas.

Vinci miró a Woolf.

—¿Quiere aliarse con una racista?

—Más bien, una extremista —respondió Woolf—. Después de la invasión, sus métodos extremos la convirtieron en una de nuestras fuerzas más efectivas. Conoce la isla mejor que los invasores, y si alguien se las ha ingeniado para que no la capturaran, es ella.

—¿Está seguro de poder confiar en ella?

¿No va a dispararme en cuanto me vea?

—Es pragmática —dijo Woolf—. Usa las armas que tiene, y lo hace con la mayor eficacia posible —le dio una palmada a Vinci en la espalda—. ¿Qué mejor arma podría querer que un Parcial?

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Calix abrió los brazos, como señalando la totalidad de la Reserva.

—¿Qué quieren ver primero?

—Al doctor Vale —respondió Kira.

—No será hasta la tarde —dijo Calix—.

Pregunté en el hospital y esta mañana tiene un nacimiento.

Kira sintió júbilo al pensar en un nacimiento, y ansiaba poder ver la administración de la cura con sus propios ojos, pero se obligó a no perder la concentración. Tenían muchas otras cosas que investigar.

—Esa torre negra grande que hay en medio —propuso.

—Demasiado peligroso —respondió Phan

—. Era el edificio principal de ParaGen, y los Parciales lo bombardearon durante la rebelión. Es increíble que siga en pie.

Valía la pena intentarlo, pensó Kira. Pero si no capturaron a Heron, ella tiene que estar allí.

Samm se inclinó para examinar el pasto, lo tocó con un dedo con recelo y luego apoyó toda la mano.

—¿Cómo sobrevive esto a la lluvia?

—Por los microbios modificados que hay en la tierra —respondió Calix—. Absorben el veneno demasiado rápido como para que llegue a hacerle daño a las plantas.

Kira también se arrodilló y pasó los dedos por el pasto suave y verde.

—Ni siquiera está descolorido. Los microbios deben de llegar hasta las hojas.

—Puede ser —dijo Calix—. No soy científica, no lo sé.

—Pero sí les enseñan ciencia —supuso Kira, mientras se ponía de pie—. Digo, aquí tienen escuela, ¿no?

—Claro que sí —respondió Calix—.
¿Quieren verla?

Kira echó otro vistazo a la torre central, que se elevaba sobre la Reserva como una lápida ennegrecida. Allá quería ir, pero tendría que esperar el momento oportuno. Ya se sentía a punto de estallar de frustración, pero respiró hondo y esperó que Calix y Phan no se dieran cuenta de lo tensa que estaba. *Ya llegará el momento*, se dijo. *Primero tenemos que ganarnos su confianza.*

—La escuela es fantástica —dijo Phan, y se puso a caminar junto a Kira. Tenía más energía que nadie que ella hubiera conocido; mientras caminaban, se movía hacia aquí y hacia allá, sonreía y saludaba a todo el mundo mientras inspeccionaba cada árbol y cada pared por los que pasaban, todo sin dejar de conversar—. Primero se aprende todo lo básico, como a leer y escribir, matemáticas y todo eso. El doctor Vale salvó a un puñado de maestros, así que saben lo que hacen. De hecho, estuve con ellos durante el Brote. Estaba en el kinder, y nos

escondimos en un refugio antiaéreo después de un ataque Parcial, durante la primera etapa de la guerra. Atacaron tan rápido que ni siquiera alcanzaron a suspender las clases, así que no sé qué fue de mi familia, pero supongo que esa fue la única razón por la que estoy vivo. Mala suerte para mis padres, obviamente, porque no estaban en la escuela y después no pudimos encontrarlos, pero ustedes dicen que hay gente que es naturalmente inmune, así que bien podrían estar vivos. Eso es genial, la mejor noticia que hayamos tenido.

Kira no pudo sino sonreír, tratando de seguir el ritmo vertiginoso de la conversación de Phan.

—Lamento que hayas perdido a tus padres.

Phan la miró con curiosidad.

—¿Tú todavía tienes a los tuyos?

Kira negó con la cabeza.

—Tienes razón. Supongo que ya nadie tiene a sus padres.

—Algunos, sí —repuso Phan, encogiéndose de hombros—. Hay familias completas a las que Vale encontró y sanó. Pero no me molesta; no

habría podido aguantar doce años si me hubiera pasado todo el tiempo echando de menos a mi familia. Hay que seguir adelante.

Kira observó a Samm y Calix, que iban enfrascados en una conversación similar. Esperó que Samm no se descuidara y revelara algún secreto sobre quién era. Sin duda, la chica estaba haciendo lo posible por distraerlo: le sonreía, reía y de tanto en tanto le tocaba ligeramente el brazo o el hombro. Kira sintió una súbita oleada de paranoia, convencida de que intentaba seducirlo para averiguar la verdad, pero aun mientras lo pensaba, se dio cuenta de que era una tontería. Probablemente Calix estaba entusiasmada por la llegada repentina de un chico apuesto a un lugar donde no había mucho para elegir.

Por alguna razón, pensar en eso la hizo enojar más aún.

—Ser cazador no es el trabajo más importante —continuó Phan—, pero sin duda es uno de los más necesario, porque es nuestra única manera de ingerir proteínas. Además de

los huevos, claro. En las Rocallosas hay venados, alces y cabras montesas, y este es el mejor lugar donde encuentran comida; por eso dejamos los portones abiertos y quitamos algunas de las cercas, para que puedan ingresar. Parece fácil, pero a veces no entran; y en ocasiones entran lobos que vienen por las gallinas, los niños o lo que sea. Entonces los cazadores somos los que ponemos trampas, seguimos rastros y mantenemos la cadena alimenticia en la dirección correcta.

Había algo increíblemente alegre en su manera de hablar; su jactancia no resultaba arrogante ni agresiva; simplemente estaba orgulloso y feliz de lo que hacía. Su entusiasmo por cada nuevo tema de conversación era contagioso, más que opresivo. Pronto Kira dejó de intentar intervenir en aquel torrente de charla, y escuchó a Phan hablar de todo, desde pieles de lobo o la supervivencia en el páramo, hasta los detalles más ínfimos de la conversión de un edificio de oficinas en una vivienda. Pasaron por varios edificios grandes, y hasta vieron una

fuelle en un patio con pasto. A Kira le maravilló la extraña mezcla de opulencia y supervivencia que impregnaba aquella sociedad: contaban con agua corriente, electricidad y duchas, y hasta un equipo de jardineros que, pacientemente, cortaba el césped y podaba los arbustos, pero por otra parte no tenían ninguna de las oportunidades de rescatar cosas antiguas con las que ella se había criado. Todos los comercios de ropa que estaban cerca habían sido asolados por las tormentas ácidas o destruidos en incendios químicos, de modo que la vestimenta de la gente era una mezcla de tejidos caseros, cueros de animales y fragmentos cosidos de viejas cortinas y sábanas. Kira se dio cuenta de que a ellos quizá les resultaba igualmente llamativo su entorno: un desfile de divas de la moda, con velas y estufas de leña en sus mansiones gigantes en decadencia. ¿Habría acaso algún lugar en la Tierra donde la vida fuera normal? ¿La palabra «normal» todavía significaba algo?

La escuela estaba en otro edificio de oficinas, y en los dos pisos más bajos resonaban

los gritos y chillidos felices de los niños. El corazón de Kira se aceleró a medida que el ruido aumentaba; la asombraba la existencia, y la cantidad, de niños en la Reserva. *Para esto estuve trabajando*, pensó. *Para escuchar este sonido, este caos loco y maravilloso. Una nueva generación que descubre el mundo y se apropia de él.* Se le llenaron los ojos de lágrimas, y se sintió indecisa entre el deseo de detenerse a observar aquello, a absorber la felicidad tan lentamente como pudiera para que durara mucho más, o simplemente correr, abrir las puertas y ahogarse en la alegría de tantos niños. Su ensueño se interrumpió cuando Samm le habló.

—Entra tú —le dijo—. Voy a buscar los caballos.

—¿Solo? —lo miró, sorprendida—. Voy contigo; las ruinas son demasiado peligrosas para una sola persona.

—No te preocupes —dijo Samm—. Sé que quieres ver a los niños. Calix dijo que me acompaña; tan cerca de la Reserva, conoce

muy bien las ruinas.

La chica sonreía, y Kira estaba tan sorprendida que no lograba identificar la expresión que tenía en su rostro. ¿Acaso estaba complacida? ¿Demasiado complacida? ¿Victoriosa? Tartamudeó, tratando de emitir una respuesta. Por un lado, Calix seguramente conocía mejor el territorio y por eso sería mejor compañía para el viaje. Pero por otro, una excursión a las ruinas sería una oportunidad para que Kira y Samm pudieran hablar en privado y buscar a Heron... o para que Heron se pusiera en contacto con ellos. Si estaba ocultándose, no se acercaría con Calix allí. Además, por motivos que no lograba identificar, Kira todavía no confiaba en la chica. No iba a seguir negándose a sí misma que el entusiasmo evidente de esta con Samm la ponía de mal humor. Pero era algo más que eso.

—Estaremos bien —le aseguró Calix—. Fui hasta allá decenas de veces. Creo que sé con exactitud en qué lugar los dejaron. Además, no he visto un caballo desde el Brote. Me muero

por verlos.

—El tiempo está despejado —comentó Phan—. Si van ahora, pueden volver para la hora del almuerzo. Seguro que esos caballos estarán con ganas de comer pasto de verdad, después de tanto caminar por el páramo. ¿Cuánto tiempo estuvieron allá?

—Este... tres o cuatro semanas —respondió Kira. Seguía tratando de hallar una protesta plausible, cuando Samm y Calix se alejaron.

—Entremos —propuso Phan—. Es fantástico. Te va a encantar. Hoy están haciendo una obra los niños de tercero y cuarto grado. Algo sobre cuentos de hadas o algo así; la hacen todos los años.

Llevó a Kira al interior de la escuela, y ella lo siguió, distraída, observando cómo Samm y Calix doblaban la esquina y desaparecían.

La ciudad de Arvada parecía distinta a la luz del

día; más desolada, en cierto modo, ahora que el sol brillaba en un cielo sin nubes. Samm respiraba profundamente, atento a cualquier señal de Heron en el enlace, pero lo único que percibía era el olor a tierra, azufre y lejía. El aroma tóxico del páramo.

Calix lo llevó por una intersección ancha y brumosa, señalando con ojo experto unas leves columnas de humo.

—Emisiones tóxicas —dijo—. La lluvia de anoche reacciona con algunos químicos secos que se juntan en las concavidades poco profundas, como esa, y se forma un gas venenoso. Cuando sopla viento muy fuerte, llega hasta la Reserva, pero en un día como este se pueden sortear.

Calix siguió guiándolo; a ratos conversaba con voz suave sobre la ciudad, sus peligros y oportunidades, y otras veces simplemente caminaba en silencio. Sus conocimientos del páramo y cómo funcionaba eran asombrosos, y Samm pensó en lo útil que habría sido tenerla durante el viaje. Habría sido mucho más fácil, y

tal vez incluso habrían podido salvarle la vida a Afa. *Me pregunto si querrá venir con nosotros, pensó. Ella dijo que quería irse, y sería una aportación valiosa para el regreso, con todo lo que sabe acerca de cómo sobrevivir en el páramo. Claro que si se entera de cómo están las cosas allá, tal vez desista; para ella sería un cambio importante pasar de este paraíso al horror de la guerra en el este. Antes de sugerírselo, le preguntaré a Kira qué le parece.*

—Es allá, ¿no? —preguntó Calix, señalando una calle ancha y ruinoso. Él reconoció el centro comercial al final de la calle y asintió.

Caminaron tranquilamente, sin temor a los enemigos ni a los depredadores, porque en esa zona no los había. *El mismo páramo que los tiene prisioneros, pensó Samm, a la vez los protege de otras amenazas. Los mantiene a salvo y les da una vida tranquila, pero si alguna vez aparece una amenaza real, no estarán preparados.* Observó el modo de caminar de Calix, segura y confiada pero alerta

solo a peligros muy puntuales: podía detectar el gas envenenado, por ejemplo, pero pasaba por un sitio ideal para una emboscada sin siquiera percatarse. *No durarían un solo día contra un enemigo de verdad. Será mejor que recen para que la doctora Morgan nunca los encuentre.*

Los caballos relincharon de hambre cuando Samm se les acercó; se les había acabado la comida y el agua estaba a punto de terminarse. Él les habló con sencillez, tratando de imitar el tono que usaba Kira para calmarlos, pero sus palabras seguían siendo directas y desapasionadas, como si estuviera hablándole a otro soldado Parcial.

—Lamento que hayamos estado ausentes toda la noche —les dijo—. Encontramos a un grupo de gente en el complejo de ParaGen. Tienen pasto de verdad y un manzanal, y agua limpia para beber. Vinimos a buscarlo —señaló a la chica—. Ella es Calix, una amiga.

Los caballos lo miraban con ojos oscuros y profundos y pateaban el suelo, impacientes.

—Son enormes —observó Calix—. Más que cualquier alce que haya visto.

—Tienen hambre y quieren salir. No les gusta estar encerrados con sus propios excrementos; a este, en particular —palmeó a Oddjob en el hocico y le acarició el lomo para tranquilizarlo—. Este se llama Oddjob y ese es Bobo. Kira les puso los nombres.

Le enseñó a Calix a calmarlos, y luego a cargarlos con el equipaje: primero una manta, luego la montura, bien apretada para que no se aflojara pero no demasiado para no lastimarlos. Los caballos estaban más flacos ahora que cuando empezaron el viaje en Nueva York, y Samm esperó que una breve estadía en la Reserva les devolviera algo de fuerza y los engordara un poco. Los necesitarían para el viaje de regreso.

Aparentemente, Calix estaba pensando lo mismo, porque sacó el tema mientras ensillaba a Bobo.

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse?

—No lo sé —respondió Samm, aunque esa

pregunta lo perseguía desde que habían encontrado el asentamiento—. No podemos quedarnos mucho; vinimos a buscar la sede central de ParaGen con la esperanza de hallar la cura del RM, y ahora que sabemos que hay una, necesitamos llevarla lo antes posible. Nuestra gente está en guerra y tenemos que... —se interrumpió, sin saber muy bien cómo decir lo que necesitaba sin revelar demasiado—. Para serte franco, estamos buscando más que la cura —dijo—. Necesitamos información sobre los Parciales. Tratamos de...

¿Cuánto debería decir? ¿Cuánto estaba preparada Calix para oír? La gente de ahí no parecía pensar mucho en los Parciales, ni bien ni mal, pero era probable que siguieran culpándolos por el Brote. ¿Cómo reaccionaría ella a la idea de la paz entre las especies? Lo miraba fijamente, con ojos llenos de... ¿confianza? ¿Amistad? Él no sabía interpretar las emociones humanas, y volvió a preguntarse cómo se las arreglaban sin el enlace. Había visto antes esa expresión en el rostro de Kira, pero no estaba

seguro de lo que significaba.

Decidió ser directo, al menos en parte. Tal vez podían confiar en Calix más de lo que Kira pensaba.

—Estamos tratando de ayudar a los Parciales. Ellos también tienen un problema, una enfermedad que está matándolos, y si podemos curarlos, podría ser una oportunidad de que haya paz entre nuestras especies. Por eso vinimos al complejo de ParaGen, para ver si encontrábamos algo que nos ayudara... a nosotros y a ellos.

—Tendrían que hablar con el doctor Vale —dijo Calix—. Él sabe muchísimo sobre el RM y las enfermedades. Quizá sepa algo sobre lo que les está pasando a los Parciales.

—Allá tenemos médicos muy similares —dijo, pensando en Morgan. *¿Será que Vale y Morgan se conocen? ¿Vale será realmente parte del Consorcio?*

—Pero el doctor Vale curó el RM —repuso ella—, hace como doce años. Sus médicos todavía no han podido hacerlo.

—¿Eso no les llama la atención? —preguntó Samm—. ¿Que haya tenido la cura casi tan pronto como apareció el virus? ¿Apenas semanas después?

—Supongo que nadie se lo preguntó. No estoy segura de lo que estás sugiriendo... ¿piensas que tenía motivos siniestros? ¿Cómo puede ser siniestro salvarle la vida a la gente?

Si ya tenía preparada la cura antes del Brote, pensó Samm, y se la guardó para él y su «Reserva». Pero el resto del Consorcio no la tenía, ¿verdad? Morgan o Nandita, o Trimble, de la Compañía B, ¿dónde estaba la cura para ellos? No tenía sentido, y esa discrepancia perturbaba profundamente a Samm. Allí estaba pasando algo más de lo que él alcanzaba a entender, y eso no le gustaba.

—Lamento que hayan tenido que vivir tanto tiempo así —dijo Calix; se apartó de Bobo y se acercó a Samm—. Aunque fueran naturalmente inmunes, debe de haber sido horrible ver morir a todos los que conocían, ver a todos esos bebés, año tras año...

—Sí, supongo que sí —respondió él, y casi de inmediato se dio cuenta de lo que acababa de decir; había hablado como alguien que estaba fuera de la sociedad humana. Pero Calix no pareció notarlo; en cambio, tomó la mano de Samm con la suya, áspera y callosa pero tibia y amable. Él trató de enmendar el error con una declaración más firme—. Todos los bebés han muerto desde el Brote.

—¿No tienen niños? —una expresión de profunda tristeza invadió los ojos de Calix al pensar en la vida en East Meadow—. Con razón Kira estaba tan emocionada —hizo una pausa, mirando la mano de Samm—. ¿Ustedes...? ¿Tú y Kira están...?

—¿Por irnos?

—¿Juntos? —preguntó ella—. ¿Están... casados? ¿Son novios?

—No.

Pero antes de que pudiera decir algo más, ella lo besó; sus labios se apoyaron sobre los de él, suaves y blandos, su cuerpo tibio contra él y su brazo tras la cabeza de Samm, para acercarlo

más. Samm se quedó helado por la sorpresa y su cerebro se derritió ante la sensación de los labios de Calix, pero recuperó el control de sí mismo y la apartó con suavidad.

—Lo siento —le dijo—. No soy muy bueno para estas cosas.

—Yo podría enseñarte.

—Digo que no soy muy bueno para la comunicación —explicó—. No siempre entiendo... No es importante. Lo que quiero decir es que lamento si... te hice creer algo que no debía.

El rostro de Calix era una mezcla de sorpresa y confusión.

—Disculpa. Parecías... interesado.

—Lo siento —repitió Samm—. Creo que estoy enamorado... Y creo que ella ni siquiera lo sabe.

Calix rio: un sonido hueco que reflejaba más tristeza que diversión. Se enjugó una lágrima y volvió a reír.

—Bueno, ahora parezco una idiota irremediable, ¿no?

—Yo soy el idiota. Tú no hiciste nada malo.

—Eres muy amable al decir eso —dijo. Respiró hondo y sacudió la cabeza, enjugándose otra lágrima—. Si pudieras hacerme el favor de no contarle a nadie que... ehh... me arrojé encima de ti como una imbécil, también serías muy amable.

—Por supuesto —respondió Samm. De pronto le dio vergüenza estar mirándola, y buscó otra cosa en qué ocupar los ojos. Eligió el suelo, y se quedó observándolo, incómodo—. Eres mucho más directa que ella.

—Eso parece —dijo Calix. Él la observó por el rabillo del ojo mientras Calix volvía a los caballos—. ¿Cruzaron juntos todo el continente y ninguno de los dos hizo nada? —bufó; otra risita hueca—. Con razón no tienen niños.

—No es por eso —empezó a explicar Samm, pero ella lo interrumpió con otra risita nerviosa.

—Ya sé, ya sé, fue un chiste tonto. Perdóname, hoy me estoy comportando como una estúpida, ¿no? Así es Calix.

—Eres muy atractiva —le dijo Samm.

—Eso no es lo que quiero que me digas en este momento —rezongó Calix.

Él se sintió terrible; primero, porque ella se sentía terrible, y más aún porque no sabía cómo hablarle. *Maldito enlace*, pensó. *Sé cómo hablar con las chicas Parciales, pero las humanas son tan...* Puso cara de exasperación. *Son una especie totalmente diferente.* Se sentía mal por haberle dado a Calix señales de las que no estaba consciente, y ahora ni siquiera era capaz de consolarla.

—Ojalá supiera qué decir. De verdad soy, como te dije, pésimo para la comunicación. No soy bueno para hablar...

—Está bien —le aseguró Calix rápidamente.

—No, no está bien —replicó—. Estoy harto. Quiero mejorar, pero no estoy hecho para esto. No quería cruzar todo un continente con Kira sin decir nunca nada, pero lo hice, porque no sé cómo decirlo. Hay muchas cosas que me cuestan, pero... lo siento. De verdad.

Levantó la vista y vio que Calix había dejado

de trabajar con los caballos y estaba mirándolo. Le habló con voz suave.

—¿Qué es lo que quieres decirle a Kira?

Él se quedó inmóvil, expresando emociones a través de mil datos distintos que Calix ni siquiera sabía que estaban allí. No era ese el momento de decirle algo así a Kira; tenían cosas más importantes que hacer. Sin embargo... *Kira piensa que soy una estatua*, pensó. *Un maniquí sin emociones*. Deliberadamente, imitó las señales de tristeza y resignación que había observado en otros humanos: inhaló y soltó el aire lentamente.

Un suspiro.

—No sé qué quiere ella —dijo, por fin—. Tú dejaste en claro tus intenciones. Kira es un misterio para mí.

—No sabes si ella también te ama.

—Somos muy diferentes —dijo. Era difícil explicarlo sin contar demasiado—. No sé si ella quiere... lo que yo soy.

—Claro —dijo Calix—. Por lo que sabemos, puede que no le gusten los chicos apuestos,

competentes y de buen corazón.

—Eres muy buena —dijo Samm.

—No me está sirviendo de mucho —repuso.

Luego suspiró, se apartó de los caballos y se sentó con las piernas cruzadas sobre una mesa vieja y desvencijada—. Mira. Lo que tienes con Kira no es la relación de la que esperaba estar hablando hoy, pero he hecho esto suficientes veces con Phan y estoy bastante segura de poder darte algunos consejos. En primer lugar, acerca de eso que dices: que no sabes lo que ella quiere. Kira siente exactamente lo mismo; no hablé con ella ni nada, pero te lo garantizo. Ni lo dudes. Te he observado desde que llegaron a la ciudad, y jamás dejaste entrever que ella te interesaba. Por eso lo intenté. Si yo no vi ninguna señal, ella tampoco.

—Soy muy malo para la comu...

—Lo sé —dijo Calix con firmeza—. Estoy haciendo un resumen acelerado sobre lo pésimo comunicador que eres. Eso ya quedó claro; ahora sigamos adelante. Segundo paso: dijiste que estabas agradecido conmigo por haber sido

tan directa con respecto a mis sentimientos, y francamente, yo te agradezco a ti que hayas sido abierto respecto de los tuyos... una vez que logré sacártelo. Prefiero saber lo que sientes en lugar de pasar semanas enteras abrigando esperanzas, preguntándome y engañándome, que es exactamente lo que ella viene haciendo.

—No puedes saber eso —dijo Samm.

—Claro que sí —replicó Calix—. No todo el mundo es tan malo como tú para estas cosas, Samm. Cualquiera que tenga ojos puede ver que siente algo por ti.

Él se quedó inmóvil, pero si un Parcial se hubiera enlazado con él en ese momento se habría detenido en seco por la intensidad de sus emociones. Se preguntó si sería cierto, si realmente Kira tenía sentimientos por él, un Parcial, alguien que había atacado a su gente, que la había traicionado y entregado a una demente y que le había causado más problemas que los que quería recordar. Un hombre a quien le quedaba apenas un año de vida hasta que la fecha de vencimiento borrara su vida y su futuro

de golpe. No lo creía posible.

—Ella tiene novio —dijo Samm—. Otro paramédico, en Nueva York.

—Nueva York está bastante lejos.

—Pero vamos a volver.

—Y si vuelves a hacer todo el viaje hasta allá sin decirle nada, mereces perderla —dijo Calix.

Samm no pudo sino estar de acuerdo con eso.

—Marcus la hace reír —dijo—. Yo no puedo.

—Siempre podrías tratar de darle un beso —sugirió Calix, con una sonrisa ácida—. A mí no me salió muy bien, pero nunca se sabe.

—No creo que sea mi estilo.

—Tu estilo es el celibato mudo —repuso Calix—, y te garantizo que eso tampoco te va a servir. Habla con ella.

—Lo hago todo el tiempo.

—Pues entonces empieza a decirle las cosas indicadas —dijo Calix.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

—Vale todavía no quiere recibirnos —dijo Kira.

Estaban sentados en un pequeño parque, un grupo de mesas de pícnic en un bosquecillo de árboles en la Reserva. Samm y Calix habían regresado a tiempo para el almuerzo, y Calix los había abandonado casi de inmediato para jugar un partido de fútbol americano con un grupo más grande de adolescentes en un campo vecino. Phan también estaba en el partido, y cada varias jugadas se detenía para tratar de convencer a Kira y a Samm de acompañarlos, pero ella tenía demasiado que hablar y prefería aquella privacidad relativa. Samm, por su parte, estaba más callado que de costumbre, pero Kira lo interpretó como concentración renovada en la

tarea que tenían por delante. Él insistía en que Calix no escondía ningún secreto, pero le contó muy poco sobre la excursión a las ruinas.

—Es obvio que Vale oculta algo —prosiguió Kira—, y aunque nos quedemos sentados, esperando que nos reciba como prometió, es probable que siga andando con rodeos. Esconde algo y no me gusta, y todavía no sabemos nada de Heron, y estoy harta. Es hora de ir a ParaGen —le echó un vistazo: una torre alta y negra que asomaba por detrás de los demás edificios—. Hoy Phan me llevó a recorrer el lugar, como para que conozca el complejo, y algunos de los edificios están bastante cerca. Podríamos llegar casi hasta allá sin despertar sospechas, y después, no sé, tratar de ingresar sin que nadie nos vea. Sinceramente, dudo que a alguien le importe; Phan dijo que la torre había quedado estructuralmente inestable después de los bombardeos Parciales, pero no lucen muy preocupados por vivir tan cerca de ella. De hecho, me parece que ni siquiera piensan en ella.

—¿Tiene algún cerco? —preguntó Samm.

—Un muro bajo —respondió Kira—, hecho principalmente de chatarra y muebles viejos. Quieren impedir que sin querer entren los niños, pero no parecen tener seguridad activa; eso es bastante típico de esta sociedad. No esperan que nadie los ataque, se rebele ni viole la ley, y por lo que he visto, nadie lo hace nunca.

—Y, naturalmente, eso te hace sospechar —concluyó Samm.

—Eso haría sospechar a cualquiera —repuso Kira—. No existe la sociedad perfecta; siempre va a haber inconformes, delincuentes o algo siniestro por debajo. Quizá Vale está utilizando alguna especie de control mental para mantenerlos a todos en línea. Algo como el enlace, pero para los humanos —Samm la miró con un intento razonable de expresar escepticismo. Ella respondió con una sonrisa burlona—. No sé qué, pero hay algo.

Se oyó un grito de triunfo, y al levantar la vista Kira vio que la mitad de los jugadores saltaban con alegría. Un muchacho estaba

tendido en el suelo, gimiendo en voz baja, con la pelota al lado, y Calix se estaba alejando de lo que parecía haber sido un tackleo brutal; le corría un hilo de sangre por la mejilla. Los ojos de Kira se dilataron por la sorpresa.

—¡Guau!, no tenía idea de que fuera tan intensa.

—Tiene algunas cosas que resolver —respondió Samm. Escudriñó el campo de juego con los ojos entrecerrados—. Espero que no lastime a nadie.

—Esta es nuestra oportunidad —dijo Kira, al tiempo que apoyaba una mano en el brazo de Samm—. Espera hasta que empiecen otra jugada, y después sígueme. Si vamos detrás de aquellos árboles y a la izquierda, hacia aquel edificio, nos perderemos de vista antes de que se den cuenta de que no estamos.

—¿Y si nos ve alguien más?

—Nunca nos prohibieron específicamente que fuéramos allá —dijo Kira—. Si alguien nos descubre, jugaremos a los «chicos nuevos en la ciudad» y les daremos las gracias por

prevenirnos de zonas peligrosas; luego nos reagrupamos y regresamos por la noche. Pero si hay siquiera una oportunidad de entrar ahora, quiero al menos intentarlo.

—De acuerdo —respondió Samm—. ¿Estás armada?

—La semiautomática en la cintura, atrás.

—La funda en el tobillo —dijo Samm—. Ojalá no las necesitemos.

Se quedaron en silencio, mirando el partido. Phan se puso en la línea de ataque, listo para correr, sin detenerse para invitarlos a participar del juego. Los demás jugadores también se alinearon; el mariscal de campo llamó al saque, y Kira y Samm se escabulleron. Doblaron la esquina incluso antes de que terminara la jugada.

—Por aquí —indicó Kira, y llevó a Samm a lo largo del edificio hacia el centro del complejo.

La torre se alzaba detrás del edificio, tan alta que era visible desde casi cualquier punto de la Reserva. Aquí y allá, la gente los saludaba, pero nadie a quien Kira reconociera de su breve

recorrido con Phan. Ella les respondía el saludo, con la esperanza de que no se detuvieran a conversar, y nadie lo hizo. Dos edificios después, llegaron al borde del gran claro central. Más allá estaba el muro bajo, un revoltijo de mesas y armarios rotos, y de tanto en tanto alguna roca o un árbol caído. Pasando ese muro se alzaba la inmensa silueta ennegrecida de la torre de ParaGen. El exterior se parecía mucho a tantos otros rascacielos que ella había visto: un tablero esquelético de vidrios rotos y escombros que colgaban. Pero, a diferencia de aquellos otros edificios, este había sido atacado directamente y luego había soportado años de lluvia corrosiva, y tenía partes que estaban ennegrecidas, retorcidas o llenas de agujeros grotescos. Además, su forma era curiosa, pues se iba ahusando y mostraba salientes y ángulos que alguna vez habrían sido modernos y hermosos, pero que ahora solo contribuían a delinear aquella figura extraña y amenazante. Kira casi pudo imaginar que veía luces en el interior, y por un instante fugaz creyó que eran los fantasmas

de los antiguos empleados, que seguían trabajando sin cesar en su tumba olvidada. Se reprendió por ser tonta, y trató de hallar explicaciones más plausibles. ¿Acaso la electricidad que alumbraba el complejo funcionaba también en la torre? ¿Qué había allí que necesitara luz? El claro se veía bloqueado y el pasto estaba crecido, como si nadie hubiera ingresado al edificio en años.

—Heron estuvo aquí —dijo Samm.

—¿Estuvo o está?

—Los datos están demasiado débiles para confirmarlo.

—Ahora sabemos que Vale esconde algo —dijo Kira. Miró alrededor—. Si logramos pasar por encima del muro, quedaremos completamente ocultos por la maleza que hay más allá. Tal vez podamos entrar sin ser vistos.

—Sería mejor esperar hasta la noche.

—¿Y tener otra vez a Calix y a Phan pegados a nosotros? Esta es la mejor oportunidad que vamos a tener —miró alrededor—. No veo a nadie más; todos están

almorzando, jugando al fútbol o lo que sea que haga esta gente en este lugar espeluznante.

—Se llama «llevar una vida normal».

—Y todo podría ser un espectáculo montado para nosotros —repuso Kira.

—¿De verdad crees...? —Samm sacudió la cabeza—. No importa. Vamos.

—Lamento todo esto —dijo ella con voz suave. De pronto sentía que el peso de aquella búsqueda interminable le aplastaba los hombros—. Lamento haberte arrastrado hasta aquí.

—Kira, ya sabes que creo en esto tanto como tú. La vida normal de otras personas es lo que hace que nuestra vida demente valga la pena.

Ella sintió una oleada de emoción.

—Te prometo que, apenas terminemos de salvar al mundo, iremos a almorzar y a jugar al fútbol.

—Trato hecho —respondió Samm.

—¿Listo? —preguntó Kira, con la mirada en la torre.

—Intenta seguirme el paso —dijo él.

Observó a su alrededor para ver si alguien los miraba; luego se volvió hacia el edificio y aguzó la vista—. Ahora.

Corrieron por el claro abierto, esquivando los troncos de árboles caídos que había dispersos entre el pasto. Samm llegó primero al muro y saltó por encima hacia el pastizal que había más allá. Kira lo siguió y aterrizó entre las malezas altas. Se quedaron quietos, por si escuchaban gritos de alarma o persecución, pero ella no oyó nada.

Samm estaba jadeando.

—¿Te quedaste sin aliento? —susurró Kira—. No pensé que eso podía pasarte.

—Todavía estamos débiles por haber cruzado el páramo. Nuestros cuerpos no están funcionando en su capacidad máxima.

—Yo estoy bien —repuso ella.

—Yo también —dijo Samm—. Vámonos.

Se arrastraron boca abajo entre la maleza, para no ser vistos. Samm parecía haber vuelto a la normalidad, y Kira siguió por delante, decidida a llegar al edificio lo antes posible; escondidos o

no, aún podían descubrirlos. Pronto se puso nerviosa y pensó que la poca velocidad que llevaban al arrastrarse estaba demorándolos demasiado, y se incorporó un poco para espiar por encima del pasto. El complejo de la reserva estaba tranquilo y en silencio. Volvió a ponerse en cuatro patas y avanzó más rápido. Samm la siguió, con expresión seria y decidida. Cuando llegaron al edificio, él estaba respirando nuevamente en forma extraña, no agitado, sino respirando larga y lentamente.

—¿Estás bien?

—Me siento raro —respondió—. Agotado, como si llevara varios días sin dormir.

Kira no pudo evitar sentirse un poco culpable. *Yo no estoy cansada... ¿acaso Samm se estaba esforzando tanto más que yo? ¿Habré cargado tan poco peso durante el viaje y ni siquiera me di cuenta?*

—¿Necesitas descansar?

—Aquí no —respondió Samm—. Tenemos que entrar.

El pastizal alto se extendía casi hasta el

borde del edificio, donde podían ingresar por cualquiera de las aberturas que había del piso al techo: ventanales gigantescos destruidos en el ataque Parcial. Casi toda la planta baja estaba abierta en el perímetro, sostenida por una serie de columnas centrales. No había nada más que recepciones y áreas de espera; cualquier archivo que pudieran encontrar seguramente estaría arriba, en las oficinas, y Kira divisó una puerta entreabierta que daba a una escalera. Se la señaló a Samm y él asintió, con el pecho subiendo y bajando con ritmo lento y pausado. Kira contó por lo bajo: «Uno, dos, tres», y los dos se levantaron de un salto y corrieron por el suelo cubierto de escombros hasta aquella puerta. Kira llegó primero, varios pasos antes que Samm, y cuando él entró, cerró la puerta de un golpe. Se apoyó pesadamente contra la pared, jadeando, con los ojos cerrados.

—No creo que nos hayan visto —dijo ella—. Podemos descansar aquí un minuto antes de subir.

—Si descanso, voy a quedarme dormido —

repuso Samm. Se esforzó por mantener los ojos abiertos, pero sus párpados estaban pesados y no le respondían—. Sigamos.

—¿Vas a estar bien?

—De todos modos, tenemos que seguir —respondió Samm—, así que no importa.

Kira trató de protestar, de decirle que podían regresar más tarde, pero él no quiso saber nada.

—No tendremos otra oportunidad. Puedo hacerlo.

Se aferró a los pasamanos de ambos lados y levantó una pierna que parecía de plomo. Kira se ubicó bajo uno de sus brazos, hizo que la tomara de los hombros y ella lo sujetó por la cintura para ayudarlo. Ahora su respiración era más profunda, casi como si ya estuviera dormido. Sus pasos eran arrítmicos, y a veces necesitaba tres o cuatro intentos para dar con la altura correcta de un escalón.

—Vas muy bien —le dijo Kira, aunque sabía que no era cierto. *¿Qué diablos pasa?*—. Ya falta poco —lo sostuvo con fuerza, cargando con casi todo su peso—. Eso es, solo un poco

más.

Al llegar al primer descanso, abrió la puerta y Samm se desplomó en el suelo. El aire estaba cargado de olor a tierra y plantas, y Kira vio rastros de gatos y aves en el polvo que cubría la alfombra.

—Samm, ¿estás bien?

No le pareció que nadie de afuera pudiera verlos en ese lugar; era un escondite tan bueno como cualquier otro.

—Samm, hálame.

—No... —respondió con voz lenta y débil, como si para pronunciar cada palabra tuviera que forzarla a pasar por un colador muy fino y al salir ya no le quedara fuerza. Samm cabeceó y abrió los ojos lo más que pudo, esforzándose por mantenerse consciente. Ella esperó que terminara la oración, pero cuando al fin volvió a hablar, dijo otra cosa—. Heron... aquí —otra pausa—. Dormido —volvió la cabeza hacia ella, pero sus ojos estaban obnubilados y fuera de foco—. Búscalos.

—¿Búscalos? —preguntó Kira—. ¿Que

busque qué?

Lo sacudió y le susurró al oído con urgencia, pero no logró despertarlo. *Está dormido; me dijo que estaba dormido. Y aparentemente Heron está por aquí.* Kira trató de obligarse a usar el enlace para detectar algún indicio de los datos de Heron en el aire. Nunca había podido usarlo a voluntad; solo en combate podía confiar en el enlace, cuando la adrenalina parecía amplificar su efecto. *Pero ahora mi adrenalina está alta, pensó. Esto que le pasa a Samm me mata de miedo, y no estoy detectando nada. ¿Será, simplemente, que las feromonas de combate son más fuertes, o que estoy hecha para detectar las feromonas de combate y nada más?*

Volvió a revisar a Samm, su pulso y su respiración. Estaban normales. Ahora que había dejado de resistirse y se había dormido, sus funciones parecían haber vuelto a la normalidad. Se puso de pie, pensando qué hacer. ¿Debía quedarse hasta que despertara, o dejarlo allí y seguir adelante? La segunda parecía la única

opción viable, pero no le agradaba; ¿y si le pasaba algo mientras ella no estaba? Lo arrastró y lo acomodó de costado, de espaldas a una pared y, por delante, le puso un par de computadoras de escritorio que encontró en los cubículos cercanos para que lo mantuvieran levantado. Estaba tan profundamente dormido que le preocupaba que, si llegaba a vomitar o babear, no pudiera reaccionar y se ahogara. Al menos, así lo protegería de esa posibilidad.

Es casi como si lo hubieran sedado, pensó Kira. Pero ¿por qué le harían eso?, ¿y cómo? ¿Acaso Calix le había dado una droga sin que se diera cuenta? ¿Por qué habría de drogarlo y marcharse? Sacudió la cabeza. Puedo preguntarle más cuando despierte. Ahora estoy aquí, al final de nuestra búsqueda, y no sé cuánto tiempo tenemos hasta que vengan por nosotros. Y Samm tiene razón: si nos vamos ahora, no hay garantía de que tengamos otra oportunidad de encontrar lo que vinimos a buscar. Tengo que hallar los archivos.

Se disculpó en silencio y luego revisó a toda prisa los escritorios que había en ese piso, en busca de un directorio o un plano, alguna pista que le indicara por dónde empezar. Obviamente, en ninguna parte se mencionaría al Consorcio con ese nombre, o al menos eso creía, pero conocía los nombres de sus integrantes por los registros que habían visto en Chicago. Volvió a repetirlos mentalmente: Graeme Chamberlain, Kioni Trimble, Jerry Ryssdal, McKenna Morgan, Nandita Merchant y Armin Dhurvasula. Su padre. Descubrió un directorio pequeño y buscó allí los nombres, pero no encontró nada.

Decidió intentar otra cosa, enfocar el problema desde otro ángulo. ¿Qué pistas tenía ya, y con qué información contaba? Tardó un momento en ordenar sus pensamientos; en las últimas semanas su mente había estado totalmente ocupada en llegar allí y sobrevivir. Tuvo que recordar los misterios que intentaba resolver. A la doctora Morgan le habían asignado la creación de los increíbles atributos físicos de los Parciales: su fortaleza, sus reflejos,

su resistencia a las enfermedades y su asombrosa capacidad de sanarse. Jerry Ryssdal había trabajado en sus sentidos. El padre de Kira había creado el enlace, y todo el sistema de comunicación por feromonas. Aún no sabía nada sobre Trimble. Por último, a Graeme Chamberlain y a Nandita les habían asignado el proyecto Seguro. La plaga que puso fin al mundo y que habían llegado a conocer como RM. En Chicago se habían enterado de que el Seguro estaba dirigido a matar a los Parciales por si alguna vez se rebelaban; había sido una solicitud del gobierno estadounidense y una orden de los ejecutivos de ParaGen, y aparentemente ese mandato había sido el incidente decisivo que había llevado a los científicos a formar el Consorcio. Pero de alguna manera, cuando al fin apareció el virus, mató a los humanos en lugar de desactivar a los Parciales. No podía haber sido esa la decisión del Consorcio; a Kira no le cabía en la cabeza que nadie, y mucho menos su padre y la única figura materna que había conocido, decidieran

voluntariamente, a sabiendas y sin escrúpulos, destruir a tantas personas. Y Graeme se había suicidado, lo cual no le decía nada, pero aun así la inquietaba profundamente.

Sin embargo, pensó, el Consorcio estaba dividido, incluso mientras intentaba hacer sus planes. La doctora Morgan no sabía nada sobre la fecha de vencimiento, por ejemplo, pero alguien tenía que haberla incorporado al ADN de los Parciales, alguien que tenía un plan. Había otros; además, estaban los nombres que Morgan había gritado cuando pensó que Kira era una espía: Cronos y Prometeo. *¿Serían nombres en clave de algunas de las personas de la lista? ¿O eran otras personas? Y ¿cómo encajaba en todo eso el doctor Vale?*

Kira volvió al directorio y buscó algo que tuviera que ver con el plan del Consorcio: vencimiento. Seguro. Virus, virología, patología, epidemiología... buscó todos los sinónimos que conocía; «laboratorio», «investigación», «genética», incluso, RM... *Un momento.* Se quedó mirando el directorio. No había RM, pero

sí había ID. *¿Tendrá algo que ver con el virus? ¿Quizá una versión anterior? Pero de ninguna manera algo tan secreto aparecería en un directorio tan general que ni siquiera tiene los nombres de los científicos principales.* Recordó su confusión con el cartel de TI y cómo había resultado ser una sigla: Tecnología Informática. *ID será lo mismo, tal vez... ¿Información y Datos? ¿Investigación de Datos?*

Investigación y Desarrollo.

Si el Consorcio estaba en alguna parte, sería aquí. Pero ¿dónde está el piso C? Aquí todos los pisos están numerados. Buscó un plano, hurgando en todos los escritorios que encontró. Al pasar por tercera vez por el vestíbulo principal se detuvo en la salida de la escalera, pero no miró la escalera sino las puertas que había al lado. Tres juegos de puertas dobles, todas en hilera.

Elevadores.

La Reserva tenía un suministro continuo y autónomo de energía eléctrica. Los elevador de

los otros edificios aún funcionaban. Si allí también funcionaban, para encontrar el piso C bastaría con mirar los botones del ascensor. Y para llegar tenía pulsar uno. Se adelantó y acercó el dedo al botón de llamada. Lo apretó.

En la profundidad de las entrañas del edificio, un motor cobró vida, y Kira sintió vibrar el piso al moverse las poleas y los engranajes. El pozo de los ascensores se pobló de sonidos metálicos y chirridos mecánicos, y ella dio un paso atrás cuando la puerta que tenía delante se entreabrió con un fuerte ruido. El ascensor estaba solo parcialmente alineado con la puerta, con lo cual en la base quedaba una amplia brecha que se abría hacia la oscuridad. *El hecho de que haya electricidad no implica que les hayan dado mantenimiento en los últimos doce años, pensó. Es asombroso que sigan funcionando.* Las puertas trataron de cerrarse, pero se habían dañado tanto al abrirse que no pudieron hacerlo. Kira vaciló, tratando de decidir si tenía suficiente confianza en su estabilidad como para subir a mirar los botones.

Echó un vistazo al hueco que se abría abajo y vio luces rojas en el fondo del pozo, por lo menos siete pisos más abajo. *Son cinco niveles de subsuelo, pensó. Tiene que haber uno de mantenimiento, quizá dos. Y tres pisos subterráneos enteros.*

A, B y C.

Decidió evitar el ascensor; en cambio, volvió a espiar dentro del pozo y en los rincones, en busca de una escalera de mantenimiento. Encontró una a la que podía llegar con relativa facilidad, pero aun así tuvo un momento de vértigo aterrador al extenderse sobre el abismo negro. Con las manos firmes en los travesaños de metal, soltó el resto de su cuerpo, sus pies encontraron la escalerilla y empezó a bajar. Cada piso estaba marcado, y lanzó un suspiro de alivio al pasar el piso 1 y ver que el siguiente era el A. Siguió bajando, se detuvo en el piso C y buscó una salida. Junto a la escalera había una puerta de mantenimiento; giró el picaporte y la puerta se abrió sin problemas.

El pasillo al que salió estaba bien iluminado.

El aire estaba fresco y había buena ventilación. A lo lejos, como un eco leve en el vacío, oyó pasos.

A Kira se le subió el corazón a la garganta y se paralizó de miedo. ¿Sería Heron, que ya estaba allí? ¿O era algún otro? ¿Habrían oído el ascensor? ¿Eran pasos de una o varias personas? ¿Venían o se alejaban? No lo sabía, y eso la asustaba demasiado como para moverse. Al cabo de un momento, se obligó a pensar. *Sea lo que sea, debo cruzar la puerta. No puedo irme así como así, y esta podría ser mi única oportunidad de averiguar lo que soy.* Vaciló, tratando de armarse de valor, y se preguntó si adentro habría algún sistema de seguridad que la atacaría. No había disparado ninguna alarma al abrir la puerta. Respiró hondo, verificó que el arma siguiera donde la había escondido y entró.

El corredor resplandecía, no solo por las luces, sino porque las paredes, los pisos y los cielorrasos eran blancos, como en un hospital. Percibió el leve rumor de algo en el piso, como el motor de los elevador pero constante, como

un zumbido de fondo. *¿El generador de electricidad?*, pensó. *O un ventilador.* Había, sin duda, una brisa ligera, ni fría ni caliente: simplemente aire en movimiento. Oyó pasos, tan pocos que supuso que tenía que haber una sola persona. Se esforzó por llegar al enlace, tratando de ver si era Heron, pero no percibió nada.

Buscó a tientas su pistola en la cintura del pantalón, la sacó y revisó la recámara y el cargador, para asegurarse de que estuviera lista para usarla. La levantó por delante con cuidado, y caminó con pasos leves. Oía caminar a alguien, pero estaba decidida a que no la descubrieran.

El piso C era un laboratorio, mucho más intacto que los pisos superiores. A pesar de lo que los Parciales le habían hecho a ese lugar, la destrucción no había llegado a esa profundidad. Kira pasó por oficinas y salas de conferencias, por laboratorios y duchas, por habitaciones blancas y limpias llenas de equipos que ni siquiera reconocía. *¿Sería allí donde Vale*

fabricaba la cura? Sería lógico: sin duda, ParaGen tendría los mejores equipos de ingeniería genética de la Reserva. ¿Acaso esos equipos eran la razón por la cual el doctor había dicho que la cura no se podía «transportar»? Quizá los pasos que había oído eran de Vale. Kira empezó a caminar más rápido.

Volvió a oír los pasos, y a medida que se acercaba percibió una voz, un murmullo incomprensible de alguien que hablaba muy suave. Kira caminaba en el mayor silencio posible, temerosa aún de la persona a quien podría encontrar o de lo que esta pudiera estar haciendo. ¿Atacaría a una intrusa? ¿Tomaría su presencia como una amenaza? ¿Qué equipos estaría usando, y cómo? ¿La mataría para proteger su secreto?

No importa. He llegado hasta aquí. Necesito saber.

Dobló la última esquina, entró en una habitación enorme, y quedó boquiabierto. Ante ella, en diez largas filas, había diez mesas de metal; sobre cada una yacía un hombre

enflaquecido, casi esquelético. De cada uno subía un manajo de tubos y cables; algunos llevaban nutrientes a los cuerpos mientras otros retiraban lo que parecían desechos o sangre recirculada. Tenían los rostros descubiertos, pero del cuello de cada figura surgía un tubito que perforaba la piel y se unía a la maraña de tubos que pendían sobre ellos. En cualquier otra situación, habría pensado que estaban muertos, pero vio que sus pechos se elevaban y descendían débilmente y sus corazones latían con lentitud detrás de sus costillas frágiles. Eran cadáveres vivientes, inconscientes y perdidos para el mundo.

—¿Qué pasa aquí? —susurró.

—Son Parciales —respondió el doctor Vale.

Cuando Kira levantó la vista, lo vio del otro lado de la habitación. Subió su arma casi involuntariamente y le apuntó, y el doctor levantó las manos.

—Querías saber cómo sintetizo la cura —dijo Vale—. No lo hago: la recojo directamente —señaló hacia las mesas—. Te presento la cura

del RM.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Kira se quedó mirándolo, horrorizada.

—¿Qué es esto? —preguntó Kira. No podía dejar de mirarlo, horrorizada.

—Es la salvación —respondió Vale—. Todas las personas a quienes conociste aquí, todos los niños que viste, lo que llamaste «milagro»... Todo eso está aquí gracias a estos diez Parciales.

—Esto es... —se interrumpió, se adelantó y sacudió la cabeza, aún tratando de procesar lo que estaba viendo—. ¿Están dormidos?

—Sedados. No pueden verte ni oírte, aunque supongo que nuestras voces quizá se cuelen en sus sueños.

—¿Sueñan?

—Tal vez. Su actividad cerebral no es una parte importante del proceso; no le he prestado mucha atención.

—¿Nunca despiertan? —preguntó ella, y volvió a adelantarse.

—¿Para qué? Puedo atenderlos más fácilmente si están dormidos... dan muchos menos problemas.

—No hable así —protestó Kira—. No son plantas.

—Según la definición biológica estricta, no, pero la metáfora es apropiada —se acercó a uno y revisó los tubos y cables que lo conectaban al aparato que pendía del techo—. No son plantas, pero son como una huerta, y los atiendo con cuidado para cosechar el fruto que mantiene viva a la raza humana.

—La feromona —dijo Kira.

—Técnicamente, se llama Partícula 223 —respondió Vale—, aunque me acostumbré a llamarla Ambrosía —sonrió—. El alimento de vida.

—No puede hacer esto —dijo Kira.

—Claro que sí.

—Obvio que puede; siempre supimos que cabía esta posibilidad, pero... no está bien.

—Dígaselo a las miles de personas que han salvado, y a los cientos más que van a salvar este año solamente —a Vale se le borró la sonrisa y su rostro se puso solemne—. Dos mil: son doscientas vidas cada uno de ellos. Ojalá todos fuéramos así de caritativos.

—Pero... ¡son esclavos! —protestó Kira—. Son peor que esclavos, son... su espeluznante huerta humana.

—Humana, no —la corrigió con firmeza—. Cosas. Cosas vivientes, sí, pero la humanidad viene valiéndose de ellas desde que comenzó a pensar. Un arbusto en campo abierto es simplemente un arbusto; con atención humana, se convierte en un cerco, un muro que nos protege. Las bayas se convierten en tintas y tinturas; los hongos, en medicamentos. Las vacas nos dan leche, carne y cuero; los caballos tiran de nuestros arados y carruajes. Incluso ustedes usaron caballos para cruzar el páramo

tóxico, un trabajo que, estoy seguro, nunca habrían elegido por voluntad propia.

—Eso es diferente —replicó Kira.

—No es en absoluto diferente. Un caballo, al menos, es parte del mundo. Existen en la actualidad porque un millón de años de selección natural no los mataron: se ganaron su derecho de vivir. Los Parciales fueron creados en un laboratorio, hechos por y para la humanidad. Son sandías sin semillas o trigo resistente a las plagas. No te dejes engañar por sus rostros humanos.

—No es solo por sus rostros —dijo Kira, con vehemencia—, sino por sus mentes. No puede hablar con uno y decirme que no son personas de verdad.

—Hasta las computadoras podían hablar, al final —repuso Vale—. Pero no por eso eran personas.

Kira sacudió la cabeza y cerró los ojos con furia y frustración. Sentía tanta repulsión por aquella revelación que apenas podía pensar.

—Tiene que liberarlos.

—Y después ¿qué? —preguntó Vale. Ella levantó la vista y lo vio hacer un gesto de amplitud, como si abarcara no solo el laboratorio sino también la Reserva, quizá el mundo entero —. ¿Debemos volver a la vida que lleva tu gente? ¿A luchar en vano por curar una enfermedad que no se puede curar? ¿A ver morir a miles de sus niños para que diez hombres, diez enemigos que se rebelaron y los mataron, no sufran?

—Es más complicado —replicó Kira.

—Sí. Es exactamente lo que yo digo. Dices que es cruel mantenerlos así, inconscientes y consumidos; yo digo que sería más cruel, y para más gente, liberarlos. ¿Sabes cómo los mantengo sedados? Ven aquí.

Se dirigió hasta el final de la primera fila de mesas y le hizo una señal de que lo siguiera. El Parcial que estaba en la última mesa parecía similar a los demás, pero tenía equipos diferentes. En lugar del tubo asomando por debajo de su mandíbula, le habían puesto en toda la garganta lo que parecía un respirador. Kira se

acercó lentamente, con la pistola olvidada en la mano, y vio que tenía una pequeña serie de ventiladores en el cuello.

—¿Qué es? —preguntó.

—Es un sistema de ventilación —respondió Vale—. A este lo llamo Williams, y fue mi última creación antes de que el tiempo y el desgaste inutilizaran nuestro equipo de modificaciones genéticas. En lugar de producir Ambrosía, produce otra partícula diseñada por mí: un sedante extremadamente potente que afecta solo a los Parciales. La biomecánica que hubo detrás de eso fue monumental, te lo aseguro.

Kira quedó callada, pensando en Samm, y Vale asintió como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

—Supongo que tu amigo Parcial está arriba, dormido en alguna parte, ¿verdad? —señaló hacia el techo—. El sistema de ventilación de la torre todavía funciona admirablemente bien, y bombea el sedante a todo el edificio y a la Reserva. Me interesaría saber hasta dónde llegó antes de sucumbir. Williams bien puede

convertirse en nuestra principal defensa si alguna vez nos atacan los demás Parciales que mencionaste.

Kira trató de recordar: Samm no había sentido los efectos hasta que se acercaron al claro central (calculó unos cuarenta y cinco metros de la torre), pero había estado extrañamente aletargado toda la tarde. ¿Habría sido por el sedante o por otra cosa?

¿Hasta dónde tendría que llevarlo para que se le pasaran los efectos?

Volvió a mirar a Vale.

—No puede hacer eso.

—Estás repitiendo lo mismo todo el tiempo.

—No puede convertir a una persona en un arma.

—Niña, ¿qué crees que son los Parciales?

—Bueno... por supuesto que son eso, y mire cómo resultó todo. ¿No aprendió nada del fin del mundo?

—Aprendí a proteger la vida humana a toda costa —respondió Vale—. Es un límite sobre el que dimos muchas vueltas, tratando de tener

ambas cosas.

—Usted no está haciendo esto para proteger a los humanos —ladró Kira, al tiempo que retrocedía y levantaba la pistola—. Lo está haciendo por el poder. Usted controla la cura, y por ende controla todo, y todo el mundo tiene que obedecerlo.

Vale lanzó una carcajada, tan inesperada, tan genuinamente divertida, que Kira no pudo sino dar otro paso atrás. *¿Qué cosa se me está escapando?*, pensó.

—¿Qué ejemplos de opresión humana viste aquí? ¿Qué bota de hierro tengo puesta que nadie más ve? ¿Acaso la gente de la Reserva no es feliz?

—Eso no quiere decir que sean libres —replicó Kira.

—Por supuesto que lo son. Pueden ir y venir como les plazca; no tenemos guardias ni policía. No tenemos toque de queda, más que el peligro de las tormentas ácidas. No tenemos muros, salvo la extensión mortal de las Tierras Malas. No exijo tributo, no controlo las escuelas, no

guardo ningún secreto salvo este —dijo, señalando con un gesto a los Parciales agonizantes.

—Phan y Calix dijeron que no los deja marcharse —Kira se crispó.

—Por supuesto que no los dejo marcharse —dijo Vale—. Hay muchos peligros allá afuera. Phan y Calix, como el resto de los cazadores, son vitales para nuestra comunidad. Pero aun así son libres de irse cuando les plazca. El solo hecho de que hagan lo que yo recomendé no me convierte en tirano —señaló a Kira—. Ustedes mismos han tenido la libertad de marcharse, todo este tiempo: la alborotadora recién llegada y su peligrosa mascota Parcial. Nadie les ha impedido irse, nadie vigila sus movimientos. Dime, Kira, ¿qué es lo que tanto censuras?

Ella sacudió la cabeza, confundida y a la defensiva.

—Usted controla a esta gente.

—Si lo interpretas libremente, supongo que sí —respondió Vale—. Tú vienes de una tierra donde el control, por lo que pude deducir, se

maneja a punta de pistola; donde el gobierno compra la obediencia por medio de la escasez. Por lo que retiene. Yo mantengo el orden dando a la gente exactamente lo que quiere: la cura del RM, casa y comida, una comunidad a la cual pertenecer. Ellos aceptan mi liderazgo porque los guío bien y con eficiencia. No todas las figuras de autoridad son malas.

—Eso es una hipocresía, viniendo de alguien que está en un laboratorio secreto lleno de prisioneros casi muertos.

El hombre suspiró y se quedó mirándola unos momentos. Finalmente, se volvió, se dirigió a un costado de la habitación y tomó una jeringa con un líquido claro que había en una bandeja.

—Ven conmigo, Kira, quiero mostrarte algo —se acercó a una puerta que estaba del otro lado de la habitación; tras cierta vacilación, ella lo siguió—. Todo este complejo está conectado por una serie de túneles subterráneos —le informó—. Permíteme recordarte, antes de reunirnos con los demás, que ellos no saben sobre los Parciales. Te agradecería discreción al

respecto.

—¿Porque le da vergüenza?

—Porque muchos reaccionarían como tú —respondió—, y algunos querrían castigar aún más a los Parciales.

—Usted no me conoce, doctor, pero no soy de las personas que se quedan calladas cuando algo no les gusta.

—Pero sí sabes guardar secretos —dijo Vale.

Ella lo miró de reojo.

—¿Se refiere a Samm?

—¿Tienes otros secretos, además de ese?

Kira lo observó un momento, tratando de descubrir si él sabía, o sospechaba siquiera, lo que ella era. *Probablemente no, decidió, o me habría preguntado por qué a mí no me afecta el sedante para Parciales. A menos que sepa más que yo sobre mí...*

Claro que sabe más, pensó; es parte del Consorcio. Sabe todo lo que vinimos a averiguar. No puedo detenerlo yo sola, ahora no; pero si consigo las respuestas que

necesito, quizá no sea necesario que lo haga. Pensó un largo rato antes de hablar.

—Guardaré su secreto... por ahora, pero usted tiene que darme algo.

—¿La cura? —preguntó—. Como ves, es la misma cura que tú misma descubriste... y, como te dije antes, no se puede transportar.

—La cura no —respondió—. Es mala, y lo que sea que va a mostrarme no me hará cambiar de opinión.

—Ya lo veremos.

—Lo que quiero es información —insistió Kira.

—¿Qué clase de información?

—Todo —dijo—. Usted ayudó a crear a los Parciales, lo cual significa que sabe sobre el RM, el vencimiento y el Seguro. Quiero saber qué planes tenían y cómo se relaciona todo.

—Te daré toda la información que tengo —respondió Vale—. A cambio, como dijiste, de que guardes el secreto.

—De acuerdo —dijo Kira.

—Bien —dijo Vale, y se detuvo junto a una

puerta en el pasillo—. Pero primero, subamos.

Kira leyó el rótulo de la puerta.

—«Edificio Seis». Es el que convirtió en hospital.

—Así es.

—Ya vi el hospital.

—Lo que no viste es el bebé que nació esta tarde. Sígueme —dijo, y abrió la puerta.

Subió unos escalones y Kira lo siguió, nerviosa de pronto. Claro que habría un nuevo bebé; ¿por qué, si no, habría ido a la torre a buscar una jeringa con la cura? Se le hizo un nudo en el estómago. Había pasado tanto tiempo de su vida en el hospital de East Meadow, trabajando en la maternidad mientras los bebés morían y las madres lloraban con desesperación, que no pudo evitar sentir nuevamente la misma tensión. Pero esta vez era diferente: Vale tenía la cura. Este niño no tendría que morir. Salvo que ella sabía de dónde provenía la cura. Cerró los ojos y vio los rostros enjutos y macilentos de los Parciales. Estaba mal mantenerlos así, dijera lo que dijera Vale para justificarlo. *Y sin*

embargo...

Salieron a un pasillo y cerraron la puerta con llave. Había personas que iban y venían, y Kira se asombró al ver que la mayoría parecían contentas: reían, conversaban y sonreían, acunando contra su pecho a sus tibios bebés envueltos en mantas. Madres, padres y hermanos. Familias de verdad, familias genéticas, como ella nunca las había visto. La maternidad donde trabajaba era un lugar de muerte y dolor, de lucha agotadora contra un enemigo implacable. Pero aquí todo era distinto. Las madres que venían a dar a luz sabían que sus hijos vivirían. Era una maternidad llena de esperanza y éxito. Tuvo que detenerse un momento y apoyarse en la pared. *Esto es todo lo que siempre quise, pensó. Es lo que quiero crear en casa... es lo que quiero llevarles. Esperanza y éxito. Felicidad.*

Y sin embargo...

Detrás de tantos sonidos había uno que Kira conocía demasiado bien: el llanto de un bebé moribundo. Sabía con exactitud, por intensa

experiencia personal, cómo progresaría el virus, cómo atacaría a la criatura segundo a segundo. Si hacía apenas unas horas que el niño había nacido, como había sugerido Vale, el RM aún estaba desarrollándose en su sangre. Tendría fiebre, pero aún no era mortal. El virus estaba replicándose, célula por célula, desarrollando más esporas virales, devorando el cuerpecito desde adentro hasta que finalmente, mañana, tal vez, la criatura prácticamente se cocinaría viva tratando de sobrevivir. En esta etapa inicial se podía calmar el dolor y controlar la fiebre, pero el proceso en sí no se podía detener. Sin la cura feromonal, la muerte era inevitable.

Vale caminó por el pasillo en dirección al llanto; saludaba amablemente a la gente al pasar, y Kira lo seguía, aturdida. ¿Era eso lo que quería que viera? ¿La cura en acción, cómo salvaba una vida inocente? Ella no sabía qué esperaba lograr él con eso; ya conocía los riesgos, probablemente mejor que él, gracias a haber vivido tanto tiempo sin ninguna cura. No la haría cambiar de opinión respecto de los Parciales

cautivos, y tampoco compraría su silencio ni su acatamiento.

El doctor Vale empujó la última puerta, entró en la habitación y Kira vio que la madre prácticamente se desmayaba de alegría al verlo. El padre, igualmente agradecido y nervioso, estrechó con entusiasmo la mano del doctor. Este lo tranquilizó con una sonrisa y se puso a conversar sobre cosas triviales mientras preparaba la jeringa, y todo el tiempo Kira se quedó contra la pared, observando al bebé que gritaba en la cuna. Los padres la miraron, pero pronto dejaron de prestarle atención y volvieron a concentrarse en el bebé. Ella los observó alzar a su bebé en brazos, tan parecidos a Madison y a Haru, a todos los padres que había visto.

No importa, pensó. No pueden justificar lo que están haciéndoles a aquellos hombres en el subsuelo. Si estos padres supieran que hay personas vivas sufriendo así, ¿se alegrarían tanto de ver la cura? ¿La aceptarían, incluso? Quería decírselos, contarles todo, pero estaba como congelada.

Vale terminó de preparar la inyección y se volvió hacia los padres para pedirles que abandonaran el cuarto.

—Por favor —les dijo, con voz queda—, necesitamos un momento de privacidad con su hijo.

Los ojos de la madre se dilataron de miedo.

—¿Va a estar bien?

—No se preocupen —dijo Vale—, será solo un momento.

No estaban convencidos de salir, pero aparentemente confiaban en él y, tras una leve insistencia y otra mirada curiosa a Kira, salieron de la habitación. Vale cerró la puerta con llave y se volvió con la jeringa... no hacia el bebé, sino hacia Kira, y se la ofreció como si fuera un regalo.

—Te dije que lidero a estas personas dándoles lo que quieren —dijo—. Ahora haré lo mismo contigo. Toma.

—No quiero su cura —respondió Kira.

—No estoy ofreciéndote la cura —dijo Vale—. Te ofrezco la decisión: vida o muerte. Es lo

que querías, ¿no? Decidir por todos qué está bien y qué está mal. Qué se justifica y qué es imperdonable —se acercó a ella y volvió a ofrecerle la jeringa, sosteniéndola como si fuera un cáliz—. A veces, para ayudar a alguien es necesario perjudicar a otro; nunca nos gusta, pero tenemos que hacerlo porque la alternativa sería peor. He destruido diez vidas para salvar dos mil; me parece mejor proporción que la que podrían esperar la mayoría de las naciones. No tenemos delincuencia, pobreza ni sufrimiento, salvo el de ellos. Y el mío —agregó—, y ahora el tuyo —volvió a ofrecerle la jeringa—. Si crees saber mejor que yo cómo valorar una vida en comparación con otra, si sientes que debes decidir quién vive y quién muere, hazlo. Salva a esta criatura o condénala a morir.

—Eso no es justo.

—Tampoco es justo cuando tengo que hacerlo yo —replicó Vale, con aspereza—. Pero aun así, hay que hacerlo.

Kira miró la jeringa, al bebé que gritaba, la puerta cerrada con los padres del otro lado.

—Ellos lo sabrán —dijo Kira—. Sabrán qué elegí.

—Por supuesto. ¿O estás sugiriendo que tu elección sería diferente según quién se enterara? Así no funciona la moralidad.

—Yo no dije eso.

—Entonces, decide.

Kira volvió a mirar hacia la puerta.

—¿Por qué los hizo salir, si de todos modos van a enterarse?

—Para que pudiéramos tener esta conversación sin ellos gritándote —respondió Vale—. Toma tu decisión.

—No me corresponde hacerlo.

—Eso no te preocupaba hace diez minutos, cuando me dijiste que lo que yo hacía era perverso —le recordó—. Dijiste que había que liberar a los Parciales. ¿Qué cambió?

—¡Usted sabe lo que cambió! —gritó Kira, señalando al bebé, que lloraba.

—Lo que cambió es que, de pronto, tu noble moralidad se enfrenta a las consecuencias —dijo Vale—. Toda decisión las tiene. Nos

enfrentamos a la amenaza real de la extinción humana, y eso hace que las decisiones sean peores, y las consecuencias, horribles. Y a veces, cuando hay tanto en juego, una decisión que antes nunca habrías tomado, que jamás tomarías en cuenta en otras circunstancias, pasa a ser la única opción moral. La única medida que puedes tomar y aun así seguir viviendo contigo misma al día siguiente —le puso la jeringa en la mano—. Me llamaste tirano. Ahora mata a esta criatura o conviértete tú misma en una tirana.

Kira miró la jeringa que tenía en la mano, la salvación de la raza humana. Pero solo si se atrevía a usarla. Ella había matado Parciales en batalla; ¿acaso esto era diferente? Tomar una vida para salvar otra. Para salvar otras mil o quizá otras diez mil, para cuando terminaran. En cierto modo, esto era más misericordioso que la muerte, pues los Parciales simplemente estaban dormidos...

Pero no, se dijo, no puedo disculpar esto. No puedo justificarlo. Si le doy la cura a este

niño, estaré apoyando la tortura y el confinamiento de Parciales... de personas. De MI gente. No puedo fingir que me parece bien. Si hago esto, tendré que enfrentarlo como lo que es. ¿Es esto lo que queda, al final de todo? ¿Una elección?

Tomó el pie del bebé, le clavó la aguja y le aplicó la inyección.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Ariel estaba sobreviviendo a la ocupación Parcial de la misma manera en que sobrevivía a todo: permaneciendo sola. El ejército de ocupación había hecho que muchos residentes de East Meadow se mudaran a albergues comunitarios, donde buscaban fuerza en el hecho de agruparse, además de hacer acopio de alimentos y bebida en un único lugar. Eso solo los hizo más fáciles de capturar cuando los Parciales empezaron a atacar la ciudad por sorpresa: llegaban de pronto y arrebataban víctimas para hacer experimentos o para ejecutarlas, ya era imposible saber bien para qué. El solo tamaño del grupo y el ruido que generaban sus miembros hacía que fueran

fáciles de atrapar, y de hecho, ningún grupo de civiles sin entrenamiento podía repeler un ataque Parcial. Ahora que Marcus no estaba, Ariel permanecía sola, mudándose de casa en casa, comiendo lo que otros dejaban y avanzado siempre un paso por delante de los atacantes. Al mantenerse escondida, había permanecido a salvo.

Hasta que los Parciales la encontraron.

Ariel jadeó, esforzándose por seguir corriendo. Conocía la ciudad como la palma de su mano, pero los Parciales eran más rápidos que ella y tenían sentidos más aguzados. Oía sus pasos cayendo sobre la calle detrás de ella, los golpes de sus botas pesadas, uno tras otro, con un ritmo implacable que se acercaba más y más con cada respiración. Se lanzó a la izquierda a través de una brecha en una cerca, luego a la derecha y nuevamente a la izquierda, por otra cerca de madera. Sus pies hacían menos ruido que los de ellos, apenas un susurro en la oscuridad, y contuvo el aliento mientras caminaba sigilosamente por el pasto, forzando

sus ojos en la penumbra para evitar pisar alguna ramita o botella que pudiera delatarla. Unos pies pesados pasaron corriendo a su lado, atravesaron la brecha en la cerca y siguieron a toda carrera por el patio que había más allá. Los siguió un segundo par de botas, y Ariel asintió. *Solo uno más. Solo un Parcial más que caiga en la trampa y estaré libre.* Avanzó lentamente y en silencio, casi hasta donde terminaba el pasto; allí bajaría por una escalera a un refugio en un sótano que había usado ya una o dos veces, y se quedaría allí escondida hasta que sus perseguidores se rindieran y fueran en busca de presas más fáciles. Lo único que tenía que hacer era llegar a la escalera...

El tercer par de botas se detuvo, casi a la misma altura que ella, del lado opuesto de la cerca doble. Ariel se quedó inmóvil, sin hacer un solo sonido, sin siquiera respirar. El Parcial dio un paso en una dirección y se detuvo. Volvió en la otra dirección, y se detuvo otra vez. *¿Qué está haciendo?* Pero al mismo tiempo que se lo preguntaba, supo qué estaba haciendo. Se había

detenido porque había visto algo. Y sabía dónde estaba ella.

Oyó una risita profunda.

—Ah, eres buena —dijo el Parcial, riendo, y saltó la cerca directamente hacia ella.

Ariel maldijo por lo bajo y echó a correr otra vez; olvidó toda cautela y emprendió una carrera por la supervivencia. El Parcial saltó la segunda cerca y corrió tras ella, pocos metros atrás, casi tan próximo como para estirarse y tomarla por el cuello. Ella corrió lo más rápido que pudo, mientras su mente trataba con desesperación de adivinar cómo la había encontrado; se mantuvo en silencio, escondida, había hecho todo lo que había aprendido a hacer y, sin embargo, fue como si él hubiera sabido que estaba allí, casi como un sexto sentido. Marcus le había hablado del enlace, y de cómo les permitía a los Parciales encontrarse entre sí, pero todo eso no funcionaba con los humanos, pues estos eran un punto ciego en su sistema sensorial. Ariel había aprovechado eso y siempre le había dado resultado. ¿De qué manera se había delatado?

El Parcial estaba casi sobre ella; su respiración agitada resonaba tan fuerte en sus oídos que Ariel estaba segura de que venía apenas a unos centímetros y estaba jugando con ella. Podía oler el sudor del Parcial, y el hedor agrio de su aliento en el aire. *Eso es, pensó, fue el olor. Estuve corriendo tanto y escondiéndome por tanto tiempo que seguramente huelo horrible. No me vio ni me oyó ni me detectó en el enlace: me olió, como un sabueso.*

Pero no voy a rendirme.

Bajó la cabeza y se lanzó a la carrera más dura de su vida. De pronto, su cuerpo entró en espasmo y cayó al suelo, dio una voltereta al fallarle los músculos, y la inercia la hizo rodar hasta estrellarse. Sus sentidos vacilaron y se sobresaltaron; el mundo estaba totalmente al revés. Se esforzó por enderezarse, pero le dolía todo. Era como si la hubieran golpeado de lleno con un bate de béisbol, pero no entendía desde dónde. Poco a poco sus ojos fueron enfocándose, y vio al Parcial de pie, a su lado,

con un bastón de choques eléctricos; lo pulsó varias veces, y al hacerlo se formó un arco de luz azul brillante una y otra vez entre los contactos.

—Eres luchadora —dijo, y engancho el bastón en un aro del cinturón. Se arrodilló y sonrió, y sus dientes blancos resplandecieron a la luz de la luna—. Quizá pueda divertirme un poco antes de entregarte al jefe.

Ariel quiso moverse, pero sus miembros seguían sin obedecerla. El Parcial extendió las manos hacia su cuello.

—Alto —dijo una voz, y el Parcial se detuvo en seco. Su mano se congeló a pocos centímetros del rostro de Ariel, inmóvil—. De pie —ordenó la voz; era una voz de mujer, pero Ariel no podía ver quién era. Le resultaba vagamente familiar, pero no lograba identificarla. El Parcial se puso de pie, con la mirada perdida fija al frente—. Saque su arma —el Parcial obedeció—. Aplíquese un choque eléctrico —el hombre encendió el bastón y lo levantó hacia su pecho, pero se detuvo a pocos centímetros. Sus

ojos parecían más duros, como si estuviera resistiéndose, y ella notó que tenía la cara bañada en sudor—. ¡Hágalo! —ordenó la voz, y las defensas del Parcial se derrumbaron. Apoyó el bastón contra su propio pecho y cayó al suelo al instante; sus extremidades se agitaron cuando su sistema nervioso entró en cortocircuito. De alguna manera, su mano logró mantener el bastón presionado contra su pecho, a pesar de que el resto de su cuerpo se contraía y se sacudía, hasta que por fin quedó inconsciente. El bastón cayó al suelo.

Es la doctora Morgan, pensó Ariel, mientras intentaba moverse. Logró apoyarse en un brazo y levantó la cabeza ligeramente, pero todo le daba vueltas y le costaba mantenerse erguida. Cuando Morgan estaba controlando a Samm, pasó lo mismo; así exactamente lo describieron Marcus y Xochi. La doctora Morgan está aquí. Vino a buscarme ella misma, como un vampiro en la noche. Logró apoyarse también en el otro brazo y se levantó, aún mareada; sus ojos no llegaban a enfocarse

del todo. Se volvió y vio una figura en la oscuridad detrás de ella, pero le dolía la pierna y no podía correr.

—Doctora Morgan —graznó, pero su voz no la obedeció y las palabras salieron como una mezcla sin sentido. La figura salió a la luz de la luna.

Era una anciana, encorvada y oscura; no un vampiro, sino una bruja de cabello enmarañado.

—¡Tú! —dijo Ariel.

—Hola, hija —la saludó Nandita—. Ven, debemos encontrar a tus hermanas. Nuestro mundo está por acabarse otra vez.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Kira caminaba en silencio por el oscuro corredor subterráneo, sintiendo en la mano el peso de la jeringa vacía. Ahora se le hacía más pesada que cuando estaba llena.

—No sé cómo lo hace —dijo.

—Eso era obvio —dijo Vale—, dado que insistías tanto en que no podía hacerlo. Ahora, creo, has podido vislumbrar lo que cuesta ser líder.

—Eso no estuvo bien —replicó Kira—. No era lo correcto. Pero... era lo único que podía hacer.

—Mientras te ayude a dormir esta noche... —dijo Vale. Suspiró, y su voz se volvió distante, pensativa—. En doce largos años, cada hora

que no pasé atendiendo a los Parciales y recolectando la cura, la pasé buscando una manera de hacerla sin ellos. No van a durar para siempre, pero es necesario que esta colonia sí. Estos niños van a crecer y tendrán sus propios hijos, y ¿qué los salvará entonces? Puedo acumular suficiente Ambrosía para otra generación, tal vez dos, pero después, ¿qué? Hasta un humano «curado» sigue siendo portador; el RM estará con nosotros para siempre.

—Tiene un año para descubrirlo —dijo ella—. Dieciocho meses, cuando mucho, hasta que todos los Parciales mueran y los perdamos para siempre.

—La fecha de vencimiento —asintió—. Es tan trágica como el Seguro.

Solo el Consorcio sabe sobre el Seguro. Es hora de confrontarlo.

—Usted es uno de ellos, ¿no? Los científicos que hicieron a los Parciales. El Consorcio.

Él se detuvo a medio paso y la miró. Cuando

siguió caminando, su voz estaba diferente, aunque Kira no logró discernir su estado de ánimo. ¿Sentía curiosidad? ¿Estaba a la defensiva? ¿Lo había hecho enojar?

—Sabes mucho sobre lo que yo creía que era secreto —observó.

—Vinimos aquí por el Consorcio. Yo... —se interrumpió; no quería revelar todo. Decidió ir a lo seguro y hablar de la manera más vaga posible— conocí a una mujer llamada Nandita Merchant. Ella me dijo que buscara al Consorcio; me dio a entender que ellos tendrían las respuestas que necesitábamos para salvar a ambas especies. Desapareció antes de que pudiera preguntárselo directamente.

—Nandita Merchant —repitió Vale, y esta vez a Kira no le costó identificar las emociones del médico: estaba afectado por una profunda tristeza—. Temo que ella nunca podrá recuperarse de lo que hizo con el Seguro. Es tan culpable como los demás.

Esta vez fue Kira quien se detuvo, sorprendida.

—Espere —dijo—. ¿El Consorcio hizo esto? El Seguro era un virus, de eso nos enteramos en Chicago, pero ¿usted está diciendo... que Nandita, que todos ustedes, lo crearon para que atacara a los humanos? ¿A propósito?

—Yo no lo creé —respondió, sin dejar de caminar—. Desarrollé el ciclo de vida de los Parciales, su crecimiento y desarrollo, el modo en que se aceleran hasta alcanzar una edad ideal y luego se mantienen así... claro, hasta que llegan a la fecha de vencimiento. Pura poesía, te lo aseguro; uno de los trabajos más sofisticados de biotecnología de todo el proyecto.

Kira quedó boquiabierta.

—¿Usted creó la fecha de vencimiento?

—Fue un acto de bondad, créeme —respondió Vale—. Cuando el gobierno solicitó un Seguro, propuse la fecha de vencimiento como una alternativa más humanitaria...

—¿Qué tiene de humanitario matarlos?

—Dije «más humanitaria». Los humanos, por supuesto, también tenemos una «fecha de vencimiento», cuando morimos de viejos. Es el

mismo principio. Y el vencimiento no pone en peligro a los humanos; en cambio, el Seguro podría hacerlo. De hecho, lo hizo. Pero esos eran todos mis argumentos sobre el Seguro y la fecha de vencimiento al principio, cuando todavía no veíamos las cosas en su totalidad. Graeme y Nandita, que tenían a su cargo la creación del Seguro, se dieron cuenta mucho antes que nosotros. Fueron ellos quienes crearon el RM.

—Conocí a Nandita... —Kira volvió a vacilar, pero decidió que no tenía nada de malo revelar un poquito más de información—. Viví con ella durante años; tenía una especie de orfanato, y yo fui una de las niñas a las que ayudó. No es una genocida.

—No más que cualquier otro humano en su situación —repuso Vale, crípticamente—. Pero lo mires como lo mires, ella y el resto del grupo somos, de hecho, genocidas.

—Pero eso no tiene sentido —insistió con vehemencia—. Si ella quería matar, erradicar por completo a la raza humana, habría podido

traicionarnos con los Parciales, o esparcir veneno, o hacer un millón de cosas, pero no lo hizo. Tuvo que ser su compañero —dijo, mientras lo seguía casi sin aliento, tratando de descifrar las pistas en su mente—. Graeme Chamberlain, el que se suicidó. ¿No puede ser que él... no sé... haya modificado el Seguro a espaldas de los demás?

—Sigues sin poder ver la imagen completa —respondió Vale, sin mirarla ni una vez mientras avanzaba a paso rápido. Había algo que le estaba ocultando, algo que no quería decir. Kira insistió.

—Pero tampoco tiene sentido que Chamberlain haya actuado solo —dijo, y aminoró un poco el paso mientras pensaba más profundamente en el problema. Corrió para alcanzarlo—. La cura era parte del diseño de los Parciales, incorporada a su constitución genética. ¿Por qué crearía él un virus destinado a matar a todos los humanos del planeta, y luego una cura perfectamente diseñada para impedirlo? No tiene sentido. Pero sí tiene sentido

si...

La respuesta estaba allí, en la punta de su cerebro, y Kira se esforzó por captarla, por obligarla a convertirse en un pensamiento simple y comprensible. *Había tantos trabajando, pensó, en tantas piezas diferentes. ¿Cómo se relaciona todo?*

Vale caminó unos pasos más y luego se fue deteniendo poco a poco. No se dio vuelta, y Kira tuvo que esforzarse para oír su voz.

—Yo me opuse al principio —dijo.

—Pero ¿es verdad? —Kira se le acercó lentamente—. Usted y el resto del Consorcio... ¿hicieron esto a propósito? Alteraron el Seguro para que matara a los humanos en lugar de los Parciales e incorporaron la cura en ellos... ¿Por qué?

Vale se volvió hacia ella, con el rostro nuevamente velado por una profunda ira.

—Piensa un minuto en el Seguro, en lo que es y en lo que representa. Nos pidieron que creáramos una nueva especie: individuos vivos que respiraban, razonaban y, gracias a la

Resolución de las Naciones Unidas sobre Respuesta Emocional Artificial, sentían. Piensa en eso: nos dieron instrucciones específicas de crear un ser que pudiera reflexionar, sentir, que tuviera conciencia de sí mismo, y luego nos dijeron que le colocáramos una bomba en el pecho para que pudieran matarlo cuando quisieran. Hace diez minutos querías liberar a diez Parciales moribundos y no toleraste la idea de matar a un solo niño humano. ¿Podrías condenar a muerte a toda una raza?

Ella tartamudeó ante la súbita ofensiva, buscando las palabras, pero él prosiguió sin esperar respuesta.

—Nadie que sea capaz de crear un millón de vidas inocentes y, al instante, encarar un medio para eliminarlas a todas, sin piedad, es apto para ser responsable de ese millón de vidas. Nos dimos cuenta de lo que estábamos creando en los BioSintes: criaturas tan humanas como nosotros mismos. Pero la junta de ParaGen y el gobierno de Estados Unidos los consideraban meras máquinas, como una línea

de productos. Destruir las vidas de esos «Parciales» sería una atrocidad semejante a todos los genocidios que hemos visto en la historia de la humanidad. Y sin embargo, incluso antes de lanzar a los primeros a una prueba de combate, comprendimos que ellos siempre los verían como armas y los harían a un lado cuando ya no les resultaran útiles.

Kira esperaba que el rostro del médico se fuera endureciendo al hablar, que se pusiera más furioso al recordar aquel horror; en cambio, se fue volviendo más suave, más débil. Derrotado. Estaba repitiendo un argumento antiguo, pero ya sin fervor.

—En el nivel más fundamental —dijo Vale—, la humanidad no aprendería a ser «humanitaria», a falta de una palabra mejor, a menos que su vida literalmente dependiera de ello. Por eso creamos el RM, y con él, la cura, ambos incorporados a los Parciales. Si el Seguro no se activaba nunca, si la humanidad nunca llegaba al punto de sentir la necesidad de destruir a los Parciales de una sola vez, nadie

habría aprendido nada. Pero si la humanidad decidía apretar el botón, bueno... —respiró hondo—. La única manera de que los humanos sobrevivieran, entonces, sería mantener a los Parciales con vida. Así como el hecho de privar a los Parciales de derechos les costaría a los humanos su humanidad, destruirlos como a productos defectuosos les costaría la vida.

—Ustedes... —Kira apenas podía pensar. Buscó en vano las palabras que le dieran sentido a todo aquello—. ¡Todo esto fue intencional!

—Les rogué que no lo hicieran. Era un plan desesperado, de consecuencias terribles... al final, incluso peores que lo que yo suponía. Pero tienes que entender que no teníamos alternativa.

—¿Que no tenían alternativa? —repitió Kira—. Si tanto se oponían a eso, ¿por qué no se lo plantearon a los ejecutivos o al gobierno? ¿Por qué no les dijeron que aquello era perverso, en lugar de llevar a cabo este horrible... castigo?

—¿Crees que no lo intentamos? —le preguntó Vale— ¡Por supuesto que lo hicimos! Hablamos, insistimos, pataleamos y gritamos.

Tratamos de explicarle a la junta directiva de ParaGen lo que eran realmente los Parciales, lo que representaban: una nueva forma de vida sensible, introducida en el mundo sin pensar cómo vivirían una vez que la guerra terminara. Les dijimos que el gobierno no tenía planes para asimilarlos, que no había otra posibilidad más que el *apartheid*, la violencia, la revolución; que sería mejor cancelar todo el programa que condenar a la humanidad a lo que iba a ocurrir. Pero los hechos, tal como ellos los veían, eran simples: número uno, el ejército necesitaba soldados. No podíamos ganar la guerra sin ellos, y el gobierno los conseguiría de alguna manera. Número dos: ParaGen podía crear esos soldados para ellos, y diseñarlos mejor que cualquier compañía de otro rubro. Nosotros hacíamos milagros; creábamos árboles gigantes con hojas como alas de mariposas, delicadas y perfectas, y cuando soplaban el viento se agitaban como una nube de arcoíris, y cuando el sol se ponía tras ellos, el mundo se encendía con tonos irisados. Creamos una cura para la malaria, una

enfermedad que mataba a mil niños por día, y la borramos del mundo. Eso no es solo conocimiento y experiencia, hija; es poder, y con esa clase de poder viene la codicia. Y aquí aparece el hecho número tres, y el que más nos condena. El CEO, el presidente, la junta directiva... El gobierno quería un ejército y ParaGen quería vendérselo; ¿de qué servían los argumentos del Consorcio contra una ganancia de cinco billones de dólares? Si no les creábamos su ejército de Parciales, habrían encontrado a alguien de moral más maleable para que lo hiciera. Tú no recuerdas el viejo mundo, pero el dinero lo era todo. Y nada que nosotros hiciéramos iba a impedir que el gobierno comprara o que ParaGen vendiera.

»Veíamos las señales de lo que sucedería — prosiguió—, se iba a crear un ejército Parcial y no habría planes para darles los mismos derechos que a los humanos. Eso daba dos resultados posibles: o mataban a los Parciales con ese Seguro en un genocidio semejante al Holocausto, o estallaría una revolución violenta

que ganarían los Parciales, superiores en todos aspectos, y la humanidad tal como la conocemos quedaría destruida. Del modo que uno lo mirara, una especie resultaría diezmada, y la muerte de una le costaría el alma a la otra. Lo único que nos quedaba era intentar, digamos, hallar una manera de que ambas especies tuvieran que trabajar juntas para sobrevivir. Por eso, cuando Armin nos planteó su plan... bueno, no nos gustó; ni al principio ni nunca; pero sabíamos que teníamos la responsabilidad de llevarlo a cabo. Era el único plan en el cual ambas especies sobrevivían.

Kira contuvo el aliento.

—Armin Dhurvasula.

—¿También lo conoces?

Negó rápidamente con la cabeza, y esperó que su cara no la delatara.

—He oído sobre él.

—Un genio entre los genios —dijo Vale—. Todo esto fue parte de su plan; él ideó el sistema de feromonas y diseñó toda la interacción del Seguro, la cura y todo lo demás. Fue una obra

maestra de la ciencia. Pero a pesar de su plan y de nuestros mejores esfuerzos, sucedió lo peor. Te juro que nunca tuvimos la intención de que fuera tan devastador; ni siquiera entendemos cómo el RM tuvo una eficacia tan implacable. Supongo que no sirve de mucho consuelo pensar que, llegado el caso, esto era inevitable. Desde el momento en que creamos a los Parciales, desde el momento en que pensamos en crearlos, no había posibilidad de obtener otro resultado. La humanidad prefiere destruirse, en cuerpo y alma, antes que aprender una simple lección.

Kira estaba demasiado asombrada como para hablar. Había esperado un plan; había rogado que el Consorcio tuviera uno, pero enterarse de que ese plan era la aniquilación mutua —obligar a ambas especies a trabajar juntas o morir— era demasiado. Cuando por fin habló, lo hizo con voz débil y asustada, más infantil que en muchos años, y la pregunta que formuló no era la que pensó que haría.

—¿Lo ha... visto en alguna parte? —tragó en seco, tratando de no delatar su nerviosismo

—. ¿Sabe dónde está ahora Armin Dhurvasula?

—No. No he vuelto a verlo desde el Brote. Dijo que tenía que irse de ParaGen, pero desconozco a dónde ni qué está haciendo. Por lo que sé, los únicos que quedamos somos Jerry y yo... y ahora también Nandita, supongo.

Kira recordó su lista de integrantes del Consorcio.

—Jerry Ryssdal —dijo—. Él también era uno de ustedes. ¿Dónde está?

—En el sur —respondió Vale, con actitud solemne—. En el corazón del páramo.

—¿Cómo puede sobrevivir?

—Con modificaciones genéticas —respondió Vale—. Una vez apareció aquí por la noche y apenas lo reconocí. Ahora es más... inhumano, incluso más que los Parciales. Está tratando de curar a la Tierra para que quede algo que los mansos puedan heredar. Le dije que haría mejor en ayudarme a curar el RM, pero siempre fue muy decidido.

—Y hay dos más en el este —dijo Kira—. Dos facciones de Parciales están lideradas por

membros del Consorcio: Kioni Trimble y McKenna Morgan.

—¿Están vivas? —los ojos de Vale se dilataron y quedó boquiabierto. Kira no pudo discernir si la noticia lo alegraba o no—. ¿Dices que lideran a los Parciales? ¿Que se han puesto de su lado, contra los humanos?

—Eso creo. Ellas... No conozco a Trimble, pero la doctora Morgan se ha vuelto completamente loca; está secuestrando humanos y tratando de estudiarlos para curar la fecha de vencimiento de los Parciales. Aparentemente, no sabía de esa fecha hasta que estos empezaron a morir, pero está convencida de que puede resolverla con la biología humana.

Y conmigo, pensó, pero no lo dijo en voz alta. Aún no sabía lo que era ella, ni lo que haría Vale cuando se enterara. Y tenía que preguntárselo. Se sentía dividida entre la paranoia y la desesperación.

—Trimble estaba al tanto de nuestro plan —dijo Vale—. Morgan y Jerry, no. Ellos diseñaron la mayor parte de la biología Parcial, pero no

estábamos seguros de poder confiar en ellos en cuanto al asunto del Seguro, y como no tenía que ver con la tarea que ellos hacían, no fue necesario hacerlo.

—¿Quiénes son los otros? —preguntó Kira.

—¿Qué otros?

—Encontré todos esos nombres en mi investigación —respondió Kira—, pero nunca vi el suyo, y he oído de otros dos de los que todavía no sé nada.

—Mi nombre es Cronos Vale.

—He oído el nombre Cronos —dijo, y echó un vistazo cuidadoso a Vale—. Parece que la doctora Morgan lo considera una amenaza.

—No me digas que la conociste.

—No fue la experiencia más placentera de mi vida.

—Es mezquina, arrogante y desalmada. Al final, prácticamente se había dado por vencida con respecto a la humanidad como especie.

—Parece algo que ella haría.

—Si alguna vez encuentra este lugar —agregó Vale—, estamos condenados. Como

habrás visto, mi filosofía es ligeramente opuesta a la suya.

—Usted quiere proteger a la humanidad, aunque eso signifique esclavizar a la raza Parcial —dijo Kira, y empezó a vislumbrar la verdad—. ¿Qué fue de sus ideales? ¿Cuál es su plan ahora? ¿Que las dos razas sobrevivan?

—Después de doce años, por fin he llegado a entender algo —respondió Vale—. La extinción te obliga a elegir. No quiero hacer daño a nadie, pero si puedo salvar a una sola especie, ya elegí a cuál.

—No tiene por qué ser una o la otra. Hay una manera de salvar a ambas.

—La hubo —replicó él—. Pero ese sueño murió con el Brote.

—Se equivoca —dijo Kira, y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Usted, Armin, Nandita y Graeme... todo el trabajo que hicieron tenía que ver con esto, con que sobrevivieran las dos razas. ¡Tiene que haber algo que yo pueda hacer!

—Te prometí información —le dijo Vale—,

y soy un hombre de palabra. Dime lo que necesitas saber y te daré todo lo que pueda.

Bajaron la escalera hasta el laboratorio oculto en la torre, y Kira pensó en la pregunta; ¿tenía tantas! ¿Por dónde empezar? Quería saber cómo funcionaba el RM y cuál era exactamente la relación entre el virus y la cura. Si el mismo ser producía ambas cosas, ¿cómo interactuaban? Quería saber también sobre la fecha de vencimiento: cómo funcionaba, cómo podían resolverla. Vale llevaba años trabajando en el RM sin poder descifrarlo, pero no parecía tener interés en la fecha de vencimiento; quizá supiera algo valioso en lo que aún no hubiera profundizado.

—Hábleme de la fecha de vencimiento — pidió.

—En realidad, no es más que una modificación de mi trabajo sobre el ciclo de vida —respondió—. Diseñé a los Parciales de manera que su crecimiento se acelerara hasta cierta edad y permaneciera allí, y congelé el proceso de envejecimiento regenerando

continuamente su ADN. Al cumplir los veinte años, ese proceso se revierte y el ADN se degenera activamente. En esencia, envejecen cien años en solo unos días.

—Samm no dijo que envejecen —recordó Kira—, solo que... se descomponen. Como si se pudrieran en vida.

—A esa velocidad, el efecto es el mismo. No es la mejor manera de morir, pero fue la más elegante desde el punto de vista biológico.

Kira frunció el ceño, buscando todavía las piezas que le faltaban para completar el rompecabezas.

—¿Cómo hizo para que Morgan no se enterara de la fecha de vencimiento?

—ParaGen era un laberinto de secretos. Nadie confiaba en nadie, y la junta directiva confiaba menos aún en nuestros principales científicos. Por eso tuvimos que desarrollar dos Seguros.

—¿Dos? —repitió Kira, sorprendida.

—Uno que mataría a los Parciales, como ellos querían, y la gripe humana que

desarrollaron Graeme y Nandita como parte de nuestro plan. El Seguro Parcial nunca se puso en producción, claro, pero aun así lo creé, para enmascarar el resto de nuestro plan. La junta podía ver el Seguro Parcial, podía obtener informes de avances y datos de pruebas, y quedar convencida de que estábamos cumpliendo sus órdenes; mientras tanto, lo que a la larga incorporamos a los modelos Parciales producidos a gran escala fue el otro Seguro.

—Un momento —dijo Kira. Abrió su mochila y buscó el asa gris de la pantalla rota de Afa, que tenía toda la información que habían descargado en Chicago—. ¿Tiene un monitor al que pueda conectar esto?

—Por supuesto.

Vale le ofreció un cable, y Kira lo enchufó.

—Antes de venir aquí —dijo—, descargamos una gran cantidad de archivos de un centro de datos en Chicago. Uno de ellos era un memo del CEO de ParaGen a la junta directiva. Lo leímos porque mencionaba el Seguro, y en aquel momento no lo entendimos.

Sin embargo, con lo que usted acaba de contarme... —la lista de los archivos apareció en la pantalla, y ella la recorrió rápidamente—. Aquí está —lo abrió y leyó la línea pertinente—: «No podemos confirmar que el equipo Parcial esté trabajando para obstaculizar el proyecto Seguro, pero por las dudas, hemos contratado a nuevos ingenieros para que lo incorporen a los nuevos modelos. Si el equipo nos traiciona, aun así el Seguro va a funcionar».

—Actuaron a nuestras espaldas —exclamó Vale, atónito.

—Eso pensamos todos cuando lo leímos —dijo Kira—, pero después de lo que usted me contó, tiene que ser más que eso. Si la junta no sabía sobre el Seguro humano, el único que podían incorporar a los nuevos modelos era el señuelo de ustedes. El que mata a los Parciales. Eso quiere decir que probablemente todavía esté por allí, y si mata a los Parciales, matará a todo el mundo, pues son nuestra única manera de obtener la cura.

—Cierto —dijo Vale—. Pero fíjate en la

fecha: 21 de julio de 2060. Eso fue dos años después de que se creó la última serie de Parciales militares. Solo puedo suponer que este *email* se refería a la línea de Parciales que nunca se lanzó masivamente.

—Los nuevos modelos... —dijo Kira, y dejó la frase inconclusa.

Soy yo, pensó. Eso es lo que soy: un nuevo modelo de Parcial. Incluso es el año en que nací, cinco años antes del Brote. Se refiere a mí.

Llevo en mí el Seguro Parcial.

—Pareces aterrada —observó Vale.

Kira se apartó el cabello de la cara, tratando de controlar su respiración.

—Estoy bien.

—No lo pareces.

Ella miró a los diez prisioneros que yacían inertes en sus mesas. *Si algo me activa, los mataré. Mataré a Samm.* Trató de evitar que le temblara la voz.

—¿Cuál era el disparador?

—¿Del Seguro? Se disparaba con una

sustancia química, administrada por el aire o por inyección directa. Solo algunos de los Parciales eran portadores; fábricas virales, esencialmente, que se podían activar en un momento específico. Podríamos activar la cura del mismo modo.

—Sí —dijo Kira—, pero ¿cuál era el disparador, específicamente? ¿Y sería el mismo para los nuevos modelos?

—Nada de eso importa. El presidente activó el Seguro para detener la rebelión Parcial, y cuando vi lo virulento que se había vuelto el RM, activé la cura. Ya está, se terminó. Esos nuevos modelos que menciona el *email* eran solo prototipos y, que yo sepa, ninguno sobrevivió al Brote. Entonces eran apenas unas criaturas.

—Pero ¿y si sobrevivieron? —preguntó Kira. *¿Y si algo la activa por accidente y destruye a todos los Parciales que quedan en el planeta?*

Vale se quedó mirándola, entre confundido y pensativo. Poco a poco, su expresión fue cambiando, y Kira no pudo evitar dar un paso atrás.

Él también retrocedió un paso.

—Dijiste que viviste con Nandita, ¿verdad? —le preguntó—. Un orfanato. ¿Cómo fue exactamente que encontró a las niñas a las que adoptó?

Lo observó con recelo, tratando de discernir si él había adivinado lo que ella era en realidad. Parecía sospechar algo, pero ¿cuánto sabía con certeza? ¿Cuánto necesitaba saber antes de hacer algo... y qué haría? Si la consideraba una amenaza, ¿la mataría allí mismo?

Kira abrió la boca para hablar, pero no se le ocurrió nada que no la delatara. *No puedo aparentar que sé demasiado, pensó, pero tampoco tengo que dar la impresión de que estoy eludiendo el tema.*

—Ella tenía cuatro niñas —respondió—. Nos encontró del mismo modo que todos los demás padres sustitutos de la isla. Creo que algunos fueron asignados por el Senado —no estaba segura de si eso era verdad, pero sonaba bien sin develar ningún dato específico—. ¿Por qué lo pregunta?

—Algunos fueron asignados —repitió Vale—, ¿pero no todos?

—Nandita nos crio como a los demás niños —dijo, pero de pronto le vinieron a la mente las preguntas de Marcus acerca de los experimentos. *Eso es, soy yo*, pensó, *todo coincide demasiado*.

Él la observó detenidamente y dio otro paso atrás. Kira echó un vistazo por encima del hombro del médico. ¿Estaría retrocediendo para apartarse de una amenaza, o para llegar a una alarma? *¿Cuánto tiempo tengo?* La tensión que había en la habitación era suficiente para dejar a uno sin palabras, y Kira sintió que una gota de sudor le corría por la parte baja de la espalda.

—¿Te das cuenta —le preguntó Vale, con voz queda— de cuánto daño podría causar el Seguro Parcial en este momento, si está libre? ¿A la Reserva, a East Meadow, al mundo entero?

—Por favor —dijo Kira—, piense en lo que está haciendo... —pero fue lo peor que pudo

decir, y en el mismo instante en que las palabras salieron de su boca, supo que un ruego equivalía a una confesión.

Vale dio media vuelta, se lanzó hacia la mesa que estaba detrás de él y Kira ni siquiera esperó para ver qué intentaba alcanzar. Se volvió y echó a correr tan rápido como pudo. Detrás de ella se oyó un disparo, y saltaron chispas del marco de la puerta, apenas a unos centímetros de su cabeza. Dobló en la esquina y se lanzó hacia el final del corredor.

Se oyeron más disparos, pero ella corría más rápido que Vale y ya estaba demasiado lejos para la escasa puntería que él tenía. Dobló en cada esquina a toda carrera, aminorando apenas la velocidad para cambiar de dirección, y llegó hasta el pozo del ascensor por el que había bajado. Recién ahí se dio cuenta de que había dejado el asa en el laboratorio, conectada a la computadora de Vale.

—No hay tiempo —murmuró; saltó a la escalerilla y empezó a trepar—. La buscaré más tarde.

Era posible que lograra vencer a Vale (era solo una posibilidad, según las modificaciones genéticas que él tuviera), pero a esas alturas quizá ya había pulsado una alarma y pedido refuerzos, y ella no podía hacer frente a toda la Reserva. Su única esperanza era recoger a Samm y llevárselo antes de que alguien se diera cuenta de lo que estaba pasando.

Pero ¿hasta dónde tendría que alejarlo para que pudiera escapar de la influencia del sedante? Y ¿cuánto tardaría en disiparse la dosis que ya tenía en su sistema?

Llegó al segundo piso y salió por la puerta del ascensor, que aún estaba entreabierta. Samm seguía cerca de allí, justo donde lo había dejado. Kira cargó la mochila de Samm encima de la suya y lo jaló para ponerlo de pie. Él quedó colgando en sus brazos, laxo y pesado: noventa kilos de músculos convertidos en peso muerto e inútil. Se pasó el brazo de él por encima de su hombro y lo levantó, gruñendo por el esfuerzo, atenta todo el tiempo al sonido de una persecución. No había nada detrás de ella, y no

oyó nada afuera. Se dirigió con dificultad hacia la escalera, medio cargando a Samm y medio arrastrándolo. Al llegar a la planta baja se recostó contra una pared para descansar, y observó el claro con el pastizal que rodeaba la torre. Hacia el oeste había dos personas conversando, descansando a la sombra de uno de los edificios de apartamentos improvisados, pero no parecían estar alertas. Kira volvió a acomodar a Samm y lo llevó a través del vestíbulo hasta el otro lado del edificio, y salió por el este, donde no había nadie esperando. El terreno era irregular, estaba surcado por raíces y madrigueras de ardillas de tierra, y tuvo que avanzar lentamente.

Ojalá supiera dónde están los caballos, pensó, pero no tenía tiempo para buscarlos. Si ella era portadora del Seguro Parcial, podía significar la muerte de los Parciales de Vale, de la Reserva y, a la larga, el fin de todos los humanos y Parciales. Kira era una bomba viviente, y destruirla antes de que se detonara sería el objetivo primordial de Vale, mucho más

que todo lo demás. Estaba dispuesto a sacrificar su confidencialidad, su autoridad, lo que fuera necesario, con tal de preservar a la raza humana. Ella tenía que escapar o moriría.

Llegó al final del claro justo en el momento en que un hombre doblaba la esquina del edificio más cercano. Se detuvo, sorprendido. Kira apretó los dientes, agobiada por el peso de Samm, y pasó a su lado.

—Hola —la saludó el hombre—. ¿Él está bien?

—Se desmayó —respondió Kira—. Solo necesita un poco de aire fresco.

Solo necesitamos llegar al portón, pensó; si tan solo llegamos al portón, estaremos bien.

—Ustedes son los recién llegados —dijo el hombre, que se puso a caminar a su lado—. ¿Estaban en la torre?

—Salimos a caminar —respondió. Estaban acercándose a otro claro, y otro edificio, y más allá estaban el cerco y el límite de la ciudad. *Si logramos llegar a la ciudad, podemos*

escondernos... pero necesito quitarme a este tipo de encima—. ¿Conoce a Calix? —le preguntó.

—Por supuesto.

—Búsquela, y dígame que dejamos un medicamento importante en nuestro equipaje en su habitación: un frasco rojo, con forma de cuña y un aro verde en la tapa.

Era un antibiótico, pero el hombre no necesitaba saber eso; solo quería alejarlo. El hombre asintió y salió corriendo, y Kira siguió avanzando con dificultad. Llegó al siguiente edificio, y allí había más gente, adultos y niños. *Solo treinta metros, pensó. Casi llegamos.* Algunas personas preguntaron por Samm con expresiones de preocupación, y ella se esforzó por restarle importancia para no atraer más atención, pero empezó a juntarse más gente.

—¿Qué pasa?

—¿A dónde van?

—¿Qué está pasando?

Y entonces se oyó otra voz a lo lejos, detrás de ellos.

—¡Deténganlos!

La multitud levantó la vista, confundida. Kira se abrió camino.

—¡Deténganlos! —volvió a gritar la voz, y ella la reconoció: era Vale. Siguió caminando, luchando por evitar que Samm cayera. Una mujer la tomó del brazo.

—El doctor Vale quiere que paren —le dijo.

Kira sacó su pistola, y la mujer retrocedió rápidamente.

—El doctor quiere matarnos. Déjenos marcharnos.

La mujer se apartó, con las manos en alto, y Kira siguió avanzando poco a poco, inclinada a un lado para mantener el peso de Samm centrado sobre ella. *Solo quince metros más.* Se aferró a él con una mano y siguió jalándolo hacia adelante y manteniendo a la gente alejada con la pistola. Echó un vistazo atrás y vio que Vale se acercaba con un grupo de cazadores armados.

—¿Dónde estamos? —gimió Samm, mareado pero despierto.

—En graves problemas —le respondió Kira—. ¿Puedes caminar?

—¿Qué pasa?

—Confía en mí. Despierta.

—¡Deténganlos! —volvió a gritar Vale—.

Son espías, vinieron a destruir la Reserva.

—Estamos marchándonos —dijo Kira, con los dientes apretados, luchando paso a paso por alcanzar el portón abierto. Samm seguía apoyándose en ella; intentaba caminar pero no lograba afirmarse lo suficiente para hacerlo solo. Los lugareños no habían tratado de detenerla, y aún se preguntaban qué hacer—. Solo déjenos ir.

—Si los dejan ir, volverán con mil más como ellos —dijo Vale—. Son Parciales.

Samm habló, arrastrando las palabras.

—Parece que la excursión de reconocimiento no salió como planeamos.

—No estás ayudándome —respondió Kira—. ¿Todavía no puedes caminar?

Samm trató de pararse, se tambaleó ligeramente y volvió a caer sobre el hombro de

Kira.

—No muy bien.

—¿Es cierto? —preguntó una voz.

Al volverse, Kira vio a Phan, y le partió el corazón ver en su rostro que se sentía traicionado.

—Soy una persona —le respondió—. Los Parciales...

—Los Parciales destruyeron el mundo —la interrumpió Vale, al llegar hasta ellos—. Y ahora vinieron a terminar lo que empezaron.

—Miente —siseó Kira—. Usted lo destruyó, y ahora está viviendo en una fantasía, fingiendo que el pasado nunca ocurrió.

—No presten atención a sus engaños —dijo Vale.

La multitud se acercó a ellos y el camino hasta el portón se fue cerrando más y más a medida que los rodeaban. Kira apuntó con la pistola aquí y allá, tratando de sostener a Samm con el otro brazo.

—Por favor, Samm, necesito que despiertes.

—Estoy despierto —respondió; ahora la

gente estaba a pocos metros de ellos—. Ya puedo caminar.

Kira lo soltó y vio que podía mantenerse en pie.

—Tenemos que...

Vale disparó.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

—Les pido disculpas por mi ausencia —dijo Nandita—. Estaba tratando de salvar al mundo.

Estaba de pie en la sala de su antigua casa, de la que Ariel había huido tantos años atrás y adonde había jurado no regresar jamás.

—¿Qué te hace pensar que vamos a creerte? —preguntó Ariel en tono cortante y con los puños apretados.

—Ahora son adultas —respondió Nandita—, o casi. A los niños hay que protegerlos de la verdad, pero las adolescentes tienen que enfrentarla.

Cinco rostros la observaban, todas las mujeres de la vida de Ariel: sus hermanas Madison e Isolde, su amiga Xochi y la madre de

esta, la exsenadora Kessler. Hasta Arwen, la bebé del milagro, estaba allí. Todas atrapadas por el ejército Parcial, devueltas a East Meadow para esperar, preocuparse y morir. Se habían reunido en la casa de Nandita porque era el único hogar del que se habían marchado. *Si supieran lo estrecha que era nuestra relación con Kira, pensó Ariel, estaríamos en más problemas todavía.*

—Hace un año que la Red la busca —dijo Kessler—. ¿Dónde diablos estuvo, y qué relación tiene con el ejército Parcial?

—Yo lo creé —respondió Nandita.

—¿Qué? —balbuceó Kessler, la primera que logró articular una respuesta. Ariel estaba demasiado atónita como para decir algo—. ¿Usted creó a los Parciales?

—Fui parte del equipo que desarrolló su código genético —dijo, al tiempo que se quitaba el abrigo y el pañuelo con que se cubría la cabeza. Tenía las manos arrugadas, pero sin los callos que Ariel siempre le había visto. Donde fuera que hubiera estado, no había estado

trabajando en una huerta ni haciendo ningún tipo de trabajo manual.

—¿Y lo admite así como así? —preguntó Kessler, ardiendo de furia—. Creó una de las mayores fuerzas del mal que este mundo haya...

—Yo creé personas —repuso Nandita—, como cualquier madre. Y los Parciales, como cualquier hijo, tienen capacidad para el bien y para el mal. No fui yo quien los crio ni quien los oprimió con tanta dureza que se vieron obligados a rebelarse.

—¿Obligados? —repitió Kessler.

—Usted, en su lugar, no habría hecho menos —replicó Nandita—. Está más dispuesta a combatir lo que no le agrada que nadie que yo conozca; nadie salvo Kira, tal vez.

—Déjala hablar, Erin —intervino Xochi. Ariel nunca la había oído llamar a su madre de otro modo sino por su nombre de pila.

—Así que tú los creaste —dijo Isolde—. Eso no explica por qué desapareciste.

—Cuando los diseñamos, los hicimos

portadores de la peste —explicó—. No exactamente la que llegó a conocerse como RM; la peste que se liberó fue aún más virulenta de lo que era nuestra intención, y por razones que no comprendemos del todo. Pero también hicimos una cura, de la cual todos los Parciales son también portadores, que se activaría con un segundo disparador químico. Y después, como pueden ver, todo se fue al diablo.

—Todavía no nos has dicho dónde estuviste —dijo Ariel, con los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba tan acostumbrada a odiar a Nandita que aquellas confesiones la confundían mucho. Por un lado, le daban más motivos para odiarla y justificar sus sospechas y acusaciones. Pero por otro, ¿cómo podía confiar en lo que dijera Nandita, aunque se autoincriminara?

—Ten paciencia, ya llegaré a eso. Primero tengo que ponerlas en antecedentes.

—No es así —replicó Ariel—. Necesitamos respuestas.

—Yo te inculqué mejores modales.

—Me enseñaste a desconfiar de todo lo que

dijeras —repuso—. Deja de querer convencernos y límitate a responder nuestras preguntas, o todas las mujeres que estamos en esta habitación te entregaremos con gusto a los Parciales.

Nandita se quedó mirándola, y un fuego se encendió en sus ojos. Miró a Ariel, luego a Isolde y otra vez a Ariel.

—Muy bien —dijo—. Estuve ausente porque estaba tratando de recrear el disparador químico que libera la cura.

Xochi frunció el ceño.

—Eso parece muy fácil de entender.

—Porque ya les di el contexto —respondió Nandita—. Trabajé en ello once años, lo mejor que pude con los elementos de los que disponía, utilizando hierbas para destilar las sustancias que necesitaba. El año pasado, mientras estaba de excursión en busca de ingredientes, encontré algo que no imaginaba que todavía existía: un laboratorio con equipos de modificación genética en condiciones de ser utilizado, y tenía suficiente electricidad para funcionar. Quise regresar por

ustedes para llevarlas allá, explicarles todo y resolver el problema de una vez por todas, pero debido a la guerra civil, y ahora la invasión Parcial, viajar era muy peligroso.

—Pero ¿por qué nosotras? —preguntó Ariel—. ¿Por qué llevarnos al laboratorio... por qué usarnos para tus experimentos?

—Esa es la parte para la que todavía les falta el contexto. El disparador químico era para ustedes... la cura está en ustedes. En Kira, Ariel e Isolde.

—¡¿Qué?! —preguntó Madison.

Isolde se quedó mirándola, azorada, y se cubrió el vientre abultado con las manos como para protegerlo de las palabras de Nandita. Ariel esbozó una leve sonrisa; su confusión y terror aumentaron con una victoria que había tardado tanto en llegar que no pudo sino disfrutarla.

—Conque sí estabas experimentando con nosotras.

—Tuve que recrear el disparador desde cero, y era un proceso que implicaba muchas pruebas y errores.

—Un momento... —dijo Xochi—, dijiste que la cura estaba incorporada en los Parciales... ¿Por qué querías obtenerla de ellas tres?

—Acabas de responder tu propia pregunta —respondió Nandita.

—Somos Parciales —dijo Ariel, con los ojos fijos en la mujer—. Tu pequeño orfanato de Parciales —quedó aturdida por la revelación, pero la ira la ayudaba a no perder la concentración. Hacía tanto tiempo que la odiaba y había desarrollado tantas teorías acerca de su comportamiento, que le resultaba demasiado fácil creer en esa nueva idea—. ¿Cómo pudiste hacernos eso? ¡Te tratamos como a una madre!

—No puedo ser Parcial —dijo Isolde, con voz que revelaba el dolor que sentía—. No lo soy, estoy... embarazada. Los Parciales son estériles —temblaba, reía y lloraba, todo a la vez—. Soy humana, como todo el mundo.

—Yo las vi crecer —objetó Kessler—. Los Parciales no crecen.

—Son modelos nuevos —respondió Nandita

— Las primeras generaciones se crearon para la guerra, pero todo el mundo sabía que en algún momento la guerra se terminaría. ParaGen era una compañía y los Parciales eran un producto, y la junta directiva siempre estaba adelantándose a lo que causaría furor en la siguiente temporada. ¿Qué hacer con la tecnología de BioSintes cuando ya no se necesitaran soldados?

Ariel sintió náuseas; de pronto, se sentía una extraña en su propio cuerpo.

—Éramos criaturas —hizo una mueca—. ¿Vendían niños?

—Creamos Parciales a los que la gente pudiera amar. Niños fuertes y sanos que pudieran ser adoptados y criados igual que los humanos. Satisfacíamos una necesidad del mercado; fue la manera en que pudimos convencer a nuestros jefes de que pusieran el dinero, y al mismo tiempo asimilábamos a los Parciales, y la idea de los Parciales, en las filas de la humanidad. Los niños que creamos eran el eslabón perdido que haría que los Parciales

dejaran de ser un horror ajeno a nosotros para convertirse en parte de nuestra vida cotidiana. Eran tan humanos como pudimos hacerlos: podían aprender y crecer, envejecer, y hasta procrear —señaló a Isolde con un gesto—. Además de eso, tenían todos los beneficios de ser Parciales: cuerpos y huesos más fuertes, músculos y órganos más eficientes, mejores sentidos y mentes más agudas.

—Y una sentencia de muerte a los veinte años —acotó Xochi.

—No —dijo Nandita—, no tienen fecha de vencimiento. En los modelos nuevos, todo se diseñó para igualar o mejorar la vida humana; sin limitaciones, sin jugar a dos puntas para no perder, con un Seguro.

—No estaban creando niños solamente —observó Ariel—, estaban reconstruyendo la raza humana.

Nandita no dijo nada.

—No es verdad —dijo Isolde, levantando la voz—. Nada de lo que dijiste es verdad. ¡Eres una vieja loca y mentirosa!

Ariel miró a su hermana adoptiva, y el odio que sentía por Nandita se tornó en la clase de horror que estaba destruyendo a Isolde. Si eran Parciales, eran monstruos. Habían destruido el mundo. Tal vez no personalmente, pero eran parte de lo mismo. Los demás, todas las personas con quienes se habían criado, pensarían que habían tenido algo que ver. Ya la senadora Kessler estaba adelantándose poco a poco, colocándose entre Xochi y las monstruosidades Parciales que habían sido sus amigas. ¿Qué pensaba que iban a hacer? ¿Creería que ahora que Ariel sabía que era Parcial, de pronto empezaría a matar gente? ¿Qué pensaría de ella el resto de la isla? ¿Que era una traidora? ¿Una agente encubierta? ¿Una tonta o un monstruo? Al menos Ariel no tenía amigos a quienes traicionar; ya estaba aislada por tantos años de vivir en las afueras. Isolde tenía amigas, familia, un empleo... un empleo en el Senado, en el corazón del gobierno humano. ¿Acaso pensarían que era una espía? ¿Qué le harían a una espía Parcial, embarazada

o no?

¿Qué harían los Parciales si se enteraran? ¿Lo sabrían ya? ¿Podría Ariel acudir a ellos para pedirles ayuda, o para ayudar a poner fin a la ocupación? Tal vez si se lo decía a uno de los suyos...

Uno de los suyos. Una Parcial. La mente de Ariel se rebeló, y se sintió enferma; corrió a la cocina y vomitó en el fregadero. Una Parcial. Todo lo que había pensado de Nandita era verdad. Era incluso peor.

Nadie fue a la cocina a ayudarle.

—¿Y el bebé de Isolde? —preguntó Xochi, con voz dubitativa—. ¿Es...? ¿Qué es? ¿Humano o Parcial?

—¡No soy Parcial! —gritó Isolde.

Ariel se enjugó la cara y la boca, y se quedó mirando por la ventana de la cocina hacia la oscuridad exterior.

—Supongo que es ambas cosas —respondió Nandita—. Un híbrido de humano y Parcial. Supusimos que esto podía suceder, pero... tendré que hacer más estudios para averiguar

con exactitud qué significa.

Ariel regresó a la sala. Se sentía diferente. Distanciada. Más que nunca.

—Entonces pasaste años tratando de activar la cura —dijo Madison— y luego, ¿qué? ¿Te fuiste a activarla en otra parte? ¿Sin las chicas?

—Encontré un laboratorio, como les dije. Con electricidad y autonomía. Habría vuelto a buscarlas, pero el clima político no era precisamente amigable en ese momento.

—No somos estúpidos —gruñó Kessler—. Si nos hubiera dicho que estaba trabajando en una cura...

—Me habrían puesto impedimentos, igual que a Kira —repuso Nandita—. Y si les hubiera dicho lo que acabo de contarles, me habrían enviado a prisión o, directamente, me habrían matado.

—Bueno, deja de hablar y hazlo —dijo Isolde—. Volviste porque tienes la cura, ¿no es así? Puedes desbloquearla y podemos salvar a todos.

Volvió a tocarse el vientre, y Ariel sintió un

asomo de esperanza, pero Nandita sacudió la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Xochi—. ¿No la encontraste?

—Claro que sí —dijo Nandita—. Tenía once años de datos biológicos de las chicas, trabajé en el proyecto original y tenía un laboratorio ideal. Sabía que había un disparador, y encontré la combinación química exacta para activarlo —sacó un frasquito de vidrio de una bolsita que llevaba colgada del cuello y lo levantó; resplandeció con la luz—. Pero no es la cura. Alguien ya disparó la cura en todos los Parciales que la tienen —miró a Madison—. Kira descubrió eso mientras yo no estaba; así salvó a tu bebé.

—¿Y entonces qué descubriste? —preguntó Isolde—. ¿Qué activa ese frasquito?

—Tengo una sospecha —dijo Nandita—. Pero no es buena.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

—Creo que los perdimos —susurró Kira, jadeando por el esfuerzo. Llevaban casi una hora corriendo entre las ruinas, perseguidos de cerca por lo que parecía la Reserva entera. Estaba tan cansada que apenas podía caminar, y se habían refugiado en un antiguo banco—. No sé si puedo seguir un paso más. Ahora sé cómo te sentías en la torre.

—Y cómo me siento todavía... —dijo Samm. Se desplomó contra la pared y fue cayendo lentamente al suelo, dejando una mancha de sangre de la herida que tenía en el brazo—. Lo que haya sido ese sedante que Vale usó allá, es terriblemente potente. Véndame.

Kira se quedó junto a la ventana casi un

minuto más, vigilando el camino en busca de cualquier indicio de movimiento o persecución. Aún nerviosa, retrocedió hasta la pared donde se apoyaba Samm y sacó los restos de su botiquín médico. No el completo, pues ese había quedado en la habitación de Calix, sino uno esencial que llevaba en la mochila con las demás cosas que no quería perder de vista: su pistola, ya sin municiones; un puñado de los documentos de Afa, manchados por el agua; el asa, que ahora había perdido en el laboratorio de Vale. Limpió la herida en el brazo de Samm, un surco ensangrentado donde la bala le había rozado el tríceps, y le dio un puñado de antibióticos para que los tragara.

—Probablemente no vas a necesitarlos —le dijo—, a juzgar por lo que vi en tu sistema inmunológico, pero tómalos de todos modos. Me hace sentir mejor.

—No es tu culpa.

—Estaba apuntándome a mí —respondió Kira—. Fui yo quien lo puso furioso.

—Y yo me interpuse a propósito —repuso

Samm—. Te lo dije: Vale está en el enlace... supe que iba a dispararte antes de que lo hiciera.

—Eso no me hace sentir mejor —dijo Kira, mientras hurgaba el bolso en busca de vendas, y descubrió que no le quedaba ninguna—. Todas se quedaron en la Reserva —dijo—. Espera, déjame ver qué encuentro.

Estaban escondidos en las oficinas traseras del banco, lejos de la calle, y Kira se puso de pie para buscar algún tipo de tela.

—Ahora que tenemos un respiro —dijo Samm—, puedes contarme por qué de pronto quiere matarte. Supongo que nos descubrieron husmeando en la torre.

—Descubrí su secreto —respondió Kira, mientras abría los cajones de un viejo escritorio de madera. *Y él descubrió el mío*, pensó, pero no quiso contarle eso a Samm por el momento. *¿Qué diría si supiera que soy portadora de la enfermedad que podría matar a todos los Parciales del mundo?*—. No tiene una cura nueva. Recoge la feromona de un grupo de Parciales que tiene encerrados y sedados en la

torre. A uno de ellos lo modificó para que produzca un potente sedante para Parciales; por eso te dormiste apenas entraste en el edificio. Así los mantiene incapacitados.

Samm guardó silencio un momento antes de volver a hablar:

—Eso es horrible.

—Sí.

—Tenemos que detenerlo.

—Lo sé —respondió Kira—, pero primero tenemos otras cosas por resolver. Por ejemplo, que no te mueras desangrado.

Encontró la chaqueta de un traje en un armario pequeño y la sacó para examinarla. En Long Island estaría llena de moho tras doce años de humedad, pero allí, en las ruinas de una ciudad en el desierto, estaba bastante bien conservada. La llevó hasta donde estaba Samm, se sentó en el suelo, sacó su cuchillo y empezó a cortarla en tiras anchas.

—Siempre quise verte de traje.

—Tenemos que liberarlos —dijo Samm.

Kira se detuvo a la mitad del corte.

—No es tan simple.

—Podemos regresar. De noche. De todos modos, necesitamos buscar una manera de rescatar a Heron. Hace demasiado tiempo que desapareció; tiene que estar allá adentro. Podemos buscarla, liberar a los que tiene prisioneros y sacar a todos de allá.

—Lo sé —respondió Kira—, pero no es tan sencillo. Los Parciales cautivos son prácticamente esqueletos; no sé si podrían sobrevivir fuera del laboratorio, ni hablar de un intento audaz de rescatarlos por la noche.

—¿Dirías lo mismo si fueran prisioneros humanos?

Kira sintió como si le hubiera dado una bofetada.

—No digo que no tengas razón, solo digo que no es tan fácil. ¿Por qué te enojas conmigo?

—Es lo mismo que quiso hacerte la doctora Morgan —dijo Samm—. Convertir un ser vivo en una caja de Petri para un experimento científico. Yo arriesgué mi vida y destruí mis amistades por liberarte.

—Ayudaste a capturarme.

—Y después te liberé —replicó—. Hay una posibilidad muy real de que lo que sea que Morgan quería hacerte hubiera dado resultado, de que ella pudiera aprender de tu biología algo que la ayudara a detener la fecha de vencimiento, pero yo te liberé. Dime ahora que la razón por la que no quieres volver allá conmigo no tiene nada que ver con que esos Parciales se usan para salvar vidas humanas.

Kira abrió la boca para negarlo, pero no pudo. No podía mentirle a Samm.

—O sea que lo que dices es que dejemos morir a todos los niños humanos de aquí.

No lo dijo como una pregunta.

—No sabes si pasaría eso...

—Sé muy bien que sí —replicó, interrumpiéndolo antes de que pudiera terminar—. Es lo que sucede en East Meadow todos los días desde hace doce años, y estuve uno de esos años en la maternidad, observándolo todo. Si sacamos a esos Parciales del laboratorio, los niños humanos que nazcan van a morir. No voy

a dejar que pase eso.

—¿Pero sí permitirás que sigan usando a esos Parciales como máquinas? —le preguntó. Kira nunca lo había oído tan enojado. Parecía casi... humano—. Eres Parcial, Kira. Ya es hora de que empieces a aceptarlo, maldición.

—No se trata de eso.

—Por supuesto que sí. ¿O qué es? ¿Vergüenza? ¿Te avergüenzas de lo que eres? ¿De lo que soy yo? Pensé que estabas haciendo esto para salvar a ambas razas, pero cuando las cosas se pusieron difíciles te volcaste al lado de los humanos. Heron viene explicando desde el principio cómo podríamos salvar a los Parciales, pero no quisiste hacerlo; primero tenías que venir a buscar una manera de salvar a los humanos.

—¡No es así de sencillo! —gritó Kira—. Si sacas a esos Parciales, esos niños van a morir. Esta comunidad se va a desintegrar. No quiero hacer de esto una cuestión de números, pero en este caso lo es: diez personas a cambio de dos mil, diez mil o veinte mil, a medida que la

comunidad vaya creciendo. Si en ese laboratorio hubiera humanos que mantuvieran vivo a todo un hospital lleno de niños Parciales, estaría diciendo lo mismo.

—Entonces, ¿por qué no tratarlos como humanos? —preguntó Samm—. Que tú sepas, los Parciales podrían quedarse por voluntad propia. ¿Les preguntó, siquiera? ¿Les explicó la situación? No somos monstruos desalmados, Kira, y no merecemos que nos traten así.

—¿Te quedarías tú? —le preguntó Kira a su vez—. ¿Renunciarías a todo lo que tienes, a todas tus esperanzas y ambiciones para convertirte en... una vaca lechera? ¿Te quedarías aquí sin hacer nada y los dejarías recoger tus feromonas? Al menos tendrías a Calix para hacerte compañía.

—Kira, no sabes de lo que hablas.

—¿Qué te parece esto? —prosiguió, demasiado furiosa para detenerse—. El Parcial que produce el sedante se llama Williams. Es un arma viviente que no puede, por definición, convivir con otros Parciales. Vale le alteró el

ADN, y no puede volver a modificárselo porque los equipos se rompieron. La única manera de liberarlo es... —se interrumpió de pronto, al darse cuenta de que ya no estaba hablando solo de Williams. Estaba hablando de sí misma. El arma viviente que amenazaba a todos los demás Parciales solo por existir—. La única manera de que puedan ser libres —prosiguió, con voz queda— es que él muera —se le hizo un nudo en la garganta, y se obligó a formular la pregunta final—. ¿Qué haces con él?

Por favor, no digas que lo matarías, pensó. *Por favor, no digas que me matarías.*

—Creo que... —Samm se interrumpió, y Kira se dio cuenta de que estaba pensando profundamente—. Aún no lo había pensado —dijo—. No es sencillo, pero es...

Por favor, que diga que no, pensó Kira.

—Supongo que a veces una persona tiene que sufrir para que todas las demás puedan ser libres —dijo Samm, y ella palideció.

—Entonces, ¿lo matarías?

—No me gustaría —respondió—, pero

¿cuál es la alternativa? ¿Sacrificar a toda una comunidad por una sola persona? Hay que hacer lo que es mejor para el grupo; si no, solo hay tiranos.

—O sea que sacrificarías a uno por los otros nueve —dijo Kira—, pero no sacrificarías a diez para salvar a varios miles. Es poco coherente, ¿no crees? ¿Acaso esta ciudad llena de humanos no es uno de esos grupos para los cuales hay que hacer lo mejor?

—Lo que digo es que no se puede usar a las personas —respondió Samm—, porque las personas no son cosas. Aunque supongo que no deberíamos sorprendernos, pues así exactamente tratamos a Afa.

—¿Qué dices? Fui yo quien lo defendió, quien se puso de su lado todo el tiempo; hice todo lo que pude por mantenerlo sano, por tratarlo bien...

—Lo arrastramos a una situación que no tenía nada que ver con él —le recordó Samm— porque lo necesitábamos. Lo usamos para nuestros propios fines, y no estoy diciendo que lo

hayas hecho tú; todos lo hicimos, todos lo trajimos. Pero estuvo mal que lo hiciéramos, y ahora está muerto y tenemos que aprender una lección de eso.

—¿Y la lección es dejar morir a más personas? —preguntó Kira—. Sé que tuvimos la culpa por la muerte de Afa, yo más que nadie, y no quiero cargar con eso en mi conciencia, pero aunque no pude salvarlo, sí puedo salvar a la siguiente generación de niños humanos. No me gusta la manera, y a Vale tampoco, pero son elecciones imposibles. Todo lo que elijamos será horrible, trágicamente malo para alguien, en algún lugar, pero ¿qué alternativa tenemos? ¿No elegir? ¿Quedarnos de brazos cruzados y dejar morir a todos? Esa es la peor elección de todas.

Samm habló con voz más queda, ya no con agresividad sino con sencillez y tristeza.

—No creo en las elecciones imposibles.

—Pues entonces, ¿cuál es la respuesta?

—Aún no lo sé —respondió—, pero sé que hay otra respuesta. Y debemos encontrarla.

Kira se dio cuenta de que estaba llorando, y

se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. Todavía sujetaba una tira de la chaqueta, y la agitó débilmente.

—Dame tu brazo —dijo—. Hay que vendarlo.

—Hazlo lentamente —dijo Calix. Kira y Samm se sobresaltaron, y al darse vuelta vieron a la rubia de pie detrás de ellos, con una pistola en la mano—. Gracias por tener una discusión tan acalorada —agregó—. Fue mucho más fácil encontrarlos.

—No me quedan balas —dijo Kira, echando un vistazo a la pistola que había dejado junto a la mochila, del otro lado de la oficina.

—A mí me queda una —dijo Samm—, pero estoy seguro de que podría matarnos a los dos antes de que llegara a sacar el arma.

—Es lo más acertado que hayas dicho —respondió Calix—. ¿Qué tal si sacas esa pistola despacito y me la acercas con el pie?

Él tomó su pistola con dos dedos, lejos del gatillo, y la dejó caer al piso.

—Eso es —dijo Calix—; ahora patéala

hacia mí.

Samm obedeció y ella se agachó para levantarla, sin dejar ni un momento de apuntarles con la semiautomática que sostenía con la otra mano. Comprobó que la pistola de Samm tuviera puesto el seguro y la guardó en un morral que llevaba junto a la cintura.

—Ahora respondamos algunas preguntas antes de que vuelva a llevarlos a la Reserva. Primero —y le tembló ligeramente la voz—: ¿es verdad que son Parciales?

—Así es —respondió Kira—, pero eso no nos convierte en enemigos.

—El doctor Vale dijo que querían llevarse nuestra cura para el RM.

—Eso es una... —Kira miró a Samm y luego a Calix—. No queremos que nadie muera.

—Pero estás hablando de cerrar su laboratorio.

—¿Sabes qué cosa es la cura? —le preguntó Samm.

—Es una inyección —respondió Calix.

—¿Pero sabes cómo la prepara?

La confusión de la chica se disipó, y su rostro serio adoptó un gesto decidido una vez más.

—¿Qué importa eso?

—La cura proviene de los Parciales —explicó Kira—. Tiene a diez de ellos en un laboratorio en el subsuelo, donde viven en coma inducido desde hace doce años.

—Eso no es cierto —dijo Calix.

—Los he visto —respondió Kira.

—Mientes.

—El doctor Vale creó a los Parciales —dijo Samm—; hay mucho que no sabes de él.

—Pónganse de pie —ordenó Calix—. Voy a llevarlos de vuelta y vamos a hablar con el doctor, para que todos sepan lo equivocados que están ustedes.

—Eso será mucho más esclarecedor de lo que crees —dijo Kira, mientras se levantaba.

De pronto, un disparo resonó en el edificio. Kira se dejó caer al suelo y se cubrió la cabeza. *¿Me disparó? ¿O le disparó a Samm?* Oyó otro disparo y un grito de dolor, y Calix se

desplomó. Kira levantó la vista, sorprendida, y luego echó un vistazo a Samm; parecía tan perplejo como ella. Con las manos en el pecho, Calix rodaba por el suelo en un charco de sangre que iba agrandándose. Kira gritó y corrió hacia ella.

—¡Calix!

Ella gimió con los dientes apretados y gruñó de dolor y de ira.

—¿Qué hiciste?

—Yo no hice nada. ¿Quién te disparó? — apartó las manos de la muchacha del pecho ensangrentado para buscar el orificio de la bala, y descubrió que la herida estaba en la mano. El exceso de sangre provenía de un segundo orificio en el muslo—. Sigue presionando aquí —le dijo, mientras volvía a colocarle las manos sobre el pecho—. Samm, necesito tu ayuda con esta pierna.

—¿Quién le disparó? —preguntó él, al tiempo que sostenía los hombros de Calix para inmovilizarla.

—¿Quién crees tú? —preguntó Heron. Kira

dio media vuelta y la vio entrar corriendo desde la calle en ruinas—. Estaba lejos y esta pistola no es tan precisa como debería. Quítense de ahí para que pueda acabarla.

—No queremos que la mates —dijo Kira, poniéndose delante del arma de Heron—. ¿Dónde estuviste?

—Haciendo mi trabajo. ¿Viste la torre?

—Por supuesto, y el laboratorio del subsuelo.

—Yo no pude acercarme lo suficiente —dijo Heron—. Hay una especie de sedante que actúa en el enlace. Pero llevo dos días siguiendo a un hombre llamado Vale, y estoy razonablemente segura de que es parte del Consorcio. Hay también algunos Parciales, en alguna parte. ¿Ese edificio es lo que creo que es?

—¿Crees que es una granja de feromonas con diez Parciales en coma?

—En realidad, no —respondió, sorprendida—; eso es... sabía que era malo, pero eso... me sorprende de tan malo. Como sea, detesto tener

razón —miró a Calix, que seguía gimiendo de dolor y retorciéndose en el suelo—. En serio, déjenme que le dé el tiro de gracia.

—¡Basta de matar! —dijo Samm enérgicamente, y tanto Kira como Heron lo miraron. Había logrado levantarse a pesar del dolor de la herida.

—Totalmente de acuerdo: basta de matar —asintió Kira—. Ayúdame a sostenerla para que pueda revisar su herida.

—¿Por qué quieren salvar a... esta humana? —preguntó Heron. Miró a Samm—. Aunque supongo que a ti ya no tengo que preguntártelo, ¿verdad?

—Es cazadora —respondió Samm—. No es una enemiga. Aquí no hay soldados. Hasta que llegamos, ni siquiera sabían que todavía había guerra. Y nadie más que su líder sabía sobre los Parciales del subsuelo. No voy a castigar a Calix por algo que hizo Vale.

Kira sintió una oleada de emoción en el pecho.

—Exacto.

—Entonces no mataremos a nadie —dijo Heron—. Entraremos de noche, cuando estén con la guardia baja, y Samm y yo te cubriremos mientras tú sacas a los prisioneros. Eres la única de los tres que es inmune al sedante.

Samm habló antes de que Kira pudiera responder.

—Vamos a liberarlos —dijo con firmeza—, pero no nos iremos... al menos, yo no.

—¿Qué?! —preguntaron Kira y Heron al unísono.

Samm miró a Kira.

—Esa es la respuesta a la elección imposible. Voy a hacer lo que dijiste: voy a quedarme con ellos.

—Es una estupidez —repuso Heron.

—No puedo sacrificar la vida de nadie ni la libertad de nadie si no estoy dispuesto a sacrificar la mía. Vamos a liberar a los Parciales que están prisioneros, y los humanos podrán obtener la feromona de mí.

—Tú... —Kira estaba desconcertada. Buscó alguna manera, cualquiera, de disuadirlo

—. Tienes solo un año —le dijo—; solo puedes ayudarlos un año, hasta que te llegue el vencimiento.

—En ese caso, tienes un año para resolverlo. Mejor ponte a trabajar.

—Todo esto es muy conmovedor —dijo Heron—, pero no tiene sentido. No vas a quedarte aquí, Samm.

Kira abrió la boca para discutir, pero se detuvo al ver la expresión de Samm. Seguramente percibió algo en el enlace. Heron no estaba expresando su desacuerdo: estaba afirmando un hecho.

—Heron —dijo Samm lentamente—, ¿qué hiciste?

—Lo que debería haber hecho hace un mes —respondió, con expresión oscura y penetrante—: di aviso a nuestra gente.

Se hizo un silencio absoluto. Hasta Calix calló, con los dientes apretados, mientras presionaba sus heridas.

Kira miró a Samm, pero ya sabía exactamente lo que él estaba pensando. Su

confusión, mezclada con mucha ira, ardía con tanta fuerza en el enlace que ella pudo sentirla con claridad.

—¿De qué aviso habla? —siseó Calix entre dientes.

—¿Llamaste a Morgan? —preguntó Kira—. ¿Nos traicionaste?

—Si quieres llamarlo así —respondió Heron—. Aguanté tu autodescubrimiento emocional suficiente tiempo; es hora de parar y hacer algo. Si a la doctora Morgan le sirve tu biología para resolver el vencimiento, voy a dársela.

—¿Cuándo vas a entender esto? —le preguntó Kira—. Es lo que Samm acaba de decir: ¡ya no podemos tomar partido!

—Y lo dijo con mucha pasión —recordó Heron.

—¿Qué hiciste? —preguntó Samm, en tono apremiante—. Específicamente.

—Encontré una radio de banda ancha que funcionaba y llamé a la Compañía D por las repetidoras que montamos —respondió. Se volvió hacia Kira—. Te di tu oportunidad e hice

todo lo que pude para ayudarte, pero las respuestas que buscas no están aquí. Me harté de perder el tiempo.

—Esta es una comunidad pacífica —dijo Calix—. Si traen aquí a un ejército Parcial, van a destruirnos.

—Allí está —dijo Samm, mirando hacia arriba.

Kira miró hacia el techo, no vio nada y se volvió hacia Samm, que tenía la cabeza ladeada. No estaba mirando, sino escuchando. Ella frunció el ceño e hizo lo mismo, tratando de oír lo mismo que él.

—¿Qué pasa? —preguntó Calix.

—Yo no oigo nada —dijo Kira—, solo un... un rumor, como un zumbido. Muy leve.

—Hubo un tiempo en que ese era uno de los sonidos más reconocibles de todo el planeta —dijo Heron—, pero hace casi doce años que ustedes no lo oyen.

—¿Qué es? —preguntó Kira.

—Un motor de turbina —respondió Heron—. De un avión de carga. El ejército de Morgan

ya llegó.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Kira corrió hacia las tiras que había cortado para el brazo de Samm.

—Lo siento, Samm; vas a tener que esperar un poco más para ese vendaje.

—Los medicamentos bastaron —respondió él, con los dientes apretados.

Kira volvió junto a Calix, apretó una manga doblada de la chaqueta contra la herida de la pierna y se la envolvió lo más rápidamente que pudo con las vendas improvisadas.

—¿Para qué te molestas? —le preguntó Heron—. Ni siquiera sabes...

—Cállate —le dijo. Ató las tiras con firmeza, para poner tanta presión como se atrevía sobre el orificio sangrante, sin llegar a

convertirlas en un torniquete—. ¿Cómo lo sientes?

—Bien —respondió Calix—. ¿Cuánto falta para que pueda darle una patada en el trasero a esa Parcial?

Heron levantó las cejas.

—Quédate aquí —le indicó Kira, mientras envolvía la mano de Calix con otra venda—. Tengo analgésicos en mi bolso; no tomes demasiados. Alguien vendrá a buscarte.

—¿A dónde van? —le preguntó.

—A recibirlos. Si no viene nadie, busca antibióticos y ponte lo más fuerte que puedas antes de tratar de cruzar el páramo. No es bueno para alguien con una herida en la pierna.

—Por favor —pidió Calix—. Por favor, no dejen que lastimen a nadie.

Kira tomó el rifle de la muchacha y corrió hacia la calle, seguida de cerca por Samm y Heron.

—¿Qué esperas lograr? —le preguntó Heron cuando la alcanzó.

Kira escudriñó el cielo en busca del avión.

—Allá —dijo Samm, señalando hacia el este. Kira siguió la línea de su dedo y la vio: una diminuta cruz negra en el cielo gris pálido—. Parece que estuviera lejos, pero se mueve rápido.

—Entonces corramos —dijo Kira—. Volvamos a la Reserva. Quién sabe lo que va a hacer Morgan con las personas resistentes al RM que encuentre allí. Tenemos que sacar a tantos como podamos.

—Qué manera tan inteligente de pasar tus últimos minutos —observó Heron.

—¿Quién te preguntó algo?

—Yo tampoco quiero que mueran —respondió—, aunque admito que no necesariamente me importa si viven. Que yo sepa, Morgan solo te quiere a ti.

—No sabes lo que les hará a esas personas —repuso Kira.

—Deberíamos escapar hacia el otro lado —opinó Samm—. Podemos perdernos en las ruinas y salvarte, Kira.

—Me gustaría verlos intentarlo —exclamó

Heron.

—No estamos escapando —dijo Kira—. Escapé cuando Morgan invadió Long Island, y ella empezó a matar rehenes para que yo apareciera. Pensé que había hecho lo correcto, pero no permitiré que vuelva a hacerlo.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Samm, pero Kira señaló el avión gigantesco que bajaba por el cielo.

—Tenemos que ir a la Reserva, ¡ahora!

Echó a correr a toda velocidad por las calles ya familiares que conducían desde las afueras de la ciudad hasta el límite de la Reserva, seguida por Samm y Heron. Miraba constantemente hacia arriba, tratando de calcular la velocidad y la distancia del avión. *No vamos a llegar a tiempo, pensó; viene demasiado rápido.* Se esforzó por correr más, sin atreverse a aminorar el paso ni a desviarse del camino. El avión se iba haciendo más y más grande en el cielo mientras descendía, y pronto lo oyó: un rumor grave que fue creciendo hasta hacerse ensordecedor cuando Kira por fin llegó

a la Reserva. Había guardias junto al portón, una medida nueva para impedir la entrada a los intrusos, pero estaban demasiado abstraídos mirando el avión gigante que se acercaba como para reparar en ella y los demás. El avión tenía grandes rotores en las alas, diseñados para aterrizar verticalmente, y pasó volando al otro lado del cerco justo en el instante en que Kira cruzó el portón.

Ella gritó para llamar la atención de los guardias internos, aunque apenas logró oír su propia voz por el sonido de los motores. Sujetó al guardia más cercano, una muchacha; la hizo girar y le gritó al oído:

—Ese es un ejército Parcial... Es necesario que saquen a todos de la Reserva y los lleven a las ruinas ahora mismo.

—Pero... —balbuceó la guardia, mirándola, luego miró al avión y de nuevo a Kira—. Debemos...

—No querrán estar aquí cuando aterricen —le gritó—. ¡Saque a todos los que puedan y escóndanlos en la ciudad!

Soltó el brazo de la chica y se internó rápidamente en la Reserva. Por el rabillo del ojo vio que la guardia reaccionaba y se dirigía hacia el edificio más cercano. Pronto salió un grupo de personas, niños horrorizados y padres con bebés en brazos, gritando de terror mientras corrían hacia las ruinas tóxicas de Denver.

Kira y Samm corrieron hacia el avión, gritando a todos los que veían que evacuaran el lugar. Heron se demoró detrás de ellos, para bloquearles la retirada si intentaban huir. Los soldados Parciales ya empezaban a descender del avión cuando este aterrizó en el pasto; aseguraron un perímetro con eficiencia implacable y luego lo expandieron, mientras cada equipo cubría al siguiente. Apuntaron sus fusiles hacia Samm y Kira, pero no dispararon.

—Se enlazaron conmigo —dijo Samm—. Saben que somos nosotros.

—Arrojen sus armas —ordenó el soldado que estaba en el borde del área de aterrizaje. Kira extendió su rifle de caza a un lado; no lo soltó pero les mostró que no tenía las manos

cerca del gatillo.

—Me rindo —dijo—. Iré voluntariamente.

—Arrojen sus armas —repitió el soldado.

El viento de los rotores cortaba el aire, apagaba sus palabras y azotaba el rostro de Kira con el polvo que levantaba y con su propio cabello al viento. Ella hizo una mueca de frustración, pero dejó caer el rifle. Samm seguía desarmado.

—¡No lastimen a los civiles! —gritó Kira.

—Kira Walker —dijo una voz, y al levantar la vista, Kira vio a la doctora Morgan bajando del avión. No llevaba puesto su delantal de laboratorio, sino un traje negro formal—. Es un gusto volver a verla.

—No les haga daño —pidió ella—. Estas personas son inocentes.

—Samm —dijo Morgan, al detenerse frente a ellos—. No todos los días me cruzo con un soldado rebelde de mi propio comando.

—No le ha respondido —dijo Samm.

—Y no pienso hacerlo. Eres un traidor, y ella, una enemiga; difícilmente son la clase de

personas a quienes me sentiría obligada a escuchar.

—No quiero pelear con usted —repuso Kira.

—Yo tampoco querría —dijo, con una sonrisa—. La última vez nos tomó por sorpresa, pero ahora no tiene ningún ejército Parcial rebelde que nos rodee mientras sus amigos intentan un rescate desordenado. Aquí tengo todo el poder, y le agradeceré que lo recuerde.

—No todo —dijo Vale. Se acercaba desde el otro lado del claro; un grupo de Parciales lo rodeaba más como una guardia de honor que como si escoltaran a un prisionero—. Tengo que decir que tus soldados son muy obedientes.

Morgan frunció el ceño y Vale apretó los dientes. Kira no supo bien qué sucedía hasta que vio a los soldados incómodos, jalados en dos direcciones por la autoridad opuesta de dos miembros del Consorcio. Miró a Samm y lo vio tambalearse; una gota de sudor le caía lentamente por la frente. Lo tomó de la mano.

—Eres más fuerte que ellos —le susurró—.

No tienes por qué obedecer a ninguno de los dos.

Samm le apretó los dedos con fuerza, tanta que Kira sintió que se los iba a aplastar.

La batalla de voluntades continuó. Vale y Morgan se miraban sin bajar la vista, y en medio, los soldados parecían indecisos. Kira vio que los nudillos se les ponían blancos al sujetar sus fusiles con desesperación, y uno de ellos se llevó una mano a la frente.

—¡Basta! —gritó Kira—. Esto no lleva a nadie a ninguna parte. Doctora Morgan, ¿qué quiere?

Morgan siguió mirando a Vale un momento más; luego apartó la vista y suspiró. Vale hizo lo mismo, pero la alineación de los soldados no parecía haber cambiado nada; se mantenían leales a quien tenían más cerca. Kira observó a Samm, pero no notó ninguna expresión en su rostro. Sintió que se le aceleraba el corazón y la aterró pensar que había vuelto a caer bajo el control de Morgan, pero él le apretó la mano. Kira se dio cuenta, en ese momento, de que

nunca en su vida había sentido tanto alivio.

—Estoy aquí por mi estimado colega —dijo Morgan. Miró a Vale y sonrió—. Estoy reuniendo al grupo otra vez, Cronos. Ya basta: es hora de revertir tu fecha de vencimiento de una vez por todas.

—¿Tratas de hacerlo con modificaciones genéticas? —le preguntó Vale—. Ya viste lo que le hicieron a Graeme y a Jerry —apoyó una mano en el hombro del soldado Parcial que estaba delante de él—. Nuestra mente no lo tolerará, y las de ellos tampoco.

—Podemos convertirlos en lo que queramos —dijo Morgan—. Lo hemos hecho antes, y podemos hacerlo otra vez. Ellos son el futuro. Nuestros hijos. Hechos a la imagen que nos plazca.

—La terapia genética no es la respuesta —dijo Vale.

—Tú debes saberlo —respondió Morgan—. Pero no tengo tiempo de resolver sola tus acertijos genéticos —miró a Kira—. Por eso vine a buscarte, y a ella. El modelo nuevo. El

que no tiene todas esas limitaciones molestas.

—No dejaré que se la lleve —dijo Samm.

Morgan se dispuso a responder, pero Kira interrumpió:

—Iré —dijo rápidamente.

Samm empezó a protestar y Morgan parecía verdaderamente atónita, pero Kira asintió y respiró hondo.

—El conocimiento del doctor Vale, las investigaciones de la doctora Morgan y mi biología. Heron tenía razón. Es la única oportunidad real que tenemos de curar el vencimiento —miró a Samm—. Es lo mismo que dijiste antes: la única elección moral es sacrificarse uno mismo. Alguien tiene que hacerlo —dijo. Había ido a Denver en busca de respuestas, de un plan, de cualquier esperanza de ser parte de algo más grande, algo que pudiera salvar tanto a los humanos como a los Parciales. Pero ese plan se había echado a perder hacía tiempo, y ella no era nada. Un experimento fallido. Había dedicado su vida a salvar el mundo, pero ahora comprendía que no

bastaba con dedicar su vida. Tenía que ofrendarla. Volvió a mirar a Morgan—. Estoy lista.

—Yo... —Morgan se interrumpió, y miró a Kira con atención—. No esperaba esto en absoluto.

—Yo tampoco —respondió. Apretó la mandíbula, tratando de no llorar—. Vámonos —dijo, con voz queda—. Ahora, antes de que pierda el valor.

—No querrás hacer esto, McKenna —dijo Vale—. Cualquier experimento sobre Kira podría activar el Seguro.

—¿Cómo dices? —lo miró con curiosidad.

—El Seguro Parcial —explicó Vale—. El señuelo que hicimos para engañar a ParaGen, el que mata a los Parciales. La junta lo incorporó a una nueva línea de prototipos Parciales sin nuestro conocimiento. Si por casualidad das con el disparador químico, podrías activarlo.

—¿A qué estás jugando, Cronos? —preguntó Morgan, aunque Kira notó en sus ojos un asomo de duda—. He visto sus escaneos

médicos... pasé meses revisando cada célula de su cuerpo. Si hubiera otro paquete viral, lo habría visto.

—Pero no sabías lo que buscabas —repuso Vale.

Morgan se quedó mirándolo, y luego echó un vistazo a Kira.

—¿Es cierto eso?

—Yo... —Kira mantuvo los ojos fijos en Morgan; tenía demasiado miedo de mirar a Samm—. Creo que tiene razón.

Morgan asintió vagamente, con ojos distantes.

—En ese caso, tendremos que ser cuidadosos —se volvió hacia el avión—. Llévenla. Vámonos de aquí.

—¿Qué vas a hacer con la Reserva? —le preguntó Vale.

Por su ubicación, los soldados que lo rodeaban y se encontraban totalmente bajo su influjo, dejaron claro que estaban dispuestos a pelear si él lo ordenaba. Pero estaban rodeados y Kira dudaba de que aquel grupo pequeño, por

leal que fuera, pudiera evitar que Morgan hiciera algo.

La mujer miró alrededor, los edificios intactos, el pasto y los árboles verdes y las familias que rodeaban el avión, como si reparara en ellos por primera vez.

—Suponiendo que vienes conmigo, no veo razón para no dejar que tu pequeño terrario muera en paz.

—En ese caso, iré contigo —dijo Vale.

—Y yo me quedo —dijo Samm.

Morgan puso cara de exasperación, claramente irritada.

—¿Qué te hace pensar que puedes pedir algo?

Él se mantuvo firme, con la expresión más feroz que Kira le había visto jamás.

—No es una petición.

Morgan lo pensó un momento antes de responder:

—Muy bien —dijo, restándole importancia con un ademán—. De todos modos, el exilio aquí es peor de lo que había planeado para ti —

miró a Heron—. ¿Y tú? Yo diría que te ganaste el derecho de regresar al círculo íntimo, querida.

—Yo también me quedo.

Eso sorprendió aún más a Morgan.

—¿Y tu vencimiento?

—Regresaré al este a tiempo —dijo Heron, y echó un vistazo a Samm. Kira no podía saberlo con certeza, pero parecían estar compartiendo algo en el enlace. Supuso que mencionaría a los Parciales atrapados en la torre, y por eso la sorprendió la vaguedad de sus siguientes palabras—: tengo que atar algunos cabos primero.

—Muy bien, entonces.

Morgan se volvió hacia el avión e hizo una seña a los soldados para que llevaran a Vale y a Kira tras ella. Kira vio que los humanos de la Reserva se quedaban acobardados en un segundo plano, observando con terror y fascinación cómo aquella enemiga del cielo se llevaba a su líder y los dejaba solos.

Tengo que ir con ellos, pensó. Tengo que dar un paso, y luego otro, y otro más, subir

al avión e ir a... no sé a dónde. Al final. Sacudió la cabeza. Quiero ir, pero no quiero marcharme de aquí.

—Kira —dijo Samm, y ella sintió una lágrima en el rabillo del ojo.

—Samm —dijo—, lo siento... no sé...

Se volvió hacia él, tratando de encontrar las palabras apropiadas para decirle lo que sentía, pero ni siquiera ella misma lo sabía, y de pronto Samm la abrazó; la tomó en sus brazos y la besó con más pasión que la que ella nunca había sentido en un beso. Ella también lo besó, y sintió que sus cuerpos se fundían entre sí, labios y brazos y pechos y piernas, una sola persona en un momento de perfecta unidad. Se quedó abrazada a él tanto tiempo como pudo, y cuando Samm se apartó para respirar, ella hundió la cara en su pecho.

—Perdóname por traerlos aquí, por todo lo que hice —le dijo—. Lo siento.

—Yo elegí seguirte —respondió Samm, con voz profunda—. Y volveré a encontrarte.

Se besaron una vez más, y luego los

soldados Parciales la llevaron al avión. Ella se volvió y lo miró desde la escalerilla, y él se quedó mirándola, inmóvil.

Luego las puertas se cerraron y los rotores se pusieron en marcha con un rumor que Kira pudo sentir en los huesos.

CAPÍTULO CINCUENTA

El bebé de Isolde nació dos días más tarde, en el dormitorio de la casa de Nandita. Los invasores Parciales habían saqueado el hospital tiempo atrás en busca de equipos y medicamentos, de modo que no tenían más que sus manos para ayudarle. Madison tenía a Isolde de la mano, dándole instrucciones y aliento; la senadora Kessler recibió al bebé, y Nandita revisó a madre e hijo para ver si estaban bien. Era un varón, e Isolde lo llamó Mohammad Khan. A las pocas horas, el niño enfermó. Le brotó en la piel un sarpullido escamoso, que en algunas partes se endurecía como cuero y luego formaba ampollas. Isolde lo observaba con lágrimas en los ojos. Acunaba a su bebé sin esperanzas de

salvarlo.

Pero aquello no era RM.

La senadora Kessler examinó las ampollas, protegida por una mascarilla de papel.

—Esto no había pasado nunca —sacudió la cabeza, tratando de alejar el miedo—. Decenas de miles de casos de RM, y jamás algo así.

—Es el primer híbrido de humano y Parcial —dijo Nandita—. Es el primer Parcial que contrae el RM. No sabemos cómo va a afectarlo... ni cómo él va a afectar al virus —Nandita se quedó sumida en sus pensamientos, mirando a la criatura que lloraba—. «¿Qué tosca bestia, habiendo llegado por fin su hora...?»^[2] —dio media vuelta y se alejó.

Ariel observó al niño y se estremeció hasta los huesos.

AGRADECIMIENTOS

Me encanta escribir estos agradecimientos porque hay muchas personas que me ayudan, y merecen todo el crédito que pueda darles. Al mismo tiempo, detesto escribirlos porque me aterra la posibilidad de olvidar a alguien. Esta vez seré breve: gracias a mi editor, Jordan Brown; a mi agente, Sara Crowe; mi publicista, Caroline Sun, y a todos los demás en HarperCollins y Balzer + Bray. Todos son increíbles.

Gracias a todos los escritores que me permiten acompañarlos en sensacionales giras y eventos literarios, y gracias a los muchos libreros increíbles que los organizan y que, con el tiempo, han llegado a ser buenos amigos. Más

que nada, gracias a los lectores que asisten a estos eventos. Son ustedes quienes los hacen estupendos.

En lo personal, este libro no existiría sin mi esposa, Dawn, que es la persona más maravillosa que conozco.

Este libro existiría, pero no sería muy bueno, sin la contribución de mi hermano, Rob, y de mi amigo Ben Olsen; ambos hicieron aportaciones narrativas valiosísimas. Les diría qué partes, pero no quiero revelar nada de antemano.

Por último, quiero agradecer a la raza humana por ser tonta, dolorosa, maravillosa e inspiradora. La gente es lo más asombroso que haya creado el universo. Acepten su complejidad, no le pongan límites a su creatividad y sean todo lo que puedan llegar a ser. Son ustedes quienes hacen del mundo una maravilla.

Notas

[1] N.T.: Walker: caminante, en inglés. <<

[2] Cita en el original: «*What rough beast, its hour come round at last...*».

Verso del poema «La segunda venida» de William B. Yeats, escrito luego de la Primera Guerra Mundial, en el cual vislumbraba el advenimiento de un futuro sombrío. <<